



LAS
BATAILLAS
SILENCIADAS

NIEVES MUÑOZ

NARRATIVAS HISTÓRICAS
CONTEMPORÁNEAS



edhasa

LAS BATALLAS SILENCIADAS

NIEVES MUÑOZ



En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

Primera edición: mayo de 2019

Primera edición en e-book: julio de 2019

© Nieves Muñoz de Lucas, 2019

© de la presente edición: Edhasa, 2019

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail:

info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,

www.cedro.org

) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (

www.conlicencia.com

; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4724-1

Producido en España

LAS BATALLAS SILENCIADAS

PRÓLOGO



Cartas desde el recuerdo

París, octubre de 1928

La madera de los escalones crujió. Frédéric se quedó con un pie en el aire y la duda cincelandó el gesto. Suspiró. Dilataba el momento en el que abriría la puerta del salón para buscar a su esposa. Sabía que la encontraría allí, así se lo había dicho su asistente cuando preguntó por ella al llegar a casa, una casa sobre la que habían caído el silencio y el frío húmedo del otoño en París, aunque él no supiera por qué. Debía conocer el motivo, quería conocer el motivo. Así que bajó desde el piso donde se encontraban las habitaciones hasta el recibidor mientras alternaba sus pasos con una lentitud buscada.

Estaba preocupado. Había visto a Irène revisar el correo unas horas antes, en

un descanso que se habían tomado tras el último experimento. Los sobres estaban ordenados en un fajo y colocados sobre una de las mesas de su laboratorio, en el Instituto del Radio. Ocupando todo lo demás, las probetas a medio llenar de diferentes líquidos esperaban su turno, una cámara de niebla que estaban utilizando para estudiar las emisiones radiactivas reposaba junto a la pared y las anotaciones de sus progresos señalaban cada fase del experimento. La tarde se arrastraba perezosa, aprovechando que la actividad, siempre intensa, se había extinguido por un momento.

Él se había encendido un cigarrillo y exhalaba con pereza una bocanada de humo que había retenido unos instantes en sus pulmones. A través de la neblina gris, Irène se desabrochaba la bata blanca y se colocaba detrás de la oreja uno de los rebeldes mechones de su cabello corto. Había ganado algo de peso tras su batalla contra la tuberculosis, pero aún mantenía los rasgos afilados que le había procurado la enfermedad.

En una fracción de segundo, el rostro siempre sereno de su esposa se deformó en una mueca de angustia. Se llevó la mano derecha al pecho, como si quisiera mantener el corazón en su sitio, y abrió los labios en un grito silencioso. Jamás la había visto palidecer así.

Sin embargo, ella recompuso el gesto enseguida. Volvió a ser aquella con la que compartía vida y trabajo, aunque sus líneas se mantuvieron un tanto desdibujadas, como si el personaje se hubiera borrado tras ese incidente. El hombre sacudió la cabeza para ahuyentar la sensación de haber vislumbrado a una mujer muy diferente de la que conocía, y las volutas de humo se deshicieron con el movimiento. Aplastó el cigarro, cerró la ventana y volvió a sus cálculos.

Los minutos se deslizaron después entre ellos en un silencio denso. Cuando Irène le anunció que se marchaba más temprano porque le dolía la cabeza, él la besó en la frente y le dedicó una sonrisa de ánimo. No le pasó desapercibido que antes de salir se había guardado cierta carta en el bolsillo de su abrigo.

Frédéric Joliot se consideraba un hombre con una mente científica y consideraba a su mujer una persona brillante en todos los aspectos. Desde que se conocieron en el laboratorio del Instituto del Radio, eso era lo que le había atraído de ella: su inteligencia y esa seguridad que emanaba, sin importar si estaba cubierta por la bata blanca, uniformada con los vestidos grises que utilizaba a diario o vestida de fiesta en una gala.

Ese comportamiento anormal debía de tener una explicación lógica, pero un peso en el centro del pecho que nunca antes había sentido lastraba los pasos de Frédéric. Por eso había subido primero a su habitación para cambiarse de ropa

cuando llegó a casa desde el laboratorio, y por eso bajaba ahora las escaleras sin el brío acostumbrado, después de haberse asegurado de que la pequeña Hélène dormía su sueño infantil en la cuna. Se había quedado observando cómo el aire redondeaba las mejillas sonrosadas cada vez que la pequeña respiraba. Los rizos claros se le habían pegado a la frente y tuvo que hacer un esfuerzo para no apartárselos. Volvió a cerrar la puerta de su habitación con un suspiro y encaró la bajada con inquietud.

Y después del último escalón, frente a él, la puerta cerrada tras la que se encontraba su esposa. Apretó el cinto del batín alrededor de su cintura, suspiró sin saber muy bien por qué y manipuló el pomo. El fuego de la chimenea crepitaba entre rojizos y naranjas, y un aire cálido acarició sus facciones cuando se asomó por la rendija. Irène se encontraba sentada en el suelo junto a las llamas, las piernas recogidas a un lado y la cabeza inclinada hacia las letras de la carta que aún sujetaba entre las manos. El abrigo estaba hecho un ovillo junto a ella. Por un momento, la imagen le pareció tan irreal que contempló la posibilidad de estar en medio de un sueño. Carraspeó para anunciar su presencia, pero ella estaba lejos del salón y de la casa, incluso lejos de París, y no hizo ningún gesto de reconocimiento.

–Irène... –llamó con suavidad–. ¿Estás bien?

La mujer encogió los hombros, sobresaltada, y estrujó la carta contra su pecho. Negó con la cabeza sin volverse ni decir una sola palabra. El doctor Joliot se quedó en la puerta sin saber qué hacer. Su mujer siempre se había caracterizado por su temple y un ánimo inquebrantable. Verla así le desconcertaba. Un ligero estremecimiento recorrió la espalda femenina y continuó en oleadas silenciosas. Pasaron unos minutos hasta que él se percató de que ese movimiento se debía al llanto. Eso le asustó de veras. Irène jamás había permitido que sus emociones afloraran de ese modo. Analizaba las situaciones y tomaba la decisión que su intelecto había designado como la más coherente o apropiada al problema. Después de años trabajando codo con codo en el laboratorio y compartiendo cama, nunca hubiera esperado contemplar la imagen de la mujer que amaba afligida por un asunto del que no le había hecho partícipe. Esa sensación desagradable en la boca del estómago por no tener el control se agudizó. Las emociones femeninas le turbaban y creyó que con Irène estaba a salvo de esos espectáculos. Necesitaba que alguien le ayudara a saber qué estaba pasando. Una mujer que conociera a Irène mejor que cualquiera y que supiese cómo manejarla. Llamaría a su madre, Marie Curie.

* * *

Los tacones de Marie resonaron en el pavimento mientras se acercaba a la casa de su hija. El tono de Frédéric al otro lado de la línea telefónica la había inquietado. Llamó a la puerta sin vacilar y, en cuanto esta se abrió, entró en el recibidor con la espalda erguida y escrutando a su alrededor con mirada crítica. Su yerno le salió al encuentro jugueteando con el cinturón del batín.

—¿Dónde está? —preguntó ella, frunciendo el ceño. Aún le seguía molestando profundamente ese aire de elegante mujeriego que desprendía el hombre con el que se había casado su hija. Tenía una mente brillante, sí, pero Irène estaba por encima de los asuntos del corazón. Que hubiera aceptado ese matrimonio cuando siempre había renegado de tener una pareja estable la seguía sorprendiendo.

—En el salón. Marie... —Frédéric tuvo que bajar la cabeza para enfrentar los claros ojos de su suegra—. Ha recibido una carta y desde entonces no es ella. No sé qué es lo que ha pasado, pero nunca la había visto así. La verdad es que...

—La verdad es que no tienes ni idea de cómo tratar a mi hija, nunca la has tenido. Ella no es como tú.

La mujer giró sobre sus talones y dio la espalda al doctor, no sin antes ver cómo este apretaba los labios. Se guardaba quizás alguna imprecación que una dama como ella no estaba acostumbrada a oír. Marie, sin embargo, se quedó con ganas de escucharla. Si su yerno mostrara algo de sangre en las venas, se alegraría enormemente. Eso significaría que su idea de que se había casado con Irène por la fama y el dinero era equivocada. Con el nacimiento de Hélène se habían suavizado las cosas, pero nunca comprendería del todo el cambio de actitud de su hija respecto del matrimonio.

Cuando abrió la puerta del salón se olvidó por completo del Frédéric herido que había dejado en el recibidor. Irène continuaba observando las llamas, inmóvil. Ya no lloraba, pero con los hombros hundidos, la barbilla sobre el pecho y los dedos de la mano en la que apoyaba el peso, rígidos sobre el suelo, desprendía tal fragilidad que Marie tuvo que contenerse para no ir corriendo y abrazarla como cuando era niña. Sin embargo, no lo hizo. Sabía que su hija era una mujer fuerte, aunque tuviera fantasmas a su espalda de los que ella no sabía nada. Se acercó suavemente con el susurro de su vestido de viuda entre los tobillos y le rozó el brazo al llegar a su altura. Irène volvió el rostro para enfrentarla y Marie pudo ver que en sus ojos enrojecidos se marcaba una infinita tristeza.

—¿Lo adivinas? —le dijo mientras ella tomaba asiento en una butaca cercana.

–¿Berthe? –Era una afirmación más que una pregunta. Si algo podía sumir en ese estado de tristeza a su hija, debía de estar relacionado con Berthe.

La joven le tendió el papel arrugado que había mantenido contra el pecho todo el tiempo y Marie lo cogió con cuidado, como si la carta fuera aún más frágil que la mano que la sujetaba. Admiró por un momento la elegante caligrafía sin leer el contenido. La misiva era corta, apenas unas líneas para informar de algo que habían temido desde hacía mucho tiempo.

Dijon, 23 de octubre de 1928

Querida señora Joliot-Curié,

Me tomo la libertad de dirigirme a usted con la confianza que me otorga la ayuda que le ha prestado a mi hija durante estos últimos años. No entiendo muy bien la relación que la unió a usted con mi Berthe, pero estoy muy agradecida por los generosos gestos de amistad que nos han mostrado usted y su maravillosa madre, aunque mi pobre niña no supo corresponderle como debiera.

Se imaginará el motivo de escribirle. Berthe, por fin, ha conseguido lo que quería. Comprendo que le resultará difícil llegar a tiempo, pero me gustaría que pudiera acompañarme en estos momentos tan tristes. Según su deseo, se llevará a cabo en Barleduc, como puede suponer. También le he escrito a la señorita St. John para comunicarle la noticia.

Atentamente,

Margaritte Hinault

Marie suspiró. Tal vez ahora Irène podría pasar página y superar lo que sucedió. La guerra fue terrible para todos y ella sacrificó parte de su juventud en el camino. Cuando le dijo que estudiaría un curso de enfermería para ayudarla en su proyecto en primera línea de batalla, se sintió orgullosa. Dejó los estudios de física en La Sorbona para convertirse en su mano derecha, una amiga más que una hija. Capaz y templada, aunque tan solo tenía dieciséis años cuando comenzó a asistirle y dieciocho cuando viajó sola a Bélgica para supervisar los aparatos de rayos X con los que se equiparon los hospitales de campaña. Luego llegaron Barleduc, Amiens... Se había comportado de un modo tan eficiente que

Marie olvidó que su hija era poco más que una niña. Todos los afectados, los que participaron en la batalla o los que se quedaron en casa en una terrible espera, los que perdieron la cordura o los que la mantuvieron a su pesar, todos cambiaron de un modo u otro. El mundo entero había sido herido. Y su pequeña... No le había llegado a contar toda la historia, de eso estaba segura.

–¿Qué vas a hacer?

Una rama crujió al partirse por la mitad, devorada por las llamas. Irène pareció despertar del trance en que se mantenía y sacudió la cabeza.

–Necesito estar a solas, mamá.

La mujer asintió. Comprendía el dolor y cómo cada cual necesitaba de recursos diferentes para enfrentarlo. Cuando su esposo, Pierre, murió atropellado por un carruaje, ella sintió tal vacío en su vida que tan solo el estudio de la física pudo llenar parte de ese pozo que se abría en su pecho. Ni siquiera sus hijas pudieron apartarla del trabajo agotador y de los experimentos sin fin. Solo el tiempo había atenuado esa ausencia, por eso sabía que Irène necesitaba tener un reencuentro con el pasado y hundirse en el fango hasta las rodillas para luego volver a coger impulso.

Devolvió la carta a su dueña y le acarició la mano antes de retirarla. Quiso mostrarle con ese gesto todo el apoyo que estaba dispuesta a brindarle, y la joven se lo agradeció con una leve sonrisa. A Marie le hubiera gustado quedarse y que apoyara la cabeza en su regazo, como en aquellas noches en las que ambas debatían los asuntos del día. Volvía junto con Pierre del hangar de la calle Lhomond después de su jornada laboral lidiando con los vapores sofocantes que generaba la concentración de uranio, y la paz llegaba cuando tenía a la pequeña entre sus brazos, junto con la certeza de que estaba criando a un ser extraordinario. Por ese futuro valía la pena el esfuerzo de la investigación para lograr que ella heredara un mundo mejor, por acariciar su cabello y escuchar cómo su mente despierta estaba llena de preguntas que intentaba responder siempre. Incluso la fatídica noche en que tuvo que sujetar la cabeza infantil y mirarle a los ojos para decirle por qué su padre jamás iba a regresar a casa ni le daría su beso de buenas noches. En esa ocasión lloraron juntas hasta la madrugada. Ahora, Irène le pedía librar su propia batalla en soledad y ella se lo concedería, porque, a veces, incluso la familia es un extraño si no ha estado en el foco del dolor, en los sucesos que lo provocaron.

–Mañana me llevo a la pequeña Hélène a dar un paseo y hablamos, si lo deseas.

Irène asintió, pero su madre pudo advertir que su mente ya estaba

retrocediendo en el tiempo, ajena a todo lo que la rodeaba en el presente. Supo que regresaba al momento en que el mundo que ellas intentaban mejorar a través de la ciencia se volvió loco.

La joven apenas fue consciente de cuando su madre abandonó el salón y la dejó sola frente a la chimenea. Podía sentir el calor de las llamas enrojeciéndole el rostro, aunque las manos estaban heladas. El resto de las sensaciones le eran extrañas, como percibidas por un cuerpo que no era el suyo, como si no pudiera aislarlas o identificarlas como propias. Se levantó con dificultad y una sola idea en su mente: la caja.

Salió de la estancia sin hacer ruido, apoyando con suavidad las plantas de los pies descalzos. Atrás había dejado los zapatos planos que utilizaba a diario. El recibidor estaba vacío y subió la escalera hacia su habitación, intentando que la madera crujiera lo menos posible. No quería dar explicaciones. Debía encontrarse con los protagonistas de uno de los episodios más negros de la historia, de su historia, y no había nadie que no hubiera estado allí.

Entró en su habitación y cerró la puerta por dentro. Una punzada de culpabilidad la aguijoneó cuando se dio cuenta de que no había comprobado que Héléne estuviera bien, pero se tranquilizó pensando que Frédéric lo habría hecho. Era un buen padre, un buen esposo. Podía confiar en él. Abrió el armario donde guardaba su ropa. Los vestidos, sencillos, ocupaban tan solo una pequeña parte del espacio. El resto estaba invadido por notas, manuscritos y libretas que se mantenían en un equilibrio precario, unos encima de los otros. Tanteó con las manos debajo de aquella torre formada por parte de su trabajo científico y sacó una caja de madera. De superficie lisa, sin ningún adorno ni identificación, parecía un trasto más. Nada importante, aunque el cuidado con el que Irène la sujetó y se la llevó al regazo demostraba que para ella era especial. Le temblaron los dedos cuando deslizó hacia un lado el pasador de metal que aseguraba la tapa y, cuando el contenido quedó a la vista, se quedó unos minutos contemplándolo sin verlo en realidad. A un lado estaban las cartas, separadas por remitentes y atadas con cintas; eran pliegos de diferentes tamaños y repletos de letras de diversa caligrafía: elegantes y cuidadas en papel inmaculado, o en apretadas líneas con manchas que las emborronaban. Sacó los tres montones, deshizo los nudos que las sujetaban y las extendió en el suelo frente a ella. En un gesto automático, se llevó los dedos al cuello y palpó la diminuta cicatriz que marcaba la piel en un patrón oblicuo mientras las observaba. Acercó la mano para acariciarlas, pero se quedó a medio camino. Volvió a la caja y sacó el resto de las cosas de su interior. El brazalete de tela con la cruz roja pintada tenía un

desgarro que lo convertía en una cinta deshilachada; lo apretó en el puño mientras cerraba los ojos con fuerza y luego lo dobló cuidadosamente, dejándolo sobre sus rodillas. Cogió un paquetito con fotografías antiguas y recortes de revistas, y las fue contemplando una a una: un bebé dormido en su cuna; una mujer pelirroja con una pancarta en la mano y, agarrado a su falda, un niño pequeño con el pelo claro y mirada seria; el mismo niño, un poco más mayor, posando en su pupitre del colegio con una pluma entre los dedos. En la esquina inferior derecha de cada fotografía, un nombre, «Allan», y una a1 manuscrita: «enero, 1917», «mayo, 1923», «febrero, 1927». Suspiró.

Sacó una prímula cuyos pétalos amarillentos estaban delicadamente prensados, trozos de metralla en un bote de cristal que tintinearón al moverlos, un avión de papel. Y por último, un silbato de hueso unido a un cordón verde. Era pequeño, cabía perfectamente en la palma de su mano. Lo sostuvo entre los dedos y sintió cómo el frío que había atezado su piel momentos antes se templaba con el contacto de la superficie pulida, como si aquel objeto inanimado palpitará con rabia preguntándole por qué había tardado tanto en volver. Irène cogió aire y el aroma de los pinos cubiertos de nieve llenó sus pulmones. En el páramo, en alguna colina desnuda, bajo toneladas de barro o bajo el hielo, estaba sepultado el latido de un corazón. Irrumpieron entonces las imágenes que con tanto celo había clasificado, ordenado y guardado en compartimentos cerrados dentro de su alma. Los tabiques que había construido para retenerlas se habían roto, o mejor dicho, fue consciente de que tan solo había tejido finas láminas que, como telarañas, se quebraban con un solo manotazo. Y el golpe que las había desgarrado era Berthe y, con ella, el resto de recuerdos escaparon de su encierro y volvió al frente de nuevo, a los temblores de las paredes de los hospitales de campaña al son de las bombas, a la luz de los quinqués sobre las heridas y las lágrimas de los hombres, al momento en que se quebraba una vida, a las ausencias terribles...

Apretó aquel silbato contra su pecho hasta que le dolieron las manos, hasta que se clavó la forma redondeada en el esternón, hasta que el dolor fue tan insoportable que prorrumpió en sollozos y se tendió en el suelo hecha un ovillo como una niña, sin despegar ese trozo de hueso de su cuerpo.

La guerra. Volvía de nuevo a la guerra.

PRIMERA PARTE
ANTES DE LA TORMENTA
(BARLEDUC)

Capítulo I

Las tranquilas aguas del Ornain

Barleduc, enero de 1916

Carta de Marie Curie a Irène, 20 de enero de 1916

Mi pequeña,

Espero que el viaje a Barleduc transcurra sin incidentes y que tu recibimiento en el Hospital Militar Central sea mejor que el que te dispensaron en Hoogstade. Los belgas no tienen ni una pizca de sentido del humor y, además, el tener a una muchacha tan joven como tú dando lecciones no le gusta a nadie, pero al final lograste meter en su cabeza cuadrículada cómo se deben colocar los ejes en la placa para buscar los proyectiles. ¡Es todo un logro! Lo que me reí al leer cómo debatiste con Willems las leyes de la geometría. Son médicos, pequeña, no tienen por qué saber los principios matemáticos que rigen el mundo. Y eso también lo tienes que tener en cuenta.

Sentí muchísimo no estar contigo para celebrar tu decimoctavo cumpleaños, pero Eve y yo encendimos una vela justo antes de terminar el día, cuando las dos llegamos de recoger los donativos, y la soplamos pensando en ti. Nuestros deseos te llegarán con el viento, pequeña. En cuanto acabe esta maldita guerra, volveremos a estar juntas y podrás terminar tus estudios en La Sorbona... Vivir en un país mejor, porque construiremos algo mejor con los escombros que nos dejen. Mi mujercita... ¿Ya te he dicho lo orgullosa que estoy de ti? ¡Ten paciencia! Piensa en todo el bien que podemos hacer con las nuevas técnicas radiológicas. ¡Enseña, enseña! Olvida las mentes obtusas y los sinsabores de los enfrentamientos con los cirujanos. Cuanto más se

extienda el conocimiento, mejor tratamiento para los heridos, y eso es lo único que importa. Cuéntame lo antes posible cómo va el trabajo en Barleduc y si el petit curie llega en buenas condiciones. Tardará un poco más porque el arreglo de la dinamo era más complicado de lo que esperábamos, pero como estos días estarás ocupada montando la nueva sala de rayos X en el hospital no estarás de brazos cruzados. Además, puedes aprovechar para ir dando clases sobre radiología a las enfermeras y a los cirujanos, y así, cuando llegue el Renault, todo estará listo para ponerlo en primera línea de batalla. Nuestros soldados te necesitan.

Ten cuidado, Irène, ya sabes lo mucho que te quiero.

Mamá

Irène contempló por la ventanilla del tren cómo las líneas del paisaje se iban volviendo más nítidas al disminuir la velocidad. Los borrones verdes y grises del bosque invernal dieron paso a los tejados de algunas granjas entre campos baldíos cubiertos de nieve y, un poco más adelante, a las edificaciones de la ciudad. Barleduc apareció en silencio, con la suave cadencia de lo conocido. Aquí, una iglesia que se parecía a aquel santuario de París que visitó con su madre cuando estaba estudiando el arte gótico; allí, el recodo de un camino formado por el mismo tipo de empedrado que los aledaños de la capital o un parque bordeado de ciruelos ya descargados de sus frutos amarillos. La muchacha pensó si la gente habría hecho confitura ese año, como si nada estuviera ocurriendo a pocos kilómetros de allí, o si, por el contrario, habían faltado brazos para recoger la cosecha y las ciruelas se pudrían bajo el barro. Las elegantes casas de piedra clara con las chimeneas humeantes y el río Ornain hendiendo la tierra con un transcurrir sereno de aguas metálicas se descubrieron poco después. Irène saboreó los detalles que le recordaban su vuelta al hogar, a Francia, desde los colores mates del frío hasta el aire preñado de humedad que se condensaba en la parte externa del cristal.

El traqueteo se fue suavizando y oyó el chirrido de los frenos al llegar a la estación. La muchacha irguió la espalda y suspiró, alisando el pliego de papel que había estado escribiendo antes de perderse en el paisaje de la región de Lorena a través de la ventanilla. Dobló cuidadosamente la carta inacabada para su madre y la guardó junto con las notas sobre la utilización de las placas de rayos X que había garabateado para no perder el hilo de las explicaciones en sus

clases. Aunque había ganado en seguridad al hablar en público, aún necesitaba tenerlas en sus manos. Un hormigueo recorrió su estómago al pensar en volver a empezar en Barleduc. De nuevo las discusiones con los cirujanos egocéntricos y la lucha contra el escalafón de un ejército obsoleto y patriarcal. A sus dieciocho años, Irène estaba cansada. Atrás quedaba el último año de gira con su madre enseñando a los médicos sus conocimientos matemáticos para utilizar la radiología y los meses en el hospital militar de Hoogstade, en tierras belgas, ya sola. Agotada por intentar meter la geometría en aquellos hombres que la miraban con condescendencia y que le echaban en cara su falta de experiencia. «La teoría no vale de nada cuando llueven las balas, señorita Curie. Entonces solo puedes recurrir al instinto. De nada valen esas dichosas placas que nos muestra», le había rebatido uno de los cirujanos tras la clase. La mujer apretó los dientes al recordarlo. Cuando llegara el *petit curie* al hospital de Barleduc, ella misma lo llevaría al frente, junto a las trincheras, y les demostraría a todos que una mujer podía salvar vidas a través de la teoría. Le daban igual las instrucciones que le había dado su madre respecto a la enseñanza y el mantenerse a salvo. Ella también era una transgresora si el fin era el adecuado.

El tren se detuvo por completo con un suspiro, como si la máquina hubiera retenido el vapor dentro de sus engranajes durante la entrada a la estación intuyendo algún peligro indeterminado y lo hubiese soltado de golpe una vez comprobado que todo estaba en su sitio. Irène se envolvió en el abrigo y aferró el bolso donde había guardado sus notas. En cuanto puso un pie fuera del vagón, el viento le golpeó el rostro y el frío le cortó la respiración. La falda se arremolinó alrededor de sus tobillos y, por un instante, echó en falta un sombrero que resguardara sus orejas de la bofetada invernal. Un tren proveniente de París se detuvo en el andén colindante y la muchacha lo miró con nostalgia. Si pudiera escaparse tan solo un momento para dar un abrazo a su madre y a su hermana... Dos mujeres mayores se bajaron de él y le lanzaron una mirada reprobatoria frunciendo la boca cuando llegaron a su altura. Irène intentó recoger los mechones desordenados con las horquillas, pero fue inútil. Alzó la cabeza y les sonrió desafiante. Que en tiempo de guerra aún se fijaran en esos detalles insignificantes la enervaba. Lo único que sentía era no estar abrigada, nada más. Ni tan siquiera tenía guantes, los había perdido en Hoogstade y no se le ocurrió pedir que le enviara otros. Todo ahorro era vital, y su madre bastante tenía con coordinar la recaudación de fondos entre las damas de la alta sociedad parisina para dotar de más aparatos de rayos X al frente. Sintió un escalofrío, y no por el viento que se colaba entre los pliegues de su falda, sino por pensar en la

diplomacia de la que tenía que hacer gala su madre para tratar con todas aquellas mujeres que no habían visto una herida de proyectil en su vida y que aún creían en una guerra de héroes.

La estación estaba muy poco concurrida. Los viajeros mantenían las cabezas gachas y las pocas palabras que intercambiaban se perdían entre el zumbido del viento, por lo que a Irène le pareció que el único sonido que inundaba Barleduc era el del vendaval. La última pasajera en abandonar el tren de París fue una muchacha de su edad; ella sí que llevaba sombrero y guantes de cabritilla. Era muy hermosa, aunque parecía no querer llamar la atención. Sus miradas se cruzaron y por un segundo a Irène le hormigueó la nuca. Le pareció que la mueca que le dedicó estaba entre el desagrado y la envidia. El mozo le entregó su equipaje y se olvidó de la mujer. Era bastante escaso; una pequeña maleta en la que guardaba su uniforme y algo de ropa. Echó un vistazo alrededor por si habían enviado a alguien para recogerla, pero nadie levantó la vista, y los pocos transeúntes fueron abandonando el espacio sin reparar en ella, así que cogió la maleta y el bolso de mano, y se encaminó hacia la salida.

Barleduc le dio la bienvenida con el eco de sus pasos resonando en el empedrado de sus calles y ella recorrió el camino con desgana. El viento helado le azotaba las manos y los mechones de cabello se le enganchaban en las grietas de los labios. Irène pensó que igual no era una mala idea cortárselo y ahorrarse el trabajo de peinar esos enredones cada mañana antes de colocarse el pañuelo blanco con el que trabajaba.

* * *

El hospital militar central se encontraba situado en el cuartel del 94 regimiento de infantería, a las afueras de la ciudad. Cuando la muchacha llegó hasta allí, se encontró con un muro que rodeaba los edificios que componían el acuartelamiento y el terreno circundante. Una verja de hierro de doble hoja se abría hacia el interior como único acceso para entrar al complejo. Irène cruzó a través de ella y recorrió el terreno hasta llegar al edificio principal. Algunos robles salpicaban de color el descampado con su verde sólido y las ramas bajas casi rozando el suelo. Junto a las escaleras que llevaban hasta la puerta, pequeños grupos de soldados convalecientes aprovechaban los últimos rayos de sol de la tarde. Envueltos en abrigo de paño oscuro, charlando animadamente, tan solo los vendajes daban fe de que el campo de batalla quedaba relativamente cerca de allí y de que en cualquier momento otra remesa de heridos podía llegar

para ocupar las dos mil doscientas camas de las que disponía el hospital.

La muchacha mantuvo la mirada al frente para no cruzarla con la de los hombres que giraban la cabeza a su paso. No quería demostrar demasiado interés, pero evaluaba las heridas de soslayo: una probable fractura de cúbito en aquel que llevaba el brazo en cabestrillo; la pérdida del globo ocular por alguna esquirla de metal en ese soldado que llevaba el vendaje alrededor de la cabeza; una amputación por encima de la rodilla... Irène se preguntó si sería por gangrena o por los destrozos causados en la pierna. Las conversaciones se silenciaron, pero enseguida le llegó el murmullo de las voces a su espalda. Subió las escaleras con la respiración entrecortada. El equipaje le pesaba ya demasiado y tan solo quería tumbarse un rato en una cama caliente, cerrar los ojos y no pensar en que debía volver a organizarlo todo de nuevo. Pero antes debía encontrar al comandante médico y presentarse. ¿Podría convencerle para que fuera ella la que condujera el *petit curie* al frente? Que no le hubiera enviado a nadie para recibirla no le resultaba alentador.

El pasillo estaba extrañamente vacío. Las losetas del suelo reflejaban la luz de los ventanales que se abrían a un lado debido a lo pulidas que estaban y creaban una atmósfera de tranquila irrealidad. Si no fuera por los heridos que había visto fuera, habría pensado que se había equivocado de lugar y se adentraba en la biblioteca de Santa Genoveva para leer alguno de los tratados sobre física que le recomendaba su madre. Avanzó con cautela sintiéndose una extraña viajando al pasado, justo al instante anterior a los dos disparos que acabaron con la vida del archiduque Francisco Fernando en aquella calle de Sarajevo, e intentó no romper una calma tan difícil de conseguir en un sitio como ese, en el que los lamentos siempre estaban presentes, aunque fuera como ecos lejanos. De pronto, de una de las puertas del fondo surgió una figura que se movía con la seguridad de estar en su hogar. La falda blanca ondeó al ritmo rápido de sus piernas y las dos alas de la cofia señalada con la cruz roja y anudada a la nuca se abrieron sobre los hombros. Sus miradas se cruzaron y la enfermera se paró en seco. Podía haber sido más bonita si la dureza que angulaba sus rasgos al inspeccionar a la intrusa con unos ojos grises, enormes, no le ensombreciera el gesto. Algunos mechones de cabello oscuro que escapaban de la tela contrastaban con la piel pálida. Los labios, gruesos y de líneas bien definidas, formaron una mueca de hastío cuando terminó de valorar la figura de la recién llegada.

—¿Otra? —Su voz resonó a través de la galería, rebotando en las paredes sin que la sequedad del tono se perdiera por el camino.

Irène se quedó inmóvil, sin saber qué decir. Evaluó lo que significaba la

pregunta y las distintas respuestas que podía ofrecer, y lo contrastó con la forma empleada para realizarla. Por un instante, las dos mujeres se observaron, cada una desde un extremo del pasillo. La muchacha aferró con fuerza el asa de su equipaje y apretó los dientes. El calor le recorrió el cuello hasta colorearle las mejillas.

–¿Perdone? ¿Cómo dice? –habló mucho más bajo de lo habitual, pero marcando cada sílaba con claridad.

–Otra VAD, ¿no? No pueden enviar a una enfermera titulada, no... Es mejor apañarse con alguna voluntaria que piensa que lo de atender a los heridos es el sùmmum del romanticismo y que se marea con el olor de la ropa sucia. ¿Sabe hacer una cama por lo menos o en casa tenía criada?

Irène abrió la boca para decir algo y luego la volvió a cerrar. Sus labios formaron una fina línea al blanquearse por el esfuerzo de mantenerlos en su sitio. Avanzó con paso firme hasta situarse enfrente de la enfermera, que la esperaba con una batea metálica a rebosar de material quirúrgico apoyada en la cadera. Las pinzas tintinearón cuando cambió el peso de un pie al otro.

Alargó la mano, que temblaba ligeramente, en forma de saludo y esperó a que la otra se la estrechara.

–Me llamo Irène Curie. Vengo a montar la nueva sala de rayos X y a enseñar radiología al personal sanitario.

–¿No es una nueva voluntaria?

–En cierto sentido sí lo soy, pero creo que no pertenezco al grupo del que usted habla. ¿Hay algún problema?

La otra mujer pestañeó un par de veces como intentando enfocar de nuevo la mirada y ladeó la cabeza. Tras un momento de silencio, en el que repasó otra vez la figura de Irène de arriba abajo, su gesto se suavizó ligeramente.

–Ummm... –murmuró por respuesta mientras observaba la mano tendida de Irène sin realizar ningún gesto de acercamiento—. Soy Berthe Hinault, enfermera encargada del pabellón número nueve del edificio Exelmans. Aunque supongo que si no es una VAD no se acercará por los pabellones de los heridos. ¿Y dice que va a enseñar qué?

–Eh... Radiología. Enseño cómo utilizar el aparato de rayos X para poder ver los daños internos en el hueso y detectar dónde están los proyectiles antes de operar. –Retiró la mano que le había ofrecido y se frotó los dedos en la tela del abrigo como si quisiera borrar la ofensa. A pesar de sacarle media cabeza a la enfermera, se sintió minúscula al hablarle de su trabajo y al ver cómo entrecerraba los ojos en un gesto de incompreensión.

–Entonces va dirigido al personal médico, ¿me equivoco?

–En realidad depende de lo estipulado por el comandante médico. Aún no sé los detalles. Mi visita no... –Dudó en explicarle la situación a la enfermera, pero decidió que no le interesaba ponerse en evidencia. Se aclaró la garganta y continuó–: Debo reunirme enseguida con él para tratar sobre ello. ¿Podría...?

–¿Cuántos años tiene? –interrumpió Berthe–. ¿Conoce siquiera el funcionamiento de un hospital?

–Dieciocho –contestó algo confundida. Miró a la mujer morena y endureció el tono cuando terminó de asimilar la ironía en su pregunta–. Vengo del hospital de Hoogstade, en Bélgica, donde ya he impartido clases de radiología a los cirujanos, y además realicé un curso de enfermería en París antes de eso. ¿Qué insinúa?

La carcajada de Berthe hizo que las mejillas de Irène se encendieran de indignación. No había alegría en el eco que rebotó contra las paredes, sino una acusación velada.

–Nos llevamos cinco años, pero pasar uno en este lugar debe valer por diez, por lo menos. Cuando la vea atendiendo a uno de nuestros heridos, y no impartiendo esas clases a salvo de la sangre, los vómitos y los gritos, le diré si está preparada para ejercer el trabajo de una enfermera de verdad. –Se giró y la falda revoloteó entre sus tobillos–. Mientras tanto, sígame y le indicaré por dónde llegar al despacho del comandante Mercier.

Irène se quedó unos segundos clavada en el sitio, luchando entre decirle cuatro cosas a la enfermera, que ya se encontraba unos pasos por delante de ella, o seguirla en silencio para llegar a su cita con el comandante. Sacó un pliego de papel doblado del bolsillo de su abrigo y leyó el nombre del responsable del hospital con el que debía hablar. Era el que había mencionado la enfermera: el comandante Mercier. Se mordió la lengua y se dejó guiar por la mujer, que avanzaba con ritmo enérgico sin mirar atrás. El pasillo se bifurcaba en dos caminos y tomaron el de la derecha.

–Ese encuentro sí que me gustaría verlo –resopló Berthe cuando Irène se puso a su altura–. El gran, serio e imponente Mercier recibiendo a una muchacha que le va a enseñar algo que él no sabe. ¡El fin del mundo! Lástima que tenga una cita con un montón de material para esterilizar y sea urgente: nos hemos quedado sin pinzas y faltan aún vendajes por levantar.

Irène observó el perfil de la enfermera con curiosidad. Irradiaba una energía en sus gestos y en su forma de hablar que le atraía, a pesar del recibimiento adusto. Esperaba que aquella animadversión se diluyera en cuanto la viese trabajar y

comprobara que estaban en el mismo bando. Pensó, con algo de tristeza por ese recibimiento, que era una de esas personas que más valía tener como amiga que como enemiga.

Llegaron al comienzo de unas escaleras que, según explicó Berthe, llevaban a las dependencias subterráneas, donde se encontraban el autoclave para la esterilización del material y el almacén general. Allí, gracias a la presión y temperatura que alcanzaba el vapor de agua en aquella enorme olla cilíndrica, desinfectaban todo lo que se utilizaba en las curas: gasas, vendas, bisturíes y pinzas. Le indicó cómo podía llegar al despacho del jefe médico sin perderse por el enorme edificio.

–Irène Curie –llamó mientras descendía las escaleras–, cuando termine con el viejo Mercier y los eminentes doctores, puede buscarme para que le enseñe cómo es realmente el trabajo duro. Si se atreve, claro. –Y lo último que vio la muchacha de Berthe antes de que esta desapareciera en la oscuridad fue un revoloteo de tela blanca.

Irène necesitó unos minutos para serenarse. Agradeció que nadie pasara por ese tramo de pasillo en el que se quedó plantada digiriendo las palabras de la enfermera. Se sintió mejor cuando se prometió a sí misma que le demostraría de qué pasta estaba hecha. Era una Curie, no podía olvidarlo.

Encontró el despacho del doctor Mercier más rápido de lo que creyó al adentrarse en el laberíntico hospital. Las dependencias de los oficiales se encontraban en la cuarta planta, tras unas puertas de roble que relucían por el pulido de varias generaciones de soldados ocupados en su mantenimiento. Si en el vestíbulo y las galerías que había recorrido con Berthe se mantenía una cierta calma, en los despachos podía haber viajado en el tiempo para situarse en la época en la que el orgullo del ejército francés eran sus pantalones rojos. Los retratos colgados de las paredes así lo corroboraban. La guerra había cambiado incluso los colores de los uniformes. Una guerra sucia y gris solo podía tener uniformes tristes.

Las suelas de los botines de Irène golpeaban el suelo de mármol con determinación. Respiró hondo, repitió un saludo ensayado mil veces en su mente y se preparó para identificarse ante el personal auxiliar del comandante médico. El joven uniformado esbozó una sonrisa divertida cuando echó un vistazo a sus credenciales y a la carta que había escrito su madre a modo de presentación, pero la mirada gélida de Irène le hizo carraspear y, con una inclinación de cabeza, se dirigió al despacho para anunciar su llegada. Cuando volvió a salir, le indicó con un gesto que podía entrar y la muchacha levantó la barbilla al pasar por su lado.

Irène dejó caer la bolsa de viaje justo al atravesar el dintel de la puerta. Sentía los dedos agarrotados y pensó que su brazo no iba a ser capaz de doblarse sobre el codo nunca más. Y allí se quedó, inmóvil, mientras los otros dos hombres que estaban en el despacho se levantaban de sus asientos y la evaluaban con mirada crítica.

–Bien, al fin ha llegado, señorita Curie. –Uno de ellos se acercó y le tendió una mano que temblaba ligeramente. El apretón fue blando y húmedo, e Irène se limpió la palma disimuladamente en el paño del abrigo. El hombre tenía una figura imponente, con el enorme cuerpo embutido en el uniforme que le identificaba como el comandante médico a cargo del hospital de Barleduc, aunque unas intensas ojeras le hacían parecer, en cierto modo, frágil–. Le doy la bienvenida a este hospital. Debo decirle que esperaba que llegase acompañada por su madre –continuó diciendo mientras se masaba el mostacho y colocaba después las manos a la espalda–. Supongo que tendrá la experiencia suficiente como para no hacernos perder nuestro valioso tiempo. Las jornadas de los cirujanos ya son lo suficientemente intensas.

Irène respiró hondo. De nuevo puesta en duda, debía demostrar que no era una niña jugando a la guerra. Buscó el tono más profesional que pudo y miró a sus interlocutores directamente a los ojos. Ante ella, cuatro rostros esperaban su respuesta.

–Gracias por su bienvenida. Mi madre les envía sus disculpas, pero asuntos importantes la retienen en París y no puede hacerse cargo de la formación en estos momentos. Como habrá podido leer en su misiva de presentación, estoy perfectamente cualificada para ofrecerles mis conocimientos en materia de radiología. Estudiaba física en La Sorbona antes de que comenzara la guerra y realicé un curso de enfermería en París para aumentar mis conocimientos de anatomía. Además, he colaborado con mi madre en la puesta a punto de los *petit curie* y ya he impartido cursos sobre la utilización diagnóstica de los rayos X en Bélgica. –Percibió un ligero temblor en sus últimas palabras, así que hizo una pausa para intentar calmarse. Tener que demostrar continuamente sus aptitudes era algo que le hacía perder la paciencia y, además, estaba cansada por el viaje.

Aquel breve silencio fue aprovechado por el comandante para intervenir.

–No confío demasiado en que unas placas fotográficas me digan lo que tengo que hacer, señorita. ¿Y qué son realmente esos *petit curie* que tienen entusiasmado al comandante Mignon, del Estado Mayor?

Irène mostró una sonrisa de orgullo.

–Fue idea de mi madre. Hemos adaptado camiones Renault con un equipo

portátil de rayos X para que el mecanismo se active gracias a una dinamo conectada al motor. Cuando el vehículo está arrancado, se pueden hacer radiografías sin necesidad de red eléctrica, a pie de trinchera. –La mirada de Irène escrutó las reacciones a sus palabras. Había conseguido controlarse y responder de forma tranquila, lo que aumentaba su competencia ante aquellos hombres–. Dentro de poco uno de ellos llegará aquí y les mostraré lo que puede hacer, si es que confían en mí.

Uno de ellos tomó la palabra para responder.

–No me cabe ninguna duda de su valía, señorita Curie, sobre todo si le ha enseñado su madre. Tuve el placer de asistir a un par de sus clases en La Sorbona. Aunque es cierto que su... imagen dista mucho de lo que esperábamos. Si nuestro respetado comandante no lo hace, tendré que presentarme yo mismo. Soy el capitán Henri Billet, cirujano jefe del hospital. Por favor, tome asiento. – Era el único de los presentes que no llevaba uniforme y el más joven. Llevaba el cabello cuidadosamente peinado hacia atrás y algún mechón entrecano un poco más largo le caía sobre la frente.

Irène se agarró las manos por delante de la falda, ladeó la cabeza y se dirigió hacia la silla que había libre con el andar más delicado del que pudo hacer acopio. La mesa de roble oscuro y los asientos a juego daban una extraña calidez a la escena, contrastando con la gélida corriente que vibraba entre los presentes. Por el ventanal de la izquierda se colaban los restos rojizos de la tarde y algunas superficies parecían arder, mientras que los retratos de los generales se mantenían en la sombra. Se sentó con la espalda erguida sin tocar el alto respaldo de terciopelo verde y los dedos entrelazados sobre el regazo.

Los dos hombres ya se habían sentado alrededor de la mesa cuando ella lo hizo, no así el comandante médico, que continuaba de pie cerca de la puerta, observándola como si fuera lo más extraño que hubiera visto nunca y pasándose la palma de la mano por los cabellos ralos como si no supiera qué actitud tomar.

El capitán Billet cruzó una pierna sobre la otra y sacó una cajita del bolsillo interior de su chaleco. El aroma a tabaco comenzó a flotar por la estancia.

–¿Le molesta que fume? –Irène negó con la cabeza y el médico continuó–: Mi compañero aquí presente es el doctor Jean-Luc Guilloux, nuestro director general y responsable de que no discutamos demasiado. Y, por supuesto, el comandante Mercier, nuestro superior.

El director general Guilloux era delgado y nervudo, pero mostraba unos ademanes pausados que transmitían gran seguridad. A Irène no le costó visualizarlo como intermediario en las discusiones que había mencionado Billet.

Este continuaba con su explicación:

–Como tendrá ocasión de comprobar, el complejo hospitalario se divide en tres construcciones independientes; nos encontramos en la principal, el antiguo cuartel de infantería. Hemos crecido considerablemente con el nuevo plan de evacuación de los heridos desde el frente y ahora somos un hospital de tercer nivel, por lo que hemos tenido que anexionar dos de las construcciones más cercanas: el edificio Exelmans fue el primero en habilitarse como centro sanitario y el Jeand es nuestra nueva adquisición. –Soltó una risilla que surcó su rostro jovial con miles de pequeñas arrugas–. Aunque mendigamos donaciones y tenemos que hervir el material en las ollas que nos prestan las matronas porque tan solo contamos con un autoclave.

–Bueno, capitán Billet –replicó Irène–, por lo que he podido ver, pueden sentirse orgullosos de su hospital. En Hoogstade apenas contaban con personal de enfermería cualificado, y la sala de rayos que montamos no era más que una despensa reutilizada.

–¡Oh, señorita Curie! –intervino Mercier resoplando–. Pero es que nuestro capitán posee grandes miras. Por supuesto, él haría las cosas de otra forma. A veces olvida quién está al mando aquí. –El mostacho salpicado de hebras blancas se retorció con una mueca de desaprobación de su boca.

Billet levantó la vista del cigarro que estaba liando y enarcó las cejas.

–Tan solo pienso en el bienestar de los heridos, comandante. ¿Insinúa que utilizo de forma inadecuada mi posición?

El silencio que llegó tras esas palabras se convirtió en un arma arrojada y fue lanzado hasta el joven cirujano por el hombretón que se mantenía de pie con las manos a la espalda.

–A todos los aquí presentes nos preocupan los pacientes, señores. Por eso realizamos el juramento hipocrático, ¿no creen? –La voz de Guilloux intentó romper la corriente de animadversión entre los dos, aunque la tensión acumulada no se disipó por completo.

El comandante Mercier avanzó de un lado al otro del despacho como si intentara dejar atrás alguna idea que le rondaba. Se detuvo un instante frente al ventanal, aún en silencio. Irène se encontraba incómoda. Si fuera por ella, saldría de aquella sala para ponerse su uniforme de enfermera y comenzar a trabajar. Saber lo que se traía entre manos le daba seguridad, y a ella se le daban bien la física, la mecánica y las matemáticas, no las discusiones. Estas le provocaban una profunda desazón, porque se escapaban al control que intentaba mantener siempre. Perdida en sus pensamientos, no se dio cuenta de que Mercier se había

colocado enfrente del hombre joven.

–¿Y no lo ha hecho ya, capitán Billet? –Su rostro estaba congestionado y el temblor de su poblado bigote era hipnótico. La muchacha no podía apartar la vista de él.

–¿Cómo dice?

–¿No ha utilizado ya sus contactos para solicitar la nueva sala de radiología?

–¿Me lo recrimina, mi comandante? ¿Acaso si hubiéramos esperado a los cauces oficiales tendríamos a la señorita Curie ya con nosotros?

–¡Esa no es la cuestión! ¡Obvió el escalafón y mire lo que ha conseguido! –Mercier extendió el brazo hacia Irène y esta se sobresaltó–. Si hubiéramos esperado un poco más, igual tendríamos a un médico con experiencia para que nos formara y no a... a una niña. Perdóneme, señorita Curie, no es nada personal, pero quizá no se da cuenta de la tesitura en la que me encuentro.

–Disculpe, comandante Mercier, pero... ¿En qué tesitura se encuentra? –La muchacha mantenía la espalda erguida y la barbilla lo más elevada posible.

–Señorita Curie, no me he ganado este puesto por andarme por las ramas, así que voy a ser muy claro. Es una mujer y, además, muy joven. ¿Cómo cree que reaccionarán mis cirujanos al verla?

Irène suspiró. Tenía razón, sabía con lo que se iba a encontrar, pero a la vez le dolía la injusticia a la que se enfrentaba. Era inteligente, cualificada, sabía mucho más que cualquiera de los médicos con los que se encontraría en sus clases, y aun así sería evaluada continuamente y cada minúsculo fallo sería magnificado. Se sintió sola.

–Debe reconocer, mi comandante –intervino Billet–, que necesitamos toda la ayuda que los nuevos avances nos pueden aportar. ¡Los alemanes nos llevan la delantera en este tema! Y, gracias a mi intervención, tenemos el aparataje necesario para la nueva sala.

–Gracias por su defensa, señor Billet –ironizó la muchacha–, pero soy lo bastante capaz como para demostrarles que mi madre me ha enviado porque soy la mejor. Tan solo necesito un poco de confianza por su parte. Como bien han dicho antes, lo más importante para todos es el bienestar de nuestras tropas. Además, cuento con el beneplácito del general Joffre.

El comandante Mercier asintió con un movimiento marcial de la cabeza.

–Eso es cierto, señorita. Las decisiones del Estado Mayor son indiscutibles, aunque le advierto que no será fácil.

–Lo sé, comandante. Nunca lo es –susurró ella. Un enorme cansancio la invadió de repente y todo pareció moverse más despacio a su alrededor. Observó

cómo la brasa en el extremo del cigarro del capitán se encendía intensamente y una voluta blanquecina disipaba sus facciones.

–Y hablando de nuestros soldados y del general Joffre, mi comandante –Billet apoyó los codos en las rodillas, aspiró una bocanada que consumió una notable parte del cigarro y miró al interpelado con intensidad–, ¿le ha hablado ya de mi propuesta? El frente de Verdún está demasiado tranquilo, pero no va a durar. Los alemanes no son idiotas. Debemos reubicar los hospitales de campaña en esa zona, adelantarnos... ¡No existe una buena red de evacuación y reemplazo!

–¿Y qué quiere que le diga, capitán Billet? –El vozarrón del comandante médico hizo que las vibraciones le llegaran a Irène a través del suelo de madera hasta la planta de sus helados pies–. ¿Que mi jefe de cirujanos quiere que envíe más personal para cubrir una zona donde no se están produciendo ataques ahora? ¿No cree que la madre patria necesita a sus soldados en el norte, que es donde se está librando la guerra?

Henri Billet se removió en la silla, incómodo.

–¿Y la madre patria necesita soldados muertos? Porque eso es lo que va a tener si no reforzamos la línea de Verdún.

–¡Nadie se preocupa más que yo por los muchachos!

–¡Pues haga lo que tiene que hacer, mi comandante!

Mercier volvió a acercarse a la silla donde estaba sentado el capitán y entrecerró los ojos. El tiempo pareció detenerse, aunque las sombras se extendieron por el despacho ganando rincones donde antes llameaba el naranja del atardecer.

–Por supuesto que haré lo que debo, capitán, pero son mis órdenes. A no ser que vuelva a saltarse el escalafón y acuda a su padre para algo que me compete. Entonces solicitaré que le trasladen donde no interfiera en mis decisiones. ¿Lo ha entendido bien?

El rostro de Billet también se envolvió en sombras.

–Perfectamente, mi comandante. ¿Algo más?

Irène estudió con detenimiento a los dos hombres. Iba a tener que moverse con cuidado porque no le convenía tomar partido ni enfrentarse con ninguno. Intuyó que ambos serían enemigos temibles y la neutralidad, complicada. Esperaba poder lidiar con las dificultades lo mejor que pudiera, pero en aquel momento sentía que había empezado con mal pie y que había caído en medio de una guerra particular que probablemente le pasaría factura. Estaba tan perdida en sus pensamientos que hasta que repitieron su nombre un par de veces no fue consciente de que se dirigían a ella.

–¡Señorita Curie! ¡Señorita! –insistía el doctor Guilloux.

–¡Oh! Perdóneme, creo que estaba ausente. ¿Qué me decía?

–Le preguntaba por sus necesidades para montar el material en la sala que hemos elegido, pero supongo que ahora tan solo le apetecerá acomodarse y descansar, ¿no es cierto? Los detalles de su trabajo pueden debatirse mañana. – Guilloux le sonreía por debajo del fino bigote y le pedía un poco de complicidad. Irène asintió, evaluando a aquel hombre cuyas gafas de cristales redondos escondían unos ojos oscuros de mirada inteligente. El párpado derecho le temblaba ligeramente, a pesar de la tranquilidad con que había cambiado de tema. Irène decidió que debía poner fin a la entrevista y tratar en otro momento su demanda de que fuera ella la que manejase el *petit curie* en el frente, al menos al principio; ya habría tiempo de ganarse su confianza. Así que se levantó, alisándose la falda para desviar la atención de los presentes.

–Es usted muy amable, doctor Guilloux. Sí, ciertamente el viaje ha sido largo y mañana quiero empezar cuanto antes la organización de la sala de radiología. Comandante Mercier, ¿han llegado todos los materiales que envió mi madre?

–Está todo preparado, señorita. Ordenaré a mis hombres que sigan sus indicaciones, aunque el director Guilloux y el capitán Billet estarán a su disposición en todo momento. Supongo que tardará unos días en comenzar a impartir las clases. Para una joven de su posición es demasiado trabajo llevar el montaje de las nuevas instalaciones y la preparación del personal al mismo tiempo.

Irène volvió a utilizar la ironía en su tono.

–¡Es muy amable por su parte! De todos es sabido que la constitución de una señorita parisina es muy diferente de las mujeres de clase baja. Nuestras manos no están hechas para trabajar en el campo, como las de las campesinas de Lorena, ni nuestros brazos tienen la fuerza de un ama de casa de Saboya que limpia de nieve la entrada de su hogar. ¡No estamos hechas para la guerra! Sí, supongo que agradeceré un descanso de mis obligaciones, pero aun así me he traído mi uniforme de enfermera por si me sobra algo de energía para ayudar con los heridos. –Ladeó la cabeza y arrugó la nariz como si fuera una niña. Entonces se acordó de Berthe Hinault y su encuentro en los pasillos–. Quizá fuera más efectivo que enseñara radiología a las enfermeras, ya que sus cirujanos están tan ocupados, comandante Mercier.

El hombre bufó a través del mostacho y enarcó las cejas.

–¿Y por qué iba a hacer eso? Las enfermeras ya tienen suficiente trabajo que hacer como para perder el tiempo en una técnica que no van a manejar. ¡La

cirugía compete a mis hombres, señorita!

Irène sintió agolparse las palabras en su garganta, y antes de darse cuenta ya las estaba pronunciando.

–Comandante, usted sabe mejor que nadie que Barleduc está situado en un lugar de enorme importancia estratégica. En cuanto el káiser Guillermo y su jefe de Estado Mayor, Falkenhayn, se den cuenta de que Verdún ya no está bien protegido por el sistema de fuertes, este hospital necesitará que todo su personal esté lo mejor preparado posible. Además, cuando llegue el *petit curie* y lo conduzca hasta el frente, yo...

–¡Ni hablar, señorita Curie! –interrumpió el comandante con el rostro congestionado–. ¡No permitiré que una mujer vaya al frente! ¡Sea quien sea!

Irène se mordió la lengua hasta que la boca le supo a metal. No debería haber mencionado su plan. Era la responsable del camión adaptado que enviaría su madre y sería la que lo utilizara en primera línea, que era donde debía estar. Si para ello debía pasar por encima del comandante Mercier, lo haría sin dudar. Se guardó la indignación en el fondo de la garganta, aunque le quemaban las palabras.

–Yo que usted meditaría la propuesta del capitán Billet. A esta señorita parisina le parece muy sensata. Y valore también mi propuesta.

El comandante Mercier abrió la boca para decir algo, pero el director Guilloux se le adelantó. Se acercó hacia la puerta y cogió la bolsa del equipaje de Irène.

–Tendremos en cuenta su opinión, señorita Curie, en la medida de lo posible. Mañana yo mismo le enseñaré las instalaciones elegidas. Y ahora, si me lo permite, la acompaño al ala donde están situadas las habitaciones del personal. Creo que todos estamos ya un poco fatigados.

–Se lo agradezco. Este lugar es muy grande; una joven sin experiencia como yo puede perderse fácilmente.

En cuanto la puerta se cerró detrás de ellos, Irène dejó caer los hombros y suspiró. El director la tomó por el codo y respondió al saludo del soldado que transcribía las misivas del comandante bajo la luz temblorosa de una pequeña lámpara de pie. La dirigió de nuevo hacia el pasillo, acomodando su paso al de ella.

–No debería haberse enfrentado a nuestro comandante, señorita Curie –le recriminó Guilloux en cuanto se alejaron del despacho. Irène se envaró y tensó el brazo por el que la sujetaba–. Es un buen hombre, ¿sabe? Y ha llegado hasta aquí por méritos propios.

–Yo no he puesto en duda...

–Solo le digo, señorita –interrumpió–, que una joven con su preparación científica no debería fiarse de las primeras impresiones. Debe aprender a moverse entre nosotros. Ya sabe, un grupo de viejos soldados gruñones y obtusos.

Irène no pudo por menos que acompañarle en la sonrisa aun a su pesar. No tendría que haber puesto en evidencia a Mercier. Ahora sería muy difícil lograr su ayuda. ¿Cómo habría actuado su madre en esa situación? Sacudió la cabeza. No era comparable. Aquellos hombres no hubieran dudado de su capacidad; habrían aceptado su llegada y esperado sus indicaciones sin fruncir el ceño, sin un gesto de asombro o de duda.

Se fue sintiendo cada vez más pequeña a medida que recorrían los pasillos y subían las escaleras de acceso a la planta donde estaban las habitaciones del personal femenino. Diminuta, cansada y frágil. Llegó a su destino con la mirada en el suelo, arrastrando los pies, las manos entrelazadas a la espalda y un frío que se había colado en su piel a pesar del abrigo de paño y que le entumecía todo el cuerpo. Se había dejado llevar por la tranquila corriente del Ornain, para darse cuenta demasiado tarde de que bajo las aguas siempre se creaban peligrosos remolinos.

–Lo lamento, señor Guilloux, no le he dado demasiada conversación –se disculpó cuando el director le indicaba cuál iba a ser su hogar en el tiempo que permaneciera en Barleduc–. Realmente estoy muy cansada. Ya sabe... Las señoritas parisinas...

–No olvide, señorita Curie, que todos remamos en la misma dirección. Si no lo hiciéramos, Francia se hundiría irremediablemente bajo el torrente alemán.

La mano de Irène temblaba cuando abrió la puerta de su habitación. Volvía a tener siete años y caminaba sola hacia casa después de haber finalizado sus clases en la escuela de la calle Cassini, antes de que sus padres decidieran montar La Cooperativa, y llevaba sobre la espalda las miradas de sus compañeros, que la señalaban como la rara, la que dibujaba arcos cicloidales mientras esperaba que el resto terminara las tareas impuestas. Aquella niña tan solo contaba con el ánimo de su familia y los abrazos de su madre, en cuyo regazo daba rienda suelta a sus frustraciones y sus miedos en cuanto abría la puerta de casa. Por eso sus padres decidieron montar esa escuela para niños con aptitudes especiales junto con sus amigos científicos. La Cooperativa. Allí, el doctor Langevin les ponía a prueba con una educación que no era la convencional, y por primera vez en su vida Irène pudo exponer las propiedades de la lemniscata como espiral logarítmica sin que ningún compañero la mirara de

modo extraño.

Sin embargo, cuando entró en aquella habitación, tan solo una cama pulcramente hecha, una mesilla y un escritorio de pino le dieron la bienvenida. El director Guilloux se alejaba por el pasillo y las sombras se hicieron aún más espesas a su alrededor. Irène cerró la puerta y encendió la lámpara de parafina que encontró sobre la mesilla. En ese ala del edificio no estaban instalados los cables necesarios para utilizar bombillas incandescentes. Supuso que tan solo las dependencias principales disfrutaban de ese privilegio gracias al generador del hospital. Además, en época de guerra el ahorro de energía era primordial.

Le dolía la cabeza y tan solo quería acurrucarse entre las mantas y frotarse los pies helados para entrar en calor y dormir. Si estuviera en casa, se tumbaría al lado de su hermana Eve o pediría a su madre que se quedara un rato para charlar de sus últimos experimentos. Pero ahora su hogar estaba entre esas paredes desnudas. El viento azotaba los cristales de la ventana y lograba colarse entre las rendijas de la madera para que los mechones de cabello rebeldes le rozaran el rostro. No había nadie que se los recolocara detrás de las orejas como hacía su madre en un gesto automático cuando se despeinaba. Se sentó en la cama y se abrazó. Un estremecimiento le agitó los hombros y le subió por la garganta hasta remover todas las palabras que había retenido a lo largo del día. La rabia fue sacando todo lo que su razón había ido almacenando. Maldijo tener una mente como la suya, haber nacido mujer en un mundo gobernado por hombres, aquella guerra que la había separado de su familia y a su madre por haberla dejado sola. Cuando se quedó sin insultos, el nudo en su garganta aún no se había deshecho. El silencio no ayudaba.

Sacó la carta de su madre y la releyó con avidez, intentando memorizar cada trazo y cada palabra de ánimo. Se sentía abandonada por todos y tuvo ganas de salir corriendo hacia París, hacia su hogar. Luego visualizó a aquella mujer menuda de mirada limpia y gesto serio escribiéndole palabras de ánimo y cariño, y se arrepintió de pensar así. Recordó su propia lucha. ¿Una mujer científica? ¿Y encima con talento? Su madre le había contado lo de las miradas por encima del hombro, las sonrisas insultantes de algunos compañeros cuando empezaba a estudiar. ¿Cómo se atrevió a ocupar el puesto de su esposo como profesora en La Sorbona? ¿Una mujer con una cátedra? Pero ella luchó por lo que consideraba justo, sin importarle el ostracismo social que le impusieron ni los ataques mediáticos hacia su persona. Y ahora seguía defendiendo lo que era más importante: las vidas de los que luchaban en aquella absurda guerra mediante la ciencia. La ciencia era su mundo, lo único seguro a lo que aferrarse.

Levantó la barbilla y se secó las mejillas con el dorso de la mano. No se había percatado de ese llanto silencioso. No podía fallarle. Pasó los dedos por la tinta seca que dibujaba el papel y volvió a leer la despedida.

«Yo también te quiero, mamá», musitó mientras se hacía un ovillo y se quedaba dormida con la carta apretada contra el pecho.

Capítulo II

Los colores de la guerra: dorado

Barleduc, enero de 1916

Carta de Philippe Chevalier a Claudine Meurent, 1 de diciembre de 1916

Para la gatita más preciosa que París ha parido,

¿Sabes en quién pienso cuando se apagan las lámparas de la trinchera y mis manos se mueven donde deberían hacerlo las tuyas? Sí, en mi caliente y húmeda Claudine. Cuánto te añoro. Tanto como echo de menos las noches en Le Chabanais. La música, las risas... Recuerdo el aroma de tu sudor cuando te acercabas a mí después de tu número con esa sonrisa pícaro y pedías otra copa, esa mirada mientras cruzabas las piernas como una promesa por lo que habría que pagar. Y sabes que lo pago con gusto. Esas piernas me vuelven loco y ver cómo las mueves cuando bailas... Ya solo escucho la música de los fusiles y las explosiones. Y te aseguro que la compañía que tengo no huele tan bien como tú. Sébastien es un buen amigo, pero demasiado enamorado como para ir de juerga con él en los permisos. ¡Y no tiene nada de ritmo! Solo es fiable para decirte la hora si se ven las estrellas. No, en serio, es un buen tipo. Si logro convencerle, ya le conocerás. Sébastien y yo hemos adoptado a un recién llegado. Es solo un crío, Claudine. Se llama Ange y su sueño era convertirse en un cazador alpino para luchar en la cima de alguna montaña. Cuando escuchó su primera explosión se puso a gimotear y se tiró al suelo embarrado. Tuvimos que esconderlo entre los dos para que el capitán no se diera cuenta. Le dijimos que había pasado su bautismo como rata de trinchera.

¿Vendrás al frente, gatita? ¿Podrás trasladarte, como me contabas en tu

anterior carta? Los rumores dicen que nuestro próximo destino serán las trincheras de Verdún. Sébastien está como loco porque su prometida trabaja en el hospital de Barleduc y así podrá verla en cuanto nos den una licencia. ¡Es un alfeñique sin escapatoria! Pobre infeliz, no sabe lo que se pierde al negarse a probar delicias como tú. Si pudiera tenerte más cerca... Podría pagar por la noche completa. Mis padres son generosos con su pequeño cazador alpino y yo adoro tener mi cabeza entre tus piernas y saborearte del modo que sabes. Un beso en el lugar más sucio que imagines.

Philippe

Claudine barrió el vagón con una mirada especulativa. Las dos matronas emperifolladas que viajaban a su derecha le sonrieron cuando se dieron cuenta del gesto. La joven se lo agradeció con una leve inclinación de cabeza y enarcó las cejas, divertida, en cuanto ya no fue el foco de su atención. Qué fácil era olvidar a lo que se dedicaba cuando vestía como una señorita. Si esas dos supieran a quién habían sonreído...

Volvió a su tarea. Alisó las cartas que se acumulaban sobre su regazo y las volvió a contar. Lo había hecho un millón de veces antes de lanzarse a esa aventura. Era una actividad que la relajaba. Cuarenta y tres cartas. Cuarenta y tres soldados. Si a Philippe lo destinaban finalmente al sector de Verdún podrían ser cuarenta y cuatro. No era mucho, porque dependía de las rotaciones de los permisos, pero esperaba contar con el boca a boca. Y esos cuarenta y cuatro hombres podrían pagar un buen precio por ella, estaba segura. No eran simples *poilus*, soldadesca que apenas podía pagar una copa y mirar, no. Eran oficiales u hombres adinerados, aunque no tuvieran rango en la carrera militar. Lo había calculado todo para que la aceptaran en un burdel de luz azul, donde solo aceptaban clientela con un rango militar elevado. Si por alguna razón tuviera que ir a uno de luz roja, con los soldados rasos, regresaría a París. No le compensaba tanto trabajo para ganar lo mismo que traficando en el mercado negro. Aunque últimamente la ciudad se había puesto demasiado peligrosa incluso para alguien que llevaba moviéndose en sus callejones desde los catorce años. Y luego estaban los bombardeos. Ninguna zona era segura ya. Necesitaba tranquilidad y Barleduc parecía el lugar idóneo para conseguirla. Cuarenta y tres clientes potenciales en esa zona no era nada desdeñable.

Sonrió pensando en Philippe. Ese muchacho alegre y despreocupado siempre

lograba que se olvidara de que era un cliente. Tenía una manera muy delicada de dejarle el dinero bajo la almohada y se despedía de ella con un beso en la frente, como un marido devoto que se fuera a trabajar. No como aquella vez con el maldito de... Se mordió el labio pensando en la otra razón por la que había elegido Barleduc. Debía ver a Alain, se lo debía. Y sus últimas cartas mostraban a un hombre muy diferente al que ella conocía desde niño. Sabía que necesitaba su ayuda. Pero allí donde se encontrara Alain, Adrien no estaría lejos. Se estremeció ante la posibilidad de volver a verle y torció la boca. Tamborileó con los dedos enguantados sobre sus rodillas pensando en qué le diría si sus destinos volvían a cruzarse. Sin embargo, los recuerdos de su niñez se agolparon de pronto en su mente y fue incapaz de pensar con claridad. Llegado el momento, sabría qué decirle, siempre había cuidado de sí misma.

El tren redujo su marcha. La estación de Barleduc le pareció bastante austera. A través de la ventanilla, Claudine divisó a una muchacha en el andén a la que el primer golpe de viento le deshizo el peinado y rio por lo bajo. «Niñas de provincia», pensó. Se aseguró las horquillas del sombrero y se ajustó el abrigo a la cintura. Su maleta era liviana. Para trabajar no requería de nada más que encaje y seda. Tendría muy pocas ocasiones de volver a lucir el traje de señorita. Suspiró. Era agradable pasar desapercibida bajo esas ropas, al menos por un tiempo.

Se quedó en la parada hasta que los viajeros la abandonaron y tan solo quedó el encargado de la estación. Claudine divagó sobre los distintos destinos de cada uno de ellos. Cruzó una mirada con la muchacha del cabello revuelto, pálida, helada, y que aun así mantenía un gesto de suficiencia. Le ardió el rostro con algo parecido a la envidia. Un ramalazo de rebeldía hacia quien había escrito su historia y torcido sus renglones. Se cambiaría sin dudarle por aquella muchacha altiva que se había alejado luchando contra el viento con la barbilla bien alta.

–Soy la señorita Irène Curie –oyó que preguntaba al revisor–. ¿No han enviado ningún coche a recogerme?

Esas mismas ráfagas heladas se llevaron la respuesta del empleado y Claudine se concentró en sujetar el ala de su sombrero, aunque no hizo falta; las horquillas lo amarraban firme a su melena. El cabello dorado era una de sus más preciadas posesiones. Eso y las curvas sinuosas que delineaban su cuerpo. Lo había aprendido a utilizar muy bien a lo largo de los años, de una forma medida y estudiada, aunque en aquel momento sus pasos parecían del todo inocentes. Eso también lo había aprendido en las calles de París. En ocasiones era vital no llamar la atención, así que caminó sin prisa entre los edificios de tejados

puntiagudos. El curso del río se ondulaba bajo uno de los puentes que le llevó hacia el centro de la pequeña ciudad, como si se estirara perezoso. Sin embargo, Claudine sabía que en las profundidades había remolinos, fango y oscuridad. Siempre los había.

Se detuvo frente a la casona que coincidía con la dirección que tenía anotada, la mano sobre la aldaba y preparada para golpear la madera con ella. Quería disfrutar todo lo posible de esa sensación de ser una muchacha normal de camino hacia cualquier lugar, porque en cuanto entrara en aquella casa todo volvería a ser como en París. Su nuevo hogar se encontraba encastrado entre los edificios más antiguos de Barleduc. Un candil de cristales azulados pendía del marco de la puerta. Las ventanas de la fachada estaban cerradas a esa hora de la tarde y ese aparente abandono ofrecía una estampa desangelada. Solo cuando las sombras nocturnas cubrieran los rostros de quienes quisieran entrar la vida iluminaría el prostíbulo para oficiales.

Llamó. No tenía sentido dilatarlo más tiempo.

–¿Eres la nueva? –El cuerpo consumido de una mujer que había dejado atrás los cincuenta se asomó por el resquicio. Sus ojillos centellearon al valorarla. Llevaba la cabeza descubierta y un moño gris tenso en la coronilla. Vestía de negro, con un escote pronunciado rodeado de encaje, y lo llevaba con la dignidad de quien está acostumbrada a ser el centro de atención. Lucía unos aros rojos en las orejas que Claudine había visto en las prostitutas de más edad.

La joven asintió, miró hacia ambos lados y entró en la casa en cuanto le abrieron un poco más la puerta.

–¿Madame Clarabella? –preguntó mientras observaba las volutas doradas que adornaban el techo. Para ser un prostíbulo de una ciudad pequeña, parecía bastante rentable, y ello alivió algo de la tensión por su futuro que había mantenido desde que bajó del tren.

–La misma, querida. Claudine, ¿verdad? –La madame giró en torno a ella sacudiendo la cabeza apreciativamente–. Bien, ya entiendo por qué solicitaste trabajo en nuestra casa para oficiales. Ese cabello y ese cuerpo se pagarán muy bien. Enséñame tus papeles, querida. En París estabas en regla, ¿verdad? –Alargó la mano esperando que Claudine le entregara un pliego que sacó de su maleta–. Aunque no debería dudar si vienes de Le Chabanais, ¿no es cierto? –Asintió complacida mientras leía–. Tengo que comunicar tu traslado a la policía de Barleduc. Estás de suerte, la revisión médica mensual es justamente esta tarde. El médico no tardará en llegar.

–Estoy limpia.

–Bueno, querida, eso espero. No quiero tener problemas con las autoridades, así que tengo que asegurarme. Ya sabes que algunas chicas cobran un dinero aparte si el cliente consigue contagiarse de algo y puede así apartarse del frente una temporada. Pero –y apuntó a Claudine con el dedo– en mi casa esas prácticas están prohibidas.

–Se lo vuelvo a repetir, madame Clarabella, estoy limpia, tal y como le aseguré en una de mis cartas, pero si es preciso pasaré de nuevo la revisión. Necesito empezar a trabajar cuanto antes. Mis clientes ya conocen mi nuevo emplazamiento.

–¿Has conseguido fijos cerca de aquí? –La mujer sonrió y entrecerró los ojos–. Chica lista. París se está quedando sin hombres, querida. ¿Cuántos tienes?

–Eso, madame, no es de su incumbencia. –Claudine hizo caso omiso del carraspeo indignado de la mujer y guardó de nuevo el papel en la maleta–. Según nuestra correspondencia, mi pago por trabajar en este burdel ya está convenido. Mis referencias son buenas, ya lo ha visto. No creo que muchas de sus chicas vengan de Le Chabonais, ¿no cree? Ni que hayan recibido clases de ballet en París. Le aseguro que durante mi número los hombres beberán mucho más que cualquier otra noche.

La mujer se acercó a ella y le desabrochó el abrigo. Colocó las palmas de sus manos huesudas sopesando sus pechos y luego las deslizó por las caderas hasta los glúteos y los pellizcó. Claudine apretó los labios, aunque no desvió la mirada.

–Estoy de acuerdo... Muy buen material, querida. –La madame acercó sus labios ajados a los de la muchacha y Claudine olió el dulzor de la absenta en su aliento. Los viejos hábitos nunca cambiaban, ya lo había visto antes. Por eso supo que esa mujer había hecho la calle en París. Se habría sentado como otras muchas en una terraza de los bulevares a la caída de la tarde, con una copa de aquella bebida, hasta que algún cliente se acercaba. La mujer sacó la punta de la lengua y acarició la boca de Claudine con un gesto obsceno–. No te equivoques conmigo y no me subestimes –susurró–. He sido una puta en la calle y una cortesana por la que los ministros se peleaban en el palco de la ópera. El tiempo, querida, hace que todo cuerpo se consuma, incluso el de una bailarina profesional. –El tono de la última palabra era de mofa–. Este oficio nuestro nos pone en el filo de la navaja. Y, además, estamos en guerra. El dinero se está quemando en cada obús lanzado. No me pongas a prueba cuando dependes de mí para trabajar. Veremos lo que sacamos las dos de todo esto.

Claudine se secó la saliva de los labios con el dorso de la mano y volvió a

cruzarse el abrigo sobre el pecho.

–Los hombres que quedan en París –bufó Claudine– te robarían hasta el alma si les dejaras acercarse, y yo ya entregué más que suficiente a uno de ellos antes de todo esto. No voy a bajar mi precio, madame, por eso quiero trabajar en la casa de oficiales.

La mujer le dio la espalda y le indicó que la siguiera con un gesto.

–Todas hemos dado más de lo que debíamos alguna vez, querida. –Suavizó el tono de voz–. Bien, te enseñaré tu habitación. Ya te presentaré al resto de las chicas cuando descansen. Anoche hubo mucho trabajo. Tenemos suerte, ¿sabes? El hospital central nos provee de clientes fijos. Los médicos allí destinados vienen asiduamente y pagan muy bien. Y los oficiales convalecientes reciben otra clase de tratamiento de parte de mis chicas. –Rio–. Si sabes moverte, puedes tender tus redes hacia los mandamases y te irá bien. El comandante Mercier, el director Guilloux... –Una sombra mudó su gesto–. También el capitán Billet. Pero hay más, querida, depende de a lo que aspire. Y, por supuesto, si ya tienes habituales...

El recibidor dio paso a un corto pasillo que se abrió al corazón del prostíbulo. En la barra se alineaban botellas de licores ambarinos sin etiqueta y vasos aún húmedos. Espejos de marcos dorados y cortinajes rojos cubrían las paredes, y varios divanes forrados de terciopelo verde estaban repartidos por toda la estancia. Al fondo, un escenario diminuto con suelo entablado servía para que las chicas bailaran o cantaran si tenían el don para ello. Todo estaba envuelto en penumbra y la madera crujía como si la casa hubiera envejecido de repente.

–A las ocho en punto se abren las puertas, pero tú no podrás trabajar hasta mañana. De todas formas, prepárate para la visita del médico, querida.

La habitación donde la invitó a pasar era pequeña y pulcra, con una decoración anticuada y elegante. La mujer cerró la puerta con un guiño y Claudine abrió su maleta sobre la cama. Se quitó el sombrero, aunque mantuvo las horquillas sujetando su peinado, y se desabrochó el vestido. Lo colgó bien estirado en el armario enclavado en una de las paredes. Se deshizo de las medias, de la ropa interior y del corpiño. Se puso un batín de seda que sacó de su equipaje y lo anudó a la cintura. Se sentó y extendió a su alrededor las cartas de sus contactos. Volvió a contarlas y a repasar sus nombres. Todos eran buenos clientes y ninguno se había sobrepasado con ella, aunque el frente sacaba reacciones oscuras que jamás habrían emergido en otras circunstancias. La escasez estaba comenzando a ahogar París, pero los horrores de las trincheras minaban la mente de los hombres. Se lo había contado alguna chica que ya había recorrido la

retaguardia. Aun así, tenía que arriesgarse. Pasó la yema de los dedos por la letra de Philippe y sonrió con un deje de tristeza. Sería genial verle y que la hiciera reír de nuevo con sus bobadas. Olvidarse por un momento de... todo. El viejo dolor volvió a aparecer. Aquel vacío en las entrañas que se volvía fuego y le hacía cerrar las manos hasta que le sangraban la palmas al clavarse las uñas. Se levantó de un salto y buscó en su bolso aquella prenda infantil, diminuta, que llevaba consigo siempre. Cerró los ojos mientras respiraba hondo y apretaba la lana contra su mejilla para serenarse. Por mucho tiempo que pasara, esa herida siempre se cerraba en falso.

Esperaba que Alain hubiera recibido su carta. Ansiaba comprobar con sus propios ojos cómo estaba y, aunque le dolía reconocerlo, también quería saber de Adrien. Era una obsesión insana. Cada vez que recibía noticias de él, una parte de sí misma sufría y otra quería que él sufriese aún más. La rabia le hacía recibir más clientes de lo habitual, les ofrecía más de lo normal y fingía divertirse hasta que se quedaba afónica y dolorida. Noches salvajes en las que ganaba el doble de lo estipulado, pero traspasaba la línea y luego, el resto de la semana, se hundía en un duermevela en el que solo el alcohol le arrancaba algún sollozo, alguna reacción. Sin embargo, siempre se reponía. Su vida dependía de ello.

Golpearon su puerta cuando la luz se tornaba anaranjada a través de la ventana.
—¡Revisión!

Claudine se sobresaltó. Se había dejado llevar por los recuerdos y se le había pasado el tiempo en un suspiro. Tanto que había olvidado lo que la madame le había comentado sobre el médico. Se secó una mejilla humedecida. Estaba de suerte, bien lo sabía, así podría empezar a recibir clientes la noche siguiente, en cuanto se registrara su cambio de domicilio.

En todos los sitios era igual. Salió de la habitación cuando el resto de las chicas ya habían formado una fila ante un hombre vestido con un delantal blanco y unos anteojos redondos que le hacían parecer un enorme sapo. Las mujeres bostezaban y cambiaban el peso de sus cuerpos de un lado al otro. Hacía frío, la casa apenas comenzaba a caldearse para los visitantes, y cubrían sus piernas con medias tupidas hasta por encima de las rodillas para protegerse del suelo helado. Sin embargo, tan solo llevaban una fina bata cubriendo los cuerpos desnudos. Despeinadas y sin maquillaje, eran apenas unas chiquillas, como ella. Todas la miraron cuchicheando entre sí. Ella se colocó la última sin un gesto ni un saludo. Su mente había regresado a su primera revisión mensual. Era muy joven y estaba aterrada, hundida por lo que acababa de pasar en su vida, puesta del revés de golpe, pero la rabia y la ira le mantuvieron los hombros erguidos y se tragó el

gemido que pugnó por salir de su garganta cuando aquel médico, que ella recordaba como una sombra de ojos como carbones encendidos, inspeccionó, palpó y hurgó en sus partes más íntimas.

Cuando le llegó el turno, suspiró y se subió la tela del batín por encima de las caderas. Le dejó hacer mientras ella miraba las volutas doradas del techo.

Capítulo III

Cuestión de perspectiva

Barleduc, febrero de 1916

Carta de Marie Curie a Irène, 5 de febrero de 1916

Mi pequeña,

Lamento que tu recibimiento no haya sido del todo satisfactorio, aunque ya intuías lo que te podías encontrar, ¿verdad? Eve y yo pensamos mucho en ti, mantenemos nuestra fe inquebrantable en tu buen hacer. ¡No dudes! Date tiempo y las piezas irán encajando. Aquí nuestras jornadas son interminables y llegamos a casa con los pies destrozados y la garganta seca de explicar siempre lo mismo, pero merece la pena todo el esfuerzo. ¡Ya hemos conseguido los fondos necesarios para equipar otros diez petit curie! Tengo que ponerme en contacto con Mónico Sánchez para que nos envíe cuanto antes el nuevo pedido de aparatos portátiles de rayos X. Su invento ha sido proverbial para nuestras necesidades. ¿Quién iba a pensar que se podía llevar en una maleta y que sería tan solo necesario una conexión a un generador eléctrico? Hay que adaptar los camiones enseguida y continuar con nuestro trabajo aquí, en París, pero..., ¿sabes? No dejo de pensar en que te he dejado sola en medio de la guerra y que, aunque eres fuerte, aún me necesitas. ¿Te acuerdas cuando no me querías contar que tus compañeros del colegio te llamaban «señorita enrevesada» y que te tiraban del pelo a la salida? Sabía que algo te ocurría, Irène. Al igual que lo sé ahora. Lo noto en lo que no me cuentas en tu carta y en el trazo de tus palabras. Te conozco bien, mi niña. Si el motivo de no relatármelo es evitar que me preocupe, no lo has conseguido. ¿Qué ha pasado en Barleduc?

Bien, bien... Me puedo imaginar cómo desvías la mirada y levantas la barbilla. Tienes razón, si para unas cosas te trato como una adulta, para esto es justo que tengas la misma consideración. Ya no te puedo obligar a que me mires a los ojos y me lo cuentes. Por lo tanto, no te atosigaré con preguntas. Sabes que estaré para ti si necesitas desahogo o consuelo.

Eve me dice que te envía muchos besos y es literal: ha plantado sus labios en este pliego una docena de veces.

Cuídate mucho, pequeña. Te quiere,

Mamá

Barleduc, 22 de enero de 1916

La cura de aquel soldado era especialmente delicada. El tejido que comenzaba a crecer en los bordes de la carne hendida era frágil y de un rojo desvaído. La pierna estaba tan inflamada que cualquier roce arrancaba un aullido de la garganta del chico y un estremecimiento de su cuerpo. Irène sujetaba la pierna con el mayor cuidado posible mientras el cirujano limpiaba el muñón.

—¡Señorita St. John!

La voz de Berthe resonó justo después de un estruendo metálico desde el lado opuesto de la sala. La dureza del tono hizo que Irène dejara caer la rodilla del soldado y volviese la cabeza de forma automática. El enfermo gritó de dolor y el médico la miró como si quisiera asesinarla en ese preciso momento clavándole las pinzas que llevaba en la mano.

—¡Señorita Curie!

Irène musitó una disculpa y volvió a elevar el muñón para que continuase con la cura, aunque su mirada buscó la figura de Berthe por la sala.

Dos hileras de camas enfrentadas ocupaban todo el espacio de lado a lado. La mayoría estaban ocupadas por heridos de diversa gravedad. Algunos se recostaban contra la pared y leían el correo que había llegado esa mañana; otros charlaban con el compañero. Varios no se movían y permanecían tendidos mirando al techo, en silencio. Había también cuerpos tapados por las mantas que eran un lamento continuo.

El dolor y la tensión por la espera se respiraban en el ambiente. Las ventanas estaban abiertas a pesar del aire helado para evitar que el miedo y los efluvios del éter se mezclaran y enturbiasen los movimientos de los sanitarios.

Al fondo, dos mujeres con el mandil blanco cruzado por delante y atado a la espalda, y el pañuelo anudado a la nuca, protagonizaban la escena que había sobresaltado a toda la sala.

Berthe mantenía los brazos en jarras mientras lanzaba un torrente de palabras afiladas contra la muchacha que tenía enfrente. Era un palmo más baja que la enfermera y el cabello en bucles rojizos se escapaba de la tela derramándose sobre los hombros. El uniforme se ceñía a unas curvas que, al moverse, acaparaban la atención de los soldados. Miraba a Berthe con sus ojos claros al borde de las lágrimas y un temblor de inquietud en el labio inferior. Su tez pálida ardía. El material quirúrgico que debería estar en la batea, entre sus manos, se encontraba desperdigado sobre el suelo.

—¡Maldita sea! ¡Necesitábamos esta remesa para las curas de la mañana! ¿Pero en qué estás pensando? ¿Es que en tu mansión de Yorkshire solo agarrabas ramilletes de flores? No, claro, a la señorita se lo daban todo hecho. ¡Niña, estamos en guerra y aquí no tienes criada que te sirva la mesa! ¡Aquí se viene a trabajar! ¿Entiendes? Y si ni siquiera puedes llevar una batea sin que el contenido acabe en el suelo ya puedes volverte a Inglaterra. ¡Esto no es como jugar a héroes y princesas en el país de la fantasía! ¡Aquí los muchachos se mueren por infecciones y todo esto hay que volver a esterilizarlo! —La miró con los ojos entrecerrados mientras los segundos en silencio se hacían eternos para los que contemplaban la escena. La otra mujer tan solo temblaba, incapaz de moverse. Berthe lanzó un bufido y una orden—: ¡Al autoclave! ¡Espabila!

La pequeña inglesa se agachó para recogerlo todo y luego se marchó corriendo con un revuelo de faldas y las lágrimas corriendo por sus mejillas.

—¡Esto pasa por traernos a voluntarias sin formación! Dichosas VAD inútiles y malcriadas...

Cuando Berthe se volvió, todos los heridos bajaron la mirada. Su rostro estaba encendido y apretaba los labios. Luego se acercó a una de las camas olvidadas, aquellas en las que las mantas formaban montes y valles inmóviles en un aparente silencio, hasta que se acortaba la distancia lo suficiente como para escuchar los lamentos que surgían por debajo y que llenaban el aire con una letanía invariable y profunda. Incapaz de lidiar con ese dolor continuo tras unos minutos en aquella sala, la mente de los sanos transformaba esos sonidos y los convertía en viento o en los crujidos del viejo edificio, algo inhumano e indefinido con lo que sí podían convivir. Berthe mojó una esponja en el agua jabonosa de una palangana que reposaba sobre la mesita y comenzó a lavar un cuerpo inerte musitando palabras de consuelo. La joven radióloga no supo si al

herido le sirvió de mucho, pero a la enfermera sí le produjo cierta calma y las líneas de su rostro se suavizaron al compás de sus propios susurros. La actitud de esta respecto a las voluntarias la confundía.

Irène se concentró de nuevo en su tarea. Trabajaban en un silencio incómodo, solo quebrado por los quejidos del soldado al que estaban curando. Maldijo por tener que ayudar precisamente al cirujano con el que había discutido esa misma mañana en su clase de radiología.

Había intentado tener paciencia, pero lo absurdo de ciertas preguntas la sacaba de quicio.

—¿No ve que estamos en un plano sagital?! —había resoplado cuando aquel cirujano volvió a señalar donde creía él que estaba alojado el fragmento de proyectil. La nueva sala ya estaba equipada con el material necesario para la producción de rayos X y con un equipo de revelado de placas fotográficas. También habían montado un fluoroscopio para poder visualizar directamente el área de estudio prescindiendo del tiempo de exposición necesario para que la imagen se grabara en la placa, pero Irène intentaba aleccionar primero a los presentes en el revelado, ya que esas radiografías se podían estudiar a posteriori y debatir qué actuación era la más adecuada, algo que en la fluoroscopia no era posible, puesto que la imagen no perduraba. En su visión científica de ensayo y error, la muchacha pensaba que la ciencia solo podría avanzar si cada caso se estudiaba después para decidir si había hecho lo correcto y valorar otras opciones de tratamiento.

Sujetaba en alto el panel fotográfico en el que se podía ver la articulación del codo de un soldado, blanco sobre negro, para que todos pudieran verlo y señalar qué lugar era el más idóneo para realizar la incisión. Pero siempre era lo mismo. No alcanzaban a visualizar los distintos ejes que se transformaban en un plano sobre la fotografía.

A la tercera respuesta errónea por parte de aquel médico perdió los estribos.

—¡Sagital! ¡Sagital! Si no sabe lo que significa, debería volver a repasar sus nociones de geometría. ¡Ay, señor! ¡Orientación vertical! ¿Es tan incapaz que no lo ve?

Debería haberse callado cuando observó al director Guilloux hacerle una seña con la mano, pero no pudo. Las palabras empezaron a surgir como un torbellino sin control una vez hubo comenzado, y ni siquiera los rostros congestionados y las miradas desaprobadoras que estaba recibiendo mitigaron su discurso.

—¡Sería una inconsciente si dejara en sus manos el *petit curie* para la cirugía en el frente!

Guilloux dio por concluida la clase mientras un murmullo de indignación corría de boca en boca, e Irène recogió las placas realizadas esa mañana y salió de la sala a grandes zancadas sin esperar a la reprimenda del director. Llegaría, estaba segura de ello, pero si se quedaba se iba a arrepentir de lo que le contestara y necesitaba conservar un aliado entre todos aquellos hombres ofendidos.

Tras sumergir el rostro en agua helada para calmar el ardor de sus mejillas, Irène tomó la decisión de buscar a Berthe y echarle una mano en las curas del día. No es que le apeteciera demasiado enfrentarse a la enfermera en esos momentos, pero se dijo que no debía flaquear ante el personal o perdería todas las batallas. La habían retado e iba a aceptar.

Se miró al espejo y contempló los surcos oscuros que bordeaban sus ojos, aunque el frío le había dado nuevos ánimos. Se dirigió al pabellón número nueve retorciéndose las manos por el camino; muy a su pesar, reconoció que estaba nerviosa.

La enfermera la recibió con una sonrisa de medio lado que no supo descifrar. Al principio se alegró de esa bienvenida, pero cuando le asignó trabajo junto con el cirujano con el que había tenido la discusión sobre el plano sagital y al que había puesto en evidencia delante de sus colegas supo que había sido deliberado.

En silencio, impregnaron el muñón de la pierna de aquel soldado con solución de Dakin hasta que la batea colocada debajo rebosó y mojó las sábanas. La muchacha arrugó la nariz al comprobar que el tejido suturado tenía un color ceniciento y el médico se la quedó mirando.

–¿Algo que decir sobre mi método de cura, señorita Curie? –El tono era beligerante, casi escupiendo las palabras a través del aire que los separaba.

–No, por supuesto que no. –Irène negó con la cabeza, mirando de soslayo al paciente—. Es solo que...

–Lo sé, señorita, ya lo creo que lo sé. Aunque usted me crea incapaz, sé hacer mi trabajo. Pero parece que la que no hace bien el suyo es usted. Tampoco mantener la boca cerrada como una buena señorita. ¿Me entiende? –E hizo un gesto con la cabeza señalando al soldado.

Irène resopló sin poder defenderse. En este caso, el cirujano tenía razón y la rabia por haber fallado la impulsó a dar patadas contra el suelo para ahogar su frustración.

Justo cuando terminaron de vendar la herida, escuchó cómo una voz cálida a su espalda pronunciaba su nombre y se volvió con la esperanza de que aquel día se enderezase por fin.

El capitán Henri Billet le indicó con un gesto de su delgada mano que lo siguiese. Irène se disculpó con su mejor tono servil, aunque no sonó muy convincente, y lo siguió mientras suspiraba aliviada.

–¿Necesitaba ser rescatada, señorita Curie? Espero que no se haya hecho daño en el pie –le preguntó cuando esta le dio alcance.

–Algo así, sí. –Se ruborizó y bajó la cabeza–. Supongo que le habrán contado mi desastrosa clase de hoy. ¿Por qué no ha venido?

–Tenía un caso complicado... Y lo sigo teniendo, pero creo que casi lo he convencido. Ahora necesito toda la ayuda posible porque hay que hacerlo ya. Creo que a su mente científica le resultará interesante observar una intervención de este calibre.

Irène iba a preguntar algo, pero Berthe apareció de repente, subiéndose el borde de la falda con las manos para poder caminar más deprisa.

–¿Lo hará? ¿Ha aceptado? ¿Lo preparo todo? –Las mejillas de la enfermera estaban teñidas de rojo por la actividad. Mechones de cabello oscuro se le pegaban a la frente aunque en la sala bailaran corrientes heladas y las pupilas se le habían dilatado tanto que apenas dejaban sitio para el azul que las rodeaba.

–Creo que sí, señorita Hinault. Vaya organizando el campo quirúrgico y la anestesia, hemos de darnos prisa.

El cuerpo de Berthe giró como un torbellino y comenzó a impartir órdenes al resto de enfermeras y voluntarias, que se movilizaron en cuanto escucharon su voz firme elevarse sobre el murmullo de la sala.

El doctor Billet se detuvo junto a una cama en la que yacía un hombre empapado en sudor. Su rostro macilento estaba contraído por el dolor y mantenía los puños apretados mientras resoplaba para no gritar. La manta delineaba la curva de su rodilla izquierda y luego caía recta, sin forma, marcando la ausencia del resto de la pierna.

–¡Soldado de tropa Carrier! –llamó el capitán tocándole un hombro. El paciente se estremeció y le miró sin despegar los labios. Continuó–: Sabe que es necesario, ¿verdad?

Los dos hombres mantuvieron un duelo silencioso con palabras que ya habían pronunciado antes. La barbilla de Carrier comenzó a temblar y cerró los ojos.

–Despídete de ella –pidió Billet, y retiró la manta hacia atrás.

Irène se llevó la mano a los labios en un gesto automático. Como había adivinado, una de las piernas estaba sajada a la altura del maleolo tibial, cerrada en un muñón redondeado, pero la derecha, completa, mostraba una piel púrpura salpicada de ampollas rojizas. Dos escaras a la altura del muslo supuraban un

líquido pardo que había empapado las sábanas y, por debajo de la rodilla, era el color gris el que predominaba y acababa en un pie negruzco y deforme. El olor se incrustó en la garganta de la muchacha y le produjo náuseas.

Los dientes de Carrier entrechocaron entre sí cuando quiso hablar y sus primeras palabras fueron ininteligibles.

—... necesario, me dicen. Me has servido bien, eras fuerte, como tu hermana. Y ahora seguirás su camino porque ellos me han dicho que si no lo hago me muero. Y yo les contesto: ¿qué va a hacer un campesino sin piernas cuando termine la guerra? ¿Cómo va a alimentar a su familia un tullido? ¿Quién arará la tierra y la sembrará? ¿Quién recogerá las cosechas?

A Irène le pareció que el mundo entero guardaba silencio, como si supiera que lo peor aún no había acontecido, como si guardase un luto anticipado ante lo que estaba por llegar, y se estremeció sin saber por qué. El resto de la sala continuaba con su ajetreo habitual, ajeno al drama que se representaba en la cama de al lado, y Carrier proseguía con su monólogo, cada vez más fatigado.

—Pero tengo que despedirte... Lo sé... Lo sé... Mis mujeres, me dijeron. ¿Quieres que le lloren a una tumba o reciban a su marido y a su padre de vuelta? Y no puedo... Ante eso no puedo hacer nada. Es que las veo. Las veo llorando y no puedo hacerles eso. Es la hora..., me dicen, no pueden esperar más. Lo he intentado, he intentado salvarte, pero... —Un quejido le interrumpió—. ¡Duele! ¡Oh, cómo duele! ¡Prométamelo! ¡Prométame, doctor, que esto se acabará después!

—En cuanto le pongamos la anestesia dejará de sentirlo, Carrier. Señorita Hinault, ¿hay sulfato de morfina preparado para después? —preguntó a una Berthe que llegaba con su revoloteo de tela blanca y dos camilleros flanqueándola.

—Lo siento, Henri. No han llegado más suministros. —Movié la cabeza pesarosa—. No sé qué demonios pasa con la morfina últimamente. Nunca hay suficiente. Me pregunto... —Dirigió la mirada hacia uno de los armarios repletos de tarros de cristal vacíos, pero dejó en suspenso la frase y se volvió para comprobar el estado de Carrier.

Los camilleros estaban trasladándole a la sala donde le amputarían la pierna gangrenada. Sus gritos agudos al movimiento estremecieron a Irène, que retrocedió un par de pasos llevándose la mano al pecho.

—Apártese, señorita Curie —advirtió Berthe con un gesto de la mano.

El capitán Billet se giró para enfrentarse a la enfermera.

—La señorita Curie va a ser observadora en el quirófano, señorita Hinault.

Enséñele cómo debe prepararse.

–No está capacitada. No creo que...

–Guárdese sus dudas para usted, enfermera. Yo soy el que toma las decisiones.

Berthe guardó silencio, aunque todas las fibras de su cuerpo parecían gritar improprios. Entrecerró los ojos y asintió con un movimiento rígido de la cabeza. Una vez que el cirujano se hubo alejado un tanto, se volvió hacia Irène y susurró:

–No quiero desmayos. ¡Bastante trabajo tenemos ya! Así que si no está preparada para ver una intervención de este calibre dígame al capitán que no desea entrar.

Irène irguió la espalda todo lo que pudo. No se dejaría amilanar por aquella mujer que se creía dueña del hospital.

–Asistiré, señorita Hinault. Dígame qué es lo que debo hacer.

Berthe abría la boca para responder cuando Carrier se revolvió sobre la camilla, girando la cabeza hacia atrás, como si buscara a alguien. Entre los quejidos, pronunciaba un nombre de forma entrecortada.

–¡Esperad! –ordenó la enfermera a los dos camilleros que lo transportaban–. ¿Qué sucede, soldado Carrier?

El hombre se aferró a la mano que le tendía y tiró de ella para acercar el rostro de Berthe hacia él. Movié los labios agrietados y abrió mucho los ojos amarillentos con la súplica prendida en su mirada.

El gesto de la mujer se torció al comprender sus palabras. Apretó los labios y se quedó en silencio un instante. Soltó una maldición que hizo sobresaltarse a los hombres que sujetaban al paciente. Luego asintió con la cabeza.

–Está bien, si es lo que desea... –Lanzó otra orden–: ¡Buscad a la señorita St. John y traedla! El soldado Carrier quiere que esté junto a él en la intervención.

El quirófano era una sala anexa en la que se había colocado una camilla metálica provista con unas cinchas para sujetar las extremidades. Dos lámparas eléctricas se situaban a ambos lados y el material quirúrgico estaba colocado sobre una mesita auxiliar, perfectamente alineado por tamaño.

La voluntaria entró cuando Carrier ya estaba colocado y el rostro de este se relajó un poco al ver a la menuda pelirroja. Irène se había pegado a la pared para no molestar y pudo observar cómo las mejillas de la muchacha se cubrían de rubor en cuanto su mirada se topó con la de Berthe. Esta le indicó cómo debía lavarse, al igual que se lo había explicado a ella momentos antes, y le dijo que podía acercarse a los paños que cubrían a Carrier.

La mano del soldado se estiró hacia la recién llegada una vez hubo terminado y

ella se concentró en el herido. Tuvo que inclinar la cabeza para oírle y, de ese modo, tan solo la VAD recibió sus palabras. Asintió y comenzó a hablarle bajito, moviendo los labios rosados en susurros que nadie más podía entender. Irène tuvo la sensación de estar presenciando el principio de un cuento, de esos que narran las madres en las noches de tormenta para tranquilizar a sus retoños y que estos no presten atención al estruendo del cielo. Luego se recriminó por pensar en tonterías y dedicó toda su atención a los preparativos del equipo quirúrgico.

El capitán Billet ya tenía puesta la bata y el pañuelo que le cubría nariz y boca. Habiéndose lavado primero las manos con agua y jabón, terminó el ritual frotándose la piel con alcohol yodado y se calzó los guantes.

Berthe, vestida igual que el cirujano, roció con ácido fenílico toda la superficie que iban a tratar, así como los paños y las sábanas. El ambiente se impregnó de un intenso olor acre. Luego preparó una malla metálica circular que se adaptaba al rostro de Carrier y la cubrió con unas gasas.

–Tranquilo, soldado. Ahora se dormirá –le dijo, y miró a la señorita St. John con el ceño fruncido. Esta se concentró en las palabras misteriosas que le contaba al paciente y no se dio por aludida.

La enfermera tapó la cara de Carrier con la malla y aplicó unas gotas de éter en las gasas. Su respiración se fue espaciando a medida que el calor de su propio aliento vaporizaba el líquido que penetraba en sus pulmones y le inducía el sueño.

El quirófano se quedó en silencio.

–Bien, vamos a empezar –anunció Billet, y los asistentes comenzaron a moverse.

Las manos firmes de Berthe levantaron la pierna gangrenada y el cirujano tomó el escalpelo. La primera incisión derramó un líquido amarillento sobre los paños y todos comenzaron a toser. El hedor superaba al característico aroma del éter y se adueñó de cada rincón. Hasta que llegó al fémur no apareció sangre roja manchando la hoja afilada con la que cortaba. El cirujano pidió la sierra.

El chirrido de los dientes contra el hueso le arrancó a Irène un quejido y Carrier se agitó sobre la camilla sin abrir los ojos. Una pasada hendiendo la superficie blanca, dos, tres... El aire se condensaba sobre Irène y parecía volverse sólido, impidiéndole respirar. No podía apartar la vista de aquel trozo de pierna que pendía del hueso en un ángulo antinatural.

Se oyó un quejido y los sanitarios se volvieron. La VAD se apoyaba contra la pared y las náuseas volcaban el contenido de su estómago en el suelo.

Berthe resopló con fuerza, aunque el sonido quedó amortiguado por la tela que

cubría su boca.

–¡Maldita sea! Si es que lo sabía... ¡Señorita Curie! Acompañe a la señorita St. John fuera para que le dé el aire y se despeje. ¡Y no vuelvan a entrar!

Irène arrastró fuera del quirófano a la voluntaria, que se dejó llevar sin saber muy bien por dónde caminaba, escuchando un último «se lo advertí» de Berthe. Las dos trastabillaron hasta cruzar la sala número nueve y salir al corredor central.

Sus pasos se afianzaron a medida que el ambiente se fue limpiando de la densa pátina que lo saturaba. En un acuerdo tácito, se dirigieron al jardín.

La muchacha pelirroja tomó una bocanada de aire y el rubor de sus mejillas se atenuó un tanto.

–¡Señor! ¡Qué vergüenza! –exclamó bajando la cabeza y apoyándose en la fachada de piedra.

–Si le soy sincera, diez minutos más y mi desayuno también habría acabado en el suelo. –Irène sonrió y le tendió la mano–. Me llamo Irène Curie.

–Shirley St. John. ¡Súbdita del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda!

El fuerte acento inglés contrastaba con la musicalidad de las palabras francesas y la dulzura con que las pronunciaba, otorgándole al conjunto un tono exótico.

Hubo un silencio incómodo entre ambas. El sonido del entrecocar de las ramas era tan diferente de los surgidos en la intervención a la que habían asistido, que las dos se dejaron mecer unos segundos por ese vaivén caprichoso del viento. La mañana era dorada y azul, intensamente fría. En vez de pensar que había despertado de una pesadilla al cruzar el umbral del jardín, a Irène le pareció que se había sumergido en un idílico sueño de tranquilidad. Sacudió la cabeza al darse cuenta de que había tomado por normalidad la enfermedad y el dolor que se vivían dentro del hospital.

–No la había visto antes, señorita Curie. ¿Es una nueva enfermera?

–En realidad no, aunque hice un curso de enfermería en París antes de comenzar mi periplo por los frentes. Mi madre es Marie Curie. ¿No ha oído hablar de ella?

Shirley apretó los párpados en actitud de concentración y luego negó con la cabeza.

–No, lo siento. ¿Debería? Mi padre siempre dice que tengo que prestar más atención a los parentescos de las grandes familias y esas cosas, aunque no le hago mucho caso. ¡No me diga que es actriz o una cantante famosa! Sería tan emocionante conocer a alguien así..., pero no. Supongo que si lo fuera yo la conocería. ¡Me atrae tantísimo el mundo de la farándula!

Irène forzó una sonrisa y se obligó a contestar con amabilidad. Pensó que, al fin y al cabo, era una muchacha inglesa con aspecto de no haber tenido una adecuada educación en ciencias.

–No, no... Nada de eso. Mi madre es científica y yo estoy aquí para adiestrar a los cirujanos y al resto del personal en el manejo de los rayos X.

–¡Oh! Qué interesante. ¿De los qué?

–De los rayos X. Se trata de exponer una placa fotográfica a los rayos emitidos por la colisión de los electrones generados por... –Irène detuvo la explicación al contemplar las cejas enarcadas de Shirley—. Bueno, no la voy a aburrir con explicaciones científicas. Digamos que mi cometido es enseñar a sacar fotografías de los huesos para localizar los fragmentos de metralla antes de que el cirujano opere al paciente.

–¡Vaya! Bueno, supongo que a las voluntarias no se nos dejará ni acercarnos. Mire que me lo advirtió mi padre, ¿sabe? «El mundo no es tan romántico como tú lo quieres ver», me dijo. Antes de remarcar, por supuesto, que una señorita de buena familia no debería estar tan cerca de la batalla y un montón de cosas más. Pero yo quería..., quiero, ayudar. Aunque sea hirviendo sábanas –se miró las manos, que Irène advirtió enrojecidas y despellejadas en las palmas–, haciendo camas o lo que me manden. Nuestros pobres soldados... dando la vida por parar a los hunos. ¿Cree que el soldado Carrier...?

–Estará bien. Bueno, dentro de lo que se puede esperar. Ya sabe, sin... –Irène no supo cómo continuar. Pensó que no, que no podría estar bien con las dos piernas amputadas, que era un campesino incapaz de encargarse de sus tierras y que tenía una familia que alimentar cuando acabara la guerra, pero no pudo decirlo en voz alta. Se abrazó y sintió cómo la piel reaccionaba al frío, o quizá fuera por la imagen que se formó en su mente: todas esas familias deshilachadas por las batallas; las que se libraban en el frente y las que se sufrían cada día en los hogares franceses. Entonces, recordó algo que le había llamado la atención.

–Señorita St. John...

–Puede llamarme Shirley, al fin y al cabo me ha visto vomitar y eso tiene que unir algo, ¿no?

Irène soltó una carcajada que liberó la tristeza de su pensamiento anterior. Observó la figura de la voluntaria embutida en su uniforme blanco. Poseía las curvas que le faltaban a ella y ese punto de ingenuidad que siempre había odiado en una mujer, pero a pesar de eso admiró su frescura y la facilidad con que le había arrancado esa risa tan necesaria en el momento preciso. Tan solo por eso le cayó bien.

–Shirley, entonces –prosiguió Irène con la sonrisa aún dibujada en los labios–. Tengo curiosidad. Bueno, no sé si es adecuado, pero Carrier se ha tranquilizado mucho cuando la ha visto llegar. Las condiciones en las que los heridos reciben el tratamiento me interesan especialmente. Los signos..., ya sabe. El soldado mejoró su respiración con tan solo oírla. ¿Qué le estaba contando?

La VAD enrojeció violentamente y bajó la cabeza mientras se dejaba caer sobre la espalda contra la pared.

–Bueno... Es... Es una bobada, en realidad. Yo...

Una voz masculina las sobresaltó y se giraron a la vez hacia ella.

–¡Se van a quedar congeladas, señoritas! –Un soldado se acercaba cojeando apoyado en unas muletas. Por debajo del abrigo del ejército, se observaba una de las perneras del pantalón doblada a la altura de la rodilla; la tela sobrante estaba plegada para que no estorbara al caminar.

Shirley se incorporó bruscamente alisándose el mandil y pasándose el dorso de la mano por la boca, queriendo eliminar cualquier rastro de su desliz anterior. Las mejillas le ardían. A Irène le hizo gracia su reacción, aunque reconoció que el recién llegado era bastante atractivo. No era el tipo de hombre que le atraía, pero mantenía cierta armonía en los rasgos, pese a una mandíbula agresiva y una nariz demasiado recta. Los ojos destacaban en un rostro enmarcado por el cabello claro. Su mirada era de un verde intenso, con una invitación implícita en ella, y arqueaba las cejas de forma que incitaba a darle una pronta respuesta. Y, por lo que intuía, la voluntaria estaría encantada de hacerlo.

–¡Oh! Caporal Briand, tiene toda la razón. –Shirley sonrió al hombre y ladeó la cabeza. Todo su cuerpo pareció avanzar un poco en la dirección de la figura masculina. Irène observaba con fascinación–. Hemos salido del edificio con un poco de prisa, la verdad, y no nos hemos dado cuenta de que el viento de esta región es implacable en invierno. ¡Mucho más cortante que en mi tierra!

–Señorita St. John, debe tener cuidado. Su piel inglesa es demasiado delicada para exponerla a la intemperie. –Apoyó las muletas en la fachada del edificio y se quitó el abrigo con un movimiento fluido, a pesar de mantener el equilibrio con una sola pierna. Se lo echó a Shirley por los hombros y deslizó uno de sus dedos por la clavícula femenina con disimulo. La pelirroja se estremeció y le dirigió una mirada de alarma. Irène desvió su atención como si no hubiera visto nada, aunque en un rincón de su mente tomó nota de que su piel francesa soportaba perfectamente los rigores del invierno sin necesidad ni del abrigo ni de las caricias furtivas de ningún soldado.

–Es usted muy amable, caporal. ¿Conoce ya a la señorita Curie? –preguntó la

voluntaria, mientras se intentaba ajustar el abrigo. Le quedaba enorme y arrastraba el borde por el suelo. Suspiró, e Irène no supo si fue por el calor del paño o por el contacto del hombre.

–No tengo el placer –contestó él, apoyándose en la pared con una mano y ofreciéndole la otra para estrechársela. A la muchacha le pareció que alargaba de manera deliberada las sílabas de la palabra «placer»–. Soy Alain Briand, caporal del primer batallón del 137, aunque prefiero que me conozcan simplemente como Alain, un enamorado de la vida. –Su mirada se oscureció al detenerse en Shirley–. Sobre todo disfruto de la belleza que me rodea. Ya sabe, a pesar de haber ofrecido un pedazo de mi ser como sacrificio a la patria.

–Sí, ya veo, señor Briand. ¿Qué fue? ¿Una gangrena gaseosa por una herida de metralla? La amputación es por debajo de la rodilla, si no me equivoco, por lo que pudo ser perfectamente una complicación del pie de trinchera. ¿El muñón está cicatrizando debidamente?

Alain enarcó las cejas y se quedó unos segundos en silencio. Irène se arrepintió de inmediato por las palabras que acababan de salir de su boca al ver su expresión, pero no había sido su intención incomodarlo. Suspiró aliviada cuando el hombre rompió a reír con estrépito. Se pasó la mano por los cabellos rubios y dio un silbido.

–Vaya, por más que uno quiera dar un aire trágico y heroico a su desgracia no le dejan. Para su información, señorita Curie, y ya que muestra tanto interés, le diré que ha acertado con su segunda teoría. Un pie de trinchera banal que se convirtió en algo terrible. –El tono de su voz fue tomando un cariz más serio a medida que iba hablando y frunció el ceño–. La humedad, día y noche con el barro hasta los tobillos, el frío que se colaba en los huesos, el dolor constante... Solo quien haya malvivido en un agujero excavado en la tierra puede entenderlo. Somos ratas, ratas de los túneles. ¡Y todo por una maldita herida tan pequeña como una picadura de pulga! Me apretaba las botas todo lo que podía para que la herida no se mojara y resistir aquel escozor que llegaba hasta el hueso, ¿sabe? Pero lo peor vino cuando dejé de sentir dolor. –El rostro se había envuelto en sombras y la última frase fue apenas audible, aunque sí lo fue la angustia que impregnaba sus palabras. Y la rabia. Una rabia que Irène detectó agazapada, pero al acecho. Alain le pareció un hermoso animal salvaje: hermoso, herido y peligroso.

Terminó con otra risa que poco tenía que ver con la que había abierto su discurso, aunque el tono intentó ser despreocupado y alegre.

–¡Pero aquí me tiene, señorita Curie! ¡Vivo! Y... dispuesto. –Volvió a mirar a

Shirley, y en su sonrisa apareció la sombra de un depredador. El soldado apoyó la espalda contra la pared y su mano se perdió por detrás de la Shirley en un movimiento descendente. Las mejillas de la muchacha se prendieron, tomando el color de su pelo, y se le escapó un suspiro que acabó abruptamente al cruzar su mirada con la de Irène.

–*Carpe diem, quam minimun credula postero*, como diría nuestro buen amigo Horacio –afirmó Irène para tranquilizar a la pelirroja, aunque inmediatamente se mordió el labio por la posibilidad de que no hubieran entendido la cita en latín. Aclaraba su garganta preparándose para añadir una explicación sin quedar como una pedante cuando una desconocida voz masculina se adelantó a sus palabras.

–«Aprovecha el día, no confíes en el mañana», una cita del poeta romano que todos deberíamos aplicar estando en guerra. –El recién llegado se acercó con un andar tranquilo y las manos en los bolsillos del uniforme azul que lo identificaba como oficial de aviación. La insignia de las dos alas surgiendo de una hélice relucía dorada en las mangas de la chaqueta, al igual que el cuero bruñido de las botas de media caña lo hacía con cada paso que daba–. Como siempre, Alain, en buena compañía.

El interpelado se puso rígido y su mirada se tornó turbia de nuevo. Pero enseguida se deshicieron las nubes y una gran sonrisa emergió como bienvenida.

–¡Adrien! ¡Por fin has podido escaparte! Pensé que alguien con el apodo de El Mistral, el azote aéreo de los alemanes, no se dignaría a bajar a tierra para visitar a las ratas.

Los dos hombres se abrazaron y se palmearon la espalda con efusividad.

–¿Lo dudabas? Tan solo te diré un nombre: Gillou...

–«... El gordo» –terminó Alain.

–Tragar el barro de la ribera del Sena escondiéndonos de él siendo unos críos hermana más que la sangre, ¿no crees? –rio el piloto.

Alain no le acompañó en las carcajadas y masculló:

–Sí, lástima que ahora no... –Se detuvo y miró hacia las mujeres–. ¡Se nos han olvidado los modales, Adrien! Estas dos señoritas pensarán que somos unos maleducados. Señorita St. John, señorita Curie, mi amigo Adrien Goitia, afamado y valiente piloto. Señor afamado piloto, la encantadora señorita St. John, voluntaria británica en el hospital, y su compañera, la señorita Curie, que realmente no sé qué hace aquí.

–¿Curie? –repitió Adrien–. ¿Familia de la profesora Marie Curie?

–Soy su hija. –Irène observó más detenidamente al amigo de Alain. No se parecían en nada. Si el caporal mutilado era atractivo y con un magnetismo

evidente, Adrien tenía un aspecto algo enfermizo; la piel pálida contrastaba con el cabello oscuro; los ojos, pequeños, de un dorado viejo como el sol moribundo luchando por iluminar los restos del día; la figura, espigada y frágil. No pudo imaginarlo en un aeroplano persiguiendo alemanes, y menos como el mistral del que había tomado el sobrenombre, aquel viento frío y violento que recorría el valle del Ródano en invierno.

–¿Me permite que le pregunte qué hace la hija de una de las científicas más importantes del mundo en un hospital de guerra? –preguntó Adrien con una inclinación de cabeza. Se había quitado la gorra y la mantenía bajo el brazo, pero alargó el otro para saludar a las mujeres. Irène sintió en su palma los dedos finos y helados del piloto, y la corriente de energía que le transmitió mediante el gesto. Fue un apretón firme, intenso. Volvió a evaluar al hombre más detenidamente; su aspecto físico no se correspondía con la fuerza interna que se podía intuir a través de sus movimientos, y ahora sí que pudo ver la similitud con una ráfaga de aire invisible, pero que podía arrasarlo todo a su alrededor si se lo proponía.

–Pues ayudar en lo que puedo, señor Goitia. Mi madre y yo formamos al personal sanitario en el uso de los rayos X y, además, equipamos camiones con aparatos portátiles para hacer diagnósticos en el frente.

–Pero no sirven para el pie de trinchera, ¿no? –intervino Alain.

–No. Lo siento, señor Briand. Aunque uno de nuestros *petit curie* hubiera estado al lado de su trinchera, la pierna no se habría salvado.

–Entonces no le guardo ningún rencor por ello –bromeó, aunque su rostro se contrajo en un gesto de dolor y tuvo que apoyarse en la pared–. Nuestra encantadora voluntaria inglesa se está congelando. Quizá podíamos charlar un rato en la sala de recreo, ¿qué les parece, señoritas? Seguro que Adrien se muere por contar alguna de sus proezas aéreas a los simples mortales.

Shirley saltó hacia Alain con una sonrisa coqueta y se paró a pocos centímetros de su brazo cuando se dio cuenta de que él no podía ofrecérselo: debía manejar las muletas. El caporal la miró con cierta tristeza.

–Puede caminar junto a mí, señorita St. John. Entre las muletas y lo largo que le queda mi abrigo, debemos ir despacio para no matarnos por el camino. Aunque no desearía una muerte más dulce que encima... o debajo de usted.

Adrien resopló y puso los ojos en blanco. Luego se dirigió a Irène:

–Me encantará que me hable más sobre su trabajo. Una de las cosas que más me atrae, además de volar, por supuesto, es el funcionamiento de la maquinaria y la física que hay detrás, ¿sabe?

–¡No me diga! –Irène no pudo reprimir su entusiasmo. Era difícil encontrar a

alguien con sus mismos intereses. Además, últimamente se estaban publicando multitud de noticias ensalzando las victorias de la aviación francesa y tenía curiosidad por lo que le pudiera contar el piloto. Admiraba la ingeniería que elevaba los aparatos y los mantenía en el aire—. ¿Me explicará los detalles del motor que lleva su aeroplano?

Los iris dorados de Adrien relampaguearon al contestar.

—Le contaré todo lo que quiera sobre mi *bebé*. —Le cedió el paso para entrar en el hospital. Shirley y Alain iban algunos pasos por delante. Cuando Irène cruzó al lado de Adrien, este le susurró—: Espero que sea más inteligente que su amiga y se mantenga alejada de Alain, señorita Curie.

Irène se volvió para pedirle una explicación al comentario cuando la voz de Berthe hizo que olvidara lo que iba a decir.

Había aparecido enfrente, justo donde terminaba la galería que llevaba al jardín y comenzaba la principal. Se había quitado el delantal que protegía el uniforme durante la operación del soldado Carrier, aunque la falda estaba manchada de salpicaduras de sangre. Llevaba el pañuelo que le solía cubrir el cabello en la mano y los mechones oscuros se le pegaban a la frente en una masa compacta. La furia convertía el azul de sus ojos en un mar de tormenta.

—¡Shirley St. John! Yo preocupada por usted y la encuentro... ¡Coqueteando! ¿Ya se le ha pasado la impresión? ¿La vida del hombre al que ha acompañado corre peligro y usted sale a divertirse al jardín?

La voluntaria abría y cerraba la boca sin poder decir nada. Al final pudo balbucir:

—¿El soldado Carrier...?

—Mejor que cuando le abandonó en la mesa de operaciones.

Los ojos de Shirley enrojecieron, al igual que sus mejillas. Alain la miró y se dirigió hacia Berthe, pero esta le indicó con un gesto de la mano que se mantuviera en su sitio.

—¡Y usted, caporal Briand! ¿Qué tiene que demostrar? ¿Que es un inconsciente al que se le va a abrir la sutura por estar tanto tiempo de pie? ¡Váyase a la cama ahora mismo y ponga el muñón en alto! ¡Suerte tiene de no estar en mi pabellón!

Shirley se llevó una mano al pecho y dirigió su mirada hacia el doblado del pantalón que ocultaba el vendaje. El rostro preocupado de la muchacha fue como un golpe para Alain, que palideció. Los brazos le empezaron a temblar al agarrar las muletas. Adrien se acercó a él y le susurró algo al oído.

—Señorita —exclamó, dirigiéndose a Berthe—, soy amigo del señor Briand. Yo me encargo de que se tumbe a descansar. —Y siguió a Alain, que había dado unos

pasos hacia el corredor principal sin despedirse. Un momento después, se giró y le dijo a Irène—: Proseguiremos nuestra conversación, señorita Curie. Tengo un permiso de unos días y no voy a dejar pasar la oportunidad de hablar con alguien que muestra interés por los entresijos de mi *bebé*.

—¡Señorita St. John! —repitió Berthe—. Creo que le esperan un montón de sábanas para hervir y unas cestas repletas de patatas para la cena. Y le recuerdo que mañana por la noche tiene guardia en el pabellón. ¿Estará preparada o tendré que llevar una palangana por si se le revuelve el estómago otra vez?

La joven pelirroja echó a correr con el largo abrigo azotándole los tobillos y la barbilla tocándole el pecho. Si había roto en llanto, Irène fue incapaz de verlo.

Las dos mujeres se quedaron frente a frente. Berthe mantenía los brazos cruzados sobre el pecho y los ojos entrecerrados.

—Señorita Curie, por muy inteligente que sea y por muy importantes que sean sus conocimientos para el tratamiento de los heridos, cuando no está en la sala de radiología yo soy la responsable, ¿me entiende? Y hará todo lo que yo le diga. A mí no me importa lo famosa que sea su madre. Los pacientes son lo primero.

Irène tembló por la indignación. La señorita St. John y ella no se merecían un trato como ese.

—Pero ¿quién se cree que es? La que olvida que estamos en medio de una guerra y que cualquier ayuda es necesaria es usted. Sin las voluntarias, este hospital sería un caos. —Se mordió los labios y respiró hondo, ahogando el resto de palabras que deseaba decir.

Berthe le dedicó una mirada helada y una sonrisa de condescendencia que hizo que Irène se arrepintiera de haberse quedado en silencio.

—Cuestión de perspectiva, supongo —respondió la enfermera, ladeando la cabeza—. ¿Se atreve a comprobar cómo es una noche de guardia sin un cirujano que la respalde, señorita Curie? La espero mañana en mi turno y compararemos diferentes planos de realidad: la suya y la mía. —Y se volvió, dejando a Irène con los puños apretados y, por primera vez, sin que acudiera a sus labios la réplica adecuada.

Capítulo IV

Los colores de la guerra: ocre

Orilla derecha del río Mose, febrero de 1916

Carta de Ixion a Adele, 20 de enero de 1916
Fuerte de Belleville, frente de Verdún

Ama,

No estoy mal. Aquí la gente se queja mucho, pero no es para tanto. Si alguno hubiera tenido que trabajar las tierras con aita, seguro que lo vería de otra forma. Es extraño que estéis tan cerca y no poder ir a veros. Ayer lo discutía con mi oficial. Si, total, al anochecer estaría aquí de nuevo para mi turno de guardia, y así podría ayudaros a poner la granja en orden. Sin embargo, no hubo manera. Las cosas en el ejército son así de absurdas. No me parece normal que vosotras estéis más cerca de territorio alemán en la granja que nosotros en la línea de defensa de Verdún, pero aquí son de cabeza dura.

Tengo muchas ganas de veros. A ver cuándo tengo otro permiso, aunque en el último estabais las dos muy calladas y a Emille apenas la vi. ¿Está mejor de sus dolores de cabeza? Me quedé preocupado, pese a que se la veía bien. ¡Tenía mofletes! ¡Y cómo se puso cuando se lo dije! Esta hermana mía se pica por cualquier cosa. Sé que no podrás enviar ningún paquete como el último ni contestar esta carta porque las aldeas se han dado por evacuadas. La mermelada estaba buenísima y los panecillos volaron entre los compañeros. Me ofrecían hasta tabaco por ellos, pero no te inquietes, yo no fumo. Recuerdo tus palabras sobre que la furia de tu diosa Mari caería sobre mí y me mantengo alejado de la tentación de llevarme una pipa a la boca, aunque Mari bien podría hacer una excepción cuando se trata de pasar los turnos de guardia. Se hacen

interminables y no hay mucho movimiento. Los alemanes están haciendo de las suyas en las tierras de Champagne.

El rancho es bastante malo. Es lo peor de todo esto. No me extraña que se pongan enfermos. Y ya van tres de mi unidad. Con la humedad que hay en las trincheras y en los subterráneos, hasta las latas tienen moho. En mis ratos libres he adiestrado una rata. Ya sabes que se me dan bien los animales, aita siempre lo decía. Cuando alguien se acerca a donde guardo la comida que me mandas se pone a chillar.

Dale un beso a Emille, pero sin que se entere de que se lo envió yo, que se pone insoportable. Y otro para ti, ama.

Ixion

–Esos son los últimos, comadre.

Adele miró primero a su invitada y luego siguió el avance de las figuras a caballo que se alejaban rumbo al sur. El carro que los acompañaba se bamboleaba peligrosamente con cada piedra del camino. Lo habían cargado demasiado. La voz del viejo Berger se podía escuchar a pesar de la distancia, jaleando al animal que intentaba mover las ruedas. Suspiró.

–Lo sé. –Las dos mujeres cruzaron otra mirada de asentimiento. Después de haber sido vecinas durante veinticinco años, no había mucho que decir. Las dos granjas, la de Adele y sus hijos Emille e Ixion, y la de las mujeres Bertrand, distaban poco más de un kilómetro una de la otra y estaban situadas en un pequeño valle rodeado de bosquecillos cubiertos de musgo. Las fincas se encontraban algo alejadas de las poblaciones y protegidas por las colinas y la vegetación. Los Berger habían ido hasta allí expresamente para despedirse de ellas.

La ubicación de su futuro hogar había sido motivo de discusión para Adele y su marido cuando decidieron comenzar una vida en común. La muchacha que había seguido al amor de su vida desde las tierras bañadas por el mar Cantábrico en España hasta el norte de Francia, necesitaba una montaña cerca, porque la diosa Mari habitaba en ellas, así como una fuente de agua viva para poder beber de su fuerza. Pero aquel joven comerciante que la arrastró con él lo que deseaba era un pedazo de tierra fértil para poder cultivarla y dejar de viajar. Ese valle entre las aldeas de Brabant y Haumont, situado en el margen derecho del río Mose, les pareció la decisión acertada. No había picos elevados, pero sí suaves colinas desde las que se podía invocar a la diosa Mari y contemplar el haz de

fuego sobre el que viajaba, surcando el cielo en sus viajes, como contaban las historias del pueblo natal de Adele. El agua cercana preñaba la tierra de humedad y era vital para sus necesidades. La soledad del paraje también fue un punto a su favor, pues Adele sabía que la gente se asustaría de ella en cuanto se supiera lo que era. Pasados los años, aquella tierra se había convertido en su hogar y no iba a renunciar a él aunque los militares hubieran llamado a su puerta instándoles a hacerlo, prometiendo fuego y sangre si se quedaban. Pero las dos granjas eran insignificantes y pronto se olvidaron de ellas. Hacía más de un año que nadie de uniforme había vuelto por allí para golpear su puerta como si fueran los dueños de todo. De vez en cuando se escuchaban las explosiones de pequeñas escaramuzas en las líneas de trincheras y se escondían en los sótanos, aunque no duraban mucho. Durante ese invierno, una calma hecha de esperas y miradas hacia el horizonte se instauró en la rutina de las mujeres mientras sus vecinos se iban marchando uno por uno hacia el sur.

La viuda Bertrand se santiguó y enlazó las manos musitando una oración. Su mirada gris se había alzado al ver cómo un avión violentaba el cielo invernal con su estela de humo.

–Nuestro Señor nos protegerá de todo mal, comadre. –Buscó después la mano áspera y cubierta de manchas de Adele y se la apretó–. Y sé que tu Mari le echará una mano si hace falta –añadió con desgana–. Aquí ya no queda nadie. Pueblos fantasmas, así son ahora. Pero ni compatriotas ni alemanes me echarán de mi casa, y Lorraine también se niega a irse. Le sugerí que visitara a su tío, mi hermano menor, en Carcassonne, con las pequeñas, pero la entiendo. Su marido está destinado cerca, como Ixion, y así tiene la oportunidad de verlo más a menudo. Sabes de lo que te hablo. Lo único que me preocupa, si te digo la verdad, son las gemelas. Se llevan once años con mi Lorraine. Ya sabes que llegaron poco antes de que mi esposo nos dejara, Dios le tenga en su gloria, y fueron mi alegría en esos años negros. –Sacudió la cabeza–. Pero soy demasiado mayor. Parezco su abuela en vez de su madre. Lorraine es la que se está encargando de educarlas, ahora que ha regresado a casa. Yo me canso demasiado. Ella debería estar creando su propia familia. Recién casada y ya apartada de su hombre. –Resopló con pesar–. Si al menos hubiera quedado encinta...

–Pues si hubiera quedado encinta tendríamos dos problemas de los que ocuparnos –cortó Adele golpeándose la pierna.

Una muchacha salió al porche de la granja y se sentó en las escaleras de la entrada, interrumpiendo así la conversación de las dos mujeres. Llevaba la

melena oscura suelta, alborotada alrededor del rostro anguloso. Su mirada oscura irradiaba fuerza. Se colocó el chal sobre los hombros y acarició su abdomen abultado con ternura.

–Mi hija no es ni será un problema, *ama* –escupió la hija menor de Adele sin cruzar una mirada con ella.

–Para ti no. Tú la quisiste, *txiki*. –A la anciana no le pasó desapercibido cómo Emille torcía el gesto al escuchar el apodo con el que la llamaba de pequeña. En los últimos meses cualquier cosa era un desafío entre ellas–. Pero creo que tu *ama* sabe más de la vida. Y no, un bebé no es motivo de alegría estando en guerra. Los campos que cultivábamos están abandonados y tan solo podemos trabajar lo suficiente como para dar de comer a los animales. No hay nadie a quien vender. Estamos sobreviviendo, solo eso. Además, no me pidas que olvide lo que has hecho ni lo que has perdido. –La voz de Adele sonó como una bofetada; sin embargo, la joven forzó una risa para retarla.

–¿Mi virginidad? ¿Desde cuándo una servidora de la diosa Mari se preocupa de eso?

La viuda Bertrand tosió y se acomodó el pañuelo negro que cubría sus cabellos, incómoda al escuchar esas palabras. Suspiró con alivio al ver llegar por el camino a Lorraine con las gemelas de la mano. Regresaban del bosque, de recolectar lo que aún quedase vivo en él y que se pudiera comer en esos primeros días de febrero.

–No –Adele negó cerrando los ojos–. El regalo de tu padre. Se lo diste a él. A ese... Geoffroy. Una noche por tu cama y le entregas el recuerdo que debía haber estado en tu hogar por generaciones. Para *aita* era... ¿Sabes lo que tuvo que trabajar para conseguirlo? ¿Para dártelo cuando te convertiste en mujer? ¿Sabes el significado que tenía?

Emille la miró apretando los labios y se arrebujo en el chal, enfurruñada como si fuera de nuevo una niña.

–Deberías confiar más en mí, *ama*. Era importante que lo tuviera el padre de mi hija porque volverá a mí a su debido tiempo. Tú eres la *sorgina*. ¿Cuántas veces me has explicado los dones de Mari? ¿Las sensaciones inexplicables? ¿Las imágenes que nunca han pasado y que serán? Pero eso solo vale cuando las tienes tú, ¿no?

–No sé en qué estaría pensando la diosa Mari para permitirte engendrar un hijo sin padre en mitad de una guerra –musitó la mujer para sí misma. Sus palabras quedaron ahogadas por unas risas infantiles cuando dos niñas casi idénticas se subieron parloteando en el regazo de la viuda Bertrand.

–¡Escaramujos! ¡Traemos escaramujos!

–¡Me tocaba decírselo a mí, no es justo! ¿Podemos hacer mermelada?

Las gemelas rondaban los ocho años. Espigadas y doradas como el trigo, con una sonrisa que aún mantenía la inocencia. Detrás de ellas subió las escaleras su hermana mayor, Lorraine, con un gesto cansado en su rostro en forma de corazón y algunos mechones con un matiz más oscuro que el cabello de las niñas enmarcándolo como una aureola.

–Está todo helado. Este invierno está siendo duro –anunció al sentarse al lado de Emille en el porche. Acarició el vientre de su amiga con delicadeza–. ¿Cómo está el pequeñín de la casa?

–Pequeñina, mi querida Lorraine. En poco más de tres meses verás que tengo razón.

–Yo no creo en esas premoniciones tuyas. –Desató el nudo del fardo que traía con ella y mostró los frutos rojos. Se mordió la lengua para no decir más. Quería preguntarle algo desde hacía algún tiempo a la *sorgina*, pero no se atrevía–. Escaramujos. No hay mucho más en el bosque.

Adele cogió uno de ellos entre sus dedos afilados y se lo llevó a la nariz. Le encantaba el aroma a tierra rojiza que desprendían.

–Algo es algo –repuso–. El campo nos provee de lo que más precisamos. Necesitaría quedarme con un puñado para mis remedios. Por lo que cuenta Ixion en su última carta sobre sus compañeros enfermos, creo que los necesitaré pronto para él.

–¿Para qué sirven los escaramujos? –preguntó Lorraine sin poder reprimir un escalofrío al escuchar hablar del hijo de la *sorgina*, destinado en los fuertes del sector de Verdún al igual que su marido.

–Diarreas, mal del estómago. Ixion comentó que la humedad de las trincheras estropea la comida. Me preocupa que pueda pasarle lo mismo que a sus compañeros, aunque mi muchacho es fuerte como lo fue su padre.

–Eso no salvó a *aita*. Tú tampoco pudiste. –Nada más pronunciar esas palabras, Emille se tragó la bilis con que las había pronunciado. La mirada brumosa de su madre la atravesó y se perdió en los bosques que tanto había amado su esposo–. Lo siento, *ama*. Yo...

–¡Ya basta, Emille! Entiendo que el bebé que llevas en tus entrañas te altere, pero ya no eres una niña. Las palabras tienen mucho poder, deberías saberlo. Para bien y para mal.

La viuda Bertrand se levantó y se acomodó el abrigo alrededor de su cuerpo de matrona. El viento arreciaba y quería poner los pies helados cerca de la

chimenea, en su granja.

–Niñas, nos vamos a casa. Comadre –le dedicó un gesto de cabeza–, mañana, Dios mediante, te traigo la lana que me pediste.

–Adelantaos, madre –pidió Lorraine mientras hacía dos montones con los escaramujos que había recogido y evitaba cruzar su mirada con la de la mujer–. Yo iré dentro de un rato.

Necesitaba quedarse a solas con la *sorgina* para plantearle su inquietud y sabía que su madre desaprobaba las actividades de Adele. Aún se preguntaba cómo habían llegado a ser tan buenas amigas con creencias diametralmente opuestas. Pero ahí estaban, solas en tierra de nadie, con los alemanes a pocos kilómetros de distancia. Parecía que se habían olvidado de ese pedazo de Francia, pero los ruidos de los aviones les recordaban cada día que en cualquier momento podían fijar su atención en él y entonces no sabía cómo saldrían de allí. Cada vez que se planteaba su futuro, cortaba toda posibilidad. Se negaba a ver más allá de poder disfrutar de los permisos de su esposo. No podía irse, no después de las últimas noches...

El viento se llevó las risas infantiles de las gemelas y las tres mujeres se quedaron en un cómodo silencio. Estaban en familia.

–*Sorgina* –comenzó Lorraine. Nunca la había llamado por su nombre. Al principio, cuando aquella pareja venida del extranjero construyó su granja allí y comenzaron los rumores, su madre ni siquiera la nombraba, pero todo cambió cuando una neumonía casi se llevó a Lorraine cuando tenía seis años. Tenía recuerdos extraños de aquel episodio. Estaba en su cama, pero una niebla que parecía tener vida lo rodeaba todo y sombras enormes tiraban de su cuerpecillo hacia abajo. Entonces, las manos encallecidas de una mujer forcejearon con aquellas fuerzas y consiguieron arrastrarla lejos de esas figuras y mantenerla contra su regazo mientras ella murmuraba palabras ininteligibles. Cuando Lorraine abrió los ojos, el primer rostro que vio fue el de Adele. Sin los cuidados y los remedios de la bruja, ella no estaría viva, aunque su madre solo quiso saber de las hierbas que le había restregado por el pecho y de los vahos que le hizo respirar. Jamás hablaron del idioma afilado con el que detuvo a las sombras, ni de los dibujos en el cabecero de su cama. La voz sobre la efectividad de sus artes curativas se corrió por las aldeas y comenzaron a pedirle consejo, a llamarla para atender partos y a solicitar su destilado contra la fiebre. Desde entonces, las puertas de la granja estuvieron abiertas para esa familia extraña venida de lejos, y cuando nacieron las gemelas fueron las manos de Adele las que abrieron la membrana que las recubría para que pudieran respirar por primera vez–. *Sorgina*,

–repitió Lorraine–, ya sabes que a mi esposo le reclutaron a la vez que a Ixion y que está destinado cerca.

–¿Qué te preocupa? –Adele se estremeció y se cerró el manto de lana que llevaba sobre los hombros, pero sabía que no se debía a las bajas temperaturas del atardecer. Emille miró a su amiga con las cejas enarcadas. No se había percatado de sus ojos hundidos y de lo que le sobresalían los pómulos en aquel rostro en forma de corazón. Había estado tan centrada en ella y en su embarazo que todo lo demás había dejado de importar.

–He... tenido sueños. En ellos lo veo y no puedo alcanzarle. Me despierto y su ausencia me ahoga. –Cerró los ojos y se pasó la mano por la frente–. No le han concedido permiso desde hace tiempo y puede que no verle me esté alterando, pero... –Enfrentó la mirada de Adele–. Quiero saber si hay algo más.

Una ráfaga de viento movió las tejas sueltas, que repiquetearon en el tejadillo por encima de las mujeres. De pronto, las tres tuvieron mucho frío.

–Entremos en casa –pidió la anciana a media voz mientras recogía su parte de los escaramujos. Rehuía esas peticiones porque sus intuiciones sobre lo que estaba por venir eran una losa para ella. Los dones de Mari eran muchos, pero también tenían una cara amarga cuando se veía lo inesperado. Y no siempre se circunscribían a lo que se quería encontrar, los hilos se mezclaban unos con otros en el tejido del porvenir. Se lo había intentado inculcar a su hija, pero ella solo veía la excitación del misterio, de formar parte de algo oculto e importante.

Dentro de la casa, el fuego ardía dentro del armazón de hierro que utilizaban para cocinar, y en su superficie hervía una cacerola con agua y hojas de menta que aromatizaba y templaba la estancia. En la mesa de madera ubicada en el centro se desparramaban decenas de hierbas y flores secas junto con un mortero con semillas. Lorraine aspiró el aroma como si esa mezcla de olores silvestres pudiera diluir sus miedos. Había regresado a la granja de su madre para estar más cerca de su esposo. No quería marcharse de allí y, aunque su sentido común le decía que debía poner a salvo a su familia, su madre también se negaba a abandonar la tierra que cubría la tumba de quien había sido su compañero durante toda su vida. Ella tampoco abandonaría al suyo mientras tuviera la esperanza de volver a verle. Tan solo habían podido disfrutar unos meses de su matrimonio antes de que estallase la guerra y lo llamaran a filas.

Adele carraspeó para sacarla de sus pensamientos y le indicó que se sentara. Emille ya estaba sirviendo una tisana, a la que añadió una pizca de unas hierbas secas que sacó de uno de los cajones, como le había enseñado su madre. Se la acercó a la joven y ocupó una silla junto a ella con los codos sobre la mesa,

expectante. Le gustaba ayudar en las tareas previas a las invocaciones.

La *sorgina* le agarró la mano y la miró a los ojos. Comenzó a pronunciar las palabras muy despacio.

–Querida niña, ¿estás segura? Cuando se sabe..., no hay vuelta atrás. –Quería contarle sobre la angustia que llegaba en la oscuridad, el dolor que inundaba el cuerpo al pensar que no se podía hacer nada, que todo era inútil y que el tiempo iba acercando la cuchilla cada vez más hasta que se cumplía lo vaticinado, pero Adele no era una mujer que manejara las palabras con facilidad.

–Quiero saber si volveré a ver a mi esposo –replicó Lorraine mientras intentaba detener el temblor en los dedos que la anciana entrelazaba con los suyos.

Adele bajó la cabeza. Era una petición expresa y no podía negarse.

–Está bien. Toma un sorbo de lo que te ha servido mi *txiki* y dame la otra mano. Luego cierra los ojos y piensa en tu esposo.

La muchacha obedeció. El líquido le llenó la boca de un calor amargo, aunque luego no notó que le bajara por la garganta. Las imágenes de su vida de recién casada la transportaron a su casa en Chaumont. Su mirada limpia de destellos dorados al despertar, cómo la cogía de la cintura por detrás y la acercaba a su cuerpo cuando estaba trasteando en la cocina... Los pequeños detalles cotidianos eran los que más añoraba. Entonces sintió un escalofrío que surgió del centro de su pecho y le agitó los hombros. Todo se desdibujó a su alrededor.

Adele caminaba entre la niebla y las plantas de sus pies se teñían del ocre de la tierra. Las volutas lamían sus tobillos desnudos. Vestía como en la montaña Amboto, cuando ofreció sus servicios a Mari por primera vez, con la túnica de lana basta y el cabello suelto. La figura de Lorraine caminaba difuminada a su lado. De repente, esta se agitó y cayó al suelo. Entonces surgieron unas sombras que danzaban frente a ellas, como si estuvieran reflejadas por el fuego contra la pared de la cueva donde habitaba la diosa. Les contaban una historia: dos hombres, dos muertos. Lorraine emitió un grito ahogado cuando el rostro de uno de ellos apareció, pálido y frío, sobre la roca y la *sorgina* suspiró con resignación. Ya tenía una respuesta. Ahora le tocaba volver al mundo real y comunicarle el vaticinio.

Se preparaba para regresar cuando de nuevo la niebla tiró de ella hacia la cueva. Quedaba algo por mostrar, porque era bien sabido que los hilos del destino se enredaban los unos con los otros y a veces se veía lo que uno nunca hubiera querido. Un sonido rítmico martilleó entre las rocas hasta que las paredes temblaron. El otro hombre muerto giró el rostro. Tenía los rasgos de su

hijo mayor, Ixion. Y Adele sintió cómo moría también la mitad de su alma. El llanto de un bebé se elevó en una nota aguda y una grieta se abrió en la pared. Las sombras aullaron. El tictac de un reloj vibró cada vez más fuerte y pulverizó las rocas del techo hasta que cesó de repente. El llanto también.

Adele abrió los ojos y su garganta se rompió en un grito de dolor.

Capítulo V

Bajo las mismas estrellas

Barleduc, febrero de 1916

Carta de Sébastien Vien a Berthe Hinault. En alguna trinchera de Champagne, diciembre de 1915

Amor,

No sé cuándo recibirás esta carta o si se perderá por los barrizales que rodean la maldita trinchera. Pero no te preocupes, si no la recibes te escribiré otra en cuanto me den un permiso. Ya sabes que lo mío no son las letras, porque me parece que te tengo un poquito más cerca. Aunque sea en mi pensamiento mientras te escribo. No podré ir a verte, lo siento. He recibido noticias de mi madre y su estado ha empeorado. Tener a sus dos hijos en el frente no ayuda a su recuperación, así que intentaré viajar a Dijon para visitarla. Espero poder hacerlo, pues el trayecto es largo y los días de permiso demasiado breves. Estoy cansado. ¿Cuándo se acabará esta pesadilla? Los compañeros comienzan a murmurar palabras que no me gustan, pese a que tienen razón. Ninguno de los que deciden está con nosotros en el barro. ¿No es gracioso que me alistara en los cazadores pirenaicos por mi afición a la escalada y acabe combatiendo en la planicie desde un agujero?

La ofensiva de estos meses ha sido eterna. Ni siquiera tu recuerdo ha sido suficiente para olvidar por un momento el ruido de los morteros, los gritos de los compañeros heridos, el chapoteo de los cuerpos al moverse a través de este agujero. Pero no te quiero contar penurias en esta carta. ¿Sabes con qué nos hemos reído mucho? Philippe, un esquiador parisino, y yo hemos escrito con pólvora negra un letrero en un trozo de madera y lo hemos clavado en nuestra porción de muro de la trinchera,

el que tenemos asignado para vigilancia. «Villa Sauvignon», se puede leer. Hemos invitado a los compañeros a visitarlo como si fuera un château para brindar por nuestros futuros viñedos con tazas descascarilladas y sorbos de agua. Nunca nos ha sabido mejor el agua sucia. Será por las risas, que nos hacían falta, o por los sueños. Los tuyos y los míos. Los nuestros. Algún día brindaremos tú y yo con nuestro primer vino. Me encantaría probar el sabor del caldo que hagamos en tus labios. ¿Te imaginas?

Tuyo,

Sébastien

Berthe había releído la carta bajo la luz de una pequeña lámpara, como siempre antes de comenzar su guardia. Al acabar la guardó en una caja. Esta era un simple cajón sin adornos, con una tapa y un cierre metálico. Las líneas rectas y la madera robusta, cálida y resistente evocaban a Sébastien más que el hecho de que se lo hubiera regalado él en su despedida hacía ya más de un año. «Para que guardes mis cartas», le anunció, conciso, con la mirada baja, como restándole importancia al hecho de que se marchaba a un destino incierto. Nada de lágrimas de despedida, ni miradas arrobadas, ni dedos entrelazados y suspiros dramáticos en la estación de tren. Únicamente la promesa de regresar para cumplir el sueño de Sébastien: comprar un viñedo en Burdeos y elaborar su propio vino junto a Berthe.

La mujer sintió el pulido perfecto de la madera bajo sus dedos y un hormigueo cercano al dolor le inundó el estómago. Nunca se había atrevido a decirle que no compartían las mismas metas, que ella era feliz con su trabajo de enfermera y que se apagaría viviendo en el campo entre siembras y vendimias. ¿Cómo iba a destruir las esperanzas de una vida compartida cuando había hecho tanto por ella?

Se conocían desde niños. Desde que Sébastien se mudó a Dijon con su familia desde Chambéry, en la baja Saboya, y se instalaron en una pequeña casa al lado de la estación ferroviaria Porte-Neuve, en la misma calle en la que vivía Berthe con sus padres y su hermano Dominique. La construcción de nuevas avenidas y la ampliación de las vías férreas en la ciudad habían atraído al padre de Sébastien, después de dos malas cosechas consecutivas en los viñedos de montaña de su pueblo natal.

La primera vez que se encontraron, Sébastien estaba acurrucado en el hueco de

un tronco muerto que lindaba con la vía del tren. Berthe se asomó a su escondrijo y se lo quedó mirando. Él le espetó un «¡lárgate, niña!», acompañado de un montón de hojarasca que recogió del suelo. Cuando con la caída de la tarde las sombras comenzaron a ser demasiadas en el agujero, el pequeño de la nariz enrojecida salió para encontrarse con que la molesta cría continuaba allí. Lo estaba esperando sentada sobre una de las piedras, con las piernas cruzadas y cara de aburrimento. Cuando le preguntó por qué, ella contestó: « Me necesitas». Y Sébastien supo que aquella niña con las trenzas despeinadas y trocitos de hojas prendidas en el cabello sería su esposa algún día. Así se lo confesó a Berthe años después.

En el camino hacia sus respectivas casas, Sébastien le contó que se ahogaba sin poder ver la inmensidad azul del cielo desde sus amadas montañas, porque no le valía con los trozos que asomaban a través de los tejados y el aire no era aire en la ciudad. «¡No puede ir donde quiere!», exclamó indignado. Le habló de cómo leía en las estrellas el paso de las horas y de cómo la luna siempre le había sonreído desde su reino, más allá de los picos de las montañas en su pueblo. Y Berthe le replicó que el viento siempre podría recorrer el camino que quisiera, como ella, estuviera donde estuviese. Si quería saber la hora, tan solo tenía que echar un vistazo al reloj de la torre y le enseñaría todos los recovecos de la ciudad: hasta que no sincronizara el latido de su corazón con el de Dijon, siempre sería un extraño.

Fueron buenos tiempos. El niño la iba a buscar a la salida de la escuela Saint-Dominique para señoritas, recién abierta en la calle Chabot-Charny, y juntos recorrían las vías del tren, escalaban las ruinas del castillo o se salpicaban en la fuente de los Suizos cuando rompía la primavera, escapando de la vigilancia de su hermano Dominique, que siempre era el encargado de arrastrarla hacia casa al anochecer y de tapar sus ausencias con excusas inverosímiles.

En uno de aquellos paseos, Berthe le confesó que no era una niña normal. A veces aparecían imágenes en su mente que no debían estar allí; sueños extraños y oscuros cuando tenía los ojos abiertos y aún había luz. Dios le mostraba escenas únicamente a ella y esperaba el momento de cumplir lo que le pedía en aquellas imágenes, porque todo eso debía de tener un propósito, estaba segura. Sébastien no la creyó del todo, aunque estaba convencido de que esa niña era especial desde el primer instante en que la vio, y la miró en silencio sin saber qué decir. Con estar a su lado le valía. Le daba igual esa parte de oscuridad que acompañaba lo luminoso de su presencia.

Apenas tuvo que esperar unos años para comprobar que lo que le había

contado era cierto. Bajo la torre del reloj, un mediodía de primavera, Berthe le contó a Sébastien, entre temblores e hipidos, que esa mañana su padre había empezado a toser en el desayuno y que había visto la sangre inundándole por dentro mientras su cuerpo se arrugaba sobre un charco rojizo. Él solo pudo abrazarla hasta que cesó el llanto y no se fue de su lado cuando la desgracia se hizo real y se cernió sobre su familia.

Su padre enfermó y tuvo que dejar de trabajar en la estación. Aquel hombre fornido fue desapareciendo poco a poco, consumido por la tuberculosis, hasta que sus pulmones se deshilaron por completo. Ella tuvo que abandonar el colegio porque ya no podían pagarlo y la madre de Sébastien, que había sido maestra de joven, les enseñó en casa a los dos, rechazando el poco dinero que la madre de Berthe le ofrecía por atender a su hija.

Su amigo estuvo ahí cuando el destino volvió a golpearles en forma de accidente y postró a su hermano Dominique en una cama de la que nunca volvió a levantarse. Berthe se encontraba sentada en el borde de la fuente con Sébastien cuando todo se tornó oscuro a su alrededor y sintió un dolor agudo, que le astillaba sus huesos y convertía sus músculos en un amasijo de carne. El grito de su hermano atravesó el aire pidiendo ayuda. Ella corrió hacia la estación sabiendo que le esperaban malas noticias. Cuando llegó vio cómo sacaban el cuerpo destrozado de su hermano de las vías del tren. La carga de un vagón descarrilado le había destrozado las piernas. Sébastien la abrazó como la primera vez y la llevó a casa en brazos cuando se desmayó por el dolor y el esfuerzo físico. Tuvieron que pedirle que la soltase para que descansara, aunque por él habría seguido reteniéndola entre sus brazos, y así se lo contó su madre a Berthe, rota por su hermano y emocionada por el gesto.

Berthe aún recordaba el sabor del pan de jengibre que Sébastien le traía cada mañana tras otra noche en vela cuidando de Dominique, tratando de bajarle la fiebre, humedeciendo la piel ardiente y masajeando las articulaciones. Fue en esas horas de soledad en las que tuvo la revelación que cambiaría su vida. Berthe estaba enfadada con Dios por todo lo que les estaba haciendo sufrir. ¿Por qué le había mostrado el instante en que comenzó a perder a su hermano si ella no pudo hacer nada para salvarle? ¿Ese era un Dios compasivo? Primero su padre: pensó que aún era demasiado joven para hacer algo al respecto y llevó su muerte con estoica aceptación, pero su querido Dominique, su hermano del alma, protector, amigo y confidente... Ver el estado en el que había quedado su cuerpo fue devastador.

Así que, mientras pasaba los días al pie de esa cama, dejó de plantearse su

existencia. Simplemente, un día se dio cuenta de que ya no pensaba en Él y se centró en tratar de aliviar el dolor. ¿Qué podía hacer ella para suavizar ese trance? ¿Cómo podía mitigar el sufrimiento de su hermano, que parecía un cadáver envuelto en un sudario, en vez de un joven apenas un par de años mayor que ella? No era justo.

En el entierro de Dominique, tras un largo invierno en el que su cuerpo ya había muerto pero su mente aún se rebelaba hasta que se fue apagando lentamente, mientras la llovizna calaba sin prisa los sombreros y los velos, con Sébastien a su lado apretándole la mano en silencio, supo que su lugar en el mundo estaba frente al dolor. Para aliviarlo, para combatirlo, para vencerlo. Sin rendir cuentas a Dios ni al hombre que tenía al lado.

Berthe vio cómo su madre se tragaba las lágrimas ante su partida y aceptaba el abandono con resignación. Al fin y al cabo, siempre había sabido que su hija necesitaba otros cielos que surcar. Puso a su disposición parte de los ahorros que la familia tenía para que iniciara un curso de enfermería en la escuela Florence Nightingale, en el hospital de Burdeos, junto con un millar de consejos. No le pidió que se quedara con ella, aunque Sébastien sí que lo hizo. Junto al tronco del árbol seco en el que se conocieron, y al que aún acudían para charlar a la caída de la tarde, él le pidió que se casaran. Y le contó que lo había deseado desde esa primera vez en que la encontró a la salida de su escondrijo. Le susurró que aún no había encontrado el latido de la ciudad, pero sí a ella, y por eso no se sentía un extraño. A Berthe se le partió el alma en dos. Una parte de su ser necesitaba ir a Burdeos y aprender; la otra era de aquel niño escondido en el tronco hueco. Sébastien era el anclaje a la tierra, a su tierra. Él era Borgoña, y sabía a fruta y al sol que la maduraba. No podía renunciar a eso, como tampoco podía renunciar a su vocación recién descubierta, ni al viento que intentaba abrir sus alas para que se moviera libremente. Y le ofreció una promesa: algún día se casarían, cuando fuera el momento, cuando estuviese preparada, cuando se hubiera reconciliado con su propio dolor y con el de otros. Sébastien se guardó ese «quizá» en el bolsillo y se separaron. Lo que Berthe no podía prever era que tras el aprendizaje en la escuela-hospital estallaría la guerra. Y que el sufrimiento se multiplicaría por mil.

La enfermera disfrutó un instante más del tacto de la madera en su piel. Era como tener a Sébastien abrazándola con la seguridad de que no la dejaría caer. Le gustaba releer sus cartas y recrear el tono exacto de su voz. No le contaba demasiado de las batallas en las trincheras, pero ahí, detrás de las noticias banales o de las anécdotas, se percibía ese temple que lo caracterizaba. Casi

podía sentir sus labios rozar los suyos cada vez que leía ese «amor» y, por un momento, regresaba a Borgoña y a los días en que recorrían Dijon antes de que el dolor se instalara en sus vidas.

Luego volvió a guardar la caja bajo su cama y se ató el pañuelo blanco que cubría su cabello. Esa noche estaba de guardia en su pabellón junto con la VAD St. John e Irène Curie, si esa señorita parisina aceptaba el reto. Se miró en el espejo que colgaba de una de las paredes de la habitación y se ajustó el cinto sobre el delantal. Echó los hombros hacia atrás y elevó la barbilla.

Declamó con suavidad el juramento que realizó al acabar sus estudios de enfermería. Pronunciaba cada palabra con fervor, los párpados cerrados para concentrarse en el significado. Después de tanto tiempo, aún sentía un cosquilleo incómodo cuando juraba ante Dios, pero aun así lo hacía cada día antes de salir de su habitación.

«Juro ante Dios y ante los testigos presentes,
llevar una vida digna y ejercer mi profesión honradamente.

Me abstendré de todo cuanto sea nocivo o dañino, y no tomaré ni suministraré cualquier sustancia o producto que sea perjudicial para la salud.

Haré todo lo que esté a mi alcance para elevar el nivel de la enfermería y consideraré como confidencial toda la información que me sea revelada en el ejercicio de mi profesión, así como todos los asuntos familiares de mis pacientes.

Seré una fiel asistente de los médicos y dedicaré mi vida al bienestar de las personas confiadas a mi cuidado».

Suspiró. Ya estaba lista para volver a su batalla.

El hospital nunca dormía del todo, ni siquiera cuando las únicas luces que se mantenían encendidas eran las de las lamparitas de mano que portaba el personal durante la ronda. Muy pocos pacientes se entregaban a un sueño reparador. La mayoría continuaba con su propia guerra particular en duermevela y se enredaba con las sábanas húmedas y frías. El murmullo perenne que habitaba en el pabellón se atenuaba, libre por unas horas de los sonidos metálicos del instrumental y del vaivén de los sanitarios, que se llamaban a voces y recorrían los corredores durante el día. Se mantenían las oraciones en voz queda, los quejidos y susurros inconexos, las peticiones y las súplicas que se perdían sin ser atendidas, el rugido de alguna ambulancia que descargaba en el hospital el fruto

de las escaramuzas diurnas en las trincheras de primera línea.

Mientras se acercaba al pabellón del que estaba al cargo y aquella sinfonía aumentaba de volumen, Berthe maldecía por lo bajo. La situación estaba alcanzando un nivel crítico: los suministros llegaban tarde y mal, el autoclave funcionaba a base de reparaciones caseras hechas por algún soldado al que se le diera bien la mecánica –no dejaba de ser una enorme olla hermética en la que se acumulaba el vapor para poder así esterilizar el material quirúrgico– y los camiones-ambulancia se acumulaban en los hangares, con los neumáticos reventados o los motores silenciosos al no haber repuestos. Por ello habían recuperado las antiguas ambulancias tiradas por caballos. Berthe se preguntó si solo se debía a los estragos de la guerra o si existía alguna otra razón que habitara en la tercera planta del edificio principal, en los despachos.

Nunca había personal suficiente para atender a los heridos, aunque fuera una noche tranquila. Los cirujanos estaban agotados tras largas jornadas de quirófano, revisar curas y levantar vendajes. Las enfermeras tituladas intentaban colaborar en los tratamientos todo lo que podían, pero con supervisar el trabajo de las voluntarias, controlar a los pacientes y colaborar con los médicos sus horas estaban completas. Y si llegaba una nueva remesa de soldados por algún ataque cercano, la situación se desbordaba. No podía perder el tiempo en enseñar a aquellas niñas malcriadas todo lo que necesitaban saber para responsabilizarse de un paciente. Incluso para ella era duro encontrarse con esos cuerpos destrozados y mutilados, con sus vidas rotas, con tanta juventud perdida. ¿Cómo iban a enfrentarse con eso si la mayoría solo había recibido un cursillo de apenas un mes antes de ir al frente? A las VAD se les exigían tres meses de experiencia en un hospital, pero ninguno en los que hubieran prestado sus servicios se parecía a los hospitales de guerra. Se alegró de que no se les permitiera acudir a primera línea; no estaban preparadas.

El tiempo en el pabellón Exelmans se le escapaba entre los dedos y, mientras intentaba ordenar los granos de arena dispersos, el soldado Chevignon comenzaba con visión doble o el teniente Cavalier convulsionaba. Y empeoraban sin que nadie se diera cuenta hasta que era demasiado tarde. No era capaz de controlar todo lo que sucedía a su alrededor y eso la quemaba por dentro. A veces, durante el sueño, intentaba llegar hasta su hermano moribundo y el pasillo se alargaba aún más con cada zancada de sus piernas. Él la llamaba y ella no llegaba a tiempo. Nunca. Se despertaba sobresaltada y cubierta de sudor, con la angustia de saber que alguien la necesitaba y no estaba en el lugar correcto. Siempre habría alguien esperando sus cuidados en el pabellón.

Cuando atravesó la doble puerta que llevaba a la sala donde aguardaban sus pacientes, las otras dos mujeres que la iban a acompañar durante esa noche ya la esperaban junto a la mesa que servía de punto de control. A partir de ese rectángulo de madera con una silla, la sala era un corredor oscuro, apenas iluminado por las seis estufas situadas a intervalos regulares en el pasillo central para intentar caldear el máximo espacio posible. Otras tantas hileras de camas albergaban a cuatro centenares de heridos. Los que se situaban contra los helados ventanales tenían el doble de mantas para defenderse del frío que se colaba por las rendijas. Las enfermeras bajo su cargo y las VAD adscritas al pabellón parecían ánimas etéreas recorriendo los pasillos con los uniformes blancos refulgiendo anaranjados por el baile de las llamas. Asintió, complacida. Por lo menos, no tendría que llamarles la atención por ser impuntuales.

Las observó durante unos segundos. La voluntaria pelirroja le parecía especialmente vulnerable. Había visto a muchas como ella, señoritas caprichosas que se doblaban, vencidas, con la primera tragedia que presenciaban. Y en ese lugar las tragedias se sucedían sin descanso. Poseía la candidez que ella misma perdió en algún punto indeterminado durante sus propias batallas, y el recuerdo de esa fragilidad la enervaba. No quería muchachas de las que debiera preocuparse, necesitaba mujeres fuertes a su lado. Pero a la vez, se sentía responsable de ella, de que despertase a la realidad sin quebrarse por el camino. No pertenecía a ese mundo, así que cuanto más lejos de la guerra mejor. Además, si se marchaba antes, se desligaría de su tutela y podría centrarse en hacer su trabajo.

Irène Curie era un caso curioso. Era una muchacha inteligente, de eso no cabía duda, y, en cierto modo, admiraba su disposición para enfrentarse con los médicos en su terreno. Pero por otro lado el apellido de su madre le había abierto muchas puertas que a ella se le habían cerrado. ¿Y encima venía a quitarle su trabajo en el hospital? ¿Se creía tan superior que pensaba que con un cursillo de enfermería podría hacerlo mejor que ella? Una buena enfermera era mucho más.

Respiró un par de veces para relajarse antes de dirigirse a ellas con un escueto saludo. Les pidió con un gesto que la acompañaran y les fue indicando quién se encontraba en cada cama de su sección mientras iluminaba someramente con la lámpara. Añadía, en caso necesario, instrucciones sobre cómo actuar en cada caso. Valoró el explicarles algo más sobre la patología concreta y cuidados específicos, pero estaba cansada y decidió que harían el trabajo duro: poner y quitar cuñas, limpiar vómitos, cambiar las curas que fueran precisas, poner nuevas sábanas cuando estuvieran manchadas con orina, sangre o cualquier otro

fluido, limpiar y reponer el material. Con eso tendrían suficiente..., de momento.

Enseguida comenzaron su tarea. Shirley, con esa aura cándida, intentaba sonreír mientras su rostro se contraía al ahogar las náuseas cada vez que levantaba un vendaje demasiado húmedo o debía lavar alguna de las cuñas usadas. Aferraba los dedos de los soldados que tiraban de su falda reclamando su atención y se desligaba de ellos musitando palabras de perdón en un tosco francés. Se tropezaba con las patas de las camas al intentar ir más rápido, y a punto estuvo en una ocasión de dejar caer la lámpara sobre la cabeza de un paciente. Berthe contuvo las ganas de acudir a serenarla, decirle que, aunque se diera toda la prisa del mundo, nunca podría estar en dos sitios a la vez y que no gastara toda su energía en el comienzo de la guardia. Pero quería que fuese ella la que se diera cuenta de sus límites. Sacudió la cabeza y pensó que en un par de horas estaría agotada.

Irène imponía un respeto distante en los enfermos. La veían pasar con su figura enjuta y el porte altanero, y se callaban sus lamentos. Actuaba de forma metódica. Observaba, evaluaba lo que necesitaban y se lo ofrecía de forma eficiente. Quitaba las cuñas con movimientos precisos y sin fingir una vergüenza que no sentía, acomodaba almohadas, remetía sábanas... Pero ni una sola vez cruzó la mirada con uno de los soldados. Berthe suspiró. Si no entendía el otro lado del trabajo, el sufrimiento del otro, acabaría odiando el trato con las personas.

Parada en el centro de la sala, se olvidó por un momento de las dos voluntarias y repasó mentalmente algunos de los pacientes con los que debía tener especial cuidado. La inmensidad de aquel espacio hizo que se le encogiera el estómago. Había intentado hablar con el comandante Mercier para organizar a los enfermos por patologías y así especializar al personal y concentrar el material necesario en distintas zonas, pero él no se había dignado a escucharla.

–Argoud. Le sacaron de una trinchera derruida. Cada noche delira y ve cosas que no están ahí: los fantasmas de sus compañeros sepultados bajo capas de tierra desprendida, enemigos que se acercan para atraparle. No reconoce a nadie y, en ocasiones, es necesario sujetarle a la cama porque no sabe dónde está y piensa que aún continúa en primera línea. Se aferra a sus objetos personales como si le fuera la vida en ello y aún no hemos podido inspeccionar qué demonios lleva en el petate.

»Cornen, destrozado por un mortero. Todo su cuerpo es una llaga supurante y no sé cómo sobrevive al dolor que le provoca el mínimo roce. Necesitará que se le cambien los vendajes un par de veces. Gracias que ha llegado el nuevo

suministro de morfina y podrá inyectarle alguna dosis para que pueda dormir un rato.

La mención de la morfina le hizo atravesar la sala, con sus pasillos repletos de heridos, lamentos y voces, hacia el armario donde se guardaban aquellos minúsculos cristales blancos en forma de sulfato que había que preparar con anterioridad diluyéndolos en agua destilada. Se encontraba en el acceso hacia la zona quirúrgica, en un pequeño pasillo que unía los dos pabellones. Abrió las puertas y comprobó que el tarro que los contenía estaba lleno. A su lado, otro con más capacidad rebosaba con el diluyente. Una antigua inquietud le erizó el vello de la nuca. Ultimamente siempre andaban escasos de morfina y los camiones con medicamentos llegaban con menos frecuencia. Debería racionar las dosis para los pacientes que más lo necesitaran y además... Una sospecha se abrió paso en su mente. Una idea que había pasado alguna vez más, fugaz, aunque apartada por la urgencia de la atención a los heridos y que ahora se asemejaba a un latido molesto en la sien que se iba haciendo cada vez más profundo e inquietante. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

Sacó una medida de morfina y la pesó en una romana. Luego pesó uno de los tarros vacíos y también el lleno. Hizo los cálculos y los memorizó. Esperaba equivocarse.

Echó un vistazo a su alrededor. «¿Qué tendrá la oscuridad que exagera todos los dolores del mundo?», pensó. «Quizá sea porque nos recuerda al primero de todos, cuando nos zambullimos en la negrura más profunda antes de ver la luz directa por primera vez, y sentimos la soledad, el miedo a no encontrar nada al otro lado. ¿Será que la noche nos acerca un poco más a la muerte? Entonces nos lamentamos más fuerte para que nos oigan, para que no nos olviden». Por eso no dejó de aferrar la mano de su hermano cada noche hasta que se fue del todo.

Perdió la mirada a través del cristal de una de las ventanas. Buscó los puntos de luz en el cielo y trazó con el dedo las líneas que unían los más brillantes. En algún agujero excavado en el barro iluminarían a Sébastian, que velaba para que el enemigo no pudiera cruzar por el hueco de su Villa Sauvignon y llegar hasta sus hogares. Él buscaría la osa mayor para saber qué hora era, como cuando se escapaban de sus casas de niños y debían volver a sus camas a tiempo para que nadie se enterara de sus travesuras. Las mismas estrellas se verían también a través de la ventana del cuarto de su madre en Dijon, e imaginó que el amanecer la sorprendería rezándole al Dios del que ella había renegado. Su luz plateada iluminaría las cruces del cementerio y las letras de su apellido cinceladas en la piedra.

Volvió a su mundo de nuevo y vio otras estrellas diferentes titilando en la sala; parecían luciérnagas revoloteando con la llegada del estío. Los cristales de las ventanas se habían cubierto con gruesas placas de hielo y extraños dibujos relucían con las ráfagas de las lámparas al moverse. De pronto, se oyó un grito al fondo de la sala, apremiante, y se antepuso a todos los demás. Era Carrier, el soldado al que le habían amputado ambas piernas. Las tres enfermeras corrieron hacia allí.

Se detuvieron junto a él sin decir nada y Shirley se arrodilló a su lado mientras le cogía de la mano. Se percibía la lucha de su cuerpo por vencer la infección que se había diseminado. Cada respiración era un aullido, una declaración agónica de la vida que se apagaba. Cada temblor, un intento de escapar del infierno que se desataba en su muslo derecho y le recorría el vientre.

–¿Cómo... ha llegado a este punto? –preguntó Irène, intentando saciar su curiosidad analítica.

–Se tardó demasiado en realizar la amputación. Carrier se resistía a perder la otra pierna y se negó a la intervención, hasta que el capitán Billet le dijo que era eso o la muerte. Y aun así se lo pensó. El capitán intentó limpiar todo el tejido muerto, pero la gangrena había avanzado mucho y ya se ha extendido por órganos internos. Quizá...

–Aún sigo aquí. –La voz trémula del soldado hizo que las tres se sobresaltaran–. Me muero, lo sé, lo siento en las tripas. Pero aún no... –Un estertor le impidió continuar.

–Y bien que me alegro de ello, soldado Carrier. Discúlpeme, se lo ruego. –Berthe agradeció que la lámpara de parafina iluminara los hierros de la cama y no su propio rostro, porque sintió cómo el calor le subía por la garganta y se instalaba en sus mejillas.

Puso la yema de sus dedos sobre la muñeca del hombre, que Shirley mantenía entre las manos, y contó mientras seguía una vuelta completa de la manecilla del reloj que llevaba prendido al delantal. Notó la piel fría, pegajosa y blanda al tacto. Los latidos que golpeaban la cara interna del antebrazo eran demasiado rápidos, demasiado débiles. Y ese olor que impregnaba la cama le era familiar; lo había percibido demasiadas veces. Levantó un poco las mantas que lo cubrían y arrugó el gesto cuando comprobó el estado en el que se encontraba el vendaje del muñón.

–Tiene taquicardia; su corazón va más rápido de lo normal. El pecho se eleva a la vez que las costillas se hunden.

–¿Por qué? –Irène se acercó a Berthe hasta que sus rostros casi se rozaron. La

enfermera aspiró el aroma a jabón que desprendía el cabello de la joven y cerró los ojos en un vano intento de olvidar, por un instante, el de la enfermedad que carcomía el cuerpo de Carrier. Shirley se mantenía a un lado con los ojos muy abiertos.

–Sus pulmones no se llenan lo suficientemente rápido, pero intenta hacer todo lo posible para respirar más deprisa. Utiliza todo lo que puede para ello, todos los músculos de alrededor, aunque no lo está consiguiendo –resopló Berthe, molesta por tanta pregunta.

–Sigo... aquí, señorita. –El soldado volvió a balbucir–. No... hable de mí como si... ya no estuviera. No... me gusta. –Carrier se detuvo, cogió aire y continuó–: Señorita St. John..., lléveme a... ese lugar. No quiero... estar... aquí.

–¿Dónde quiere ir, soldado? –preguntó la enfermera con curiosidad.

–Ella lo sabe... Ella... me lleva. Todas las noches.

Berthe se giró hacia Shirley. Ahí estaba otra vez la petición del soldado de que ella estuviera junto a él. ¿Qué demonios quería? Le hizo un gesto con la mano para que se acercara y le susurró al oído:

–El paciente la reclama, señorita St. John. No estaría nada mal que le llevara bien lejos de aquí, porque se va a morir, ya lo ha oído. Demuéstreme que no huirá ahora que él la necesita. Demuéstreme que tiene lo necesario para sobrevivir a esta guerra. –La voluntaria se estremeció y Berthe casi se arrepintió de haber sido tan dura, pero entonces vio el rostro de Irène, que juzgaba sus palabras con un gesto de recriminación–. Señorita Curie, ya que permanece lo suficientemente ociosa como para escuchar conversaciones ajenas, vaya a avisar al cirujano que se encuentre libre. Quizá pueda hacer algo por este pobre hombre, aunque lo dudo.

Los pasos de Irène tronaron contra el suelo al salir del pabellón. Berthe había esperado una réplica, aunque se regocijó al ver que su autoridad por fin se acataba. Shirley la miraba angustiada, sin atreverse a acercarse a Carrier ahora que sus muñones habían quedado al descubierto. El olor de la orina y de la infección lo impregnaba todo.

–¿Cuál es su lugar, VAD?

La pelirroja se sentó en la cama y le dio la mano de nuevo al soldado, que mantenía los ojos cerrados y los pálidos labios apretados en un rictus de dolor. Comenzó a declamar lentamente, con voz insegura:

*Bajo las mismas estrellas,
tu sueño y el mío se encuentran.*

*No necesitan caminos
ni surcos, ni guías, ni cuerdas.*

Berthe estuvo a punto de sonreír y poner los ojos en blanco, incrédula. ¿Poesía? ¿Eso era lo que reclamaba Carrier de la señorita St. John? Sacudió la cabeza y se concentró en su tarea. El soldado tembló cuando comenzó a desenrollar la venda que comprimía el colgajo con el que habían realizado el muñón. El tejido estaba tumefacto y la piel oscura. Un líquido espeso rezumaba de la sutura y empapaba las sábanas. Líneas de un tono cerúleo subían por el muslo y se perdían en la entrepierna. El abdomen estaba rígido como una tabla.

*En mi oscuridad destellan dorados,
con sus aires de reyes de cuento.
De puntillas, despacio, se acercan
y me abrazan, temblorosos, tus besos.*

Para su sorpresa, Berthe agradeció que las palabras de Shirley tirasen de ella hacia otro lugar. Dejó que sus gestos, mecánicos por la experiencia, guiaran sus manos y ella voló hacia los besos de Sébastien. Nunca hubo destellos dorados ni temblor cuando sus dedos se acercaban para acariciarle el rostro. Tenía, eso sí, su calor incondicional, ese apoyo con el que sabía que podía contar siempre. Se le revolvió el estómago. ¿Qué le diría cuando terminase la guerra y él quisiera cumplir su deseo de comprar un viñedo? Suspiró. Se sintió miserable por pensar en ello cuando la vida de Sébastien se exponía de ese modo en una trinchera en ese preciso momento y la del soldado Carrier se pudría por la infección.

Dejó la cura abierta para avanzar entre las hileras interminables de camas y tomar el acceso que comunicaba la sala con el quirófano. Se dirigió al armario de la medicación, donde había dejado la morfina preparada. Si alguien la necesitaba, era él. Abrió las puertas del cajón inferior y sacó dos estuches. De uno de ellos cogió una jeringa de vidrio, que examinó a la luz de la lámpara. Estaba intacta. Del otro, una aguja hueca que enroscó en el cono de la jeringa. Mezcló una medida de polvo blanco con dos medidas de agua destilada en un vasito y agitó con cuidado. Luego aspiró el contenido, inspeccionó a través de las paredes traslúcidas con ojo crítico y, satisfecho, dejó la jeringa preparada sobre una batea limpia y recorrió el pasillo central hasta volver a la esquina donde se encontraba el soldado moribundo.

Primero escuchó voces masculinas airadas y frunció el ceño. No necesitaba discusiones estúpidas ni egos intentando pisarse para estar un paso por delante. Cuando apartó la cortina, que habían colocado antes para aislar a los otros pacientes de la agonía del moribundo, se encontró con una escena dantesca.

Shirley se mordía el labio evitando mirar al soldado y sus piernas destrozadas; sus ojos estaban a punto de deshacerse. Irène se escondía en un rincón y se disculpó con ella en cuanto la vio llegar con un gesto mudo que gritaba: «Lo siento, no pude hacer nada. Yo no esperaba esto».

Uno a cada lado de la cama, el comandante Mercier y el capitán Billet se escupían mutuamente errores y responsabilidades.

–¡Demasiado tarde, capitán! ¡Operó cuando ya no había nada que hacer!

–¡Lo hice cuando él me dejó!

El comandante echó el cuerpo hacia delante y frunció el ceño hasta que sus cejas se unieron.

–¡Su ego no le permitió que otro cirujano intentara convencerlo!

Una sonrisa amarga, al borde del insulto, curvó los labios del capitán Billet. Un mechón de cabello le cayó sobre la frente y se lo apartó hacia atrás con un gesto violento.

–¿Y recrimina mi actuación cuando usted se ha sepultado en un despacho y ya no es capaz de entrar en el quirófano?

Las manos que apoyaba el comandante sobre el jergón temblaron con fuerza. Berthe temió que de la discusión verbal pasaran a la violencia física.

–El trabajo en el despacho es tan importante como el de los pabellones, capitán. ¡Sin mí, este hospital se colapsaría! ¡Se hundiría! –La gravedad en los susurros del comandante erizó el vello de la enfermera.

El otro hombre soltó una carcajada a medio camino entre la histeria y la ira. Tomó aire y contestó con aparente frialdad.

–No me haga reír... ¡Este hospital ya está colapsado! ¡Y es por su culpa! Si no fuera por mis contactos, nos faltarían hasta las patatas de ese guiso aguado de cada día. Me pregunto qué hace durante todo el día, mi comandante... Quizá...

–¡Mi moral está intacta! ¿Puede decir lo mismo, capitán? ¿O sus visitas a las chicas de la luz azul son humanitarias?

Berthe enrojeció. Todos sabían que las prostitutas ofrecían sus servicios a la soldadesca en los prostíbulos de retaguardia y que las zonas que podían frecuentar los soldados rasos y los oficiales se distinguían por las luces de la entrada.

La tensión entre los dos vibraba de tal modo que las tres mujeres apenas

respiraban. Los rostros de ambos hombres estaban a escasos centímetros y sus cuerpos temblaban por la ira contenida. Justo cuando el capitán apretaba los puños, de los labios de Carrier surgió un estertor.

–¿Eso es morfina? –le preguntó Mercier a la enfermera, desviando la mirada que había estado clavada en la del capitán hacia la batea que llevaba entre las manos–. Pensé que aún no había llegado el nuevo suministro.

–Sí, comandante. –Se tragó las ganas de gritarles a los dos–. Esta misma mañana.

Los ojos del hombre titilaron con un brillo extraño. Se irguió y pareció encontrar la compostura. Con un tono de voz que parecía surgir desde el fondo de los círculos oscuros que bordeaban sus ojos, le contestó:

–Inyéctesela ya. Duérmalo, que se olvide de... –abarcó la cama con un gesto del brazo– esto. Es todo lo que se puede hacer por este hombre. –Antes de desaparecer en la oscuridad, advirtió al capitán Billet–: Y usted... Le espero mañana a primera hora en mi despacho.

Henri Billet esperó lo suficiente como para perder de vista la figura del comandante en su camino hacia las dependencias de los oficiales, pero en cuanto pudo dejó a las tres mujeres velando al soldado con un «¡maldita sea!» que sonó como un portazo.

Berthe estaba enfadada. Lo sintió en el leve temblor que agitó la jeringa al cogerla entre los dedos. Ni siquiera quería mirar a Irène Curie, porque entonces no podría parar la serie de imprecaciones que atenazaban su garganta. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida de traerlos a los dos? Comprimió el brazo de Carrier hasta que una de las venas azuladas apareció ondulando la piel pálida. Le costó un poco rasgarla con la aguja; tomó nota mental de que necesitaba un afilado después de hervirla y sumergirla en alcohol. Inyectó el preparado lentamente hasta que el émbolo chocó con la parte interna de la jeringa. La retiró y apretó durante un momento con un trozo de algodón. El efecto fue casi instantáneo y el cuerpo roto pareció ablandarse de repente. El hombre dejó de gemir y el silencio que rodeó la cama fue reconfortante por algún tiempo, hasta que Irène lo rompió:

–Avisé al capitán Billet en la sala de oficiales, pero el comandante me oyó y no pude hacer nada. ¿Cómo hubiera...?

–¡Basta! –cortó Berthe.

Al otro lado de la cortina algo sucedió. Como si restallara el primer trueno de la tormenta, el soldado Argoud, aquel pobre superviviente enterrado vivo, emitió un grito de pánico y luego otro y otro más. Llamaba a sus compañeros de

batallón, perdido entre unas camas que no reconocía.

A la enfermera le latían las sienes de forma atroz. Miró a Shirley, que había perdido todo el color, aunque seguía aferrando la mano inerte de Carrier, y a Irène, que mantenía las pupilas clavadas en ella y los labios apretados en torno a alguna respuesta que pugnaba por salir.

–Señorita Curie –ordenó con un tono que no admitía réplica–, haga algo de provecho y vaya con el soldado Argoud. Llévelo a su cama y átelo si es preciso. Lo que me faltaba esta noche es tener que dar explicaciones sobre un accidente.

Berthe la vio salir apretando los puños.

Capítulo VI

Los colores de la guerra: dorado y rojo

Barleduc, febrero de 1916

Carta de Philippe Chevalier a Claudine Meurent, 2 de enero de 1916

Mi querida gatita,

No puedo escribirte todo lo que he fantaseado contigo, y no es porque no lo haya hecho, es que parece que hay ciertas cartas que se pierden en el camino. Ya me entiendes. Sébastien está como loco porque no ha recibido respuesta de Berthe y se está imaginando cosas raras, aunque yo le digo que eso es porque se estaba quejando mucho sobre su trabajo en el hospital. Y no te cuento más porque quiero que recibas esta carta y me contestes. No sabes lo que es para mí recibir el sobre con tu letra dibujando mi nombre. La trinchera parece un poco más grande y todo lo demás se me olvida durante el tiempo que estoy contigo. Porque realmente lo estoy, ¿sabes? No sé si... Bueno, supongo que escribirás a más como yo, siempre lo he sabido, pero ahora mismo... Creo que lo único que necesito es poder hablar con alguien que me saque de este agujero y me transporte a la ciudad en la que quisiera estar ahora. Nada volverá a ser como antes, ¿verdad? Ninguno de los que hemos vivido esta guerra podremos divertirnos sin más, ver a las bailarinas y no pensar en las piernas de los compañeros arrancadas por los obuses, acariciar un cuerpo desnudo y no ver la sangre roja deslizándose por la piel de tantos y tantos. ¡Basta! ¡Olvídalo! Perdóname...

Llévame contigo, méteme en tu cama y deja que me pierda en tu calor. Aquí solo me llegan migajas en forma de papel..., pero cómo las ansío. Y si pudiera... Si pudiera tener un maldito permiso para ir a verte, compraría toda la semana si fuese necesario para no compartirme con

nadie. ¿Sabes? Le tomo el pelo a Ange, ese chaval recién llegado del que te hablé, el que adoptamos Sébastien y yo, y le digo que se tiene que estrenar con la gatita más fiera y caliente de París. Pero mejor no. Tú eres solo mía, ¿verdad? Dímelo, aunque no sea cierto. Quiero leerlo. Por favor.

Philippe

Claudine se estaba bajando un poco la bata de seda para dejar el hombro al descubierto cuando le vio asomar por la puerta. Discutía alzando la voz con madame Clarabella y todos los oficiales que hablaban con las chicas se volvieron hacia el foco de la algarabía con cara de pocos amigos. La muchacha saltó del diván donde se recostaba mientras dirigía una mirada pícaro a su acompañante y le acariciaba la mano a modo de disculpa.

–¡Madame Clarabella! Déjelo entrar, por favor. Es amigo mío –interrumpió cuando llegó a su altura. La mujer del vestido de terciopelo negro frunció el ceño sopesando los inconvenientes de dejar pasar a un oficial de tan poco rango a su negocio–. Yo pagaré de mi cuenta lo que no genere esta noche, madame.

Con esa promesa, la dueña del burdel asintió y soltó el antebrazo del hombre al que había estado sujetando.

–Tú sabrás lo que haces, querida, pero si recibes visitas en horario laboral deberías avisarme antes.

El rostro de Claudine se iluminó con una sonrisa cuando abrazó al soldado, aunque no pudo reprimir que una sombra oscureciera su gesto al observar la pernera del pantalón que se plegaba, vacía, sobre la rodilla.

–¡Cuidado, pequeña! Que solo tengo un punto de apoyo –protestó.

–Alain Briand, usted sería igual de atractivo aunque fuera un torso exhibido en el circo Barnun en Norteamérica. –Se separó un poco de él, con las palmas de las manos apoyadas en los anchos hombros. Su amigo de la infancia estaba mucho más delgado y líneas de fatiga surcaban un rostro que ya no era el de un muchacho. Mantenía aquella mirada felina que envolvía en su halo verde a las féminas, pero había zonas oscuras que Claudine jamás había visto. La mueca que Alain intentó convertir en una sonrisa también era nueva.

–¿De dónde sacas esas informaciones, pequeña? ¿Un circo? ¿Y eso va a animarme?

–Mis clientes me cuentan las cosas más insospechadas. –Tiró de la manga de su uniforme para que la siguiera–. Ven, vamos a un sitio más íntimo. Aquí

llamas demasiado la atención, señor caporal, rata de trinchera. –Claudine esperó a que se pusiera en marcha con las muletas y observó cómo fruncía el ceño con su comentario—. ¿Vas a enfadarte porque una puta te llame rata de trinchera?

Mientras abandonaba el salón con sus rojos y dorados, Alain se mantuvo en silencio. En el pasillo tan solo se escuchaba el golpeteo de sus muletas contra el suelo y los gemidos ahogados tras las puertas cerradas que iban dejando atrás.

Solo cuando llegaron a su habitación, Claudine escuchó cómo le contestaba sin mirarla.

–Tú jamás has sido una puta, pequeña. Eres la más hermosa de las muchachas parisinas... y mi amiga.

Claudine se volvió hacia él. Enredó sus dedos sobre la nuca de Alain y le miró, esta vez muy seria.

–¿Qué es lo que te han hecho en esta guerra?

–¿No es evidente? –Una carcajada llena de amargura rebotó contra las paredes mientras bajaba la cabeza hacia su pierna ausente.

La muchacha sacudió la cabeza y obligó a que Alain la mirara a los ojos.

–No me refiero a eso. Conozco esa expresión. Es la misma que me devolvía el espejo cuando... Ya sabes. ¿Dónde está mi Alain divertido? ¿Y el cazador? ¿El seductor? ¿Dónde está mi amigo, aquel que se comía el mundo?

El soldado se apartó de ella con suavidad y dejó caer las muletas. Se sentó sobre la cama y hundió los hombros.

–Supongo que todo lo que era se está pudriendo con mi pierna en algún basurero. No hay mirada femenina en la que no haya lástima tras el deseo. Una buena obra para ensalzar la moral del pobre soldado tullido. O curiosidad... ¿Cómo será hacerlo con un cojo? Pero, ¿sabes?, después se asustan o se horrorizan cuando ven este maldito muñón. Solo Shirley... –suspiró, y se frotó los ojos con las manos.

Claudine se sentó a su lado y le separó una de las palmas del rostro. Se la llevó a la boca y la besó.

–¿Quién es Shirley? –Clavó los finos dientes en la muñeca masculina y Alain ahogó un gemido.

–Una dama inglesa... –la muchacha se puso de pie frente a él y se desató el nudo de la bata de seda. Dejó caer la prenda, que se deslizó por su piel con un leve revoloteo hasta que llegó al suelo. Alain recorrió con los dedos el abdomen desnudo hasta rozar el vello púbico y Claudine le agarró la otra mano para que cubriera uno de sus pechos–, fuera de mi alcance. Nadie... No es nadie. Claudine, sigues teniendo el coño más bonito de París.

–¿Solo de París? Ahora estamos en Barleduc... –sonrió coqueta mientras le desnudaba.

Alain la detuvo cuando intentó bajarle los pantalones.

–Pequeña... Lo que vas a ver...

–¿Qué? ¿También te la han cortado? ¿Se te ha encogido? –Le besó suavemente en los labios–. ¿Tengo que recordarte que te he visto intentando huir de las dentelladas de un cerdo con los pantalones en los tobillos y cubierto de barro? ¿Quieres decirme que no perdiste la virilidad con eso y con esto sí?

El hombre soltó en una carcajada toda la tensión que había mantenido y dejó que Claudine tirara de las perneras para descubrir el vendaje ligeramente manchado de sangre seca. Su excitación comenzaba a crecer al contacto con la piel suave de la mujer.

–¡Y Adrien se quedó dando explicaciones al granjero mientras su hija me tiraba besos desde la puerta trasera! –se carcajeó Alain, masajeando los glúteos femeninos con las dos manos. Sintió cómo Claudine se envaraba de pronto.

–Adrien siempre hace lo que debe –musitó ella, y apretó después los labios en una línea de disgusto–. Aunque alguien salga herido... Siempre. –Alain apoyó la frente sobre el vientre de Claudine y resopló. Un calor conocido hormigueó en el interior de la mujer y se le llenaron los ojos de lágrimas. Aferró el cabello rubio y lo enredó entre sus dedos tirando de él en una rabiosa caricia–. ¿Sabes que ya nada crecerá ahí dentro?

–Lo sé, pequeña, lo sé. –Cubrió de besos su ombligo–. Adrien viene a verme cuando puede al hospital. Creo que deberíais hablar algún día de...

–¡No! –Apartó la cabeza de Alain de su cuerpo–. Solo le veré si viene a mí arrastrándose y pidiéndome perdón por todo lo que me hizo. Por todo lo que tuve que hacer. –Cerró los ojos con fuerza–. Por esa noche.

–¿Qué noche?

–¡Ya basta! –Claudine se inclinó sobre él y le obligó a tumbarse. Alain reprimió un gruñido cuando le rozó el vendaje, pero se mantuvo en silencio. El dolor que emanaba de la muchacha era mucho más virulento–. Aquí solo estamos tú y yo.

Sus manos comenzaron a trabajar sobre el cuerpo del soldado. Alain la necesitaba y ella también a él. No era la primera vez que se habían acostado desde que comenzó a hacer las calles. El sexo con él era un pasatiempo para liberar la tensión del obligatorio, del que hacía por dinero. Casi se sabían de memoria sus cuerpos, que habían visto crecer sin pudor con los primeros juegos infantiles. Alain y ella siempre habían explorado al límite, no así Adrien. Él se

apartaba de aquellos tanteos como si fuese mejor, como si estuviera por encima del deseo carnal. Claudine se marcó un objetivo: conseguirlo. Sabía cómo la miraba cuando los muchachos espiaban sus clases de ballet en la academia, Alain se lo había contado, y lo furioso que se ponía al verla desaparecer con alguno de los hombres que su madre llevaba tras terminar de bailar.

La excitación de Alain crecía y le escuchaba gemir entre sus manos. Acercó la boca y lamió la piel suave del pene, enrojecido por sus caricias. Sabía salado y algo amargo, pero no le resultaba desagradable. No como aquella primera vez en la que su madre le pidió que se lo hiciera al hombre del traje negro y ella no pudo negarse, aunque vomitó al terminar. La paliza que le reservó para cuando volvieron a casa le hizo tragarse las náuseas que aún sentía. Las primeras veces que su madre llegó al ensayo con algún acompañante masculino lo único que debía hacer era una reverencia, una pirueta en privado tras los cortinajes rojos, un *fouetté*. Luego, en otras ocasiones, le decía que se dejara tocar las piernas, o la abrazaban y apretaban contra sus cuerpos flácidos y ella percibía su aliento pegajoso en el cuello. Pero llegó el barón y las actuaciones privadas cambiaron. Se estremeció al recordar la mirada acuosa y amarillenta de aquel hombre. En ese instante casi perdió el ritmo de las caricias de su boca sobre Alain, aunque él no pareció darse cuenta y siguió arqueando las caderas hacia ella.

El barón quiso verle los pechos, y se tuvo que bajar el maillot hasta la cintura mientras él dibujaba círculos sobre sus pezones con sus rudos dedos. El barón quiso probar el sabor de su piel, y tuvo su lengua recorriendo su cuerpo hasta que estuvo satisfecho. El barón quiso que ella le tocara hasta perder el control, y durante una semana mantuvo la sensación de tener las manos impregnadas de su esencia espesa, como en el momento en que él se corrió entre ellas con un gruñido. Las náuseas llegaron en la siguiente visita, y el sabor agrio le perduró en la garganta.

El barón la quiso a ella entera y su madre la vendió. Era una práctica tolerada que se exhibiese a las niñas en las academias de danza. Mercancía para los hombres adinerados deseosos de amantes jóvenes y con gracia, que les complacieran en el lado más oscuro de sus vidas, y de las que pudieran presumir en los palcos de la ópera. Su madre estaba entusiasmada con el lujoso piso que el barón les compraría en el bulevar Haussmann y del que ella también disfrutaría, excepto cuando aquel hombre de tez cetrina quisiera dar rienda suelta a sus perversiones. Pero eso nunca llegó a pasar, porque si el barón la quería a ella, ella quiso tener a Adrien.

El recuerdo del cuerpo de Adrien contra el suyo avivó un calor que añoraba

aunque renegara de él. Nunca había sido tan atractivo como Alain, pero ella percibía un fuego en su mirada que eclipsaba lo externo.

Los gemidos de Alain cambiaron de intensidad y supo que estaba casi listo. Lo miró y por un momento se permitió imaginar que era Adrien quien estaba desnudo sobre el colchón, como aquella tarde en un cobertizo a orillas del Sena. La tarde en la que se desnudó para él y no para los hombres de la academia; el momento en el que pudo ver cómo el deseo inflamaba sus ojos oscuros al mirarla y él la tocaba con manos temblorosas. Esas manos que ella hubiera deseado que siguieran tocándola ahora. Así que separó su boca y se irguió para que el hombre tendido la viera, ya fuese Alain o Adrien, y se colocó a horcajadas sobre él. Bajó hasta sentir cómo su entrepierna se llenaba del calor del otro cuerpo mientras su mente volaba al instante en el que Adrien la desvirgó con torpeza y dolor, a las gotas de sangre derramadas como señal premonitória de su historia, y a todos esos momentos en los días siguientes en que sus cuerpos se enredaron una y otra vez, hambrientos y desesperados por lo que vendría.

Alain se estremeció bajo ella y Claudine dejó escapar un gemido ahogado, mezcla de excitación y rabia, mientras aumentaba el ritmo. Quiso olvidar con ese movimiento salvaje todo lo que le fue arrebatado después, la traición, el daño... Su vida. El sudor cubrió sus cuerpos y el vaho empañó el cristal de la ventana.

Claudine se mordió la lengua hasta que la boca le supo a sangre para no gritar el nombre de Adrien en su liberación. Se retorció sobre el cuerpo de Alain por última vez cuando él gritó un nombre entre espasmos:

–¡Shirley!

La muchacha rodó hacia un lado y se tendió, exhausta. Se pasó la lengua por los labios y esbozó una sonrisa de medio lado. El sexo con Alain le había contado mucho más de lo que él había querido. Observó el vendaje de su pierna, la herida había sangrado un poco y la preocupación por haberle hecho daño le produjo un nudo en la garganta, pero luego contempló su rostro plácido y la tensión se aplacó. Mantenía los ojos cerrados. Seguía siendo muy atractivo, a pesar de los signos de fatiga y de las cicatrices de la guerra, aunque no era el Alain con el que ella había crecido. «Mejor, ahora estamos en igualdad de condiciones; los dos estamos rotos, incompletos», pensó.

Claudine le besó en los labios y el soldado la miró, perezoso.

–Gracias, pequeña. Lo necesitaba. –Se mantuvieron en un silencio cómodo durante un momento. Alain le colocó un mechón dorado detrás de la oreja–. Tienes que seguir trabajando, lo sé. Tendremos tiempo para conversaciones pendientes. Ven a verme al hospital. Soy tan popular que aún no me quieren

devolver a París.

–Te lo prometo. Alain... –titubeó–. No le digas a Adrien que estoy aquí, por favor.

Asintió en silencio mientras ella lo ayudaba a vestirse. Le alcanzó las muletas y le dio un último abrazo.

–Querido –le preguntó entrecerrando los ojos con aire maternal–, ¿quién es Shirley? –El suspiro ahogado de Alain le contó más que cualquier discurso. Claudine le acarició la mejilla y sonrió de medio lado–. No hace falta que digas nada. Te has enamorado de una maldita vez y no has sabido qué demonios hacer, ¿verdad? Alain... ¡Qué idiotas podéis ser los hombres!

La habitación se le antojó extrañamente fría cuando el hombre rubio salió de ella. Se aseó con el agua de la palangana que siempre tenía a punto, se ciñó la bata de seda al cuerpo y volvió al jolgorio del salón.

Se frotó los brazos como antídoto para el desasosiego que sintió al quedarse sola de nuevo. Aún era temprano y podía recibir la visita del único cliente al que no deseaba atender. Madame Clarabella ya le había advertido sobre el carácter posesivo y en ocasiones violento de aquel oficial, pero era buen pagador y aún no había ocurrido nada realmente grave como para que se le vetara la entrada al burdel. A Claudine no le gustaba. Había percibido su ansia de posesión y de control, aunque había algo más en sus ojos que la inquietaba.

Barrió el salón con la mirada y no lo vio entre los hombres que disfrutaban de la melodía aterciopelada de Vivienne, mientras esta jugueteaba con un chal y su cuerpo desnudo. Claudine no pudo reprimir un suspiro de alivio. Justo en ese momento, el director Guilleux entró retorciendo el sombrero entre sus manos nervudas, y la joven pensó en aprovechar la oportunidad. Si lograba pasar el resto del tiempo hasta el cierre con él, se libraría del otro oficial aunque preguntase por ella; desde que la descubrió bailando uno de sus números, siempre la reclamaba.

El director le caía bien. Era gentil con el resto de las chicas y a ella apenas podía sostenerle la mirada cuando se sentaba en sus rodillas, pues se ruborizaba como un chiquillo. Sonrió al recordar la primera vez que lo hizo. Intentando mantenerse serio y formal mientras el sudor comenzaba a formar una capa en su frente despejada al sentir los brazos de Claudine alrededor del cuello. Sus compañeras contaban que lo único que hacía era tomarse un vaso del vino de madame Clarabella, quien nunca lo aguaba, aunque hubiera escasez, y disfrutar del espectáculo. Alguna charla en privado, nada más.

Le hizo una seña para que acudiera a su lado y Guilleux miró a su alrededor

como si buscara a alguien antes de acercarse. Cuando llegó a su altura, bajó la cabeza sin cambiar su gesto preocupado.

–Señorita Claudine, ¿no habrá visto por casualidad al comandante Mercier esta tarde?

–¿El comandante? –se sorprendió la muchacha. El enorme director del hospital solo acudía al prostíbulo cuando los clientes se marchaban rayando el alba, y era madame Clarabella la que lo atendía, eso le habían comentado las otras chicas. Siempre habían tenido algo de temor a esas visitas en las que el hombre aparecía hundido en su abrigo, con las manos en los bolsillos y sin poder esconder los temblores de su cuerpo. Claudine solo le había visto una vez, en su primera jornada de trabajo, y sintió lástima—. Lo siento, creo que lleva días sin aparecer por aquí, señor Guilleux. Le noto preocupado, siéntese un rato conmigo y cuénteme, soy toda suya. –Pasó sus dedos por la mano masculina en una caricia lenta y Guilleux suspiró, rendido, aunque se tomó su tiempo para contestar.

–Manejar el hospital en esta situación, señorita... No sabe la presión a la que estamos sometidos... Temo que mi buen amigo Mercier no lo soporte más –explicó bajando la voz.

Claudine asintió, comprensiva; apretó su mano y tiró de él para que se levantara con ella.

–Venga, señor Guilleux. Esta conversación será más tranquila en un lugar íntimo, sin interrupciones. ¿Le apetece? –Lo miró directamente a los ojos y se percató de las ojeras que los sombreaban y de los surcos en su frente que no eran fruto de la edad. No le costó que la siguiera, parecía derrotado. Claudine movía sus caderas sinuosas delante de él al avanzar por el pasillo, consciente de que el hombre estaría perdido en cómo la seda dibujaba los contornos de su cuerpo.

–No sé si es buena idea que yo esté aquí con usted, señorita –intentó protestar Guilleux cuando se cerró la puerta a su espalda—. Debería ir al hospital por si me necesitan y seguir buscando a Mercier. –Pero a pesar de sus palabras se adentró en la habitación. Echó un vistazo a la cama sin atreverse a sentarse—. Tantas muertes, tantos jóvenes cuyas vidas han quedado destrozadas. Después de lo que le pasó a su hermano en Crimea... –Se giró hacia la muchacha con el gesto ensombrecido—. Creo que está perdiendo su capacidad para... –Perdió el hilo de su discurso cuando Claudine frotó su mejilla contra la suya y sopló muy despacio en su oreja.

–Lo que necesita, señor mío, es que alguien se preocupe de usted por una vez desde que comenzó esta guerra. –Le cogió las manos y las guio por debajo de la seda que cubría sus pechos. A Guilleux le tembló el labio inferior. Sin soltarle, le

obligó a bajar por su abdomen hasta llegar al pubis dorado—. ¿Le gustaría tenerme, señor Guilloux? Puedo ser suya el resto de la noche, puedo ser suya cada noche que lo desee. —Dejó que los dedos masculinos exploraran y se introdujeran dentro de ella. Escuchó un gemido ronco—. Tan solo debemos llegar a un acuerdo y...

Tres golpes a la puerta y la voz de madame Clarabella a través de ella hicieron que el hombre se apartara bruscamente.

—¿Señor Guilleux? Un soldado viene a buscarle. Hay una emergencia en el hospital.

—Lo... lo siento —tartamudeó él en un susurro—. Yo... —Le dio un inesperado beso en los labios y carraspeó—. Me encantaría que... Debo irme. —Y salió como una tromba de la habitación empujando sin querer a la madame, que aguardaba fuera.

—Creo que nadie había llegado tan lejos con el bueno de Guilleux —le dijo la mujer mayor cuando volvió a recuperar el equilibrio—. Juega bien tus cartas y quizá...

—Lo sé —repuso Claudine. Pensó que quizá aprovechara la visita prometida a Alain para dejarse ver por el hospital y comprobar cómo era de fuerte la atracción que ejercía sobre Guilleux, aunque el olor de aquellas salas le trajera los peores recuerdos. Debía mirar por su futuro. Era una lástima que le hubieran reclamado del hospital, aunque pensó que tal vez ese mismo incidente había conseguido que su otro cliente no hubiese aparecido y se sonrió por ello. La suerte era solo un punto de vista, decían por ahí.

Capítulo VII

Ratas

Barleduc, 12 de febrero de 1916

Carta de Sébastien a Berthe Hinault. En alguna trinchera de Champagne, enero de 1916

Amor,

La vida sin ti se reduce a las ratas. Sí, sí, como estás leyendo. ¡Ratas! Ratas como gatos, con dientes afilados y largas colas desnudas. Devoran nuestras provisiones y a nosotros mismos si nos descuidamos. ¡Son capaces de roer hasta las latas de comida! No, no te rías. Parece que puedo verte con esa mueca que dice que estoy exagerando y que un simple animal no puede monopolizar esta carta. Pero tú no has visto nunca las ratas de las trincheras. Quizá si les pusiéramos un casco y un fusil entre las patas no sería necesario vigilar la alambrada. Los alemanes saldrían corriendo sin más. Lo malo es que lo único que traen son las fiebres... Y no podemos con ellas. Así que organizamos una cacería. Las perseguimos por los túneles y hundimos sus madrigueras. Por un momento, tuve una sensación extraña cuando pateábamos los agujeros por donde hacen sus nidos. No es la primera vez que se hunde alguna trinchera... Un obús o la maldita lluvia que las inunda. Y me pareció... Me pareció que nosotros nos estábamos convirtiendo en ellas. ¡Ah, amor! No me hagas caso, son ideas locas de un soldado harto de vivir en este agujero.

Yo maté a diez. Las colgamos de un cable entre dos palos atadas por las patas. Era un espectáculo aterrador. Como aquella vez que se me quedó enredado el pie en una rama y me quedé cabeza abajo junto a la torre del castillo, ¿recuerdas? Alguna pataleaba como yo en el árbol,

chillando, hasta que se encontró con el filo de mi cuchillo de trinchera. Ya era hora de tener un arma que poder manejar con facilidad dentro de los túneles. Los fusiles con las bayonetas no sirven si te encuentras con un alemán entre dos paredes. ¿Ratas y cuchillos? ¿De verdad solo te voy a hablar de esto? No, no, tengo una buena noticia.

Amor, me han anunciado que nos movilizan hacia el sector de Verdún: más trincheras, más kilómetros por recorrer..., pero estaré más cerca de ti y las cosas por allí están más tranquilas que en Champagne. Aunque no todo va a ser guerra en esta carta...

¿Sabes? Me duermo con tu rostro sonriente mirándome y te sueño junto a mí entre los racimos de uvas blancas. ¿Cuándo se acabará esto? ¿Cuándo podré salir del barro y volver junto a ti?

No me olvides. Tuyo,

Sébastien

–¿Ya no recita nada, señorita St. John? –le pidió Berthe a Shirley, que se mantenía en la cabecera de la cama del soldado Carrier, muda.

–No... –titubeó–. No puedo. –Las lágrimas resbalaban serpenteando por las mejillas llenas. Se sorbió la nariz–. ¿Sabe que era un lector devoto de Victor Hugo? Y yo le leía a Keats en inglés para que escuchara su musicalidad y luego le traducía la historia. ¿Quién iba a pensar que un campesino tendría esa sensibilidad? Soy una estúpida ignorante, ¿verdad?

Berthe levantó la cabeza de la cura que estaba volviendo a cubrir.

–¿De verdad quiere que le conteste?

Shirley guardó silencio, pero la enfermera podía escuchar los sollozos quedos que intentaba ahogar sin conseguirlo del todo. Parecía que se estaba atragantando con ellos porque los sonidos eran una mezcla de llanto y tos incontrolada. Berthe observó los despojos de lo que un día fue un campesino robusto al que el uniforme le quedaba pequeño. Ahora solo quedaba un cuerpo incompleto y los huesos se le marcaban bajo la piel amarillenta. Sus pupilas se mantenían fijas en algún punto indeterminado del techo, la boca abierta. Suspiró. Se acercó a la VAD mientras se alisaba el delantal y le tocó el hombro con la mano.

–Váyase a la cama, St. John, el soldado Carrier ya no la necesita. Él se ha ido y su turno ha terminado. Yo me encargaré del resto.

Los ojos azules de la muchacha se le clavaron pidiendo algo a lo que aferrarse,

pero Berthe no podía ofrecérselo. No había nada que decir. Debía aprender por sí misma a construir el muro que la protegiese de cada pérdida. Mientras la espalda de la voluntaria se alejaba entre temblores y se perdía entre las sombras, Berthe se preguntó si su aventura como VAD en la Francia en guerra habría acabado esa noche. Cerró los párpados del soldado y recogió la batea con la jeringuilla. En el pabellón todo eran sombras y su candil apenas iluminaba un círculo a sus pies. Tendría que avisar a los camilleros para que le ayudaran a transportar el cuerpo de Carrier. Enseñaría a Irène Curie cómo debía prepararlo. ¿Dónde se había metido?

Una corriente gélida le recorrió la espalda cuando se acercó lo suficiente como para iluminar el hueco asignado al soldado Argoud. La cama estaba vacía; las mantas, hechas un ovillo en el suelo; el petate abierto y su contenido desparramado: un silbato, fotos, unos calcetines de lana, una lata de carne, una cantimplora, una taza de metal abollada. Comenzó a llamar a Irène recorriendo los pasillos entre los catres. Los soldados que se mantenían conscientes preguntaban qué pasaba y el murmullo dio paso a decenas de voces encadenadas, aunque ninguna femenina.

Volvió de nuevo al lugar en el que debería estar descansando Argoud con la lámpara en lo alto y se le revolvió el estómago: la funda vacía de un cuchillo de trinchera, que no había visto antes, reposaba descuidada en el suelo junto a las mantas.

* * *

Ethan Argoud había sentido cómo la tierra húmeda se le metía por las fosas nasales e iba taponando su garganta hasta llegar a sus pulmones. Utilizó sus manos en forma de garra para arañar surcos en el barro y buscar una brecha por la que entrara el aire. Intentó impulsar todo su cuerpo reptando y apartando la arena de su rostro, pataleando, hasta que no sintió resistencia contra su piel. Primero tosió y el fuego le inundó la boca. Luego había gritado, pero la voz que escuchó dentro de su cráneo le pareció inhumana y se mordió la lengua. El sabor de la sangre le contó que estaba vivo, aunque su cabeza parecía que se hubiera partido en dos. Se encontraba en peligro; lo supo en cuanto esa oscuridad extraña se cernió sobre él y sintió la angustia que le recorrió la base de la nuca. Solo recordaba un gran estruendo y la tierra. Luego, murmullos, gemidos. ¡Un ataque! ¿Dónde estaban sus compañeros? Puntos de luz se movían lo suficientemente cerca como para que se tirara al suelo y dejase de respirar. Esperó... El enemigo

estaba al acecho. Se acercaba. Un golpe de suerte: palpó a su lado la cincha que cerraba su petate y con facilidad, sin hacer apenas ruido, la soltó en busca de su arma. La voz de una mujer avanzó hacia su posición. La mente de Argoud trabajó deprisa. No podía haber una mujer en el frente, así que llegó a la única conclusión lógica.

* * *

Mientras Berthe salía al jardín del hospital acompañada por uno de los soldados que estaban de guardia, un pensamiento absurdo no dejaba de revolotear entre las imágenes que pasaban a toda velocidad por su mente. Veía ratas. Ratas degolladas por el filo de un cuchillo de trinchera, colgadas cabeza abajo, ahogadas bajo la tierra húmeda, aplastadas. Supo que, en aquella ocasión, en los alrededores del hospital, también morirían ratas.

El soldado Argoud era como una rata que habitaba en los túneles de la batalla, único superviviente de todo un batallón de otras ratas que perecieron bajo el ataque de los enemigos. Un insignificante animal repudiado por todos, ignorado y arrinconado.

Las sienes le martilleaban con una única recriminación: «¿Por qué no le has enseñado cómo debía tratar a Argoud?». Había llegado al hospital en una de las ambulancias algunas semanas atrás, sujeto a la camilla y gritando incoherencias. Un vendaje improvisado le cubría una enorme herida en el cráneo y se tapaba el rostro con sus manos, las yemas de los dedos abiertas y sangrantes, como si se protegiera de algo. Al principio, tan solo pudieron acercarse a él mientras estaba inmovilizado. Los camilleros les relataron que un batallón lo encontró vagando en solitario por las inmediaciones de un tramo de trinchera atacado con obuses alemanes. De las zanjas artificiales excavadas por el ejército francés no quedaba nada; la tierra se había derrumbado sobre ellas debido a las explosiones y tan solo encontraron un terreno yermo en el que no había más supervivientes.

Berthe tenía la sensación de que Argoud nunca había abandonado del todo la zona de peligro, la de primera línea de batalla. En ocasiones, por las noches, llamaba a gritos a sus compañeros o les alertaba del ataque con un «¡a cubierto!» que estremecía a todos y arrancaba sollozos a los más enfermos. Debían acercarse a él identificándose y con movimientos muy lentos, las palmas de las manos hacia arriba y llamándole por su nombre. Solo así se apagaba el brillo salvaje de su mirada y aceptaba que le tocaran. Hacía tiempo que sus heridas físicas se habían curado, pero nadie sabía qué hacer con las que horadaban su

mente. Así que ahí seguía, ocupando una cama de la que Berthe temía que le acabaran echando para llevarle a saber dónde para hacerle a saber qué. Si el comandante Mercier le hubiera dejado organizar los pabellones como ella pretendía...

«¿Por qué no le has enseñado cómo tratar a Argoud?», se repetía una y otra vez mientras caminaba por el pasillo. Irène Curie no se había encontrado nunca con una rata de trinchera. ¿Cómo iba a ser capaz de manejarla?

El soldado avanzaba con el fusil en alto y Berthe le proporcionaba la luz necesaria con la lámpara de mano. Habían inspeccionado cada rincón de la planta baja y el resto del personal se desplegaba por los pisos superiores y las cocinas, pero ella intuía que los desaparecidos no estaban a cubierto. El pobre muchacho había logrado salir vivo de una tumba, así que buscaría el viento sobre el rostro, el cielo raso, una oportunidad de volver a casa. Berthe estaba convencida de que se habían dirigido al jardín.

* * *

El borde del puño americano que servía de mango para su cuchillo envolvía cada uno de los dedos de Argoud. Lo aferraba con tal fuerza que sus nudillos palidecieron, pero no iba a aflojar la presión sobre él. Era un arma magnífica para la lucha cuerpo a cuerpo en un espacio reducido. Si no alcanzaba con el filo a su enemigo, podía darle un golpe contundente con el metal de la empuñadura que se cerraba en torno a su mano. La hoja afilada cientos de veces iba desgarrando la piel suave del cuello del alemán con cada movimiento, pero no le importaba lo más mínimo. Había podido reducirle con facilidad cuando se acercó a él: fue astuto, se hizo el muerto y en cuanto el *boche* se agachó para comprobarlo quedó a merced de su cuchillo en una única finta. Siempre había temido la lucha cuerpo a cuerpo, pero su primera experiencia había acabado muy rápido. El alemán, que pesaba como una pluma, aún intentaba confundirlo con esa voz de falsete que utilizaba; sin embargo, él sabía que ninguna mujer estaría cerca de una trinchera francesa, así que no pudo engañarlo. Lo utilizaría para salir de territorio enemigo y luego tendría que matarlo.

* * *

Irène Curie avanzaba con pasos cautelosos en la oscuridad. Apretaba los labios para no sollozar y dejaba escapar palabras medidas cuando se sentía con fuerzas para intentar que aquel soldado recobrarla la razón. Ella se había acercado,

resuelta y algo enfadada con la enfermera Hinault por la escena con los cirujanos, hacia una cama vacía, mientras llamaba al soldado Argoud y, en un movimiento que su mente no discernía con claridad, el hombre apareció de la nada y le retorció el brazo a la espalda. El aire se escapó de un golpe de sus pulmones y aún no encontraba el suficiente para volver a respirar con normalidad. Las vaharadas de sudor agrio que emanaban de aquel uniforme le provocaban náuseas.

* * *

En el fondo, Berthe sabía por qué no había advertido a Irène. Quería que fallara, deseaba que fuese incapaz de atender convenientemente a uno de sus pacientes y que se diera cuenta de que no era más que otra voluntaria caprichosa disfrazada de erudita.

A veces, cuando la enfermera se encontraba con la señorita Curie, veía en ella a las mujeres de clase alta de Dijon que paseaban por la plaza Darcy en las doradas tardes borgoñesas. Le encantaba cómo se podía ver el cielo abierto al atravesar el centro de la plaza, la arboleda en un extremo y la puerta de Guillaume en el contrario, los regios edificios a los lados entre los que se encontraba el hotel des Messageries con su terraza rebosante de algarabía. Recordaba cómo su madre cruzaba por allí con la cabeza gacha y lo más de prisa que podía, en una carrera que la pequeña Berthe no pudo entender hasta algunos años después, cuando relacionó los mohines condescendientes de las damas con ese andar nervioso y huidizo. La arrastraba cuando se quedaba embobada observando las líneas majestuosas de la puerta de Guillaume, un arco de triunfo neoclásico que a Berthe le parecía el monumento más hermoso de su ciudad, sin percatarse apenas del rojo que encendía las mejillas de su madre al comparar su vestido, que le quedaba corto tras el último estirón, con las sedas y brocados de las niñas que tomaban cruasanes sentadas en la terraza. Veía en Irène el mismo porte altanero aunque llevara vestidos austeros, la misma mirada de suficiencia, ese gesto de niña mimada. Berthe había sudado sangre para conseguir cada cosa que tenía en su vida y quería que Irène se ganara su respeto de la misma forma.

* * *

Irène notaba cómo el filo del cuchillo se deslizaba de un lado a otro de su garganta y apenas tomaba un sorbo de aire para no desfallecer. Ni siquiera sabía lo que le estaba diciendo al soldado. Su mente y su cuerpo estaban

desconectados. Los brazos enormes de Argoud rodeaban su pecho y lo apretaban tanto que a cada paso le crujía una costilla. Su mano mugrienta le sujetó la barbilla para que dejase de hablar y aspiró sin querer un olor mezclado de barro y sangre, de putrefacción y desechos. Tuvo ganas de gritar, de patear a aquel hombre y de sumergirse en agua helada para quitarse de encima esa pátina que la ahogaba. Sentía cómo su piel se iba cubriendo del sudor de Argoud, de su aliento, del tacto áspero de su cuerpo, que la aprisionaba.

* * *

El crujido de una rama del jardín bajo sus pies sobresaltó a Berthe. Habían abandonado el edificio Exelmans, donde se encontraba el pabellón número nueve, por la puerta lateral. Entre ese edificio y el central, el antiguo cuartel de infantería donde se encontraban las dependencias oficiales y las habitaciones de los sanitarios, se abría una pequeña explanada con algunos parterres de flores, ahora desnudos. Al fondo, y rodeando el cuartel por la parte trasera, un bosquecillo de abedules escuálidos se extendía hasta el edificio que cerraba el complejo hospitalario, el edificio Jeand, y moría al llegar a los hangares donde reposaban las ambulancias. Los troncos plateados parecían querer esconderse de sus primos, los robles centenarios que guardaban la entrada principal.

Berthe maldijo la noche sin luna, la arboleda por la que silbaba el viento y al niño con el arma que la acompañaba. No sabía cuántos años tenía, pero no más que su hermano cuando tuvo el accidente. Sus manos temblaban y, con ellas, todo el fusil se bamboleaba peligrosamente. Pero sobre todo maldijo su propia negligencia. Con el corazón en la garganta, Berthe había dado cuenta a sus superiores de lo sucedido, un enfermo había desaparecido junto con una de las voluntarias, y de lo que sospechaba: llevaba un cuchillo con él. Había omitido que la muchacha era la señorita Curie porque, aunque para los responsables del hospital hubiera una gran diferencia, para ella no. Sin embargo, ahora dudaba de su decisión al ver el nerviosismo de ese soldado. Quizá si hubiera revelado la identidad de la persona que estaba en peligro el dispositivo de búsqueda habría sido mayor.

De pronto, cerca de la arboleda, oyó un murmullo y creyó ver dos sombras que se movían con lentitud hacia la espesura. Señaló la zona a su compañero y adelantó las palmas de las manos en actitud conciliadora mientras se acercaba alzando la voz.

—¿Soldado Argoud? Soy Berthe Hinault, enfermera del hospital de Barleduc.

¿Me recuerda?

* * *

«¿Por qué todos los alemanes me hablan en francés?», se indignó Argoud. Le estaban acorralando y el soldado que había capturado como rehén no había sido de mucha ayuda. Tendría que haberlo matado en cuanto se agachó junto a él, pero estaba desorientado, perdido en un lugar extraño, y pensó que podría guiarlo lejos del frente para buscar después un puesto de socorro o contactar de algún modo con los aliados. Habían sorteado al resto del ejército escondiéndose en las sombras que le ofrecía la noche, en los ángulos muertos, como había aprendido de las ratas que poblaban las trincheras. Llegaron hasta una pequeña arboleda, pero ni siquiera el filo de su cuchillo en la garganta le persuadió de que se callara. El alemán se empeñaba en susurrarle con ese odioso acento parisino. ¡Quería confundirle! Sus compañeros estaban muertos. Todos muertos. Sepultados bajo las paredes derruidas de la trinchera junto con las ratas y los piojos. Ahogados en el barro. Él solo quería regresar a casa y abrazar a su madre una vez más; el alemán olía a jabón, como cuando ella se lavaba el cabello.

* * *

Irène se sobresaltó al oír la voz de la enfermera Hinault y el escozor de su cuello se intensificó. Sintió algo cálido escurriéndose por su garganta. Odiaba cómo la piel del soldado se pegaba a la suya, el terror que la dominaba y la obligaba a mantenerse quieta. Odiaba aquella fuerza bruta y el contacto que le imponía. Vio el arma entre las manos del muchacho que acompañaba a Berthe y la esperanza se abrió paso a través de su pecho. Tenía una oportunidad. El soldado que la retenía estaba loco. ¿A qué esperaban? Continuaba hablando a su captor con palabras tranquilizadoras, pero lo que quería gritar era que le disparasen de una maldita vez. ¿Por qué la enfermera se empeñaba en negociar? ¡Nada de eso tenía sentido! ¡Debían acabar con él!

* * *

Berthe contempló el rostro lívido de Irène y se mordió el labio para no gritar. Argoud la mantenía cerca del cuerpo y apretaba la mano contra su cuello. Casi no había luz, pero la enfermera estaba segura de que el filo del cuchillo se movía al compás de los latidos de la arteria carótida; tan solo unos milímetros de piel

los separaban.

–¡Está amenazando a la señorita! –escupió el joven imberbe que la acompañaba. Casi podía ver cómo su nuez abultada subía y bajaba al tragar saliva. Ajustó la mirilla del rifle a su ojo.

–Lo sé, lo sé –susurró ella–. No haga movimientos bruscos, se lo suplico. Déjeme hablar a mí, me conoce... Es solo cuestión de tiempo que pueda reubicarse y recordar. Está enfermo. –Luego elevó la voz para que el soldado Argoud pudiera oírla, aunque manteniendo un tono lo más relajado que pudo–: Berthe Hinault. Enfermera. Usted está en el hospital de Barleduc, lejos del frente. Le trajeron porque estaba herido en la cabeza. ¿Lo recuerda?

Argoud cabeceaba sin lograr mantener su atención en las palabras tranquilizadoras de Berthe. Miraba hacia el enorme edificio y cambiaba bruscamente de dirección, interesándose por la verja que rodeaba el perímetro. Se volvía y fijaba su vista en la arboleda para apretar aún más el cuello de Irène y volver al frente.

Berthe ahogó un grito de angustia. La figura de la señorita Curie se mecía al son de los movimientos del soldado y mantenía la cabeza lo más erguida posible para que el filo no la hiriera, pero se podía percibir una mancha oscura que aumentaba de tamaño en su delantal blanco, a la altura del pecho. El pensamiento de que aquella muchacha pudiera morir por sus desacertadas decisiones la había paralizado.

–Tengo que hacer algo –mascullaba el joven soldado, sujetando la culata como si la vida le fuera en ello–. Tengo que hacer algo. ¡Va a matarla! –Adelantó el cuerpo tensando los brazos y preparando el fusil.

* * *

El enemigo le apuntaba con un rifle. Argoud podía verlo con nitidez; el destello de la bayoneta en el extremo titilando con el movimiento de su brazo. Parecía que temblaba, como el suyo propio, el que inmovilizaba al soldado alemán que había cogido como rehén y le servía ahora de parapeto. Suaves gemidos de miedo se le escapaban a este con cada estremecimiento de la hoja afilada contra su cuello. Un líquido caliente resbalaba por los dedos que sujetaban el cuchillo. Supuso que era la sangre del *boche*. Tendría que acabar el trabajo y rajarlo de una vez, aunque le estaban apuntando y tenía los troncos de los árboles detrás, un poco más lejos de lo que deberían estar para perderse entre ellos. Quizá si le matara y arrojara el cuerpo contra el tipo que sujetaba el arma

de fuego tendría una posibilidad... El otro que iba con él tan solo gritaba y movía los brazos de forma histérica. Era curioso, también tenía voz de mujer y maldecía en francés, como su madre. Él solo quería volver a casa. Abrazarla. Volver a comer aquel pan recién horneado en la cocina que tenía el aroma de la leña quemada. Apretó el cuello del alemán un poco más. Lo haría ya. Escaparía.

* * *

—¡No! —La enfermera tiró de la manga del uniforme del soldado en un intento de ganar tiempo—. ¡Maldita sea! ¡Puede herir a la señorita Curie con el disparo! ¡Ethan Argoud, míreme! ¡Míreme! —gritó Berthe desesperada. Vio cómo Irène cerraba los ojos y movía los labios mientras el abrazo del hombre se cerraba en torno a su cuello. Sus palabras se perdieron en una ráfaga de viento.

—¡Está sangrando! ¡Tiene un cuchillo! —El muchacho se desembarazó de la enfermera con un codazo que la obligó a trastabillar unos pasos para recuperar el equilibrio. De pronto, una luz intermitente iluminó la escena desde el camino principal y la sirena que se utilizaba para avisar de la llegada de una nueva remesa de heridos sonó urgente y destemplada. Argoud se giró en ese momento hacia los faros de las ambulancias que se habían detenido en la explanada, protegiéndose los ojos con ambas manos.

—¡Deténgase!

La detonación ahogó el resto de sonidos.

* * *

Ethan Argoud sintió cómo algo le empujaba hacia atrás: un escozor que comenzó en el costado izquierdo y se expandió de golpe por el pecho robándole el aire. Otra vez se ahogaba, pero ahora no había tierra encima. Era el viento, que se negaba a entrar por su nariz y por su boca. El cuchillo resbaló de su mano. Las ramas de los árboles aparecieron ante sus ojos y se movieron hacia un lado hasta que lo ocuparon todo. Había caído al suelo. Estaba helado. El frío se introdujo entre sus costillas y le abrió un agujero en el estómago. El rostro de aquel al que había atacado momentos antes se le acercó y sintió cómo le apretaba el costado con las dos manos. Pómulos altos, labios finos. ¿Por qué parecía una mujer en vez de un soldado alemán? Le llamaba por su nombre. ¿Cómo sabía su nombre? En el cielo oscuro parpadeaban luces diminutas. Quería volver a casa. Abrazar a su madre, oler el jabón en su cabello, comer ese pan una vez más. Las estrellas se apagaron.

* * *

Irène notó el viento envolviéndola cuando el cuerpo del hombre se distanció de ella. Con la falta inesperada de soporte, sus rodillas se doblaron y el suelo la recibió con un golpe seco. Respiró una bocanada de aire y un gemido de alivio se atascó en su garganta. Una náusea pugnó por salir, pero la detuvo a base de inspiraciones largas. Oía la corteza de los abedules, la tierra húmeda, las lágrimas saladas que se había tragado. La piel, allí donde Argoud le había apretado, le hormigueaba de una forma desagradable. Miró hacia el soldado que yacía en el suelo y sintió asco. Luego, por primera vez, se fijó en sus facciones y vio las de sus compañeros de clase, las de los ayudantes de su madre en el laboratorio, las de los cirujanos con los que tanto había discutido, y el calor de la vergüenza le abrasó la piel. No era más que un muchacho que se moría e intentó parar la hemorragia de su pecho con sus propias manos. Gritó pidiendo ayuda.

* * *

El mismo viento que zarandó a Irène cuando cayó de rodillas a la tierra helada le trajo a Berthe el olor de la sangre que borboteaba en el costado del soldado Argoud.

«Es el pulmón», pensó con una extraña frialdad, como si estuviera estudiando los antiguos grabados de anatomía y no viendo las burbujas sanguinolentas. «El maldito crío le ha acertado en el pulmón». El tiempo se detuvo para sus piernas, incapaces de dar un paso, hasta que el grito de Irène accionó algún tipo de resorte en su mente. La muchacha presionaba con sus manos en la herida, incapaz de taponar el flujo de sangre y de aire que salía y entraba por el agujero.

Se arrodilló junto a ella, pero poco podía hacer por el hombre que se ahogaba en el suelo. Sus ojos saltaban de las órbitas y boqueaba con desesperación, hasta que una lánguida inmovilidad sustituyó a las convulsiones de sus miembros. Se quedó con la mirada clavada en el cielo y los labios azulados entreabiertos. Fue entonces cuando la realidad se desdibujó alrededor de Berthe y se vio rodeada por unas colinas desconocidas. Paredes hechas de piedras antiguas se elevaban hacia el cielo cubiertas de sangre. El humo la asfixiaba y un cuerpo en llamas se desintegraba con los brazos extendidos hacia ella. El uniforme pardo hecho jirones, el sonido del cielo estallando en mil pedazos, un sol negro que lo sumía todo en sombras. El barro no la dejaba avanzar para prestarle ayuda; aprisionaba sus tobillos hundiéndola en la tierra encharcada. Y su voz... Esa voz le partió el alma y ella se hizo cada vez más pequeña hasta convertirse en cenizas que

arrastró el viento. El viento...

Una ráfaga le abofeteó el rostro y miró en torno suyo para ubicarse de nuevo. Estaba en los jardines traseros del hospital y había tenido una de aquellas visiones alertándola de que alguien querido para ella iba a sufrir algún tipo de daño. Berthe comenzó a ser dueña de la situación de nuevo; tenía una herida que atender. Llevó los dedos al cuello de Irène y comprobó que era una herida que había que curar, aunque no tan profunda como para que su vida corriera peligro. El filo había abierto diferentes tajos en la piel con los movimientos erráticos de la mano de Argoud y el sangrado era profuso, pero los grandes vasos sanguíneos parecían intactos. Necesitaba una sutura, eso sí. El otro soldado se había quedado paralizado en posición de disparo, con el fusil adherido a sus manos como si fuera un brazo más, uno letal y aún caliente. La mueca de espanto le marcaba unas líneas profundas en el rostro. Ya no parecía un niño, era un viejo.

El murmullo de la gente que llegaba corriendo se superpuso al del viento y Berthe aferró del codo a Irène, que aún no había dicho ni una palabra, para levantarla. Esta se soltó de forma brusca y dio un paso atrás. Sus miradas se cruzaron y pudo ver que algo había cambiado en sus ojos, pero no supo identificar el qué.

Capítulo VIII

Los colores de la guerra: ocre y gris

Orilla derecha del río Mose, febrero de 1916

Carta de Ixion a Emille, 20 de enero de 1916
Fuerte de Belleville, frente de Verdún

Pequeñaja,

No te mereces que te envíe esta carta porque no me hiciste ni caso cuando fui a veros la última vez, pero tu hermano es desinteresado y bondadoso, ya lo sabes, aunque su hermana pequeña sea una iratxo que no para de meterse en líos. ¿Qué has hecho esta vez? No me digas que nada, que te conozco. Y me rehuiste por algún motivo. Lo que no sé es si lo sabe ama o no.

¿Has perdido la confianza en mí? ¿Ya no te acuerdas de las veces que he dado la cara por ti o te he protegido de un azote de aita?

En serio, pequeñaja, me duele un poco que no me lo cuentes.

Por aquí me dicen que te envíe recuerdos de su parte. Ya sabes quién. No debí llevar a Geoffroy conmigo la última vez, aunque es un buen hombre. Creo que le tienes comiendo de tu mano, futura servidora de Mari, pero ten cuidado, hay algo que me pellizca cada vez que pienso en vosotros y no logro saber qué es exactamente. Ama nos ha enseñado a confiar en nuestras sensaciones, y aunque sois vosotras las que más cerca estáis de la diosa, yo te lo cuento.

Cuídate mucho,

Ixion

–Tengo que ir sola, txiki. –Adele intentaba utilizar un tono lo más neutro posible,

pero la tristeza impregnaba cada palabra y cada gesto mientras guardaba las hierbas que quería llevarse. Revolvía entre los haces cuidadosamente atados y abría tarros sin cerrarlos después, signo inequívoco de que no estaba bien. La *sorgina* era muy cuidadosa con el orden y la conservación de sus preparados.

–¿Por qué no puedo acompañarte? ¡Es mi hermano! ¡Tengo derecho a despedirme de él! Además, la última vez que nos vimos...

–¡No! Sospecho qué es lo que se llevará para Ixion. No es la comida estropeada, son las fiebres. Y en tu estado no puedes correr riesgos. No, tendrás que aceptar las consecuencias de tus decisiones. Fuiste tú la que no quisiste contarle lo del embarazo para que no la tomase con el padre. Hay un tiempo para cada cosa y ese ya pasó.

–No sabes si sigue en el fuerte de Belleville o si le han llevado a otro sitio, *ama*. –Emille se retorció las manos y bajó la voz hasta convertirla en una súplica, aunque sabía que todo era en vano—. ¿Y si no es tan inminente como Mari te ha mostrado? ¿Y si se equivoca?

Adele se volvió y sujetó a su hija por el mentón. La observó: sus ojos oscuros estaban enrojecidos y hundidos en sombras; se aferraba el vientre con ambas manos con el cuerpo echado hacia delante, como si temiera perder al pequeño corazón que latía dentro. El vaticinio sobre su hermano no había sido bueno para el embarazo. Lo notaba en la curva de su abdomen, en cómo sus caderas se habían separado, preparándose quizá para un imprevisto. No era el mejor momento para marcharse, pero debía ver a su hijo por última vez. Aunque eso supusiera dejar desprotegida durante unos días a su pequeña.

–Mi *txiki* –hundió sus pupilas en las de ella, como cuando era una niña e intentaba saber si le estaba mintiendo en alguna trastada. Quería que entendiera la verdad de sus palabras, aunque vio en sus ojos una rebeldía que ella nunca había tenido—. Jamás se me ha mostrado una imagen que no se haya cumplido. Es uno de los dones de Mari que no querría tener. Pero si sirves a la diosa, lo haces con todas las consecuencias. Y la mayoría de las veces, la diosa se queda con más de lo que le ofreces. Sé que Ixion... Lo siento en las entrañas. Le queda poco tiempo y necesito estar ahí cuando eso suceda. –Acarició el cabello negro y grueso de la muchacha, que se le enroscaba en ondas a la espalda; así lo había llevado su madre cuando vivía en las tierras cercanas al monte Amboto, en Euskal Herria—. Vas a ser madre y entonces entenderás por qué tengo que hacerlo. –Un escalofrío recorrió su cuerpo al recordar el llanto de bebé que escuchó en su visión. Eso no se lo había contado a Emille—. Quiero que vayas a la granja de las Bertrand. Ellas estarán pendientes de ti en mi ausencia.

–¡Ni hablar! –La muchacha se soltó de la mano de Adele y se levantó de un salto–. Esta es mi casa y aquí me quedo hasta que vuelvas. Y sabes que, aunque me obligues a ir, volveré aquí en cuanto hayas desaparecido por el camino. ¡Ya no soy una niña!

La anciana suspiró. Conocía a su hija y no dudaba de que así lo haría.

–Ven –le pidió con un gesto de su mano huesuda. La muchacha se acercó y Adele se agachó hasta apoyar su mejilla contra el vientre redondeado. Los latidos eran fuertes y con el ritmo correcto. Percibió la ondulación de la piel a través de la tela del vestido cuando el pequeño se agitó–. De momento, todo parece estar bien. Pero si notas cualquier síntoma, pide ayuda a Lorraine. Aunque no haya atendido ningún parto, estará contigo, te apoyará. –De pronto, abrazó a Emille con fuerza. Había perdido a su compañero en un accidente estúpido y ahora a Ixion. Tenía miedo. La pequeña que hacía dos días correteaba por los bosques descalza iba a darle un nieto, pero, en la visión, la diosa le había querido decir algo; algo que aún no sabía interpretar, aunque le provocaba una urgencia que le impelía a moverse. Sentía que se les acababa el tiempo y no podía perder a nadie más.

–Será una niña –dijo como si hubiera leído la mente de su madre–. Geoffroy tendrá una niña a la que no conocerá, pero mi hija vivirá. Vivirá...

Se mantuvieron en silencio, aferradas la una a la otra, hasta que Adele se separó con un suspiro. –Encontraré a Ixion, le acompañaré hasta que sea su hora y le llevaré los besos que tú no puedes darle.

* * *

El soldado pensó que estaba teniendo una alucinación. Adele se dio cuenta de ello cuando vio cómo se le dilataban las pupilas y abría la boca sin que saliese una palabra. Si ella hubiera seguido adelante y se hubiese adentrado en el fuerte de Belleville, caminando como lo había hecho durante todo el día por los senderos embarrados que cruzaban los bosques, no se lo habría impedido. Habría pensado que era el espíritu de alguna campesina fallecida que regresaba por un oscuro motivo, y no hubiera osado interponerse en su camino. Pero se detuvo ante el centinela para presentarse y preguntar por Ixion. Si no se encontraba allí, no tenía sentido entrar y perder el tiempo.

El fuerte de Belleville parecía una colina más del entorno, pero construida con bloques de piedra en vez de con tierra. La entrada se asemejaba a la boca de una cueva y Adele sabía que en el interior se abría una red de túneles subterráneos

para dar cabida a la guarnición apostada allí. Las galerías excavadas en la roca conectaban las torretas defensivas que albergaban los cañones. Adele pudo identificar las planchas metálicas circulares que sobresalían de la roca como vigías preparados para lanzar obuses si se detectaba movimiento alemán.

El centinela era joven. A Adele le pareció que le temblaba la voz al intentar mostrar su autoridad sobre una civil y vaciló cuando le pidió que se identificara. Al instante, y respondiendo al sonido de su silbato, la rodearon un cabo y tres soldados más. La mujer no cambió el gesto, aunque los ojos de sus fusiles estaban fijos en ella, pero se descubrió la cabeza quitándose el manto de lana empapado por la lluvia para que le vieran el rostro. Le ordenaron abrir la vieja bolsa de piel de vaca donde llevaba sus hierbas y la mujer no se opuso. Una vez se convencieron de que era real y de que no era una espía alemana, el cabo ordenó bajar las armas y se avino a contestar lo que le pedía. Adele se percató de la sombra que oscureció su mirada cuando le preguntó por su hijo.

–Son las fiebres, señora –le explicó mientras se le hundían los hombros–. Están enfermado muchos y se los llevan al puesto de Glorieux, más allá de las murallas de Verdún. Se dice que les ponen a todos juntos para que no contagien a nadie más. Se habla de que hay una doctora que los atiende, que ella está allí para curarlos, aunque yo no me lo creo mucho, ¿sabe?

Adele se dirigió hacia la ciudadela de Verdún sin vacilar, a pesar del mal tiempo, tras desearles a los soldados una buena jornada. Notó sus ojos en la espalda durante un buen rato, hasta que desapareció en el interior de uno de los bosquecillos que salpicaban las colinas. Entendía su sorpresa, los carros de los vecinos habrían elegido otra ruta para abandonar una zona que había sido declarada evacuada de civiles hacía tiempo, aunque algunos lugareños se hubieran negado a irse de sus casas. La tranquilidad de las trincheras que rodeaban Verdún había relajado las órdenes durante el último año.

Barricadas de madera y alambre de espino cerraban la entrada en la muralla que bordeaba la ciudadela. Dos soldados estaban apostados a cada lado. La mujer descubrió, por el rabillo del ojo, el brillo de una ametralladora asomando por un respiradero abierto en la piedra a unos metros sobre ellos. Le costó un poco más convencer a su superior, al que llamaron tras comprobar que no llevaba ningún salvoconducto para entrar en la ciudad, de que le dejara cruzar la muralla. Pero Adele era buena ganándose la confianza de los demás. Lo había tenido que hacer durante toda su vida y, tras una breve charla, pudo preguntarle por Ixion. Aunque el teniente no supo decirle si era uno de los que había ingresado en el hospital de campaña, sí que le confirmó que la doctora Nicole

Girard estaba encargada de los pacientes enfermos de fiebres tifoideas. Le concedió permiso para visitar los dominios de la doctora, pero solo estos, así que ordenó a uno de los soldados que la escoltara hasta el otro lado de la ciudad. Al pie de la colina de La Chaume, a las afueras de la ciudadela, encontraría el hospital n.º 13, el de enfermos contagiosos.

Verdún era una ciudad hermosa. O lo habría sido, pensaba Adele, si estuviera libre de uniformes apagados que envolvían a hombres tristes. Si no hubiera restos de la guerra olvidados en medio de las calles: rollos de alambre, carros con cajas de munición a medio colocar, camillas hechas con tablas y cubiertas de sábanas alineadas frente a los portales, que daban a los edificios un cariz sucio y descuidado, como descuidados eran los movimientos de los soldados con los que se cruzaban. Las casas estaban vacías y las plazas desnudas de juegos infantiles. Ni siquiera en su granja, cuando todos sus vecinos se hubieron ido, Adele había sentido la violenta soledad de la guerra con tal intensidad.

Cruzaron el puente de piedra que salvaba el río Mose. Sus aguas parecían untuosas, con reflejos irisados que tomaban la forma de serpientes multicolores. Grupos de álamos se arracimaban en la ribera, pero a la mujer le parecieron que también estaban uniformados de gris. Su guía se mantenía en silencio y la mujer lo agradecía. No le gustaba hablar por hablar, tampoco las ciudades. Cuando llegaron al otro lado de la muralla y salieron hacia la colina de La Chaume, Adele soltó el aire que había retenido y aspiró el que le traía aromas de nieve y hojas secas. Aunque le trajo algo más: el hedor de la enfermedad.

Tras la ciudadela se encontraba la aldea de Glorieux, que había sido invadida por los dos puestos sanitarios de primera línea: uno para los heridos en las trincheras, otro para los enfermos contagiosos. A la anciana la acompañaron hacia el más alejado, un barracón aislado donde comenzaba el bosque. El sonido del motor de un camión ambulancia llenaba la caída de la tarde y lo vieron justo cuando abandonaba el sinuoso camino que salía del barracón para tomar la carretera principal que abandonaba Verdún hacia el sur.

–Unos que van a Barleduc. Por lo menos se libran de «la bastilla».–Fue el comentario sucinto del soldado al paso de la ambulancia–. Es que los de ahí –y señaló el barracón con la barbilla y una sonrisa de medio lado– no vuelven a salir.

Se despidió de ella con un leve movimiento de cabeza a unos metros de la entrada al que Adele no correspondió. Tuvo que morderse la lengua para no contestar al intento de chiste y escupirle un par de insultos. En lugar de eso, se quedó parada en el camino mientras observaba cómo el hombre se alejaba

tapándose la nariz. No supo si lo hizo por precaución o porque el hedor era agrio y golpeaba con fuerza a cada respiración.

Adele supo que su hijo estaba allí dentro. Sintió los latidos del corazón que había parido hacía veinte años apagándose entre aquellas paredes oscuras. Tuvo que cerrar los ojos para calmarse. El ladrido de un perro la sobresaltó, aunque el animal, de pelaje pardo, se acercó a ella moviendo la cola de forma amistosa y le ofreció el morro húmedo a modo de saludo. Una mujer menuda se detuvo frente a ella y la miró con curiosidad. El rostro redondeado y el cabello en aureola que sobresalía de su gorra le conferían rasgos de muñeca. Vestía la guerrera uniformada de oficial médico y una larga falda del mismo color que rozaba el suelo. Llevaba una pila de mantas entre sus brazos que amenazaba con desplomarse en cualquier momento.

–*Dun* ha decidido que usted es buena gente –anunció mirando primero al animal y luego a ella–. Si ha venido a ayudar es bienvenida. Si está de paso, le ruego que se aleje. Estamos en cuarentena.

Adele alzó sus manos de matrona y descargó a la mujer de la mitad de las mantas que llevaba. Pese a la angustia y la impaciencia que le oprimía la garganta, sonrió.

–Mi hijo *Ixion* está aquí y he venido para ayudarle a morir.

Los iris de la soldado destellaron y frunció el ceño. En su mirada, Adele reconoció la fuerza de las antiguas sanadoras.

–Soy la doctora Nicole Girard-Mangin. Sígame y buscaremos a su hijo.

* * *

Dos días después de que su madre se perdiera de vista por el camino que se internaba al sur del valle, Emille paseaba furiosa de un lado a otro de la cocina. Se quitó el mandil, lo arrojó al suelo con rabia y comenzó a pisotearlo hasta que le faltó el resuello.

–¿Quieres asesinarlo? –le preguntó una voz familiar–. Si es para liberar bajos instintos, igual tengo que patearlo yo también.

Su amiga Lorraine la observaba apoyada en el marco de la puerta con el pañuelo que cubría su cabeza de la mano y las mejillas enrojecidas por el frío.

Habían ido a visitarla cada día en ese tiempo de soledad. Los intentos de la viuda Bertrand para que se fuera con ellas a la granja cayeron en saco roto, así que solo les quedaba comprobar que estaba bien siempre que podían. Emille soltó un último gruñido antes de recoger el mandil y sacudirlo para limpiarlo.

Luego lo tiró sobre la mesa donde reposaban las hierbas a medio secar. Una pequeña nube de polvo vegetal salió despedida.

–Pasa y cierra la puerta, Lorraine. Tengo que ahorrar madera ahora que no está *ama*, ahora que Ixion ya no va a... –Volvió a patear el suelo y soltó un gruñido–. ¿No crees que todo es muy injusto?

–Una *sorgina* me ha dicho que nunca volveré a ver a mi esposo. ¿Crees que me parece justo?

Emille se mordió la lengua e indicó a la otra mujer que se sentara junto a ella.

–Perdóname, hermana. –Desordenó sus rizos oscuros en un gesto nervioso antes de apoyar la mejilla sobre la mesa. La miró de medio lado desde esa postura–. Últimamente no sé ni lo que digo. Te diría que es por el embarazo, pero en esto no tengo justificación. Yo estoy sufriendo por una pérdida y tú por otra.

Lorraine se quitó el abrigo y lo colgó en el respaldo de la silla. Tras sentarse, suspiró y comenzó a hablar muy despacio:

–He venido a anunciarte que he decidido irme con madre y las gemelas. Si es necesario, las arrastraré conmigo. Esperaré a que regrese la tuya para que vengáis con nosotras.

–La tumba de *aita* está aquí. Y yo no voy a parir a mi hija en otro lugar. –Negó Emille con vehemencia, incorporándose.

–Entonces esperaremos a que des a luz aquí y en cuanto puedas caminar nos iremos.

–¿Y dónde buscaríamos refugio? ¡No tenemos nada, no tenemos a nadie! – Emille palmeó la mesa y el sonido sobresaltó a Lorraine. Nunca había llegado a acostumbrarse a los ademanes bruscos de esa familia.

–Nosotros tenemos a mi tío en el sur –probó la muchacha–. ¿El futuro padre no es de Aubagne? Geoffroy, se llamaba, ¿verdad? Podrías ir allí, buscar a su familia. No sé. Aquí no podemos quedarnos.

La carcajada de Emille fue sincera.

–¿Y qué les diría? Oigan, esta criatura es de su hijo, sobrino, nieto... Estuvo destinado con mi hermano y pasó una semana en mi casa de visita porque Aubagne estaba demasiado lejos como para un permiso corto. Una noche, después de haber cruzado miradas y conversaciones furtivas, de habernos rozado las puntas de los dedos bajo la mesa, entró en mi habitación y me acosté con él. Le di mi virginidad y él su semilla. Pero no se inquieten, su fruto estaba predestinado a que prendiera en mi vientre, porque así me lo enseñó la diosa Mari una luminosa mañana de julio: sería suya, le daría el recuerdo más preciado

que tenía de mi *aita* y sería madre. Por eso no le dije que saliera de entre mis piernas esa noche. Y aunque ahora no sé muy bien dónde está el padre de la criatura, necesito que me ayuden.

Lorraine la miró escandalizada y luego se le escapó una risa, que tapó rápidamente con la mano.

–¡Emille! ¡Claro que no! Pero él tendrá que aceptar su responsabilidad, ¿no?

La otra muchacha bajó la mirada hacia el vientre redondeado y lo acarició con ternura. Resopló.

–Fue un momento muy hermoso, ¿sabes? Dejando atrás los miedos y el dolor físico... Conectamos en espíritu. Vi su alma a través de sus pupilas mientras entraba en mí y sé que él llegó a la mía. Es difícil de explicar. Días después de que se marchara con mi hermano, Mari me mostró que nunca volvería a verle.

–Pero le dijiste a tu madre que le diste el reloj que te regaló tu padre porque volvería a ti.

Emille se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro de la cocina, como la había encontrado Lorraine momentos antes. El recuerdo de las manos encallecidas por el trabajo en la tierra de su padre abriéndose para descubrir la pequeña caja le quemó en lo más profundo. Un reloj dorado, reluciente como sus pupilas dilatadas al verlo, con sus iniciales grabadas por un orfebre de Verdún y el abrazo que le dio mientras él le susurraba al oído: «Ha llegado el momento de que florezcas y nos demuestres de lo que estás hecha. Aprovecha tu tiempo», y luego envolvió su puño en la mano con la que Emille había aferrado el reloj y clavó sus ojos de mar en ella. «Y recuerda a las generaciones venideras que el suyo es lo más preciado que tienen». Se estremeció. Le pareció que la voz masculina le repetía las palabras en ese mismo instante.

–¡Pero no él! ¡El reloj es el que volverá a mí! Eso es lo que me enseñó Mari. Voy a tener un hijo que nunca conocerá a su padre y ahora lo de Ixion. Y me pregunto qué le hemos hecho a la diosa para que nos trate así. –Se detuvo junto a una de las sillas vacías y apoyó las manos sobre el respaldo hasta que los nudillos se le blanquearon por la tensión. Miró hacia arriba y gritó–: ¡Maldita seas, diosa Mari, y malditos tus dones inútiles!

Lorraine se acercó y la abrazó por detrás.

–La culpable de todo es esta guerra, hermana. La que nos está arrebatando todo lo que era nuestro. Yo no quiero creer en lo que me dijo tu madre. ¡No puedo! No puedo pensar en qué voy a hacer si le pierdo. ¡Tu madre interpreta las visiones! ¡Se puede equivocar! ¿Por qué he de perder a mi esposo, el futuro que tenía a su lado? Yo quería tener hijos. Sus hijos... Y rezo para que regrese tu

madre y nos diga que Ixion está bien, que se ha equivocado, que todo ha sido un error, porque entonces esa pequeña esperanza se hará más grande y me agarraré a ella aunque me cueste la vida. –El llanto cortó su discurso y gimió al intentar coger aire.

Se quedaron en silencio. Emille sentía las sacudidas de Lorraine en su espalda mientras intentaba contener los sollozos. Ella tenía un nudo en la garganta, pero no era capaz de llorar. No cuando llevaba a su hija en el vientre. Ella no se merecía crecer mientras su madre se deshacía en lágrimas. Lucharía por su niña, aunque tuviera que romper el destino ya escrito y tirar los pedazos al rostro de la diosa Mari.

–Lorraine, ¡nunca te rindas! ¿Me has oído? Nunca dejes de buscar a tu esposo. –Le agarró la mano y se la apretó con fuerza–. Ni una visión más, ni un vaticinio. Ni una lágrima.

Entonces sintió un latigazo que le recorrió la parte baja del abdomen. La piel se le tensó y se quedó paralizada por un dolor que amenazaba por partirla en dos.

«¡No! ¡No! Aún no. Es demasiado pronto», pensó antes de desplomarse sobre la silla.

Capítulo IX

Mares muertos

Barleduc, febrero de 1916

Carta de Sébastien a Berthe, principios de febrero de 1916, en el camino desde Champagne a Verdún

Amor,

Ni siquiera sé si esta carta llegará a su destino. Y tampoco si pasará el ojo avizor de los que las revisan. No he recibido respuesta tuya y estoy inquieto. Espero que tu promesa siga en pie, que todo sea por las circunstancias o porque el correo postal funciona a duras penas en época de guerra. Solo puedo repetirte que yo soy fiel a lo que te pedí antes de marcharte, espero que tú también.

Philippe y yo hemos adoptado a un pobre novato que acaba de aterrizar en los cazadores alpinos. Apenas tiene barba, ¿te lo crees? Era un niño cuando se puso por primera vez el uniforme. No creo que haya escalado una montaña en su vida y ahora se hundirá en una trinchera como los demás. Se llama Ange y se ruboriza como una cría cuando alguien cuenta algo subido de tono. Y te puedo asegurar que en el camino hacia la ciudadela de Verdún las canciones picantes son nuestro único acicate para continuar caminando. Y las historias... Sabes que confío en ti, pero los compañeros cuentan muchas cosas sobre las enfermeras y los heridos, ¿sabes? Ahora soy yo el que me sonrojo por la vergüenza. Ni siquiera tendría que mencionarte algo tan sucio. Tendría que contarte solamente que Ange te caería bien. Philippe se mete mucho con él, aunque sé que le ha cogido aprecio porque le está enseñando cómo hacer trampas a las cartas, y eso no se lo muestra a cualquiera. Yo le hablo de ti, de los viñedos... Él me sonrío y me dice que nunca ha visto el

*mar. Yo tampoco.
Tuyo,*

Sébastien

El capitán Billet aproximaba los bordes de la herida en el cuello de Irène con el hilo de seda mientras Berthe le asistía. Los tres se mantenían en un silencio solo quebrado por los quejidos de la paciente cuando la aguja atravesaba la piel. La primera valoración de la herida que había hecho Berthe había sido acertada y la incisión del cuchillo de Argoud no era grave, pero Irène aún estaba muy pálida y el sudor cubría su rostro en una capa brillante. La enfermera se percató de que el cuerpo de la muchacha temblaba y se mordía el labio con fuerza cada vez que el cirujano la rozaba, como si ese contacto le desagradase o la inquietara. Pero el pensamiento pasó por su mente de forma fugaz; tenía cosas más importantes de las que ocuparse. El director Guilleux se había hecho cargo de la situación alegando que el comandante Mercier estaba indispuesto. Había interrogado someramente a las dos muchachas antes de encerrarse en el despacho con el soldado que había disparado a Argoud. Berthe no creía que la conversación diera para mucho: el joven aún estaba en estado de *shock*, como todo el hospital, en realidad. La calma había vuelto a duras penas a los pabellones. El miedo se mezclaba con la rabia y la tristeza. Al fin y al cabo, Argoud era uno de los suyos.

A ella le habían ordenado que ayudara al capitán Billet en el quirófano y Berthe lo agradeció. Tener las manos ocupadas era lo mejor en esos momentos. Fue el único modo de que dejara de mirar la sábana ensangrentada con la que habían cubierto al fallecido y que así se alejara también de las imágenes de la visión que había tenido y que aún mantenía grabadas en sus retinas. Desde el accidente de su hermano Dominique no había vuelto a tener un aviso tan vívido. Algo iba a ocurrir en el frente, algo relacionado con Sébastien. ¿Pero qué podía hacer ella desde Barleduc? ¿Esperar como tantas otras mujeres a que los hombres regresaran de las trincheras, rezando porque lo hicieran vivos y no dentro de ataúdes de madera? Sacudió la cabeza de forma imperceptible y suspiró. Ella no estaba hecha para cruzarse de brazos, pero ni siquiera había podido ayudar al soldado Argoud ni a Irène en su primera noche de trabajo en el pabellón que estaba bajo su cuidado. Sentía que les había fallado.

Berthe había buscado un cruce de miradas con Irène para disculparse. Esta rehuía el contacto visual y mantenía la barbilla, aún ligeramente temblorosa, en una actitud altiva que la enfermera comenzaba a encontrar enervante.

–No me toque –susurró la muchacha cuando Berthe le giró el cuello, aferrándola por los hombros, para que el capitán tuviera más luz.

–La señorita no está en condiciones de dar órdenes ahora –respondió Berthe en el mismo tono.

Billet cruzó la seda para realizar el nudo y, con un movimiento de cabeza, le indicó a Berthe que cortara los hilos.

–Cálmense las dos. Esto ya está listo –anunció con voz queda. Escondió un bostezo bajo la palma de su mano manchada de sangre–. Termine usted la cura, señorita Hinault. Intentaré descansar un rato antes de que me anuncien mi nuevo destino. No se maten en mi ausencia.

–¿Nuevo destino? –preguntó Berthe mientras enarcaba las cejas. Irène también levantó la cabeza, sorprendida.

–Umm... Sabía que en el fondo me echaría de menos, señorita Hinault. El tiempo con usted se me ha quedado demasiado corto. –Billet sonrió de medio lado y miró a Berthe entrecerrando los ojos, lo que hizo que se afilaran sus rasgos.

–Es usted un buen cirujano, capitán, no podemos prescindir de personal cualificado en Barleduc –respondió Berthe con seriedad. El cirujano era cabezota y egocéntrico, pero llevaban trabajando un tiempo juntos y era bueno en lo que hacía.

–Eso dígaselo al comandante Mercier. Tengo con él una cita a primera hora, ¿recuerdan? Es decir... –consultó el reloj que llevaba en el bolsillo de la bata–, dentro de un rato. Digamos que mi presencia empieza a ser un problema y sé de buena tinta dónde me recibirán con los brazos abiertos gracias a la oportuna recomendación del comandante.

–Dudo que el comandante sea tan necio como para anteponer sus rencillas personales a lo que necesita el hospital teniendo el frente cada vez más cerca –replicó Berthe, sin poder controlar un estremecimiento al nombrar la línea de trincheras–. ¿Qué opina Guilleaux al respecto?

–¡Ah! ¡Guilleaux! Nuestro querido director tapa todos los desastres de Mercier. Para eso son amigos, casi como hermanos. ¿Qué cree que va a decir ante su decisión? Además, es una orden fundamentada en mi petición al alto mando. Ha sido muy listo. Parece ser que han reconsiderado la reorganización hospitalaria del sector de Verdún, tal y como yo había señalado. Gracias a la inestimable colaboración del comandante, he sido designado para dirigir la ampliación del hospital de campaña de Baleycourt, que ahora no es más que un cuchitril a pocos kilómetros de las fortificaciones de Verdún. –Su mirada se oscureció aún más–.

Hubiera podido optar a la dirección de Barleduc, maldita sea. –Luego se guardó las sombras para sí, le dio una palmadita en el hombro a Berthe sonriendo con ironía y añadió–: No se preocupe, igual con la que ha montado hoy en su turno de guardia me acompaña en el destierro, mi querida señorita Hinault. ¿Le gustaría venir conmigo?

La mirada del capitán mostraba un brillo que Berthe nunca le había visto, pero no se preguntó el motivo. Su mente estaba en las defensas de Verdún. Eran una línea de fuertes construidos tras la guerra franco-prusiana y el orgullo de Francia. Edificados en piedra, se elevaban formando un pentágono alrededor de la ciudad, protegiéndola. En su visión habían aparecido unas paredes que bien podían ser las murallas de la ciudadela. Claro que le gustaría ir con el capitán Billet hacia las trincheras, necesitaba hacerlo. Pero antes de que pudiera contestar, Irène se adelantó.

–Si el *petit curie* llegara a tiempo, me encantaría ir con usted a la primera línea del frente occidental, señor Billet. –La muchacha carraspeó para aclararse la garganta y que su voz se escuchara con más fuerza–. Aunque necesitaría a alguien que supiese realizar placas fotográficas para que me ayudara a impartir las clases allí.

El capitán Billet lanzó una carcajada y miró a las dos muchachas como contemplaría a dos cachorros haciendo una gracia.

–¡Por el amor de Dios! Lo decía en broma. Señorita Curie, ha adiestrado muy bien a nuestros cirujanos. Cualquiera de ellos puede llevar su aparato de radiología portátil. Yo mismo me comprometo a utilizarlo de forma segura.

El color había vuelto al rostro de Irène. Sus mejillas y la punta de las orejas se le habían cubierto de un tono rojizo brillante; sin embargo, Berthe palideció por las palabras de Billet.

–¡Capitán! –La réplica se le atragantaba a la joven herida por la velocidad a la que quiso contestar–. ¿Una broma? ¿Una broma? La vida de nuestros soldados depende de la rapidez del diagnóstico y yo soy la más cualificada para manejar el *petit curie*. ¿Cree que después de lo que ha ocurrido esta noche podría bromear con la seguridad de nuestros soldados?

El capitán Billet levantó las manos en señal de rendición.

–Tiene usted razón, señorita Curie. No debería bromear con nada de lo que atañe a la guerra, créame que me lo tomo muy en serio. Es por esto que, bajo mi mando, jamás permitiré que una mujer se acerque a las trincheras, por muy cualificada que esté.

Berthe dejó caer el instrumental de sutura con estrépito contra la batea

metálica. El sonido tronó en las paredes desnudas del quirófano.

–¿Así es como valora nuestra aportación al hospital, capitán Billet? –susurró la enfermera con el rostro vuelto hacia el material sucio por la sangre de Irène.

–¡Oh! ¡Vamos, señorita Hinault! Sabe que yo he defendido siempre la labor de una buena enfermera y su sitio junto a las camas de los heridos, pero no donde silban las balas y caen las bombas. ¡No me digan que van a odiarme por intentar protegerlas! En las trincheras se lucha y se muere de las peores formas posibles. –Negó con un ademán de sus manos antes de que las muchachas pudieran contestar–. No tengo ganas de discutir con criaturas tan adorables como ustedes. ¡Buenas noches! –Y salió del quirófano resoplando, entre incrédulo y hastiado.

–¡Será egocéntrico! –soltó Berthe con un quejido de rabia cuando la espalda uniformada del cirujano desapareció entre los tonos violetas del alba. Cogió un rollo de venda limpia y comenzó a envolver el cuello de Irène.

–Mi madre lleva luchando contra esto toda su vida, ¿sabe? Así que no me voy a dar por vencida. Ella me confió una misión y voy a cumplirla del mejor modo posible. –En cuanto percibió cómo la enfermera aseguraba el extremo de la venda, intentó levantarse. Berthe se lo impidió posando la mano en su hombro, a lo que esta respondió con una violenta sacudida y se alejó todo lo que pudo–. ¡No me toque!

–¡Espere, por favor! Yo... –vaciló–. Quería disculparme por lo de esta noche. Necesito...

–No hace falta que se disculpe. Usted no tiene la culpa de la locura de Argoud. –Las palabras sonaron secas y duras, como una rozadura contra una rama cubierta de espinas. Irène miró hacia la salida como un animal acorralado y se dirigió hacia ella.

–Pero sí me siento responsable de todo lo demás, señorita Curie. –Berthe se sentó donde antes lo había hecho la paciente y deslizó el pañuelo de su cabeza hacia atrás para liberar su cabello–. Yo también quiero ir al frente de batalla, ¿sabe? Necesito hacerlo.

–¿Necesita? ¿Por qué me lo cuenta a mí? ¿Qué cree que puedo hacer yo? – Irène alternaba miradas entre la muchacha y la puerta entreabierta.

Berthe sopesó lo que iba a decir durante un instante. La idea se le había ocurrido durante la conversación con Billet y aún no había ahondado en los detalles. Era simplemente una declaración de intenciones, pero necesitaba a Irène. Y si tenía razón en sus sospechas sobre el sulfato de morfina, tendría algo con lo que negociar.

–Enséñeme.

–¿Perdone? –La muchacha enarcó las cejas por la sorpresa.

–Enséñeme radiología como a los cirujanos, instrúyame como su asistente y yo encontraré el modo de que acepten enviarnos a primera línea. –Clavó sus ojos en los de Irène, intentando obviar los vestigios del secuestro: la cabellera despeinada, la pechera del delantal manchada con su propia sangre y con la de Argoud, el rostro marcado por el cansancio. Quería que las sombras que nublaban su figura se desvanecieran. Necesitaba una aliada–. Piénselo, tengo un plan, pero necesito una respuesta cuanto antes.

* * *

Las lápidas no eran frías en el cementerio viejo de Barleduc. La piedra gris parecía cubierta de una capa oleosa, musgo que se aferraba a las antiguas y acogedoras estatuas de ángeles con las alas plegadas o a las cruces oscurecidas por la humedad, guardianes silenciosos de lo eterno. El camino enlosado se bifurcaba entre ellas, serpenteando, abriéndose hueco entre la maleza de las zonas más descuidadas. Pero al llegar a la zona nueva, las cruces de madera verde tan juntas que parecían la espuma de un mar embravecido, la tierra removida y los árboles ausentes creaban un paisaje obscuro. Una exhibición de lo que la locura del hombre era capaz de hacer: un mar de cuerpos descomponiéndose. El viento se había quedado junto a las puertas del cementerio, esperando. El sol calentaba desde su distancia invernal. A Berthe le pareció que, sin el aire en movimiento que dispersara su fuerza, casi parecía primavera. Una primavera de sucios dorados y ocre en descomposición. Un monumento funerario en el que no se había fijado antes emergió en su campo de visión, bello y majestuoso. De piedra blanca, un pelícano se abría el pecho con el pico para dar de comer a su prole, que esperaba hambrienta. El animal parecía congelado en medio de la acción; las bocas de los polluelos abiertas de par en par, esperando lo que su progenitor pudiera darles. Un símbolo de sacrificio. Sacrificio... La palabra golpeó a Berthe con su significado y aquella visión que tuvo hacía apenas unas horas antes, durante el incidente que la había llevado al cementerio, volvió de nuevo a invadir su mente: la sangre, el barro, un rostro en llamas, la muerte sobre una colina desconocida. Cerró los ojos con fuerza hasta que esas imágenes oníricas se deshicieron como una neblina al alzarse el día y tan solo quedaron los hechos tangibles de la noche anterior. Nunca pensó, al comenzar su noche de guardia en el pabellón número nueve, que la tempestad se desataría antes del amanecer ni que las aguas seguirían agitadas después. Lo que

le había sido mostrado mientras moría el soldado Argoud sucedería en las trincheras, estaba segura.

Berthe observó cómo la tierra engullía los sencillos féretros de madera desde la arboleda que bordeaba el cementerio militar. Unos pasos por delante de ella, Irène Curie y Shirley St. John mostraban su respeto con las cabezas bajas y en silencio. Sin los uniformes blancos, parecían familiares despidiéndose de un ser querido. Pero no. Allí no había nadie que llorase por los muertos. Tan solo ellas. Estaba inquieta. No le gustaban los cementerios. En ese espacio de tumbas recientes reposaban los cuerpos de sus pacientes y sus fantasmas se arremolinaban en torno a ella, susurrándole las palabras que no pudieron decirle porque no estuvo a su lado. Cada montículo era una batalla perdida dentro de ese sinsentido en el que estaba inmersa Francia.

Irène Curie se giró un momento para mirarla mostrando un gesto indescifrable. La bilis subió por la garganta de la enfermera cuando el cuello de la muchacha quedó a la vista al alzar la cabeza. Un vendaje lo rodeaba y la sangre fresca marcaba el lugar donde Argoud la había herido. Berthe apretó los puños; toda la culpa era suya. No merecía llevar el brazalete de la cruz roja, no había hecho lo que debía y alguien a su cargo había pagado las consecuencias. Había incumplido el juramento que hizo antes de salir de la escuela de enfermería. Respiró hondo y el aire frío le quemó el pecho. No quería volver a fallar a nadie, no podía permitirselo, y si lo hacía... No tendría nada por lo que seguir luchando. Por eso haría todo lo necesario para llegar hasta Sébastien, porque estaba segura de que él era el soldado de su visión. Incluso aliarse con Irène para conseguir acercarse al frente.

Uno de los camilleros clavaba con movimientos torpes la última cruz en los nuevos montículos del cementerio. Los soldados Carrier y Argoud reposaban por fin bajo la tierra removida. Berthe pensó en qué le parecería a Argoud estar otra vez enterrado y a oscuras. El susurro de las hojas componía un murmullo semejante al romper de las olas por encima de su cabeza, y ellas parecían moverse bajo el agua en lentas ondulaciones. Todo era un gigantesco mar muerto, y aquellos, los despojos que había escupido tras la última tormenta. Y llegarían otras aún más fuertes. ¿Qué quedaría entonces?

Irène y Shirley se dieron la vuelta y comenzaron el regreso. Al llegar a la altura de Berthe, sus miradas se cruzaron e Irène hizo un leve gesto de asentimiento. Algo en su interior se revolvió y se sintió un poco más ligera. Eso significaba que Irène había aceptado y que debía comenzar a prepararlo todo para cumplir su parte del trato. Se frotó los brazos para intentar detener esos

escalofríos repentinos que la habían asaltado de pronto, no debidos al frío ni al viento invernal, sino al vendaval que se había desatado en su interior al pensar en lo que estaba dispuesta a hacer por ir al frente. Miró hacia el cielo y se preguntó el motivo real. Debía llegar a los que requerían asistencia inmediata. Quería salvar vidas, lo necesitaba, como necesitaba estar en las colinas de su visión para salvarle a él. Había jurado no volver a perder a nadie a quien quisiera.

Tenía algo de tiempo aún; necesitaba que el *petit curie* llegara a Barleduc para poner en marcha su plan. Todo se apoyaba en sus sospechas sobre el sulfato de morfina. Cuando terminó de curar a Irène Curie la noche anterior, Berthe había recordado las mediciones que había realizado en el cuarto de la medicación. Así que antes de retirarse a su habitación había ido a comprobar que todo estuviera en su lugar. No había sido así. Quizá fuera la colocación de los tarros, la rendija entre las puertas, anteriormente más fina, o ese sentido especial que la avisaba de que algo estaba sucediendo, aunque no lo pudiera ver. Inspeccionó el frasco donde guardaba la morfina y sacó la romana para pesarlo de nuevo. Apretó los labios con fuerza. Después de preguntar al resto de sus compañeras si alguien había utilizado alguna dosis para los pacientes, sus sospechas se confirmaron. El primer paso de su plan ya estaba en marcha, pero aún le quedaban algunos detalles por cerrar.

Hundió el cuello en su abrigo levantando las solapas y avanzó por el camino que la llevaría fuera del cementerio mientras intentaba concentrarse tan solo en el arrullo constante de las hojas secas bajo sus pies. Quería perderse bajo las sábanas y dormir. Olvidar por un momento toda esa locura y rodearse de una oscuridad que engullera los rostros de todos los muertos. Pero sabía que, hiciera lo que hiciese, la encontrarían en sus sueños.

* * *

Cuando el *petit curie* llegó a Barleduc unos días después, Berthe puso en marcha su plan. Se imaginó que había girado una de esas ruedas gigantescas que había en las fábricas modernas y que el mecanismo se había iniciado sin posibilidad de marcha atrás. Por ese motivo recorría los pasillos del hospital con una llave prendida en el bolsillo de su delantal. Podía percibir su peso en cada zancada; ese bamboleo ajeno que le recordaba lo que iba a ocurrir –lo que esperaba que sucediera– a cada paso que daba. Había informado al personal de que, debido a la escasez de sulfato de morfina, todo aquel que quisiera utilizarlo

debía pedirle a ella la llave del armario en el que había guardado los tarros recibidos en el último envío. Solo le restaba esperar. Había terminado con las tareas de reposición del almacén y limpieza del material de los pabellones. Esa semana era la encargada del inventario y del recuento de medicación de todo el complejo, y había pasado gran parte del tiempo rellenando formularios de petición para el Estado Mayor. Las ideas recurrentes no le dejaban en paz. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si no se equivocaba? Tuvo que detenerse un momento para buscar el aire que no encontraba. Sacudió la cabeza para deshacerse de la desagradable sensación de traición que la impregnaba cada vez que valoraba sus actos y se repitió lo mismo que había pensado al decidir en quién iba a recaer su plan: «Si estoy en lo cierto, no es digno del juramento». Pero la duda le palpitaba en las sienes. Necesitaba salir del edificio un rato y tenía curiosidad por cómo podían haber adaptado los aparatosos utensilios de la sala de radiología fija en un espacio tan pequeño como el interior de ese vehículo. Tras avisar a la enfermera encargada de dónde podía encontrarla, se dirigió al jardín.

Esa misma mañana, Berthe había sido capaz de interpretar su primera radiografía. El proceso para realizarlas, la parte mecánica, la había superado con facilidad, así que Irène decidió que podían dar un paso más. Aún tenía algunos problemas para interpretar los diferentes planos y encontrar las lesiones, pero era una alumna diligente y aplicada. Le entusiasmaban los conocimientos que estaba adquiriendo y la autonomía que estos le darían en caso de necesidad. Le atraía cada vez más la idea de atender a los heridos en la batalla. El recuerdo del balazo en el costado de Argoud aparecía en su duermeyela cada noche y repasaba los movimientos que no hizo, pero pudo haber hecho. Con la euforia por su primer éxito leyendo placas fotográficas, así se lo dijo a Irène.

La distancia entre las dos se había acortado un tanto en esos días de trabajo juntas y las conversaciones surgían naturales entre ellas. Irène le contaba sus vicisitudes en las clases que impartía a los cirujanos y Berthe se atrevió a pedirle una explicación científica para sus premoniciones, que no pudo ofrecerle. Se había tejido un tenue vínculo entre las dos, aún muy frágil, pero con un objetivo común.

El jardín bullía por la actividad. El personal sanitario había sacado tiempo para acercarse al patio, donde una Irène exultante explicaba el funcionamiento del aparato portátil de rayos X a quien se lo pidiera. Las ambulancias libres o en reparación se alineaban fuera de los cobertizos, en el ala derecha del complejo hospitalario, junto al edificio Jeand, y habían aparcado el camión justo delante de ellas, muy cerca de los jardines que rodeaban el edificio principal.

Algunos de los soldados convalecientes se habían acercado también, aunque formaban corrillos alrededor del *petit curie*, mucho más interesados en compartir chascarrillos o anécdotas de la batalla que en aquel camión recién llegado. La saludaron con movimientos de cabeza respetuosos, aunque alguna mirada se detuvo en su cuerpo más tiempo de lo que marcaba el decoro. Berthe estaba acostumbrada a la actitud insolente de algunos de aquellos hombres. Intentaban huir de los horrores vividos mediante esas actitudes libertinas. Hasta la a1, no había tenido que poner en su sitio a ninguno de ellos, aunque alguna de las voluntarias había acudido a las encargadas de sala con historias bastante reprobables sobre la conducta de los soldados. Nunca pasaba de ahí. Era algo que no podía trascender a los mandos, a riesgo de que las enviaran de vuelta a casa con su reputación en entredicho. Pero en esos casos existía un extraño hermanamiento entre las VAD y las enfermeras, a pesar de los enfrentamientos internos entre ellas. Siempre encontraban alguna forma de protegerse de esos ataques sin que trascendiera en el escalafón.

Cuando llegó a la altura del Renault, Berthe vio que Irène estaba mostrando el interior a un muchacho con uniforme de piloto. Lo reconoció como el amigo del caporal Briand. Había acudido a visitarlo durante los días anteriores y siempre se las ingeniaba para encontrarse con la señorita Curie y dar un paseo con ella por los alrededores del hospital. Los había visto alguna vez cuando regresaban y ella terminaba su ronda vespertina.

—¿Ves, Adrien? —La muchacha hizo un gesto con el brazo para que se acercara a una pequeña maleta anclada a uno de los laterales del habitáculo del camión. Al otro lado, se encontraba una camilla fijada al suelo—. Aquí está lo que te comenté. El equipo portátil al completo se encuentra en esta maleta. —Abrió la tapa para enseñarle el contenido—. Esto de aquí se conecta a la dinamo que hemos adaptado para que transmita energía. El invento es la patente de un español, Mónico Sánchez. Al principio fue un arduo trabajo intentar montar todo el equipo, y mi madre y yo tuvimos que tomar unas clases de mecánica para poder encargarnos de ello, pero valió la pena. Además, descubrí que me apasiona el mundo de los motores, engranajes y demás cacharros. Es realmente útil. Mi madre y yo lo ideamos para llevarlo a primera línea, que es donde debe estar. Nadie conoce mejor que yo estas maravillas.

—Es impresionante, Irène. —El piloto acarició el borde de la maleta portátil, acercando el rostro para poder observar mejor los componentes.

La muchacha soltó una risa franca que resonó contra las paredes del Renault. Berthe se sorprendió con esa faceta suya, relajada y natural.

–Impresionante es el funcionamiento de tu *Nieuport* 11. ¡Es increíble! Nueve cilindros y esos conductos de cobre que se utilizan para la mezcla de aire y combustible. Todo perfectamente equilibrado para que tu *bebé* se eleve contigo dentro. –Irène volvió a reírse y sus facciones brillaron.

–Lo tendría complicado si eso no sucediera –bromeó él. Su rostro enfermizo de rasgos aniñados se transformó por completo al escuchar las carcajadas de la muchacha y a Berthe casi le pareció atractivo, con una luz que aparecía en contadas ocasiones–. Pero sí, el motor Le Rhône ha demostrado ser muy fiable, y con los ochenta caballos de vapor su potencia es indiscutible.

La enfermera se alejó discretamente sin que la pareja se diera cuenta. Se sintió incómoda, como una intrusa escuchando una conversación privada.

No sabía qué hacer con ese tiempo que había decidido emplear en estudiar el aparato portátil, así que decidió dar un paseo por los exteriores del complejo. Los corrillos de gente salpicaban el jardín para aprovechar el exiguo calor del sol invernal tras la comida. Aunque la claridad cubría el cielo de un azul tan intenso que hacía daño, apenas tenía fuerza para deshacer los cristales de hielo que blanqueaban las ramas de los árboles. Si no fuera por la temperatura, que cortaba la piel y transformaba cada respiración en una voluta de vaho, podía pasar por un día claro de primavera.

Los pacientes y los sanitarios contrarrestaban la monotonía del rancho diario, patatas y algo de carne guisada, y las largas horas de inactividad con animadas conversaciones o partidas de cartas en las que se jugaban el preciado tabaco. No era extraño contemplar grupos que se creaban en torno a una mesa que los camilleros sacaban de alguna de las salas del hospital, los naipes repartidos sobre ella y los cigarros liados en un montoncito en el centro como botín. Las discusiones subían de tono cuantos menos jugadores quedaban sentados, y los eliminados se pasaban a uno u otro bando jaleando a viva voz sus preferencias. Las muletas se apoyaban sobre la pared y siempre había suficientes manos para ayudar a los que no podían sostener las cartas por sí mismos.

En otros rincones, las conversaciones no eran más que murmullos que tan solo surgían para los oídos adecuados, y esos eran los de alguna muchacha que escuchaba promesas con los ojos entornados o un soldado que se dejaba mecer por palabras de un incierto futuro en común.

Berthe vagó entre unos y otros sin rumbo fijo. Ese día parecía que el frente había dado tregua y disfrutaban de la calma. Un estremecimiento le recorrió la espalda y se le engarzó en el cuello, provocándole un súbito dolor de cabeza: ¿cuándo se desataría la tormenta? Ella tenía sus propios motivos para ir con el

petit curie a primera línea y percibía en el aire que se había iniciado una cuenta atrás. Entonces divisó al caporal Briand sentado junto a uno de los árboles fumando, indolente y ajeno al resto de actividad. Se acercó a él para entablar una conversación que la alejara de sus cavilaciones.

–¿Cómo está su pierna, señor Briand? –se interesó, queriendo ubicarse dentro del espacio en el que se encontraba cómoda.

El soldado aspiró con fuerza el extremo del cigarro y la miró como si lo hiciera por primera vez. Lo hizo de arriba abajo, paseando sus ojos desde el pañuelo que cubría la melena oscura, deslizándose después por las tiras que sujetaban el mandil a los hombros y bajando por la cintura hasta llegar a los tobillos, que asomaban por debajo de la falda. Soltó lentamente el humo con los labios fruncidos, paladeando el momento. Berthe frunció el ceño, incómoda, y tuvo ganas de darse media vuelta.

–¿Usted también ha huido de la charla incomprensible de esos tortolitos? –le preguntó Alain al fin, señalando con la cabeza en la dirección donde se encontraba el camión. Luego volvió a centrar su atención en la figura de Berthe y continuó–: La pierna que me queda, bien, gracias. La otra me sigue doliendo, aunque ya no esté. Ya sabe que sus cuidados son indispensables para este pobre soldado herido, señorita Hinault. ¿Qué me puede ofrecer para que me encuentre mejor? –Alain la miró con los ojos entrecerrados, ladeando la cabeza en su mejor pose de seductor.

Berthe no pudo por menos que reírse a pesar de la sensación desagradable que la había recorrido tras su examen anterior, aunque algo le hacía mantener la guardia. El soldado seguía en la misma posición, sentado contra el tronco del árbol con el muñón en alto, pero todo su ser se había afilado en un gesto de felino al acecho. La enfermera adoptó un tono despreocupado e irónico para contrarrestarlo.

–No me tiente, caporal. Igual lo que a mí me parece mejor a usted no le hace ninguna gracia. Ya sabe que las enfermeras nos movemos entre objetos afilados y extraños utensilios de exploración. ¿Le apetece que probemos?

Alain fingió un escalofrío y luego le ofreció una sonrisa sincera solo a medias. Tiró la ceniza sobrante con un gesto experto de sus dedos y volvió a darle una potente calada.

–Con usted no hay quien pueda, señorita Hinault. Parece que lleva el uniforme como nosotros llevábamos las máscaras antiguas en las ofensivas. Impenetrable. ¿No ha pensado en divertirse un poco? No todo es responsabilidad y sentido del deber. Me pregunto qué esconde tras todas esas capas uniformadas. Intuyo que si

se le dedica un poco de tiempo y se da con la chispa adecuada, ese frío puede convertirse en un incendio, aunque no tengo la energía suficiente como para eso. La señorita St. John es distinta, con ella el juego es mucho más divertido.

–¡Caporal Briand! –Un calor intenso le subió hacia el cuello, encendiéndole las mejillas.

–¿Se escandaliza, señorita Hinault? ¿No es consciente de lo que ocurre a su alrededor? –Alain señaló al jardín. Los soldados convalecientes charlaban con las mujeres de forma animada. Surgían risas o exclamaciones que lo llenaban de vida. La guerra parecía algo muy lejano. Allí solo llegaban los restos del naufragio en el frente occidental, hombres hechos pedazos arrastrados por la marea, aunque la mayoría aún podía tenerse en pie y continuar con sus vidas.

–¿De ver qué? –se obligó a preguntar Berthe.

–¿Cree de veras que alguno de los soldados que coquetean con las enfermeras o con las VAD va en serio? Tan solo necesitan algo de calor, que alguien les diga lo mucho que importan a pesar de que sea mentira, que aún son capaces de arrancar suspiros de alguna muchacha. ¿No nos merecemos un respiro, salir por un momento del charco en el que nos meten para ganar esta jodida guerra? –Alain aplastó el cigarro contra el suelo helado con el pie.

–¡Mis chicas no son juguetes! ¿Acaso solo en el frente se sufren las consecuencias de la guerra? ¡La verdadera lucha está detrás! Claro que todos nos merecemos un respiro y un rato de alegría, olvidar por un rato la... mierda que nos rodea, pero no a costa de los sentimientos de los demás. No a costa de Shirley. Ella... –Berthe volvió a ver la imagen de Shirley recitando versos al soldado Carrier en su agonía, o la figura encorvada que murmuraba oraciones en el cementerio. Apretó los puños y se mordió la lengua para no insultar al caporal-. Puede que sea una niña rica y malcriada que solo ha venido a buscar un romanticismo que aquí no va a encontrar, pero ha mostrado más valor que muchos soldados orgullosos de sus galones.

–La señorita St. John es una mujer adulta que ha recorrido una gran distancia para servir a su país. No creo que deba preocuparse por ella. Además, usted no la ha llevado precisamente entre algodones, ¿no cree? –Alain se acarició el mentón, en el que despuntaba la barba de unos días-. ¿Sabe? Es tremendamente atractiva cuando adopta esa pose de gata defendiendo a sus cachorros. Casi puedo sentir sus uñas en mi espalda.

–¡No se le ocurra jugar con los sentimientos de esa joven! Dudo mucho que para ella se trate de un simple divertimento. Aléjese, caporal Briand. –Berthe contempló el cuerpo herido del hombre que tenía enfrente y le pareció que todo

él se estaba pudriendo, pero la enfermedad no provenía del muñón de su pierna, sino del centro de su pecho.

—¿Y por qué iba a hacer eso, señorita Hinault? Es ella la que me busca y me lleva donde nadie pueda sorprendernos. ¿Cómo puedo yo, un pobre lisiado, negarme a los deseos de una muchacha tan encantadora como Shirley St. John?

—Se me ocurren unas cuantas razones de peso para que lo haga —siseó la enfermera—. Piense en manos de quién está en este momento y a quién le está confiando su cuidado. Si se le ocurre hacerle daño, buscaré la manera de que su vida sea aún más miserable de lo que es ahora. —Berthe no había elevado la voz. De hecho, sus palabras fueron apenas un susurro que murió en sus labios, pero la intención golpeó al soldado en el rostro y este cerró los ojos como si de verdad le hubiera abofeteado.

Capítulo X

Los colores de la guerra: dorado, rojo, púrpura

Barleduc, febrero de 1916

Carta de Philippe Chevalier a Claudine Meurent, 21 de enero de 1916

Gatita,

No sé exactamente desde dónde te escribo estas líneas. Al final, los rumores eran ciertos y nos trasladan a la línea de Verdún. Este es el tercer día de marcha y avanzamos muy despacio, aunque todo el mundo está contento por salir del infierno de Champagne. Sébastien tiene una sonrisilla que hacía tiempo que no le veía, tiene que ver con estar cerca de Berthe, claro, y Ange vuelve a parecer el crío que realmente es. Y eso que apenas ha conocido alguna escaramuza sin mucha importancia, aunque me alegro por él. El cambio le vendrá bien. Su sueño de convertirse en un cazador alpino y luchar en las montañas se ha convertido en una pesadilla de tierra enfangada. Aquí ya ni siquiera la sangre recién derramada es roja. Sangre sobre sangre vieja se torna oscura. Igual en Verdún la tierra conserva su color original.

Mi gatita, estoy cansado. Si me miraras a los ojos ahora, no encontrarías al chico que intentaba colar la mano por debajo de los volantes de tu falda cuando acababas tu número. ¿Recuerdas? Ahora me despierto y me pongo esa máscara de crío despreocupado, y juego a las cartas, y bromeo con la muerte para que no se me note el miedo. Este maldito miedo que me paraliza cada vez que escucho un silbido rasgando el aire. Lo abandonaría todo y a todos. Saldría corriendo a buscarte para escondernos en algún país en el que siga habiendo música y risas hasta el amanecer. Pero la máscara aún resiste y mis botas se hunden en el barro, empuño el fusil y disparo sin mirar quién cae al otro

lado de la trinchera. Y cuando me la quito y miro a mi alrededor, me doy cuenta de que estoy solo. Ni siquiera Sébastien y Ange me conocen en realidad. Solo a ti te cuento todo esto y ... Necesito que estés.

¿Lo harías? ¿Escaparías conmigo lejos de esta guerra? Tengo tantas ganas de escuchar tu voz y que me repitas todo lo que me has escrito en estas cartas... Soy tuyo. Iré a buscarte cuando llegue a Verdún. Piensa tu respuesta. ¿Serás solo mía?

Philippe

Claudine se había puesto el vestido con el que llegó a Barleduc para hacer la visita prometida a Alain en el hospital. Ya no caminaba tan cómoda como lo hizo la primera vez por sus calles empedradas. Siempre podía suceder que se cruzara con alguno de sus clientes y, aunque tenía asumido lo que era, entre las paredes del burdel tenía el control de la situación. Pero cuando lucía el sol, la moral volvía a tomar las riendas de la vida en el pueblo y no se encontraba cómoda entre sus márgenes.

Las palabras de la última carta que había recibido de Philippe bailaban en su cabeza durante el trayecto. No reconocía al muchacho pendenciero y despreocupado con el que había pasado tan buenos ratos. Y eso la atraía y la asustaba a partes iguales. ¿Qué le había querido decir con aquella pregunta? ¿Había sido una declaración formal? Sacudió la cabeza chasqueando la lengua. Todos los hombres necesitaban algo a lo que aferrarse en una situación límite, pero si se acabara la guerra, ¿mantendría el deseo de irse con ella? Lo dudaba. Por otra parte, tampoco podía cerrarse a esa posibilidad. Su belleza no duraría mucho, y luego, ¿qué? Un escalofrío recorrió su espalda al pensar en las escenas que había visto en alguna barriada de París. Haría todo lo necesario para sobrevivir, como siempre.

Los edificios del hospital mantenían su aspecto regio de antiguo cuartel del ejército. Las verjas de la entrada principal estaban abiertas y Claudine se adentró en el jardín admirando la envergadura de los árboles que bordeaban el camino. Parecía que todo el mundo había preferido salir fuera esa tarde soleada; corrillos de gente, pacientes y personal sanitario salpicaban las explanadas entre los edificios. Buscaban cualquier lugar en el que creciera algo vivo; los aledaños de las arboledas eran los más concurridos. Las enfermeras y las VAD, con sus delantales blancos y los pañuelos cubriendo el cabello, revoloteaban como pajarillos entre los soldados convalecientes. Claudine arrugó la nariz. Le

molestaba que lucieran esa blancura perfecta y ese campanilleo cuando reían al charlar con ellos, como si solo les pudiera tocar la luz y ella perteneciese a la oscuridad. Irguió los hombros y caminó de forma aún más sinuosa, luciendo ese movimiento gatuno que adoptaba en el burdel y con el que acaparaba todas las miradas.

–Esta noche soñarán todos contigo, pequeña. Sospecho que escucharé gemidos cuyo tono se saldrá del habitual. –La voz de Alain le hizo mostrar su sonrisa auténtica y se giró para darle un abrazo.

–Pero solo te buscaba a ti.

–¡Qué gran honor! –Alain hundió la nariz en su cuello manteniendo el equilibrio y aspiró con avidez–. No sabes la falta que me hacía oler un aroma agradable. Por eso estoy fuera.

–¡Tú y todos! Esto se parece al bulevar en un día de primavera. ¿Puedes pasear? Me apetece.

–Si no te importa ir despacio... Se me había ocurrido enseñarte cierto cuarto que sirve de almacén para tener algo más de intimidad, pero me conformaré.

Claudine le miró a los ojos y con el suspiro que se le escapó le temblaron los labios.

–Déjame hacer algo diferente, por favor.

–Oh, pequeña... –Alain le rodeó la cintura con un brazo y la apretó contra su cuerpo–, lo siento, lo siento... Soy un imbécil.

–Acompáñame a dar un paseo y todo solucionado –zanjó y comenzó a caminar lentamente–. Supongo que ese almacén no lo habrás descubierto ahora por casualidad, ¿no? ¿Shirley ya lo conoce?

Alain tosió encogiéndose de hombros. Su mirada verde tomó la tonalidad de un bosque umbrío.

–Entre otras, sí.

–¿Le has dicho ya que la quieres?

La carcajada de Alain resonó con demasiada sonoridad. Claudine enarcó una ceja.

–Eso no sucederá. Es una más. Ella busca al chico malo que la haga suspirar, alguien a quien salvar. Y yo no quiero ser salvado de nada. Tú y yo sabemos lo que hay y cómo somos. ¿Qué voy a hacer yo con una señorita que no conoce las calles? ¿Que lo más duro que ha vivido ha sido venir a una guerra a la que le ha escrito sonetos? Se ha enamorado de alguien que no existe y que nunca existirá.

–Si no le muestras cómo eres en realidad no, nunca conocerá al hombre del que se ha enamorado.

–Pues eso voy a hacer.

El viento silbó, llevándose el silencio que pesaba entre ellos.

–Cuidado con las heridas que no cierras, Alain –susurró la muchacha–. Siguen sangrando cada día que pasa, aunque la sangre no tenga por dónde salir. No existen para el mundo, solo para ti. Y esa sangre se va pudriendo dentro, ¿sabes? Cuando te das cuenta, la piel está amoratada y lo de debajo, muerto. ¡Muerto! Como cuando intentas tapar los golpes, pero siguen apareciendo al mirarte al espejo y ya no reconoces tu rostro porque solo es un trozo de carne destrozada. ¿Cómo es ese color que sale a veces en los libros? –Sintió cómo Alain le apretaba la mano–. Sí... Púrpura. Así lo veo todo por las mañanas. ¿Sabes por qué he venido a verte hoy?

El soldado se paró e hizo que ella se volviera hacia él.

–No. ¿Debería, pequeña?

–Hoy hace seis años, Alain, y aún la siento dentro de mí en mis sueños. Me reclama y llora. Me pregunta por qué. –La voz se le rompió–. No quería estar sola.

–No tuviste muchas opciones, Claudine. ¿Qué habría pasado si hubieras luchado? Probablemente estarías muerta.

–Si Adrien se hubiera...

–Pero no lo hizo. Y no habría cambiado nada. Erais unos críos y pensó que alejarse era lo mejor para ti, aunque luego todo saliera mal.

–¿Para mí? –Rio de forma histérica y luego se mordió la lengua para no contar lo que Alain ignoraba. Era una herida aún más profunda–. Mira en lo que me he convertido.

–En la mujer de los sueños de muchos.

Alain intentaba quitar hierro al asunto.

–Si no consigo convertirme en la mujer de los sueños de uno solo, no podré mantener mi estatus mucho más. El tiempo pasa.

Volvieron a caminar uno al lado del otro.

–Siempre podemos acabar tú y yo juntos, pequeña.

–¿Y convertirnos en dos amargados? Somos demasiado parecidos como para soportar la vejez juntos. Acabaríamos odiándonos.

–Ah, no. Eso no. Quiero seguir teniendo sexo con la mujer que tiene el coño más bonito de París.

La risa de Claudine fue sincera. Respiró y el pecho le ardió con el aire frío. Volvió a recuperar el control sobre sí misma que había perdido con el recuerdo de su hija nonata. La había visto un momento cuando se la arrancaron de las

entrañas y esa imagen la perseguiría para siempre. Bajo la capa espesa de sangre coagulada, su piel estaba gris. Demasiado pequeña para sobrevivir al mundo, aunque de eso se trataba. No hizo ni un esfuerzo por respirar. Claudine había hablado con ella cada noche cuando notaba el cosquilleo de su movimiento, fantaseando con darle una vida diferente, una familia. Pero para su madre convertirse en abuela no había sido una opción, y por eso destrozó a Claudine por dentro y por fuera. La muchacha apenas recordaba nada de ese día: un bulto azulado saliendo de su vientre... El vacío inmenso, la sangre corriendo por sus piernas empapando el suelo y la boca pálida de su madre gritándole que no se muriera. Se había preguntado muchas veces si su deseo había sido sincero o fruto de la necesidad, dado cómo habían transcurrido los acontecimientos posteriores.

–Eres el único capaz de decirme algo así y que suene como el cumplido más bonito. Gracias. –Claudine le hizo una graciosa reverencia agarrándose los laterales del vestido. Justo en ese momento, una ráfaga de viento arrancó su sombrero de las horquillas que lo sujetaban y lo llevó rodando hacia la explanada donde las ambulancias esperaban, vacías. Ahogó una maldición y salió corriendo detrás de él. Un corrillo de curiosos se arremolinaba en torno a un vehículo más nuevo que el resto y el sombrero ralentizó su marcha entre los pies de la gente. Se agachó riendo y al levantarse se le congeló la sonrisa.

Tras el portón abierto, una pareja charlaba. El hombre moreno, vestido con un uniforme de piloto, observaba los aparatos que el vehículo albergaba con un gesto que ella conocía demasiado bien. Adrien miraba a la mujer con la que estaba y le brillaban los ojos cuando ella le contestaba a alguna pregunta. El fuego con el que le ardían las pupilas era el mismo con el que la había prendido a ella al ver su cuerpo desnudo. Pero ellos no se estaban tocando, simplemente hablaban y, sin embargo, las llamas estaban allí y le consumían por completo. La mujer no era nada especial: cabello oscuro recogido tras el pañuelo blanco de las enfermeras, ojos castaños y vivaces, pómulos altos que dotaban a su rostro de una altivez natural. Explicaba el tema del que estaban debatiendo con total seguridad y gesticulaba con sus dedos largos, pálidos y elegantes. Era la muchacha con la que se cruzó en la estación de tren a su llegada a Barleduc.

Algo se rasgó en su pecho. Pudo escuchar el estallido al quebrarse el dique que contenía lo poco que le quedaba y se le derramó perdiéndose para siempre: la esperanza de que él hubiera sentido lo mismo por ella. No... Solo había tenido sed y ella había sido el agua de la que pudo beber hasta que todo se volvió demasiado complicado para nadar a contracorriente. ¿Quién se enfrenta a una

tormenta si la vida no te va en ello? Y ella no había sido esa vida por la que pelear.

Apretó los puños hasta que el dolor en sus palmas diluyó las ganas de entrar en el camión y abofetearle, de preguntarle si era consciente de haber destruido todo lo que tenía, todo lo que podía haber sido. Una mano le apretó el hombro. Volvió su rostro hacia Alain e intentó volver a sonreír, pero solo pudo arrugar la nariz.

—¿Por qué no me lo dijiste? —No hacía falta que se lo preguntara. Sabía que no había querido herirla con nada que hiciera referencia a Adrien, pero escupió la pregunta para evitar hacer algo peor. Alain negó con la cabeza.

—Con Adrien pierdes la perspectiva.

—¿La perspectiva de que yo soy una puta y él ha llegado a ser el piloto que siempre quiso ser? ¿La perspectiva de que por su culpa nunca seré madre? ¿La perspectiva de que él se ha enamorado de una señorita respetable y yo tengo que vender mi cuerpo incompleto al mejor postor cada noche? ¿De qué perspectiva me hablas, Alain? —Se dio la vuelta y caminó hacia la salida del jardín a grandes zancadas. Escuchaba el sonido de las muletas del hombre intentando alcanzarla.

—¡Claudine! —la llamó—. Él nunca quiso hacerte daño. ¡Nunca te trató como a una puta, pequeña!

La muchacha se detuvo y se enfrentó a él. Le iba a gritar que sí, que hubo una noche, mucho después de perder a su niña y toda posibilidad de llevar una vida normal, en que la trató como el cuerpo de saldo que era, pero las palabras se le quedaron enganchadas en la garganta. Eran tan afiladas y le hacían tanto daño que ni siquiera podía pronunciarlas sin desangrarse en el empeño. Se guardó esa historia para sí y le dio la espalda. Cuando franqueaba la verja, escuchó su quejido de frustración en la lejanía.

En el cielo, destellos púrpuras preñaban las nubes que se habían ido acumulando sin que se diera cuenta. Presagiaban tormenta. Había vagabundado por las callejuelas hasta llegar al cementerio. Ante una estatua horrible que representaba un pelícano abriéndose el pecho para dar de comer a su prole, dio rienda suelta al llanto que se había tragado durante tanto tiempo. ¿En qué lugar de París estarían los huesecillos de su pequeña? ¿Habrían acabado en el lecho del Sena? Se tomó ese tiempo para llorar por las dos. Normalmente lo hacía en la soledad de su cama, después del último cliente, mientras se aferraba a la diminuta prenda infantil que aún conservaba. Nunca se había permitido hacerlo en otro lugar, pero le vino bien. Entre las lápidas antiguas cubiertas de musgo había recobrado la calma. Al fin y al cabo, todos acabarían allí sin distinción. Se secó la humedad de las mejillas mientras terminaba de deshacer el moño que

atrapaba su cabello dorado y emprendió el camino de regreso. Debía trabajar.

* * *

Tan solo un vistazo le valió a madame Clarabella para percibir que esa noche no se encontraba bien. Claudine lo supo en cuanto se dirigió a ella al entrar en el salón. Le cogió por la barbilla y escudriñó su rostro con esos ojos repletos de arrugas que habían visto tanto, por vieja y por diablo.

–Has estado llorando. –Le ladeó la cabeza–. Me sorprendes. Pensé que eras mucho más dura. Ven a mi habitación, te maquillaré un poco más esas ojeras.

–No es necesario, madame –contestó Claudine apartando la cabeza–. A los hombres que vienen aquí no les importan unos ojos más o menos rojos, ¿no cree?

La mujer sonrió y apartó los volantes de la falda de la muchacha hacia los lados. Sus pechos se entreveían pálidos, con los pezones rosados asomando entre las vueltas de varios collares de perlas que colgaban hasta el ombligo. Observó su cuerpo desnudo y se pasó la lengua por los labios.

–Con ese cuerpo, no. No se fijarán en nada más, querida. Ni siquiera yo soy inmune a tales encantos. Quizá si un día quisieras venir a hacerme compañía... Yo podría hacerte la vida un poquito más fácil.

Claudine entrecerró los ojos. Estaba cansada de ser moneda de cambio. Quizás en otro momento en el que no hubiera tenido que luchar con sus emociones su respuesta habría sido distinta, pero en aquel instante no pudo reprimir un escalofrío de disgusto. La mujer soltó la tela bruscamente al percibirlo. Las palabras fueron agrias.

–Bien, ya me has contestado. –Se colocó el cabello grisáceo detrás de la oreja, adornada por un arete rojo como una gota de sangre, y apretó los labios–. Prepárate para tu número.

Se había equivocado al rechazarla, aunque ahora no podía hacer nada por enmendarlo. Ya se congraciara de nuevo con la madame. No podía permitirse el lujo de enemistarse con ella.

La música comenzó a sonar sin que se diera cuenta de que debía comenzar a moverse. Los aplausos de los oficiales la despertaron del sopor en el que se había sumido y los acordes vibraron a través de su cuerpo recordándole lo que debía hacer. Se dejó llevar.

Cuando bailaba se olvidaba de que mostraba su desnudez con cada movimiento y simplemente transmitía las sensaciones que las notas le

mostraban. Era como respirar. Hacía suyo el aire con los aromas que transportaba y creaba viento entre sus piernas, torbellinos entre los dedos de sus manos. Giraba y se balanceaba poseída por algo que trascendía a cualquier persona que la contemplara. Al danzar, ella era la creadora de la tormenta y, cuando cesó la música, su ausencia le provocó un dolor físico. Le faltaba el aliento. La realidad volvió de golpe.

El sudor se deslizaba entre sus pechos y se perdía en el cinto que sujetaba los volantes de la falda. Su cabello se le pegaba a la espalda en mechones ondulados y espesos. Necesitaba tomarse un tiempo, pero los oficiales que habían asistido al espectáculo la rodearon con sus halagos y sus palmaditas de agradecimiento buscaban ciertos lugares más que otros. Su trasero era el más deseado.

Entonces, una mano tiró de ella y la arrastró hacia el pasillo donde se encontraban las habitaciones de las chicas. Escuchó las protestas del resto de soldados por el agravio mientras intentaba reaccionar, pero la algarabía se ahogó pronto en murmullos.

No le gustaba que nadie la tratara de ese modo, así que se agitó para librarse de la sujeción. El hombre giró el rostro hacia ella y Claudine no pudo reprimir el escalofrío que recorrió cada fibra de su ser. Esa noche no estaba preparada para enfrentarse a él. Buscó con la mirada a alguien que pujara por ella, pero nadie en el salón tenía el escalafón o las agallas suficientes como para disputársela. Madame Clarabella bajó la vista cuando pasó por su lado. Había elegido el peor momento para haberla herido en su ego. Se rindió. Tendría que utilizar todo su encanto para que la situación transcurriera lo mejor posible, así que dejó de forcejear y se aclaró la voz.

–Quieres pasar un buen rato conmigo, ¿no, cariño? –susurró melosa cuando llegaron a la puerta de su habitación. Le recorrió la nuca con un dedo y bajó por la espalda masculina. Él se volvió hacia ella y le aferró el cuello con la mano. En volandas, presionándole la tráquea hasta que el aire dejó de pasar por su garganta, la tiró encima de la cama.

–¡Oh, sí, cariño! –El apelativo sonó como un insulto. Comenzó a desabrocharse la camisa–. Has sido la elegida para acompañarme en una de las pocas noches que me quedan antes de que me destierren a Verdún. Pero debo advertirte de que estoy enfadado... Sé buena. ¿De acuerdo?

Claudine volvió a temblar.

Capítulo XI

Versos encadenados

Barleduc, febrero de 1916

Carta de Anthony St. John a Shirley. Bradford, Yorkshire, enero de 1916

Martha María Shirley St. John,

Hija mía, creo, sinceramente, que este juego que te traes entre manos debe terminar. He tenido una paciencia ilimitada con tus ganas de aventura y tus caprichos, pero tu lugar está frente a la casa de los St. John, no perdida en un país extranjero jugando a las heroínas. La educación que te hemos dispensado no implica que la malogres haciendo tareas impropias de los de tu clase. ¿Crees que es divertido lo que tu madre y yo tenemos que soportar? ¿Las habladurías sobre tu comportamiento? ¿El que nos juzguen diciendo que siempre hemos tenido demasiada «manga ancha» con tus deseos? ¿Cómo crees que todo esto afectará a tu presentación en sociedad? El lugar de una señorita inglesa de buena familia no es luchando en una guerra, hija mía. La prosperidad del negocio familiar pasa por encontrar un buen marido que sea afín a nuestros negocios textiles, un hombre bien formado e inteligente. Si juegas bien tus cartas, incluso puedes manejarle a tu capricho, ya que has heredado el temple de los St. John. Pero debes abandonar esos sueños absurdos sobre libertad, poesía y literatura ¡inmediatamente! De lo contrario, y no creas que no me duele en el alma, hija mía, me veré obligado a suspender tu asignación, y créeme: cuando te veas sin el respaldo que ofrecen tu nombre, dinero y posición volverás al hogar, pero quiero que lo hagas antes de que el daño que esto está generando en tu reputación sea irreparable.

Coge el primer pasaje hacia Inglaterra ¡ya! No es un ruego, es una

orden.

Anthony St. John

*Cuán extraño es que el hombre sobre la tierra deba errar,
y llevar una vida de tristeza, pero no abandone
su escabroso sendero, ni se atreva a contemplar solo
su destino funesto, que no es sino despertar.*

Los labios de Shirley se movían levemente mientras recitaba cada palabra en voz baja. Se sabía los poemas que aparecían en su viejo libro de Keats de memoria, pero la acción de declamar y leer al mismo tiempo la calmaba. Pasó los dedos con delicadeza por las tapas gastadas y sintió cómo la angustia reposaba de nuevo en la base de su garganta, consiguiendo que se le nublaran los ojos. Las letras se emborronaron. Se quedó en silencio y cerró el poemario. Debía de tener los párpados hinchados porque le dolían al cerrarlos. Aun así, se los frotó con saña hasta que pequeñas estrellas inundaron su campo de visión.

Abandonó su lectura sobre la cama y se acercó a la ventana cubierta por las cortinas. Las apartó un poco, lo suficiente como para observar un fragmento del edificio Jeand y el descampado donde reposaban las ambulancias vacías. Amanecía. El trasiego de camiones era lento pero constante, como cada día desde que llegó al hospital de Barleduc. Divisó desde su habitación el Renault que había llegado hacía un par de días para regocijo de la señorita Curie.

Las preguntas cruzaron atropelladas por su mente en una sucesión continua de interrogantes encadenados: ¿tan débil era? ¿Por qué le había afectado tanto la muerte de un hombre cuando morían por miles en las trincheras? ¿Debería haberse quedado en casa y no vivir nada de lo que había sucedido ante sus ojos? ¿Borrar toda su experiencia como VAD? ¿Y Alain? ¿Por qué? ¿Qué iba a hacer con su vida ahora? Se mordió el labio. Quería olvidarse de todo aquello, volver a empezar en un mundo amable en el que los gestos heroicos y el amor se celebraran como siempre se habían reflejado en su mente, no con esa realidad con la que se había topado allí. Escenas tintadas de sangre y vómitos, de gritos de dolor, de hombres que ya no lo eran, de traiciones que despedazaban el corazón. Todo era absurdo y estaba del revés. Su llegada a Francia le parecía tan lejana...

El periplo había comenzado gracias al comité que las damas de la Cruz Roja habían creado en Bradford, Inglaterra. Todas las señoritas de buena familia de la

ciudad se habían comprometido a conseguir fondos para la guerra: conciertos, bailes, venta de boletos para rifas... El entusiasmo de aquellas jóvenes corría de mansión en mansión y sus adineradas familias hinchaban el pecho cuando se presentaban los informes mensuales en cada acto benéfico. Shirley se volcó en un trabajo que consideraba primordial para ganar esa guerra horrible que ya estaba afectando a su querido hogar. El goteo incesante de muchachos que viajaban al frente dejaba una ciudad en la que las fábricas comenzaban a resentirse por la falta de mano de obra y en los mercados ya no se podían encontrar ciertos artículos que antes eran fáciles de conseguir. Los círculos de sociedad se lamentaban por la pérdida de algún muchacho conocido en aquellas tierras extrañas en las que se libraban las batallas y la preocupación teñía las veladas debido a la marcha de los primogénitos; la guerra monopolizaba las conversaciones mantenidas por los patriarcas con una copa en la mano tras la cena.

El padre de Shirley era un industrial adinerado gracias al imperio textil que reinaba en Bradford. Como hija única, la joven había sido la depositaria de grandes esperanzas de afianzar y extender el negocio gracias a alguna alianza con una de las grandes familias, ya fuera de la ciudad en la que vivían o, como suspiraba la madre, del propio Londres. En la mansión de los St. John nunca faltaron las institutrices que hablaran varios idiomas, incluido el alemán que ahora tanto aborrecían, los profesores de música e incluso uno de matemáticas que tuvo que rescindir su contrato dada la imposibilidad de Shirley de centrarse en los números. Sus padres potenciaron aquellas aptitudes que consideraron atractivas para una unión deseada: una educación exquisita, su dulzura en la interpretación musical y una imaginación modelada en la recreación de alguna pieza literaria que sacaba sonrisas y aplausos al resto del círculo empresarial que visitaba a la familia.

El camino de la muchacha parecía bien delineado hacia la consecución de ese objetivo. Pero lo que no pudieron prever sus padres fue que esa misma imaginación y su inclinación por lo bello iban a recrear una imagen romántica de la unión entre un hombre y una mujer, aderezada por los versos de los poetas que ensalzaban ese sentimiento.

Llegaron las tardes leyendo hasta sentir que le dolía el alma por las imágenes que las letras le evocaban. Al señor y la señora St. John les entró un relativo pánico cuando Shirley anunció que esperaba al amor de su vida para casarse. Ella lo percibió en el tembloroso labio superior de su madre y en el fruncimiento de cejas de su padre al tomar un sorbo de su brandi vespertino, pero estaba

dispuesta a defender el amor verdadero por encima de todo, ese sentimiento que había acariciado a través de las páginas de sus libros y que estaba segura de encontrar en algún lugar. ¿Quién, sino ella, para darse cuenta de los signos cuando lo tuviera delante?

Al poco tiempo estalló la guerra y, al principio, los padres de Shirley vieron con satisfacción cómo la energía de su hija convergía en aquel grupo de muchachas que formaban el comité de la Cruz Roja de Bradford y supusieron que esa rebeldía propia de la edad se diluiría en cuanto viera el esfuerzo que había que realizar para conseguir cualquier objetivo. Pero Shirley era tenaz. Cuanto más conocía de la guerra y del estado de los soldados en las trincheras, más deseaba ayudar. La muchacha se podía imaginar a los valientes soldados, con sus rostros demudados en un gesto de sacrificio, haciendo frente a las hordas de enemigos con sus fusiles levantados y las cartas de sus damas bajo el uniforme, cerca de su pecho para insuflarles calor.

En uno de los conciertos en los que se declamaban poemas patrióticos para conseguir el reclutamiento voluntario, el comité le pidió a Shirley que leyera uno de los suyos. Su voz dulce y la pasión con la que sentía aquellos versos solicitando toda la ayuda posible para una guerra justa velaron los ojos de los asistentes e inflamaron tanto los corazones de los jóvenes que aún no se habían alistado como el suyo propio. La chica pudo ver la resolución en la mirada de aquellos que acudirían a las oficinas de reclutamiento al día siguiente, y ella tomó la suya: pertenecería al destacamento de ayuda voluntaria. Sería una VAD y serviría lo más cerca del frente que le permitieran.

Un certificado médico, una solicitud con referencias, en la que convenció a buena parte de las familias de sus amigas para que apoyaran su candidatura, y una entrevista después, Shirley fue aceptada como voluntaria y firmó un contrato en el que se comprometía con las tareas que le asignaran durante seis meses, tras un primero a prueba. Pero la falta de personal sanitario era tan grande en 1915 que, tras una ligera preparación en primeros auxilios, se les concedió la licencia para viajar hasta Francia si cumplimentaban tres meses de experiencia en alguno de los hospitales británicos.

Los padres de Shirley se alarmaron con la decisión de su hija de trabajar en el hospital Saint Thomas en Londres. Se habían producido los primeros ataques de zepelines sobre suelo británico y la población civil comenzaba a preocuparse. Su amada isla no estaba a salvo de los asesinos silenciosos que cruzaban el cielo sobre el mar cargados de bombas, y la aviación aliada parecía no poder detenerlos. Pensaban que no era adecuado que su única niña abandonara la

seguridad del hogar para aventurarse en la capital del imperio, pero accedieron con la esperanza de que la visión de los cuerpos lisiados que llegaban desde el frente le quitara esa absurda idea de ser voluntaria. Además, la madre de Shirley intentó sacar partido de aquella decisión infantil de su pequeña: mantenían contactos con diversas familias de relevancia y le hizo prometer que les entregaría una misiva en mano con el ruego de que cuidaran de ella durante su estancia, y con el propósito de que la invitaran a su círculo social de tanto en tanto. A Shirley no le pasó desapercibido que en cada una de ellas existiera un primogénito en edad casadera que aún no se había alistado. Sin embargo, si ese era el precio que debía pagar para que accedieran a su viaje, lo pagaría con gusto.

Eso fue lo que les juró a sus progenitores, pero en cuanto comenzó sus servicios como VAD se dedicó por completo a su nueva tarea y olvidó una promesa que no le interesaba lo más mínimo.

En aquel enorme hospital se encontraba un poco cohibida y en realidad no le dejaban hacer demasiado. Las aspirantes a VAD seguían a las escasas enfermeras cualificadas como patitos a la mamá pata observando todo a su alrededor y bajando la cabeza cuando algún médico les preguntaba cualquier cosa. Shirley jamás había visto un cuerpo masculino desnudo, y la primera vez que les impartieron unas nociones de anatomía sobre uno de los soldados heridos, que miraba divertido, el rubor que encendió sus mejillas casi la evaporó por completo. Cada vez que se cruzaba con alguien después de ese momento por los pasillos tenía la sensación de que podía ver los restos de vergüenza en su rostro. ¡Qué lejano le parecía ahora aquello! ¡Qué estúpida era esa otra Shirley que conservaba su dignidad y su inocencia intactas!

Su decisión de partir hacia el frente flaqueaba todas las noches, cuando cruzaba la puerta de su diminuta habitación con la sensación de inutilidad prendida en su uniforme. En ese preciso momento, se le pasaba por la cabeza la absurda idea de que quizá las cosas no eran como ella se había imaginado. Pero antes de dormir releía sus poemas preferidos y el romanticismo volvía a insuflar calor a su pecho. Entonces tenía la certeza de que en el frente se comportaría de otra manera y que podría ayudar de verdad.

La decisión definitiva la tomó el día en que Londres ardió por las bombas de los zepelines alemanes.

A la caída de la noche del 13 de octubre, las detonaciones de los cañones antiaéreos hicieron temblar a los londinenses. La mayoría cerró puertas y aseguró las ventanas de sus hogares como recomendaban los periódicos. Shirley

contempló desde la suya un cielo en el que las estrellas brillaban débilmente debido a los haces de luz dirigidos hacia ellas desde tierra; rastreaban la figura amenazante del dirigible enemigo. Entonces lo vio. Cruzó por delante de ella, majestuoso, ocupándolo todo, y voló hacia el corazón mismo de Londres, recordándole a cada uno de sus habitantes que la guerra podía llamar a la puerta de su hogar en cualquier momento. Su figura alargada, iluminada por los enormes focos, parecía una inmensa ballena grisácea sondeando el océano y, por un instante, la belleza de la imagen aisló a la muchacha del terror que significaba aquella visita. Los primeros fuegos tiñeron de naranja la oscuridad y las explosiones rugieron en la noche. Shirley cerró entonces las contraventanas con un golpe seco y las paredes temblaron; no supo si por su gesto o por las bombas que dejaba caer el zepelín. Se acurrucó en la cama y mantuvo la cabeza dentro de las mantas hasta que se durmió por agotamiento con el cabello húmedo de sudor pegado al rostro.

«¡Mujeres! ¡Niños! ¡Hay niños muertos!», susurraban a la mañana siguiente sus compañeras, sin atreverse a levantar la voz. Sin embargo, cada palabra resonaba como un grito de pánico. El caos se había adueñado de los pasillos del hospital. El miedo y la incertidumbre habían tatuado las paredes de cada edificio, los soldados convalecientes apretaron los puños y en su silencio se leía la incredulidad: ¿dónde se podía estar a salvo de la guerra entonces?

Shirley salió a recorrer la ciudad antes de comenzar su turno. Necesitaba tener la certeza de que todo había sido real, de que la lucha no era en vano. Había oído que la mayoría de las víctimas se habían producido en las cercanías del teatro y hacia allí se dirigió.

Londres estaba extrañamente silenciosa, como si los transeúntes tuvieran miedo de levantar la voz por si cualquier ruido pudiera atraer las bombas alemanas de nuevo. Las calles, siempre bulliciosas, lucían desiertas y las tiendas no habían abierto sus puertas como de costumbre. Al llegar a Covent Garden, los daños en las fachadas eran evidentes, y cuando llegó a la confluencia de las calles Wellington y Exeter los cascotes se habían adueñado de la calzada. Los altos edificios mostraban heridas profundas, pedazos desmoronados, trozos de maderas colgando en precario equilibrio. La muchacha se movía con cuidado, explorando lo más profundo de aquella selva ignota que tan poco se parecía a la hermosa ciudad que la había acogido. El distrito de los teatros era una zona muy concurrida a cualquier hora del día, pero en aquel momento solo los curiosos observaban los escombros. Las oficinas del *Morning Post* se encontraban muy cerca y algunos jóvenes periodistas sacaban fotografías del lugar y tomaban

notas apresuradas con los rostros serios; aún se podían ver algunos cuerpos envueltos en improvisados sudarios cubiertos de polvo negro. Shirley no podía creer que los alemanes quisieran acabar con la civilización: teatros, periódicos, hogares, población civil. Con las manos sobre el pecho, como queriendo retener el corazón, que le latía presuroso, decidió que haría todo lo posible para paliar el sufrimiento que los alemanes estaban causando. Iría a la fuente del conflicto. Allí era donde se debía luchar: en la raíz, en el epicentro.

En cuanto tuvo la experiencia necesaria, volvió a Bradford con un contrato para servir en uno de los hospitales franceses que solicitaban VAD, tratando de cubrir las deficiencias de personal sanitario cualificado. Necesitaba la autorización de su padre para rubricarlo. No fue fácil conseguirlo. Ante la negativa paterna a su viaje hacia el continente, Shirley se encerró en su habitación en huelga de hambre. Literalmente, se alimentó de los versos de Keats o de Wordsworth durante tres días. Su madre lloró y suplicó que cesara en su empeño ante su puerta cerrada, y su padre, al final, tuvo que claudicar gracias a los lamentos sobre su culpabilidad por la pérdida de su única hija que su esposa le dedicaba cada vez que lo veía. Sin embargo, la firma del contrato le valió un gesto de suficiencia del patriarca, que vaticinó que no aguantaría. Tras esas palabras, guardó silencio hasta que, al despedirse de ella en el ferri, le espetó un: «Aprenderás la lección».

Por lo visto, iba a tener que darle la razón, aunque aún no sabía lo que su estancia en Barleduc le había enseñado. El trabajo de una voluntaria era durísimo y las enfermeras no se lo habían puesto demasiado fácil. Aun así, Shirley creía que podría encontrar su lugar en un sitio como aquel, hasta que la muerte de Carrier había resquebrajado la fina coraza que se había ido labrando desde Londres. Haber encontrado en aquella ciudad francesa al amor de su vida también le había ayudado a sobrellevarlo todo, hasta que... Deslizó las yemas de los dedos por la ventana e imaginó que bajaban por el pecho de Alain. El frío que traspasaba el cristal se tornó ardiente.

Al principio, tan solo fueron miradas. El brillo de sus ojos verdes le recorría el cuerpo con una avidez que nadie le había mostrado. Luego llegaron las palabras: inocentes cumplidos, charlas sobre el tiempo, peticiones de ayuda... Pero siempre con esa atracción en cada una de sus conversaciones que los llevaba a buscarse con más frecuencia. Encuentros inesperados en el corredor o en el jardín, una mano alzada solicitando su presencia junto a la cama para levantarse, conversaciones banales que se alargaban y se convertían en confesiones. Alain le contó todo por lo que tuvo que pasar en aquella trinchera, le habló del dolor de la

pierna que no existía y de la esperanza de que su vida volviera a ser completa. Y seguía mirándola cuando pronunciaba esas palabras. Traspasaba la tela del uniforme y llegaba hasta lo más profundo de su pecho. Cuando entraron en aquel cuarto que servía de trastero y notó su mano cálida colándose por debajo de la blusa y acariciándole los pezones no se sintió violentada. Ni siquiera cuando esos mismos dedos la despojaron del uniforme de manera torpe, en un movimiento propio de un hombre lisiado, y se metieron entre sus piernas buscando su humedad se sintió desnuda.

Apoyó la frente en el cristal y respiró sobre él hasta formar un círculo mate. Alain le había dicho que su relación había terminado el día anterior. Shirley no lograba entenderlo. Había ido a buscarle para desahogarse por lo de la carta de su padre y por la decisión que debía tomar. Llevaba un par de días sin verle y tan solo quería que la abrazara porque no dejaba de ver a Carrier cuando cerraba los ojos. Quería que le asegurara que todo saldría bien. Salió del edificio principal y caminaba por el corredor del Exelmans hacia su pabellón cuando los vio.

La escena la dejó paralizada en el pasillo donde se encontraba el almacén de sus encuentros secretos. La mano de la mujer, una enfermera del pabellón contiguo, aún estaba apoyada en la manija con la puerta entreabierta; la de él, en su cintura. Cuando lo miró a los ojos supo que algo iba mal: el verde de sus iris tenía el tono ahogado del verdín, no el brillo que ella conocía. Pero necesitó oírlo de su boca para confirmar el porqué de ese vuelco que había sentido en el pecho. «Ya no te quiero, Shirley, vuelve a Inglaterra y busca un *gentleman* acorde con tus aspiraciones». Y luego esas tres palabras que bastaron para hundirla cuando trató de que le explicara, cuando lo asió de la manga para que se encarara con ella... Todo lo que había construido a su alrededor, ese castillo de naipes hecho de promesas, de sueños y de deseos, se desmoronó al instante, como si, al pronunciarlas, hubieran desatado un vendaval con el aire expulsado de su boca. Ni siquiera sabía cómo había regresado a su habitación con las mejillas húmedas y la garganta seca. Tres únicas palabras y algo se quebró en su interior: «No te rebajes».

Se le revolvió el estómago y se quedó mucho tiempo sobre la cama, intentando buscar una salida del agujero en el que se había metido ella sola. Leyó poesía de forma feroz para aferrarse a algo hasta que las letras se desdibujaron y no pudo seguir.

Shirley casi había olvidado el rostro de la enfermera con la que estaba tonteando. No recordaba los gestos precisos que la habían llevado a acercarse y a preguntarle con incredulidad qué estaba haciendo, o si había golpeado su pecho

y él había chocado contra la pared, las muletas repiqueteando sobre el suelo en la caída. Un velo había ocultado el resto de la conversación, si se podía llamar de tal modo al intercambio que habían mantenido, pero no podía sacarse aquella frase de la cabeza: «No te rebajes». El mundo le pareció un lugar horrible. ¿Qué había pasado para que los sentimientos de Alain hubieran cambiado tanto? ¿Qué había hecho mal? Se lo entregó todo y ahora no tenía nada. Tan solo sensaciones que podían haber sido fruto de su imaginación, imágenes irreales, sueños truncados.

No lo entendía. La tarde anterior a la muerte de Carrier le confesó que la amaba en aquel mismo cuarto. Alain se había sentado en una caja de madera para estar más cómodo con su pierna destrozada y ella se había desnudado lentamente mientras, entre jadeos, él intentaba atraparla para lamerle los pechos. Luego la había tomado de las caderas hasta tener su ombligo a la altura de la boca y con dos dedos separó los labios de su sexo. Le sopló su aliento cálido y ella pensó que se derretiría allí mismo. Luego sintió cómo la humedad de la lengua de Alain se internaba entre sus pliegues y se mezclaba con la de ella, mientras mantenía las palmas de las manos sobre sus glúteos, acercándola aún más. Así jugaban siempre, aunque nunca habían llegado más allá. Hasta ese día. Shirley necesitaba más y él también. Le desató la cinta de los pantalones de convaleciente y liberó una erección que contempló fascinada. Él se acariciaba y la miraba con un deseo feroz en sus ojos felinos; tomó su mano, que temblaba, y la urgió a que le tocara. El suspiro de satisfacción de Alain la animó a ser más audaz y exploró la piel suave, comprobando su movilidad, la textura y el calor que desprendía. Clavó sus ojos en la boca entreabierta y supo que iba a dar un paso más. Se sentó a horcajadas sobre él y se dejó caer mientras ahogaba un gemido. No le importó el dolor en su sexo recién abierto cuando se prendió en sus labios mediante un beso profundo y sintió la dulzura de su sabor. Poco a poco se acomodó al ritmo que le imponían sus manos apretando las caderas. Lo sentía ardiendo y ella se quemaba con gusto. Fue en ese momento cuando le confesó que la amaba, justo antes de derramarse dentro de ella.

Se alejó de la ventana. La carta de su padre esperaba sobre el escritorio y, a su lado, la renuncia a su labor como VAD. «Es una orden», gritaba su padre en la despedida. Si Alain hubiera estado con ella, aquella misiva estaría hecha pedazos y se estarían riendo de la vanidad de la clase alta británica. Pero no. Regresar a casa no era una opción. Podía enfrentarse con el abrazo condescendiente de su madre, pero no con el de suficiencia de su padre. Tendría que plegarse a sus deseos, casarse con quien eligieran ellos, llevar una vida de fiel esposa y líder de

la sociedad de la industria textil. Se ahogaba solo de pensar en ello. Aún sentía el calor de las manos de Alain sobre su cuerpo. ¿Cómo permitir que otro la tocara del mismo modo? Cerró los ojos como si, al abrirlos, todo fuese a desaparecer y las cosas pudieran ser como antes, cuando sus únicos problemas eran la enfermera Hinault y el trabajo diario. No, no podía continuar en Barleduc.

Quizá lo mejor fuera viajar a Inglaterra y acudir a alguna de las escuelas de enfermería en Londres. Convertirse en titulada e intentar ganarse la vida para dedicar sus ratos libres a la literatura, como siempre había deseado. Así podría huir de la influencia de sus padres y buscar su propio camino, aunque... ¿sería capaz de realizar un buen trabajo después de todo lo que había pasado? ¿Podría soportar dedicarse a eso para siempre? ¿Y si perdía a otro paciente? El rostro del soldado muerto se le aparecía cada vez que cerraba los ojos. Movía los labios como queriendo decirle algo y ella se acercaba todo lo que podía, pero tan solo escuchaba un lamento que subía de volumen hasta que se despertaba con la respiración entrecortada y un dolor pesado en el centro del pecho. No había servido de nada despedirle en aquel cementerio; ella sentía que había quedado pendiente algún tipo de deuda que no pudo pagar. El viejo cementerio de Barleduc se parecía un poco al de Undercliffe, con su avenida central ribeteada de hierba y las estatuas de piedra gris embelleciendo las lápidas. Pero el de su hogar era más antiguo y relucía con una pátina de inmovilidad que el de Barleduc no poseía. El de la ciudad francesa olía a muerte fresca, a tierra removida, a imprevisibilidad. Shirley se encontraba varada entre dunas desconocidas, desorientada y sin horizonte al que dirigirse.

Se acercó al escritorio y rozó el papel de su renuncia con el dedo. Era su única opción. Lo dobló cuidadosamente y lo guardó en el bolsillo del delantal. Desde el espejo de la cómoda, una Shirley de ojos hinchados y piel transparente la miraba con curiosidad. «Tendrás que comenzar una nueva vida», le advirtió sin convicción alguna. Y apartó la mirada, avergonzada por la mujer en la que se había convertido.

Salió de la habitación y se dirigió al despacho del comandante Mercier. Le entregaría el documento y le pediría una carta de recomendación para presentarla en Londres. Mercier siempre se había mostrado amable con ella. Seguro que no pondría ningún reparo en escribir unas palabras sobre su paso por el hospital.

Los despachos se encontraban en el piso inferior. Había bajado las escaleras de dos en dos, como si algo pudiera hacerle cambiar de opinión antes de llegar y no quisiera pensar en otra posibilidad. Pero al acceder al ala donde se encontraba el corazón del hospital detuvo su avance y retuvo el aire en los pulmones, igual que

al entrar en una iglesia. No se oía ningún ruido ni parecía haber actividad. Los muebles oscuros y los cuadros tapizando las paredes daban a la estancia un aire regio que le disgustaba. De repente, un soldado salió de uno de los despachos con un fajo de documentos en la mano y se cuadró al verla. Shirley se sobresaltó. Se quedaron los dos en silencio durante un instante, sin saber quién debía comenzar la conversación.

–Señorita... –saludó el soldado, llevándose dos dedos a la frente.

Shirley carraspeó y palmeó su bolsillo, donde crujió el papel de la carta.

–Ehh... Buenos días. Quisiera ver al comandante Mercier.

–El comandante se encuentra indispuesto, señorita, pero el director Guillaux estará en su despacho dentro de... –consultó el reloj de pared que tenía enfrente– una hora, si se trata de algo urgente.

–¡Oh! Vaya... ¡Qué contrariedad! –replicó la joven con el marcado acento inglés que le brotaba cuando estaba nerviosa o angustiada–. ¿Y sabe cuándo podrá estar disponible?

El soldado la miró como si fuera una criatura de otro mundo y se encogió de hombros.

–Ya, claro... –musitó Shirley–. Supongo que es una pregunta un tanto estúpida.

Se dio la vuelta y salió precipitadamente sin despedirse. Le entraron ganas de llorar, pero tenía los ojos extrañamente secos y solo le quedó un nudo en la garganta. No podía pedirle al director Guilloux que le escribiera la carta de recomendación. ¿Cómo se tomarían en Londres que no estuviera firmada por el responsable del hospital?

La luz se iba adueñando poco a poco del pasillo y se sintió estúpida. Debería volver a su habitación y continuar con lo que había decidido. Al fin y al cabo quizá no fuera necesaria la carta de recomendación de Mercier. Podría viajar a Londres, solicitar su ingreso en una escuela-hospital, tal vez en Saint Thomas..., y luego... Un pensamiento la paralizó e hizo que buscara apoyo en la pared cercana: para todo lo que quisiera hacer en Inglaterra necesitaba la autorización de su padre. Comenzó a respirar de forma entrecortada y se llevó la mano al pecho. La libertad de la que disfrutaba en Barleduc era un espejismo. A pesar de estar bajo las órdenes de las enfermeras encargadas de cada pabellón, podía hacer lo que quisiera en sus horas libres. En Londres, no. ¿Y si contactaba con la FANY? Sabía de la labor en el frente francés de esa magnífica unidad femenina, la First Aid Nursing Yeomanry; mujeres con conocimientos de enfermería que actuaban de enlace entre los hospitales de campaña y el frente, incluso como conductoras de ambulancia. Ella sabía conducir; su padre le había enseñado

como regalo en su último cumpleaños, y con lo que había aprendido como VAD, quizá... Pero lo descartó al instante. Su admisión pasaba por regresar a Londres, presentarse a otra entrevista y solicitar un ingreso que no tenía asegurado sin el consentimiento paterno. Volvía a estar atrapada.

Entonces vislumbró cómo una sombra conocida bajaba las escaleras y se perdía en el primer recodo. Reconoció la figura de la señorita Curie por la espalda erguida y ese caminar que rebosaba seguridad. La llamada murió en su garganta en un instante de duda y, cuando pensó que no era descabellado solicitarle consejo, había desaparecido de su vista. Decidió alcanzarla.

El edificio aún no se había desperezado y las sombras alargaban los rincones de forma extraña. Llegó a la planta baja justo a tiempo de ver cómo Irène se desviaba por uno de los pasillos que se desgajaba del corredor principal y aceleró el paso.

Los ventanales que se abrían a ambos lados coloreaban las paredes de un malva desvaído. El sol intentaba abrirse paso entre la neblina del alba. El murmullo del hospital que despertaba era ahora audible y Shirley pudo ver cómo los soldados salían de sus barracones y acudían a los comedores para desayunar. Arrastraban los pies y el sueño debido a un cansancio que poco tenía de físico. Pasaban a su lado sin apenas fijarse en ella, en silencio, como fantasmas de un ejército de otra época que aún no hubiera abandonado el cuartel de infantería. Y ella estaba allí como podía no haber estado. Una chica sin importancia, sin destino, sin capacidad de decidir por sí misma. Necesitaba hablar con alguien para saber que aún existía.

Cruzó el vestíbulo y avanzó por el pasillo de la derecha. No se había equivocado al elegirlo, ya que la vio desaparecer por la boca oscura de la escalera de acceso a los sótanos, donde se guardaban el material de repuesto, los productos sanitarios y el autoclave. Shirley se detuvo, indecisa. Esa zona del hospital siempre le había dado pavor y jamás se adentraba en ella sola.

Dos voces femeninas subieron a través del hueco de la escalera. Parecían discutir, porque el tono subía de volumen cada vez más. Venciendo su reticencia, Shirley comenzó a bajar los peldaños sobre la punta de los pies, silenciosa.

–¡... hacer tal cosa! –Las palabras de Irène Curie le llegaron ahora con más nitidez. El sótano olía a humedad y a un frío rancio que jamás abandonaba el lugar, ni siquiera en verano. Los techos altos y las paredes de piedra daban una cualidad extraña a los sonidos, que parecían llegar de varios puntos a la vez. Las cajas a medio abrir se apilaban en un lateral y algunos productos se amontonaban sin orden ni concierto a su alrededor esperando ser colocados:

mantas, cazuelas, gruesas velas de cera amarillenta... En el otro lateral, los productos sanitarios estaban separados diligentemente: las vendas y gasas formaban el grupo principal; a su lado, los frascos con algunos medicamentos con las etiquetas escritas con tinta a la vista; el material quirúrgico reposaba en cajas metálicas formando una columna. A pesar de la colección de artículos que había en el almacén, el espacio daba la sensación de estar extrañamente vacío, como si estuviera destinado a albergar muchas más cosas y un gran desastre se las hubiera llevado casi todas, dejando tan solo restos deslavazados.

–No hay otra opción o, por lo menos, mi mente perversa no da con ella. – Berthe Hinault pronunció «perversa» con una extraña frialdad que hizo estremecer a Shirley. La pelirroja se escondió instintivamente tras las cajas de mantas; a la última persona que quería encontrarse en esa situación era a la enfermera Hinault.

Se escuchó un suspiro de rendición.

–Está bien, si las cosas son tal y como me las ha relatado, el hospital no perdería nada con su marcha –accedió Irène–. Aunque me sigue pareciendo que se podía intentar hacer de otra manera.

Shirley se asomó un poco y pudo ver cómo Berthe giraba a Irène para enfrentarse a ella y esta retrocedía un par de pasos alejándose de su contacto, como si hubiera sentido una descarga eléctrica con el roce de sus manos.

–Escúcheme, señorita Curie: usted quiere llevar al frente a su *petit curie* y encargarse personalmente de la radiología de los heridos. Yo sé que puedo organizar un hospital de primera línea mejor que cualquiera de los cirujanos que irán a reforzar el servicio de evacuación de Verdún. El capitán Billet saldrá en breve hacia Baley-court para dirigir el hospital de campaña que recibe a los heridos de ese frente. ¿Sabe las ideas que tengo para mejorar la atención inmediata a los soldados? ¡Pero aquí no me dejan! ¡Aquí soy solo una enfermera que debe obedecer sin rebatir nada de lo que se le pida! –Se miraron en silencio durante un instante–. Por los cauces normales no tendríamos opción.

–Baley-court está muy cerca de las fortificaciones de Verdún. ¿Ha escuchado los rumores? –preguntó Irène con calma.

–¿Sobre la movilización de tropas alemanas hacia esa zona? Desde luego. –A Shirley le recorrió un escalofrío por la nuca. De repente sentía mucho frío. Berthe continuó hablando–: El regimiento de cazadores de mi prometido se dirige hacia allí para reforzar la defensa, según su última carta. –Suspiró–. Para una mente racional como la suya, lo que le voy a decir le sonará a superstición, pero sé que va a pasar algo y también sé que yo debo estar allí, al igual que

«sentí» el momento en que la carga de un tren aplastaba las piernas de mi hermano cuando tuvo el accidente y el instante preciso en el que mi padre expiró su último aliento estando yo fuera de casa. Tengo que estar cerca de Verdún.

Irène sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa.

–Usted tiene sus motivaciones y yo las mías. No me meto en lo que las impulsa, solo necesito que me lleve allí para cumplir mi cometido. Y sí, tiene razón en que a veces es necesario transgredir para poder avanzar y no pensar en los peligros que eso implica. Quizá toda esta barbarie sea la ocasión para demostrar de lo que somos capaces las mujeres.

Shirley comenzó a retorcerse las manos. Quería salir y quería seguir escondida, taparse los oídos y gritar que ella también estaba allí, desaparecer y, a la vez, dar un paso hacia delante. La Shirley de unos meses atrás se iría corriendo, pero la de ahora tan solo quería una oportunidad de reinventarse y de ser otra persona: una a la que no pisotearan, dueña de sí misma y de sus decisiones. Apretó los labios mientras el germen de algo totalmente impropio de ella enraizaba en su mente e iba ocupando huecos que hasta hacía poco estaban ocupados por otros sentimientos. La voz de Berthe inundó la sala.

–La oportunidad para acercarnos al frente es ahora, con el capitán Billet. El hospital de Baleyecourt es un desastre: escasean los sanitarios y la red de evacuación es muy pobre. Si los rumores de un ataque por parte de los alemanes a Verdún son ciertos, debemos estar allí para organizar una asistencia en condiciones. Y sé que... –Las últimas palabras se perdieron en un murmullo ininteligible.

–¿Qué sabe?

Berthe apretó los labios y negó con la cabeza.

–Nada que le incumba. Ya le he contado bastante.

–Le ofrecí una tregua cuando accedí a enseñarle radiología. Demuéstreme ahora que no me equivoqué –repuso Irène.

–Me buscará de un momento a otro, no le quepa duda. Es lo único que tiene que saber. Me buscará desesperado porque esta semana soy la encargada de recibir los suministros y tengo bajo llave toda la remesa de morfina. Entonces le ofreceré lo que él quiere a cambio de lo que yo..., de lo que nosotras queremos, de lo que es mejor para este hospital y para la guerra.

–Yo voy también. –La voz de Shirley sobresaltó a las dos mujeres, que se dieron la vuelta hacia ella, llevándose las manos al pecho.

–¡Señorita St. John! ¿Nos ha estado espiando? –Los ojos de Berthe se habían oscurecido por la ira y se asemejaban al océano en plena tormenta.

–Lo siento, no era mi intención –titubeó–, pero ahora que conozco sus planes yo también quiero ir.

–Shirley –Irène comenzó a hablar con voz pausada–, si nos ha estado escuchando, sabrá que intentamos hacer algo completamente inapropiado para ir a zona de guerra. Una zona que nos está vedada y sobre la que circulan rumores de un ataque alemán en breve. ¿Por qué quiere arriesgarse?

–No tengo adónde ir.

Berthe resopló e Irène se quedó observándola con atención. Debió de ver la desesperación que traslucía su rostro o el gesto de súplica silencioso de sus labios, porque ladeó la cabeza y asintió levemente.

–Está bien. Ya es mayorcita para decidir lo que quiere hacer. Por mí, no hay inconveniente.

–¡No, no, no! ¡Ni hablar! ¡Me niego a llevarla con nosotras! ¿Qué va a hacer una voluntaria en el frente? Ni siquiera sabe...

–Sé conducir –interrumpió Shirley–. Puedo relevar a la señorita Curie al frente del *petit curie* cuando sea necesario.

Irène miró a Berthe con la decisión impresa en su gesto.

–Ya ve, señorita Hinault. Piénselo, los hombres deciden que las mujeres no podemos hacer ciertas cosas. Yo no voy a decidir por una de nosotras. Shirley St. John entra en el trato.

* * *

Horas después, cuando la tarde se deshacía lánguida en destellos anaranjados, Shirley volvía a recitar versos, en esta ocasión, de Wordsworth. Su significado era el preciso para el estado de ánimo en el que se encontraba. Avanzaba de un lado al otro de la habitación a grandes zancadas con la furia lamiendo cada paso. La carta de su padre se encontraba hecha pedazos sobre la cama. Con cada trozo de papel rasgado, una promesa. Jamás volvería a permitir que le dictaran su vida.

*Sea cual sea su misión, a nadie
hallará más agradecido, hastiado
de la urbe donde he sobrellevado
perpetuo descontento y libre ahora
cual ave que se posa donde quiera.
¿Qué hogar me acogerá? ¿Entre qué valles
tendré mi puerto? ¿Bajo qué arboleda*

*construiré mi morada? ¿Qué hondo río
me dará la canción de su murmullo?
La tierra está ante mí. Con corazón
alegre y sin temer la libertad,
contemplo. Y aunque sea solo alguna
nubecilla quien guíe mi camino,
extraviarme no puedo.*

El poema hablaba de un preludio, y en medio de uno se encontraba la muchacha inglesa. Aunque la espera la estaba reconcomiendo. Había apostado a la carta más alta junto con Irène y Berthe, y no sabía si la jugada le resultaría victoriosa, pero era su única salida a la encrucijada en la que se encontraba en ese momento. Necesitaba un salto hacia delante, una huida, hacer algo inesperado y contrario a su naturaleza. Y así lo había hecho.

Unos golpes ligeros sonaron a través de la puerta. La joven se detuvo y aguantó la respiración. Aún estaba a tiempo de echarse atrás, pero quería ser una Shirley diferente a la que había visto amanecer ese mismo día, aunque también hubiera estado recitando un poema de Keats. Eso jamás iba a cambiar. ¿Podría despertar, con esa llamada a su puerta, una Shirley extraña que abandonara el camino marcado?

Berthe Hinault esperaba al otro lado para anunciarle si el plan había resultado. Miró la cama cubierta por los pedazos de papel y se apresuró a recogerlos todos. Los metió en el cajón de la mesilla. Paseó la mirada por la estancia buscando cualquier objeto que estuviera fuera de lugar, aunque era de naturaleza ordenada y todo estaba donde debía. Sonaron más golpes, esta vez impacientes y más fuertes. Se alisó la falda y musitó unos versos para darse ánimo: no podía permitirse mostrar debilidad en esos momentos.

*Si no puedo evitar tales pensamientos,
si tal fuese la intención de mis creencias,
¿no tengo razón para lamentar
lo que el hombre ha hecho al hombre?*

Se dirigió a la puerta y apoyó la mano en la manija como quien se dispone a abrir la caja de Pandora. No había vuelta atrás.

El rostro de una Berthe taciturna y oscura apareció tras la puerta. Profundos

círculos oscuros bordeaban sus ojos y su mirada estaba cubierta por una sombra que antes no existía. Las manos, cruzadas por delante del delantal, temblaban ligeramente.

–Está hecho. El comandante Mercier ha autorizado nuestro traslado a Baleycourt con el *petit curie* y firmado su renuncia como director del hospital. Partimos junto con el capitán Billet y un destacamento sanitario pasado mañana. Prepárese.

Capítulo XII

Los colores de la guerra: ocre, gris, negro

Glorieux (Verdún), 19 de febrero de 1916

Letras de Ixion para Adele

Ama,

Solo consigo pensar en tu mar. En que nunca lo he visto y nunca lo veré. En que me decías que yo tenía los ojos de aita y que él los heredó directamente de ese azul de sal. Ahora él me está llamando y tendré que fiarme de tu palabra, porque no podré comprobar si esto es así. No puedo escribir bien, ni centrar la vista en el papel. Las manos me tiemblan. Con toda la paciencia que tuviste para que la pequeñaja y yo aprendiéramos... No sé si podré despedirme de vosotras siquiera por carta. Ama..., tengo miedo.

El barracón albergaba alrededor de ciento cincuenta pacientes con enfermedades infecciosas, hacinados en un espacio oscuro y mal ventilado. Se encontraba al pie de la colina de La Chaume, un poco más al sur que la aldea de Glorieux y alejado del resto de edificaciones que acogían a los heridos de las trincheras de primera línea. Un bosquecillo joven, que nutría de madera las estufas, bordeaba la parte trasera y detenía en parte el viento helado del invierno. El camino que unía estos hospitales de campaña con el ferrocarril que llevaba a Barleduc y su hospital de segunda línea estaba en bastante mal estado. El trayecto hasta el tren de evacuación era de apenas tres kilómetros, pero el invierno y las lluvias de las últimas semanas lo habían convertido en una vía impracticable. El equipo que cuidaba de estos enfermos se componía de la doctora Nicole Girard-Mangin, varios camilleros que la ayudaban en las tareas de higiene y en las curas, y los oficiales administrativos que se pasaban de vez en cuando por allí para registrar

los decesos y los ingresos. El conductor de la ambulancia encargado del transporte y evacuación, Fouquet, realizaba cualquier tarea que la doctora le encomendara.

Cuando Adele llegó a Glorieux, la doctora se encontraba dando un paseo a *Dun* a lo largo de la linde del bosque. Él necesitaba hacer ejercicio y ella despejar la mente. Los camilleros se encargaban de sus tareas rutinarias en el barracón y Fouquet luchaba con el motor de la ambulancia, que se había congelado por segunda vez. Sus intentos de revivirlo arrancaban gemidos ahogados desde el cobertizo cercano.

Tras la sorpresa inicial, la doctora Girard se hizo cargo de la situación y accedió a que Adele visitara a Ixion. Conocía a cada paciente por su nombre de pila y sabía a quién estaba buscando esa mujer mayor con aspecto cansado y un brillo de tristeza en la mirada. La joven le entregó un pañuelo y le indicó que se lo anudara al cuello para que le cubriera la nariz y la boca. Cuando entró en el barracón, Adele no pudo por menos que arrugar la nariz a pesar de la tela. El hedor a heces líquidas, sangre y vómitos ácidos lo impregnaba todo. Y subyacente a esto, el aroma intenso a desinfectante le hormigueó en el rostro hasta que se le llenaron los ojos de lágrimas. El estado de los muchachos allí ingresados la sobrecogió. Ella, que había lidiado con la enfermedad y la muerte durante toda su vida, jamás se había encontrado con tanta podredumbre. Las hileras de camas ocupaban toda la sala principal y apenas tres estufas alimentadas con leña calentaban la estancia. Los armazones de hierro pesado albergaban un fuego intenso y los tubos que evacuaban el humo que producía apenas daban abasto, por lo que una leve neblina flotaba perenne alrededor. Los hombres de uniforme con el distintivo de la cruz roja prendido en el brazo se afanaban lavando a los pacientes, limpiando el pabellón o yendo de un lado a otro con los brazos repletos de material.

La ropa de cama sucia se amontonaba en un rincón a la espera de que la anterior tanda cumpliera el tiempo de hervido reglamentario en las grandes ollas que se mantenían en el fuego de la cocina. Ni siquiera el frío que se colaba por la rendija de una ventana disminuía la intensidad del olor. La doctora acomodó su paso al vacilante de ella y la guio entre las camas. Le impresionó el silencio. Los muchachos apenas tenían fuerzas para gemir. No solo había pacientes con fiebre tifoidea, la disentería y la meningitis también hacían acto de presencia. Los enfermos de meningitis, afectado su cerebro por la inflamación, eran los únicos que elevaban la voz cuando se encontraban en pleno delirio.

Entonces lo vio. Dos camilleros lo sujetaban de las axilas mientras estaba

sumergido en una tina llena de agua. La piel azulada estaba cubierta de vetas rojizas que formaban una telaraña gigantesca. Temblaba violentamente y los dientes entrechocaban en su boca con un sonido de huesos rotos.

–¡No! –chilló Adele mientras se abalanzaba sobre el cuerpo desnudo de su hijo y lo abrazaba–. ¡No, no! ¡Sáquenlo de ahí! ¡No le hace bien!

Uno de los camilleros la empujó, apartándola de Ixion sin miramientos, y le dedicó una mirada de incompreensión a Nicole.

–¡Tenemos que bajarle la fiebre! –repuso la doctora, adoptando una actitud defensiva–. Las inyecciones de quinina ya no son efectivas. El tratamiento sugerido por los expertos es este. Controlar la temperatura es lo único que podemos hacer por él, señora.

Adele se arrodilló y sostuvo el rostro de Ixion entre sus manos. Ni siquiera mostró algún signo de que la reconociera. Le acarició las mejillas y Nicole sintió una punzada de angustia en el pecho al ver la mirada que aquella mujer dirigía a su hijo. Suavizó su gesto.

–Está bien –ordenó a los dos hombres–. Sacadle del agua y llevadlo a su cama. Ocupaos de los demás.

Mientras Adele secaba a Ixion con una sábana y se reencontraba con cada lunar y cada pequeña cicatriz que se dibujaba en su cuerpo, Nicole se ausentó durante unos minutos. Al regresar, se quedó parada junto a ella en silencio.

–A veces no sé qué hacer –musitó la muchacha como si se estuviera justificando de algún modo–. Estoy sola.

–Ellos se enfrentan solos a la muerte. –Adele señaló a los soldados con la barbilla–. Y nosotros tenemos dos deberes: uno, luchar contra ella hasta el último aliento; dos, acompañarlos cuando se pierde la batalla. Ningún sanador puede olvidar eso. –Ixion entreabrió los ojos. Una tela pálida los cubría, aunque un brillo de reconocimiento le iluminó la mirada por un instante. Intentó hablar, pero las palabras le salieron mudas. Adele le besó los labios agrietados y el hombre volvió a caer en un sueño agitado. Ardía.

–¿Usted tiene hijos, doctora? –preguntó la anciana con un gesto inquisitivo. Nicole asintió sin abrir la boca–. Entonces puede ponerse en mi lugar. Pero no solo eso... Aunque no los tuviera, su oficio le obliga a ponerse en mi lugar. ¡Debe ponerse en mi lugar!

La doctora tragó saliva. Había sacrificado el cuidado de su único hijo en favor de su carrera de medicina. ¿Qué pensaría aquella mujer sobre su decisión? En un mundo de hombres, ser madre no era una posibilidad. ¿Con qué autoridad iba a encargarse de la vida de unos extraños cuando no se había ocupado de su propia

sangre? Era algo en lo que había cavilado en las noches de insomnio, cuando vertía un dedo de licor en su taza para poder conciliar el sueño en aquel hospital de campaña en el que la enfermedad no daba tregua.

Nicole le entregó a aquella mujer la carta que había ido a buscar al arcón donde guardaba los objetos personales de sus pacientes. Era la que Ixion había intentado escribir cuando llegó desde el fuerte de Belleville. Recordaba que le había pedido papel al poco de ingresar en Glorieux, pero no había podido terminarla antes de que le fallaran las fuerzas por completo.

–La guardé sin saber muy bien por qué. No tenía dirección, aunque algo me dijo que debía conservarla. Supongo que sé el valor que tendría para su madre. Ahora me alegro de haber seguido mi instinto –le dijo la doctora a Adele. Esta se lo agradeció con una mirada húmeda, pero no abrió el pliego de papel. No podía dejar de mirar el rostro consumido de su pequeño.

–Debería hacerle caso más a menudo. –La voz de Adele sonó muy cansada a través del pañuelo–. ¿Qué se le ocurre hacer por mi hijo, doctora Girard?

–¡Nada sirve! –El bufido de Nicole arrastró con él toda su frustración–. Ni la quinina ni los baños con agua fría le bajan la temperatura. Lleva unos días sangrando. Las lavativas le provocan aún más mal y no limpian lo suficiente. Sus intestinos están tan dañados que ya...

La mujer asintió con la cabeza. Las dos se quedaron en silencio mientras el esfuerzo por respirar de Ixion se hacía cada vez más evidente.

–No le he preguntado lo que ya sé, sino lo que puede hacer por él. ¿No ha escuchado lo que le he dicho antes? Se muere. ¡Quítele el dolor! ¿Qué clase de sanadora no ayuda a sus pacientes a morir sin dolor? –Los ojos de Adele ardían con indignación apenas contenida.

–¡No tengo medicinas! –gritó Nicole–. ¡Los suministros desde Barleduc nunca son suficientes! –Un hormigueo le cubrió el cuello y le subió hasta las mejillas. Supo que se había ruborizado debido a la rabia. Adele le puso la mano sobre el brazo y se lo apretó.

–Quiero darle algo –pidió mientras se descolgaba la bolsa que contenía sus hierbas medicinales. Sacó un frasquito y se lo mostró a la joven–. Le hará dormir y no sufrirá.

Nicole Girard-Mangin se la quedó mirando sin saber qué pensar. Hacía días que no le suministraban morfina para los dolores que sufrían sus pacientes. No eran prioritarios. Había discutido con su superior directo a cuenta de las evacuaciones, pero era cierto que el tiempo había empeorado mucho y los caminos estaban tan embarrados que las ambulancias apenas podían moverse. Y

no solo era la morfina, la solución de Dakin para desinfectar escaseaba y hacía mucho que debía hervir los utensilios y la ropa de cama de sus pacientes sin la solución de carbonato de sodio que se recomendaba para su desinfección. Se habían visto obligados a racionar la cal con la que trataban las heces y los vómitos, y se contentaban con enterrar el contenido de las letrinas en la parte de atrás, donde comenzaba el bosque, y cubrirlo con una fina capa de cal viva. Temía por su propia seguridad y por la de sus ayudantes.

El brote de fiebre tifoidea en Verdún había pillado al ejército francés desprevenido. Creían que la enfermedad estaba controlada con las vacunaciones masivas obligatorias a los soldados, pero en muchos casos se habían inoculado tan solo dos dosis de las cuatro recomendadas; el hospital de Val de Grace donde se fabricaba no daba abasto para cubrir las necesidades del frente. Nicole sospechaba que este había sido un factor clave para el brote que había surgido en Verdún. La cantidad de reservistas que no se habían vacunado en la ciudadela también era importante.

Ella era el único médico encargado de la fiebre tifoidea en el sector y sabía que le habían asignado ese trabajo porque no la consideraban capacitada para atender a los heridos en primera línea. Los enfermos infecciosos, los desahuciados..., a ellos sí que les podía asistir. Nicole había dejado de compadecerse de sí misma hacía mucho tiempo. Si le encargaban un trabajo lo hacía lo mejor que podía. Y sus pacientes la necesitaban. Aunque a veces se sentía impotente, como en esa situación: cuando la ciencia no llegaba para solucionar el dolor, cuando perdía su batalla particular contra la muerte, cuando no encontraba en los libros la manera correcta de actuar.

—¿Qué es? —preguntó con algo de desconfianza.

—Amapola. Los pétalos preparados de forma adecuada le inducirán un sueño tranquilo y la naturaleza hará el resto. Cuando la muerte le reclame, lo encontrará preparado. No tiene por qué créerme, pero no le daría a mi hijo nada que no fuera necesario, piénselo. En mi tierra natal era curandera. Conozco las propiedades de las plantas y los remedios que la tierra nos ofrece. Déjeme ayudar a mi primogénito con mi saber.

—Es su hijo, muy cierto. —Bajo el pañuelo, se adivinó la mueca de una sonrisa—. Prepare lo que sea y enséñeme. Si le va bien, puede servir para el resto de mis pacientes cuando... —Se interrumpió.

—¿Cuando ya no tengan cura? Dígalo, doctora. He venido para acompañar a mi hijo en la muerte. Es lo que debe hacer una madre. Es lo que debe hacer una buena sanadora. —Le dirigió una mirada de reprobación, como lo haría una

maestra con su alumna díscola, aunque Adele pudo ver en los ojos de aquella muchacha el brillo de quien está destinado a cuidar a los demás y la actitud de aprendizaje que le predisponía para ello.

Pidió a Nicole agua, fuego y un cazo donde preparar la infusión con los pétalos. No era la especie de amapola que se adornaba con las flores del color de la sangre, sino una rosada que guardaba para casos especiales desde hacía muchos años. El polvo de aquellas pétalos secos había estado en su familia durante varias generaciones y se utilizaba en ocasiones excepcionales.

Nicole dejó entrar a *Dun* en la cocina mientras Adele preparaba la medicina. Entre los movimientos rítmicos de la anciana con el mortero y el cálido pelaje del can bajo sus manos, dejó que sus pensamientos vagaran lejos de esa cocina.

Dun aún no era un perro adulto y ya le llegaba casi a la cintura. Ella lo adoraba. Había sido un regalo de su hermano cuando ambos ya estaban destinados en el frente. Se lo hizo llegar mediante un compañero al que sobornó con una promesa que Nicole ignoraba, pero cada vez que lo pensaba le hacía sonreír. Su hermano era único. Solo él podría prever el recibimiento que le habían ofrecido los jefes médicos en sus dos destinos anteriores, aunque el de Verdún había sido el peor. No le dejaron acercarse a ningún paciente durante semanas. Cuando se desató la epidemia, no tuvieron más remedio que recurrir a ella. *Dun* había sido su único consuelo en aquellos días y el cachorro no dejaba que nadie se le acercara.

Echaba de menos a su hermano. Habían estado muy unidos desde que Nicole se divorciara de su marido y siempre le había ayudado con su hijo, Stephen. Esperaba que el pequeño estuviera a salvo en el sur y heredase un mundo en el que pudiera terminar sus estudios en paz, aunque tener que elegir entre la ciencia y la familia le partía el alma en dos.

No había sido nada fácil separarse oficialmente de su marido, y mucho menos luchar porque sus publicaciones sobre el cáncer fueran aceptadas, pero Nicole era orgullosa y tenaz. Había retado al Ejército con su solicitud cuando se declaró la guerra: ella era médico y necesitaban efectivos. ¿Por qué no presentar sus servicios? El día que recibió la carta que le instaba a acudir al frente como oficial médico auxiliar supo que habían asumido que el título de doctor era de un varón y que iba a tener problemas cuando se percataran de la verdad, pero acudió. Lo vio como una oportunidad única de burlar la burocracia manejada por los hombres y utilizarla en su beneficio. Ninguno esperaba que tras el título de doctor pudiera haber una Nicole. Y para cuando lo supieron, tenía un nombramiento oficial en su poder y ya era tarde.

El golpeteo rítmico de Adele en la cocina cesó de repente y Nicole volvió de entre sus recuerdos para darse cuenta de que la anciana había terminado el preparado y ella se había perdido la mayoría de los pasos.

Ixion no podía tragar. Cada movimiento de su cuerpo era tan doloroso que, cuando los huesos pegados a la piel se desprendían con un crujido, su garganta se desgarraba en una queja. Adele le puso la pasta que había conseguido con el polvo de amapola debajo de la lengua. A los pocos minutos, el estertor cambió de tono y se volvió un poco más plácido. Solo entonces la madre abrió la carta y leyó las últimas palabras que Ixion le había dedicado.

Apretó los labios mientras lo hacía. La impotencia de no haber estado ahí cuando su hijo tenía miedo le dolía más que cualquier otra cosa. Y sin embargo se recreó en cada palabra varias veces antes de volver a doblarlo con cuidado. Sabía que su pequeño ya no volvería a hablarle y ese era su último mensaje. Acomodó aquel pedazo de papel entre los pechos con los que había alimentado a Ixion al nacer, sacándolo adelante cuando tan solo era un par de kilos de carne rosada y llanto. Le miró sobre el camastro y pensó que parecía haber vuelto al inicio: un cuerpo ovillado sobre sí mismo, tan liviano que parecía pesar lo mismo que un recién nacido. Ahogó un suspiro de rabia, tristeza y resignación. El saber lo que iba a encontrar no la había preparado para verlo así. Sus ojos ancianos se cubrieron de unas lágrimas que no quiso derramar, así que pestañeó hasta que la humedad se dispersó y pudo tragar aquel nudo de su garganta. Su pensamiento marchó hacia la granja y se preguntó cómo estarían Emille y el hijo de sus entrañas. Era lo único que le quedaba. Pero Ixion... La luz marina de sus ojos se apagaba como también se apagó la del padre, el amor de su vida, en un absurdo accidente al ser coceado por su caballo. Y jamás volvería a ver ese tono azulado y cambiante que el hijo había heredado. ¿Su nieto lo tendría al nacer? ¿Podría ser capaz de sacar adelante a un bebé en medio de una guerra? Tuvo un escalofrío y el eco de unas palabras se abrieron en su mente como si alguien las hubiera puesto allí. Unas palabras y una voz que jamás había escuchado antes y que le sumergieron en el pozo de oscuridad del otro lado, en la cueva de Mari donde siempre buscaba respuestas:

–Si no puedo evitar tales pensamientos, si tal fuese la intención de mis creencias, ¿no tengo razón para lamentar lo que el hombre le ha hecho al hombre? –musitó.

Nicole observó cómo la *sorgina* temblaba al hablar y entornaba los ojos hacia el techo. Su mirada cambió de luz, como si se hubiera vaciado de vida y hubiese caído en un pozo desde el que llegaron esas palabras apocadas.

–Wordsworth –exclamó Nicole enarcando las cejas–. Debo reconocer que me sorprende que conozca sus poemas.

–No sé de quién me habla, doctora –contestó la anciana confusa–. Esas palabras... Alguien con el cabello en llamas las ha pronunciado hace poco. Alguien que será importante para los míos...

Adele la miró como si estuviera muy lejos de allí, como si sus ojos vieran a través de su cuerpo y del hospital. Su mano aferraba la de Ixion y sus nudillos se blanquearon por la fuerza que ejercía. La voz con que le contestó era un tono más grave; una voz que surgía de lo más profundo de la tierra y chocaba contra las paredes de roca antes de salir al exterior. Ixion apenas respiraba.

–Bajo la nieve, se desencadenará la tormenta y, tras ella, llegará el fuego. Sangre sobre sangre hasta que la tierra no pueda absorberla, hierro sobre hierro hasta romper todos los huesos. No se puede escuchar el llanto de un niño cuando el cielo truena. Llega la oscuridad... ¿A qué esperas? ¡Corre, insensata! ¡Corre antes de la tormenta! ¡Ocúpate de los vivos, los muertos no tienen remedio! ¡Sácalas de allí! ¡Corre!

SEGUNDA PARTE LA TORMENTA (VERDÚN)

Capítulo XIII

El cielo lo sabe

Bosque de Caures, Verdún, 20 de febrero de 1916

El ruido del motor de un avión planeando sobre sus cabezas acalló las conversaciones e hizo que los soldados que trasegaban en el interior de la trinchera volvieran su mirada hacia el cielo.

–¿Alemán? –preguntó Philippe, haciendo visera con la palma de la mano sobre su frente.

–Cruces negras en las alas. Parece que sí. Es el cuarto que vemos hoy... ¿No te parece que es demasiado para una misión de reconocimiento?

–Bueno, por eso nos trasladaron a esta zona, ¿no, *chambérien*? –Philippe siempre llamaba así a Sébastien en honor a su pueblo de origen, Chambéry–. Dicen que el comandante Driant presentó una queja al Estado Mayor sobre el estado de las fortificaciones de Verdún, alertando de un posible ataque de los alemanes. Por eso tú y yo formamos ahora parte del 56º batallón de cazadores alpinos y por eso el viejo Joffre no le traga.

–Pues no le han hecho demasiado caso. Apenas hemos venido un centenar de hombres y las reparaciones de los muros de los fuertes dan pena. Casi prefiero pudrirme en la trinchera que estar al abrigo de unas piedras a punto de caerse –repuso Sébastien–. Los que llevan aquí más tiempo cuentan que se han oído explosiones al norte. Los *boches*, esos alemanes malnacidos, han estado cavando trincheras. Seguro. Y ya sabes lo que eso significa. Solo espero que tengamos un poco de paz por algún tiempo, no soportaría otra ofensiva.

Se quedaron en silencio, sumidos cada uno en sus pensamientos.

Para Sébastien, la contienda en Champagne había resultado agotadora. Tan solo había tenido un breve permiso antes de viajar hacia Verdún y lo había gastado en ir a visitar a su madre enferma en Dijon. Echaba terriblemente de menos a Berthe y necesitaba sentirla de nuevo. Durante el tiempo en el que

habían estado separados, sus cartas eran breves y llenas de descripciones del ajeteo hospitalario. Se quejaba de la falta de organización de Barleduc, de que sus opiniones rara vez eran escuchadas y de lo mucho que ansiaba que le dejaran poner sus ideas en práctica, pero pocas veces le dedicaba una expresión cariñosa más allá del «te quiero» o el «tuya» de la despedida. En los momentos en que su fe flaqueaba, se aferraba a la promesa que le hizo antes de que comenzara la guerra. Algún día sería su esposa y él, con tal de tenerla tan solo un poco, se conformaba. Aunque a veces un dolor sordo en el pecho le recordaba que nunca sería suya del todo.

Miró de soslayo a su compañero. Philippe llevaba a su lado desde los primeros días de la batalla de Champagne. Era el hijo de un próspero comerciante parisino, por lo que siempre tenía dinero para pagar sus vicios: las mujeres y el buen vino. Deportista por vocación, exudaba el alcohol de las noches festivas sobre los esquís en las pistas nevadas de la alta montaña. Aunque su conversación solía girar en torno a un único punto, sus aventuras nocturnas, había estado a su lado empuñando el fusil con el barro hasta las rodillas y guardándole las espaldas en plena batalla. Eso los convertía en hermanos, más allá de la sangre que corriera por sus venas.

Philippe le dio un codazo y le hizo un gesto con la barbilla cuando uno de los cazadores se sentó a su lado.

–Mira qué sonrisa de lelo tiene nuestro *petit chasseur*. –Su compañero se refería a Ange, aunque todos le llamaban *petit chasseur* por ser el soldado más joven del batallón. Aún conservaba las mejillas redondeadas de la niñez y se ruborizaba con las bromas que le gastaban los demás. En cuanto veía a los dos amigos, se acercaba para buscar el refugio de Sébastien y escuchar las aventuras mujeriegas de Philippe–. Por lo que veo –se dirigió al pequeño soldado–, en tu rotación por la retaguardia has visitado cierta casita con una luz roja en la puerta, ¿verdad?

El chaval asintió con la cabeza, ensanchando su sonrisa.

–Fu... –tartamudeó mientras agachaba la cabeza–, fue fantástico.

Sébastien se acercó, le quitó el casco de un manotazo y, alborotándole el cabello oscuro, le sermoneó con cariño:

–¿Cuántas veces te he dicho que no hagas caso de los consejos de Philippe? ¿Que uno no puede buscar el amor si solo piensa con lo que tiene entre las piernas? Y tú... –señaló al parisino–, a ver cuándo sientas la cabeza con la chica con la que te cartearas, esa... Claudine. Es la única que tiene la paciencia de contestarte, y eso debe de significar que le importas, ¿no?

Sébastien no se percató de cómo le cambió el gesto a su compañero porque se enzarzó en una pelea con Ange. El muchacho se había escabullido de su sujeción con un codazo en las costillas y en ese momento intentaba reducirle con una llave, pero Sébastien lo tiró al suelo con facilidad y le puso la rodilla en el pecho, riéndose. Luego le tendió la mano y lo ayudó a incorporarse.

—¿Tú no ibas a escribir una carta a tu querida Berthe para contarle cómo te va en las trincheras de Verdún? —preguntó Philippe con el gesto aún contrariado por la mención de Claudine.

Sébastien miró a su alrededor y suspiró. El viento trajo un rastro de madera quemada que sacudió las hojas de los árboles marchitos. Gotas del deshielo cayeron sobre la zanja aumentando la profundidad de los charcos que ocupaban la zona central. En los laterales, más secos, grupos de soldados ocupaban su tiempo mientras aprovechaban las últimas horas de luz. El bosque de Caures cubría la zona norte de Verdún como un parapeto natural antes de llegar a las fortificaciones defensivas de la ciudadela. Los soldados al mando del comandante Driant ocupaban los puestos defensivos en una línea de trincheras excavadas en la tierra, apuntaladas con madera, que cruzaban el bosque. Entre la maraña de troncos y alambres de espino, las zanjas serpenteaban como animales extraños, rompiendo el manto helado que las últimas nevadas de febrero habían dejado en el terreno. Casi mil cuatrocientos hombres ocupaban el bosque y convertían la tierra aledaña a las construcciones en un barrizal de nieve pisoteada y hojas podridas. De forma mensual, los soldados rotaban a la retaguardia para un breve descanso del estado de alerta continua que suponía la primera línea.

—Ya que no parece que tengas muchas ganas de relatarle a Berthe nuestras comodidades, ¡os apuesto una tableta de chocolate a una partida de cartas! — Philippe rompió la quietud dándose una palmada en el muslo.

—¿Tienes chocolate y no nos lo habías dicho? ¿Te ha llegado en el paquete de tus padres?

En aquel momento, un cazador de figura ruda y compacta pasó por su lado y escupió a pocos centímetros de los tres hombres.

—¡Y luego dicen que en París se está pasando hambre! ¡Cerdos comerciantes! ¡Cómo se lucran con el mercado negro!

Sébastien apretó los puños e hizo el gesto de incorporarse. Philippe lo retuvo aferrándolo por el antebrazo y se giró hacia el cazador, un terrateniente con tierras de cultivo en la región del Alsacia, temido en las trincheras por su carácter irascible y altanero. El joven Ange se pegó a la pared.

—Mi buen amigo alsaciano, comentan que los campesinos en tu tierra tienen

buena mano con las cartas, aunque se juegan la virginidad de sus hijas por un trago de vino cosechero.

El soldado se enfrentó a él. El bigote le temblaba, aunque mantenía los labios apretados. Philippe se levantó y sus rostros quedaron a pocos milímetros. El aire entre ellos vibró saturado de cansancio, sudor, suciedad y amargura.

–¿Qué pasa aquí, caballeros? –Una voz grave se interpuso entre las palabras que los dos hombres aún no habían pronunciado. El comandante Driant apareció y los soldados que estaban a su alrededor se colocaron los cascos lo más rápidamente que pudieron, se abrocharon los abrigos y se cuadraron en un saludo respetuoso. Lucía el uniforme impoluto, tan solo manchado de barro en el borde de los pantalones azules; el cabello cano, junto con el mostacho, cortado cuidadosamente. Prosiguió–: No toleraré rencillas en mis batallones. El enemigo está al otro lado de las trincheras, no entre nosotros. Mostraos orgullosos de pertenecer al cuerpo de cazadores, ¡lo mejor de nuestro ejército! –Dio unos pasos con las manos a la espalda y el sable se bamboleó en su flanco derecho. El silencio de los hombres le animó a continuar–: ¡Unidad! ¡Respeto! ¡Valor! –Se detuvo frente a Philippe y el soldado de infantería–. No dudaré en arrancar la insubordinación de raíz y quien altere el compañerismo de esta tropa será acusado ante un consejo de guerra. ¿Lo han entendido?

Los dos hombres asintieron y continuaron cuadrados hasta que la figura del comandante desapareció por uno de los recodos de la trinchera. El alsaciano volvió a escupir en el suelo.

–Me gustaría saber cuánto barro ha tragado el comandante o qué cantidad de sangre le han chupado los piojos –masculló–. Dudo que la suya sepa igual que la mía.

–Por lo menos, Driant se pasea por las trincheras. ¿Recuerdas la visita de aquel general de división que tuvimos en Champagne, Sébastien? Miraba a los *poilus* como si fuéramos el ganado de su *château*.

–¿Champagne? Yo estuve en la batalla del Marne antes de ser transferido con Driand –contestó el de infantería, enarcando una ceja–. ¡Putos oficiales! La guerra se dirige muy bien bajo techo y con los pies secos. –Palmeó la espalda de Philippe–. Apuesta ese chocolate y un alsaciano te hará morder el polvo. Y luego hablamos de virginidades perdidas. –Miró a Ange y bufó–. ¿Y tú qué? ¿Has perdido ya la tuya, *petit chausseur*?

Los otros soldados que habían aguantado la diatriba del comandante se acercaron al grupo entre carcajadas ante el sonrojo de Ange. Dejaron los fusiles apoyados en las paredes y arrastraron las cajas de munición para que sirvieran de

asiento. Una timba siempre era bienvenida. Sébastien dobló el papel emborronado en el que había intentado escribir a Berthe y lo guardó en el interior de la chaqueta del uniforme. Sacó varios cigarros y los puso sobre una de las mesas improvisadas, pero antes cogió uno y lo encendió. Mientras exhalaba el humo de aquel tabaco algo húmedo, observó cómo la tropa sacaba lo que se jugarían a las cartas. De los petates, bolsillos e incluso de agujeros en las paredes cubiertos por piedras salían trozos de pan blanco, quesos cubiertos de moho, botellas de un destilado de hierbas que flotaban en el líquido ambarino. Las apuestas eran a lo grande. Se arrellanó en su asiento con la mente perdida en la piel suave de Berthe y en el azul cambiante de sus ojos, aunque el sonido de motores en el aire hizo que el recuerdo se esfumara por completo. Todos los rostros se volvieron hacia el cielo.

–¡Es uno de los nuestros! –gritó alguien.

La tarde languidecía en jirones de nubes anaranjadas que se aferraban a la línea del horizonte, ya completamente malva. Sébastien pensó que pocos pilotos se aventurarían a despegar cuando quedaba tan poca luz. El avión cruzaba desde el sur por el bosque de Caures y se dirigía hacia el norte. El reverso de sus alas arrancaba destellos metálicos de color rubí y en la cola lucían el azul, el blanco y el rojo de la bandera francesa.

Philippe repartía las cartas y las voces de los soldados volvían a tomar la trinchera cuando otros rugidos las acallaron de repente. Dos aviones con la cruz alemana aparecieron en dirección contraria al francés y lo encajonaron en un túnel que hizo oscilar sus alas. La hélice roja escupió una vaharada de humo blanco al estabilizarse de nuevo.

–¡*Boches!* –sentenció el de infantería–. Espero que no tengamos que ir en busca del cadáver de nuestro piloto. Quedan destrozados.

Sendas ráfagas de ametralladora desde los aparatos alemanes hicieron que el avión francés virara bruscamente hacia el sur y cogiera altitud. Pronto desapareció de su vista, al igual que los enemigos en dirección contraria.

–Piloto cobarde... Ni siquiera ha respondido al fuego –comentó Philippe, reanudando el movimiento de los naipes–. ¡Sébastien! ¡Ya tienes las tuyas! ¡Espabila!

El interpelado mantenía la mirada fija en el punto en el que los aviones habían desaparecido. La noche cayó en un velo denso que ocultó cualquier rastro del humo de los motores.

–No me gusta nada, Philippe... Nada. Tiene toda la pinta de que los *boches* no quieren tener a los nuestros sobrevolando esta zona y me pregunto por qué.

Carretera Barleduc-Verdún, a 4 kilómetros de Baleycourt, 20 de febrero de 1916

La rueda giró una vez más sobre sí misma escupiendo barro y el gruñido de Berthe se oyó por encima del estruendo del motor.

–¡Maldita sea, Shirley St. John! Tiene menos fuerza que un recién nacido. ¡Concentre todo ese orgullo inglés en empujar! –Hizo un nudo con los extremos de su falda entre las piernas, a modo de pantalón, para intentar no llevarse todo el barro de aquel charco inmenso en el que el *petit curie* se había quedado inmovilizado.

La pelirroja la ignoró y, apoyando su espalda contra el lateral del camión Renault, que estaba ligeramente escorado, cogió una gran bocanada de aire para recuperar las fuerzas.

–Ya está. Me rindo. No puedo más –contestó de forma entrecortada. Colocó la mano a modo de visera y observó cómo el regimiento se alejaba de ellas lentamente. Los otros dos camiones habían sido capaces de bordear el barrizal, pero un despiste suyo había hecho que el *petit curie* se metiera de lleno. Berthe la había obligado a abandonar su puesto de conductora para empujar el vehículo mientras Irène giraba el volante e intentaba acelerar sin éxito. El motor se quedó repentinamente silencioso.

–¿Y ahora qué pasa? –gritó Berthe.

–Lo hemos ahogado. O es que el carburador está sucio. Tendré que echar un vistazo para comprobarlo y alguien debería pedir ayuda a los hombres del capitán Billet. –Irène bajó del camión en ese momento y se restregó los ojos.

–Ya, claro –soltó Berthe en tono sarcástico–. A los mismos hombres que creen que no valemos para esto, ¿no? Si la señorita inglesa no se hubiese salido del camino... Inténtelo, señorita Curie. No me gustaría tener que aceptar la condescendencia de Henri a unos pocos kilómetros de Baleycourt.

Irène abrió el capó del camión y comenzó a manipular el motor con movimientos precisos. Shirley mantenía la espalda apoyada en el lateral del vehículo y no le importó que su falda se cubriera de barro al agacharse para descansar un poco las piernas.

–No podemos parar ahora, señorita St. John. Aunque logremos arrancar el *petit curie*, aún tenemos que sacarlo de este agujero. ¡Ayúdeme a buscar algo para meter bajo las ruedas!

Berthe se frotó los ojos intentando descargarlos del enorme cansancio que los hundía mientras se alejaba del camino en busca de ramas resistentes. Casi no había dormido. En sus sueños aparecía ahora también el rostro del comandante Mercier, junto con el de su hermano y su padre. El hombre tenía un gesto de

derrota en los surcos negros que bordeaban sus ojos y un temblor en los labios. Gotas de sudor salpicaban la piel de la frente como si fueran las huellas de la metralla hendiendo la carne. Pero no, su guerra era distinta. Fantasmas... Siempre sus fantasmas.

Había acertado en su predicción y el comandante fue a buscarla unas horas después de su conversación con Irène y Shirley en el sótano del hospital. Primero se acercó a ella retorciéndose las manos y con un temblor que le contraía cada músculo, preguntando por la remesa de medicación que habían pedido esa semana.

–¿Ha llegado todo correctamente? –inquirió, paseando una mirada nerviosa alrededor y fijándola en los frascos de vidrio que ella estaba colocando en las estanterías.

–Todo bien, comandante –contestó de forma sucinta y sin volver el rostro. Esperaba la siguiente pregunta.

–¿No está haciendo su trabajo, señorita Hinault! ¿Y la morfina? No está colocada en los armarios de los pabellones. ¿Cómo vamos a poder manejar el dolor de los pacientes sin morfina? –Una espumilla blanca le cubría la comisura de los labios.

Berthe guardó silencio mientras se giraba lentamente.

–¿Los pacientes, comandante? –El hombre se la quedó mirando como si no la viera en realidad–. ¿No cree que tarde o temprano alguien se dará cuenta de los temblores, del sudor que le cubre constantemente, de los cambios de humor, de que no cumple con sus obligaciones? Olvida que las paredes de un hospital tienen ojos y oídos.

Mercier palideció y se tambaleó un poco.

–Las labores del despacho son... –comenzó a decir, pero Berthe lo interrumpió.

–La gestión la realiza el director Guilloux, que no da abasto. El hospital es un desastre y usted... –Suspiró–. Usted... ¿Hace cuánto que no opera, que no atiende a un paciente? ¿Hace cuánto que es un adicto?

El comandante Mercier se derrumbó sobre una de las cajas de madera vacías y ocultó el rostro entre las manos. Berthe esperó sin decir nada.

–Necesito la morfina –musitó al fin.

–Tiene un precio.

El comandante saltó de su asiento con los ojos fuera de las órbitas, enseñando los dientes como un animal acorralado. Empujó a Berthe contra la estantería y le apretó el cuello con la mano en forma de garra. Uno de los tarros se rompió en pedazos al chocar contra el suelo y un líquido amarillento les salpicó las piernas.

–¡Hija de Belcebú! –Le golpeó la cabeza contra la madera de nuevo–. ¡Maldita ramera! ¿Dónde escondes la morfina?

Berthe solo podía enfocar el rostro desencajado de Mercier. El resto estaba en sombras, y no supo si era por su miedo a haber sobrepasado la línea o por el dolor que latía en su nuca. Intentó no perder el control y soltó el aire muy despacio antes de hablar.

–¿Y de qué le serviría que se lo dijera en su estado? ¿Va a pedir a su amigo Guilleoux que se la inyecte? ¿Podrá recorrer el trayecto que le separa de cierto establecimiento de moral cuestionable en su estado? –Percibió una ligera vacilación en la mirada oscura del comandante y la aprovechó para continuar–: ¿O quizá desee la mano experta y capaz de una enfermera? Aún no ha escuchado mi oferta.

El cuerpo del hombre comenzó a temblar violentamente y la soltó, incapaz de mantener la fuerza necesaria para retenerla contra la estantería. Berthe intentó serenarse alisando su delantal, a la vez que tomaba una bocanada de aire sin que le produjera un acceso de tos. Ahora no podía perder lo ganado.

–Yo le puedo inyectar una dosis ahora mismo, comandante. Contener sus temblores, brindarle un momento de paz. Luego le entregaré un tarro lleno de morfina que... ¡Vaya, qué contrariedad! Para los registros oficiales se ha roto en el trayecto.

A Mercier le caía un hilo de saliva desde la boca entreabierta debido al esfuerzo por respirar. Le costó articular la pregunta que Berthe esperaba oír:

–¿Qué demonios quiere, Hinault?

El resto fue sencillo. Con la promesa de la morfina corriendo por sus venas, el comandante accedió a firmar cualquier orden que se le pusiera delante. Berthe y él se dirigieron a su despacho enlazados por el brazo, aparentando normalidad. Nadie pareció percatarse de que Mercier apoyaba parte de su peso sobre el antebrazo de la enfermera y que esta apretaba los labios por el esfuerzo de reconducir unos pasos vacilantes. Cuando llegaron a su destino, el soldado tuvo que preguntar dos veces lo que el comandante quería que escribiera en el documento, ya que Mercier apenas podía vocalizar. Y cuando tuvo la certeza de lo que era, se lo quedó mirando con la perplejidad abriendo sus ojos. Sin embargo, tan solo contestó con un saludo marcial y se dispuso a obedecer las órdenes.

Mientras esperaban a que la tarea estuviera lista, Berthe salió a preparar la jeringa con el sulfato de morfina. Había prometido que después de inyectarle su dosis le entregaría la llave del armario donde había guardado el resto. De ahí

podría coger uno de los tarros sin que tuviera que dar cuenta en el registro. De lo que pasara a continuación, Berthe no quería saber nada. Ella estaría lejos y procuraba no planteárselo.

El papel que autorizaba el traslado de las tres mujeres para reforzar el hospital de Baleycourt con el *petit curie* estaba firmado cuando volvió a entrar en el despacho. La renuncia del comandante como autoridad máxima de Barleduc esperaba su turno, pero en cuanto Mercier escuchó cómo llamaba a la puerta y atravesaba el dintel, se abalanzó hacia ella como un animal rabioso. Apenas aguantó la compostura durante el trayecto hacia su habitación privada, pero no podían correr el riesgo de ser descubiertos. El dormitorio del hombre desprendía un aroma intenso y Berthe arrugó la nariz, aunque todo parecía curiosamente ordenado.

La enfermera le mostró la jeringa metálica que traía preparada y le pidió que se sentara. Cuando el comandante se quitó la chaqueta del uniforme y se arremangó la camisa, dejó al descubierto el mapa de su red venosa quemada por las inyecciones.

—¡Maldita sea! —se le escapó a Berthe mientras inspeccionaba las líneas oscuras que marcaban sus brazos—. ¿Y las piernas?

Un tembloroso Mercier se despojó del uniforme casi arrancándoselo del cuerpo y exhibió su figura desnuda para que pudiera buscar una vena adecuada. Berthe tocó la piel sudorosa intentando aparentar una entereza que no tenía. En esos años como enfermera había visto cuerpos destrozados, consumidos por la enfermedad y la podredumbre, pero esto era diferente. Su mente también estaba enferma, no perdida como la del soldado Argoud, sino corrompida por la adicción. Y eso se traslucía en su piel agujereada y correosa, en los músculos atrofiados y en ese olor acre que desprendía. Olor a despojo.

Mercier se tumbó, incapaz de contener los temblores, y al girar el cuello una gran vena azulada se onduló con el movimiento. A Berthe le pareció que la habitación giraba a su alrededor. ¿Qué estaba a punto de hacer? No quiso pensarlo más y sin avisarle punccionó directamente sobre la vena yugular. El hombre ahogó una exclamación y se mordió los nudillos mientras ella comenzaba a inyectar la mezcla. Observó cómo sus músculos se relajaban. Un gemido de satisfacción se alargó entre sus labios. Mantenía los ojos cerrados y aferró la manta sobre la que estaba tumbado en un movimiento extático. El sonido, parecido a un jadeo, aumentaba de volumen y el hombre contorsionaba su cuerpo desnudo en oleadas. Si no fuera porque su miembro flácido estaba a la vista, a Berthe le hubiera parecido que estaba teniendo un orgasmo. Se le

revolvió el estómago y, en cuanto hubo inyectado todo el líquido, salió apresuradamente de la habitación, evitando volver a mirar la miseria que dejaba atrás. Dos días después habían salido de Barleduc sin que sus caminos se volvieran a cruzar.

Intentó apartar esa imagen de su mente mientras acumulaba entre sus brazos todos los troncos del tamaño adecuado para intentar sacar el *petit curie* del barro. De regreso al camión, divisó la figura del capitán Billet junto a la de Irène y se mordió el labio inferior.

–Vaya, vaya, vaya... Así que las señoritas autosuficientes necesitan la ayuda de... alguien, ¿no? –El hombre lucía una sonrisa divertida–. Aunque he de reconocer que han hecho un buen trabajo. La señorita Curie parece que ha conseguido arrancar de nuevo el motor. Con esos troncos bajo las ruedas traseras y algo de fuerza masculina sacaremos el *petit curie* de ese hoyo. Ahora vendrán algunos de mis hombres, el resto ya está ocupando Baleycourt; estamos muy cerca.

Berthe observó al cirujano con atención. Parecía nervioso y parte de la seguridad que desprendían sus movimientos se había diluido a lo largo de la carretera que les acercaba a su destino. Aprovechando que las otras dos mujeres se afanaban sobre los neumáticos del camión, apoyó una mano sobre su antebrazo para que le prestara atención.

–Henri –sabía que no era correcto llamarle por su nombre de pila, pero habían compartido muchas horas de quirófano y una intimidad que tan solo podía ser generada por los silencios y el dolor compartido, así que se permitió esa licencia–, ¿para qué te han asignado a Baleycourt exactamente?

El capitán retuvo la mano de Berthe contra su brazo un instante, hasta que la mujer, incómoda, la retiró mientras daba un paso hacia atrás.

–El motivo oficial es claro –explicó una vez roto el contacto–. El general Mignon no se fía del Estado Mayor y ha conseguido que se refuerce la asistencia sanitaria en la zona de Verdún. Habilitaremos tiendas para aumentar el número de camas disponibles y revisaremos los puestos de socorro más cercanos al frente. –Clavó sus pupilas en las de Berthe–. El extraoficial es más oscuro: podría haber sido el sucesor del comandante Mercier, pero eso no interesaba.

Berthe se estremeció. Sentía que no podía mantener la mirada de Billet con aplomo. Había roto su juramento de enfermera al recurrir a ese chantaje y le parecía que el cirujano era un recordatorio constante de lo que había sucedido en la habitación del comandante. No sabía exactamente por qué: quizá porque él fue parte del plan para conseguirlo sin ser consciente de ello, al utilizar su destino a

Baleycourt para facilitar sus planes, o quizá porque las cosas habrían transcurrido de otro modo si ella hubiera denunciado a Mercier. Billet podía haber conseguido la dirección del hospital de Barleduc que tanto ansiaba y los dos estarían lejos del frente. Su destino estaba tejido con el de ese hombre. Ella lo había decidido así.

Observó cómo los labios del capitán formulaban una pregunta y se concentró en lo que le decía.

—¿Y tú, Berthe? —Era la primera vez que la tuteaba. Se acercó hacia ella y la obligó a alzar la barbilla. Podía sentir su aliento cálido rozándole los labios, casi como si ella también hubiera bebido ese café que, a juzgar por el aroma, él se había tomado antes de salir de Barleduc—. Has puesto mucho empeño en seguirme... ¿Por qué?

—Tengo que estar ahí, aunque no creo que mis motivos sean de su incumbencia, capitán. —Remarcó su grado en el escalafón a sabiendas de que así rompía el momento de intimidad que habían compartido. Billet enarcó las cejas mientras sonreía de medio lado, pero no añadió nada más. Un puñado de soldados se acercaba por la carretera para sacar el *petit curie* del barro.

Berthe se obligó a mostrar una sonrisa de agradecimiento. La mantuvo hasta que sacaron el camión y volvieron a la carretera, pero volvió a su rostro serio en cuanto el capitán desapareció con sus hombres.

Irène, que se había hecho cargo de la conducción dejando descansar a Shirley, se tomaba el viaje con calma. Por eso fueron las últimas en llegar de todo el convoy, a pesar de que algunos de sus miembros iban en carros o incluso a pie. No sabía lo que les esperaba en su destino e, inconscientemente, dilató su llegada con la excusa de que se debía tratar el camión radiológico con delicadeza después de manipular el carburador. Había evitado la cercanía física de sus compañeras y apretaba los dientes para no gritar cada vez que alguna de ellas la rozaba. Fingía frialdad y se alejaba un par de pasos, aunque lo único que tenía era miedo. No quería analizar su comportamiento y se frotó la cicatriz del cuello con saña.

Estaba anocheciendo cuando los primeros tejados se recortaron contra el cielo color ámbar. Baleycourt era un conjunto de casas bajas en las que subsistían los campesinos que se negaban a dejar sus tierras y sus cultivos, a pesar de la cercanía de los efectivos alemanes. Se podían divisar a lo lejos las colinas que rodeaban Verdún y la mancha verde de los bosques aledaños; sin embargo, en los alrededores de la aldea tan solo despuntaba algún árbol aislado que intentaba sobrevivir a las heladas. El destacamento sanitario atravesó el pueblo y se dirigió

un poco más al norte, a las afueras, donde se habían ubicado las instalaciones que centralizaban la evacuación de los soldados heridos en las orillas del río Mosa. El complejo constaba de un antiguo *château*, habilitado como vivienda para el personal sanitario y que albergaba también los servicios centrales como las cocinas y la farmacia, y los barracones que servían como unidades quirúrgicas, así como de albergue para los pacientes.

Las tres muchachas condujeron el *petit curie* a través de una explanada embarrada en la que surgían las nuevas tiendas de campaña que el destacamento del capitán Billet había comenzado a montar para aumentar el número de camas utilizables. Les había informado de que llegarían a las trescientas cincuenta, aproximadamente. Los cables para la luz unían los generadores con los barracones y los soldados intentaban alargar esta red para cubrir también las tiendas en las que dormirían los heridos. A la derecha del camino, los camiones ambulancia y los carros de madera tirados por caballos que aún se utilizaban para la evacuación reposaban junto con sus conductores. Los perros de rescate husmeaban por los alrededores, liberados de sus correas. Algunos camilleros fregaban las superficies manchadas de sangre y el agua sucia goteaba sobre los charcos oscuros. Parecía que estaban aprovechando la tregua que les concedía el cielo abierto para limpiar un poco el material. Tarareaban una canción y elevaron el tono cuando las tres muchachas bajaron del vehículo, mirándolas con una mezcla de descaro, curiosidad y desconfianza.

*La camarera es joven y bonita, liviana como una mariposa
y sus ojos brillan como el vino.*

La llamamos Madelon.

Soñamos con ella por la noche y pensamos en ella por el día.

La letra dejó paso al silbido de la melodía y, una vez las muchachas se alejaron, cada cual siguió con sus ocupaciones. Berthe arrugó la nariz al ver el descuido con el que acometían su tarea los soldados que se encontraron en su camino. Los meses de lucha apartados de la civilización, el hambre, el cansancio y la pérdida de la fe en esa guerra habían esculpido en sus rostros una mueca de hastío idéntica. Todo el hospital de campaña, tiendas, ambulancias, carros y hombres se amontonaban sin orden como hongos arracimados cubiertos de moho, herrumbre y humedad. La carretera principal iba a dar a ese conglomerado que ahogaba los huertos del pueblo, como un organismo invasor cuyas ramas crecieran sobre lo que allí había habido, matándolo.

El ruido de un motor sobre sus cabezas lo detuvo todo. Los perros aullaron, los hombres abandonaron sus quehaceres y las muchachas elevaron el rostro para seguir el vuelo del monoplaza que cruzaba el cielo. Los colores de la bandera francesa brillaron cuando un haz de luz impactó sobre la cola. Era un espectáculo hermoso. Irène sonrió al pensar que le hubiera encantado pilotar un trasto de esos y sacudió la cabeza al pensar que quizá, cuando acabara la guerra, si Adrien quería, podría enseñarle. Negó en silencio. Ni siquiera soportaba que la tocaran sus compañeras. Por mucha afinidad que tuviera con Adrien, por mucho que le apeteciera abandonarse a la emoción que comenzaba a nacer en su pecho cuando pensaba en él... Le ahogaba imaginar siquiera entregarse por completo. ¿Y si la rechazaba? ¿Quién estaría ahí para recoger los pedazos? La ciencia era lo único que no la abandonaría jamás, que no le fallaría. Debía centrarse en ella.

Shirley arrastraba los pies con la mente muy lejos de allí. Era todo tan irreal que se encontraba como una extraña en su propio cuerpo. Percibía los latidos más quedos en su pecho y sus movimientos eran lentos, lastrados por un peso que antes no estaba ahí. Echaba de menos a Alain de tal forma, a pesar del dolor por su desprecio, que podía quebrarse en dos en cualquier momento. Si no estuviera en Baleyccourt, saldría corriendo hacia sus brazos para pedirle perdón por lo que hubiera hecho y así volver a ser la mujer a la que él abrazaba en ese cuartucho del hospital. Escuchar de nuevo un «te amo» susurrado en la oscuridad, estremecerse y confirmar que no se lo había imaginado. Y aunque deseaba ser una nueva Shirley, independiente y fría, cuando cerraba los ojos imaginaba que era suya y lo seguía donde fuera. Miró a su alrededor y suspiró. Estaba corriendo hacia el lado contrario, cada vez más lejos de él.

El capitán Billet las saludó desde la entrada del edificio principal, formado por dos pabellones de ladrillos rojos unidos por un corredor acristalado. A su lado, un hombre uniformado esperaba con las manos enlazadas a la espalda y gesto adusto. Se dirigieron hacia ellos. Irène arqueó las cejas ante la descortesía del desconocido, que ni siquiera extendió la mano para estrechársela.

–La señorita Curie se va a encargar de la radiología portátil y supervisará a los cirujanos en su realización –comenzó a explicar Billet a su acompañante–. Por lo menos, hasta que sean capaces de hacerlo solos –matizó para disgusto de Irène–. La señorita Hinault puede asistirle y además estará conmigo en los quirófanos, y la señorita St. John... Bien, se encargará de otros quehaceres en los pabellones. – Se volvió hacia ellas–. Señoritas, el jefe médico Martin. Es quien ha estado al cargo de Baleyccourt y los puestos móviles que rodean Verdún hasta este momento.

–Una puntualización muy acertada, capitán. Hasta este momento yo era el que organizaba la atención sanitaria de esta orilla del Mosa, pero mi opinión no vale nada, ¿verdad? Dije que no volvería a admitir a ninguna mujer en esta zona. Y ahora me enseña una orden firmada por el comandante Mercier, ¡y viene acompañado con tres nada menos! ¡Ah, pero eso no es todo! Además tengo un superior inmediato que me obligará a cumplir esa orden. ¿Es correcto, capitán Billet? –La mirada del jefe médico no se detuvo ni un instante sobre las tres mujeres, como si ni siquiera fueran dignas de estar conversando con él. Era un hombre consumido. El cabello ralo, un fino bigote cubriendo de canas el labio superior y las líneas de expresión que horadaban su rostro le conferían una expresión de disgusto permanente.

–Créame, Martin, si le digo que yo no he solicitado ese honor... Venir acompañado, tampoco –contestó el capitán entre dientes–. Pero tendrá que acatar mis órdenes, sí.

Martin se cuadró en un saludo militar y dio media vuelta sin articular palabra. El gesto sonó igual que un insulto. Berthe observó cómo Billet apretaba y aflojaba los puños alternativamente mientras la espalda del otro hombre se alejaba por el pasillo.

–¿Hay más mujeres en el frente? –preguntó Irène, rompiendo el silencio.

–Señoritas, no son las primeras mujeres que pisan el frente occidental. –Las miró para evaluar su sorpresa–. La doctora Nicole Girard-Mangin se encarga de los enfermos de tifus que no han podido ser evacuados de Verdún por las lluvias de estas semanas. Dicen las malas lenguas que fue convocada al frente por un error burocrático. –Sonrió–. Me imagino que a las viejas glorias del ejército no les haría demasiada gracia admitir que habían metido la pata.

–¡Vaya! Me encantaría charlar con ella en algún momento y conocer su historia. Intuyo que no ha sido demasiado fácil –contestó Irène, dedicando un pensamiento a su madre, que luchaba en París para conseguir fondos.

Shirley iba a añadir algo cuando el ruido de un motor cubrió el cielo y todos desviaron su atención hacia allá. El perfil de un aeroplano monoplaza cruzó por encima del hospital y se alejó hacia el norte. La muchacha se quedó callada cuando desapareció.

–Ha sido una sorpresa, no se crean. No pensé que me iba a encontrar con una doctora aquí, pero no creo que coincidan con ella. Se encuentra en el puesto de Glorieux, cerca de la ciudadela –continuó diciendo el capitán–. Sin embargo, mi opinión sobre el tema sigue siendo la misma. Demasiado peligroso para las damas. –Cortó las posibles respuestas con un ademán de la mano que las instaba

a seguirle hacia el interior.

–¡Nuestras cosas, capitán! –Shirley salió de su ostracismo y corrió hacia el *petit curie* para sacar las bolsas en las que guardaban sus pertenencias. Irène la siguió con un ritmo más pausado, echó un vistazo rápido para comprobar que todo el equipo estaba en su sitio y cerró el portón trasero tras coger su equipaje y el de Berthe, que se había quedado junto al capitán. A esta última le ardían las mejillas al pensar en la organización de los pabellones de Baleycourt con la noticia de la epidemia.

–Henri, ¿los soldados con tifus comparten barracones con los quirúrgicos? –Apenas fue un susurro, pero arrastró cada sílaba como si le costara un mundo pronunciarlas–. ¿Se ha tomado alguna medida respecto al agua, a los utensilios de cocina, a la ropa de cama?

–Ahora hay pocos heridos en esta zona, así que creo que están en uno de los barracones pequeños. Del resto, ni idea. ¿Cree que el responsable de los servicios sanitarios de esta zona debe encargarse también de esas cosas? –Se acarició el mentón, en el que despuntaba la sombra de la barba, valorando la cuestión–. ¿Alguna sugerencia de esas tuyas?

–¿Realmente me escuchará si se las cuento, capitán, o sonreirá mientras lo hago, me dará una palmadita en el hombro y se olvidará de lo que le digo en cuanto se dé media vuelta?

–Quién sabe, señorita. Puede intentarlo ahora que soy su más alto superior en Baleycourt. Ya sabe que usted y yo trabajamos bien juntos, ¿no cree? –El tono con el que acabó la pregunta tenía una calidez diferente y arrastró el dedo índice por el antebrazo de la enfermera con un toque liviano.

La llegada de las otras dos mujeres cortó la respuesta de Berthe. Se disponían a entrar cuando escucharon de nuevo el vuelo de un aparato sobre ellos. Todos elevaron la vista para comprobar que era el mismo avión que había sobrevolado la zona minutos antes. El motor desprendía en esta ocasión un ligero hilo blanquecino y el sonido se entrecortaba al avanzar.

Irène soltó bruscamente el equipaje al sentir que le faltaba el aire, y por su mente pasaron imágenes de aviones destrozados contra la ladera de una montaña, acribillados a balazos o envueltos en llamas. Se le secó la boca y un frío que jamás había experimentado se internó hasta lo más profundo de su ser. No sabía cómo Berthe podía permanecer templada cuando su prometido llevaba en las trincheras más de dos años.

–¿Preocupada por algo? –le preguntó Berthe, reparando en la mirada que seguía al avión–. ¿Por algún piloto, quizá? –No supo por qué lanzó esas palabras

con un deje de amargura. Le sorprendió el hormigueo que sintió al ver el rostro de la joven, siempre tan resuelta y serena, demudado en una mueca de temor.

—No es asunto suyo, señorita Hinault. Y si lo estuviera, ¿qué? ¿Acaso usted no piensa en si su prometido se encuentra bien?

La brusca respuesta de Irène le provocó una sacudida y un silencio repentino. No era habitual que le contestara de esa forma después del pacto al que habían llegado y una punzada de tristeza la alcanzó, una inquietud por perder el fino hilo que se acababa de tejer entre Irène y ella. Observó esos ojos que podían mostrarse curiosos, inocentes o decididos y que ahora mostraban una mirada fría y oscura, la línea erguida de su cuello y esos dedos finos, diligentes y precisos en el trabajo que reposaban sobre él. Un vacío inesperado se abrió en su estómago al pensar en la pérdida de aquel afecto apenas germinado. Al instante, la vergüenza y el remordimiento llegaron al pensar en la pregunta: ¿temía por alguien? Ella estaba allí por Sébastien, no lo podía olvidar. Su mirada viajó hacia el punto en el que se había perdido el aeroplano y, mientras escuchaba los aullidos lejanos de los perros, el rojo moribundo del horizonte le trajo el recuerdo del fuego y de unos muros que se derrumbaban teñidos del mismo color. La visión que la había llevado hasta el frente para intentar que aquello no sucediera.

Las sensaciones que le provocaba la señorita Curie no tenían cabida en su misión.

Trayecto Verdún-Ancemont, 20 de febrero de 1916

La transmisión entre los cilindros debía de tener algún problema, porque la combustión no era completa y volutas de un humo blanquecino se deshilachaban sobre el fuselaje gris plata. Adrien escuchaba el sonido entrecortado de su motor y sopesó realizar un aterrizaje de emergencia, pero luego se lo pensó mejor: tenía fe en su *bebé*.

No había esperado encontrarse con esos dos *fokkers* alemanes sobre Verdún, y menos que le atacaran con sus ametralladoras. Su misión era observar la situación al norte del río Mosa, tras las declaraciones de los soldados alemanes capturados y los desertores: todos habían señalado movimientos masivos hacia esa zona y un ataque inminente. Sin embargo, el Estado Mayor descartó esa posibilidad al comprobar que no se había reforzado el flanco derecho alemán; veían improbable que planearan una ofensiva sin cubrir ambos lados con anterioridad. Sin embargo, ante la insistencia de algunos hombres influyentes,

como el comandante Driant, que presionó para que el sector de Verdún fuera reforzado, y el jefe del servicio de salud, Mignon, que había comenzado a reorganizar el sistema de evacuación sanitaria, se destinaron algunos efectivos más para la defensa del arco de fuertes que rodeaban la ciudad, aunque solo para acallar esas voces que se enfrentaban con el general Joffre.

Adrien había solicitado permiso para despegar un poco antes del atardecer, pensando que así tendría el campo libre de *fokkers* al ser una hora inusual para el vuelo por la falta de luz y podría observar lo que los enemigos estaban tramando. Pero se había equivocado. En cuanto llegó al bosque de Caures, los dos aviones le encajonaron y le fue imposible perderles de vista. Las ráfagas de ametralladora también lo sorprendieron. Los alemanes habían montado algún tipo de mecanismo por el cual podían disparar a través de la hélice sin problemas: el arma estaba situada por delante del habitáculo. Él no disponía de esa ventaja; si quería apuntar, debía soltar los mandos de su *Nieuport* y disparar la pistola Lewis, que estaba montada sobre un trípode en la parte superior, así que lo único que pudo hacer fue virar bruscamente y alejarse. No sabía si había sido esa maniobra agresiva la que había provocado el fallo del motor o que alguna bala le había alcanzado, pero esperaba llegar a la base de Ancemont, a unos quince kilómetros de su encontronazo con los alemanes, sin más contratiempos. De momento, el motor aguantaba.

Había otra cosa que le revolvía el estómago: Irène Curie se encontraba camino de Verdún con su *petit curie* y, desde que se lo anunció coincidiendo con su última visita a Alain en Barleduc, una sensación de inquietud le reconcomía, como el filo de una navaja a pocos milímetros de su piel, con el frío del metal a punto de herirle. El que los alemanes mantuvieran el cielo libre de observadores no era buena señal y él no podía hacer nada para protegerla, si los rumores se confirmaban.

Recordaba su rostro iluminado por la victoria en el empeño de ser ella la que condujera el equipo de radiología portátil al frente y encargarse de las imágenes para el diagnóstico. Irène le confesó que estaba emocionada y que le cosquilleaban los dedos por las ganas de manejar las placas radiológicas sobre el terreno. Él la había escuchado en silencio, disfrutando de la energía que desprendía. Se había tragado las ganas de arrancarle una promesa que les llevara a dar un paso más en su amistad. Mantuvo las manos entrelazadas detrás de la espalda, por si le traicionaban y rodeaban su cintura en un abrazo que le impidiera marcharse lejos. Tuvo miedo de tensar demasiado rápido el hilo que había conseguido tejer entre ellos y que este se rompiera. Al fin y al cabo, sabía

que era un hombre sin demasiado atractivo que siempre había tenido que luchar contra un físico endeble. Luego estaba todo aquel desagradable asunto con Claudine. No sabía por qué una chica como ella se había encaprichado de él, aunque hubo un momento en el que creyó que saldría bien, que era el amor de su vida. Seguramente la madre había depositado la esperanza de un cambio de estatus en ella. Lo que había sucedido después se les había ido de las manos. Lo más doloroso fue saber que para Claudine solo había sido un entretenimiento. Tuvo que reinventarse para no hundirse en la autocompasión, aunque no había sido fácil. Solo le quedaron las ganas de pilotar, y a eso se aferró. Le denegaron tres veces el ingreso en la escuela aérea, hasta que la falta de personal le dio una oportunidad. Luego tuvo que demostrar de forma feroz que había nacido para volar y que su cuerpo enclenque se transformaba en furia cuando estaba en el aire. Así pudo olvidar sus orígenes y sus sueños absurdos de adolescente. Con Irène se había vuelto a enamorar, y poco tenía que ver con ese primer amor de la niñez.

Ahora era la oportunidad de Irène y él no quería estropeársela, pero se iba a exponer a peligros de los que apenas era consciente, por muy preparada que se sintiera. Quería protegerla, pese a que no tenía derecho a nada. Le había cogido la mano en un arranque de valor y había notado cómo Irène se envaraba durante un instante, bajaba la cabeza y retiraba luego la suya. Su rostro había palidecido. Adrien supuso que era la primera vez que había sentido el interés de un hombre por ella. Había sido el momento perfecto para confesarle lo que sentía, pero en lugar de eso se quedó callado como un estúpido. Irène lo había mirado mordiéndose el labio y él tuvo que contener el impulso de aferrarle la nuca y apretar la boca contra la suya mientras deslizaba sus manos por la columna, vértebra a vértebra. Hacerla suya para olvidar aquella última vez con Claudine. Y quizá lo habría hecho si Alain no hubiera elegido ese momento para aparecer con una de sus salidas de tono, algo que espantó a la muchacha. Se despidió con un «hasta pronto» que le supo a poco y él se quedó con un Alain que nada tenía que ver con el amigo jovial y divertido que había conocido. Debía de ser duro perder una pierna, aunque Adrien intuía que había algo más que le instaba a comportarse de esa forma tan desagradable. A pesar de su carácter, cada vez que disponía de unos días libres acudía a visitarlo. Era la única familia que le quedaba. Esperaba formar una propia con Irène, pero de momento tan solo tenía ese beso que nunca le dio quemándole en los labios, pudriéndose, mientras ella estaba ahí abajo, expuesta al peligro.

Hubo otra cosa que le inquietó en aquella última visita a Barleduc, y es que

cuando abandonaba sus calles empedradas para regresar a Ancemont le pareció divisar una silueta femenina conocida que paseaba por la ribera. Tenía su mismo porte, aquella gracia felina al moverse, y le pareció ver destellos dorados bajo el sombrero. Pero era imposible. Claudine no podía estar en Barleduc. Un caballero la asía del talle y Adrien volvió a sentir esos celos enfermizos que lo habían ahogado cuando todo se desmoronó con ella. Sacudió la cabeza intentando olvidar aquel fatídico y último encuentro. No había actuado bien y los remordimientos lo atormentaban en las noches de insomnio.

El motor volvió a emitir un ruido extraño que captó toda su atención y la imagen se desvaneció de su mente. En la desembocadura de uno de los valles divisó por fin el pueblo de Ancemont, apenas un puñado de casas arremolinadas a la izquierda del río Mosa. Las líneas rectas del castillo de Labassiêre, única edificación que sobresalía del conjunto, se recortaban contra el cielo anaranjado. El pequeño aeródromo que albergaba la escuadrilla de combate N67 estaba muy cerca.

La oscuridad se cernía a su alrededor y tuvo alguna dificultad en distinguir la pista de aterrizaje, pero allí se extendía, frente a su campo de visión, la explanada que debía utilizar. En uno de sus laterales, los cobertizos se encontraban camuflados con un manto de ramaje para que no fueran discernibles desde el aire. En ese momento conducían uno de los monoplazas utilizados esa tarde hacia el interior. Los globos de observación, seis en total, también se hallaban guardados para su uso con la luz diurna. Dio una vuelta completa sobre la pista para avisar de su aterrizaje, aferró los mandos y comenzó a reducir la altitud. Cuando se posó sobre el suelo, sintió una sacudida que hizo vibrar cada articulación.

Antes de que el aparato se detuviera por completo, divisó cómo los mecánicos y el oficial de pista se acercaban a la carrera con gesto preocupado.

–¡Adrien! –gritó este último cuando el piloto se quitó el gorro y las gafas de protección y pudo oírle–. ¿Qué demonios ha pasado? ¡Si llegas a tardar diez minutos más, se hubiera hecho de noche y no sé si nos habría dado tiempo a encender las linternas! ¿Y el motor?

–¡Fokkers! ¡Me han abordado al llegar a Caures!

–¿Al atardecer? –El oficial se rascó la cabeza mientras echaba un vistazo al fuselaje–. Yo me he jugado el cuello dándote permiso para despegar a esta hora. ¡Y solo porque eres tú! Eres un cabrón torpe sobre dos patas, pero en el aire eres un depredador. Algo gordo se está fraguando al norte si han salido a tu encuentro a pesar de la poca visibilidad.

Adrien saltó al suelo desde el habitáculo y se unió a la inspección del otro hombre.

–Tienen ametralladoras adaptadas al fuselaje. Pueden disparar a través de la hélice. O lo hacemos nosotros en nuestros *bebés* o estamos jodidos. ¿Cómo vamos a medirnos con los alemanes? Cuarenta y siete putas balas en nuestro tambor de la Lewis contra una ametralladora.

–Pues pasado mañana se lo puedes decir al nuevo comandante, Jules de Saint Sauvert. Igual con él tienes más suerte para introducir tus innovaciones. El viejo Olivier se marcha.

–Eso espero, porque esto no ha hecho más que empezar. Aunque igual dentro de dos días...

El oficial, que estaba arrodillado mirando por debajo del aparato junto a uno de los mecánicos, levantó el rostro hacia él.

–¿Qué quieres decir?

Adrien olfateó el aire y cerró los ojos. Volvió a ver la ciudadela amurallada y la primera línea de trincheras al norte de Verdún. Tan solo un par de kilómetros más y hubiera dejado atrás el bosque... Y la aparición de los dos *fokkers* con las cruces negras en perfecta formación cortándole el paso, creándole un pasillo en el que la fuerza del viento generado por las hélices le hizo bambolearse como el papel. El martilleo de las balas en ráfagas como advertencia. ¿Y si hubiese respondido al fuego? Irène estaba ahí abajo, en alguna parte, mientras los alemanes vedaban esa zona. Volvió a mirar al hombre que continuaba agachado en el suelo escuchándole.

–El cielo está esperando algo... Se avecina tormenta.

Capítulo XIV

Doce horas

Norte de Verdún, trinchera alemana, 21 de febrero de 1916

El día se desperezaba. Un cielo sin apenas nubes se deshacía poco a poco de las sombras y desgarraba el velo oscuro con destellos de bronce nuevo. Los sonidos nocturnos se fueron apocando hasta que todo quedó en silencio, esperando a que la vida se despertara para cantar su melodía diurna.

Un hombre observaba el horizonte de bosques frondosos que separaba los fuertes de Verdún de la línea alemana en la que se encontraba. Con su uniforme de un verde desvaído, como el musgo quemado por el hielo, apoyó la espalda contra una de las paredes que sobresalían del refugio subterráneo y suspiró mientras perdía la mirada en las copas oscuras de los árboles. Le hubiera gustado llenar los pulmones con un poco más de ese aire impregnado del frío nocturno. Después de casi un mes bajo tierra, trazando planes y esperando órdenes, posponiendo el día elegido una y otra vez, Otto Shubert tenía la piel acartonada por el polvo y el ánimo tan hundido como las trincheras que habían excavado en territorio ocupado.

La línea en la que llevaba destinado el último año unía los pueblos franceses de Brobant, Flabas, Vi y Maucourt en una red de zanjas serpenteantes apuntaladas con armazones de piedra. Duraderas, como el imperio alemán. El trabajo que habían realizado en esa zona había sido ingente y contra reloj, una línea ferroviaria para los suministros y para llevar hasta allí el armamento necesario: obuses, cañones navales y morteros, entre ellos trece Gran Bertha, el orgullo de Alemania, y los veintiocho refugios Stollen subterráneos en los que se resguardarían del infierno. Otto había colaborado en la construcción de estos últimos, ya que formó parte del equipo del gran arquitecto Walter Gropius en su proyecto de la fábrica de hormas de zapatos de Fagus, y el ejército necesitaba a cualquiera que tuviera algún conocimiento sobre ingeniería y arquitectura.

Aunque Otto solo había realizado labores técnicas menores en la Deutscher Werkbund, una asociación de arquitectos, artistas e industriales fundada en 1907 que intentaba integrar oficios tradicionales con técnicas industriales de producción en masa, sus oficiales le requirieron para el trabajo de infraestructura en esa zona. Al principio agradeció estar fuera de la línea de batalla, pero los planes del alto mando alemán para Verdún lo habían colocado en el ojo del huracán. Debía reconocer que tenía miedo.

Los setenta y dos batallones congregados en el frente occidental esperaban la orden de ataque desde hacía varios días, pero las condiciones meteorológicas la habían retrasado. Ese día, las lluvias habían dado una tregua y todo estaba listo para comenzar. Tres horas antes habían lanzado un obús contra la ciudadela para comprobar los ajustes de disparo de los morteros y no habían errado en el blanco. Otto se estiró y las articulaciones le crujieron. Parecía haber envejecido de forma prematura desde que salió de Berlín. Un año sin ver a Hilda ni a su pequeña Liese. Necesitaba que todo sucediera ya, así estaría más cerca de regresar a casa.

Justo cuando volvía hacia el interior del refugio un miembro de las tropas de asalto, un *Sturmtruppen* del batallón n.º 5, salió del refugio saludándolo con un toque de dedos en su casco. Otto le correspondió con una sonrisa. Aquellos soldados adiestrados en las técnicas de combate más violentas eran taciturnos y poco dados a la conversación, pero aquel había buscado el amanecer en el exterior como él y eso le pareció que les acercaba de algún modo. Le vio sacar un reloj plateado de la chaqueta de su uniforme y pasar los dedos por la guarda, tanteando lo que había grabado antes de consultar la esfera.

–Es muy bonito –señaló Otto para romper el hielo. Necesitaba escuchar el sonido de una voz humana, aferrarse a algo trivial antes de lo que estaba por llegar.

El hombre se tocó la cicatriz que cruzaba su mejilla derecha en un gesto automático. Era una marca abultada y enrojecida, seguramente infligida en alguna pelea cuerpo a cuerpo con el filo de un cuchillo o una bayoneta.

–Era de mi padre –musitó el otro–. Desde que me lo legó, no puedo dejar de consultar la hora cada poco. Sé que resulta algo extraño, pero no puedo evitarlo. –Volvió a tocarse el rostro y Otto pensó que ese hombre tenía la necesidad de realizar algún tipo de movimiento para calmar la ansiedad. Lo del reloj debía de ser algo parecido.

–Me llamo Otto –dijo sin obtener respuesta. Un silencio tenso se interpuso entre los dos–. Amanece. –El ingeniero carraspeó cuando se dio cuenta de que

había dicho algo obvio—. Pronto darán la orden de evacuar el exterior.

El soldado de la cicatriz guardó el reloj de nuevo, apretó los labios y se rascó la cicatriz con un dedo. Contestó mientras se daba la vuelta para entrar en el refugio:

–Las seis y media. Debo revisar mi equipo para que no haya fugas cuando ocupemos las trincheras.

Otto reprimió un escalofrío al sospechar el equipo del que hablaba. En los refugios habían corrido los rumores y todos especulaban con el resultado de un ataque directo con aquellas cosas. Nunca antes se habían utilizado en combate y el ingeniero esperaba no encontrarse con las consecuencias en directo. Se preguntó qué opinaría Hilda si supiera lo que estaba planeado para ese día, ella que no soportaba ver morir a un animal y que le pedía que despiezara él la carne cuando volvían de la granja de sus suegros con alguna res sacrificada para ellos. Siguió con la mirada al *Sturmtruppen* cuando desapareció bajo tierra y luego, con otro suspiro, hizo lo mismo.

Barleduc, 21 de febrero de 1916

A Claudine le dolía la cabeza desde la última visita del «caballero», como le gustaba llamarle, imprimiendo a cada sílaba la ironía justa para cambiarle el sentido a la palabra. Sospechaba que tenía la mandíbula fracturada porque no podía abrir la boca sin que un relámpago devastador le recorriera el cráneo. La madame se había enfadado mucho cuando la encontró en esas condiciones. Ella no recordaba gran cosa desde que la primera bofetada restalló en su sien izquierda y sintió el peso del cuerpo masculino sobre el de ella. Tuvo una leve conciencia de falta de aire al sentir sus dedos en garra alrededor del cuello y enseguida llegó la oscuridad, que la envolvió durante un tiempo que no supo precisar, hasta que los aros rojos de la madame titilaron en su campo de visión durante un instante. Luego el rostro preocupado de la mujer terminó de definirse ante sus ojos, escupiendo maldiciones en tres idiomas mientras fruncía sus labios pintados de carmín. Recordaba las voces del resto de las chicas enlazando sus protestas y su indignación con interjecciones de ánimo para ella. Ninguna estaba a salvo de situaciones de ese tipo y la muchacha agradeció en silencio el apoyo de sus compañeras.

Los días siguientes fueron duros. Unas horas después de que la encontraran, la madame entró en su dormitorio con un pequeño estuche del que sacó una jeringuilla de vidrio cargada con un líquido blanquecino. «Regalo de la casa», le

explicó con una sonrisa triste, y especificó que el resto tendría un precio. Los dedos huesudos le recorrieron el brazo y presionaron en el hueco del codo. Claudine tan solo percibió un escozor leve, al que siguió un bienestar indescriptible. El dolor desapareció y su cuerpo se relajó como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Ni siquiera le importó que la madame continuara con su caricia y le abriera la bata, ni escuchar sus sonidos de satisfacción mientras lo hacía. Tampoco cuando le separó las piernas y enterró su cabeza entrecana entre ellas, ni fue consciente de cuándo comenzó a gemir al percibir su lengua experta. Se abandonó a un placer extraño. Sentir sin sentir en realidad, como si su cuerpo estuviera dos metros por encima de donde estaba físicamente. Se escuchó gritar a sí misma mientras arqueaba las caderas y apretaba la cabeza de la mujer contra ellas con sus manos para que el placer fuera más profundo. Un poco más tarde, volvió a visualizar el rostro de la madame muy cerca del suyo. La boca y la barbilla le brillaban con la humedad. «Con esto me cobro los días que no podrás trabajar, pero aún me debes la consulta del médico», le susurró al oído. Claudine durmió sin sueños por primera vez en años.

Horas después, el dolor volvió con furia. Tan solo se calmaba con las visitas de la madame y sus jeringuillas de paz. Las deudas para con ella no dejaban de crecer, aunque se cobraba de su cuerpo lánguido cuanto quería. Durante cuatro días se limitó a un duermevela inquieto entre los latigazos de la mandíbula y la cabeza al moverse, pero aquella madrugada se sentía un poco mejor. Ya no se escuchaban ruidos en la casa y ella necesitaba salir de su habitación. La proximidad del amanecer cubría las habitaciones de un hechizo silencioso en el que los sueños de unos y de otros lo ponían todo en su lugar. Los soldados regresaban a su realidad y las chicas se alejaban de ella bajo las mantas, despojadas del disfraz de seda y terciopelo. Claudine se levantó de la cama y se sintió algo mareada al hacerlo; alimentarse a base de sopa durante esos días la había debilitado bastante, pero no era la primera vez que pasaba hambre. En cuanto pudiera abrir la boca con normalidad, recuperaría lo perdido.

Se miró al espejo y sintió una ira fría y despiadada que le palpitaba en el pecho al ritmo de su sien. El lado izquierdo de su cara brillaba con un tono púrpura y un arco violáceo acunaba sus ojos. Apretó los puños.

Zona de los bosques al norte de Verdún, 21 de febrero de 1916

Adele había recorrido los senderos ocultos de los bosques guiándose por la luz tamizada de la luna. Avanzaba todo lo rápido que su corazón cansado le

permitía. Debía sacar a Emille y a las Bertrand de allí lo antes posible. Esta vez no había sido una visión o un presentimiento, había sido una orden clara de Mari durante su despedida de Ixion: «Tu hijo está muerto. Corre para salvar a los que aún están vivos». La *sorgina* abandonó el hospital de Glorieux y a la doctora Nicole, y atravesó Verdún ante la mirada inquisitiva de los vigías sin que la detuvieran. Sin aliento y con la escarcha acartonando sus rasgos, llegó a la puerta de su granja en el momento en que un silbido rasgó la noche desde la línea alemana. Acto seguido, se oyó un estruendo en la ciudadela. Algo había estallado en Verdún y, aunque la noche continuó después en silencio como si no hubiera sucedido nada, Adele sabía que aquel estruendo tan solo era el preludeo y que les pillaría a ellas en medio.

Entró en su casa llamando a Emille, pero únicamente se encontró con el eco de su propia voz. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal y se atoró en su garganta. Pese a ello, se obligó a pensar con frialdad: su hija debía de estar en la casa de las Bertrand. Aun así, la angustia le oprimió el pecho: para que su hija hubiera claudicado en su decisión tenía que haber sucedido algo con su embarazo. Cogió cuatro cosas imprescindibles, la llave de la casa de sus vecinas, que escondía en un agujero de la pared por si había una urgencia, y el dinero que tenían ahorrado de la última venta de la cosecha hacía unos meses. Lo guardó en una bolsita de cuero dentro del escote y salió de la granja asegurando bien la puerta. Se arremangó la falda por encima de las rodillas, deformadas por la edad, y salvó la distancia que separaba las dos granjas, envuelta en el halo violáceo de un amanecer incipiente. El hogar de su comadre estaba en calma, con la chimenea y las lámparas de aceite apagadas. Adele suspiró un poco más aliviada al pensar que estarían durmiendo plácidamente en sus camas.

Pero se equivocaba.

Cuando abrió la puerta con su llave, para no despertarlas, un gemido quedó hizo que diera un respingo: su hija, Emille, se encontraba sentada en un rincón del recibidor, encogida sobre sí misma y aferrándose el vientre con un gesto de desesperación en el rostro. A Adele le pareció más niña que nunca.

–¡Ama! –sollozó, con una mezcla de anhelo y terror–. ¡Creo que ya está aquí!

Verdún, trinchera francesa, 21 de febrero de 1916

El alba pareció flotar indecisa durante un momento y luego ganó terreno al cielo estrellado. Geoffroy salió de su refugio y se sacudió el sueño acumulado con unas palmadas en los muslos. De la tela azul de sus pantalones se desprendió una

nube de polvo. La trinchera francesa estaba sumida en un silencio acogedor a pesar de la humedad y del frío. Saludó al compañero que había estado de guardia las últimas horas, sonriéndole para darle ánimo, pues le quedaba poco para el relevo. Había sido una guardia extraña. Aún de noche cerrada, un estruendo en la ciudadela les había despertado sobresaltados y los mandos habían ordenado que estuvieran alerta, pero luego todo se había vuelto a quedar tranquilo. El soldado no se había vuelto a dormir. La última noticia que había tenido de su amigo Ixion, antes de que lo trasladaran a la primera línea de trincheras desde el fuerte de Belleville, era que se encontraba en el hospital para enfermos infecciosos, y estaba preocupado. Echaba de menos sus maneras directas y resueltas, aunque añoraba aún más a su hermana Emille. Su recuerdo le hizo sacar el reloj que le diera al despedirse de él aquella muchacha de cabello negro y mirada tan intensa que parecía asomarse a lo más profundo de sus pensamientos. No sabía las veces que se había quedado perdido en unos sueños donde Emille era su compañera, mientras mantenía el reloj entre sus manos.

Miró la esfera y bostezó sin poder evitarlo. Las siete y cuarto. Le esperaba otro día de vigilancia hacia la línea que se divisaba al ralear la frondosidad del bosque; los alemanes esperaban en algún punto de esa zona. El estómago le rugió con la urgencia del ayuno. Mantuvo sus sueños prendidos un poco más en el rojo ardiente del horizonte, admirándolo, y contempló después el brillo dorado de la «E» de su Emille grabada en la guarda del reloj. Era lo único que le anclaba al recuerdo de su cuerpo cálido en aquella noche que pasaron juntos. Le inquietó la sombra que vio en sus ojos cuando le dijo que el regalo de su padre lo debía tener él, aunque no supo por qué. De lo que estaba seguro era de que quería estar a su lado. Volvería a buscarla, y no le importaba tener que dar a Ixion una buena tunda para ganarse el derecho de ser el compañero de su hermana. No había dejado de pensar en ella desde entonces. En el último permiso viajó hasta Augbagne para visitar a sus padres y ahora se arrepentía de no haberse pasado por la granja donde vivía Emille. Había sido un cobarde por no haber querido enfrentarse a su madre. Ixion presumía de que tenía poderes de bruja. Sin embargo, él estaba seguro de que la muchacha era la mujer de su vida y estaba dispuesto a todo. Saber que estaba tan cerca, desprotegida, y no poder ir a verla, le volvía loco. Geoffroy suspiró con impotencia. Dio cuerda al artilugio, dedicó otro pensamiento a su amor y se dio la vuelta para ir a desayunar.

En ese momento, un estruendo rompió el cielo. Dos, tres, una docena. El estallido del primer impacto hizo saltar uno de los muros de contención de la trinchera. La tierra se desplomó, pedazos de madera volaron alrededor y una

nube gris lo cubrió todo. La figura del vigía ya no se recortaba en la alambrada. Tan solo quedó un montículo de piedras en el que sobresalía una mano abierta cubierta de polvo y sangre, como si implorase ayuda. La tierra vibraba resquebrajándose con cada detonación. Los cañones enemigos escupían dolor en forma de metralla. Tras la primera oleada de proyectiles, algunos hombres se escondieron en los refugios subterráneos y otros tomaron posiciones para repeler a los invasores, pero ningún alemán apareció para presentar batalla. Las detonaciones se sucedían y se escuchaban gritos ahogados que se sumaban al estruendo. Las trincheras estaban desapareciendo bajo la tierra y las rocas desprendidas tragadas por cráteres enormes. Los árboles saltaban en pedazos y los socavones hendían las raíces. Los soldados salieron al exterior como las ratas perseguidas por el fuego. Escalaban por las paredes derruidas, se pisaban, avanzaban arrastrándose... Huían de un entierro en vida. Empuñaron sus armas sin saber hacia dónde dirigir las. El cielo se oscureció por una lluvia continua de proyectiles que buscaban aniquilar la primera línea francesa. Geoffroy escuchaba los gritos de sus compañeros instándole a moverse: «¡A los bosques, a los bosques!». Pero no podía. Una nube densa surgió del suelo y le impidió respirar. Los ojos le lagrimeaban. No era capaz de saber dónde estaba el resto de su batallón. Ya no sentía el estómago vacío. Un dolor agudo le llenó la boca de sangre y lo único que pudo hacer fue doblarse sobre sí mismo.

Barleduc, 21 de febrero de 1916

Claudine se dirigía hacia la cocina tambaleándose cuando escuchó los gritos. La voz sofocada de la madame suplicaba una y otra vez: «Maldita sea, ¡no te mueras en mi casa! ¡En mi casa no!».

Por las vidrieras que adornaban el salón donde se recibía a los clientes entraban los primeros rayos del sol y convertían la estancia en un tablero de ajedrez rojo y dorado. Sobre uno de los divanes, la figura de un hombre desnudo resaltaba por su palidez contra el tapizado verde. La madame le daba puñetazos en el pecho con toda la fuerza de la que era capaz. Su cuerpo moreno, despojado de la bata de seda, abandonada en el suelo, temblaba cada vez que descargaba su peso sobre la carne flácida. Claudine se acercó con cautela. Observó la miriada de marcas violáceas que cubrían la piel masculina y sus labios hinchados y azules.

–¡No te quedes ahí parada y ayúdame! –gritó la mujer mientras se giraba. Tenía el maquillaje de los ojos corrido en una mancha negra que los

emborrataba y el carmín convertía su boca en algo indefinido. Era la primera vez que veía a la madame sin su pesado vestido adornado con encaje y volantes. Le sorprendió la belleza que aún poseía aquel cuerpo esbelto a pesar de las marcas rojizas que señalaban las venas de sus brazos donde la aguja había horadado una y otra vez la piel—. ¡Mercier! ¡Jodido cabrón!

Claudine se quedó absorta en la espuma que recubría aquellos labios tumefactos que asomaban a través del mostacho gris. No era la primera vez que veía un muerto.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea! ¡Maldita sea! —seguía lamentándose la madame, dejando caer su cuerpo sobre el del hombre—. Guilleux me va a matar.

—No sé quién es, pero ya no se va a levantar —logró articular Claudine con la voz pastosa. Apenas podía abrir la boca y tuvo que respirar profundamente cuando terminó. La madame se detuvo y bufó.

—Tienes razón. —La mujer se incorporó y le dio un último puñetazo a Mercier con rabia—. ¡Hijo de puta! Guilleux no tardará en llegar a recogerle y le voy a entregar un cadáver. El muy imbécil debió de inyectarse antes de venir a verme. ¡Señor! ¿Dónde lo habrá hecho? Solo yo encontraba dónde... Y al pincharle hoy... Él... Debí haberle convencido para ser yo la que guardara la morfina, como otras veces. No tenía fuerza de voluntad. —Se anudó la bata que había recogido del suelo—. Ayúdame a vestirlo, Claudine. Mercier es el comandante médico del hospital de Barleduc, un buen hombre. No se merece que su amigo le vea así. Y reza para que Guilleux no la tome con nosotras.

Cuando terminaron, Claudine se desplomó sobre uno de los sillones con la cabeza a punto de estallar por el dolor. Unos golpes en la puerta de entrada al prostíbulo sobresaltaron a la madame, que acudió rauda para abrirla. Su voz queda dio paso a la airada del director del hospital.

—¿Dónde está? —escuchó Claudine tras un golpe seco al cerrarse la hoja de madera—. ¿Qué le has hecho esta vez, puta víbora?

No pudo entender las palabras de la madame, pero sí reconoció el chasquido de una bofetada. Era inconfundible. Claudine se encogió contra el respaldo y pensó que incluso un hombre amable como el director Guilleux se creía con derecho sobre ellas. Debería haberse recluido de nuevo en su habitación, pero no encontraba fuerzas para levantarse. Se recreaba en el cuerpo sin vida de Mercier sin poder apartar la vista en una espiral morbosa, mientras imaginaba la escena entre él y la mujer momentos antes de que ella les encontrara.

Guilleux entró en la sala y su rostro se tiñó de naranjas y rojos, como si emergiera del mismo infierno. No parecía el hombrecillo tímido que ella había

conocido días antes. Ni siquiera la vio. Avanzó hacia Mercier y se arrodilló junto a él con un gemido de dolor. Le abrió los párpados y acercó su rostro hasta rozar la boca hinchada buscando la más leve respiración. La madame apareció un poco después, frotándose la mejilla enrojecida.

–¡Jean-Luc Guilleux! ¿Cómo puede pensar eso de mí? Soy incapaz de hacerle daño al comandante. ¡Yo también le quería! –El hombre se volvió y Claudine sintió un escalofrío ante la mirada que le dirigió a la mujer, pero ella se irguió y elevó la barbilla. Continuó–: Él venía a buscarme. Usted sabía que tenía un problema, pero ¿le prestó la ayuda que necesitaba? Aquí encontraba placer y comprensión, y yo un aliado. Si quiere buscar un culpable, encuentre a la enfermera que dejó en las manos de un adicto un tarro entero de morfina. Me contó que lo había chantajeado para que dimitiera a cambio de pincharle una dosis. ¡Estaba hundido y yo le recogí! ¿Dónde estaba usted?

–¡Dirigiendo un maldito hospital en guerra! –Guilleux se incorporó de repente como si fuera a saltar sobre la mujer, pero su mirada encendida se encontró con la de Claudine y se quedó inmóvil, confundido por un instante–. ¡Señorita Meurent! ¿Qué...? –Sus ojos se oscurecieron–. ¿Ha tenido usted algo que ver con esto?

Claudine tomó aire. No le convenía enfrentarse con ninguno de los dos.

–Lamento la pérdida del comandante Mercier, señor Guilleux. Y lamento no haberle conocido antes de... todo esto. Solo me he quedado en el salón por si necesitaban algo, pero ya me retiro, no me encuentro muy bien. –Hizo una mueca al levantarse del asiento y recibir un latigazo desde la mandíbula a la sien.

–¡Claudine! –Guilleux evitó que se desplomara en el suelo sujetándola por la cintura y, al acercarse, pudo ver las marcas en el rostro femenino y la deformidad en el lado izquierdo–. ¿Qué le ha sucedido? –El hombrecillo la elevó entre sus brazos, apretando los dientes–. Está desfallecida.

–Uno de sus queridos hombres de ese hospital en guerra que dirige, señor Guilleux.

La muchacha escuchó replicar a la madame con sequedad mientras la cabeza le daba vueltas. Percibió los pasos vacilantes del director al soportar su peso y el gruñido masculino que vibró en su pecho tras esas palabras. Sonrió hasta que regresó el dolor. Ese hombre sentía algo por ella, estaba segura, y era su mejor baza en ese momento. Le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la cabeza con un suspiro. Los latidos de Guilleux se aceleraron.

Cuando franqueaban el dintel de su habitación, las paredes temblaron levemente. El cielo se desgajaba, quebrándose entre el sonido de un millar de

truenos que restallaban en la lejanía, al norte. «Un bombardeo, como los de París», pensó Claudine antes de sumergirse en la nada.

Ancemont. Al sur de Verdún, 21 de febrero de 1916

Adrien yacía sobre la cama de Claudine. Había compartido el fuego en que se abrasaba su piel cuando se deshacía entre sus piernas. Esas piernas largas y pálidas que le rodeaban las caderas y le pedían aún más: más intensidad, más profundo, más de todo. Y él no estaba preparado para vender su alma al diablo; ya había estado a punto de perderla unos meses atrás, cuando Alain le contó lo que había sucedido con Claudine tras su separación. Casi se volvió loco. En aquella habitación, tuvo la vaga noción de no estar donde debiera. Nunca tendría que haberla buscado en el bulevar ese día, ni haber rodeado su cintura, ni haberle rozado los labios en aquella esquina antes de que ella le arrastrara hacia las escaleras que llevaban a la diminuta habitación. Cerró los ojos cuando la muchacha deslizó algo en la mano de una mujer gruesa, envuelta en un chal de un rojo desvaído, antes de franquear la entrada al edificio. Y volvió a cerrar los ojos cuando, en vez de la ropa interior blanca que recordaba de sus encuentros en el granero, dejó a la vista la seda y el encaje al quitarle el vestido. La hizo suya, como las veces anteriores, sin pensar en nada más. Pero todo había cambiado, y cuando la miró, justo en el preciso instante en el que se derramaba dentro de ella, la culpa por todo lo que había soportado sin él se le echó encima y rodó hacia un lado porque ya no soportaba rozar la piel que habían tocado otros. El cuerpo de Claudine parecía flotar sobre el colchón empapado y los rizos dorados se apelmazaban sobre sus pechos. Sonreía. Adrien se levantó y buscó en su petate aquello que le pareció justo para aliviar su carga durante unos días. Pero algo le mordió en el alma cuando su mano rozó las esquinas del fajo de billetes y, antes de que pudiera interpretar esa vocecilla que le gritaba que iba a cometer el error de su vida, se giró y se encontró con que sobre la cama se encontraba Irène, desnuda y sudorosa, mirándolo con la reprobación en sus ojos castaños. Se estremeció de pies a cabeza. Y quiso decirle todo lo que había sucedido con Claudine, pero un aullido sonó tan agudo que le rompió los tímpanos. Se llevó las manos a los oídos y su cuerpo tembló de una forma que jamás había experimentado.

Entonces se despertó, aunque el mundo no se quedó quieto al hacerlo. Todo a su alrededor continuaba agitándose al ritmo de los truenos que estallaban en el exterior. Bañado en sudor, se levantó de un salto y abrió la ventana para

escudriñar el cielo: estallaba en oleadas de rojo y negro. Los alemanes les atacaban.

Los barracones bulleron con una actividad inesperada. Se oían voces, órdenes de despegue, taconeos de botas contra el suelo. Alguien tocó una campana en el campo de aviación y comenzaron los gritos. Los mecánicos corrieron hacia los aparatos para ponerlos a punto sin saber hacia dónde iban a despegar los *Nieuport*, pero debían estar preparados. Los oficiales reunieron a los pilotos en el hangar para contarles lo que Adrien ya sabía. Era la ciudadela de Verdún, donde había tenido el encontronazo con aquellos cazas alemanes. Los motores rugieron entrecortados hasta que el ruido aumentó de intensidad y los primeros pilotos invadieron la pista.

–¡En formación! –gritaba para que sus compañeros pudieran escucharle sobre el ruido de los monoplaza–. ¡Que nadie vaya en solitario!

La adrenalina se llevó los jirones de sueño y la melena dorada sobre el colchón se desvaneció por completo mientras comprobaba que en el tambor de la Lewis, situada en el plano superior del avión, no faltaba nada de munición. El pitido en sus oídos aún resonaba, pero se había convertido en un murmullo molesto. Sacudió la cabeza, se colocó las gafas de aviador y observó los gestos que le dedicaba el oficial en tierra para guiarle en el despegue. El bombardeo no cesaba y los suyos estaban bajo el fuego enemigo. El *bebé* de Adrien se movió lentamente sobre la pista y el resto de los *Nieuport* siguió su estela. Poco a poco, al igual que el monoplaza tomaba velocidad, el piloto iba deshaciéndose con las vibraciones metálicas del aparato y cuando las ruedas despegaron del suelo Adrien se había convertido en el viento mistral del que tomaba su apodo y que soplaba hacia el norte. Hacia Verdún.

Aldea de Beaumont. Norte de Verdún, 21 de febrero de 1916

Emille sentía que se iba a romper en dos con cada contracción que retorció sus entrañas. Al menos, en ese momento estaba recostada contra una pared y bajo techo, y no apretando los dientes para no desmayarse mientras caminaba. Desde que salieron de la granja de las Bertrand, había intentado obedecer a su madre sin pensar en el líquido caliente que recorría sus muslos con cada paso y así continuar a través del barro mientras se sujetaba el abdomen abultado con ambas manos. Ahora que estaba sentada dudaba que pudiera volver a levantarse.

Las gemelas se mantenían calladas, cada una bajo un brazo de la viuda, acurrucadas como dos pollitos mojados en la penumbra. Lorraine recorría a

zancadas el sótano al que Adele las había llevado. La anciana las había obligado a caminar sin descanso hasta llegar a la capilla del cementerio de Beaumont simplemente con la angustia que desprendía su mirada. Y les había salvado la vida. Justo cuando atravesaron la puerta lateral de la capilla, el cielo se volvió rojo y ardió en llamas, aunque ya había amanecido. El sonido de los obuses estallando una y otra vez martilleó cada fibra de su ser durante horas. La luz fue cambiando mientras avanzaba el día, pero el infierno continuaba desatándose fuera sin descanso. Los sollozos de las niñas se ahogaron en el estruendo y hubo un momento en el que Emille ya no sabía si el temblor era suyo o de la tierra, o si lo hacían a la vez al compás de cada detonación.

De pronto se hizo el silencio y tan solo se escuchó un zumbido que vibraba dentro de sus cabezas. Las mujeres se miraron y tardaron un tiempo en reaccionar.

–¿Habrá terminado ya? –se atrevió a decir Lorraine mientras intentaba mirar por el ventanuco que se abría lindando con el techo. Añadió–: ¿Quedará algo ahí fuera?

Emille gimió e intentó coger algo de aire cuando comenzó otra contracción. Adele le puso las palmas de las manos sobre el abdomen y cerró los ojos.

–Debéis iros ahora –anunció. Abrió la bolsa donde guardaba sus plantas medicinales y rebuscó en ella. Sacó un tarrito con un polvo de color pardo–. Emille y yo nos quedaremos en este sótano. Intentaré retrasar el parto todo lo que pueda, aunque la bolsa de líquido ya está rota. En estas condiciones no puede continuar, y si ha cesado el bombardeo tenéis una oportunidad para llegar a Verdún y pedir ayuda.

La viuda Bertrand comenzó a gimotear como una niña y las gemelas se abrazaron a ella con fuerza. Lorraine se retorció las manos y las miró; luego se volvió hacia sus amigas. Era lo más sensato, aunque una parte de ella le gritaba que las estaba abandonando. Pero debía tomar la decisión. Su madre se había derrumbado y tenía que sacar adelante a las gemelas. Se arrodilló junto a Emille y le tomó la mano.

–Volveré a buscaros, hermana. Dijimos que íbamos a luchar hasta el final, ¿lo recuerdas? –La embarazada asintió, sin poder hablar, y cerró los ojos al recibir su beso en la mejilla.

Lorraine tuvo que tirar de su madre y de las niñas para que se pusieran en pie. Se llevó un dedo a los labios para pedir silencio y desaparecieron por la escalera que llevaba a la capilla sin mirar hacia atrás.

En el momento en que dejó de verlas, Emille sintió un dolor profundo en el

pecho que solo podía ser provocado por una pérdida inconmensurable. Como si alguien le hubiera cerrado una puerta por la que debía pasar para continuar su futuro, como si se hubiesen borrado los caminos que había marcado para no perderse. Se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo la sensación de que la pérdida no era la de sus amigas, sino otra aún desconocida, pero que le había despedazado el alma.

Ciudadela de Verdún. En el aire, 21 de febrero de 1916

El cielo estaba repleto de artefactos vomitando una carga que, tras impactar en el suelo, se convertía en fuego y tumba para los soldados en las trincheras.

Los *Nieuports* hicieron su aparición en formación cerrada y los aviones alemanes les dieron la bienvenida con sus ametralladoras sincronizadas; sus hélices dejaban pasar la munición entre ellas cuando los pilotos disparaban, después de montarlas en la parte delantera. Hasta en eso se diferenciaban de los franceses, que de ese modo no se veían obligados a soltar los mandos en el ataque, una ventaja esencial en las batallas aéreas. Cualquier tipo de orden en la aviación francesa desapareció con el ataque de los *fokkers* y los pilotos se perdieron de vista unos a otros. El terreno bajo sus aparatos parecía sacado del mismo infierno. Debían sacar a sus soldados de ese fuego incesante.

Dos zepelines se movían, pesados, sobre la nube de humo negro que se elevaba de los bosques y los puntos oscuros que caían de su cesta estallaban cuando rozaban tierra. Adrien voló al encuentro de uno de ellos. La inmensa mole flotaba a una altura suficiente como para lanzar las bombas con una puntería certera e impactar contra las trincheras que aún no se habían desmoronado. El *Nieuport* intentó acercarse todo lo que pudo a la bolsa de gas que mantenía el zepelín elevado. Al acercarse, comenzó a disparar su Lewis, aunque para ello tuvo que soltar los mandos de su monoplaza durante un instante, y las líneas de fuego que escupía rozaron la tela del artefacto. Le sobrepasó. Un aparato alemán persiguió a Adrien, obligándole a alejarse del zepelín. Cuando pudo deshacerse de él, el inmenso globo ya se había impulsado hacia arriba, advertida la tripulación de su maniobra, fuera del alcance del motor del monoplaza. Adrien ahogó una maldición cuando viró y buscó el zepelín; su *Nieuport* no podía alcanzar tanta altura, pero por lo menos les había obligado a suspender el bombardeo durante un tiempo.

Dos *fokkers* salieron al encuentro del *bebé* de Adrien y él mantuvo su posición hasta que abrió fuego sobre uno de ellos a escasos cincuenta metros sin que la

ametralladora del alemán diera en el blanco. Se lanzó después sobre el enemigo, buscando su ángulo muerto para que no pudiera seguir disparándole, y abrió fuego a quemarropa, apenas a quince metros de distancia. Destrozó su fuselaje y tocó el motor. El *boche* entró en barrena y se perdió entre el humo negro y denso que cubría el cielo. Adrien intentó localizar dónde caía, pero el enemigo se lanzó sobre él y perdió de vista al *fokker* que caía. Soltó otra maldición. Sin saber dónde había caído el alemán. Esa victoria no se contabilizaría en su haber y él quería ser uno de los ases del cielo. Hizo un viraje brusco y se colocó en la cola del otro alemán disparándole, pero la potencia del motor Le Rohen le jugó una mala pasada y en la persecución sobrepasó a su enemigo. Ahora lo tenía en la cola y el piloto jugó su ventaja sobre el francés: utilizó su ametralladora manteniendo el rumbo. Adrien sintió cómo el fuego mordía su hombro antes de comprobar que los disparos habían destrozado el ala derecha del monoplaça y que en la parte alta del frontal se abría una media luna astillada en lugar de la ametralladora. Apenas podía sostener los mandos. Una estela blanca se entrecortaba alrededor del motor. El francés miró a su izquierda y observó cómo el *fokker* se ponía a su altura por un instante y el piloto alemán le saludaba con un toque de dedos en la frente. Desarmado y con el avión destrozado, le estaba perdonando la vida. En las batallas aéreas, los pilotos jugaban a ser caballeros del cielo.

Adrien voló hacia la base de Ancemont. La sangre empapaba sus guantes y una neblina cubrió su visión. Pidió en un murmullo a algún dios que le ayudara a llegar hasta ella. No podía perderla, no podía perderse de nuevo.

Norte de Verdún, trincheras francesas, 21 de febrero de 1916

La orden había sido dada. El soldado alemán chasqueó la lengua al darse cuenta de que se había dejado el reloj en el cuartel subterráneo cuando se ajustó el equipo y un dolor sordo le inundó el pecho. Había perdido el único recuerdo que le quedaba de su padre. No podía volver a buscarlo. Se frotó la cicatriz con saña. Necesitaba saber la hora. Calculó mentalmente que habrían pasado unas diez horas desde que salió a contemplar el paisaje, y en ese momento lo único que veía era una tierra yerma ante él. Se dirigió junto con sus compañeros hacia la línea de trincheras francesas moviendo sus pies de forma sistemática, al unísono. Avanzar como si fueran un solo cuerpo les daba la sensación de que sus movimientos no eran suyos, de que solo eran títeres sin responsabilidad. Aferró la manguera con fuerza al notar cómo el sudor le impregnaba las palmas de las

manos. Los montículos que flanqueaban la espesura ya no existían. Los túneles se habían hundido y las zanjas se habían convertido en tumbas. Las columnas de humo que se alzaban insolentes sustituían a los troncos de los árboles en una suerte de bosque fantasma.

Se acercaban al objetivo. Las primeras trincheras habían desaparecido y pasaron sobre los escombros con facilidad. Al llegar a una alambrada divisaron varios cuerpos tendidos. Como si fueran uno, accionaron los mecanismos de los depósitos que llevaban a la espalda y lanzaron chorros de fuego hacia todo lo que se fueron encontrando. La carne quemada crepitó, las articulaciones se doblaron en ángulos imposibles y el soldado ahogó una náusea al contemplarlo.

A la altura de un pequeño cráter, una figura ovillada se movía de forma casi imperceptible. Algo dorado destelló al sol. Desmarcándose de la formación, el alemán se acercó con curiosidad. El cuerpo ensangrentado apenas respiraba, pero parpadeó al sentir su presencia. Entre sus manos se enredaba la cadena de un reloj cuya caja se apoyaba en el suelo, indemne. El *Sturmtruppen* se frotó la cicatriz de la mejilla izquierda y observó las manecillas. Las seis y media. Con delicadeza, le desprendió la cadena de los dedos y se guardó el reloj en el bolsillo del abrigo. Estaba a punto de accionar el lanzallamas cuando una mano le aferró del antebrazo para detenerle. Se giró, airado. Era el soldado con el que se había encontrado al amanecer cuando salió a respirar aire fresco antes del bombardeo. «Otto», recordó en un momento de lucidez. El recién llegado sacó su *Luger*, la apoyó sobre la frente del moribundo y apretó el gatillo. La detonación hizo que los soldados de asalto que estaban cerca se giraran hacia ellos. El ingeniero alemán siguió avanzando en silencio sin mirar atrás y el otro hombre dirigió el lanzallamas hacia el cuerpo desplomado. Una nueva bola de fuego se sumó a las demás.

Capítulo XV

Trommelfeuer

Bosque de Caures, norte de Verdún, 22 de febrero de 1916

–¡Sébastien!

Abrió los ojos e intentó incorporarse de un salto con el fusil apuntando a la oscuridad, pero no pudo; algo aprisionaba sus extremidades impidiendo cualquier tipo de movimiento. Temblaba. Un dolor intenso le apretó las sienes cuando intentó abrir los párpados y un ruido extraño surgió de su garganta, a medio camino entre el gemido y un gruñido inhumano.

–¿Estás vivo? –La voz de Philippe apartó a empujones el sueño denso en el que Sébastien se había sumido. Su codo agujoneándole las costillas para que se despertara hizo el resto.

–Ahora sí –se lamentó a media voz mientras arrugaba la nariz. El olor a almendras tostadas y éter, mezcla de los ataques alemanes con gas, era aún intenso, y el miedo, que había empapado los cuerpos de los dieciséis hombres que se hacinaban en el habitáculo, convertía el aire en una manta irrespirable. Se volvió a colocar el pañuelo para intentar protegerse de aquel ambiente tóxico, pero el oxígeno era tan escaso que en vez de conseguir despejarse la cabeza comenzó a darle vueltas. Escuchó el ronquido del hombre que tenía a su derecha al respirar y el gorgoteo de su garganta cerrada. Sébastien volvió a revivir las imágenes de sus compañeros tosiendo hasta destrozarse los pulmones al respirar el gas venenoso y tuvo que retener el vómito que le llegó a la boca.

–Tranquilo, *chambérien* –le dijo aquella voz familiar que provenía de algún punto cercano—. Solo te has quedado dormido. Creo. El infierno aún nos espera ahí fuera.

Tras el comienzo del bombardeo alemán, su batallón había huido hacia el corazón del bosque de Caures con una consigna clara del coronel Driant: resistir hasta que cayese la noche y pudieran volver a reunirse.

Los destellos de lo ocurrido aquel día seguían inundándole las retinas una y otra vez como un tatuaje grabado con el fuego enemigo. Aquel martilleo constante retumbaba aún en sus oídos. Se habían despertado en él. Los muros de tierra del refugio subterráneo donde dormían habían temblado tanto que todos salieron corriendo de allí como alma que lleva el diablo sin terminar de vestirse. Fuera se encontraron con un cielo cubierto de humo en el que los proyectiles iluminaban su trayectoria con estelas infernales. Hacia ellos. Tierra, árboles y cuerpos despedazados saltaban por los aires y regresaban al suelo, impactando contra los soldados que corrían hacia todas partes. Cobijados bajo cualquier cosa que les sirviera de techo, habían visto cómo los refugios se habían convertido en ataúdes de tierra y alambre de espino tras las explosiones. Las trincheras se tragaban compañías completas. A veces se veían las puntas de las bayonetas como únicos testigos de que los soldados estaban ahí abajo, entre la tierra removida. Cilindros metálicos impactaban contra las lomas y liberaban los gases tóxicos de su interior. Esas nubes, que hacían lagrimear o convertían los pulmones en un charco de sangre, se movían de una trinchera a otra incapacitando a todos aquellos que no tuvieran máscaras de protección a mano.

Tras un tiempo infinito en el que el cielo les apedreó con una lluvia de metal y sangre, un tiempo en el que los hombres habían rezado y llorado hasta que se vaciaron de lágrimas y plegarias, se hizo el silencio. Todos salieron de sus escondites, desorientados, golpeándose los oídos por el zumbido salvaje que les taladraba la cabeza, agradecidos porque el ataque había llegado a su fin y habían logrado sobrevivir a esas nueve horas.

Sin embargo, antes de que pudieran replegarse a posiciones más alejadas, el estruendo regresó. Los alemanes habían alargado el tiro y los obuses estallaban a su espalda. Los habían encajonado entre el fuego de largo alcance y el ataque de la infantería, que ya estaba limpiando las trincheras de primera línea. Los alemanes avanzaban en una formación aterradora. Con sus fusiles colgados, ganaban los metros que separaban unas trincheras de otras a gran velocidad. Llegó el momento de la lucha cuerpo a cuerpo para intentar sobrevivir y llegar a los bosques. Un culatazo en la mandíbula, hundir la punta de la bayoneta hasta chocar con el hueso y escuchar su crujido por encima del ruido de la batalla, golpear con los puños hasta sentir las gotas cálidas impactar contra el rostro, y comprobar que la masa sanguinolenta había caído a sus pies y ya no se movía. En un instante, Sébastien lanzaba granadas de mano junto con otro cazador alpino contra las filas de alemanes que avanzaban sobre las trincheras, y al siguiente, el cuerpo despedazado de su compañero le bañaba en sangre. No

pensó que el horror pudiera ser aún mayor hasta que vio el fuego. Los alemanes escupían llamaradas por unas mochilas cargadas a su espalda y barrían cada metro que conquistaban. El olor a carne quemada era aún peor que el del cloro.

Corrieron. Echaron a correr cuando los uniformes verdes inundaron su posición como una marea que crecía sin parar. Huyeron del infierno que se quemaba a sus espaldas y de los gritos de los compañeros mientras las llagas se abrían en su carne. Llegó un momento en que lo único que ocupaba su mente era dar un paso más. Apartó la sensación de la sangre salpicando su rostro, olvidó los trozos de madera que se hundían en su piel cuando los troncos estallaban a su lado y esa fetidez que le pisaba los talones. Si hubiera sentido algo de todo eso un solo segundo, se habría derrumbado como el resto del batallón cuyos cadáveres habían quedado atrás, marcando el camino, así que siguió corriendo con Philippe a su lado hasta encontrar refugio.

No supo muy bien cómo su hermano del alma había encontrado aquel hueco de piedra, parte de la entrada derruida de una ermita abandonada en medio del bosque e invadida por la vegetación. Quizás él también había seguido al soldado que corría delante. No se lo preguntó. Tan solo vio cómo le hacía señas para que se diera prisa desde la abertura para desaparecer después en la oscuridad y hacia allí fue. El escondite ya estaba casi al completo. Doce hombres se agazapaban en silencio entre las sombras. Tras ellos llegó el terrateniente alsaciano con el que habían jugado aquella última partida de cartas y el joven Ange, que les pisaba los talones. El muchacho no se había separado de ellos durante el ataque y no iba a ser menos durante la retirada. Lo miraba todo con los ojos tan abiertos que parecían ocupar su rostro entero, pero no decía ni una palabra. Se abrieron paso empujando a la masa hacia el rincón más alejado de la abertura, sin hacer caso de los gemidos ahogados de los que topaban con la pared. Parar, sentarse contra la piedra helada y dormirse por el agotamiento fue todo uno. Hasta que Philippe le había despertado.

La noche caía en el exterior, pero la negrura era mucho más intensa entre ellos, como si emanara directamente de sus cuerpos rotos, fragmentados, desesperados.

El crujir de unas botas sobre el ramaje les puso en alerta. Un golpe seco y una imprecación en francés les arrancaron un suspiro de alivio, aunque todos guardaron un silencio culpable. Sébastien sospechó que las miradas estaban clavadas en la entrada que los últimos en llegar habían asegurado, amontonando los escombros del interior contra ella.

—¡Somos camilleros! Del 56° —anunció una voz ahogada. Volvió la nada y el hombre se impacientó—: ¡Las patrullas de *boches* nos persiguen! —La urgencia se

tradijo en desesperación mientras aporreaba la puerta desvencijada—. ¡Dejadnos entrar!

—¡Buscaos otro sitio, malnacidos! Aquí ya no cabemos y nos vais a delatar. Si entráis, juro por Dios que no espero a los alemanes. Yo mismo os rebano el cuello.

Sébastien se tragó el asco que le provocaron aquellas palabras y no habló. Los dieciséis soldados cerraron los ojos, apretaron los dientes y se convencieron de que era lo único que podían hacer para salvar sus vidas, aunque la súplica de los camilleros quedó flotando entre ellos y se sumó a ese olor nauseabundo que ahora les sabía a la sangre de su propia gente. Ange comenzó a gimotear y una voz destemplada lo mandó callar desde el fondo.

Una ráfaga de ametralladora se escuchó muy cerca y después se hizo el silencio. Los minutos se arrastraban entre las formas acuclilladas en una espera agónica. Hasta que la noche se cerró por completo y la calma pareció haberse adueñado del bosque nadie dio señales de vida.

Alguien apartó con cuidado el parapeto que les aislaba del exterior, y la tenue claridad de una luna mordida les reveló las figuras con las que habían compartido las últimas horas. Todos lucían ropas desastradas, sucias de sangre y barro, y rostros demacrados, envejecidos en apenas unas horas. Las profundas ojeras habían sido excavadas por el horror y el miedo. El cazador alsaciano escupió al suelo al verlos salir junto a él.

—Mala hierba parisina nunca muere. —Sus palabras iban acompañadas de aquella tos ronca que Sébastien había escuchado a su lado dentro del refugio.

Philippe no contestó, pero palmeó el hombro del soldado. Saludos similares se fueron repitiendo entre los demás. Ange buscó la cercanía de sus amigos e hizo un amago de abrazarlos, pero se sorbió las lágrimas y tan solo les apretó las manos con efusividad, para quedarse después a su lado, lo más cerca posible. Era un alivio encontrar más supervivientes en el infierno en el que se había convertido el bosque. Desvelar sus rostros los convirtió en personas reales, en supervivientes, y así ahuyentaron en parte los fantasmas de su encierro. Era el tiempo de actuar. Sébastien buscó la osa mayor entre las estrellas de ese pedazo de cielo que las copas de los árboles dejaban ver, pero las nubes y el humo lo cubrían todo y no pudo calcular la hora. Se sintió vulnerable de nuevo.

—¿Cuál es el plan? —preguntó alguien entre susurros.

—El coronel Driant nos dio órdenes claras de contraatacar cuando cayera la noche. Debemos avanzar de nuevo hacia las trincheras.

Sébastien no conocía a los dos hombres que mantenían esa conversación y se

limitó a escuchar. Tenía la mente tan embotada, que no era capaz de seguir un razonamiento lógico. Solo con nombrar las trincheras, el frío le quemó el pecho y le faltó el aire. No quería volver al infierno.

–Si avanzamos con sigilo, les sorprenderemos mientras duermen y así ganaremos terreno otra vez. Cuando nos hagamos con los nidos de ametralladoras podremos plantarles cara y nuestra artillería hará el resto por la mañana.

–¡Claro! Como lo ha hecho hoy, ¿no? –La ironía dejó un rastro de amargura sobre ellos–. ¿Dónde estaban esos hijos de puta mientras nos masacraban?

Voces discordantes entraron en un juego de contradicciones del que Sébastien no quería ser partícipe. El jugador de cartas dio un codazo a Philippe y este requirió la atención de Sébastien. Los tres se apartaron sin llamar la atención para escuchar lo que aquel hombre quería contarles.

–Como me llamo Jacques Laurent que no voy a volver a ese matadero –sentenció–. Lo único que quiero es volver a casa y... si tengo que desobedecer órdenes lo haré hasta las últimas consecuencias. Entendéis lo que quiero decir, ¿verdad?

El silencio se cubrió por los murmullos de la discusión entre el otro grupo. Philippe y Sébastien cruzaron una mirada en la que cada uno leía el miedo y la desesperación del otro.

–Primero tenemos que librarnos de las patrullas que rastrean la zona. Salir de este puto bosque. –El soldado alsaciano se limpió un rastro de saliva de la comisura del labio y continuó hablando, tomando la falta de respuesta como conformidad–: ¿Qué armas tenéis? ¿Munición?

–¿Munición? La he agotado para intentar salvar el pellejo. –Philippe negó con la cabeza–. Los cuchillos y nuestras manos. Huiremos como ratas, pero, ¿quién quiere quedarse a morir en este bosque?

–De todas formas no podemos llamar la atención –apoyó Sébastien–, y nuestros Lebel ocupan mucho espacio. Los fusiles nos entorpecerían los movimientos.

–¿No tenéis ni una puñetera pistola?

Philippe y Sébastien negaron en silencio. Planear una deserción hizo que al joven de Dijon se le subiera la bilis a la boca, pero no supo si era por su conciencia o por la sed que acartonaba su garganta tras un día sin agua. El *petit chasseur*, Ange, le dirigió una mirada de aturdimiento cuando lo localizó de nuevo; se había quedado escuchando los planes de ataque de los demás y no se había enterado de la propuesta de Jacques. Sébastien dudaba en llamarle y

explicárselo cuando el cazador que había comenzado a planear el contraataque, y que se encontraba acucillado, se volvió hacia ellos y alzó la voz. No sabía cómo, pero había adivinado sus intenciones.

–¿Y esos susurros? ¿Planeáis algo a nuestras espaldas como zorras? –Les apuntó con su arma–. Los hombres que han muerto ahí no se merecen eso.

Sébastien sintió el fuego ardiendo en sus entrañas. Él tampoco se lo merecía y no volvería a las trincheras. Se agachó de forma instintiva justo en el momento en que el gesto de decepción y angustia de Ange se colaba en sus retinas.

De pronto, pisadas que corrían. Todas las voces se acallaron y se pusieron en guardia hacia una misma dirección. El sonido del avance se multiplicó entre las ramas desgajadas y la tierra vibró bajo sus pies avisándoles de que no estaban solos en esa parte del bosque. Los habían localizado y su escondite ya no valía de nada. Los soldados improvisaron un parapeto mientras vocablos en alemán les llegaban cada vez más cerca.

–*Da! Da!*

El primer tiro restalló en la oscuridad. Un cuerpo cayó al suelo y se escuchó un gemido agónico. Entonces se desató la tormenta.

Soldados alemanes, borrones verdes apenas iluminados por un amanecer sucio, corrían hacia ellos mientras el sonido de las armas se multiplicaba en ecos feroces. Se distinguían ya las figuras uniformadas con los cascos cubriendo gran parte de la cabeza, cuyos contornos se asemejaban a monstruos venidos de otro mundo. Los fogonazos estallaron en la penumbra, el humo volvió a colarse por sus gargantas y el bosque rezumó sangre y miedo, otra vez. Los cazadores franceses comenzaron a tomar posiciones para defenderse.

Philippe tiró del brazo de Sébastien, que se había quedado observándolo todo como si no participase en la carnicería y pudiera quedarse ahí, quieto, ajeno a los gritos, a sus compañeros caídos, al enemigo que llegaba arrasando cada centímetro de tierra que lo separaba de él. Los latidos cansados de su corazón lo convertían en un blanco fácil, y de repente se encontró demasiado débil para correr. Ange lo llamó mientras obedecía las órdenes de reagruparse y resistir. Pudo ver el movimiento de sus labios y sus aspavientos con el fusil en la mano y pensó que debería ir con él para protegerle. Era un niño. El grupo se había parapetado tras los escombros que les habían servido de camuflaje, preparados para la lucha cuerpo a cuerpo. Berthe se coló en su mente. Le sonreía con las manos empapadas en sangre, la suya. Sébastien apretó los labios y negó con la cabeza para que Ange lo viera. No podía enfrentarse de nuevo a los alemanes.

–¡Vamos! –rugió Philippe–. ¡Ahora o nunca! ¡Nos van a matar por tu culpa!

Lo último que vio de su destacamento fue el rostro descompuesto de Ange al darse cuenta de su abandono y cómo se arrodillaba para disparar su arma. Ya no le pareció un muchacho. Oyó los gritos que les dirigió sobre las detonaciones que se sucedían a su espalda. Un momento después, su mente entendió las palabras que había pronunciado, escupiéndolas con rabia y decepción: «¡Desertores!».

Sébastien corrió detrás de su compañero sin querer mirar atrás. Era una batalla perdida y sus compañeros lo sabían, pero se habían quedado defendiendo lo que consideraban suyo. Y ellos huían para mantenerse a salvo, para tener una oportunidad de vivir, de ver aquella sonrisa de su Berthe sin que la sangre truncara sus destinos. Jacques les jaleaba mientras marcaba el camino y cerró los ojos a todo aquello que no fuera su figura pesada avanzando. En medio de esa carrera frenética, al saltar unos troncos sus pies se enredaron en unas zarzas y trastabilló hacia delante a punto de caerse. Fue entonces cuando bajó la mirada y los vio: dos soldados desmadejados, cubiertos de sangre y barro, yacían entre la vegetación en una posición grotesca. El tiempo pareció detenerse cuando los ojos de Sébastien se posaron sobre ellos, observando cada detalle. Cinco agujeros sobre el pecho, las bocas abiertas en un estertor de sangre, aquellas pupilas veladas, la banda con la cruz roja en la manga del uniforme que los distinguía como camilleros. Ellos habían condenado a esos hombres al no dejarles entrar en el refugio.

No supo el tiempo que duró esa huída, pero en cuanto sus compañeros se detuvieron se dejó caer al suelo sin saber si podría levantarse después. Descargas eléctricas le recorrían cada músculo; serpientes que se enroscaban en sus piernas y le mordían sin piedad. La boca era un trapo del que no podía surgir ningún sonido, pero lo peor eran las voces suplicantes que bailaban en su cabeza; las de los soldados a los que no habían dejado entrar en aquella ermita, los gritos de los muertos que habían dejado junto a ella, la acusación de Ange y su gesto desesperado. Habían desertado; no había vuelta atrás.

Miraron a su alrededor e intentaron sofocar los jadeos y sus movimientos incoherentes mientras decidían por dónde continuar. Debían encontrar otro escondite antes de que la luz del día se adueñara del bosque y las patrullas de alemanes descansados terminaran su trabajo.

Los árboles que los rodeaban estaban intactos y se apretaban los unos contra los otros en una suerte de laberinto de madera y espinos. Los obuses no habían llegado hasta allí, aunque el olor a quemado y a almendras sí lo había hecho. El aire preñado de gases tóxicos se desplazaba con la brisa nocturna ignorando el

entramado de vegetación, colándose por cada hueco y haciendo que les lagrimearan los ojos de nuevo. Cada respiración era un trago ardiente que no les servía para reponerse del esfuerzo realizado.

Philippe abrió la boca, pero de sus labios no surgió palabra alguna. Sin embargo, los otros dos lo entendieron a la perfección. Debían seguir en movimiento.

Se pusieron de rodillas y las piernas temblaron bajo su peso, aunque avanzaron un paso y después otro. Un crujido. Silencio. Cada ruido extraño se multiplicaba en mil ecos que les sobresaltaban. Miraban a los lados viendo fantasmas propios y ajenos donde tan solo existían las sombras de la vegetación. Perdieron la noción del tiempo y de la distancia recorrida.

Cuando ya no sentían ni siquiera el dolor de sus pies, los reflejos del sol se colaron entre el humo perenne y tiñeron el cielo de color pardo. Recortadas contra él, las líneas oscuras del campanario de una iglesia. Se dibujaban cruces de distintos tamaños tras una pequeña muralla de piedra. Sébastien amagó una risa histérica que le supo a tierra reseca y sus compañeros le secundaron entre estertores de alivio. Un cementerio. Cerca se encontraría el pueblo. Casas donde cobijarse. Agua.

Estaban a punto de llegar a la aldea de Beaumont y aligeraron el paso para conseguirlo cuanto antes. La necesidad de cobijarse y descansar ocupaba todos sus sentidos. Si hubieran sido más cautelosos se habrían percatado de que a pocos pasos, entre los árboles, un arma era amartillada con certeza y unos ojos elegían diana entre los tres cuerpos que corrían hacia campo abierto.

Baleycourt, 22 de febrero de 1916

Berthe estaba paralizada. A su alrededor se movían manchas a toda velocidad que podían ser cirujanos, camilleros, soldados, perros... ¿Quién podía saberlo? Corrían sin control de un lado a otro: grises, blancos, negros... y rojos. El maldito color rojo por todas partes, como en su visión.

Se había despertado cuando las sombras no habían abandonado aún su habitación, pensando que el cielo se estaba resquebrajando sobre ellos, que la tierra se abría para engullirlos a todos y pronto se las vería con aquel de quien había renegado años atrás. Creyó que era el fin del mundo.

Se levantó y el frío que le agujoneó las plantas de los pies le obligó a centrarse y a abrir la ventana para saber lo que estaba ocurriendo en realidad. Si el cielo no se estaba rompiendo en pedazos, poco faltaba. Contempló boquiabierta las

estelas blanquecinas de los morteros surcándolo de parte a parte y el humo que se elevaba hacia él desde las colinas que bordeaban Verdún. Los estallidos anaranjados arrancaban temblores a la tierra y llegaban hasta sus pies helados para desestabilizarla. Les estaban atacando, y eso significaba dos cosas: que Sébastien estaba en medio del infierno y que pronto ese mismo infierno llegaría hasta allí en forma de heridos. No podía perder el tiempo.

Se vistió con celeridad y precisión, intentando no pensar demasiado en lo que estaba sucediendo en las trincheras. Cuando llegó a los barracones, la calma de las camas vacías le gritó que pronto les alcanzaría la tormenta. El personal estaba expectante y preparado para entrar en acción.

Shirley fue a buscarla. Estaba más pálida que nunca y retorció su delantal entre los dedos una y otra vez. Necesitaba instrucciones sencillas, algo mecánico a lo que aferrarse y pudiera hacer sin pensar demasiado, así que Berthe le pidió que revisara los suministros de que disponían y preparase todo lo que pudieran necesitar: gasas, sábanas, material quirúrgico, medicamentos. La pelirroja suspiró y se puso a la faena sin decir una palabra. Los cirujanos vieron a los pacientes que ya tenían para estar preparados cuando llegaran los nuevos y los agruparon en una de las salas disponibles. Los gestos eran nerviosos y hablaban poco entre ellos, pero todo el personal estaba en movimiento, incapaz de detenerse. La adrenalina hacía que su piel se erizara y sus sentidos se mantuvieran en una alerta sin tregua.

Las horas pasaron con una lentitud exasperante. Se obligaron a comer algo tan solo para estar preparados y poder aguantar cuando la marea de heridos llegara. Habían revisado el material decenas de veces, contado las jeringuillas, doblado las vendas, repasado el instrumental. Las ambulancias habían abandonado la explanada hacía demasiado tiempo y el sonido incesante de los estallidos les hacía cruzar miradas interrogativas: ¿Cuándo llegarían? ¿Y en qué condiciones? El bombardeo era inusitadamente largo, demasiado intenso, demasiado... La ausencia de noticias era preocupante.

Irène se afanó en el *petit curie*. Acondicionó una habitación pequeña que tenía una cama limpia para convertirla en sala de radiología. Conectó el aparato de rayos X con la dinamo del vehículo mediante unos cables largos que pasó por la ventana abierta y arrancó el motor para comprobar que funcionaba correctamente. Luego salió para contemplar el cielo en llamas con mirada sombría, aunque con la convicción de que estaba en el lugar adecuado. Su madre lo habría querido así.

Para lo que nadie estaba preparado fue para toparse con las consecuencias de

un ataque de esa magnitud. Los sanitarios se dieron cuenta cuando los hombres comenzaron a llegar por la carretera, tras la larga espera. Espectros vestidos como soldados, mutilados agarrándose los miembros sangrantes, telas que se habían derretido junto a la carne a la que protegían, despojos aullantes que se dejaban llevar por algún compañero, hombres ahogándose en sus propias secreciones por los gases tóxicos, que olían a almendras tostadas y a cloro. Las ambulancias derrapaban en los charcos de barro y descargaban su contenido de cualquier manera para volver a irse. La tarde se empañó de humo, cenizas y sangre, y nadie pudo ver el sol.

Así llegó un muchacho al hospital de campaña: en una ambulancia junto con otros cinco soldados amontonados en la parte trasera. Berthe lo recibió con prisas y, tras un vistazo, lo acomodó como pudo sobre una manta en el suelo. Ya no había camas. El barracón donde estaban instalados los quirófanos era un bullir incesante y las tiendas estaban repletas. Algunos heridos esperaban su turno al borde de la carretera, como si fueran mendigos en los días de aguinaldo.

El muchacho le dio las gracias.

–Maurice, señorita. Me llamo Maurice. ¡Ma...! –La metralla le había fracturado el fémur y uno de los extremos astillados del hueso se asomaba a través de la carne desgarrada del muslo. La pernera se había ido empapando poco a poco de sangre. Berthe le había apretado una venda justo por encima de la herida cuando él le estaba diciendo su nombre y acabó la frase con un aullido de dolor.

No cruzaron ninguna palabra más. La enfermera se marchó corriendo al aparecer los camilleros en el barracón con un soldado retorciéndose entre convulsiones; su cuerpo estaba ennegrecido por las quemaduras. El capitán Billet le indicó con un movimiento de cabeza que le asistiera en el quirófano y durante dos horas lucharon para que siguiera respirando. Exhaustos, solo se rindieron cuando ni siquiera los puñetazos en el pecho fueron suficientes para que el corazón siguiera bombeando.

–No había nada que hacer –le dijo el cirujano cuando salieron de allí. Y pasó su brazo por los hombros femeninos a modo de consuelo.

–Eso es precisamente lo que me preocupa, Henri. –Pero la conversación murió en ese mismo momento, cuando la vorágine de lamentos y peticiones de ayuda los envolvió de nuevo.

Shirley les llamaba a gritos desde el lado opuesto del barracón. Estaba de rodillas sobre una de las camas. Apoyaba su peso sobre la herida del hombre tumbado, intentando detener con sus manos el chorro de sangre que borboteaba

en oleadas. La piel de su rostro estaba salpicada con manchas de un vívido color rojo y alguna gota se escurría por el cuello y oscurecía el blanco de su pechera. El doctor Martin, situado al otro lado de la cama, buscaba instrumental que le sirviera para ligar la arteria que se había rasgado al retirar un trozo de metralla.

Berthe llevó una caja de material quirúrgico que encontró por ahí. Sobre las piezas metálicas eran visibles las manchas de sangre de algún otro paciente. Lo limpió como pudo con la tela de su falda y se lo entregó a Billet, que se había acercado para ayudar a su compañero.

–¡Necesitamos sangre! ¿Algún herido está lo bastante fuerte como para prestarle un poco? –gritaba el otro médico para hacerse oír por encima de los ruidos de la sala. El paciente estaba cubierto de una película de sudor que brillaba sobre su piel cerúlea. Shirley se apartó un momento para dejar espacio a los dedos pertrechados con pinzas y sutura.

–Lo que necesitamos es que Irène Curie nos guíe con su aparato de rayos X –apremió Berthe–. ¿Por qué demonios no han solicitado su ayuda antes de esta carnicería?

El cirujano entrecerró los ojos y chasqueó la lengua.

–¿Cuántos años tiene esa cría? ¡Diez de experiencia tengo yo! ¡No necesito que nadie me diga cómo tengo que hacer mi trabajo!

Billet se volvió hacia Berthe.

–Avísela. Que traiga el fluoroscopio. No podemos moverle ahora –le pidió. La respiración del soldado herido apenas era perceptible y manchas azuladas aparecían sobre las zonas de piel descubierta–. Hay fragmentos dispersos por aquí –explicó, señalando la parte alta del muslo.

La enfermera ya corría para buscar a su compañera antes de que el capitán terminara de hablar, pero justo cuando las dos mujeres se acercaban de nuevo, Irène con la caja del fluoroscopio preparada para situarla delante de su ojos y guiar a los cirujanos, el doctor Martin hurgaba con las pinzas traccionando una esquirla. Otro chorro de sangre intermitente se impulsó desde la herida, pero enseguida dejó de latir.

–¿Qué ha hecho? ¿Por qué no me ha esperado? –gritó Irène sin poder desviar la mirada de las sábanas empapadas de rojo.

–Mi trabajo. –Y el cirujano se limpió las manos en la bata y cerró los párpados inertes del soldado–. No había nada que hacer por este desgraciado.

–Le ha matado... Le ha matado. ¡Yo habría podido salvarlo! –repetía Irène. Shirley se acercó a ella y la cogió del brazo; era incapaz de articular sonido alguno.

–¡Aquí no hay sitio para los sentimentalismos, señoritas! El doctor Martin ha seguido su instinto y tiene mucha más experiencia que cualquiera de nosotros –sentenció Billet con brusquedad, alejándose, sin enfrentarse a las miradas de las tres mujeres.

Berthe no respondió. Ya no estaba junto al hombre que acababa de fallecer delante de ella. Sus ojos se habían fijado en el bulto envuelto en un charco de sangre que estaba tirado en el suelo sobre una manta y su mente intentaba acordarse del nombre que le había dicho unas horas antes, pero no pudo. El muchacho de la fractura al que había improvisado un vendaje horas antes se había desangrado sin que nadie le hubiera atendido, sin que nadie hubiese dado fe de su existencia. Nadie le conocía, nadie iba a registrar su paso por ese hospital. Su rostro de niño se había congelado en una mueca acusadora.

–Es el caos –murmuró Berthe con las pupilas preñadas del rojo que cubría aquellas piernas inertes y el suelo a su alrededor–. El caos... No, no... No puedo llegar a todos –repetía paralizada mientras las manchas de colores corrían de un lado a otro y ella era incapaz de recordar el nombre de un muerto–. Esto no está bien. Así no vamos bien.

Un grito. La reclamaban. Cerró los ojos y se sacudió el frío de la culpa. Si ese chico había muerto por su olvido no tenía tiempo de analizarlo. Las otras dos mujeres habían desaparecido de su lado. Volvió al trabajo. Sajar, lavar, drenar, buscar las placas radiológicas y el paciente a quien correspondían. Envolver quemaduras en gasas, valorar latidos, dar agua. Medir cada mililitro de sulfato de morfina, dar a la manivela para que funcionara el aparato de succión, limpiar la sangre que salpicaba, cerrar párpados, sacar los cuerpos fuera. Minuto a minuto, hora tras hora. Y durante todo ese tiempo, las manos de Berthe funcionaban en movimientos precisos, aunque en su mente iba germinando y tomando forma una idea. Debía poner orden en ese caos o todos sucumbirían a él, heridos y personal sanitario.

Cuando las sombras se fueron adueñando del barracón, la enfermera se acercó a la puerta y se quedó parada en el dintel, escuchando los sonidos del interior, que se mezclaban con el ruido de los motores de los vehículos. Las unidades de camilleros regresaban en unas ambulancias maltrechas por la urgencia con la que habían sido tratadas todo el día, y los hombres que las conducían llevaban el cansancio y la desesperanza tatuados en el rostro. Incluso los perros lanzaban ladridos ahogados que se asemejaban a quejidos. Su pelaje estaba apelmazado y lleno de tierra, y mantenían la cola entre las patas, las orejas gachas. Tres de las ambulancias no regresaron a la base aquella tarde ni lo harían nunca. Los que

llegaban desde las trincheras y podían hablar eran interrogados con ansiedad: ¿Qué está pasando? ¿Quién ha caído? Pero la mayoría solo podía parlotear sobre el fuego y la tormenta de metal, sobre que los alemanes avanzaban sin piedad sobre ellos y que todas las comunicaciones habían sido silenciadas.

Las tiendas que habían montado los hombres de Billet, hongos resbaladizos que surgían de las ciénagas, se empapaban de nuevo. Una fina cortina de agua caía sobre el hospital, pero no limpiaba el olor a herrumbre y a metal que preñaba el aire, sino que lo perlaba de una pátina oleosa. Parecía que el flujo de heridos había disminuido un tanto. Berthe imaginó que todos debían descansar, incluso los atacantes, y que les darían unas horas de tregua. Sin embargo, dentro del barracón y en el interior de aquellas tiendas la lucha por la vida continuaba.

A su derecha, la imagen del *château*, con su aire regio y pulcro, parecía un insulto para los que estaban hacinados sobre las camas, sobre el suelo, al lado de los cadáveres que aún no habían sido evacuados o usando las sábanas impregnadas de los efluvios que la fiebre tifoidea había arrancado al anterior propietario. Sin embargo, Berthe sabía que los sanitarios debían parar en algún momento. Tumbarse y dormir.

–Tienes que marcar turnos de trabajo, Henri –le advirtió al cirujano cuando cruzó a su lado de vuelta al interior.

El hombre se la quedó mirando durante unos segundos, ausente. Luego giró la cabeza hacia la herida que estaba suturando y contestó de forma tajante:

–Ya lo sé, Hinault. Cuando tenga un minuto. Váyase usted... –apretó los labios pálidos como si se guardara algo para sí–, y llévese a las señoritas.

Los ojos se le hundían en las cuencas, aunque sus dedos seguían moviéndose veloces. La mujer se alejó en silencio. Estaba demasiado cansada para replicar.

Buscó a sus chicas entre los pacientes. A Shirley la encontró hecha un ovillo en un rincón, con la mirada fija en las quemaduras que cubrían el cuerpo de un soldado. La tela del uniforme se había fusionado con la carne en una costra ennegrecida. Cuando Berthe observó el emblema del casco se le nubló la vista: la corneta de los cazadores alpinos. Pero no, no era Sébastien. Aunque el rostro estaba tan deformado que casi era irreconocible, ese no era su prometido.

–Todos están muertos –balbució la inglesa con las lágrimas diluyendo la sangre que le manchaba las mejillas–. Todos estamos muertos. No dejan de venir... No se detienen. Nosotros seremos los siguientes... Vendrán y...

Berthe la cogió del brazo y la obligó a levantarse. Necesitaba encontrar a Irène y sacarlas de allí. Ella también estaba al límite de sus fuerzas. Shirley gimoteaba como una niña pequeña, pero se dejó arrastrar mientras susurraba: «Y cuando la

hierba se agita sobre el caminante, tal vez, en las mentes de los hombres ya no habrá resurrección». La enfermera se estremeció al escuchar el tono ahogado y opaco de su compañera. Mientras avanzaba entre los heridos dio una patada a un objeto metálico que alguien había perdido en el caos. Se agachó para recogerlo, mascullando para sí:

–Si esto es lo que creo que es, nos vendrá bien.

A Irène le temblaban las manos. Intentaba fijar la vista en las líneas blancas que aparecían en la placa que sujetaba para contar entre qué dos costillas se alojaba el fragmento de metralla, pero se difuminaban, se movían y tenía que cerrar los ojos para no perder el equilibrio. En la cama de la sala de radiología reposaba un herido y un camillero abría en esos momentos las cortinas de gruesa tela negra que oscurecían la estancia para que los rayos X velaran la placa fotográfica. El aire helado, preludio de las bajas temperaturas nocturnas, se coló entre los cables que conectaban con el *petit curie* a través de la ventana entreabierta y el vaho se escapó en oleadas entre sus labios. No se percató de que el pecho al que acababa de radiar había dejado de moverse.

–Está muerto, Irène. –A Berthe le habría gustado darle otra noticia al entrar en la sala, pero lo supo con un vistazo. Hizo una seña al camillero para que sacara el cuerpo inerte de allí–. Vamos. Tenemos que descansar un poco.

Si el rostro de Shirley estaba empapado por el llanto, el de Irène lucía una palidez extrema. Parecía al borde del desmayo.

–No puedo. Hay tantos que... No puedo irme. ¿Cómo van a operar sin una imagen? ¿Cómo...? –Se estremeció con el toque suave de los dedos de Irène sobre su hombro y dio un paso hacia atrás. Tras un momento de vacilación, dejó la placa fotográfica sobre la mesa y las siguió dócilmente, sin volver la mirada hacia el fallecido. Otro más.

No se detuvieron hasta llegar al *château*. Recorrieron el camino en silencio como aquella ocasión en la que asistieron al entierro de los dos soldados en Barleduc y caminaron por los senderos de su cementerio. Sin embargo, aquella noche dejaban un cementerio mucho más extenso a sus espaldas. La calma del interior les pareció sacrílega. Por los grandes ventanales del edificio entraba una luz mortecina y arrancaba destellos rojizos a la caoba de los listones de madera que recubrían las paredes. Las salas, decoradas por unos muebles algo ostentosos, lo convertían en un oasis extraño. Los propietarios habían huido al sur y el ejército se había apropiado del inmueble convirtiéndolo en alojamiento del personal sanitario. Si alguno de ellos se encontraba dentro estaría derrumbado sobre su lecho tras las largas horas de la jornada, porque no se

cruzaron con un alma en la planta baja, donde se ubicaban la sala comunitaria y las cocinas. A través de la puerta, podía escucharse el gorgoteo de las ollas en ebullición con sábanas y vendas. En Berthe se despertó la vaga conciencia de que habría que sacar esa remesa y poner a hervir otra, pero estaba demasiado cansada para pensar. Sacó de su bolsillo del delantal el objeto metálico que se había traído del barracón. Era una petaca. Arrugó la nariz al percibir el vapor alcohólico cuando le quitó el tapón.

–Perfecto. –Dejó escapar un suspiro y se sentó en las escaleras, a medio camino del piso superior, con la falda arremolinada entre las piernas. Dio un par de tragos largos y se lo pasó a Shirley, que se había sentado en el mismo escalón junto a ella mientras se limpiaba los mocos con la manga de la blusa. La pelirroja tosió tras el primer sorbo, pero volvió a poner los labios para beber por segunda vez.

–¡Por todos los diablos! –exclamó mientras se tapaba la boca, su piel súbitamente sonrosada.

–Señorita St. John, eso no ha sonado precisamente decoroso para una dama de su alcurnia –se mofó Berthe, quien le arrebató la petaca para darle otro sorbo–. Menos mal que las enfermeras francesas podemos permitirnos beber tras un mal día.

–¿Mal día? –Irène puso los ojos en blanco y alargó la mano para solicitar su turno–. ¡A la mierda con todo! Seguro que mi madre se ha emborrachado alguna vez. Con mi padre o... –resopló–. ¡Ella no tiene que dar cuentas a nadie!

–Si mi padre me estuviera escuchando me desheredaba.... ¡Maldición! No recordaba que ya lo ha hecho. –Se quedó súbitamente callada y luego comenzó a reírse de forma histérica, balbuciendo las palabras entre las carcajadas y el llanto–. ¿Os imagináis que entra ahora el estirado del doctor Martin? Echaría humo por esas orejas de... de... ¡De pato!

–¿De pato? –rio Irène, y diminutos cascabeles cubrieron las escaleras. Berthe las observó. No era la primera vez que se encontraba con una reacción así en medio del dolor. Liberar toda esa tensión acumulada por medio del humor, un humor cínico y casi desesperado para no romperse en pedazos por todo lo vivido.

–¡Sí! ¿No se crían aquí en Francia esos patos gordos para *nosequé* de comer? ¡El doctor Martin es un pato!

Shirley hizo un brindis con la petaca mientras Irène se doblaba por la cintura e intentaba coger aire entre carcajadas.

–¡Shirley! –Berthe se dejó llevar por esa conversación y por la risa que acudió

también a sus labios. Intentó hablar a la vez, pero se ahogó con sus propias palabras—. ¡Los patos no tienen orejas!

La tez de la muchacha refulgió como una tea encendida, aunque acabó haciendo una reverencia.

—Lamento el error, pero no me digáis que no tengo futuro en el mundo de la farándula como cómica.

—Desde luego, pequeña VAD. Cuando esto acabe, tendrás a tus pies a toda la alta sociedad parisina en los teatros.

De pronto se hizo un silencio incómodo. La petaca se fue vaciando entre suspiro y suspiro. La desesperación del día volvió a llenarlo todo, aunque las chicas se sentían un poco más ligeras que antes.

—¿Qué va a quedar? El mundo se desmorona y no hay marcha atrás. —Irène volcó el recipiente, del que cayó una única gota, y se recostó contra la pared.

—Supervivencia —susurró Berthe.

—¿Cómo dices?

La enfermera las miró con intensidad. Con el cabello revuelto y la sangre cubriendo sus manos, con las que parecía bailar mientras hablaba, era una imagen de pesadilla.

—Olvidaos del futuro. No existe. No penséis en él. Solo hay que sobrevivir un día más. Solo un día más y luego otro... Sacad de vuestra mente a los alemanes, las trincheras y el fuego. —Se estremeció al pronunciar la palabra—. Solo existe este hospital de campaña, nuestros heridos, nuestros compañeros. —Se llevó un dedo a los labios, pidiendo silencio ante un gesto de Irène—. Sobrevivid... o ellos no sobrevivirán.

Como una iluminada, les desgranó todo aquello que había rondado por su cabeza durante la jornada, los planes que había diseñado para que ningún otro soldado se volviera a desangrar bajo su supervisión.

—Yo no soy capaz. No me pidas eso, por favor —replicó Shirley con un hilo de voz mientras sollozaba.

—¡Vamos! —Berthe le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia ella—. Has llegado hasta aquí, ¿no? Estás aquí y saldremos de esta. —La muchacha apoyó el rostro sobre el pecho de la enfermera. Esta le acarició el cabello como si fuera una niña.

—¿Y Billet? ¿No tendrá que decir algo al respecto? Al fin y al cabo vas a organizar *su* hospital —preguntó Irène en voz baja. Intentaba pensar, pero se le cerraban los párpados.

—De Billet me encargo yo. —Todo daba vueltas alrededor de Berthe, así que

intentó respirar hondo mientras apoyaba la espalda en la pared para intentar centrarse. Estaba agotada, pero las ideas bullían en su mente y era incapaz de calmarlas a pesar del silencio que se había impuesto en la escalinata. Cuando abrió los ojos se dio cuenta de que sus compañeras se habían quedado dormidas. Shirley continuaba acurrucada en su pecho. Berthe se movió un poco y la pelirroja se acomodó contra la barandilla, apoyando su mejilla manchada de rojo en uno de los listones. Irène se removió incómoda sobre la pared. La miró. Al liberarse del cuerpo de Shirley se había acercado mucho a la parisina. Podía sentir su aliento húmedo y cálido sobre la mejilla y el cuello, los movimientos casi imperceptibles que realizaba al respirar. No era una belleza al uso. Los pómulos altos y los ojos pequeños la dotaban de un gesto altivo, pero la forma de corazón que tomaba su boca al dormir revelaba que era muy joven. «Debería estar estudiando en La Sorbona y no a pie de trinchera», pensó ella con tristeza. «¿Dónde estaría yo si no hubiera estallado la guerra?» Berthe se imaginó con un crío aupado en su cadera, recorriendo los viñedos en busca de Sébastien... Y el estómago le dio un vuelco. No traería niños a un mundo que pudiera estallar de esa forma, no les condenaría al dolor. Había perdido la cuenta de cuántos párpados había cerrado para siempre, de cuánta sangre había limpiado del suelo, cuántos gritos, aullidos, llantos le habían despertado de madrugada, cuántas promesas incumplidas de que todo iría bien. ¿Qué harían con las ruinas de este mundo si sobrevivían? No podía pensar en un futuro. Dolía demasiado.

Berthe comenzó a inhalar el aire que Irène exhalaba. Olía al alcohol de la petaca y a fruta madura, como cuando trasudaba el líquido almibarado al final del verano. Los mechones rebeldes de cabello le caían sobre la frente y la enfermera cogió uno entre los dedos y se lo colocó detrás de la oreja lentamente, acariciando la línea del mentón y bajando por la cicatriz apenas ya visible que le surcaba un lado del cuello. Irène se agitó entre sueños. Por un instante, la muchacha se atrevió a imaginar otro mundo. Otra vida. ¿Cómo sería tener a alguien a su lado sin la necesidad de una promesa que los atara en el mismo destino? Alguien con quien ser libre de verdad. Dejar atrás las pesadillas y los fantasmas de todos aquellos a los que no había sido capaz de salvar: su padre, su hermano, aquel soldado que se había desangrado por su negligencia, Argoud... Y todos los que morían sin ayuda en ese preciso momento. Sébastien podía estar agonizando en una trinchera, sepultado, quemado, herido. Aquel niño que no encontraba el viento en Dijon se merecía una mujer completa que compartiera sus sueños. Ella estaba rota; lo sabía desde hacía mucho. Había algo dentro de su ser que no funcionaba como debiera, ya no volaba, era incapaz de hacerlo. Se

había anclado al suelo e intentaba sobrevivir dándose a los demás, pero alejándose de quien la amaba. ¿Cómo sería volver a desplegar sus alas tan solo una vez? ¿Ser ella misma por un instante?

A Berthe se le aceleró el pulso y el calor le recorrió la garganta hasta inundarle el vientre. Todo le daba vueltas. Se acercó lentamente a los labios de Irène y los rozó con suavidad. El hormigueo saturó su piel de sensaciones contradictorias, pero no se detuvo. Fue separando la línea de su boca con la punta de la lengua y notó el filo de los dientes. Desde la primera vez que la vio en el hospital de Barleduc, algo se había agitado en esa parte acallada durante años. Acarició su cuello con las yemas de los dedos y notó el cambio de textura de la cicatriz. Siguió bajando hacia las clavículas y percibió su respiración acelerada a través de la tela del uniforme. Su beso se hizo más profundo, desesperado, y exploró su boca como nunca antes lo había hecho. Irène lanzó un gemido, abrió los ojos de repente y sacudió las manos contra el cuerpo de Berthe para quitársela de encima. Con un gesto de espanto, le cruzó la cara de una bofetada y la enfermera trastabilló hacia atrás, deslizándose varios escalones hacia abajo. Su nuca chocó con la barandilla y, medio aturdida, contempló cómo Irène se levantaba y subía la escalera enredándose con su falda y tropezando. La muchacha giró hacia ella su rostro descompuesto en una mueca horrorizada.

—¡Qué...! ¡Aléjate de mí! ¡No se te ocurra volver a tocarme! ¡No me toques jamás!

Capítulo XVI

Sin mirar atrás

Beaumont, 22 de febrero de 1916

–¡Aguanta, mi *txiki!* –Adele sintió cómo su hija le hundía las uñas en el dorso de la mano. Pudo seguir con la mirada la contracción que le recorría el abdomen abultado como una ola y que arrancó un grito de su garganta.

–Cuéntame otra vez cómo eran los ojos de *aita* –le pidió a su madre cuando el dolor pasó y pudo hablar.

Adele le acarició el cabello, que se le pegaba a la frente por el sudor. Su hija apoyaba la espalda contra su pecho mientras mantenía las piernas dobladas y abiertas para intentar liberar la tensión. Habían buscado cobijo en la parte más apartada y oscura de la capilla del cementerio, un sótano que se abría bajando unas escaleras y donde almacenaban las imágenes y los cuadros en mal estado. La humedad corroía las paredes y los ruidos que hacían las ratas se multiplicaban por mil en el entarimado.

–Pero si los has visto en la mirada de tu hermano, Emille. Tenían el mismo tono. –La tristeza las embargó a las dos y la oscuridad se hizo aún más densa a su alrededor.

–Pero Ixion también nos ha dejado, *ama*.

–Está bien –accedió Adele. Sabía que su hija necesitaba llevar su mente lejos de las contracciones. Era demasiado pronto para que la niña naciera, tan solo habían transcurrido ocho ciclos lunares desde su concepción, Emille no había tenido duda en la a1–. En mi tierra –comenzó a narrar con voz monocorde para calmarla– el mar lo controla todo: el alimento, el tiempo, nuestras vidas. La primera respiración al nacer está preñada de sal y la última mirada al morir es suya. Los hombres tienen grabado en el alma el baile de las olas, como si fueran las caderas femeninas, y siguen su movimiento mar adentro. Las mujeres lucen con orgullo las cicatrices de los que nunca regresaron. Un día me crucé con un

extranjero que acudía a la feria de ganado de una aldea del interior y había pernoctado en la mía. –Emille se retorció de nuevo y su madre se preparó para soportar su peso sin dejar de susurrar. Las figuras sacras que almacenaban en ese hueco excavado en la roca parecieron cambiar de posición, expectantes—. Él no llevaba el mar en la sangre, pero... ¿Te has fijado alguna vez, mi *txiki*, en la luz que consigue atravesar la barrera de nubes en un día de tormenta? Así eran los ojos de tu *aita* y los que heredó tu hermano Ixion. En su mirada cabían el cielo y el mar a la vez. Por esa mirada me fui con él y me quedé en esta tierra. Así abandoné al mar.

Adele calló cuando se dio cuenta de que Emille no podía escucharla debido al dolor. Ella cerró los ojos y se abandonó al suyo, al de la madre que acababa de perder a su primogénito. Recordó a la doctora Nicole y elevó una plegaria a Mari para que sus amigas, las Bertrand, la encontraran y que ella pudiera darles cobijo. De su supervivencia dependía que fueran a sacarlas de ese sótano.

–¡*Ama!* –sollozó Emille cuando su cuerpo se quedó laxo de nuevo—. ¿Qué vamos a hacer? Es demasiado pronto para que nazca. El bombardeo de hoy ha sido atroz y no soy capaz de dar un paso fuera de esta capilla. ¿Crees que habrán sobrevivido? –Clavó aún más fuerte los dedos en las manos de su madre—. Lorraine, las niñas... Los alemanes no se atreverán a matar a unas crías, ¿verdad?

Adele movió la cabeza con pena. Nunca pensó que abandonaría de ese modo la granja en la que parió a sus hijos y en la que estaba enterrado el amor de su vida. Le hubiera gustado asegurar las contraventanas de madera, tapiar la chimenea, bloquear la puerta. Dejarla abierta para que los alemanes la recorrieran a su antojo le resultaba intolerable. Solo pensar que las manos toscas del enemigo se cernieran sobre su cocina, allí donde había preparado las gachas para los suyos en los buenos tiempos, le revolvía lo más profundo de su ser. Pero era mucho peor imaginar que esos mismos dedos profanaban el cuerpo de su hija pequeña, o el de esas niñas que eran también de su familia después de tantos años, como sabía que ocurriría si el ejército invasor llegaba hasta ellas. Se mantuvo en silencio y no expuso sus pensamientos en voz alta. Bastante tenía ya Emille con estar pariendo sin saber si el feto nacería con vida.

–Mi *txiki* –contestó por fin, acariciándole el mojado cabello con ternura–, los hombres con un arma en la mano y las bombas sobre sus cabezas ya no son capaces de ayudar a nadie que no sean ellos mismos. El miedo los vuelve demonios.

–Prometí que no me rendiría... –Agarró a su madre con tanta fuerza que Adele gimió—. ¡No quiero que nazca aquí, *ama!* ¡Morirá! Es tan pequeña... ¡Sálvala!

Por favor... Sávala –gimoteó mientras clavaba su mirada en la figura de la Virgen, cuyo rostro envuelto en sombras se cernía como inquisidora implacable en vez de madre conciliadora.

Alertada de repente, Adele puso su palma arrugada y áspera sobre los labios de Emille para que guardara silencio. El chasquido de la puerta resonó como un trueno y los pasos de varias personas hicieron crujir los escalones. El quejido de un hombre se desparramó por la estancia a la vez que la muchacha se retorció y se mordía la lengua para no gritar con otra contracción que la partía en dos.

* * *

Sébastien no supo distinguir si lo que llegó primero fue el ruido del disparo o el estallido que sintió en su hombro. Una quemazón, un calambre que bajó hasta la muñeca y le dejó el brazo izquierdo inerte. El golpe lo proyectó hacia delante y lo hizo trastabillar de tal modo que acabó con el rostro aplastado contra los hierbajos retorcidos del suelo.

Durante un instante, el silencio se impuso a su alrededor y tan solo pudo escuchar la sangre repiqueteándole en las sienes al ritmo de su corazón frenético. Eso fue lo que le convenció de que seguía vivo. Justo después maldijo a la luna, que bañaba con su luz los aledaños del pueblo, desprovistos de árboles. El siguiente pensamiento que tuvo Sébastien fue para el autor del disparo. Acudiría a rematar la faena. ¿Dónde estaban sus compañeros?

El crujir de la escarcha sobre la vegetación le indicó que no erraba en su pensamiento. Alguien se acercaba. Expulsó el pánico como pudo; era un superviviente. Con un movimiento fugaz, sacó el cuchillo de la funda sujeta al cinto y escondió el puño bajo su cuerpo. Se quedó muy quieto, controlando el aire que entraba en sus pulmones para limitar el bamboleo del pecho. El hombro le dolía y tenía el brazo izquierdo inutilizado, así que se concentró en mantener la calma para esperar el momento adecuado y no fallar. No tendría una segunda oportunidad.

Por el rabillo del ojo vio la punta de unas botas que tanteaban el terreno. Sintió cómo ese mismo pie se le hundía en las costillas con un golpe seco. Retuvo el aliento y el dolor que le recorrió el costado.

–*Der ist tot!*¹ –La voz llegó desde arriba, y tan cerca que casi podía sentir las gotas de saliva del enemigo salpicando su cuerpo. El cañón de un fusil le rozó la pierna y le provocó un escalofrío. El mango del cuchillo se le clavaba en la palma de la mano debido a la fuerza con que lo sujetaba.

–*Was ist mit anderen?*² –La pregunta se escuchó en la lejanía, amortiguada por el silbido del viento. Sébastien no podía esperar más. Si el otro soldado se acercaba, sus esperanzas de salir con vida del bosque y llegar al pueblo se desvanecerían.

La bota del alemán que le había pateado giró hacia la voz y retrocedió un paso. El aire formó una turbulencia a su alrededor. Tenía un segundo. Se incorporó sobre el codo y lanzó el brazo derecho hacia la rodilla del alemán. Escuchó un gemido al romperle los tendones. Retiró el cuchillo y buscó herirle en la ingle con un movimiento circular. Como respuesta, el soldado golpeó a Sébastien en el pecho con la culata del fusil. El dolor del hombro herido le oscureció la vista y sacudió la cabeza, pero no consiguió ver nada. Un grito sonó muy cerca. El alemán lo aplastó contra el suelo y rodeó su cuello por detrás con el brazo, buscando la tráquea. Todo se volvió negro. Boqueaba. El alemán gruñía y sus jadeos entrecortados le silbaban en el oído. Sébastien aferró el cuchillo, al límite de sus fuerzas, y lanzó el brazo hacia arriba y hacia atrás. Chocó contra algo duro y se le resbaló hacia un lado. Volvió a asestarle otro golpe, el filo se clavó en la carne y lo sacó con un gorgoteo. Un grito del *boche* le perforó el tímpano y, de pronto, el aire llenó sus pulmones. Giró el cuerpo cuando la presión del brazo disminuyó, así pudo desembarazarse del soldado. Lo vio a través de las tinieblas que aún le empañaban la mirada. Tendido junto a él, se cubría los ojos con las manos ensangrentadas y aullaba de dolor.

–*Vati... Vati...* –balbucía el desgraciado entre gritos, llamando a su padre como un niño. Una cicatriz antigua le desfiguraba el pómulo izquierdo. A Sébastien le pareció un monstruo.

–¡Maldito hijo de puta! –estalló y, volteándose sobre él, le hundió el filo serrado en el pecho hasta que se convenció de que no se movía. La sangre que le empapaba el uniforme brotaba ahora con mansedumbre y su cuerpo se estremeció un par de veces antes de quedarse laxo. Las manos cayeron a los lados descubriendo una mirada fija en el cielo estrellado, uno de sus ojos convertido en pulpa sanguinolenta por la punta del cuchillo.

–Ese ya es carne picada. –La voz hizo que blandiera con ferocidad el cuchillo de nuevo por delante de él, aunque el dolor del hombro le nublabla la vista y la tos no le dejaba respirar–. Tranquilo, *chambérien*, soy yo. –Entonces reconoció a Philippe, que se acercaba mostrando las palmas de las manos en actitud apaciguadora–. Todo está bien. Hemos acabado con el otro que estaba disparando. Pensó que habíamos huido, pero le esperábamos tras los últimos árboles.

Sébastien se tendió en el suelo mientras intentaba controlar su respiración. Él también pensó que le habían abandonado. Las lágrimas brotaron silenciosas y le humedecieron las mejillas. Aún estaba vivo y tendría la oportunidad de abrazar a Berthe de nuevo. Cuando lo hiciera, no la dejaría escapar. No importaba lo que ella le dijera. Esta vez no esperaría.

Observó cómo Jacques se afanaba sobre el cuerpo del alemán al que habían degollado unos metros más atrás. Le quitó el cuchillo, el tabaco que llevaba en el bolsillo del abrigo y la cantimplora. Le vio dar un largo trago antes de tirarla con un gesto despectivo. No les ofreció y a Sébastien le ardió la garganta.

Philippe hacía otro tanto con el que estaba tendido junto a él. Le palpaba cada posible escondrijo y metía la mano por debajo de la tela sin pudor.

—¡Vaya! Mira qué tenemos aquí. —Un reloj dorado colgaba de una cadena del mismo color. Las manecillas se movían impertérritas, marcando la hora: las siete menos veinte. En la guarda se adivinaban unas letras grabadas que destellaron a la luz temblorosa del amanecer—. ¡Quédatelo como trofeo de guerra, Sébastien! Te lo has ganado.

Se lo lanzó y él lo recogió de su regazo. Esbozó una sonrisa ausente. Ya no necesitaba las estrellas para calcular la hora.

—¿Habéis encontrado algo de valor? —preguntó Jacques mientras escupía al cuerpo sin vida del alemán.

—Nada de interés —contestó Philippe, y guiñó un ojo con un movimiento casi imperceptible, solo para que Sébastien lo viera—. ¿Puedes levantarte? —continuó en tono preocupado—. Puede haber más patrullas peinando el bosque. Tenemos que movernos.

Como si los hubiera conjurado, el viento arrastró al claro voces distorsionadas, sonidos de botas aplastando la vegetación, detonaciones lejanas cuyo eco se expandió en todas las direcciones. El alsaciano echó a correr, exhortándoles con las manos a que lo siguieran. Philippe ayudó a Sébastien a incorporarse y este comenzó a mover los pies a pesar del dolor, aferrándose al pensamiento de que no iba a dejar que lo cazaran como a un animal.

Las cruces talladas en piedra caliza y las lápidas de mármol relucían como el nácar, hermanadas por última vez con el brillo de una luna que estaba desapareciendo. En el horizonte despuntaban los naranjas ajenos al desastre que iluminarían cuando estuvieran en lo alto, pero el cementerio no se había desprendido aún de la noche, al igual que los tres hombres no se podían quitar de encima el olor a muerte que les acompañaba. Se dirigieron a la capilla que se erguía al fondo sorteando las tumbas y los cipreses espigados. El pequeño

edificio prometía un techo, suelo seco, un respiro. Sébastien se preguntó de repente qué pasaría si su propio ejército los encontraba: eran desertores que habían abandonado a sus compañeros en medio de una refriega y, aún más, eran culpables de que aquellos camilleros estuvieran muertos en medio del bosque porque les habían negado el cobijo que quizá los habría salvado. Apretó los dientes y se concentró en mover las piernas.

Los goznes de las puertas se quejaron con un chillido cuando giraron para dejarles pasar.

–Busquemos algún escondrijo. Esto debe de tener un sótano o algo así – propuso Philippe en un susurro. Se pasó la lengua por los labios cubiertos de sangre seca. Sébastien percibió el temblor de su amigo; ya le resultaba difícil soportar el peso de su cuerpo.

Los bancos de madera, apenas unas tablas sin pulir, formaban un pasillo que llevaba hasta el altar presidido por un Cristo doliente que los observaba impertérrito. Tras él, dos trípticos pintados de colores desvaídos por el paso del tiempo mostraban escenas que les resultaban demasiado ajenas. A la derecha, una puerta franqueaba el paso a unas escaleras que descendían envueltas en una oscuridad húmeda. A Sébastien le pareció una ratonera sin salida, pero se dejó arrastrar allí abajo sin oponer resistencia. Apenas le quedaban fuerzas para seguir respirando.

Jacques los detuvo en el último escalón con un movimiento de la mano y se llevó los dedos a los labios pidiendo silencio. Aferró el fusil alemán en posición de disparo apuntando a ciegas. El contorno grisáceo de una figura apareció delante de ellos y se agacharon de forma instintiva. La luz del amanecer se coló por unas pequeñas aberturas en la piedra de las paredes, muy cerca del techo, e iluminó una imagen de la Virgen María tallada en madera. Los tres hombres suspiraron aliviados. Philippe perdió el equilibrio bajo el peso de Sébastien y, al incorporarse, este estuvo a punto de caer. Dobló las rodillas y se apoyó en la balaustrada. El dolor del hombro le arrancó un gemido. Como si el sótano le respondiera, un grito desgarrador se abrió paso desde el fondo, reverberó contra las paredes de piedra y les agitó las entrañas con un miedo primitivo y extraño.

Avanzaron tras el fusil tanteando con los pies el terreno, los ojos desorbitados para captar cualquier movimiento y el temblor guiando sus pasos. Figuras carcomidas de santos les sonreían con desconfianza y pinturas destrozadas por la humedad se amontonaban contra las paredes. Unas cajas de madera con ropajes llenos de polvo formaban una barrera que separaba un rincón de la sala. Allí, con el suelo cubierto por unas mantas raídas, descubrieron una escena que ninguno

de los tres se habría imaginado encontrar en aquel sótano de la capilla del cementerio.

Jacques apuntaba con el fusil a las dos mujeres, que le ignoraban. La más joven, apenas una cría, reposaba la espalda sobre el regazo de la mayor y mantenía las piernas abiertas con las rodillas flexionadas mientras se sujetaba el vientre abultado, rígido como una tabla. Jadeaba y de vez en cuando apretaba los labios hasta que no podía contener un grito de dolor.

—¿Pero qué coño...? —comenzó a decir Philippe, pero se interrumpió cuando Sébastien ahogó un quejido. Lo acomodó como pudo contra una de las paredes de piedra e inspeccionó la herida, que continuaba sangrando.

—¿Qué hacen dos mujeres escondidas aquí? ¡Tú! —Y señaló con el cañón a la anciana, que mantenía la barbilla erguida y la mirada clavada en el gesto adusto del soldado—. ¡Habla!

La voz áspera de la mujer les sorprendió por la autoridad que desprendía.

—Estoy demasiado ocupada en ayudar a parir a mi hija como para ponerme a charlar. Déjenme hacer mi trabajo y después puedo curar a su herido, pero aparten esa arma y, si no quieren que les salpique más sangre, háganse a un lado.

—¡Será deslenguada la vieja esta! —Jacques dio un paso acercándose a ellas y tensó los músculos de la mano que apoyaba en el gatillo—. ¡Somos soldados que se están jugando el cuello para protegerte de los *boches*! ¡No te conviene darnos órdenes!

Los ojos negros de la mujer refulgieron en el rostro surcado de arrugas, como la tierra al cuartearse por la sequía. Cuando se abrieron sus labios delgados, el torrente de palabras cayó sobre los tres hombres aplastándolos bajo su filo, porque lo que escuchaban era el sonido metálico de un arma segando el aire para encontrarse con la base de sus cuellos. Una amenaza física envuelta en una suerte de maldición que ella pronunciaba.

—*Agian leher inen duk, debruen urdea!* —siseó—. Ya no sois soldados y yo no voy a pedir os cuentas de por qué las almas de muchos hombres están sobre vuestras espaldas, pero esta pobre vieja no se quedará quieta si intentáis algo contra mi hija o contra mí. Y os juro que si hace falta mis uñas se llevarán al infierno vuestros ojos clavados en ellas.

Las figuras de las dos mujeres parecían cubiertas por un manto de oscuridad que convertía el sótano en un lugar denso y hostil para los tres hombres, como si una presencia poderosa las protegiera. Tenían la sensación de haber entrado en una zona prohibida, en un santuario en el que el hecho de respirar el mismo aire que había estado en los pulmones de esas dos mujeres que luchaban por una

nueva vida, no por la propia, era una ofensa. Y así lo sentían en cada bocanada húmeda y áspera que inundaba sus gargantas, en cada gesto que hacían, observado por la mirada de madera de los santos allí almacenados.

–Déjalas en paz –repuso Philippe con un desasosiego que no era del mundo de los vivos–. Sébastien necesita ayuda y ella nos la está ofreciendo. –Y añadió en un susurro–: Ya ajustaremos cuentas más tarde...

El alsaciano bajó el arma con un juramento y se sentó junto a Sébastien. Dirigió una mirada de soslayo a la mujer justo en el momento en que se inclinaba sobre el cuerpo de la joven y se abría el sayo cruzado al pecho, revelando una bolsa de paño negro que tintineó con el movimiento. Una mueca ávida se dibujó en su rostro cuadrado. La mujer se percató de ello demasiado tarde. Se ajustó la vestimenta y palpó el bulto que acomodaba contra su piel. Una sombra marcó aún más las arrugas que le plegaban el rostro, apretó los labios y sus párpados cayeron pesados durante un instante. Luego se concentró en su hija y en ayudarla en ese momento de dolor.

La frente de la muchacha estaba cubierta de sudor y su cuerpo se agitaba con violencia con cada respiración contenida. La vieja la aferró por las axilas y la obligó a ponerse de cuchillas. Susurraba palabras en ese idioma extraño en el que los sonidos parecían chocar contra el aire. Le abrió la falda y retiró el jersey hacia arriba, dejando el vientre al descubierto. Lo palpó con ambas manos y luego introdujo dos dedos en la vagina. Al retirarlos, un chorro de líquido ambarino empapó el suelo.

Philippe, que se había quedado absorto con los gestos de la mujer, dio un salto hacia atrás cuando el charco llegó a sus pies. Observó que la anciana movía la cabeza en un gesto de negación y el moño que le recogía el cabello gris tembló.

–¿Qué pasa? –se atrevió a preguntar a media voz. No podía apartar la vista del cuerpo deforme de la parturienta y del suelo empapado con una fascinación morbosa. Era la primera vez que el pubis de una mujer se le mostraba de esa forma, y no era agradable. Los ojos profundos y oscuros de la matrona se clavaron en los suyos y el soldado sintió cómo le leían el alma con esa mirada. Ella suspiró.

–No es su tiempo. Y está de nalgas. –Volvió a mirarle y añadió–: No tienes por qué seguirle.

–¿Qué? ¿A qué se refiere? –preguntó el parisino. Pero la mujer le dio la espalda y se agachó para continuar manipulando entre las piernas de su hija.

Sébastien veía lo que estaba pasando entre la neblina en que le envolvía el cansancio y el dolor que le palpitaba en el pecho. La garganta le ardía por la sed

y sentía la piel tirante, a punto de romperse. La imagen de una mujer acuclillada, gritando mientras otra hundía sus brazos en ella, se mezclaba con la de una lluvia que caía, templada, sobre su boca. Intentaba tragar ese líquido y no era capaz. Le hubiera gustado pasar la lengua por las hierbas raquílicas del bosque y lamer las gotas que resbalaban por ellas, pero ahora se encontraba en una tumba bajo tierra donde los lamentos de los caídos le llamaban para que se uniera a ellos. El maullido de un gato se coló en sus oídos y supo que estaba a punto de entrar en el reino de los muertos. Ya no vio nada más.

La muchacha lanzó un grito y su sexo se abombó. Los labios parecieron desgarrarse y unos pies diminutos, hinchados y azules asomaron mientras un borbotón de coágulos se deslizaba hasta el suelo. Philippe tuvo que apoyarse contra la pared con las náuseas atorándole la garganta. Las manos huesudas de Adele se colaron entre las paredes hinchadas de la vagina y ahuecaron la abertura para que las caderas del feto se colocaran. El lamento de la parturienta no pareció humano y reverberó en todos los presentes. Philippe quiso darse la vuelta, pero sus ojos seguían clavados en la escena. La cabeza le daba vueltas y se dejó caer sobre su espalda hasta que se quedó acuclillado en el suelo, asqueado con lo que veía.

El feto colgaba, inerte, con la cabeza aún dentro del cuerpo de su madre. La piel amoratada estaba recubierta de una capa blanquecina. En medio de una guerra, con el eco de los obuses aún retumbándose en los oídos, la naturaleza se abría paso a empujones en aquel sótano. Lo hacía a destiempo, con unos testigos equivocados, y a Philippe le dieron ganas de salir corriendo. No quería el recuerdo de un niño muerto naciendo, no quería verlo. Durante una eternidad en la que ni siquiera se atrevieron a respirar, el feto continuó encajado entre los huesos de la muchacha. El olor a sangre espesaba el aire. Era distinto al de la batalla, era húmedo y viscoso, y parecía provenir de las profundidades de la tierra. Jacques escupió la bilis que le había llegado a la boca; era el único que se mantenía en pie.

La matrona movió las manos poco a poco alternativamente, hasta que la cabeza se abrió paso por el canal acompañada del líquido restante teñido de rojo. El cordón umbilical, de un tono grisáceo, se tensó como puente entre la madre y el hijo. La joven se tiró al suelo, exhausta, sollozando incoherencias, con los brazos tendidos hacia el bebé, pero Adele no se lo alcanzaba. Lo puso sobre su falda y lo cubrió con la tela mientras le friccionaba los brazos y las piernas, muy escuálidos. El silencio hizo que todos contuvieran la respiración sin querer y Philippe se sintió insignificante, superfluo, prescindible. No podía hacer nada

para ayudar, ni siquiera sabía si quería hacerlo. La anciana colocó al pequeño ser sobre la palma de su mano y hundió su pecho diminuto con dos dedos de la otra varias veces. Posó la boca sobre el rostro arrugado y sopló. Un quejido quedo, apenas un aullido, se sostuvo sobre el cuerpecillo y lo hizo vibrar. Philippe suspiró de alivio y se aferró los brazos para controlar el temblor de su cuerpo. La escena le había revuelto más que el ataque vivido horas antes. Vio cómo la matrona acomodaba al recién nacido entre los pechos de su madre, por debajo del jersey, y acariciaba el cabello húmedo de esta, que contemplaba el bulto cálido con arrobos. No pudo por menos que esbozar una sonrisa.

–Es una niña, como tú dijiste, mi *txiki* –susurró–, pero es muy frágil. No quiero que le pongas nombre todavía. Aún tiene que engancharse al pecho y no sé si será capaz. –Volvió a trajinar entre las piernas de su hija hasta que tuvo en sus manos una masa sanguinolenta. La inspeccionó y ató dos tiras de cuero alrededor del cordón umbilical para estrangularlo. Pareció satisfecho. Luego se incorporó y observó a los dos hombres, que se mantenían callados con la espalda contra la roca. Philippe no pudo mantenerle la mirada. Añadió: Puedo curarle, pero que *ese de ahí* –y señaló con su mano ensangrentada a Jacques, que aferraba el fusil cruzado sobre el pecho– no se acerque ni a mí ni a mi hija.

Baleycourt, madrugada del 23 de febrero de 1916

Berthe daba vueltas en la cama sin conciliar el sueño. Se sentía sucia, traidora y traicionada al mismo tiempo. No debería haber dejado escapar aquellos sentimientos que tan bien había guardado tras una coraza construida a base de trabajo y servicio a los demás. Sin embargo, aquella grieta ya no podía cerrarse. Se incorporó y dio patadas a las mantas que tenía enredadas en las piernas hasta que las tiró al suelo. Se prometió a sí misma que todo aquello acabaría en ese mismo momento. Se debía a su trabajo, se debía a su compromiso con Sébastien, al futuro que le había prometido y a la tierra que la anclaba al suelo. Sus vuelos, sus sueños, las quimeras que alguna vez imaginó solo tenían cabida en su mente enferma. Debía de estar loca. Sus visiones habían sido la primera pista; los fantasmas que poblaban sus pesadillas y a los que no había podido salvar en la vigilia; la segunda, Irène, la confirmación de que algo en su interior no funcionaba como debiera. Estaba dando bandazos sin ninguna dirección, ella que siempre aparentaba seguridad, a la que acudían sus compañeras para organizar el trabajo en las situaciones complicadas. ¿Qué había sido de esa Berthe?

Comenzó a vestirse. No podía mantenerse quieta mientras los pensamientos la

devoraban. Los brazos y las piernas le pesaban demasiado con cada movimiento, y aún tenía la cabeza algo embotada por el alcohol, pero el fuego que ardía en su pecho debía sofocarlo de algún modo. Cuando recordó el rostro desfigurado de Irène cuando la miró tras el beso, le ardieron también las mejillas. Intentó borrarlo de su mente, pero las punzadas de dolor siguieron ahogándola mientras se ataba el pañuelo a la cabeza y salía de la habitación.

Echó un vistazo temeroso a las escaleras, aun sabiendo que las encontraría vacías. El suspiro de alivio se le entrecortó cuando escuchó una voz a su espalda.

—¿Tampoco podías dormir? —preguntó Shirley con la voz pastosa. Bajó la mirada cuando se encontró con la de Berthe—. Lo siento, no quería incomodarte. Sé lo que duele un rechazo.

La enfermera enrojeció violentamente y se giró para bajar las escaleras, musitando:

—Entonces estabas despierta y me viste...

—¡No tienes por qué avergonzarte!

—¿Y qué sabrá la pequeña Shirley St. John?

—Sé lo que es enamorarse de alguien que está fuera de tu alcance, ilusionarte y caer en el abismo más profundo cuando te das cuenta de ello.

—¡Pero esto es... inaceptable! ¡Antinatural! —Se cubrió la boca al pronunciar la palabra, como si al dejarla salir estuviera afirmando todo lo que significaba delante de Shirley.

La pelirroja movió la cabeza al negar.

—No conozco ningún amor que sea antinatural. Los poetas cantan al sentimiento más puro, ¿no te has fijado? ¿Qué más da quién sea la persona a la que se dirige tu afecto? No hay nada malo en el amor. —Suspiró—. Incluso el amor no correspondido es mágico. Y creo que no cambiaría nada de lo que he vivido, porque incluso en el dolor más profundo los instantes que tuve con él fueron únicos. ¿Sabes? No lo había mirado de esta forma hasta ahora.

Berthe apoyó los antebrazos en la barandilla y se asomó al hueco por donde se veía la entrada al *château*. Shirley la imitó.

—¿El caporal Briand? —A la inglesa le llegó el turno de ruborizarse, pero Berthe mantuvo la mirada al frente. Sabía cómo se sentía.

—¿Tanto se notó?

—Digamos que algo se sabía en el hospital, pero el caporal tiene mala reputación y yo estaba preocupada por ti. Hice algunas indagaciones por mi cuenta.

—¿E... Estabas preocupada?

–Yo cuido de mis chicas, Shirley. Me caigan mejor o peor. –Y se permitió sonreír con ironía. Luego cambió el tono y la tristeza prendió en sus palabras–. ¿Te puedo contar algo? Si no lo suelto, me voy a volver loca.

–Claro –respondió Shirley con precaución.

–Estoy comprometida desde hace unos años. Él se llama Sébastien y sería el esposo que toda muchacha desearía junto a ella. Le quiero. De verdad que le quiero más que a nada. Pero no lo amo. –Berthe torció el gesto al ver el rostro de incompreensión que lucía su compañera–. Sí, ese amor incondicional que arrasa con cualquier convicción y medida. Ese... del que hablan tus poetas. Eso no es lo mismo que querer. Y debería valerme, porque le prometí una vida, un proyecto en común. Se lo prometí y debo cumplir mi palabra. Sé que, de algún modo, me hará feliz, pero no podré ser la mujer completa que él espera. No estoy *entera*, algo está roto dentro de mí y no sé exactamente qué es, pero no puedo mostrárselo a él, ni siquiera quiero explorarlo por miedo a que... a que realmente esté mal de la cabeza y me pierda por completo. –Shirley se mantenía en silencio y Berthe no sabía si la muchacha la estaba comprendiendo o si la miraría como Irène después, aunque ya no le importaba–. Sébastien se merece que esté junto a él. Aunque solo sea capaz de ofrecerle una parte de mí. La tendrá. Tendrá su vida y sus sueños. ¿Sabes que quiere comprar un viñedo para crear su propio vino? –Sonrió–. ¡Ha decidido hasta el nombre que le pondrá a la finca y que será la marca del vino! «Villa Sauvignon», así se llamará. En sus cartas habla de ello todo el tiempo. ¿Y yo qué estoy haciendo, Shirley? Él está en las trincheras que han atacado en estos momentos y yo estoy comportándome como una estúpida.

–Berthe... Tu Sébastien parece un hombre estupendo, pero ¿estás segura de que lo mejor para los dos es estar juntos?

–Se lo debo. Siempre ha estado conmigo, incluso en los peores tiempos. En aquellos en los que pensé que no sobreviviría a mí misma. Él me sacó de la oscuridad y mi destino es mantenerlo a salvo. Por eso vine aquí, para mantenerlo a salvo del infierno... Pero no sé cómo. –Le escocían los ojos y hacía muchos años que no se permitía llorar. El nudo de su estómago era cada vez más grande y amenazaba con dejarla sin aliento. Como si lo intuyera, Shirley cambió de tema.

–¿De verdad vas a plantear la reorganización de los pabellones al capitán Billet?

Berthe asintió con vehemencia y parte de la angustia se disipó al repasar el plan que había diseñado para el hospital de campaña.

–En cuanto lo vea. Creo que es la única forma de que sobrevivamos a esto.

–No sé si podré hacer lo que me pides, Berthe... No sé si estoy preparada – contestó con un hilo de voz.

–¿Y qué es lo que hiciste con el soldado Carrier? Fue tu voz la que escuchó mientras moría. La que le consoló en los últimos momentos. Serás... serás... – Pensó durante un instante hasta que el nombre apareció en su mente–. Serás la Beatriz de Dante.

Shirley la miró con los ojos tan abiertos que logró arrancar una risa a la enfermera, a su pesar.

–¿Sorprendida? No solo estudié enfermería, *milady*. Fui a un colegio católico en Dijon cuyas hermanas se esmeraban en la educación clásica para señoritas, hasta que murió mi padre y no hubo dinero suficiente para pagarlo.

Shirley iba a decir algo, pero el sonido de la puerta de entrada al abrirse apagó su voz. Una figura con los hombros hundidos entró en el *château* arrastrando los pies. Era el capitán Billet. Le siguieron varios de los médicos que habían estado luchando en los pabellones del hospital de campaña hasta el límite del desmayo. El doctor Martin soltó un bufido cuando las vio en lo alto de la escalera.

–No sé para qué tanto interés en venir a primera línea cuando es sabido que las mujeres no aguantan el trabajo duro –farfulló.

–Imagínatelo como un pato, Berthe –susurró Shirley–. Bajo a las cocinas a retirar las vendas del fuego y ponerlas a secar.

La enfermera le lanzó una mirada en la que bailaba un nuevo brillo de complicidad. Cuando los hombres llegaron arriba, aferró al capitán Billet del brazo para que se detuviera. El resto, agotados, se retiraron a sus habitaciones sin mediar palabra.

–¿Qué hace despierta? Le ordené que se fuera a descansar.

Berthe se tomó un tiempo en responder. En el rostro del capitán leía el cansancio y las sombras que le habían acompañado durante toda la jornada. Su frente estaba teñida de rojo y no le costó visualizar el momento en el que se había manchado, al secarse el sudor con sus manos cubiertas por la sangre de los soldados. Tenía la mirada perdida en algún recuerdo, porque la enfocaba en ella sin verla en realidad. En sus pupilas ardía cierta llama indescifrable en la que Berthe jamás había reparado.

–La acompañaré a su habitación –prosiguió él ante sus silencio–. Hoy hemos estado en el mismísimo infierno.

–De eso quería hablarle, Henri. –Aquel brillo en sus ojos aumentó de intensidad cuando lo llamó por su nombre de pila–. Creo que hay que organizar de otro modo la atención a los heridos.

–Estoy cansado, Berthe. Muy cansado... Hoy todo ha sido un desastre. Todos esos muertos... –Obligó a la mujer a girarse hacia él cuando llegaron a la puerta–. Nunca había atendido a tantos hombres destrozados.

–Todo ha estado mal, muy mal... Debemos hacerlo de forma diferente. –La imagen de aquel soldado del que no recordaba el nombre hizo que la bilis le subiera a la garganta–. ¡No puedo consentir que uno de nuestros hombres se desangre a mis pies sin darme cuenta! –Berthe convirtió la última frase en una súplica.

–Shhh... Tranquila, tranquila. –Billet arrastró las palabras de tal modo que a Berthe le pareció que él también había bebido–. Has estado ahí, conmigo, casi todo el tiempo. Nunca te he dicho que eres mi mejor ayudante, ¿verdad? –Apoyó las manos en la pared, una a cada lado de la cabeza de Berthe, y se la quedó mirando fijamente–. Eres una enfermera muy competente... Pero ahora me interesa más saber si eres una mujer complaciente. –Posó las manos en su cintura y la atrajo hacia él. Berthe intentó separarse de su cuerpo sin éxito–. ¿Qué es lo que quieres contarme? ¿El motivo por el que me seguiste hasta Baleycourt?

–¡No diga bobadas! Estamos teniendo una conversación importante sobre el hospital, Henri. Es esencial que...

El capitán Billet ahogó las palabras que le restaban con su boca. El beso fue imperioso, tanto que le robó el aliento al aplastar los labios contra los suyos y al mover la lengua con fiereza reclamando todo el espacio. Aún sentía el revoloteo en su vientre que había comenzado con la cercanía de Irène y el vacío en el pecho que la había sacudido con su rechazo. La cabeza le daba vueltas porque no debería estar ahí, no debería permitirle hacer lo que estaba haciendo, pero debería sentir algo con ese beso. Era un hombre apuesto, inteligente... Un hombre que la miraba con esos ojos oscuros y cuyo tacto era cálido y firme. No debería dejarle, debería querer que lo hiciera... Debería... Dejó que las caderas del capitán se apretaran contra las suyas. Billet dejó de besarla para susurrarle al oído.

–¿Sabes? Después del día de hoy... Necesito saber que sigo vivo. Necesito... – Le mordió el cuello y ella echó la cabeza hacia atrás. La barba le raspó la piel. Era tan distinto al contacto de Sébastien, al de Irène... Sintió como una mano le cubría uno de sus pechos a través de la tela del uniforme y apretaba. Billet gruñó como un animal–. Nunca te he dicho... ¡Dios, Berthe!

Abrió la puerta de la habitación sin soltar el cuerpo de la mujer. Levantó la falda y recorrió la pierna cubierta por la media desde la rodilla, soltando el ligero, hasta llegar al pantalón de tela fina. Berthe se estremeció. Sin quererlo,

cambió en su mente la mano poderosa de Billet por los dedos finos y largos de Irène abriéndose paso por debajo de la tela. Una oleada de humedad mojó su entrepierna. Cerró los ojos y cogió la mano de Billet, guiándola hasta su pubis y haciendo que su palma frotara el clítoris de forma urgente convirtiéndose en un vaivén brusco que impregnó de calor toda la zona. Pero entonces abrió los ojos, se encontró con el rostro del capitán deformado por el deseo y sintió asco de sí misma. Ni a Sébastien le había permitido llegar tan lejos.

–¡No! ¡Detente! –le ordenó. Él le mordió el labio en respuesta e introdujo dos dedos en su vagina con un rugido de impaciencia, provocándole un dolor lacerante que le subió hacia el abdomen. Intentó empujarlo lejos, pero Billet ni siquiera se inmutó. Con el antebrazo presionándole la garganta, inmovilizó la cabeza de Berthe contra la pared. Se bajó los pantalones y tiró de los de ella hasta que cayeron al suelo—. Por favor..., no... –musitó, paralizada por lo que iba a suceder. Le clavó las uñas en el brazo hasta que le rasgó la piel. Le costaba respirar. Billet intentó abrirle las piernas y ella pataleó en respuesta.

–¡Sí! Así me gusta, que te revuelvas como una gata en celo. Pero te gusta, ¿verdad? Solo hay que ver lo mojada que estás. –La soltó durante un instante y levantó el brazo. El bofetón que le cruzó la cara le dobló las rodillas y el hombre aprovechó para tirarla al suelo. La cabeza de Berthe rebotó contra el enlosado—. ¿Esto también te excita? ¡Dime que tanto como a mí!

Durante un momento, la habitación se oscureció y no hubo nada a su alrededor. Hasta que volvió a sentir el peso de Billet sobre ella y su sexo duro intentando abrirse paso. Él golpeó con su cadera cuando estuvo colocado. La penetración fue feroz y el dolor que Berthe había sentido antes se multiplicó hasta hacerle pensar que le había desgarrado algo por dentro. Gritar no le sirvió de nada. Con cada embate, Billet lanzaba un gruñido. Los movimientos cada vez eran más rápidos, salvajes. Él cabalgaba entre sus piernas abiertas a la fuerza y Berthe contemplaba cómo giraba el techo ante sus ojos, confundida, en una nebulosa irreal. Ya no sentía dolor. Solo asco. Estaba dentro de su cuerpo... No valía la pena resistirse, ella le había alentado. Había permitido que tomara su virginidad sin hacer nada al respecto. La liberación de Billet fue tan feroz como sus movimientos anteriores y dejó caer la cabeza sobre el pecho de la muchacha mientras permanecía en su interior. Berthe lo apartó de encima como pudo y notó un líquido viscoso deslizándose sobre sus muslos cuando el hombre se movió. Comenzó a temblar y rompió el nudo que se había formado en la garganta mediante un sollozo. Billet se incorporó y se subió los pantalones sin mirarla a la cara, aunque observó sus dedos manchados de sangre fresca durante

un instante.

–Lo siento –musitó. Y salió de la habitación a toda prisa.

Capítulo XVII

Supervivientes

Barleduc, 22 de febrero de 1916

–¡Señorita Meurent! ¿Qué hace usted en el hospital? –El director Guilloux alternaba miradas incrédulas entre el soldado que se había quedado parado en la puerta y la mujer que había entrado sin llamar.

Claudine empujó con determinación al soldado, girándolo por los hombros y obligándolo a salir. Luego cerró la puerta y se apoyó en ella. Inundó el despacho de luz con su sonrisa descarada.

–Creí que se alegraría de verme. Debe de ser agotador intentar organizar esto con la pérdida de su amigo tan reciente. Estaba preocupada por usted.

–¡Oh! Yo... Por supuesto que estoy encantado de que se preocupe por mí, señorita, pero no sé si es...

–¿Adecuado que venga aquí a visitarle porque soy una puta? –Los ojos claros de Claudine relampaguearon como una tormenta de hielo.

–¡Por favor! No quería decir eso... Yo solo... Discúlpeme, se lo ruego, pero debería estar descansando. Aún está convaleciente. –Guilleux había enrojecido violentamente y retorció las manos sin saber qué hacer con ellas.

–No se preocupe, querido. No es la primera vez que me miran como a una dama, aunque me tratan como a una puta, de ahí mis heridas de guerra. Sin embargo –parpadeó fingiendo entristecerse–, pensé que usted era diferente. De hecho, la primera vez que nos conocimos me miró como a una puta y me trató como a una dama. Pero si le molesta su reputación, me marchó ahora mismo. Sé que mi sitio está bajo las luces azules, no aquí.

Claudine elevó la barbilla, aguantando el latigazo de dolor que le subió por el pómulo con el movimiento, y dio un giro hacia la salida. Los volantes de su falda se abrieron como una flor y descubrieron sus pantorrillas. Sintió cómo la tomaban por el hombro y se detuvo.

–¡Claudine! Espere. Poco me importan las apariencias cuando el mundo se está yendo al infierno. Quédese, es cierto que necesito una voz amiga a mi lado. –La mujer se volvió y lo contempló muy seria–. Me vendrá bien recordarle... Mercier era un hombre excepcional, en todos los sentidos, aunque últimamente no se había granjeado mucha simpatía, pero es que estaba enfermo. No se merecía morir así. No pudo soportar la muerte de su hermano mayor en la guerra contra Prusia. Y a él mismo, tan solo un crío, lo hirieron de gravedad. Solo con la morfina podía aguantar los dolores de aquellas dos heridas, la física y la del alma.

–Las del alma son las más difíciles de cerrar, querido. Aunque entiendo que la morfina le ayudara con las dos –afirmó Claudine, pensando en lo que había tenido que hacer para que la madame le administrara la dosis con la que estaba aguantando el día. Aquella mujer se estaba aprovechando de ella y no sabía muy bien cómo sacarla de su cama; necesitaba las inyecciones para ponerse en pie. Guilloux asintió y la llevó del codo hasta que le hizo tomar asiento junto a la mesa que había sido del fallecido. El director había tomado posesión del cargo provisionalmente. Claudine admiró los muebles regios con los que estaba decorada la estancia y los cuadros de antiguos héroes del ejército que adornaban las paredes. Se alisó la falda, aliviada de repente por haber elegido aquel vestido tan sobrio.

–¿Qué se sabe de la ofensiva alemana? ¿Debo preocuparme y regresar a París? –A Claudine le pareció que, tras aquellas gafas redondas, las pupilas de Guilloux se convertían en dos puntos rodeados de sombras y que tragaba saliva con dificultad.

–Las noticias son preocupantes, no quiero engañarla. Estaría más segura en el sur, lejos de todo esto. Los alemanes han ido a por todas para conquistar Verdún y lo están consiguiendo. El general Petain está estudiando cómo enviar tropas y evacuar a los heridos, las vías de tren están en manos del enemigo casi en su totalidad, y hay que buscar rutas alternativas. Haría bien en irse, Claudine...

La muchacha apoyó la mano en la rodilla del director y percibió cómo este se envaraba con ese gesto íntimo.

–No tengo nada por lo que volver en París, así que me quedaré. Si me enseñara a disparar, yo misma podría parar a los alemanes si se atrevieran a poner un pie en Barleduc.

Guilloux no pudo reprimir una sonrisa y Claudine creyó entrever el alivio en su mirada tras sus palabras. Debía dar un paso más para completar su estrategia. Solo un pequeño acercamiento y estaría listo para caer a sus pies.

–La creo muy capaz de ello. No me cabe duda.

–Soy capaz de muchas cosas, querido... Si algo me gusta, –se acercó hacia el hombre lentamente– lo pruebo. –Claudine rozó los labios del director con los suyos y le acarició la mejilla con la yema de los dedos. Su boca era cálida y más agradable de lo que hubiera supuesto–. Y si creo que algo merece la pena, voy a por todas. –El hombre respondió al beso, tanteó con su lengua y profundizó algo titubeante al principio, hasta que Claudine emitió un gemido y se tornó apasionado. La muchacha sintió cómo Guilloux le asía por la nuca, acercándola más a él, y sonrió a pesar del dolor de su mandíbula. Ya le tenía.

* * *

Adrien abrió los ojos y se quedó con la vista clavada en los altos techos. El pabellón Exelmans del hospital de Barleduc rebullía de actividad y las conversaciones nerviosas se mezclaban con los gemidos de dolor. Era la hora de las curas. Al piloto se le revolvió el estómago. Su herida era apenas un rasguño en comparación con lo que le rodeaba. Limpia, infligida con honor en una de las batallas del cielo. Etérea, como las nubes que deseaba volver a cruzar en cuanto el doctor le revisara el vendaje. Porque ese mismo día regresaba a la base, se lo permitieran o no. Solo la visión de las hileras de camas apiñadas con sus ocupantes destrozados le ahogaba. Él necesitaba sentir el viento, el cielo abierto, ser único allí arriba. Tan solo podía ver un pedazo del horizonte tras el ventanal más cercano. En la sala del hospital era un número más, un hombre reemplazable.

La mañana en la que atacaron las trincheras de Verdún logró llegar hasta la pista de aterrizaje pilotando con una mano. Sabía que el balazo no le mataría, pero el dolor y la pérdida de sangre eran malos acompañantes para conseguir bajar su *bebé* sin daños para ambos. Cuando sintió cómo su cuerpo se aplastaba contra el habitáculo al tocar tierra, respiró tranquilo. Ya solo debía reducir la velocidad. Del resto, no recordaba gran cosa hasta su llegada a Barleduc. Allí pudo ver los despojos del bombardeo que él había vivido en lo alto. Se rebulló en la cama, alterado por el recuerdo. Verdún era un símbolo para Francia; el bastión en el que se fraguó la victoria de la anterior guerra contra Prusia. Si perdían Verdún, caería el resto del país.

El aire en el hospital olía a pólvora y a la sangre derramada unos kilómetros al norte, y estaba saturado de miedo y pesar. Los heridos evacuados de los hospitales de campaña ya habían empezado a llegar al de Barleduc y este había

tenido que adecuar sus instalaciones para albergarlos. Se rumoreaba que el ejército francés estaba casi aniquilado y que solo un puñado de soldados sobrevivían en los bosques del norte. Los supervivientes que podían hablar y que se recuperaban en los camastros hablaban del infierno en la tierra. Otros ni siquiera podían recordar lo sucedido sin que los sollozos los rompieran en pedazos.

Adrien necesitaba salir de allí o sucumbiría a la desesperación que se respiraba entre las hileras de camas.

–Tienes mejor aspecto de lo que te mereces. –La voz de Alain le hizo sonreír por primera vez–. Los pilotos parecéis recién salidos de una bañera de agua caliente aunque os hayan disparado. Siempre ha habido clases, ¿verdad?

Adrien se incorporó, sujetándose el hombro herido, y estrechó después la mano a su amigo. Alain dejó las muletas apoyadas antes de sentarse junto a él.

–Tu herida es mucho más romántica que la mía –continuó Alain.

–Tengo que salir de aquí o me volveré loco. ¿Has oído algo sobre si el personal sanitario de Verdún está bien?

A Alain se le oscureció la mirada y apretó los labios.

–Sé que Shirley llegó a Baleycourt con el capitán Billet y que Irène estaba con ella. Es la que te interesa, ¿no? Pero no he podido averiguar más. Los bombardeos no han llegado tan al sur, creo... –El hombre se tapó el rostro con las manos y su voz se redujo a un susurro ahogado–. ¿Y si Shirley...? Nunca sabrá lo que yo... –Carraspeó para recuperar el control–. Adrien, me licencian y me envían de vuelta a París. El muñón está prácticamente cerrado y necesitan las camas. ¡No podré buscarla!

Adrien le revolvió el cabello dorado sin atreverse a mirarle a los ojos. No podía soportar que ese verde vivaz se hubiera apagado tanto como su voz. Su amigo era la única familia que le quedaba.

–No sabía que lo vuestro hubiera llegado tan lejos, amigo. –Se tragó una carcajada amarga. Jamás hubiese pensado que Alain acabaría enamorándose así–. Duele, ¿verdad? Te prometo que yo encontraré a las dos. Te la traeré, aunque tenga que... Oye, ¿qué demonios le has hecho a esa chica?

–Ser yo. Y eso ya no tiene remedio.

–¡Alain! ¡Qué susto me has dado! –Una voz de mujer les llegó por la espalda–. ¡En tu cama hay otro soldado herido! Uno con un montón de vendas por la cara y un olor a...

–¡Claudine!

–Adrien...

Una corriente de palabras sin pronunciar se arremolinó entre los dos. Alain se frotó los brazos al sentir cómo se le erizaba la piel, súbitamente helada.

–¡Pequeña! ¡Qué alegría verte! –Intentó romper la tensión que mantenía inmóviles a sus amigos mientras se evaluaban con gesto indescifrable—. Iba a ir a despedirme en un rato, me voy de vuelta a París. –Se levantó de un salto, alarmado, al ver el rostro de la muchacha—. ¿Qué te ha pasado?

El tono preocupado de Alain hizo que Claudine rompiera el contacto visual con Adrien y se girara hacia él.

–Ya no te soportan aquí, ¿no? No me extraña, te habrás tirado a todas las enfermeras del hospital y ahora necesitan que se centren en otra cosa, no en ti. –Intentaba bromear, pero su voz era sombría. Detuvo la mano del hombre cuando intentó tocarle el rostro amoratado—. Yo también tengo heridas de guerra. El enemigo se camufla demasiado bien. Y no me preguntes más, por favor, Alain.

A Adrien le quemaban las preguntas en la garganta, pero era incapaz de sacarlas. Claudine siempre le producía ese efecto. Su belleza arrasaba con todo; el dorado de su cabello refulgía con vida propia, sus ojos de mar, cambiantes e inmensos, las curvas de su cuerpo que tantas veces había explorado y que jamás había llegado a conocer del todo. Ella era una criatura demasiado compleja como para eso. Recordó que debía respirar y tomó una bocanada de aire que le trajo el aroma de su piel. Ese olor perduraría en su memoria el resto de su vida, aunque hubiera hecho todo lo posible para olvidarlo.

–Ven conmigo de vuelta a París, pequeña –rogó Alain. Y su rostro mostró unas líneas de cansancio que antes no estaban—. Podemos empezar de nuevo tú y yo, ahora el mercado negro necesitará...

–Yo no me muevo de Barleduc, querido. Empezaré de nuevo, pero de verdad, desde cero. Me merezco un hombre que me cuide como a una dama y estoy a punto de conseguirlo.

Adrien estalló en una carcajada. Así liberó toda la angustia que había estado reteniendo desde que la mujer había aparecido junto a su cama, y siguió riéndose hasta que le ardió en la garganta, sin importarle que los soldados de alrededor estuvieran atentos a la escena.

–Digna sucesora de tu madre, ¿no? Al final estás haciendo lo que ella quería.

–¿Y qué sabes tú de mi vida, Adrien? Dejaste de pertenecer a ella hace mucho tiempo. Los cobardes no tienen derecho a reclamar aquello por lo que no lucharon.

–¿Crees que quiero reclamar a una mujer que se vende tan barata?

La bofetada llegó al rostro de Adrien antes de que Alain tuviera tiempo de asir

de la cintura a Claudine y apartarla de allí.

—¡Suéltame, Alain! ¡Maldita sea, suéltame! —La orden de la muchacha se escuchó por encima del ruido perenne de la sala. Los médicos y las enfermeras se detuvieron durante un momento, alarmados por el tono de la discusión, y los heridos acallaron sus voces, rendidos a la curiosidad. Claudine apartó las manos del hombre de su cuerpo y se irguió, aparentemente calmada. Bajó la voz en un susurro cortante—. Adrien Goitia, si yo soy una puta es porque tú fuiste el primero en tratarme como una. ¿Le harás lo mismo a esa señorita... Curie, por la que babeas?

—¡La señorita Curie sí que es una dama! No como algunas mujeres rastreras y mentirosas que hay por ahí.

—¿Rastrera? ¿Mentirosa? ¡Hijo de puta! ¡Me hiciste daño, Adrien!

—¿Yo a ti? —volvió a carcajearse—. Yo te quería. —El piloto movió la cabeza con pesar—. Pero no era suficiente, ¿no es verdad? ¡Desapareciste durante meses! Y cuando te encontré, tú... Tú... ¿Sabes lo que sentí cuando te vi recorrer el bulevar como las otras? ¡Accesible a todo el que pudiera comprarte!

—Y tú lo hiciste. —Claudine acercó su rostro al de Adrien. Su mirada era de metal, fría y cortante—. Me abrazaste en aquel bulevar de París, me besaste como si nada hubiera cambiado entre los dos y yo pensé que me habías buscado para llevarme contigo. Me tuviste bajo tu cuerpo de nuevo, creí que me hacías el amor como tantas otras veces. Pero no. Solo me follaste y me pagaste bien por ello. Me dejaste una propina sustanciosa en la mesilla de la habitación, así que debí de hacerlo muy bien.

Adrien sonrió con los dientes apretados por la rabia.

—Sí, se notó que habías practicado mucho durante mi ausencia.

Claudine le escupió y Adrien cerró los ojos mientras la saliva se escurría por sus mejillas. Oyó un taconeo furioso alejándose por el pabellón y la voz de Claudine que se perdía entre los gemidos de los enfermos.

—¡Nunca me preguntaste por qué me fui, Adrien! ¡Nunca!

* * *

A la caída de la noche, Claudine abrió la puerta de su dormitorio al director Guilloux y una sonrisa de triunfo iluminó sus rasgos dorados. Aún tenía los ojos enrojecidos por el llanto que la había acompañado durante el camino de regreso al burdel y que no había cesado el resto de la tarde, pero se había aplicado cuidadosamente vaselina en los párpados para darles brillo y polvo rosado en las

mejillas para disimular el tono verdoso de los golpes. Había necesitado mendigar otra dosis de morfina a la madame, aunque la visión de su moño entrecano entre sus piernas empezaba a causarle repulsión. El rojo con el que había cubierto sus labios se desdibujó con el primer beso al recibir a su visitante.

–Me alegro mucho de verte, Jean-Luc.

El director titubeó. La contemplaba como si fuese una imagen que se pudiera desvanecer si la tocaba. La muchacha lo cogió de las muñecas y las guio hacia su cintura. Percibió su temblor a través de la seda.

–Yo no quiero... –Guilleux se detuvo sin saber cómo continuar–. Claudine, yo no quiero ser uno más. –Acarició su mejilla levemente y bajó con las yemas de los dedos hasta sostenerle el mentón herido.

–No lo serás. Si tú lo deseas, serás el único.

El hombre la besó. La saboreó con delicadeza, recreándose en explorar la curvatura de sus labios, los recovecos del cielo de su boca, el filo de los dientes en hilera. Luego se sumergió en su cuello y aspiró el aroma que desprendía el nacimiento del cabello.

Claudine se obligó a mantener los ojos abiertos. Sería muy sencillo abandonarse a sus recuerdos y recrear esa misma escena con otra persona en su mente, pero quería hacer las cosas bien. Empezar desde cero de verdad, y para ello necesitaba ofrecerse por completo. Así que le quitó las gafas metálicas, las puso sobre la mesilla y lo miró directamente a los ojos. No se había fijado en que unos destellos color caramelo parecían conformar una aureola dorada en torno al iris. Pasó sus dedos por las arrugas profundas que cincelaban una mueca de preocupación perenne en su semblante y pareció que se relajaba con su contacto. Mientras continuaba observando cada detalle de su rostro, le aflojó el nudo del corbatín y le desabrochó los primeros botones de la camisa. Gilloux apenas respiraba, pero las aletas de su nariz se ensanchaban como si estuviera corriendo un maratón. Lentamente, lo despojó de su traje y expuso su cuerpo. Era enjuto y pálido, con racimos de vello oscuro que nacían en su esternón y se derramaban de forma desigual hasta unirse con el del pubis, más denso. Sin su ropa y sus gafas, parecía un muchacho temblando ante su primera vez. Las manos femeninas recorrieron los lunares que poblaban sus brazos, recorrieron la línea de la clavícula y se enredaron en los rizos de su pecho. Luego bajaron por el abdomen y acarició con su dorso el sexo de Guilleux, que ahogó una exclamación. Claudine sonrió y se mordió el labio. El efecto que producía en el director le resultaba entre tierno y excitante. Era lo que necesitaba después de su desencuentro con Adrien.

Se quitó la bata de seda y desató los lazos que sujetaban las medias de lana a sus muslos. El hombre la contemplaba con los labios entreabiertos y la erección que le acompañaba hizo sonreír de nuevo a Claudine. Lo tomó del brazo y lo llevó a la cama. Lo empujó para que se tumbara y ella se colocó a horcajadas sobre él, rozándole apenas. Le besó en la boca y fue cubriendo su piel de suaves caricias con los labios hasta llegar al pubis. Sacó la lengua y rodeó con ella el glande mientras lo miraba. En el rostro de Guilloux encontró deseo, pero también una adoración que hacía tiempo que no le regalaban. Hizo crecer la erección con su boca hasta que los gruñidos masculinos subieron de tono y entonces se incorporó, abrió las piernas y se dejó caer para que el hombre la llenara. Continuó mirándole y se excitó con la pasión que esculpía los rasgos de Guilloux, cambiándolos, dotándolos de una belleza que había permanecido oculta para Claudine.

Mientras sus caderas se ondulaban al compás, pensó que algún día tendría que contarle que no podría darle hijos. Ni bastardos ni legítimos. Y una punzada de dolor se extendió por su vientre vacío. Volvió a recordar aquel camastro maloliente y la sangre, aquel corazón arrancado de sus entrañas antes de tiempo: el hijo de Adrien. Volvió a oír los gritos de su madre cuando pensó que moriría por el aborto. Maldita fuera. Por su culpa había acabado marcada y estéril, y, debido a ello, más tarde repudiada por quien iba a ser su caballero andante, por quien las iba a sacar de la pobreza de una vez por todas. Apretó los dientes y se concentró en las pupilas dilatadas de Guilleux; se ancló al amor que las hacía brillar. Se lo contaría a su debido tiempo, cuando estuviera segura de que el dolor por su pérdida fuera a ser más fuerte que el temor a las habladurías y la decepción por no ser una mujer completa.

Le daría a ese hombre todo lo bueno que aún quedaba en ella, y utilizaría lo malo para sobrevivir, como había hecho siempre. Se movió encima de él con rabia, aumentando la excitación de forma salvaje hasta que sintió que el semen cálido estallaba dentro. Y un momento después, aún mirándole, el odio, la frustración, la esperanza y el deseo se aunaron para brindarle un orgasmo que no experimentaba desde hacía mucho.

Glorieux, 22 de febrero de 1916

—¡Por favor! ¡Necesitan ayuda! —Lorraine Bertrand intentaba aferrar de la manga del uniforme a cualquier soldado que se mantuviera en pie en torno a las murallas de la ciudadela de Verdún—. ¡Son dos mujeres! ¡Una está...!

Pero en las carreras caóticas de los hombres apagando los incendios, que lamían las piedras y se cebaban con los cables de la electricidad y las construcciones de madera, no cabían las peticiones de una muchacha desquiciada. Los fuertes que coronaban las defensas ardían, como lo hacía un cielo que no había vuelto a su color original desde los primeros obuses.

Una explosión sonó tan cerca que las esquiras de metal les hirieron la piel del rostro. Una de las gemelas aulló de dolor y soltó el dobladillo de la falda de su hermana mayor, al que había estado prendida desde que abandonaron los bosques. Lorraine la atrajo hacia su pecho y la envolvió en un abrazo de consuelo. Las gemelas se habían mantenido en silencio hasta ese momento, ausentes, y esa calma era precisamente lo que más le preocupaba. Parecía que su habitual alboroto, ese parloteo incesante entre ellas que siempre acababa en pelea, se había ido diluyendo, como lo que les quedaba de niñez, con cada paso que les alejaba de su hogar. Un hogar que, tras los bombardeos y los incendios incesantes desde la madrugada del día anterior, intuían reducido a cenizas. Sus cabezas cubiertas de rizos morenos, vueltas hacia el suelo embarrado, no le habían devuelto la mirada en todo el trayecto. Lorraine pensó que había sido mejor no ver sus rostros de labios amoratados.

Su madre no había dejado de murmurar oraciones incomprensibles. El tener que despedirse de la *sorgina* Adele, a la que consideraba una hermana, su comadre durante tantos años, la había hundido. De vez en cuando, un acceso de tos ronca le sacudía el pecho y debía parar, doblada sobre sí misma. Luego apretaba los dientes y continuaba con su letanía, pero la muchacha percibía sus movimientos más débiles con cada uno de esos ataques.

Lorraine sabía que con el avance del sol en el cielo, con otro obús más que esparcía destrucción al chocar contra la tierra, las posibilidades de Adele y de Emille disminuían, pero ella no había perdido la esperanza. Aunque el destacamento de Verdún no le hiciera caso, continuaría hasta el puesto de socorro de Glorieux, como le había recomendado la *sorgina*. No acallarían su voz hasta que algún soldado, un capitán o el mismísimo presidente Poincaré acudieran en su auxilio.

Se detuvo en medio del caos mientras los cascotes caían a su alrededor. La ceniza flotaba en el aire ardiente y Lorraine tuvo la impresión de que nevaba en el infierno. Las gemelas tiraban de su falda de paño negro y su madre se santiguaba en un bucle sin fin. Cientos de soldados corrían de un lado a otro. Gritos, órdenes ignoradas, disparos que se perdían sin llegar a su destino, estallidos de madera, de metal, de sangre. Debían salir de allí.

–¿La doctora Nicole? –gritó a uno de los camilleros que corría hacia el refugio subterráneo, enganchando entre sus dedos el brazalete de la cruz roja que blandía en su brazo derecho y deteniendo así su huida. El hombre apenas la miró y señaló mediante aspavientos hacia el sur, por detrás de las últimas murallas.

–¡Pasando el fuerte La Chaume baja un camino hacia el hospital! ¡Por la colina! –Luego se desprendió de ella y, mientras corría, volvió la cabeza hacia atrás y añadió–: ¡Sígueme al refugio o dense por muertas!

Pero la muchacha ya se había girado hacia el sur con las gemelas de la mano y su madre pisándole los talones, como una sombra fugaz.

En el puesto de socorro de Glorieux, los sanitarios intentaban asistir a los heridos, que les llegaban como una ola creciente que chocaba contra ellos y desbarataba el orden que querían mantener. Los soldados que podían caminar continuaban con su andar errático hacia el camino que llevaba a Baleycourt, a pesar de llevar la etiqueta de evacuación. No querían esperar a la próxima ambulancia ni quedarse tan cerca del bombardeo. Los que no podían moverse esperaban su turno tumbados en las camillas o sobre mantas en el suelo. El sonido de los motores yendo y viniendo con su carga entre los dos hospitales saturaba el aire.

–¡Continúen! ¡Continúen! –les gritó un hombre cubierto por una bata que alguna vez había sido blanca y en ese momento lucía un *collage* de tonos rojizos–. ¡Los civiles no pueden quedarse aquí!

Lorraine no se entretuvo a discutir con él. Era lo que había temido durante toda su huida. Preguntó de nuevo por la doctora Nicole y el cirujano le ofreció unas sucintas indicaciones y un cabeceo de incompreensión antes de volver a su trabajo.

El pabellón donde se encontraban los enfermos infecciosos estaba situado un poco más abajo, en un valle, apartado del resto. En pleno bosque, flanqueada por los primeros árboles teñidos de blanco por la escarcha, la casa de madera parecía el último vestigio de un tiempo más amable en el que las pesadillas estaban habitadas únicamente por monstruos de cuentos infantiles. Sin embargo, la realidad había llegado también a ese rincón. Ante la puerta de doble hoja, dos camilleros se afanaban en colocar como podían los cuerpos de los enfermos para su traslado. Los gemidos de unos y las imprecaciones de los otros al intentar aprovechar todo el espacio disponible en el remolque se entremezclaban en un discurso ininteligible. En medio de la algarabía, el vozarrón del conductor apremiándolos puso fin al trabajo. Con un chirrido, el camión abandonó el hospital.

Las camas se disponían en hileras donde los enfermos deliraban, vomitaban o simplemente observaban el techo con la mirada febril y los miembros inertes. Ciento cincuenta cuerpos se hacinaban entre sus paredes. Las estufas de leña intentaban caldear la estancia sin conseguirlo. Por las ventanas, con los vidrios rotos por el bombardeo, se colaban ráfagas del viento de febrero a través de los parches hechos con retales y planchas de madera.

Las cuatro mujeres se internaron allí, a pesar del hedor que parecía marcar una barrera invisible que dividía ese mundo en dos: el fuego de la guerra y la fiebre de la enfermedad. El ladrido de un perro las detuvo. Una bola peluda con las orejas echadas hacia atrás, guardián del averno, les salió al paso.

–¡*Dun!* –llamó una voz femenina con autoridad–. ¡Quieto, pequeño!

La doctora Nicole era una mujer de figura achatada que apenas llenaba el uniforme militar que lucía. Algunos mechones de cabello oscuro, recogido bajo la gorra, se rebelaban y parecían flotar alrededor de su nuca. La nariz diminuta y los ojos brillantes le conferían aspecto de duende. Sin embargo, el tono con el que hablaba estaba cargado de una determinación que era imposible obviar.

–Supongo que han perdido su hogar en el ataque –supuso sin más preguntas–. Les advierto que esto es un pabellón de enfermos infecciosos. ¿Qué necesitan?

Lorraine salió del estado inmóvil en que la había sumido la aparición del pastor alemán y saltó hacia la médico, con lo que las gemelas trastabillaron tras ella.

–¡Hay dos mujeres atrapadas en la línea de fuego! ¡Una está con dolores de parto y no se puede mover! –La desesperación entrecortaba sus frases–. ¡Usted la conoce! La *sorgina* Adele me dijo que atendió a su hijo y ella estuvo aquí, con usted. ¡Emille! ¡Están en peligro! ¡Tiene que ayudarlas! ¡Tiene que...!

La mujer aferró las manos de la muchacha mientras chistaba con los labios pidiendo un poco de calma. El pecho de Lorraine se bamboleaba sin control, dando rienda suelta a las emociones que había retenido durante el viaje. Tras todas ellas, en el fondo de su alma y sin ser capaz de abandonarse aún a él, el dolor por la ausencia de su marido impregnaba el resto. Había sentido una sensación de vacío repentino con la primera ráfaga de proyectiles que surcaron el cielo la madrugada del día anterior, como si su llama, la que llevaba dentro de ella desde que se conocieron, se hubiera extinguido, como si unos dedos hubiesen decidido apretar la mecha y dejarlo todo a oscuras. Pero algo en su interior se rebelaba a esa premonición y a lo que le dijo la *sorgina*. Había prometido a Emille que no se rendiría y no lo haría. Ni con ellas, ni con la posibilidad de reencontrarse con su esposo.

La doctora Nicole escuchó su historia sin interrumpirla y Lorraine no se dio cuenta de que las lágrimas estaban mojando sus mejillas hasta que terminó de contarle todo. Las gemelas lloraban abiertamente y se abrazaban, acurrucadas la una contra la otra. Su madre comenzó a toser de tal modo que pareció que su pecho se iba a resquebrajar del esfuerzo.

–Lo siento –comenzó a decir Nicole, y a la muchacha le sobrevino un estremecimiento de anticipación–, pero no puedo hacer nada por vuestras amigas. Soy responsable de estos hombres y su evacuación es prioritaria. Solo dispongo de un conductor, Fouquet, y lo necesito para que transporte a los infecciosos lejos del frente. –Sus ojos castaños tomaron el matiz del caramelo–. Siento lo de sus amigas, pero debo velar por el bien común.

No añadió que ya estarían muertas, aunque Lorraine captó el sentido del silencio que vino a continuación. En ese momento, la anciana viuda Bertrand se quedó súbitamente callada, sin murmurar sus oraciones. Lanzó un gemido y se desplomó mientras convulsionaba.

La doctora se agachó a examinarla y llamó a gritos a sus camilleros, que acudieron al sonido de aquella voz imperiosa.

–¡Su madre está ardiendo de fiebre! No puede continuar en esta situación. ¡Llévala a una de las camas libres!

Lorraine apoyó la espalda en la pared y cerró los ojos, haciendo caso omiso a los intentos de las gemelas de guardarse en su regazo. El ataque a Verdún había tornado más real aquella predicción de la *sorgina*: «No volverás a ver a tu marido con vida». La había arrancado de su hogar, había dejado atrás a sus amigas para sobrevivir y estaba acabando con su madre. ¿Qué más le iba a arrebatarse esa maldita guerra?

Capítulo XVIII

No pasarán

Baleycourt, 25 de febrero de 1916

Se escuchaba murmurar a sí mismo el nombre de su esposa una y otra vez. «Lorraine, Lorraine...». Sonidos incomprensibles para el resto, pero que lo eran todo para él. Durante mucho tiempo solo pudo ver la ceniza flotando sobre su cabeza. Más tarde aparecieron las estrellas y su fulgor le causó una inmensa tristeza. El carro donde lo transportaban vibraba, como si estuviera a punto de saltar con cada bache del camino hacia esas mismas estrellas. El hombre sabía que solo evacuaban a los heridos de noche porque de otro modo no era seguro.

Le preocupaba esa calma que se había apoderado de su cuerpo. Llegó a pensar que estaba muerto y que aún veía cosas de la Tierra porque el cielo estaba colapsado de almas arrancadas de cuajo por la guerra. Lo prefería al dolor insoportable que le había roído las entrañas desde aquella explosión de mortero que le alcanzó en la trinchera, pero se alegró al comprobar que estaba vivo; el castaño de sus dientes así se lo decía. Aún tenía una oportunidad de reencontrarse con su querida Lorraine.

Tras sobrevivir a aquella madrugada de fuego y sangre, tras esconderse en el bosque como animales acorralados, el nuevo día les trajo esperanza con las órdenes del coronel Driant y su discurso sobre la unidad y la victoria. Eran pocos. Muchos habían muerto y otros tantos habían desertado sin mirar hacia los compañeros heridos que dejaban en los bosques. Intentó controlar el temblor de su mandíbula. Él no solo luchaba por defender unos kilómetros de tierra de los alemanes. Estaba en juego su familia, su hogar. Luchaba por su supervivencia, y por eso se había quedado al lado de Driant, empuñando su fusil y matando a los *boches* con sus propias manos. En el ligero bamboleo en el que se mecía, su mente voló de nuevo hacia aquello por lo que merecía la pena morir. Lorraine tenía la cara más bonita de toda la región de Verdún, en forma de corazón, y una

sonrisa que enamoraba en cuanto la mostraba. Era leal a su tierra y le amaba a él. Parecía un duende, una de esas criaturas mágicas, rebeldes y juguetonas que nacen del vientre de las montañas. Cuando aceptó su proposición de matrimonio, no se lo podía creer del todo. «Quizás este es el precio que debo pagar por haberla tenido conmigo durante ese tiempo», pensó. «Como el tributo que se ofrece por retener a cualquier criatura mágica». Luego un dolor aún más agudo que el físico casi le hizo vomitar: tenía que estar viva, tenía que estar a salvo. La incertidumbre de su estado le nubló la mirada. No podía pensar en esa posibilidad. Si hubiera logrado convencerla de que en el sur estaría a salvo de los alemanes... Pero él ya sabía que no se iría. «Amo a mi tierra casi tanto como a ti; aquí estoy cerca de los dos», fue lo que le dijo cuando se lo propuso. Aún podía verla, enarcando las cejas como si le estuviera hablando de algo estúpido. Decidió quedarse junto con sus hermanas y su madre. Y él, en el fondo, se alegró de tenerla cerca.

Se palpó el vendaje que le habían colocado apresuradamente en el puesto de socorro de Glorieux y notó la palma húmeda y caliente. Dos camilleros lo habían encontrado caminando sin rumbo, con las manos conteniendo las heridas de su abdomen y ardiendo de fiebre. Cómo llegó desde el lugar donde cayó Driant hasta allí, no lo recordaba.

Aquel hombre de figura imponente, cabello gris y mostacho salpicado de sangre les había alentado en la batalla con el pecho hinchado, gritándoles que Verdún jamás sería alemana, hasta que la incontenible ola enemiga les hizo retroceder. Lanzó la orden de retirarse hacia la aldea de Beaumont, aunque él mismo permaneció en su puesto para asegurarse de que el último de sus hombres tomaba ese camino. El coronel nunca llegaría a reunirse con ellos. Un disparo de cañón puso fin a su liderazgo y le arrancó un estertor en el que los borbotones rojizos ahogaron sus últimas palabras. Él estaba unos metros por delante, era de los pocos del batallón que aún no se había ido, y esa misma explosión le llenó el cuerpo de metal. Luego, la negrura le acompañó hasta que lo encontraron casi dos días después. Vio los rostros de los camilleros como fantasmas que hubieran acudido por fin a llevárselo junto con sus compañeros muertos. Sin embargo, sintió la quemazón del alcohol sobre los labios y bajando por su garganta cuando los camilleros le encontraron, hasta que un ataque de tos lo sumió en la oscuridad de nuevo.

De los cuidados recibidos en Glorieux, nada le causó tanto consuelo como la tarjeta de «evacuable» que le colocaron: aún tenía una posibilidad de curarse y de reunirse con su amada. Su mujer era fuerte y conocía los senderos mejor que

cualquiera. Además estaba acompañada por la *sorgina*, que veía cosas que otros no veían. Estarían bien, estaba seguro. Solo tenía que aguantar hasta llegar al hospital de campaña para que le sacaran todos esos fragmentos que le estaban cortando por dentro y se reuniría con su Lorraine. Solo un poco más.

Trazos de conversaciones bailaban en el aire. «Nos obligan a replegarnos», decían las voces, «¡Retirada hacia el segundo arco!». «Louvemont está cercada... Verdún caerá pronto», aseguraba otro, y el silencio volvía a caer, pesado, sobre todos.

Surcos blanquecinos dibujaron estelas en aquel cielo gris y el estruendo del estallido hizo vibrar el carro. Los bombardeos se reanudaban tras el descanso nocturno. Escuchó gritos, perros aullando notas lastimeras que parecían contar lo que los hombres callaban, el ruido de pasos corriendo. Lo izaron y el vientre se le volvió a rasgar, pero luchó por no perder el conocimiento. Debía aguantar hasta que le quitaran la metralla.

Las camillas de otros heridos se amontonaban en la entrada, expuestos como la fruta madura en el mercado. Agitó la mano. Tenía mucha sed y los labios acorchados, pero nadie le hizo caso. Una enfermera de cabello oscuro, recogido en un pañuelo que alguna vez había sido blanco, se acercó a ellos con unos pliegos de papel en la mano. Observaba y escribía con rostro serio mientras se movía alrededor de los soldados heridos. Con un movimiento de la mano, señalaba en una u otra dirección y los camilleros se los llevaban hacia donde ella les ordenaba.

Se encontró con aquellos ojos cuando le llegó su turno. Le parecieron tan fríos como los restos de nieve helada que se amontonaban a los lados del camino que había recorrido. Una oleada de un azul intenso se metió en su cabeza a través de esa mirada. Le destapó el vendaje con cuidado y observó. Él solo quería decirle que necesitaba vivir para encontrarse con Lorraine de nuevo, pero las palabras le desgarraban por dentro sin poder salir. Entonces le apretó la mano y el océano que había en sus iris se agitó, convulso. Así supo que en la orden que daría a los camilleros no habría esperanza.

–¿Puede hablar? –le preguntó con calma, pero él no podía. Intentó parpadear, mover sus ojos febriles hacia los lados. No lo consiguió—. Señor Tailleur, lleve a este soldado al pabellón de la señorita St. John, ¿de acuerdo?

Había pronunciado esas palabras con esfuerzo, con una suavidad medida que fue más dolorosa que el gesto de adiós que le dedicó la mujer mordiéndose los nudillos. Fuera lo que fuese ese pabellón al que lo llevaban, sabía que nunca abandonaría el hospital de campaña.

* * *

–Señorita St. John... ¡Nos estamos quedando sin agua fenicada y usted perdiendo el tiempo! ¿Cree que malgastar el vino con esta escoria alemana es más importante que la técnica aséptica de Lister?

La muchacha pelirroja se levantó despacio y su mirada, un pedazo de cielo sin nubes, se enturbió con una llamarada de ira. El capitán Martin farfulló algo que se podía interpretar como un «perra británica», pero lo dijo lo suficientemente bajo como para que no llegara a ningún oído más.

–El día que se utilice vino aguado para preparar el instrumental quirúrgico habremos perdido la guerra. Usted dedíquese al bisturí, capitán. –El grado sonó a insulto–. Salve vidas, corra tras la gloria o tras alguna condecoración que le sitúe al frente de un hospital en tiempos de paz. Métase en política si lo desea, pero este pabellón es mío y dispensaré cuidados a todos los que me envíen desde la «Virgilia», sean amigos o enemigos.

El rostro del hombre era un amasijo de muecas entremezcladas que se sucedían sin que se decidiera por una en concreto: asombro, desprecio, rabia, vergüenza.

–Dígale al capitán Billet cuando salga –añadió– que en el «Aqueronte» se nos está terminando el tabaco. A ver si puede encontrar algo por ahí... Y ahora váyase. Ni aquí tengo agua fenicada ni su presencia es necesaria para estos enfermos. En los «Nueve Círculos» sí.

Martin casi se chocó con un médico de aspecto frágil y cansado que entraba en ese momento. Apenas se detuvo para dirigirle un vistazo airado y desapareció a grandes zancadas.

–No sé qué le ha podido decir una criatura tan encantadora como usted al capitán Martin para enfadarlo de ese modo.

Shirley se agachó junto al soldado alemán al que había estado atendiendo antes de la entrada del doctor Martin. Le sujetó la cabeza para que unas gotas de un color carmesí desvaído le tiñeran los labios agrietados. La discusión había comenzado cuando el doctor Martin había descubierto el uso que la muchacha le estaba dando al vino aguado del hospital.

–Señor Duhamel, si va a venir a verme para llamarme criatura, puede volver por donde ha venido. Le digo lo mismo que al capitán Martin, aquí los cirujanos no son necesarios.

El hombre se sentó a su lado mientras una risa sincera le suavizaba las marcas del cansancio en el rostro. Se quitó los lentes redondeados para limpiar los cristales y luego rebuscó algo en el bolsillo interior de su chaqueta. –Señorita St.

John, acudo a su lado cada vez que tengo un descanso porque, a pesar de ser una incongruencia, es el único lugar donde encuentro un poco de paz.

–¿En el pabellón de los desahuciados? –se sorprendió Shirley–. Es usted aún más extraño que yo, señor Duhamel.

–Llámeme George, me hace parecer menos viejo. Al fin y al cabo, apenas he traspasado la barrera de los treinta. Si cierro los ojos en mi habitación, no paro de escuchar los gritos en mi cabeza. –Sacó una bolsita de tabaco picado y se la ofreció–. Si deja que me fume un poco cada vez que venga a visitarla, puede usarlo con quien le plazca.

La inglesa le dedicó una cálida sonrisa.

–Entonces siempre será bienvenido, aunque no nos durará mucho. A estos hombres solo les queda el consuelo de disfrutar de una última calada, de un sorbo de licor, una oración o un apretón de manos.

–¿Incluso a los alemanes?

–Son prisioneros de guerra. ¿Les niega usted la atención médica?

–Claro que no, señorita St. John, hice un juramento hipocrático.

–Yo también... A mi manera. Aunque tiene tanta validez como el suyo, créame. Y no les negaré un cigarro o un buen trago. Eso sí, la poesía es exclusiva para los nuestros.

Aquel primer día de bombardeo se llevó los restos que quedaban de aquella muchacha inocente y entusiasta que creía en una guerra justa. Después de haberse terminado el aguardiente de la petaca y de haberse vaciado de lágrimas inservibles, volvió a escuchar las ideas de Berthe a la mañana siguiente. Al principio se rebeló contra el papel que le había adjudicado. No quería repetir la escena de la muerte del soldado Carrier. Una parte suya murió junto a aquella cama en Barleduc. Pero Berthe le aseguró que no sería así, que ella sería la que les ofreciera una muerte digna. Merecían eso. Aceptó.

Dibujaron diagramas del hospital de campaña, distribuyeron zonas, discutieron sobre cómo se podía hacer... Irène se mostraba tajante en sus consideraciones y Berthe a veces vacilaba, como si no fuera la misma que salió de Barleduc, pero entre las tres organizaron los distintos pabellones para intentar controlar un poco la atención a los heridos. Berthe repetía una y otra vez que no podían perder más vidas por olvidos absurdos y pestañeaba casi con rabia, rehuyendo las miradas si se quedaba en silencio. Evitaba hablar del capitán Billet y Shirley sospechaba que algo había ocurrido entre ellos, pero la francesa había construido una coraza a su alrededor desde su conversación en las escaleras y solo hablaba del trabajo.

Billet, ante su sorpresa, aceptó las ideas de las chicas y el personal sanitario se

puso en movimiento con unas órdenes claras. Los nombres de los pabellones habían sido idea de Shirley, que descubrió la ironía como medio para protegerse del caos. Así que los soldados esperaban su turno para ser evaluados en la sala «Virgilia» por Berthe o alguno de los auxiliares médicos. Los que podían esperar a ser atendidos en lugares más lejanos al frente eran ubicados en el «Purgatorio»; a los que debían ser intervenidos de urgencia se los llevaban a los «Nueve Círculos», pasando antes por la sala de radiología de Irène, y a los que no tenían salvación se los llevaban a ella, al pabellón de «Aqueronte». Ella dudaba de que el resto del personal supiera a qué se referían esos nombres, y la mayoría las miraba con extrañeza cuando los nombraban, pero todos sabían a qué pabellón se debían dirigir al escucharlos. Había cosas más importantes por las que preocuparse que las ideas absurdas de unas mujeres.

—¿Qué hará cuando termine la guerra, señorita St. John? —El cirujano interrumpió sus pensamientos y la muchacha lo miró entre las volutas de humo que difuminaban sus rasgos. El tronar de los obuses hizo que las paredes vibraran peligrosamente.

—¿Esto va a acabar algún día? —La carcajada disimulaba su miedo—. ¿Sinceramente? No lo sé. La señorita Hinault se casará, supongo. El deseo de su prometido es sembrar viñedos y hacer vino. ¡Sauvignon! ¿Se lo puede creer? —Sacudió la cabeza—. Aunque yo no veo a Berthe trabajando la tierra y no debería... —Se interrumpió antes de decir algo inapropiado—. Y la señorita Curie volverá a sus estudios de física, de eso no tengo ninguna duda. Yo... —Se encogió de hombros y se irguió al escuchar un ruido fuera—. Otro más —suspiró.

Tailleur arrastraba una parihuela que soportaba a un soldado francés. Shirley arrugó la nariz sin poder contenerse al observar el estado del vendaje en el abdomen. La piel estaba brillante, cubierta por pequeñas manchas rojizas. Reconoció la infección en la sangre que se había llevado a Carrier y supo por qué Berthe le había enviado allí, al «Aqueronte». El soldado la miró enloquecido e intentó agarrarle la tela de la falda, pero dejó caer la mano al momento sin fuerzas.

—Si no va a dormir, señor Duhamel, podría ayudarme a ponerle unas vendas limpias a este hombre.

—A sus órdenes, señorita, pero a cambio de que me recite uno de sus poemas. ¿Sabe? Debería escribir cuando este mundo recobre la cordura. Para que nadie olvide.

Shirley le sonrió. La voz femenina acalló los gemidos, como si una brisa repentina hubiera barrido de repente los dolores y las desesperanzas del lugar:

*Búscame en la noche más fría,
en el polvo de estrellas viajero,
en brasas latiendo sobre ceniza.
Búscame en el viento que prende
la llama de la vida en tu aliento
y arderé inmortal en las piras
de tu sangre, de tu alma, de tu cielo.*

Los versos se quedaron flotando durante un instante en medio de aquel río sin retorno, hasta que los gemidos volvieron a inundarlo todo y el recién llegado se sumió en la inconsciencia con el nombre de Lorraine a medio pronunciar entre los labios.

* * *

Mientras en su pabellón Shirley acunaba a la muerte con poesía, Irène luchaba contra el tiempo desde la oscuridad de su pequeña sala. Inspeccionó la placa fotográfica a contraluz con detenimiento. La fractura del hueso se veía como una línea oscura que separaba el fémur, y esquirlas de metal conformaban una constelación de puntos blancos alrededor.

—¡Señor Deschamps, a los «Nueve Círculos»! Asegúrese de que la placa no se caiga ni se pierda en el traslado como la última vez.

El camillero la miró con los ojos entrecerrados y torció la boca, pero permaneció en silencio mientras llevaba al herido fuera de la sala con la ayuda del joven auxiliar médico al que estaba enseñando. Irène se sentía cómoda con aquellos estudiantes de medicina a los que el Estado Mayor había asignado un puesto de facultativo como si tuvieran la experiencia necesaria. No la rebatían ni la miraban por encima del hombro. Tenían tanto miedo a equivocarse que absorbían cada palabra que ella verbalizaba.

Se limpió las manos en el delantal y descorrió las cortinas. Puso la placa fotográfica sobre el paciente y le echó un último vistazo. Cuando se volvió hacia la puerta, una silueta conocida se enmarcaba en la penumbra.

—¡Adrien! —La visita era tan inesperada que cualquier palabra de bienvenida estaba fuera de lugar. No podía creer que quien había iluminado el cuarto al entrar fuera su gran amigo—. ¿Qué...? ¿Qué haces en Baleyccourt?

El joven se aproximó con un brillo bailando en sus iris color miel que Irène no reconoció. Se quedaron a unos pasos de distancia, sin atreverse a cualquier tipo

de salud que supusiera cierta intimidad. Entonces la muchacha reparó en el vendaje que Adrien llevaba en el hombro y que asomaba por el cuello abierto de su uniforme.

–¡Estás herido! ¿Qué ha sucedido? –Alargó la mano hacia él, pero se detuvo por el camino y disimuló el gesto ajustándose el delantal y bajando la mirada.

–Mi querida Irène... –Rompió el momento de tensión Adrien–, necesitaba saber que estabas bien tras los bombardeos. ¡No te preocupes! Esto tan solo es un rasguño. De hecho, me reincorporo a mi puesto en la base de Ancemont. Pero antes... Necesitaba verte. –Avanzó hacia ella para tomarle la mano, pero esta hizo un giro brusco simulando buscar algo con la mirada.

–Acompáñame, Adrien, te enseñaré nuestra pequeña «Divina comedia», como la obra de Dante Alighieri. Ya sabes... El Infierno. –No pudo por menos que sonreír al ver la mueca de desconcierto de Adrien. Hizo un ademán con la mano–. Cosas de nuestra Shirley. ¿Ya las has visto? A Shirley y a Berthe, me refiero –le preguntó con tono ligero mientras caminaba hacia la puerta.

–No, no... He preguntado directamente por ti. Shirley..., sí. Debería ir a verla, tengo que asegurarme de que está bien, lo prometí –contestó, confundido aún.

–Están trabajando. Los heridos no cesan de llegar y cada vez es peor. Es... Pero, cuéntame, por favor. ¿Qué pasó? ¿Cómo te hirieron? –Se detuvo de repente y se giró enfrentando su rostro–. ¿De verdad estás bien como para poder pilotar?

Adrien la interrumpió posando su dedo índice en los labios femeninos, y ese contacto hizo que Irène echara la cabeza hacia atrás como si la mano del hombre quemara.

–Tranquila –contestó–, fue una escaramuza en las primeras horas del ataque alemán. Derribé a un *fokker*, pero me dispararon y tuve que aterrizar como pude. ¡Ni siquiera supe dónde había caído el alemán!

–¿Y qué importancia tiene eso?

–¡Irène! ¡No me lo contabilizarán! ¡Estoy a un derribo de convertirme en un as! –Sacudió la cabeza al observar la mueca de incompreensión de la joven–. Es un reconocimiento que la prensa nos da a los pilotos cuando llegamos a las cinco victorias en el aire.

–¿Estás hablando en serio? –Irène señaló al exterior a través de la ventana–. ¿Sabes los hombres que se están muriendo ahora mismo aquí? ¿Cuántos lo están ya en las trincheras?

–¿Y crees que no lo sé, Irène? Pero ahí arriba es distinto. ¿No lo entiendes? Allí uno lucha avión contra avión, como si estuviera en una pelea callejera con

los puños. Hay más nobleza en el aire que en la tierra arrasada por los morteros. ¡Son estas cosas las que mantienen alta la moral de la gente! Y los periódicos así lo han visto. Por eso publican nuestras victorias.

–No hay nada de honorable en esta guerra, Adrien, ni siquiera en tu cielo – contestó ella con tristeza, aunque se mordió la lengua después, cuando se dio cuenta de que lo había herido.

–No puedo quedarme mucho tiempo –musitó él mientras daba vueltas a la gorra azul de su uniforme–, y no he venido para discutir, Irène. Quería hablar contigo. Quería... Quiero... Vamos a un sitio donde podamos hablar con tranquilidad, por favor.

Irène afirmó en silencio y lo guio hacia el exterior. Enseguida les envolvió el bullicio de ambulancias que llegaban y salían de allí por la carretera que desembocaba en el hospital, de los heridos que deambulaban por los alrededores esperando su turno para la evacuación y los lamentos de los que permanecían en las camillas intentando que no se olvidaran de ellos. La muchacha continuó caminando hacia la tapia medio derruida que delimitaba un huerto, en la parte trasera del recinto ocupado por los pabellones del hospital. El viento les trajo retazos de los incendios en las colinas del Mosa y se quedaron un instante observando el cielo, que se teñía de naranja al reflejar las llamas. En el rostro de Adrien se traslucían las emociones de quien no tiene nada que perder porque se va a enfrentar a la muerte y su destino es incierto. Irène nunca lo había visto así. Tenía los pómulos más angulosos y pequeñas arrugas bordaban sus ojos de miel. Había algo en su semblante que se había hecho más evidente desde que se separaron, una sombra, una herida... Pero en sus pupilas aún brillaba esa fuerza que ella deseaba tener cerca, aunque no estaba preparada. Todavía no. Las cruces de madera improvisadas salpicaban la explanada donde antes habían existido cultivos y se perdían en el valle. Dejó que su mirada vagara entre ellas, rehuyendo la de Adrien. No quería escucharle.

Entonces sintió cómo le rodeaba la cintura y la apretaba contra su cuerpo. Su mundo se puso del revés. Irène emitió un chillido de pánico. Negó con la cabeza y se desembarazó de él trastabillando hacia atrás. Lo miró sin verlo en realidad, con el terror ahogándolo todo.

–¡Tranquila, Irène! ¡Señor! ¿Qué te ocurre? ¿Qué...? Soy yo, Adrien. –Levantó las manos con las palmas hacia arriba y se separó de ella. Pero Irène ya no estaba allí, había vuelto a algún momento de aquella noche en la que el soldado Argoud la había secuestrado en su delirio, así que se acurrucó en el suelo con la espalda contra la madera y rompió a llorar. Adrien se agachó junto a ella y permaneció

en silencio hasta que los sollozos remitieron. No la volvió a tocar.

–Irène, mi amor... –intentó de nuevo. Ella levantó la cabeza y respiró hondo un par de veces. Volvía a darse cuenta de dónde y con quién estaba en realidad. Sus hombros aún convulsionaban por la inercia del llanto. El piloto le rozó la mano y ella se encogió de nuevo ahogando un gemido. Adrien se levantó y se apartó de su lado.

–No puedo controlarlo. –El pánico a que la dejara sola fue más fuerte que la angustia que la paralizaba e intentó explicarle qué le sucedía–. Cada vez que alguien me toca, yo... Me ahogo, me... –No podía contarle todo lo que su mente experimentaba en esos momentos.

Adrien hizo el amago de abrazarla, pero se quedó a medio camino y cerró los puños en el aire.

–¿Qué te sucede? ¿Seguro que nadie puede tocarlo?

–¿Qué quieres decir con eso, Adrien? –Irène abrió muchos los ojos sin comprender del todo lo que le preguntaba.

–Irène, yo... Yo te quiero. Lo único que deseo es que estemos juntos. Cuando acabe esta guerra... Mírame. Dime que estarás conmigo cuando todo esto acabe. Prométeme...

–¡No puedo prometer nada, Adrien! ¿Cómo... ? –Le surgió una risilla tan histérica como el llanto anterior–. ¡No sé lo que me pasa! ¿Qué tipo de promesa? ¿De qué te valdría una promesa que no sé si seré capaz de cumplir? Yo... Yo no lo sé. No estoy segura de nada. Quizá mañana estemos todos muertos y ya nada tenga sentido.

–Llevaría la esperanza de una vida juntos cada vez que volara.

–¡Maldita sea, Adrien! –casi gritaba–. ¿Qué quieres decir? ¿Que si no te lo prometo pilotarás sin esperanza? ¿Que si te pasa algo será culpa mía? ¿Cómo puedes...? –Se levantó con dificultad y Adrien la miró apretando los labios.

–No soy lo suficientemente bueno para ti, ¿verdad?

–¡No! ¡No es eso!

–¡Pues dime por qué no puedes darme lo que pido!

–¡Porque no sé si soy capaz! ¡Porque no sé lo que siento! ¡Porque ahora mismo ni yo me reconozco! –Tomó aire para continuar, pero Adrien la detuvo con un gesto de su mano.

–No hace falta que digas más. Creo que he malinterpretado tu cercanía hacia mí. –El piloto dio un pasó atrás e Irène negó de nuevo–. ¡Basta! ¡No quiero escucharte! No necesito palabras de consuelo. –Se dio la vuelta y comenzó a alejarse, pero se detuvo un instante para decirle–: Vuelve a casa con tu madre,

ponte a salvo.

–Sabes que no puedo hacer eso –musitó Irène.

Adrien cerró los párpados con fuerza y torció una sonrisa.

–Mira que eres cabezota. –Se metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó algo que lanzó hacia ella. Un objeto de color blanquecino cayó al suelo, entre los dos–. Tranquila, así no te verás en la obligación de tocarme. Si estás en problemas, utilízalo. Nos lo entregaron como parte del equipo, por si... Pero si soy abatido en vuelo no me va a salvar. Quédatelo.

Irène clavó la vista en el silbato de hueso engarzado en un cordón de color verde. Los soldados lo utilizaban para llamar a los equipos de rescate en caso de ser heridos. El silencio se cernió sobre ellos y los segundos se deslizaron despacio. Irène era incapaz de moverse y reducir el abismo que se había abierto. Adrien se replegó en su orgullo herido y tampoco hizo nada para acercarse. Cruzaron una última mirada y el piloto se alejó dejando a la muchacha inmóvil, hasta que lo perdió de vista. Luego, con un quejido, Irène se derrumbó contra la valla.

* * *

Se encontraron las tres en las escaleras de entrada del *château* como conjuradas por aquella luna desvaída que aún se mostraba tímida al atardecer e iluminaba con un brillo decadente los restos de la jornada. Una marea más desde las trincheras y los bosques, desde los pueblos bombardeados y las colinas heladas. Un día más de supervivencia.

Aquella petaca, que Berthe había encontrado y que ahora Shirley se encargaba de llenar con un aguardiente que les arrancaba toses y lágrimas por igual con cada sorbo, era su centro, el imán o la excusa para abandonarse durante unos minutos y no hacer nada. Las otras dos no sabían cómo conseguía la pelirroja cada día un poco de licor para compartir, y tampoco le preguntaban.

En el silencio del reencuentro tras horas en las que no se cruzaban, pero se intuían cada una en su puesto, como pequeñas ruedas que giraban en el engranaje del hospital, contemplaron las líneas oscuras de los pabellones y las tiendas. Sabían lo que estaba ocurriendo en cada una de ellas y suspiraban, a medio camino entre el alivio por no estar allí y la culpa. El suelo tembló por un impacto cercano y los vidrios de las ventanas vibraron por la onda expansiva, aunque aguantaron sin resquebrajarse. Las chicas se encogieron instintivamente durante un segundo.

Shirley solía hablar de lo que sucedía en el «Aqueronte» con aquel humor negro que había encontrado para enfrentarse a la muerte, y las otras escuchaban intercalando alguna anécdota de su trabajo. Incluso había lugar para alguna risa cuando se les ocurría un nuevo mote para sus compañeros. Todo terminaba con un brindis por los que nunca regresarían y se iban a dormir.

Pero aquella noche estaban extrañamente silenciosas. El sonido de los obuses parecía ocupar todo el espacio disponible para la conversación y el aire vibraba inquieto. Shirley se había ido del pabellón con la sensación de que había pasado por algo importante. Volvía una y otra vez a la urgencia con que la miraron aquellos ojos del soldado nuevo en el «Aqueronte» antes de perderse en la inconsciencia. Le había escuchado murmurar un nombre, pero no había prestado demasiada atención. Y ahora le reconcomía: ¿para qué estaba ella el frente del «Aqueronte», sino para dar importancia a las últimas palabras de los soldados?

Los motores de los aeroplanos alejándose del fuego hacia las bases dejaron una estela blanquecina en el cielo añil. A Irène se le llenaron los ojos de lágrimas y un fuego le recorrió la garganta; una llamarada gélida en la que se mezclaban la rabia y la vergüenza por lo sucedido en el cementerio. Ella no era así; era metódica, racional. Era una científica. Pero en ese momento solo se veía como una cría herida que había perdido cualquier referente. No entendía la actitud de Adrien cuando ella le estaba mostrando esa debilidad que había estado ocultando todo ese tiempo. Se sentía traicionada.

Berthe se mantenía con las dos manos cruzadas sobre el vientre, como si de esa manera pudiera protegerlo de lo que ya había sucedido, como si ese gesto negara la evidencia. Si cerraba los ojos, volvía a sentir las gotas de saliva de Billet cayéndole sobre el rostro mientras se liberaba dentro de ella, veía las manchas de sangre tatuando sus muslos, el semen y ese olor que la había marcado y que había intentado quitarse de la piel frotándola hasta herirse. Se miraba al espejo y no reconocía su mirada. ¿Quién era esa mujer asustada y frágil que temblaba en cuanto reconocía la figura del capitán moviéndose en el hospital como si no hubiera pasado nada?

–Debería... –titubeó mientras balanceaba su cuerpo adelante y atrás igual que cuando era niña.

Entonces una algarabía conocida cortó cualquier conversación. Gritos, lamentos, motores acelerados que tosían vaharadas de gasolina, el murmullo inconfundible de las botas marchando. Una remesa más de heridos, y era numerosa. Una voz se elevó sobre las demás lanzando las últimas noticias de la batalla en la ciudadela.

–¡El fuerte de Douaumont ha caído!

Y las palabras se fueron extendiendo como una mancha de aceite, cubriendo con un manto helado el ya inestable humor de los soldados, de los pacientes y de los sanitarios. Los reflejos rojizos de los incendios que habían visto durante la jornada en las colinas cobraron de repente otro sentido: ahora los intuían demasiado cerca, los temblores de la tierra eran más violentos, los sonidos abrumadores de la guerra hacían que sus corazones reverberaran en respuesta. Los alemanes estaban casi encima.

Un último sorbo de alcohol y corrieron a ocupar sus puestos en el hospital sin cruzar una palabra más. Sus vidas quedaban a un lado cuando otros las necesitaban, encerradas tras el nudo de los delantales. Esa marea de gente que se acercaba no era el resultado de uno de los ataques, era la evacuación de los puestos de socorro cercanos a Verdún, y eso significaba una cantidad de pacientes que no sabían si podían asumir.

Los destacamentos arrastraban las camillas llenas y las ambulancias atestadas avanzaban a ciegas hacia los edificios; el barro, blando por la multitud de pisadas, se quedaba pegado en las botas y las ruedas. Berthe intentaba localizar al hombre al mando de las columnas entre los uniformes apagados y los rostros grises para indicarle que debían ir hacia el pabellón de triaje, la sala «Virgilia», para identificar cada nombre y derivarlo donde correspondía, pero los soldados apenas le lanzaban una mirada cansada y ninguna respuesta. Todo lo que escuchaba eran lamentos por el fuerte Douaumont, frases de derrota y alguna exclamación de fe desesperada.

–¡Los zuavos acabarán con ellos! Esos negros nunca hacen prisioneros – escupió un soldado al pasar por su lado, refiriéndose a la división africana del ejército francés, famosa por su ferocidad. Berthe reprimió un escalofrío.

–¡No pasarán! –musitó alguien–. No pueden pasar.

Entonces sintió que la aferraban del brazo. Al girar quedó enfrente de una mujer joven vestida de oscuro, con un chal de lana sobre los hombros, como las campesinas de la zona. Dos niñas con una aureola de rizos encrespados coronando sus cabezas la miraban asustadas. El rostro en forma de corazón de la muchacha, surcado de marcas de un dolor reciente, reflejaba un cansancio que rayaba la extenuación y los ojos pardos brillaban desesperados.

–¡Por favor! ¡Usted sí! ¡Tiene que ayudarme! ¡Nadie me escucha!

Berthe lo hizo. No pudo desligarse de aquella mirada desolada y darle la espalda. Esa muchacha, apenas un poco más joven que ella, la necesitaba y su dolor no era menor que el de los soldados heridos. Las llevó a su habitación en el

château porque no encontró un lugar más adecuado. La campesina le dijo que se llamaba Lorraine. Miraba el interior de la casona entre maravillada y recelosa. Aunque dentro hacía un calor agradable, se cruzó el chal sobre el pecho en un gesto que Berthe interpretó defensivo. Solo relajó la líneas de su rostro cuando las tres sorbieron un poco de caldo y las gemelas se durmieron en la cama, acurrucadas la una en la otra como si tuvieran miedo de perderse durante el sueño. Solo entonces Berthe le pidió que hablara. Bajo la luz temblorosa del candil, la mujer le contó su odisea desde que huyeron de la granja, cómo dejaron atrás a Adele y a Emille porque esta se puso de parto y su promesa de buscar ayuda. Le habló de su marido, del que no tenía noticias. Prosiguió con la enfermedad de su madre al llegar a Glorieux y las atenciones de la doctora Girard, pero al terminar de hablar Lorraine rompió a llorar y se refugió en el regazo de Berthe. Ella se quedó en silencio mientras le acariciaba el cabello. «¡Cuántas heridas está dejando esta guerra! ¡Cuántas familias rotas y vidas deshechas!», pensó con rabia. Esa misma ira, esa rebelión contra la injusticia que la había llevado a tomar como camino el ejercicio de la enfermería, le hizo prometer a Lorraine que ella se encargaría de todo y salir de su habitación dejando atrás sus temores para llamar a la puerta del capitán Billet.

Capítulo XIX

La herida más dolorosa

Beaumont, 26 de febrero de 1916

Adele inspeccionó la herida de aquel soldado. Era complicada. Además de los fragmentos arrancados por la bala que habían convertido el músculo en una masa viscosa, la suciedad había penetrado hasta el mismo centro de la articulación. De ahí a que contaminara la sangre y el resto del cuerpo existía un paso demasiado fácil que dar, una barrera demasiado fina que cruzar. Adele no podía hacer mucho para ayudarlo, aunque utilizó todos sus conocimientos. Cuando se agotaban los recursos de la tierra, solo cabía esperar que esa insignificante vida tuviera un sentido en el destino que habían tejido los espíritus. Llamó a la Dama para que se fijara en él, era lo único que podía pedirle.

Se había acercado despacio al soldado para presentarse. Siempre pedía a los que solicitaban su ayuda que la miraran a los ojos antes de tratarlos. En ellos podía leer las debilidades y las fortalezas, y utilizar unas y otras en su beneficio. En los suyos vio que era un hombre sencillo enredado en una situación difícil. Estaba muy unido a la tierra y sus frutos, y lucharía por volver a ver a alguien indispensable en su vida. Eso la complació. Una vez hubo vislumbrado parte de su alma, le aplicó un emplasto de raíz de consuelda y tomillo. No había abandonado en la huida su bolsa de hierbas medicinales, que mantenía bien surtida. Antes, había tenido que abrir más la herida con la punta del cuchillo para poder retirar la mayor parte de los cuerpos extraños y lavarla con la poca agua que le quedaba después de saciar la sed de los cinco. Se había quejado, pero no perdió el conocimiento. Era buena señal. Si le dieran un poco de descanso y alimentos, lo conseguiría. Los otros dos hombres habían salido a buscar algo para comer y más agua aprovechando el manto nocturno. Y aunque la *sorgina* esperaba que no regresaran, un último pensamiento de rebeldía hacia su destino, sabía que volverían.

Adele decidió que le encomendaría la vida de sus pequeñas al soldado herido. Fue por el reloj de Emille. Lo descubrió entre las manos masculinas mientras le vendaba el hombro recién curado con un trozo de tela limpia. El objeto centelleaba a la luz del cirio que mantenía encendido cerca. Estaba abollado. Alguien había borrado las iniciales de Emille en la guarda y añadido otras encima raspándolas con algo afilado, pero era el que su marido había encargado cuando nació la niña y que le había entregado cuando se hizo mujer. De eso estaba segura. Todo estaba escrito y todo acababa cumpliéndose. Entendió entonces la decisión que tomó su pequeña de entregarle el reloj al padre de su nieta aunque supiera que jamás iba a volver a verle. Tal y como había visto, jamás regresaría de las trincheras, al igual que el esposo de Lorraine. La Dama tenía un curioso método para recordarle que le había entregado un don al entrar a su servicio, pero también una maldición. Confió en la señal que se le enviaba, al igual que hizo Emille en su momento. Si el reloj le había sido mostrado en las manos de aquel hombre, es que iba a jugar un papel en el destino tejido por Mari.

Sébastien, así le había dicho que se llamaba, se dio cuenta de que ella se había quedado absorta en el reloj que manipulaba con los dedos de la mano derecha.

—Se lo quité a un alemán. Así no necesitaré de las estrellas para saber qué hora es —gimió cuando la faja de tela le apretó la herida—. Un trofeo de alguien que quería matarme. ¿Despreciable?

Adele fue consciente de que le pedía su aprobación. Sacudió la cabeza.

—Todo en la guerra es despreciable. —Cerró los ojos durante un instante—. En todo caso, ese reloj ahora es suyo, y como tal debería marcarlo. No está bien que aparezca el nombre de otra mujer, ¿no le parece?

Sébastien la miró en silencio y asintió, apretando la mandíbula. La fiebre le enrojecía las mejillas y cubría sus ojos con una película acuosa.

—Entonces necesitaré su ayuda para hacerlo. Dudo que pueda sostener la navaja.

Adele sopesó las palabras que debía decirle. La vida de su hija iba a depender de ello y la esperanza de que todo saliese bien era demasiado frágil.

—Prométame que no la abandonará. —Señaló a Emille con la barbilla—. Aunque parezca lo contrario, mi letra es muy bonita y mis dedos certeros. Júreme que protegerá a mis niñas y yo grabaré el nombre que desee en la guarda, y aún más —susurró las últimas palabras y su entonación se tornó oscura—: me encargaré de que el reloj llegue a esas manos y de que *ella* lo reconozca cuando sea el momento.

Sébastien aceptó y balbució dos palabras, aunque Adele no supo si se encontraba lo suficientemente centrado como para entender lo que le pedía y la promesa que le ofrecía. La fiebre le estaba hundiendo en su sopor. Debía intentarlo, así que se concentró en el reloj para prepararlo, para que cumpliera el cometido en el que había pensado con la ayuda de Mari. Hendía la punta de la navaja en el metal cuando otra premonición le hizo cerrar los ojos en un gesto doloroso. Adele supo lo que le iba a ocurrir a ella, pero no hizo nada por evitarlo. ¿Para qué? Lo que estaba escrito no se podía cambiar y ya había percibido que su fin estaba cerca cuando se despidió de Ixion y de la doctora Nicole. En aquella ocasión, el cómo no le fue revelado, aunque en aquel lapso lo vio todo con claridad.

Pese a que siempre había sido una mujer valiente, tembló por dos razones. La primera, por el dolor. Esperaba no sufrir demasiado. Sentía los huesos tan frágiles a su edad que creía que con cualquier golpe se convertirían en polvo. Al fin y al cabo, así acabaría de todos modos, pero temía el proceso. La segunda, por abandonar a su hija y a aquel bulto que maullaba como un gato y que se podía convertir en su nieta si sobrevivía. Aún no podía asegurarlo, había colocado su cuerpo tibio contra la piel de su madre con la boca diminuta sobre el pezón para que no tuviera que moverse al mamar y así ahorrar energía. Luego había enrollado el pañuelo que le cubría la cabeza alrededor de los dos cuerpos, madre y bebé, carne contra carne, como si la pequeña aún estuviera dentro del vientre. Emille le había dicho que sentía cómo la niña tironeaba del pecho y que este empezaba a estar caliente y tenso. Cada minuto que seguía respirando era una batalla ganada. Tenían una oportunidad, pero ella no estaría allí para saber si lo conseguirían o no. Y ese era un dolor distinto, más profundo que el físico.

En aquellos segundos que se deslizaron perezosos por la pared del sótano antes de lo inevitable, con el alba despuntando a través de los ventanucos a ras de suelo e iluminándolos con su aura dorada, esperó no haberse equivocado al curar al soldado herido y depositar todas sus esperanzas en su ayuda. Había sentido que alguien velaba en otra parte por él, y eso era lo que la había decidido.

La *sorgina* depositó el reloj en el suelo con cuidado justo antes de que los dos hombres llegaran al refugio sin haber conseguido víveres, antes del forcejeo con aquel soldado de mirada enloquecida, antes de que le arrebatara la bolsita de paño en la que guardaba todos sus ahorros y la empujara hacia atrás, antes de escuchar el crujido de su cráneo contra la pared por donde se le habían escurrido aquellos últimos segundos de conciencia, antes de que la hemorragia lo ocupara todo cuando los vasos sanguíneos del lado derecho de su cerebro estallaron,

antes de hundirse en esa negrura de la que no volvería jamás. Y aquel objeto dorado quedó tendido en el suelo junto al soldado al que había curado, con dos palabras grabadas en su guarda. Le dieron ganas de insultar a Mari por ese camino enrevesado que le ofrecía para salvar a su hija, pero no le dio tiempo. Lo último que apareció en su mente fueron las letras que había arañado en el metal con la punta de la navaja, aprovechando esos últimos instantes, las dos palabras que el soldado murmuró. Un deseo, una única oportunidad: Berthe, Sauvignon.

* * *

Emille estaba acurrucada en el rincón más alejado mientras los dos hombres discutían. Todo su ser estaba vacío, se había convertido en un agujero por el que se vertían las imágenes y los recuerdos de su madre: el olor de su piel, los distintos tonos de su voz al pronunciar su nombre, esa luz que desprendía. Ya no estaba. Ya no la sentía.

Había visto cómo su madre caía en el forcejeo y la sangre que se escurrió por la pared hasta manchar el suelo. El dolor en su vientre se había transformado en una ira tan inmensa que se había levantado dispuesta a matar al soldado. Pero la niña que llevaba envuelta en su pecho se removió inquieta y maulló contra su piel mientras se aferraba al pezón con sus dedos diminutos. Se quedó quieta por ella, y de la ira pasó al dolor. Permaneció inmóvil en un rincón con el alma en llamas y aquel bocado que le faltaba a sus entrañas. El hombre que había asesinado a Adele para robarle estaba contando las monedas del saquito de paño y ahora profanaba su cadáver desmadejado buscando otros escondrijos entre la tela del vestido. Con los pechos al descubierto, la falda levantada hasta la cintura y los ojos abiertos, su cuerpo parecía gritar de impotencia ante el ultraje y Emille se mordió el labio para no insultar al tipo. Ahora debía proteger a su hija, por su madre ya no podía hacer nada. El aura de Adele, la *sorgina* de la diosa Mari, de la Dama de las montañas, se había extinguido y el mundo era ahora más gris, pero Emille no podía abandonarse al luto como lo haría en otras circunstancias. El asesino de su madre estaba apenas a tres metros de ellas.

–¡Joder! ¡No tenías que matarla! ¡Por el amor de Dios, era una anciana! –El hombre rubio que le había dirigido unas palabras amables tras el parto de la pequeña recorría la estancia de pared a pared a grandes zancadas, pasándose la mano por el cabello una y otra vez en un bucle sin fin.

–¿Has olvidado que somos desertores? ¿Cómo crees que saldremos de este puto infierno sin dinero para movernos? –contestó Jacques sin detener su

registro.

–No creo que con el caos alguien se dé cuenta de lo que hemos hecho.

–Ah, ¿no? ¿Y si ha sobrevivido alguien del bosque de Caures y nos reconoce? Llevamos los uniformes de los cazadores alpinos. Eso nos delata. Aunque todo se puede comprar: el silencio, un pasaje para volver a París... ¿No quieres volver a París, Philippe?

El otro hombre se detuvo junto al herido y se acuclilló.

–¡Joder! ¡Joder! ¿Qué hemos hecho, Sébastien? ¿Cómo puedo sacarte de aquí? El asesino fue tajante.

–No puedes. Su huida con nosotros acaba aquí. –Jacques se levantó y contempló el cuerpo tendido en el suelo–. Esta vieja no tiene nada más.

–¡No voy a abandonarle! ¡Es mi amigo! ¡Es mi hermano!

Sébastien gruñó en sueños como en respuesta a esa afirmación y el otro se carcajeó.

–¡Pues que seáis felices juntos, tortolitos! Pero yo no voy a morir de sed en este sótano. Me voy ¡ya...! Y me llevo el dinero. No creo que dures mucho con un moribundo y una recién parida auestas.

Entonces pareció darse cuenta de algo y clavó la mirada en Emille. Una mirada fría de quien ya ha cruzado la línea y no tiene nada que perder. Esta recogió las rodillas sobre el pecho y protegió el cuerpo fajado de la niña con sus brazos. El corazón se le desbocó.

–¿Y tú? ¿Llevas algo de valor encima? –Se acercó a ella. La pequeña lanzó un vagido y comenzó a mamar. Emille apoyó la espalda contra la pared y tensó las piernas, preparada para levantarse si era necesario y luchar. Si aquel hombre pensaba que era una cría desvalida le iba a demostrar lo contrario. Era una loba protegiendo a su cachorro. Mordería si hacía falta.

–¡Por el amor de Dios, Jacques! Tan solo es una chiquilla, ¡déjala en paz!

–No me la voy a tirar, Philippe, solo se lo estoy preguntando amablemente. Creo que será más inteligente que su madre y pensará en el bienestar de ese recién nacido, ¿verdad?

Emille le sostuvo la mirada. La piel se le pegaba a los huesos del rostro por la deshidratación. Dos surcos violáceos enmarcaban sus ojos, pero la sonrisa que lucía mediante los labios blanquecinos era acerada. La ira estalló en el cuerpo de la mujer e hizo que cada músculo se tensara como la cuerda de un arco.

–No tengo nada –se obligó a contestar–. Ya me has robado lo más valioso.

–No me guardes rencor, pequeña. Era cuestión de vida o muerte, y prefiero apostar por mi supervivencia. Quítate la ropa y demuéstreme que no llevas nada

escondido.

–La niña necesita calor. No voy a hacerlo.

Jacques volvió a reírse y el sonido fue como una bofetada.

–¡Oh, sí! Sí que lo harás.

Entonces sucedieron dos cosas simultáneamente. El hombre alargó el brazo hacia Emille al mismo tiempo que Philippe se abalanzaba por su espalda para impedirlo.

La mujer clavó los dientes en la muñeca desnuda de su atacante cuando tuvo la oportunidad y Jacques soltó un alarido al sentir cómo el mordisco le desgarraba la carne. Entonces trastabilló hacia atrás y chocó con Philippe. Este cayó al suelo por el impacto, se golpeó con la base de la imagen de la virgen y quedó sumido en la inconsciencia.

–¡Hija de puta! –chilló Jaques sujetándose la mano, por donde fluía un hilillo de sangre–. ¡Estás muerta!

Emille se preparó para recibir el golpe aovillándose para proteger a su hija, pero tan solo escuchó un gemido ahogado y el crujir de la madera cuando un peso cayó al suelo.

Al abrir los ojos, Sébastien estaba frente a ella y, a sus pies, el cuerpo de Jacques se ahogaba en un estertor de sangre. El mango de un cuchillo sobresalía de su cuello.

–Le prometí que cuidaría de ti –musitó Sébastien entre dientes.

Baleycourt, 26 de febrero de 1916

Lorraine Bertrand recorría el *château* mientras se volvía loca por la espera. Vagaba por los pasillos para no estar en la habitación de la enfermera Hinault y que las gemelas no le preguntaran otra vez por qué madre no estaba con ellas, por qué la habían dejado con la doctora Nicole en Glorieux y por qué la *sorgina* y Emille no habían llegado aún a Baleycourt. Ya había tenido que mentirles demasiadas veces.

No les había contado que madre había contraído las mismas fiebres que se habían llevado a Ixion y a gran parte de los soldados destinados en Verdún. La doctora Nicole se había hecho cargo de su situación, pero no podía ayudarlas del modo que hubiera querido. Habilitó una cama para la anciana y le prestó los cuidados que pudo. A las gemelas y a ella las alojó en su habitación mientras tanto, pero a Lorraine le reconcomía la sensación de que se les acababa el tiempo, de que el fin de todo se acercaba, inexorable, y ella era incapaz de hacer

algo bien. Intentó buscar a su esposo en Glorieux mientras esperaba una mejoría de su madre que no llegaba, así no se sentía tan inútil. Había paseado entre las hileras de enfermos infecciosos con el consentimiento de la doctora, tapándose la boca y la nariz con un pañuelo empapado en alcohol, escuchando los delirios y los gemidos, escudriñando los uniformes destrozados. Luego se reunía con las gemelas, que se quedaban en la habitación jugando con *Dun*, y les mentía contándoles que madre estaba recuperándose. Pero la verdad es que ni siquiera la reconocía, había dejado de rezar y se limitaba a respirar cada vez más trabajosamente. La muchacha supo que había dejado de luchar y que no le interesaba lo que ocurría a su alrededor. A Lorraine le rebulló la sangre por la impotencia y le dieron ganas de sacudir a su madre por los hombros y gritarle que tenía dos hijas pequeñas a las que cuidar, que no fuera tan cobarde de dejarla sola. Antes del bombardeo, se había evacuado por tandas a los pacientes, aprovechando que el cielo había dado una tregua de los aguaceros con los que se estaba deshaciendo, pero había enfermos que no se podían trasladar. En ese último grupo había entrado su madre. Lorraine lo supo desde el principio.

La orden de evacuación completa se había decidido tras una noche sin luz. Los bombardeos del día anterior destruyeron los generadores, y los sanitarios, los enfermos que podían moverse, las niñas y ella se acurrucaron en la cocina de campaña en torno al fuego sorbiendo un caldo caliente para alejar los malos presagios en compañía. Los capitanes llegaron al puesto de Glorieux desde las líneas de trincheras derrotados y con el miedo apremiando sus gestos. Todos debían irse. Los puestos de socorro de los alrededores de Verdún se replegaban hacia Baleycourt porque los alemanes habían tomado la colina de Belleville, la última antes de llegar a las fortificaciones. La doctora Nicole se había acercado a Lorraine con el semblante serio y decidido. Le contó que ella se quedaría con los enfermos más graves; era la oficial de menor rango y ese era su deber para con el ejército y sus pacientes. El resto debía irse, Lorraine y las gemelas incluidas. La decisión de dejar a su madre atrás sumó otra herida a las que ya acumulaba, pero debían continuar y quizás en Baleycourt le prestaran la ayuda que necesitaba. Se despidió de su madre con un beso en la frente arrugada y marchita. No se movió y ella se tragó las lágrimas y la rabia. La doctora Nicole se despidió de todos con un gesto. Su figura uniformada se recortaba contra el cielo sobre la colina, el rostro tenso y los labios apretados en una mueca que pretendía ser valiente. Los aullidos lastimeros de *Dun* les acompañaron hasta el recodo del camino. Glorieux había desaparecido de su vista y les esperaba un destino incierto.

En ese momento, Lorraine no estaba cerca de cumplir ninguna de sus

promesas. Avanzó por el pasillo del primer piso del *château*. El tiempo, que a ella le parecía lento en su transcurrir, era un verdugo para los que no estaban al abrigo de aquellas edificaciones. Conseguir ayuda para salvar a Emille y a su madre cada vez le parecía más imposible. El rescate dependía de unos hombres con otras responsabilidades a sus espaldas. Había rogado ayuda a la enfermera Hinault y el resultado la sumía en una inquietud diferente. La noche de su llegada, Berthe le dijo que hablaría con el capitán Billet de su situación y la de sus amigas. Le prometió que ella se encargaría de todo y salió de la habitación para hacerlo en ese mismo momento, pero cuando volvió a entrar, horas después, Lorraine supo que había pasado algo malo. Tanto, que no se atrevió a preguntar y solo pudo hacer conjeturas en su mente, a cual más terrible. Era observadora y, a pesar de ser una campesina, conocía el mundo en el que vivía y la vileza que a veces campaba por él. Vio las señales. La enfermera se había marchado con una mirada que ardía de determinación, la barbilla en alto y los labios apretados, pero había regresado con los ojos vacíos de brillo, un temblor fino en las manos y la boca tumefacta. Entró sin mediar palabra y se sentó frente al pequeño espejo de la habitación, ausente. Se arregló el uniforme y volvió a sujetarse el cabello rebelde en un moño. Lorraine observó, por el rabillo del ojo, unas marcas rojizas que cubrían el cuello pálido. Solo después de rehacer su imagen pudo hablar. Berthe le aseguró que las niñas y ella podían quedarse hasta que pudiera hablar con los oficiales al mando de los destacamentos de infantería para el rescate. Las palabras salieron de su garganta con dificultad y fue incapaz de mirarla a la cara. Esa noche, las dos la pasaron en vela y la enfermera no se quitó el uniforme, como si de ese modo estuviera protegida de algo o de alguien. Desde ese día, Lorraine evitaba al capitán Billet y lo que intuía que había sucedido entre los dos era otra muesca en su alma.

Se detuvo en lo alto de las escaleras que bajaban al piso inferior y pensó en qué hacer. Los sanitarios de Baleycourt se alojaban en una casa señorial muy diferente de la granja en la que ella se había criado. Rozó con los dedos los regios muebles, ahora reconvertidos en almacenes improvisados de frascos y tendedores de vendas puestas a secar. Desde la cocina subía el vapor de las ollas: unas con material quirúrgico que no se podía esterilizar de otra forma; otras para alimentarles a todos con las escasas provisiones que tenían. Incluso por eso se sentía culpable. Por lo menos, en Glorieux, había podido ayudar a la doctora Nicole buscando madera seca para la estufa y cocinando, pero allí no. Tres bocas más que alimentar y ellas no eran ni soldados ni sanitarios, como se había encargado de remarcar aquel médico de bigote raquíptico, hasta que la enfermera

Hinault le dijo que contaba con el beneplácito del capitán Billet. Lorraine percibió cómo a Berthe le dolía pronunciar ese nombre, y a ella se le revolvió el estómago al pensar en lo que callaba. Se encontraba fuera de lugar, sin saber por qué el destino jugaba con ella de ese modo, por qué todo aquel que se le acercaba acababa pagando por algún pecado que ella desconocía. Necesitaba algo a lo que aferrarse. Necesitaba a su esposo más que nunca. Un escalofrío conocido le recorrió la espalda desde la nuca. La sensación de no estar en el lugar correcto, de llegar tarde a una cita. Alguien la llamaba y ella lo estaba ignorando. Pero era incapaz de reconocer quién lo hacía y por qué, como si se hubiera hecho de noche y no tuviese luz con la que orientarse. Ese presentimiento la impelía a vagar por los pabellones escudriñando las miradas bajo los vendajes, las manos que sobresalían de los camastros, las voces que se lamentaban o gritaban. Atenta a alguna señal conocida, un tono familiar, un brillo en los ojos que le dijera que había encontrado por fin a su amado y que estaba vivo. Debía moverse, seguir buscando.

Se apoyó contra la pared y respiró durante un momento. Entonces escuchó las voces.

—¿Me vais a contar qué os pasa a las dos?

Lorraine se acurrucó en la esquina. No quería que pensaran que estaba perdiendo el tiempo curioseando mientras todos se jugaban la vida fuera. Era la voz de la señorita St. John, la VAD que se encargaba del pabellón de desahuciados y cuyos dominios aún no se había atrevido a traspasar. Berthe Hinault se rio, pero en la carcajada no había humor.

—¿Que estamos en guerra, *milady*?

—Podéis ponerlos a la defensiva. Sí, Irène, tú también aunque no hayas abierto la boca. Sé que os pasa algo y os sonsacaré gracias a mi petaca mágica.

Lorraine vio desde su escondite cómo la pelirroja sacaba del bolsillo de su delantal un objeto metálico, abría el tapón y se lo acercaba a los labios. Su garganta dibujó una ola al tragar.

—Bien, una confesión por un trago de licor, cortesía de un soldado de infantería que ya no podrá disfrutar de él. Yo empiezo. Sigo jodidamente enamorada del caporal Briand y brindo por lo hijo de puta que fue conmigo.

—¡Shirley! —La señorita Curie la miraba escandalizada—. ¿Desde cuándo hablas así?

—Desde que soy una desheredada que coqueteo con la muerte y sigo soñando con Alain. ¡Salud! Os toca a vosotras. Una confesión, un sorbo.

Irène le arrebató la petaca. Se sentó en el suelo y dio un trago muy largo.

Luego suspiró y se echó a reír.

—¿Por qué no? Racionalmente no lo he solucionado, así que... —Se encogió de hombros—. Desde que el soldado Argoud me secuestró y me hirió el cuello, no soporto que nadie me toque. Es tan irracional —continuó con esa carcajada histérica— que me da vergüenza contarlo. Ya no aguanto más. Me estoy volviendo loca. ¿Admitirán a locas en La Sorbona cuando acabe la guerra?

—¡Tú no estás loca! Eres la mujer más inteligente que conozco —repuso Shirley, y su mano avanzó hacia el brazo de Irène, que se apartó de ella con una mirada pesadosa—. Se te pasará. Estoy segura.

—He visto muchas cosas en estos dos últimos años —repuso Berthe—. Soldados petrificados que no hablaban después de un ataque, hombres que se hirieron a sí mismos para huir de las trincheras, otros que escuchaban voces de compañeros muertos... ¿Quién se atreve a decir quién está loco y quién no? Es esta puñetera guerra. Cuando acabe podrás volver a casa y te curarás. Tienes una familia que te quiere, señorita Curie. Sin embargo, yo...

—Tú tienes a tu prometido.

La señorita Hinault apartó la vista y se quedó mirando durante un instante al infinito. El silencio que cayó entre ellas pareció asfixiar el ambiente y acercar las paredes del *château* hasta convertirlo en algo muy pequeño. Luego Berthe cogió la petaca y bebió de ella durante un lapso interminable.

—No me merezco a Sébastien. Si supiera lo que Billet y yo...

—¿Estás con Billet, Berthe? —Shirley frunció el ceño con extrañeza y aferró la mano de la enfermera para apretársela—. Bueno..., esas cosas pasan.

—¡No! ¡No debí permitir que pasara! ¡No debí permitirle hacerlo! ¡Me da asco! —Se le llenaron los ojos de lágrimas y se zafó del contacto al levantarse mientras se abrazaba el vientre—. ¡Ojalá no lo hubiese conocido! ¡Ojalá pudiera borrarlo de mi mente!

—¡Berthe! ¿Qué ha pasado? ¡Berthe! —la llamó Irène en vano al ver cómo la mujer salía corriendo del *château*.

Por la puerta abierta se coló una ráfaga de aire helado que hizo titilar la luz de los candiles. Tras un momento de vacilación, las dos muchachas se cerraron los chales y fueron tras ella. Lorraine se quedó en lo alto de las escaleras sin atreverse a bajar. Si volvían a entrar se encontraría en una situación incómoda. Entonces escuchó un ruido ligero que provenía de la cocina. Una figura cubierta por un delantal de cirujano manchado de sangre surgió desde las sombras. El hombre se quedó mirando por una de las ventanas que daban al exterior mientras apretaba los puños. Lorraine supo quién era y se estremeció.

Glorieux, 26 de febrero de 1916

Nicole Girard suspiró mientras abría y cerraba las manos. Le dolían por haber arrastrado las camas vacías a modo de parapeto contra las ventanas rotas. La noche anterior habían tenido que agrupar a los pacientes en torno a la única estufa de leña que funcionaba para que tuvieran algo de calor. Al alba, había preparado un guiso y, aunque dudaba de que alguno de sus pacientes pudiera comer, los dos camilleros y el secretario con los que se había quedado en aquel puesto cercano a Glorieux no habían perdido el apetito. También esperaba a su conductor, Fouquet, que llegaría cuando finalizara la última evacuación. La doctora Nicole le había ordenado realizar todos los viajes que pudiera sin perecer en el intento, y durante treinta y seis horas condujo sin parar por los caminos embarrados, sorteando los obuses que caían a su alrededor. Esos mismos obuses habían destruido la línea de ferrocarril que utilizaban para trasladar a los soldados hacia los hospitales de tercer nivel. Eso les dejaba aquella ambulancia destartalada como único medio de transporte para salir de allí. Desafortunadamente, quedaban nueve pacientes a los que no se podía mover. Su estado era tan grave que significaría su muerte. Se removían ligeramente con el ruido ensordecedor que había roto los cristales de la casa que estaban utilizando, pero eran ajenos a todo lo demás. Era poco lo que podía hacer por ellos. Los había aseado y les había aplicado unas gotas bajo la lengua de la mezcla que aquella campesina le había dejado cuando la preparó para su hijo moribundo. Le quedaba poca cantidad y quería guardar algo como último recurso. El sulfato de morfina ya se había acabado hacía días y no habían recibido más suministros, así que confiaba en que surtiera el mismo efecto que con aquel muchacho. *Dun* se puso a dos patas y le lamió el brazo desnudo. Iba a convertirse en un perro enorme. Acarició su espeso pelaje color miel, agradeciendo en silencio aquel regalo que le hizo llegar su hermano para aliviar la soledad.

—Ya quedamos pocos, ¿eh, pequeño?

Estaba cansada, pero lo peor era la incertidumbre de lo que estaba pasando ahí fuera. El mayor médico Mignon había regresado a la ciudadela para coordinar la defensa de Verdún tras ordenar la retirada de los efectivos sanitarios e ignoraba qué había sido de los destacamentos que aún mantenían sus posiciones. Los bombardeos no habían cesado y cada vez eran más cercanos. El cielo rojizo de febrero que ella siempre había admirado ya no le saludaba por la mañana. Ahora estaba inundado de artefactos extraños: aviones con sus ametralladoras y zepelines, globos que parían retoños explosivos. Las columnas de humo negro avanzaban inexorables hacia ellos. Nicole dudaba que quedara alguna zona

boscosa intacta. Observó a los soldados que languidecían sobre las camas y rezó para tener la valentía de actuar cuando fuera el momento.

Entonces escuchó el motor de la ambulancia por el camino que bajaba hacia la colina La Chaume y los ladridos de *Dum* le confirmaron que llegaba Fouquet. Salió a recibirle justo cuando el conductor bajaba y se sacudía el polvo del uniforme con desgana. No sabía cómo aquel hombre de cabello cano y hombros echados hacia delante, como si soportara algún peso en silencio, aguantaba el ritmo de viajes hacia Baleycourt que le había impuesto. Gracias a su labor sin descanso, los pacientes de Glorieux se habían reducido a nueve. El resto iba a bordo del tren de evacuación, camino de algún hospital más grande lejos del frente. Tendría que obligar a su compañero a dormir unas horas.

–¡Señorita Girard-Mangin! –le habló con un tono de voz que rebatía su apariencia cansada–. ¿Se acuerda del bombardeo de ayer por la noche?

Nicole asintió con la cabeza. Había temido que los alemanes hubieran logrado cruzar la barrera francesa y cayeran sobre ellos en las horas de oscuridad.

–Disparaban contra los sanitarios que acudían a rescatar a los heridos del día –continuó el conductor–. ¿Se imagina? Ya no hay honor. Tres ambulancias han desaparecido en los alrededores de Douaumont. Muertos o prisioneros. Yo me decanto por lo primero.

Fouquet tenía una manera muy directa de plantear las cosas y por eso a Nicole le gustaba. No daba rodeos ni buscaba dobles sentidos.

–Si los alemanes están tan cerca –contestó la doctora–, debemos prepararlo todo para abandonar Glorieux definitivamente. –Echó un vistazo a las camas ocupadas–. Aunque esperaré hasta que nos den la orden para salir de aquí. No puedo abandonarles.

–Esa es mi chica –sonrió Fouquet.

Si el comentario lo hubiera realizado otra persona, Nicole se habría sentido incómoda, pero no con él.

–Vamos dentro, Fouquet, le invito a un plato especialidad de la casa.

–Déjeme adivinar... ¿Patatas?

Nicole se rio y pensó que lo había echado mucho de menos. Sus viajes habían reducido los momentos de camaradería entre los dos y la doctora necesitaba esa complicidad diaria con alguien.

A mediodía tuvieron unas horas de tregua, pero el silencio les pareció más peligroso que los truenos constantes con los que vivían. La calma que precedería a la tormenta, el paréntesis antes del punto final. Nicole se levantó, nerviosa, y ordenó a los camilleros que prepararan las provisiones y el material médico para

un posible traslado. Ella evaluó de nuevo a sus pacientes. Acarició sus frentes febriles mientras se las humedecía con un paño. Luego restregó sus manos con un poco de solución de Dakin. No podía hacer mucho más. Tifus, meningitis... Las enfermedades infecciosas se habían extendido como la pólvora en el recorrido de las trincheras: piojos, pulgas, aguas estancadas, ratas. La higiene, incluso en esa situación precaria, era esencial.

Los obuses comenzaron a estallar y el cielo se oscureció de nuevo a media tarde. Cuando cayó la noche, ocurrió lo que Nicole más temía. Los motores rugieron en la entrada y crearon sombras extrañas con los faros encendidos. Salió a recibirlos con una lámpara de parafina que parecía insignificante, como ella. Se habían quedado sin generador dos días antes. Los hombres del mayor médico Mignon salieron de las ambulancias con la urgencia del que huye. Traían soldados heridos por la última ofensiva y noticias que se abatieron sobre Glorieux como un aguacero temido y a la vez esperado. Al propio Mignon le sacaron de uno de los camiones, tendido sobre una camilla cubierto de barro.

–Estaba enterrado vivo –le explicó uno de los camilleros con voz histérica–. Se le derrumbó uno de los parapetos de tierra con una explosión y tuvimos que excavar para sacarlo de allí.

Nicole le tomó el pulso. Era bastante débil e irregular. Con la noche helada y el barro sobre la piel, la temperatura corporal había bajado demasiado. Ordenó que lo trasladaran a su propia habitación y que calentaran agua en la estufa. Le quitó el uniforme empapado. Apenas respiraba. Sumergió su cuerpo azulado en agua caliente y comenzó a frotar con todas sus fuerzas. A pesar de la noche fría, Nicole comenzó a sudar. Algunas zonas de la piel volvían a sonrosarse y eso le dio esperanza para continuar con aquellos movimientos vigorosos. Le dijo a Fouquet que le ayudara a tenderlo sobre su cama. Lo secaron con rapidez y lo taparon con mantas. Nicole preparó una inyección de aceite alcanforado y se la administró sin vacilar. Esperaba que ayudara al corazón a latir con más fuerza. Se lo confió al conductor para que vigilara su estado y salió a atender al resto de los heridos. Habían aparcado las ambulancias con las luces encendidas enfocando las ventanas de tal modo que iluminaran dentro del barracón. Improvisaron un quirófano con el material que habían embalado durante la tarde y la doctora comenzó a operar a los heridos. Fue una noche larga.

De los cincuenta hombres que atendió la doctora Nicole aquella noche tan solo sobrevivieron la mitad, incluido el mayor médico Mignon, que fue capaz de contarle lo sucedido al romper el alba. La mujer se había sentado junto a su cama con una taza de coñac que había calentado sobre la estufa. Lo guardaba para los

momentos difíciles en su baúl y creía que esa noche se lo había ganado. Además estaba helada y, aunque cansada, los párpados se negaban a bajar por la sobrecarga de adrenalina.

–Cuénteme la situación, mayor –le pidió–. Con sinceridad.

El hombre aún tenía un tono de voz apagado y temblaba ligeramente, pero había recuperado parte de su aplomo durante el tratamiento. Había exigido que le trajeran un uniforme de donde fuera y vestía uno gastado de algún soldado que ya no lo necesitaba. Se había vuelto a tapar con las mantas.

–Nos hemos ido. Es lo que le puedo decir. La línea entre Louvemont, Fleury y Bras pronto caerá si no llegan los refuerzos. El fuerte de Douaumont ya está en sus manos y se está luchando en el pueblo. No podemos mantener ningún puesto de socorro tan cerca de Verdún. Tenemos que abandonar todo esto ya o estaremos de nuevo bajo los obuses.

Nicole asintió. Trasladaría a los que tuvieran alguna posibilidad y a los otros les tenía preparada una dosis letal del preparado de aquella mujer. La recordó por un instante, como a Lorraine Bertrand y a sus hermanas. Sacudió la cabeza con pesar y parpadeó para alejar la humedad de sus ojos. Buenas y leales mujeres atrapadas en la línea de fuego. Esperaba que Lorraine y las gemelas se hubieran puesto a salvo tras salir de Glorieux. La anciana Bertrand era uno de los pacientes que dejaría atrás, pero cumpliría la promesa que le hizo a su hija. No sufriría.

Las columnas de supervivientes abandonaron el puesto de Glorieux y Nicole lo preparó todo para irse en la ambulancia con Fouquet como conductor. Acomodó a los cuatro enfermos en la caja del camión con mantas dobladas a modo de habitáculos para que el traqueteo les afectara lo menos posible. El trabajo la distraía del recuerdo de los pacientes que dejaba atrás. Ninguno se había quejado o removido cuando les administró el preparado, estaban demasiado enfermos para eso, pero a ella se le había antojado que el silencio que reinaba en el pabellón era una recriminación por su comportamiento. Los abandonaba. Se subió al vehículo y *Dun* saltó a sus pies.

–No podremos ubicar a nuestros pacientes en Baleycourt, Fouquet. Estarán sobrepasados con los quirúrgicos y no aceptarán infecciosos, pero deberíamos parar un momento para que nos den medicamentos y algo de comer, ¿no le parece?

–Como usted ordene, doctora. A ese perro suyo no le vendría mal tampoco comer algún hueso con algo de carne.

–No creo que en Baleycourt les sobre comida para los perros –contestó la

doctora con una sonrisa mientras el sonido del motor se traducía en una suave sacudida al ponerse en movimiento—.  Espera, Fouquet!  Mira!

El conductor pis  el freno al ver lo que le señalaba Nicole. Un hombre ensangrentado arrastraba los pies por el camino que bordeaba la colina de La Chaume, un trazado que recorría el perímetro de las murallas de la ciudadela de Verdún sin adentrarse en las calles. Estaba malherido y con el uniforme hecho jirones. La doctora frunció el ceño cuando se bajó del cam n y fue a su encuentro. Era uno de los cazadores alpinos que, según se contaba, habían sido masacrados en el bosque de Caures. El hombre estaba solo. Cuando llegó a su altura, las rodillas le flaquearon y cayó al suelo. Fouquet acudió en su ayuda. Parecía tener varios huesos rotos, por la deformidad en la clavícula y la posición anómala del brazo derecho. La respiración era irregular, como si tuviera también alguna lesión interna. Los labios teñidos de sangre le indicaron que era bastante probable que así fuera.

–Tranquilo, soldado. Estamos aquí –le acun  Nicole en voz baja–.  C mo se llama?

–Yo...  Ayuda!... Atrapados. Ellos están... Philippe.

– Se llama Philippe?

–S . –Y perdió el conocimiento.

Capítulo XX

Promesas

Barleduc, 28 de febrero de 1916

Claudine recibía la vibración del coche a través de su cuerpo como si estuviera bajo el agua. Evitaba cruzar la mirada con su acompañante. Solo había visto su rostro de soslayo en una ocasión durante el trayecto y no quería ver de nuevo la gravedad de su gesto. Cuando sintió cómo la mano masculina se entrelazaba con la suya y la apretaba, se echó a llorar sin poder contenerse. Jean-Luc la atrajo contra sí mientras cruzaban la verja del hospital y Claudine se sintió muy pequeña. Estaba cansada. Ya no sabía distinguir cuándo aparecía el dolor de su mandíbula y cuándo comenzaba a dolerle el pecho, en un punto que creía olvidado desde que Adrien y sus sueños desaparecieron. La lucha por sobrevivir había comenzado ahí, sola, y ya no había tenido un momento de paz hasta que llegó la morfina. Aquella noche le había rogado a madame Clarabella una dosis más. Había estado pensando en su situación. Guilloux parecía sincero, pero no le había prometido un altar. Solo le había pedido fidelidad. ¿A cambio de qué? Ella necesitaba seguir ganando dinero. Y para hacerlo, debía trabajar. La exclusividad no estaba entre las prioridades de una prostituta, a no ser que estuviera ya acomodada en un piso, con el estómago y el guardarropa llenos. Así que había ido a las habitaciones de la madame con su andar gatuno y su sonrisa más seductora. El precio acordado era el de costumbre.

Claudine apenas podía controlar el temblor de sus manos mientras esperaba. Y al ver entrar a la mujer mayor con su moño en lo alto de la coronilla y el vestido de seda aferrando el estuche con la jeringuilla, se tumbó en la cama sin perder tiempo exponiendo su brazo izquierdo. Primero fue un hormigueo y después el calor que recorrió su cuerpo hasta el último rincón, desde el pinchazo por donde la madame había inoculado el líquido blanquecino. La sensación de bienestar le arrancó un suspiro, cerró los ojos y apoyó la cabeza en la almohada. Sus

músculos se relajaron y el dolor pulsátil de su mandíbula cedió; el otro, el del pecho, se fue diluyendo hasta convertirse en un ligero escozor, entre culpa y nostalgia.

Sintió los dedos de la madame colocándole un mechón de cabello detrás de la oreja y acariciando luego la línea de la clavícula hasta llegar a su pecho. Sonrió. Cuando estaba bajo los efectos de la morfina no le resultaba desagradable. Nada lo era. La mano de la mujer siguió recorriendo su piel, rodeó el ombligo y se detuvo en los rizos dorados del vello púbico. Frotó ligeramente el clítoris y Claudine ronroneó.

–Creo que hoy me apetece que seas tú la que me haga disfrutar a mí –comentó Clarabella con un ligero tono de reproche en la voz. Cogió la mano de Claudine y la guio hasta que cubrió con ella su pecho.

–¿Qué haces? –logró preguntar la muchacha, aunque arrastraba las palabras como si le pesaran dentro de la garganta y no pudiera soltarlas–. Ese no era el trato.

–Pues nuestro acuerdo ha cambiado. Las reservas de morfina que Mercier me había ido suministrando han mermado mucho gracias a ti, y mis contactos en el hospital no tienen tanta influencia. El precio ahora es otro. ¿No me consideras atractiva? –Le cogió del mentón y el dolor punzante hizo el amago de volver a su mandíbula. La obligó a mirarla y Claudine reconoció que se había visto en situaciones más desagradables que esa. El calor que fluía por sus venas le daba alas para hacer cualquier cosa y no estaba dispuesta a dejar de sentirlo. Observó cómo la otra mujer se desprendía del vestido. Conservaba aún las líneas de una belleza que se había marchitado con el tiempo. Su cuerpo era de otoño, eso pensó Claudine, y soltó una risita por la ocurrencia. La madame la hizo levantarse de la cama y arrodillarse frente a ella. La aferró del cabello y tiró de su cabeza hasta colocarla entre sus piernas mientras subía una de ellas y la apoyaba sobre el jergón para darle mejor acceso.

–Y ahora, haz un buen trabajo.

La boca de Claudine comenzó a moverse entre aquellos pliegues descolgados y escuchó gemir a la madame a lo lejos, como si estuviera en otra habitación, como si todo estuviese ocurriendo en otro lugar y a otra persona. Solo sabía que ya no tenía dolor y que lo único que quería era dormir, aunque las manos de la mujer le apretaran la cabeza contra ella en espasmódicos movimientos cada vez más rápidos.

Al abrirse la puerta, el aire frío lamió su piel y le provocó un escalofrío ligero. Pero solo percibió que algo pasaba cuando la madame cayó sobre la cama y se

rompió el contacto. Guilleux la había derribado de un empujón y a ella la miraba con un cansancio infinito. Fue apenas consciente de que se encontraba de rodillas, desnuda, con los labios y la barbilla húmedos, y el pensamiento desvinculado de su propio cuerpo. Escuchó voces amenazantes, algún golpe, pero ella solo quería tumbarse para poder disfrutar de esa sensación de bienestar. Jean-Luc la había vestido y acompañado hasta un coche sin mediar palabra y ella no quiso volver a ver la decepción en los ojos de quien iba a ser su ancla para no perderse en la deriva otra vez.

Cuando llegaron al hospital, no entraron por la puerta principal, sino por un acceso lateral. Jean-Luc la guio del brazo hasta una habitación que Claudine supuso sería su alojamiento privado. La desvistió y la arrojó en su cama. El sueño cayó pesado mientras le acariciaba el cabello. «¿Qué quieren de mí ahora?», fue el último pensamiento de Claudine antes de sumirse en la inconsciencia.

* * *

Jean-Luc Guilloux se sentó en la cama y contempló el rostro de la mujer dormida. Pronto se despertaría y comenzarían los temblores. Lo había visto en su amigo, el comandante Mercier, cuando intentó curarlo de su adicción. No lo había conseguido. Todos esos días de sudores fríos, de vómitos, de insomnio, no habían servido de nada. En cuanto tenía la oportunidad de acceder a la droga, era incapaz de valorar las consecuencias. Como si él mismo quisiera avanzar hacia el abismo y dar el paso definitivo para precipitarse al vacío. ¿Podría haberle ayudado de otro modo en la última recaída? El hombre sacudió la cabeza y retorció la sábana dentro de su puño. Lo que tenía claro es que alguien le dio acceso a la morfina que le mató y que esa persona debía pagar por ello. Una enfermera, le había dicho la madame, ya averiguaría algo más. El calor le subió por la garganta y le tensó la mandíbula. Él se encargaría personalmente.

La respiración de Claudine se tornó más agitada y frunció el ceño en una mueca de dolor, aún dormida. Guilloux le acarició la mejilla y ella gimió. ¿Qué iba a hacer con esa muchacha? Había cometido una locura metiendo a una prostituta adicta en su dormitorio. Él era el director médico ahora y esa acción le podía costar el puesto. Pero no podía abandonarla en ese antro, a merced de la mujerzuela que lo regentaba. Él podía ver la inocencia que Claudine aún desprendía, la luz que la envolvía. No soportaba pensar en que ese brillo se extinguiese.

Echó un vistazo a través de la ventana. El movimiento del personal era frenético desde que había comenzado el bombardeo de Verdún y él estaba muy cansado. No tenía tiempo para dedicárselo a ella. Ni siquiera debería haber cedido ante el deseo. Cerró los ojos con fuerza. En el fondo sabía que era algo más. El instinto de protección que le surgía de lo más profundo de su ser así se lo confirmaba. Se quitó los anteojos, se frotó la frente con la palma de la mano y luego consultó el reloj. Debía acudir a una reunión con el alto mando francés para organizar la evacuación de los heridos. El recién nombrado comandante Pétain había ideado un sistema de aprovisionamiento y refresco de tropas utilizando la carretera que unía Barleduc con la ciudadela de Verdún. Las vías férreas completaban la rueda mediante trenes acondicionados para el traslado de los pacientes, aunque el deshielo de esos días había convertido el camino en barro y los camiones se encontraban atrapados en balsas de agua y tierra blanda. Se había dado la orden de excavar las canteras para utilizar placas de piedra como pavimento. Maldijo por lo bajo. No tenía tiempo para enredarse en asuntos amorosos ni para lidiar con los problemas que le acarrearía aquella mujer. Debería dejar que alguien de confianza la cuidara, o concertar un viaje a París para que se la llevaran de allí. Tenía que alejarse de ella.

—Adrien...¡No! Adrien, no... Sophie...—murmuró la muchacha entre sueños inquietos, y Jean-Luc se levantó de un salto. Se mordió los nudillos mientras intentaba respirar. Con cada bocanada de aire, le ardía un punto nuevo en el centro del pecho, hasta que todo se envolvió en fuego. El nombre de un desconocido había quemado todos sus pensamientos anteriores hasta olvidarse del deber.

—¿Quién es Adrien? —Guilloux se acercó a Claudine y la sacudió por los hombros.

—¿Qué...? —La muchacha se incorporó sobre el codo y miró a su alrededor. Se tumbó de nuevo y se cubrió los ojos con las palmas de las manos. Temblaba—. Me duele... ¿Cómo...? Jean-Luc... Me duele...

—¿Quién es Adrien, Claudine?

—¡Ayúdame! —gimoteó ella, aovillándose en la cama—. Por favor...

Guilleaux se tumbó a su lado y la abrazó. Aspiró el aroma de su cabello dorado. Nunca había sentido así a nadie y le daba miedo. Tenía la impresión de que el siguiente paso que diera en cualquier dirección le llevaría a precipitarse al vacío, al igual que Mercier. Se dio cuenta, en ese preciso momento, de que Claudine era su propia adicción. Estaba a oscuras respecto a quién era ella y necesitaba conocerla. Pero no solo el presente o un futuro que se le antojaba

lejano, tenía un ansia enfermiza por indagar en su pasado, por sacar a la luz cualquier sombra y recoveco. Si era suya, que lo fuese por completo. Sintió cómo los temblores del cuerpo femenino cedían a su contacto y la apretó contra sí aún más fuerte.

–¿Estás despierta?

–Sí –contestó ella con un hilo de voz.

–Tranquila. Pronto pasaran los síntomas: los calambres, los temblores, las náuseas... ¿Sabes por qué los tienes?

–Porque me duele...

–No. –El hombre hundió la nariz entre los rizos rubios–. Es la morfina que te han estado inyectando o, mejor dicho, la falta de ella. Tendrás que aprender a controlar el dolor sin más jeringuillas.

–¡No! ¡Me hace falta! Lo necesito para...

–¿Para trabajar? –Guilleaux terminó la frase por ella–. Me prometiste que serías solo mía.

–Si tú querías. Te dije que... –Claudine sollozó–. No puedo más. No quiero estar sola. Ayúdame, por favor.

Jean-Luc respiró lo más lentamente que pudo. Debía irse a la reunión, pero pensar en que la dejaba en ese estado le causaba una angustia que se transformaba en dolor físico.

–Está bien, Claudine. Puedes contar conmigo, pero necesito saber. Cuéntame quién es Adrien, quién es Sophie.

* * *

Casi una hora después, Claudine clavaba la vista en el techo con los ojos secos. Aún seguía tumbada en la cama de Guilleaux sin encontrar su lugar. «No salgas de la habitación y, por el amor de Dios, que nadie te vea aquí», le había susurrado él al oído antes de marcharse. Le había intentado dar un beso y ella había vuelto la cara, ausente.

Recordaba haber soñado con Adrien y Sophie en el intervalo en el que la morfina todavía la mantenía en un lugar cálido. Pero luego se despertó con las preguntas de Jean-Luc como filos de navaja pendiendo sobre su cabeza, sobre su futuro. Y le había dado lo que a nadie jamás. Se sentía peor que si hubieran abusado de su cuerpo. Violada en sus pensamientos más íntimos, en los recuerdos que no había contado y que solo le pertenecían a ella. La luz no sentaba bien a lo que había guardado en la oscuridad de su alma.

El sonido de los cláxones de los camiones, los gritos de apremio de los soldados y los sanitarios se escuchaban en la lejanía, recordándole la guerra en la que estaban inmersos y que perdían. Pero a Claudine le importaba bien poco el resto del mundo. Se había quedado anclada en aquel cuartucho donde le habían arrancado de las entrañas a su hija nonata. Supo que había sido una niña gracias a los comentarios que aquella bruja que casi la mata con sus instrumentos del demonio le hizo a su madre. Había fantaseado con lo que crecía en su vientre durante el tiempo que lo tuvo consigo, con la vida que habría llevado al lado de Adrien si se lo hubieran permitido. Cuando aquel bulto blancuzco salió de su cuerpo chorreando sangre y expiró le puso nombre. Sophie. Era la única forma de hacerla real, de no perderla del todo, de no perderse del todo.

Apretó su rostro contra la almohada. Perduraba el aroma masculino en ella. Sophie había crecido en su mente durante aquellos años y ahora la veía vestida de blanco, con un lazo coronando los rizos rubios, como los de ella. Sabía que era algo demente y doloroso, pero esa imagen la había ayudado a continuar. Y ahora Jean-Luc la había interrogado sobre ella y sobre Adrien, y le había tenido que descubrir a Sophie porque se sentía sola, perdida y frágil por primera vez en mucho tiempo. Por tener un hombre a su lado había vendido sus recuerdos más oscuros y necesarios. Por primera vez, se sentía una puta.

Baleycourt, 28 de febrero de 1916

Philippe supo que se moría. Los dolores casi habían desaparecido y tan solo le quedaba un hormigueo, como pequeñas mordeduras de insectos que le recorrían el cuerpo. Era un alivio tras todo lo que había soportado, aunque sabía que era el prelude del fin y lo aceptaba. Se lo merecía.

En aquel momento repasó las cartas de Claudine y aquellas frases cariñosas que le escribía. Se las sabía de memoria. Sus palabras eran mentira, pero no le importaba con tal de recibir algo de calor en aquellas trincheras del demonio. Le habría gustado que todo fuera diferente, volver a sentir el tacto de su piel y recorrer aquellas curvas tantas veces recordadas. Con ella había fantaseado en las noches frías, liberado su deseo entre gemidos quedos para no despertar a los demás. No le importaba que en realidad fuera una prostituta y que seguramente le escribiese para asegurarse un cliente fiel cuando se trasladara a la retaguardia del frente, porque en su sueño esa parte no existía. Quizá fuera mejor que el momento de encontrarse no hubiera llegado. Estaba cansado de historias de una noche y de pagar por tener sexo. En esos últimos momentos que le quedaban de

vida reconocía que se había enamorado de una muchacha que no existía. ¿Quién lloraría por él? Envidiaba a Sébastien y su relación con Berthe. Apretó los dientes. Sébastien... La inquietud por haberle abandonado era peor que la certeza de estar muriéndose.

La doctora le sonreía. Lo habían envuelto con unas fajas de tela apretadas para mantener estables sus huesos rotos y apoyaba la cabeza en su regazo mientras el camión recorría aquel camino horadado de cráteres, esquivando los proyectiles que explotaban demasiado cerca. No dejaba de pensar que los traidores no merecían sonrisas.

* * *

Dos días atrás, cuando recobró el conocimiento tras el encontronazo con Jacques, lo primero que vio fue su cadáver en un rincón y a Sébastien sentado junto a él, recuperándose del esfuerzo que le había supuesto haberlo degollado. La mujer sujetaba el pequeño bulto entre sus pechos con una mano, mientras con la otra improvisaba un hatillo con la bolsa de las plantas medicinales de su madre. Cuando se percató de que estaba despierto, le ordenó que moviera el culo, literalmente. Debían salir de la iglesia cuanto antes.

Era de noche cuando lo hicieron. Avanzaban con sigilo bajo la guía de Emille. Parecía conocer cada tronco de árbol hueco, cada piedra y cada vereda escondida. Se había atado el sayo de su madre alrededor del cuerpo para mantener el calor de la cría y, aunque caminaba sin titubeos, no podía llevar un ritmo ágil. Sébastien no habló en todo el trayecto. Apoyaba su peso en él y Philippe lo oía resoplar por el esfuerzo. Durante todo el camino escuchaban las detonaciones cercanas y el temblor de la tierra les removía las entrañas. El olor del cloro les rascaba en la garganta y la ceniza caía como una tormenta de nieve sobre sus cabezas, ocultándolos de miradas hostiles. Aunque salir de un refugio seguro le había aterrado, alejarse del cadáver de Jacques y del de la anciana lo había liberado en parte del peso de la culpa.

Buscar refugio en el fuerte de Douaumont fue idea suya. Les dijo a sus compañeros de huida que así evitarían tener que cruzar el río Mose para llegar a Verdún y al tren de evacuación, pero en realidad era el mejor lugar para mantenerse a salvo: en el fuerte se creerían cualquiera historia que les contaran. Podían decir que se separaron del regimiento en el bosque de Caures para proteger a la joven madre de los bombardeos, por ejemplo. Sabía que tan solo un puñado de reservistas protegían el enclave antes del ataque alemán, y no creía

que hubieran llegado refuerzos en esos días. Se lo tragarían. Allí atenderían a Sébastien y a la muchacha, y él encontraría la manera de huir antes de que algún oficial que supiese lo que había sucedido en el bosque de Caures informara de que eran unos desertores. Porque lo que más deseaba era huir lo más lejos posible. Huir de la batalla y de un consejo de guerra. Empezar de nuevo. Todo saldría bien.

Al coronar un promontorio, Emille les anunció que estaban en la colina de La Vauche. La oscuridad parecía condensarse sobre ellos como si la pudiera tocar. Un cielo cubierto de nubes absorbía cualquier intento de la luz por traspasarlo. La tormenta de nieve estaba a punto de desatarse, aunque ellos aún no lo sabían. El viento gélido azotaba el claro, así que buscaron el refugio del bosque de Hasouille, que nacía al pie de la colina. El fuerte de Douaumont debería de aparecer tras los últimos árboles y la urgencia por encontrar refugio les hizo aumentar el ritmo y bajar la guardia. De pronto, entre las siluetas oscuras de los troncos espigados, una patrulla alemana les salió al paso. El pico que coronaba sus cascos metálicos los delataba. Se detuvieron. Los dos hombres los habían visto. Levantaron sus rifles Mauser sin darles tiempo siquiera a agacharse, así que se quedaron quietos, con las manos en alto y la respiración entrecortada. La niñita de Emille soltó un largo maullido que resonó en la noche más fuerte de lo que nunca habían imaginado y todo pareció detenerse.

–*Was ist das, ein baby?* –Uno de los *boches* le preguntó que si llevaba un bebé tras unos segundos interminables, mientras bajaba el arma y simulaba acunar algo entre los brazos.

Emille asintió y se acercó hacia los soldados con cautela, pero mirándolos a los ojos. Ofrecía una estampa de fragilidad extrema, con las capas de tejido envolviendo su cuerpo y el rostro pálido, los labios sangrantes y las perlas de agua helada espesando sus cejas y pestañas. Abrió un poco el sayo y descubrió la cabeza de la pequeña, que se removía entre la tela, incómoda con el soplo de viento que se había colado en su refugio.

–Maldita guerra –balbució el otro soldado en francés con un acento alemán duro y seco–. Niños no. *Baby* a salvo. Yo, Otto Shubert..., pequeña con madre, allá... –Y señaló a la lejanía con el fusil. Se acercó a Emille para acariciar la suave pelusa que recubría la coronilla del bebé. Sonrió por encima de la barba cubierta de nieve y se quedó mirando a la mujer con ternura. La muchacha le apretó la mano en un gesto instintivo y el alemán suspiró–. *Fort! Fort! Schnell! Douaumont ist gefallen.* –Se señaló el pecho e hizo un ademán para ahuyentarles. «Marchaos, Douaumont ha caído». Luego se giraron y se

perdieron de nuevo en la oscuridad como si hubiera sido un mal sueño.

–¿El fuerte Douaumont ha caído? ¿Es lo que ha dicho? Debemos buscar un refugio –susurró Sébastien–. Ese cielo...

–Sí, eso es lo que le he entendido. Huele a nieve –contestó Emille, olfateando el aire–, y no sobreviviremos a la intemperie. No han dicho nada del pueblo, solo del fuerte. No está muy lejos, debemos andar hacia allá y buscar una casa, un pozo –le tembló la voz y dirigió la vista hacia el oeste.

Philippe asintió y tragó saliva para alejar las náuseas que le había provocado encontrarse con la patrulla alemana. Era lo único que podían hacer, aunque ignoraran si el pueblo continuaba siendo francés o los alemanes habían llegado también hasta él una vez ocupado el fuerte que lo protegía. Necesitaba encontrar a los suyos para que cuidaran a Sébastien y poder marcharse como alma que lleva el diablo. No se atrevía a mirarle a los ojos; creía que iba a adivinar sus intenciones en cuanto cruzaran una mirada. Así que les azuzó para continuar a un ritmo frenético con la cabeza baja, ordenando a sus piernas moverse de forma mecánica. El viento se volvió una cuchilla contra la piel expuesta de sus cuerpos y, por un momento, el frío les hizo olvidarse de la sed. Las nubes se concentraron hasta estallar en pedazos de hielo. La oscuridad los engulló de un mordisco. Los remolinos de un gris sucio se enredaban en sus cuerpos y tiraban de ellos hacia atrás, impidiéndoles avanzar. La voz de Emille se elevó sobre la tormenta, angustiada, gritando que no sentía a la niña. Philippe sacudió la cabeza y la obligó a continuar haciendo caso omiso de sus sollozos, arrastrándola por la manga. No podían detenerse.

Mientras el viento hería con los finos cristales de hielo la piel de su rostro, pensaba qué debía decir cuando se topara con las tropas francesas, si es que aún se encontraban allí. Otra opción sería rendirse a los alemanes. Estaba dispuesto a cualquier cosa por salvarse, pero ¿correría Emille la misma suerte? ¿Y a él le importaba? Solo quería volver a París, vivir lo que quedara sin preocupaciones. No pensar. No recordar. No escuchar los gritos de sus camaradas en el bosque de Caures, ni los de Emille, ni el silencio de la pequeña criatura que llevaba con ella, ni las acusaciones mudas de la mirada fija de la anciana.

–¿Quién va? –escuchó gritar entre los copos de nieve que apenas dejaban ver las primeras casas. Habían entrado en el pueblo y ni siquiera habían sido conscientes de ello. El viento amainó lo suficiente como para mostrar la silueta de las edificaciones y los nidos de ametralladora que protegían la primera línea. Salvo por el soldado que les había avistado, el resto permanecía en sombras.

Levantaron las palmas de las manos y Sébastien se giró hacia la dirección

desde donde provenía la pregunta. A Philippe le recorrió un estremecimiento. Algo en esa voz le sacudió.

–¡Supervivientes del 56º batallón de cazadores alpinos!

El estruendo de la tormenta menguó y los cubrió de un silencio inquietante. Philippe tragó saliva, inmóvil, mientras sentía cómo eran evaluados.

–¿Supervivientes? –El sonido de una risa histérica se acercó–. ¡Puto cobarde de mierda! ¡Arrodillaos! –Un hombre apareció en su campo de visión con el fusil apuntándoles y entonces le reconoció. Era el pequeño Ange, su compañero de batallón. Philippe se arrodilló lentamente con las manos sobre la nuca. Sébastien y Emille continuaron de pie. La mujer no sabía qué estaba pasando y miraba a Sébastien buscando respuestas. Este había palidecido de tal modo que parecía a punto de desplomarse.

–Escucha, *petit chasseur*, nosotros... –intentó explicar Philippe.

–¿Que escuche? ¿Como me escuchasteis vosotros en Caures? ¿Como luchasteis a mi lado mientras todos morían a mi alrededor? –Se acercó. Pudieron verle el rostro congestionado. Le temblaba la barbilla y un hilo de saliva blanquecina le caía por la comisura del labio. Los ojos enrojecidos brillaban de forma febril. Ya no parecía un niño–. ¿Vais a compensarme por todo lo que no habéis vivido? –Apoyó el cañón del arma en la frente de Philippe–. ¡Mentiroso y desertor! ¿Quién va a llorar tu muerte? Aquí nadie va a echarse de menos si aprieto el gatillo. –Luego se giró hacia Sébastien–. Tú eres peor. Te creías por encima de los demás, ¿verdad? ¡Nos abandonaste! ¡Me abandonaste! –Se sorbió la nariz–. ¿Y ella quién es? ¿Alguna de tus putas? –Volvió a reírse y puso los ojos en blanco. Ya no quedaba nada del Ange que habían conocido–. Me da igual. La traición se paga con sangre.

La primera explosión hizo que Ange trastabillara y alzara la mirada hacia el fuerte que se erguía en el este. Gritos de alerta recorrieron las calles. Los bombardeaban. La llamarada que iluminó el cielo desde la edificación les avisó de la segunda, pero el soldado no tuvo tiempo de escucharla. Philippe se lanzó sobre el muchacho y le abrazó el cuello con el antebrazo para inmovilizarlo. Ange hundió el codo en sus costillas para quitárselo de encima, pero Philippe sacó el cuchillo de entre las telas que envolvían su bota derecha y se lo clavó en el estómago. Ange soltó el rifle, se llevó las manos al abdomen y lo miró incrédulo. El suelo tembló y pequeños cascotes llovieron a su alrededor. Sébastien aflojó su presa.

–Me has matado –suspiró el muchacho a media voz. Su caída al suelo fue suave, como si se inclinara para descansar durante un momento. Tembló.

Philippe no supo si por el dolor o por el estruendo que les envolvió de nuevo. Cientos de pies corrían hacia sus puestos en los nidos de ametralladora. El amanecer tan solo aportó una luz un poco menos gris a la escena. Ni rojo ni dorado, tan solo un blanco sucio inundándolo todo, incluso la herida que se abría en el cuerpo desmadejado. La nieve comenzó a cubrir su cuerpo.

–Lo siento, *petit chausseur*, lo siento..., yo... –Le cogió el rostro entre las manos y Ange gimió como el crío que era.

Entonces llegaron. Los alemanes atacaron el pueblo cuando la tormenta volvía a arreciar. Las siluetas que llegaban desde el fuerte gritaban y aullaban desafiando las ráfagas salvajes de viento. A las ametralladoras no les dio tiempo de responder. Sébastien empujó a Emille hacia una de las casas más cercanas para que se pusiera a cubierto antes de que el choque de los bandos les pillara en medio. Philippe echó a correr tras ellos, pero la infantería llegó demasiado pronto.

Con los torbellinos de nieve y hielo rodeándolos, las balas callaron, inservibles en ese borrón en el que se confundían el cielo y la tierra. Los hombres sacaron los cuchillos y las bayonetas. La ira que había estallado sobre sus cabezas lo hizo también en las calles, en la lucha cuerpo a cuerpo. Alguien gritó: «¡Sin prisioneros!». Y en la lejanía respondieron: «Keine gefangenen!». Sin piedad.

Philippe se agachó para soportar la primera acometida mientras aferraba el cuchillo cubierto por la sangre de Ange con todas sus fuerzas. Al primer contacto, se levantó y la inercia del soldado alemán al chocar contra él se convirtió en una ventaja. El *boche* dio una voltereta en el aire y cayó de espaldas. El filo francés le rajó el cuello.

Alguien le inmovilizó por detrás justo cuando se giraba. Con los dos brazos apresados, dio un cabezazo a su enemigo, pero el movimiento careció de impulso y no logró soltarse. El dolor de los hombros le atravesó de parte a parte cuando tiraron de él y tuvo que arrodillarse. La patada de otro soldado alemán que llegó corriendo de frente le rompió la nariz y el suelo se cubrió con gotas rojizas. Cayó hacia delante, liberado de repente. El cuerpo del alemán que lo sujetaba se desplomó y sintió el peso contra sus piernas. La bruma sanguinolenta de su rostro no le permitía distinguir nada, pero la voz de Sébastien le llegó muy cerca.

–¡Vamos, amigo! ¡Solo queda uno!

Se restregó los ojos con un gemido de dolor. Su compañero se enfrentaba con el hombre que le había incrustado la bota en la nariz. Utilizaban los puños, como si fuera una trifulca de taberna. Sébastien no aguantaría mucho en su estado.

Una explosión abrió un boquete en la calle y derrumbó una de las casas. Hombres de los dos bandos gritaron bajo los cascotes hasta que los cubrió el silencio. Philippe aprovechó la distracción para recuperar su cuchillo y hundirlo en el flanco del *boche* que peleaba con su compañero. Quizá lo hubieran conseguido, pero entonces llegaron los lanzallamas.

* * *

–No se preocupe, soldado. Pronto llegaremos a Baleycourt y le atenderán como es debido. –La voz recia de aquella mujer que se había presentado como la doctora Nicole Girard lo arrancó de sus recuerdos. Le quedaba poco tiempo. Intentó hablar.

–Mi compañero... La mujer... Ella tiene un bebé. –Tosió y un dolor agudo le desgarró las entrañas. Notó sangre en la boca.

–¿La mujer de su compañero tiene un bebé? Es afortunado entonces. –Sintió las manos femeninas acariciándole la frente.

–¡No, no! Sébastien no... La mujer que está con él en Douamont, Emille. –Se le quebró la voz y no pudo continuar.

Una niebla rojiza que difuminaba las líneas a su alrededor convertía su mundo en algo que se desvanecía por momentos. Tras aquel velo, escuchó repetir a la doctora:

–¿Emille? ¿Será posible que sea...?

Se aferró a ese nombre para poder continuar. Al fin y al cabo ella representaba el futuro, la generación por la que tendría que haber luchado, su supervivencia, la fuerza de una vida que acababa de empezar. Buscó la mano de la doctora y se la apretó con fuerza. Era pequeña, pero cálida y seca. Tenía que contárselo.

–Nosotros... Sébastien y yo... Somos desertores. ¿Comprende? Nos fuimos, nos marchamos cuando tendríamos que haber resistido con los demás en Caures.

–Soldado, no me importa cómo ha...

–Déjeme continuar, por favor, sé que no tengo mucho tiempo. –Sintió cómo el contacto con la palma de la mujer se volvía más intenso—. La mujer es una campesina. Ella tiene un bebé. Una niña demasiado pequeña que nació hace unos días. Morirá si no la encuentran.

–¿Emille? Entonces es cierto. Es la hija de la vieja *sorgina*. ¡Pobres criaturas!

–Escúcheme bien, en el pueblo de Douamont hay una antigua despensa o una bodega... No sé exactamente lo que es. Bajo tierra, junto al pozo. Yo mismo los dejé allí para que no les encontraran los alemanes. No se hacen prisioneros en

Douaumont. –Todo su cuerpo tembló.

–Tranquilícese, no le conviene alterarse así. –La doctora sacudió la cabeza y frunció el ceño–. Siento decirle que el bombardeo ha debido de matarlos.

–¡No, no, no! ¡Se lo prometí! ¡Prometí que volvería a buscarlos! –Buscó la mirada de la doctora–. Me asusté cuando llegaron los alemanes con esas máquinas infernales y el fuego. Me asusté y corrí. ¡Le dejé allí a merced de las llamas! –Convulsionó de tal forma que Nicole tuvo que sujetarle los brazos–. Pero volví. No soy tan malo, ¿verdad? –Su sonrisa se tiñó de rojo. Volví y le encontré sobre la nieve derretida. Estaba... Estaba... Estaba vivo. Le arrastré hacia la bodega donde se había refugiado Emille. Ella encontró aquel refugio bajo tierra. Le dije que lo cuidara. –Se echó a reír como si hubiera perdido la razón–. Quería irme de ese maldito pueblo y olvidarme de todo, pero creo que él lo sabía y me lo dio. Fue una trampa. Me lo dio antes de que les dejara allí para que cada vez que lo sacara del bolsillo me quemara en las manos con esa promesa. No sé cómo tuvo la fuerza para hacerlo. –Se removió en su prisión de tela entre gemidos y un acceso de tos que salpicó de sangre la pared del camión. Logró sacar un objeto de su uniforme y se lo entregó a la mujer.

–¿Qué hace? ¡Va a conseguir matarse usted solo! –Nicole observó, confundida, el reloj dorado que acababa de dejarle sobre la palma de su mano. Tenía zonas ennegrecidas y estaba algo abollado, pero continuaba funcionando. Pesaba más de lo que parecía–. ¿Por qué me lo da?

–Porque así no se olvidará. Lo mirará y verá pasar las horas, y sabrá que tres vidas dependen de que alguien las vaya a buscar. Es lo que él me hizo a mí. Usted es médico, busque a una enfermera que se llama Berthe Hinault, dígame que Sébastien está vivo. Dígame que la ama y que yo no quería abandonarle... Sébastien Vien. Recuérdelo. Sébastien Vien.

La mujer guardó silencio y esa ausencia de palabras contenía ira y cansancio. A Philippe le dio igual. Se moría y lo único que podía hacer era buscar a alguien que les ayudara. No pudo contarle que logró salir del infierno de Douaumont entre la nieve y el fuego, y que avanzó hasta Fleury sorteando a unos y a otros como un fantasma hasta que, al cruzar un puente de piedra, este cedió con el último obús lanzado desde las líneas alemanas y le quebró algo en el interior del cuerpo. Philippe sintió el desgarró y el crujido antes que el dolor, aunque pudo aguantarlo hasta llegar a Glorieux.

Con un último esfuerzo, sacó las cartas de Claudine del interior de su chaqueta y se las llevó al rostro. Aspiró los restos de fragancia que aún quedaban en el papel. Después, sin el peso del reloj sobre el pecho, simplemente se dejó ir.

* * *

Nicole comprobó si la arteria carótida aún latía en el cuello del soldado una vez el camión se detuvo en el hospital de campaña de Baleycourt. Sabía que estaba muerto, pero era un hábito. *Dun* levantó las patas delanteras y las apoyó en el regazo de su dueña. Olfateó el cadáver y gimoteó. Quería bajar de la ambulancia, como ella, deshacerse cuanto antes de la carga que le habían impuesto y encontrar un lugar seguro para sus pacientes febriles. Un lugar en la retaguardia, lejos de las explosiones y los obuses, de los gases y la sangre.

–Mi querido Fouquet, aquí termina el camino de nuestro soldado misterioso. Ayúdeme a bajarlo –pidió cuando el conductor asomó la cabeza desde su asiento.

El hospital de Baleycourt era una vorágine de actividad. Los barracones de madera, las tiendas portátiles, la fila de ambulancias que esperaban su turno para descargar a los heridos y volver a marcharse, los sanitarios con sus batas impregnadas de vida y muerte. El cielo seguía invadido de artefactos, como había amanecido en Glorieux desde hacía una semana; máquinas voladoras que llevaban los combates a las alturas y contaminaban el viento con ráfagas de metal. En cuanto pusieron los pies en el suelo, se hundieron en un barro que no solo estaba hecho de tierra y nieve derretida.

Nicole preguntó qué debía hacer con el fallecido. Le señalaron una pequeña habitación donde un hombre uniformado anotaba el nombre de los heridos en unos pliegos de papel que se acumulaban sobre la mesa.

–¿Nombre del soldado? –El oficial del registro enarcó una ceja cuando vio a Nicole con el perro pastor a su lado.

La doctora se presentó y le contó lo que sabía de él. Su nombre de pila, que tenía varios huesos rotos y lesiones internas, que la magnitud de las heridas era tan grave que no había sobrevivido al viaje, que tenía prisa porque debía irse para asegurar el destino de sus pacientes infecciosos.

–¡Espere! Sí que le puedo decir el nombre completo. –Nicole sacó las cartas a las que el desdichado se había aferrado en sus últimos instantes de vida. A la doctora le pareció un gesto tan bonito en medio de la barbarie que las había guardado en su abrigo para echarles un vistazo después, en un acto de curiosidad que en ese instante la sonrojaba.

–Philippe Chevalier, 56º batallón de cazadores alpinos –leyó el oficial, y mostró una sonrisa torcida–. ¡Listo! ¡Márchese cuanto antes, doctora! Estamos hasta arriba. No podemos arriesgarnos a que nos contagien nada.

Nicole echó un último vistazo al cuerpo del soldado que habían dejado sobre el

suelo, en el exterior de la sala, mientras se volvía a guardar las cartas en el abrigo con disimulo. Otros muchos cadáveres se amontonaban a los lados del camino, y las cruces del cementerio que bordeaba las barracas del hospital por detrás se extendían por la colina mucho más allá de la última tienda sanitaria. La urgencia por partir le cosquilleaba en la nuca y volvió al camión donde sus pacientes esperaban.

Fouquet silbaba a su lado, ese hombre nunca perdía el humor, y *Dun* no se despegaba de sus piernas, pero a ella se le contraía el estómago con cada paso que daba. Se mordió el labio al pensar que el destino la había vuelto a colocar en el camino de aquellas campesinas. Se palpó el bolsillo y notó el reloj a través de la tela. Quizá fuera por una asociación de ideas, pero le pareció que estaba caliente al tacto y que la temperatura aumentaba con cada paso que la alejaba de los pabellones sanitarios. Ese soldado, Philippe, había puesto en sus manos la suerte de unos desconocidos, pero ella tenía un deber que cumplir. No podía demorar más su salida. ¿Qué podía hacer ella con ese reloj y las vagas indicaciones de un moribundo?

Entonces la vio cruzar la explanada y entrar en uno de los barracones. Era la mayor de las Bertrand, con aquel rostro en forma de corazón, pálido y cansado. Caminaba sin rumbo y escrutaba el rostro de cada soldado herido que esperaba sentado en el suelo o tirado sobre las mantas. Lorraine desapareció por una de las puertas de acceso a los pabellones y Nicole sacó el reloj. Lo sostuvo en la palma de la mano y lo observó, hechizada. Cada abollón y cada rasguño le gritaban una historia. Parecía latir con vida propia y sus pulsaciones le instaban a alcanzar a la muchacha y contarle que su madre había muerto en paz, que su amiga había sobrevivido al parto. Pero, ¿aún seguiría viva en Douaumont? Atrapada en la toma del pueblo con un bebé. Era una locura.

Con la mano sobre la puerta del camión, observó a sus pacientes. Debía irse.

–Señor Fouquet, acomode de nuevo a nuestros pasajeros mientras hago un recado. Solo será un minuto. Debo cumplir una promesa.

Y corrió hacia donde había desaparecido Lorraine con *Dun* pisándole los talones.

Capítulo XXI

Fuego y hielo

Pueblo de Douamont, 29 de febrero de 1916

¡Tap! ¡Tap!

Emille intentó hacer el mínimo ruido posible al golpear la tierra desprendida con la pequeña azada. El dolor de sus manos despellejadas le nubló la vista, aunque aferró el mango con fuerza. Aquella bodega solo tenía un acceso y el obús que había estallado dos días antes cerca de allí había derrumbado la parte frontal, dejándoles encerrados y sin vía de escape. Temió que el temblor de tierra que siguió a la explosión los enterrara vivos, pero el habitáculo, sólidamente construido, había resistido más que las trincheras francesas. Su madre estaría orgullosa de ella por elegir el sitio, por lo menos antes de la última explosión, aunque ¿eso quién podría haberlo adivinado? Ni siquiera la diosa Mari tendría clarividencia completa en aquel sinsentido de guerra.

Cuando llegaron al pueblo de Douamont en plena tormenta de nieve y sus compañeros comenzaron a combatir, ella había buscado desesperadamente un lugar donde cobijarse junto con su pequeña. Divisó las ruinas de una ermita, una granja que había sido pasto de las llamas y una plantación de lo que debían de haber sido manzanos antes de la batalla y cuyo muro tan solo se alzaba medio cuerpo. Esa zona ya había sido bombardeada antes y a la muchacha le pareció un campo sembrado de cadáveres, con las extremidades y los cascos naciendo del suelo helado, blanqueados por la nieve. La bodega se encontraba entre la ermita y un pozo aledaño que seguramente utilizarían para regar los frutales. Habían construido la entrada disimulada a la vista, como en todas las construcciones similares, y esta daba paso a unas escaleras que se internaban en la tierra a modo de pasadizo. La sala subterránea se abría a unos seis metros de la puerta y, en vertical, a unos quince de la abertura de la chimenea que coronaba la colina, única señal que marcaba esa utilización artificial del terreno. Allí se había

refugiado con su pequeña cuando comenzó la batalla cuerpo a cuerpo.

¡Tap!

La tierra se desprendió y el polvo se le atoró en la garganta. Le dio la tos y se tapó la boca en un vano esfuerzo por mantener el lugar lo más silencioso posible. Escuchó rebullirse a la niña. Su llanto apenas audible le revolvió el estómago. Estaba muy débil y de sus pechos flácidos no manaba la leche suficiente para alimentarla. Ese era el peligro, lo recordó por las enseñanzas de su madre. Le había contado alguna vez que a las hembras de los animales se les cortaba la leche cuando había un depredador acechando. Pero su hija necesitaba comer y no había nada allí que poder darle. La había dejado junto a Sébastien, mientras ella intentaba cavar una salida en el tramo de escaleras intactas, bien cubierta con el sayo y bajo la luz de un candil de aceite que había encontrado entero, aunque no se había atrevido a ponerla sobre el regazo del soldado. Sébastien deliraba por la fiebre y el dolor producido por las quemaduras. Debía de ser una agonía atroz por los gritos que había dado al principio. De hecho, Emille agradeció que no tuviera fuerzas para seguir dándolos, porque les hubiera delatado. Philippe lo había llevado al refugio y les había prometido que volvería. De eso hacía una eternidad, o eso pensaba ella. Aunque Sébastien continuara respirando, estaba sola. Siguió intentando abrir un camino al exterior, mientras las lágrimas rodaban por su rostro sin querer. Debía continuar o morir en el intento. Trató de coger aire. Sentía el golpeteo de su corazón cada vez más rápido y, poco a poco, se quedaba sin la exigua energía que había conseguido el día anterior. En aquella bodega de Douaumont, alguno de sus habitantes había almacenado vino cosechero. Emille conocía las costumbres de los aficionados al destilado de uva y sabía que siempre guardaban en su santuario algo que en el hogar no se les permitía comer. Rebuscando entre los enseres, había encontrado un puñado de almendras garrapiñadas, olvidadas por su dueño al escapar del pueblo, y una vejiga de agua colgada de un gancho en la pared. La azadilla que usaban para cavar alrededor de las viñas también formaba parte de su botín. A Sébastien solo había conseguido darle unos sorbos de agua y ella se había comido las almendras, pero ahora pensaba que hubiera sido mejor no darle nada. La sed era insoportable. Necesitaba escapar de allí ya. Clavó el borde metálico e hizo palanca en un abultamiento de la tierra.

¡Blurg!

La azada se hundió en algo blando y un hedor insoportable saturó el aire, transformándolo en una nube sólida, irrespirable. Por entre la tierra abierta comenzó a gotear un líquido viscoso y oscuro. Emille se cubrió la nariz con la

manga y ahogó las náuseas. No se podía permitir perder el poco contenido que tenía su estómago. Se había topado con el cadáver hinchado y pútrido de uno de aquellos soldados caídos antes de su llegada a la bodega y de los que tan solo asomaban las extremidades semienterradas. Había rasgado su abdomen, medio sepultado en la tierra que había taponado la entrada, y su contenido se estaba esparciendo en el ambiente cerrado. Desanduvo sus pasos, intentando poner la mayor distancia posible, y se puso a la pequeña al pecho para intentar calmarse. Sentir el calor de su vida contra la piel era el mejor bálsamo. Le cogió la mano de dedos diminutos, pero no sintió cómo cerraba el puño al contacto como otras veces. Al soltarla, el bracito cayó flácido. Emille rompió a llorar y saboreó la sangre de sus labios agrietados al abrirse.

Entonces la niña se enganchó al pezón y tironeó débilmente. Aún vivía. Aún había esperanza. Suspiró mientras su bebé comía. Tenía el pecho blando, pero confiaba en que si salía de allí y bebía algo volvería a tener leche. Más tarde, comprobó si Sébastien continuaba con vida. La piel de la mitad del rostro estaba desprendida y el músculo se ondulaba como si alguien hubiera querido arrancárselo. El resto de su cuerpo no estaba mejor. Le dolía en el alma, pero estaba convencida de que lo mejor era dejarlo atrás. No podía cargar con un moribundo. Emille estaba mareada, el hedor impregnaba todo su ser como una capa de aceite, casi podía masticarlo. Después de un tiempo, dejó de percibirlo con esa intensidad y pudo acercarse de nuevo a la abertura a medio terminar. Ahora que se fijaba mejor, pudo ver los botones metálicos de un uniforme engarzados entre las piedrecillas. Hundió la azada en otro sitio.

¡Tap! ¡Tap! ¡Tap!

La tierra se agrietaba cada vez con mayor facilidad. Eso significaba que estaba cerca de poder salir de allí. La claridad comenzó a filtrarse entre las vigas desprendidas, que separaba con la azada. Un soplo de aire helado fue su mejor recompensa por el esfuerzo. Se quedó con el rostro pegado al hueco recién abierto, sonriendo de placer.

Un poco más tarde fue consciente de las imágenes que se sucedían fuera. Lo veía todo a ras de suelo. El pueblo estaba muerto, los soldados que habían estado luchando cuerpo a cuerpo cuando ella se refugió estaban muertos. Quemados, carbonizados, desmembrados. El mundo entero estaba muerto ahí fuera. Y sin embargo, los ruidos de fuera le decían que aún se libraba una batalla. Disparos, gritos, maldiciones en dos idiomas. Un movimiento llamó su atención. La sombra de un hombre cruzó por delante de su escondite y se oyó una detonación. El cuerpo cayó en su campo de visión con la cabeza abierta por la sien izquierda.

Era un alemán. Desde su agujero podía ver a un grupo de soldados enemigos agazapados contra la tapia que cercaba el huerto. El viento sopló en su dirección y le trajo sus voces. Aguantó la respiración; sonaban más cerca de lo que quisiera. Emille entendía bastante bien aquel idioma del norte. Su madre había tenido facilidad para desentrañar las raíces de las distintas lenguas hermanas y le había enseñado ese don.

–Ya sé dónde está ese demonio de francotirador –explicaba uno de ellos. Era un hombre enorme con la piel aceitosa y el cabello ralo apelmazado sobre el cráneo–. Necesito la munición de tu fusil.

–¿Mi munición, Dieck? –preguntó el otro confundido. Emille forzó la vista. El segundo soldado le resultaba conocido. Y ella nunca se equivocaba. Buscó en su memoria y al punto surgió aquella patrulla que les dejó marchar cerca del fuerte de Douaumont. Era el hombre que aseguró tener una hija en su tierra y por ese motivo les había dejado libres. Tenía la barba canosa más poblada y el rostro manchado de barro, pero nunca olvidaría la mirada que le dedicó a su pequeña. Nunca olvidaría esos ojos que habían mostrado tanta ternura y compasión por ellas.

–¡No gastes palabras, Otto Shubert, y dámela! –insistió–. Ese jodido francotirador lleva horas masacrándonos en cuanto nos movemos, aunque ya sé dónde se esconde. El último disparo lo ha delatado. Tengo que acercarme más.

El soldado que ella conocía, al que llamaron Otto, obedeció en silencio. El grasiento Dieck sacó el peine con las balas de su fusil y comenzó a manipularlas y a golpearlas. Desde su posición, Emille no podía distinguir lo que estaba haciendo. Luego arrancó a Otto su Mauser de las manos y le cambió el peine con la munición por el suyo. Otto movía la cabeza de un lado a otro como si no entendiera lo que estaba haciendo.

–Distrae a ese cabrón –le pidió Dieck.

Su cuerpo grande y seboso se arrastró por el barro y la nieve sucia con una agilidad inusitada. Otto se movió lentamente hacia el lado contrario y se posicionó por si hubiera que disparar. Aferró un trozo de madera y colocó su casco en un extremo. Alargó el brazo hacia el exterior del muro y mostró el señuelo para llamar la atención del francotirador. Se oyó un disparo y el casco voló hacia atrás. Si la cabeza de Otto hubiera estado dentro, estaría muerto. Sonó entonces un estruendo seguido de gritos de dolor que sobresaltaron a Emille. Desde el otro extremo de la ermita se gritó una interjección victoriosa. Dieck corrió hacia una de las granjas medio calcinadas y, tras unos momentos, sacó de allí un bulto que gemía sin cesar mientras se llevaba las manos a los ojos.

—¿Queréis darle su merecido? ¡Aún está vivo! A su compañero ya me lo he cargado yo.

Con una mano arrastraba al francés y con la otra enseñaba la plancha metálica con la que el francotirador se había estado protegiendo contra las balas alemanas. Tenía una abertura que se utilizaba a modo de mirilla para colocar el arma y apuntar. Alrededor de esa abertura, el metal estaba fragmentado. La sangre le corría por las mejillas desde los párpados destrozados.

—¡Toma, ingeniero! —El gordo alemán le lanzó el Mauser a Otto.

—¿Qué has hecho, Dieck? ¿Cómo has podido destrozarse su protección?

—Si sacas las balas y las colocas en su casquillo al revés, la parte plana impacta con más violencia en el metal, aunque penetra menos. Lo suficiente como para que salten esquirlas y se le claven en la cara al francotirador. ¡Me lo enseñó un cazador bávaro! Era nuestro mejor francotirador hasta que los cerdos franceses lo mataron. —Escupió al soldado herido—. Devuélveme mi arma. Yo que tú no utilizaría la tuya muy alegremente después de este disparo, a no ser que quieras que te estalle en la cara. ¡Caballeros! ¿Qué vamos a hacer con esta escoria?

El francés no aparentaba más de veinte años. Intentó arrodillarse con los brazos detrás de la cabeza, mientras suplicaba palabras ininteligibles, pero Dieck lo tumbó de una patada que le rompió la nariz. Aquel muchacho había matado a tres de sus compañeros y la ira vibraba en el aire. El resto de la unidad lo rodeó. Comenzaron los golpes. Otto le lanzó un puñetazo a la sien y se aferró los nudillos con la otra mano, como si se le hubieran roto, pero pareció no importarle; continuó machacando al francotirador hasta que tuvo que parar para coger aliento. Emille comenzó a respirar muy deprisa y el aire silbaba a través de su garganta mientras aguantaba los sollozos. Parecían animales. Los golpes hacían que la nieve girara en torno a sus cuerpos en torbellinos violentos. A la muchacha se le desdibujó la imagen. Cuando volvió a centrarse, el cuerpo del francotirador apenas era reconocible. Luego, uno de ellos sentó al francés contra el muro de la plantación de manzanos, ahora calcinados. Le colocó la cabeza erguida, aunque enseguida se le cayó hacia delante. Agonizaba. Los alemanes formaron enfrente. Le dispararon y su pecho pareció florecer en rosetones de un rojo vivo. Allí quedó, destrozado. Las detonaciones de aquella ejecución improvisada retumbaron en lo más profundo del corazón de Emille. Si los alemanes las encontraban a ella y a su pequeña, estaban perdidas, pero era incapaz de moverse.

La tarde iba impregnándose del color de la sangre que manaba del cadáver como un manantial en el deshielo y el tiempo pareció detenerse mientras a ella le

faltaba el aire. Se concentró en el cielo, contempló el azote del viento y cómo este lanzaba los copos de nieve de un lado a otro, convertidos en proyectiles, para no fijarse en las pilas de cuerpos que se amontonaban en aquel lugar. Douaumont debía de haber sido un pueblo modesto con casitas humildes y una iglesia pequeña que lo coronaba, pero en ese momento estaba destrozado y era un ejercicio casi imposible imaginarlo indemne. El blanco de la tormenta intentaba sepultar la carne y la sangre que empapaba sus calles, sin conseguirlo del todo. Zonas ennegrecidas salpicaban la escena en una imagen macabra donde los cuerpos quemados se encogían sobre sí mismos. La lucha cuerpo a cuerpo de los primeros días había diezmado a ambos bandos y en ese momento unos y otros esperaban refuerzos o apoyo aéreo. Pero en el cielo se libraba otra batalla muy diferente, una de hielo y viento.

Emille no se podía mover aún, pero aunque se hubiera sobrepuesto de lo que había visto tampoco habría podido continuar con su trabajo; los soldados alemanes permanecían a unos metros de distancia. Parecían descansar del esfuerzo que les había supuesto asesinar a ese pobre muchacho.

El soldado llamado Otto se apoyó contra una pared mientras el resto de la unidad despojaba de sus pertenencias al desgraciado. Vio cómo Dieck se limpiaba las manos con nieve fresca después de revisar los bolsillos del muerto y Emille se alegró de que aquel hombre que la había dejado escapar no participara en esa profanación. Otro de los alemanes se acercó a él y se sentó con la espalda apoyada en el muro, hombro contra hombro. Parecía uno de los más jóvenes.

—¿Te queda tabaco? —le preguntó el recién llegado a Otto.

—Y si me quedara, ¿qué? ¿Cómo íbamos a encenderlo con esta ventisca, Adler? —Otto esbozó una sonrisa y le revolvió el cabello como si fuera un chiquillo. Emille no podía creer que esos mismos rostros en los que brillaba la camaradería fueran los mismos que unos minutos antes había visto desfigurarse por el odio. Observó al resto del batallón alemán. Sus gestos eran hoscos y las miradas mostraban que llevaban demasiado tiempo lejos de sus hogares, demasiado tiempo sin recordar cómo se comportaba un hombre de bien. Emille se preguntó si los suyos habrían perdido también la humanidad en aquellas trincheras.

Otto se sacudió los dedos de las manos contra los muslos y luego se apretó el estómago con una mueca de dolor.

—¿Te has dado cuenta de que las raciones que nos dan ahora son mucho más escasas? —Escuchó comentar al muchacho recién llegado—. Dicen que la cosecha de patatas se ha perdido, que en casa se mueren de hambre.

—Vaya tema que has elegido para amenizar la espera, compañero. —Otto se pasó

la mano por la frente con gesto preocupado. El cadáver del francés se iba cubriendo por una fina capa blanca que camuflaba el color rojo—. No sé lo que está pasando en Berlín, ni sé nada de mi hija y mi esposa desde hace mucho tiempo, Adler. Y si pienso mucho en ello me voy a volver loco. Ilse, mi niña, necesita un abrigo nuevo. Su madre me dice que ha crecido mucho, que no le vale el que tenía. Y si nosotros estamos aquí congelados... En Berlín está siendo un invierno muy duro. Si la cosecha... –Se le quebró la voz durante un instante—. Hilda me contó que se habían trasladado a la vivienda de los vecinos para ahorrar calor entre todos y que los muebles habían acabado en la chimenea. No hay leña en Berlín, compañero. ¿Sabes qué más me escribió? La última comida abundante que habían tenido fue un trozo de caballo que se desplomó en plena calle. Ella bajó corriendo, cuchillo en mano, y despiezó lo que pudo entre empujones y gritos. ¡Mi Hilda, que siente náuseas con el olor de la sangre! Me describió cómo el esqueleto del animal se había quedado días expuesto, helado en la calle. No he vuelto a recibir ninguna carta.

–Nos van a sacar de aquí. He escuchado que el Kronprinz Wilhelm ha pedido refuerzos, y ¡no se los van a negar al primogénito del káiser!

–Lo que tenemos que hacer es machacar a toda esta chusma francesa, follarnos a sus mujeres y hacerles unos bonitos bombos. Francia será una colonia alemana llena de niños de la patria. –Dieck metió baza en la conversación. Otto no le contestó.

–El barrizal no deja moverse a la artillería pesada. De lo contrario, este pueblo de mala muerte ya hubiera caído.

Se hizo el silencio y, como conjurada por ese instante de paz, se escuchó la llamada de los zuavos, su grito de guerra. Los soldados alemanes se apretaron contra el muro, estremecidos por el terror. Los batallones argelinos eran muy eficaces en el cuerpo a cuerpo. Sin que nadie los viera aparecer, sus cuchillos cercenaban gargantas como si fueran mantequilla y hacían crujir los huesos dislocados con movimientos certeros. Incluso Emille sabía de la fama que aquellos soldados se habían ganado en la guerra franco-prusiana. Sus alaridos se elevaron sobre los de los moribundos de Douaumont. «Sin prisioneros», amenazaban.

Otto se acuclilló, preparado para incorporarse.

–Adler –le pidió a su compañero–, muévete despacio. Vamos a intentar alejarnos del cadáver del francés. ¿Ves esa capilla derruida cerca de pozo? – Emille apenas podía escucharle ya. Vio cómo Adler asentía con la cabeza—. Sígueme hacia allí. Creo que los zuavos vienen a por nosotros.

La tarde caía en tonos violeta y ya no se podía distinguir si las sombras las dibujaban los muertos o los vivos, aunque la muchacha adivinaba el miedo en los rostros de aquellos hombres. Los dos soldados avanzaron, deslizándose contra el muro, hasta que este terminó. Y se quedaron agazapados mientras valoraban si podían cubrir los escasos metros de campo abierto que les restaban para llegar a la ermita. Emille supo lo que él veía, la posibilidad de quedarse a medio camino y esconderse dentro de aquel montículo que, ahora que se fijaba bien, parecía una bodega. Porque eso mismo fue lo que observó ella cuando buscó cobijo allí: el cráter generado por el obús había derrumbado la entrada y una decena de cadáveres putrefactos yacían medio sepultados en la tierra. Se podían ver desde allí las oquedades que señalaban la existencia de un habitáculo subterráneo; la fuerza del impacto había abierto grietas en lo que debía de ser el techo de la bodega, pero lo que el soldado no podía saber era si el interior estaba intacto y, mucho menos, que allí se escondían ellos. De pronto, a Emille le pareció que Otto la miraba directamente, que había vislumbrado su reflejo pálido a través del agujero.

Pero si lo hizo de verdad no tuvo tiempo de dar la voz de alarma, porque una de aquellas sombras inertes se abalanzó sobre los dos alemanes. Un chorro de líquido caliente salpicó la cara de Otto y el cuerpo de Adler cayó sobre él, el cuello abierto en un tajo profundo y un grito congelado en los labios abiertos. El aire se le escapaba por la brecha, escupiendo sangre y coágulos. Otto lo sostuvo por un momento entre sus brazos y luego lo dejó caer. Algo se movía a su alrededor. Emille aguantó la respiración, sin distinguir al atacante. Entonces lo vio: un demonio con turbante derribó al soldado y se escuchó cómo su cabeza golpeaba contra el suelo con un crujido. El zuavo le atenazó el cuello con la mano, presionando la tráquea, y se sentó sobre él. Pero en ese instante Emille escuchó un disparo y vio cómo el cuerpo del argelino se desplomaba hacia un lado con el cráneo destrozado, liberando al alemán de su garra. Otto no se movió.

–Me debes una. –La voz de Dieck sobresaltó a Emille, que no le había visto, centrada como estaba en Otto–. ¿Puedes levantarte? –Otto negó con la cabeza lentamente–. Maldita sea, no me digas que voy a tener que cargar contigo, ingeniero. Entonces me debes dos. No tendrás en Berlín alguna hermana a la que follarme cuando volvamos, ¿no? Tu esposa también me vale. –Soltó una risilla–. ¡Venga, compañeros! Hay que buscar otro refugio. Este no es el único zuavo que vendrá a por nosotros.

Emille aguantó las náuseas y se agazapó tras el hueco, aprovechando la

oscuridad del interior, muy quieta. El enorme alemán cargaba con Otto y arengaba a los otros para que le siguieran. Se dirigían hacia ella y temió lo peor.

Hospital de campaña de Baleycourt, 29 de febrero

Lorraine se había resistido a visitar los dominios de Shirley St. John. Conocía la existencia del «Aqueronte», la sala de los desahuciados, desde que llegó y, aunque la muchacha inglesa la había conquistado con su sonrisa fácil cuando coincidían en el *château*, era un lugar que jamás habría pisado en otras circunstancias.

Ese día había tomado la decisión de marcharse de allí con las gemelas. Se repetía una y otra vez que había hecho todo lo posible por sus amigas y que su prioridad ahora eran sus hermanas, lo único que le quedaba de su familia. La noticia de la toma del fuerte de Douaumont fue clave para decidirlo. Intentaría que le hicieran un hueco en el tren de evacuación para los heridos, aunque se iría caminando si fuera preciso. Ya había expuesto demasiado a las gemelas y necesitaban algo de paz para llorar sus pérdidas. Pero antes quería asegurarse de que su marido no estaba en Baleycourt, así que intentó hacer frente a sus reparos. El «Aqueronte» era el último barracón que le quedaba por revisar.

Cuando entró en él, su mirada barrió la estancia al tiempo que tomaba una bocanada de aire. Las camas estaban colocadas en varias hileras que ocupaban todo el espacio disponible. En el centro, una estufa cuyos troncos ardían y crepitaban con violencia intentaba caldear el ambiente sin éxito. Reinaba un extraño silencio, tan solo roto por las detonaciones que hacían vibrar las paredes, y la muchacha dudó. Al fondo, Shirley daba de beber a uno de los heridos. Lorraine caminó entre las camas, con un ligero temblor de sus manos cuando buscaba los rasgos de su esposo en cada uno de los soldados tendidos con los que se cruzaba. Alguno de ellos intentaba aferrar su falda al pasar, murmurando peticiones.

–¡Señorita Bertrand! –llamó Shirley al verla, incorporándose sorprendida–. ¡No suelo tener visitas en el «Aqueronte»! Pase, pase, por favor.

Uno de los soldados se agitó al escuchar la voz de la mujer y comenzó a temblar mientras intentaba levantarse, como si respondiera a una llamada.

–¡Páseme esos paños húmedos, señor Dugés! –le pidió la inglesa a uno de los camilleros que la ayudaba–. La fiebre de este pobre hombre es muy alta y estoy intentando aliviarle un poco. Ya ni siquiera puede beber agua. Ha aguantado tres días. ¡Quién sabe por qué! La infección en la sangre estaba muy avanzada

cuando llegó y Berthe... Bueno, no se podía hacer nada por él –explicó a media voz. El herido pareció calmarse cuando le taparon el rostro con la tela empapada.

Lorraine se acercó lentamente. El cabello del hombre era de un tono muy parecido al de su esposo, pero lo tenía apelmazado por la sangre y el sudor. La línea que dibujaba su mentón le aceleró el pulso. Casi podía imaginarse la sonrisa de esa boca, la misma con la que la recibía cada mañana al despertar, aunque tenía los labios hinchados y tumefactos, y no podía distinguir el resto de facciones con el paño húmedo cubriendo su frente y los ojos. Los rasgos bajo la tela podrían ser los de cualquiera. Caminó hacia él. ¿Había encontrado por fin al amor de su vida? El uniforme estaba demasiado desgastado como para identificar de dónde procedía.

–¿Me puede decir de qué unidad proviene, señorita? –Se retorció las manos y avanzó un paso más. Un escalofrío le recorrió la nuca. ¿Qué había dicho la enfermera St. John? «No se podía hacer nada por él». ¿En qué estaba pensando? Había ido a buscarle al pabellón de los desahuciados.

La VAD la observó con curiosidad.

–Este hombre luchó junto con el coronel Driant en el primer bombardeo de Verdún. Fue de los pocos supervivientes y lo trasladaron desde Glorieux hace tres días.

Lorraine alargó un brazo para aferrar el paño que mantenía ocultos sus rasgos y se detuvo en la insignia bordada en el cuello de su guerrera. La trompeta verde de los cazadores alpinos. Su esposo servía como conductor a las órdenes del coronel Driant. «Fue de los pocos supervivientes», las palabras de la muchacha le desgarraron ese lugar donde había mantenido la promesa que le hizo a Emille de no abandonar la esperanza. Sus dedos rozaron el borde de la tela. Ese hombre estaba destrozado, se estaba muriendo, se desmoronaba ante sus propios ojos. ¿Estaba preparada para...? El olor a descomposición le llegó con una vaharada que no había esperado y se tapó la boca.

–¡Señorita Bertrand! –La voz de Nicole Girard-Mangin invadió el pabellón como si hubiera entrado una ráfaga de nieve. Lorraine se llevó la mano al pecho al escuchar su nombre, soltando el borde de la tela húmeda y girándose hacia ella con una sacudida. El alivio al separarse del soldado fue instantáneo—. Tengo que hablar con usted. Su madre...

–¡Doctora Girard! –La interrumpió desde la distancia. Si la mujer se encontraba en Baleyourt, solo podía significar una cosa—. ¿Han evacuado Glorieux? ¿Fue como acordamos? –Lorraine cerró los ojos—. Dígame que mi madre no sufrió.

Nicole se acercó mientras asentía en silencio. Cuando llegó hasta ella le tomó las manos.

–Sé que no podía haber hecho nada más por ella –contestó Lorraine a la mirada de inquietud de la doctora–. Ya se había rendido.

–¿Cómo están sus hermanas? ¿Se encuentran bien?

–Nos vamos, doctora... Sí, están bien, creo, dentro de lo que cabe. No lo sé a ciencia cierta, la verdad. ¿Quién puede estar bien aquí? –Lorraine sintió cómo tiraban del borde de su vestido. Giró la cabeza y vio los dedos del soldado al que Shirley atendía engarzados en su falda. Movía aquellos labios amoratados pronunciando palabras ininteligibles y un líquido amarillento se le escurrió por la comisura. La voz era estridente, rota por los sollozos. La mujer tuvo un escalofrío al escucharle. Esa voz no podía ser la de su esposo, tan solo eran incoherencias de alguien que se consumía. Se había equivocado. De repente, aquel cuerpo moribundo que se descomponía ante sus ojos le produjo náuseas. Tiró de la falda hasta que la mano del soldado se desasíó de ella y cayó, súbitamente flácida. No soportaba que la tocara con esos dedos hinchados. Se alejó un par de pasos. Fue Shirley la que acudió a consolar al hombre, cuyos sollozos habían aumentado de intensidad con el rechazo de Lorraine.

–Hay algo más que tengo que decirle –continuó Nicole cuando ambas dieron la espalda al soldado agonizante–. Puede que haya averiguado algo de sus amigas. No sé si debo contárselo en estas circunstancias, pero hice una especie de... promesa –sacó un objeto del bolsillo de su abrigo– y necesito contarle antes de irme.

Lorraine recibió un reloj en la palma de su mano. Al principio no lo reconoció y comenzó a decirle a la doctora que no sabía qué tenía que ver aquel objeto con sus amigas, pero un recuerdo relampagueó en su mente. Se tragó sus palabras. Había visto muchas veces ese reloj en la habitación de su amiga Emille, cuando mantenían interminables conversaciones adolescentes en las que hablaban del amor verdadero. ¡Cuántas veces le había escuchado decir que se lo entregaría al hombre de su vida cuando llegara el momento! ¡Cuántas lágrimas derramadas cuando se lo dio al fin! La doctora Nicole continuaba hablando, aunque era incapaz de prestarle atención. Oyó algo sobre que ya se despedía. Entonces, la mujer la cogió por el hombro y la zarandó.

–¿Me está escuchando? El dueño del reloj está atrapado con una mujer que ha dado a luz una niña prematura. ¿No le suena? ¿No cree que es posible que sea su amiga?

–Pero... ¿El dueño del reloj? ¿Emille ha encontrado a Geoffroy? –balbució sin

encontrarle sentido. El soldado moribundo hizo otro intento para agarrarla y su quejido aumentó de intensidad hasta que se desgarró en un estertor. Shirley le musitó palabras tranquilizadoras. Vio cómo se disponía a quitarle el paño del rostro y volvió la cara hacia Nicole. No quería mirarle. Se obligó a pensar que el color del cabello era más claro que el de su esposo, estaba mucho más delgado y esa voz quejumbrosa no podía ser la de su amor. No. No podía ser él. Aquel cuerpo destrozado y enfermo debía de ser de un desgraciado más débil que su marido. Su esposo estaba enterrado en alguna trinchera de Verdún junto al coronel Driant. La VAD cubrió al fallecido con una sábana mientras susurraba:

–«A menudo, en las más concurridas calles del mundo, en los más estruendosos conflictos, se levanta un deseo inexplicable después del conocimiento de nuestra vida enterrada; una sed de derrochar nuestro fuego y el inquieto vigor de seguir nuestro rumbo verdadero; un anhelo de investigar el misterio de este corazón latiente, tan salvaje, tan profundo en nosotros, para conocer el origen de nuestras vidas y hacia adónde van».

La doctora se impacientaba y aferró la barbilla de Lorraine para que se centrara en ella, pero esta aún continuaba aturdida por la imagen de la muerte del soldado. Las lágrimas se le escaparon sin que se diera cuenta y algo se le partió por dentro, sin saber exactamente por qué. Se ahogaba allí dentro.

–¡No, no! –intentaba explicarle Nicole–. El soldado que me lo entregó se llama... se llamaba Philippe, y él me dijo que su dueño era un tal Sébastien, Sébastien Vien. Los dos soldados se encontraron con esa mujer y su bebé. Philippe pudo escapar, pero los otros dos no y ahora están atrapados en el pueblo de Douaumont.

Shirley levantó la cabeza y sus ojos azules destellaron con inquietud al escuchar ese nombre. Se limpió las manos en el mandil y se acercó a las dos mujeres.

–Perdón por entrometerme. ¿Sébastien? ¿No tendrá más detalles? Yo conozco... Bueno, tengo una amiga que conoce a un Sébastien destinado en Verdún.

La doctora Nicole se llevó una mano a la frente y frunció el ceño.

–Intento recordar... Este soldado, Philippe, nombró a una persona a la que tenía que buscar para decirle que Sébastien estaba vivo, y que la quería. Una enfermera. –Apretó los labios–. Lo siento, no lo consigo. Demasiadas cosas en la cabeza. Memorice el lugar donde están: en una bodega que hay entre la ermita y un pozo. Eso es lo importante, y yo ya he transmitido el mensaje. –Enarcó las cejas como disculpándose–. Tengo que irme, mis pacientes me esperan y no

puedo retenerles aquí por más tiempo. Necesitan un hospital donde puedan atenderles convenientemente. –Les dedicó un saludo militar como despedida–. Les deseo toda la suerte del mundo, de corazón.

Lorraine necesitaba salir de allí también. No soportaba la visión de todos aquellos hombres moribundos, ni la de la sábana inmóvil que cubría el cuerpo del fallecido. ¿Y si era...? ¿Y si había sido y ella no...? El estómago se le cerró en un nudo doloroso y se abrazó el vientre. No podía pensar en esa posibilidad. Apretó el reloj contra su puño sin saber qué hacer con él y comenzó a caminar hacia la salida del «Aqueronte» errática, ida, como si hubiese muerto y su cuerpo siguiera moviéndose de forma mecánica. Shirley fue tras ella.

–¡Señorita Bertrand! ¿Se encuentra bien?

Lorraine negó con la cabeza mientras el llanto, con un hipido histérico, sacaba todas las emociones que había estado guardando. Era incapaz de hablar y Shirley la guio por el codo hasta que encontró un lugar donde sentarse. Abrió el puño y contempló el reloj que había sido de Emille. Los abollones y los rasguños hablaban de un largo camino.

–¿Es ese el reloj del que hablaba la doctora? ¿El que tenía el soldado llamado Sébastien?

Lorraine asintió. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y contestó con palabras entrecortadas:

–No lo entiendo. Este es el reloj de mi amiga Emille, estoy segura, el que le dio al hombre que la dejó embarazada, pero la doctora me ha dicho que lo tenía ese Sébastien y el novio de Emille se llama Geoffroy.

–Estamos en guerra, querida, seguramente lo abatieron en combate y ese soldado cogió el reloj. No se imagina los objetos a los que se aferran los soldados para mantener la esperanza. ¿Me deja verlo? –La muchacha afirmó con la cabeza, sin energía, y le dio el reloj para que lo inspeccionara. La mención a la esperanza la había cubierto de lágrimas de nuevo.

–La mujer con el bebé es Emille –se lamentó Lorraine con voz entrecortada–. Mi amiga ha parido para morir atrapada en la batalla. ¿Qué sentido tiene todo esto? Oh... Dios mío...

Shirley pasó los dedos por las letras toscas que alguien había grabado en la guarda, sobre la inscripción anterior. Musitó lo que leía: «Berthe. Sauvignon».

–No puede ser cierto. ¡Tengo que enseñarle esto a Berthe! –exclamó en voz alta. Los latidos de su corazón parecieron resonar en el silencio del «Aqueronte» y giró la cabeza para observar a sus pacientes–. ¿Puedo llevármelo?

Lorraine estaba cansada de todo aquello. Algo en su interior se había quebrado

en aquel pabellón, algo de lo que ni siquiera era consciente, pero sentía sus fragmentos y el dolor que le suponía. Solo quería sacar a las gemelas de allí e irse muy lejos.

–Puede quedárselo. ¿Para qué me vale a mí? ¿Para saber que mi amiga está condenada? –gritaba sin darse cuenta. Se levantó y rechazó la mano de Shirley–. Tengo que tomar el aire. Quiero ir a por las niñas y marcharme ya.

Cuando salía del «Aqueronte», un obús estalló tan cerca que tuvo que apoyarse en el marco de la puerta para no caer. A ese primero siguieron otros que iluminaron el cielo con ráfagas blanquecinas antes de impactar contra la tierra. El cementerio que se abría en la parte trasera de las tiendas del hospital desapareció en un cráter mientras pedazos de las cruces de madera saltaban por los aires. Los restos de los cuerpos se desperdigaron, carbonizados. Lorraine escuchó cómo Shirley la llamaba, pero salió corriendo hacia el *château*, pues las gemelas estaban allí solas.

Una caravana de vehículos militares entró en ese momento en la explanada donde moría el camino. Llegaban desde Verdún. Los hombres que bajaron de los camiones comenzaron a gritar, silenciados por el estruendo del cielo. Los galones de sus uniformes mostraban que no eran simples soldados, pero el caos era tal que nadie parecía hacerles caso. Tanto los recién llegados como los sanitarios corrían para ponerse a cubierto. «¡Evacuación!», repetían, gesticulando con violencia.

Los alemanes bombardeaban Baylecourt.

Capítulo XXII

Contra reloj

Baleycourt, noche del 29 de febrero de 1916

Una nube de ceniza, densa y oscura, lo inundaba todo y el olor acre se apoderaba de cada rincón. Shirley comenzó a toser de tal manera que sus costillas crujieron por el esfuerzo. Se detuvo junto a los camiones recién llegados, algo desorientada. Vio a Lorraine correr hacia la entrada del *château* sin mirar atrás y sintió cómo el calor le inundaba las mejillas. Aquella campesina le había contado que su amiga se enfrentaba a la muerte en tierra enemiga, que había llegado hasta allí para pedir ayuda, pero ahora estaba huyendo para ponerse a salvo. Sacudió la cabeza y apretó los dientes, amonestándose a sí misma por juzgarla. Sin embargo, la ira no desapareció. El reloj que le había dado desprendía un calor molesto contra la palma de su mano y le hormigueaba en los dedos como si estuviera vivo. Se agarró el borde de la falda y avanzó hacia la sala «Virgilia», donde se distribuía a los pacientes recién llegados, para buscar a Berthe. Algunas de las tiendas que los franceses habían montado en Baleycourt para aumentar el número de camas se habían hundido debido a la onda expansiva de los obuses. Por las aberturas de tela, los heridos que podían caminar salían huyendo para intentar subirse a los camiones de evacuación. El personal sanitario se afanaba en sacar a los que no podían moverse y trasladaba las camillas hacia los vehículos. Pequeños incendios iluminaban la noche y el cielo reflejaba un color anaranjado, como si los artefactos que volaban a través de él también ardieran en llamas. Algo la empujó con violencia hacia delante al escuchar un gran estallido. Trastabilló y cayó a la tierra embarrada. Los cristales de los «Nueve Círculos», donde se situaban los quirófanos, estallaron en mil pedazos que llovieron sobre su cuerpo. Sintió los bordes afilados como granizo al golpear contra su piel y un zumbido inundó sus oídos, un lamento que subía de intensidad. Alguien la ayudó a levantarse, aunque ni siquiera se detuvo a dar

las gracias. En el dintel de la puerta de entrada a los quirófanos, el capitán Billet, con la bata que utilizaba para intervenir y las manos teñidas de sangre, discutía con uno de los oficiales recién llegados del frente, pero las palabras, maltratadas por el viento, tan solo le llegaron al cruzar por delante de ellos.

–¡Imposible! ¡No... vehículos suficientes!

–¡Entonces saque solo a los...!

Billet giró la cabeza para observar todo el perímetro del hospital y asintió. Shirley no quiso frenar su marcha ni un instante, aunque se llevó las manos al pecho y ahogó un sollozo. El «Aqueronte» no sería evacuado. Ella lo sabía, sus pacientes no tenían ninguna oportunidad, pero morirían solos y eso le dolía. Vio a uno de los camilleros que solían ayudarla y lo aferró del brazo para detenerle.

–¡Señor Dugés! Vuelva al «Aqueronte», por favor. Haga que todos aquellos que sean capaces de tragar beban vino. Acabe con las reservas. Tápelos bien y alimente la estufa con la leña disponible. Me entiende, ¿verdad? En cuanto pueda, iré a revisarlo todo.

El camillero tragó saliva y se marchó con un gesto que dejaba claro lo incómodo que se sentía con el encargo. A Shirley se le hundieron los hombros por la inquietud. Algo le decía que no iba a cumplir la última frase de su propia petición.

Encontró a Berthe gritando indicaciones a los conductores que acomodaban a los heridos dentro de los camiones. Había perdido el pañuelo blanco que le cubría la cabeza y su cabello había tomado el color de la ceniza que caía sobre él.

–¡Berthe! Tengo que contarte algo importante.

–¿Estás bien? –Su tono preocupado le mostró a Shirley el aspecto que debía de tener tras la caída–. ¿Necesitas que te atienda?

–¡No! ¡No! Creo que sé algo sobre Sébastien.

Berthe dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y fijó los ojos claros en su compañera. El azul de sus iris relumbró en contraste con la sombra que cubrió su rostro. Su mirada la atravesó, como si viera más allá, como si pudiese contemplar una imagen de otro mundo u otro tiempo. La muchacha inglesa se estremeció. De pronto, BaleyCourt no le pareció tan peligroso; lo que estuviera viendo su amiga, sí. Se acercó y tocó sus manos. Necesitaba saber que Berthe era real y no se había convertido en un espíritu. De alguna forma, consiguió que la enfermera volviera del trance y fijara sus pupilas en ella.

–La doctora de la que nos habló Billet cuando llegamos me ha dado esto. Nicole Girard-Mangin, ¿recuerdas? También se hizo cargo de la madre de

Lorraine en Glorieux, la venía buscando a ella para comunicarle su muerte. – Shirley intentó hablar con claridad y con la mayor calma de la que era capaz. Le enseñó el reloj y Berthe lo cogió con dedos temblorosos. Los sonidos de alrededor se amortiguaron, como si ellas estuvieran dentro de una burbuja: pasos que resonaban al correr, gritos de los heridos, estallidos del cielo, temblores de la tierra resquebrajándose. Todo aquello sucedía a otro ritmo diferente—. Este reloj lo llevaba un soldado llamado Sébastien. ¡Mira lo que está grabado en la guarda! –Berthe contrajo el rostro en un gesto de dolor cuando lo leyó.

–¿Lo... llevaba? –musitó la enfermera.

–¡Sigue vivo, Berthe! O lo seguía cuando el soldado que llegó a Glorieux se lo entregó a la doctora para que fuéramos a buscarlos.

–¿Buscarlos? ¿A quiénes?

–Creo que está con la amiga de Lorraine. Esa tal... Emille. –Shirley cogió aire. Ordenó sus pensamientos—. La doctora atendió en Glorieux a un soldado moribundo. Él le entregó el reloj y le contó que su dueño estaba atrapado en Douaumont junto con una mujer joven y su hija recién nacida. Le pidió ayuda para ir a rescatarlos, así que... ¡continúan con vida! Todo encaja. De algún modo, sus caminos se cruzaron y hallaron un medio para sobrevivir. El soldado también pidió a la doctora que buscara a una enfermera para decirle que Sébastien la quería. Le entregó el reloj como recordatorio para que alguien fuera a rescatarlos, para que no se olvidara de ellos. ¿Será tu Sébastien, Berthe?

–¿La doctora te dijo el nombre del soldado que se lo dio?

–Sí, sí... Creo que era Philippe.

Berthe se llevó el reloj al pecho y cerró los ojos con fuerza.

–Es Sébastien, Shirley. Estoy segura. Desde mi visión, sabía que llegaría este momento, ya os lo advertí: el soldado en llamas, las piedras antiguas, el barro que no me dejaba ayudarlo. ¡Es a él a quien tengo que salvar! Por eso yo tenía que estar aquí ahora.

La vehemencia de Berthe le erizó el vello de la nuca a la joven inglesa y esta se frotó los brazos para darse calor ante la súbita corriente de aire frío que la sacudió.

–¿Dónde está Sébastien, Shirley? –La piel del rostro de Berthe enrojeció, aunque sus labios se mantenían pálidos, y diminutas gotas de sudor cubrieron su frente. Parecía arder.

–Bajo tierra, en una bodega al lado del pozo de Douaumont, cerca de la ermita.

Berthe dio unas últimas indicaciones a los camilleros y se dirigió hacia el almacén donde atesoraban el escaso material que aún les quedaba, sin mediar

palabra. Sus pasos revelaban toda la fuerza de su determinación. Parecía una tormenta cuyas nubes se arremolinaban justo antes de descargar su furia.

–¡Berthe! –gritó la pelirroja–. ¿Dónde vas? ¿Qué piensas hacer?

–¡Cumplir con mi deber! –le contestó mientras caminaba.

Un viento endiablado azotó el erial y su lamento se mezcló con los aullidos de los perros. Shirley volvió a toser al aspirar el hedor que desprendía el metal fundido y la madera carbonizada. El convoy de camiones militares rugía de impaciencia mientras los primeros evacuados se acomodaban en ellos. Dudó si seguir a Berthe o buscar a Irène para contarle lo sucedido. Ese momento de inmovilidad fue suficiente para perder de vista a la enfermera, que desapareció entre la multitud. Decidió ir en busca de Irène. No tenía duda de que la encontraría junto al *petit curie* y necesitaba su ayuda.

Mientras corría hacia el cuarto oscuro, le pareció reconocer a lo lejos la figura de Lorraine con la larga falda azotada por las ráfagas de viento. Mantenía a sus hermanas pegadas a su cuerpo, una bajo cada brazo. Avanzaban hacia la carretera de Barleduc caminando todo lo deprisa que las piernas de las niñas podían, sin mirar una sola vez hacia el hospital. Había algo que se había quebrado en Lorraine; podía verlo en su figura encorvada. Le embargó la tristeza, pero no podía hacer nada por ella. Otra explosión la hizo zozobrar de nuevo y caer de rodillas. Se llevó las manos a los oídos para intentar contener el súbito dolor que le atravesaba la cabeza. Los zumbidos hicieron que se doblara sobre sí misma, boqueando para coger aire. A su derecha, la galería que unía el pabellón principal con los «Nueve Círculos» estaba prácticamente derruida y los hombres que podían caminar emergían por el boquete abierto en la pared, con la ceniza y la sangre apelmazadas sobre sus cuerpos heridos. Vio cómo uno de los cirujanos se arrastraba hasta el exterior y apoyaba después su espalda contra el muro derruido. Intentó atarse una tira del mandil alrededor de su rodilla destrozada a modo de torniquete, hasta que todo se cubrió de rojo y sus manos cayeron hacia los lados, exánimes. Shirley contempló cómo moría sin que ella pudiera moverse del sitio.

–¡Señorita St. John! ¡Debe subir a uno de los camiones de evacuación ya! –La voz de George Duhamel vibró dentro de su cabeza y su resonancia le provocó una oleada de dolor. La aferró del codo y Shirley se sorprendió por la violencia con que lo hizo, pero cuando sus miradas se cruzaron comprendió que era preocupación.

–Estoy bien, estoy bien. Tranquilo. –Le pareció que el contacto se prolongaba más de lo necesario y se desasíó, incómoda–. Necesito ir a por la señorita Curie.

–Shirley, por el amor de Dios, venga conmigo. –Volvió a cogerla y la acercó a su cuerpo. Sus rostros quedaron a escasos centímetros el uno del otro–. Debe ponerse a salvo. Usted y yo... Podríamos... –Pareció súbitamente avergonzado de lo que iba a decir a continuación y la soltó.

Shirley recordó las atenciones que el médico le dedicaba en el «Aqueronte», ese tiempo que le quitaba al descanso para ayudarla con los moribundos, las charlas sobre poesía, el brillo que veía en sus ojos y que ella no había querido entender hasta ese momento. Dos meses atrás, Shirley se hubiera escondido entre los brazos de aquel hombre amable sin dudarlo, protegida y segura, pero aquella muchacha había quedado atrás. Sintió algo de tristeza por la llegada a destiempo del señor Duhamel a su vida. Le miró a los ojos.

–Sé que está usted casado, George. Y yo tampoco soy libre en realidad. Lamento ser tan directa, pero quizá no sobrevivamos al minuto siguiente y debo ser sincera con la mujer que soy ahora. Déjeme, no me espere. Sé que nunca podré sentir como sentí una vez y no sería justo para ninguno de los dos... y tampoco para su esposa.

El cirujano se quedó en silencio y luego asintió levemente, sin rastro del arrobamiento anterior, como si aquella conversación hubiera sido un sueño y volviese a la realidad.

–Vaya a por la señorita Curie y prométame que la traerá consigo para subir a uno de los camiones. Cuídese mucho, por favor.

Shirley se giró y comenzó a correr de nuevo cuando la voz del hombre llamándola interrumpió su carrera.

–¡Shirley St. John! Olvide lo que he estado a punto de decir, pero hágame otra promesa. Nunca deje de escribir. Algún día esta locura debe terminar y alguien tiene que contar lo que ha sucedido aquí. ¿Lo escribirá conmigo?

Shirley sacudió la cabeza en una afirmación silenciosa y continuó hacia el cuarto oscuro donde trabajaba Irène. La silueta del camión de radiología portátil se perfilaba a través de la nube de nieve y ceniza. La encontró desconectando los cables que unían el aparato de rayos X con la dinamo del vehículo. Justo cuando Shirley llegaba a su altura, el camillero Deschamps apareció desde la dirección contraria con el uniforme cubierto por una fina capa gris, como si hubiera emergido de la tierra.

–¡Váyanse de aquí, señoritas! –gritó en cuanto vio a las dos mujeres–. ¡El convoy se ha puesto en marcha! El capitán Billet me ha ordenado preparar el *petit curie* para la marcha.

–¿Dónde está el capitán, señor Deschamps? –preguntó Irène mientras ordenaba

los utensilios y cerraba la maleta, haciendo caso omiso de las órdenes del hombre.

–¡Organizando la evacuación! ¿Dónde, si no?

–Pues dígame que del *petit curie* me encargo yo. Es mi responsabilidad, igual que la suya es que todos los hombres salgan de aquí.

El camillero se alejó farfullando insultos que no dejaban al género femenino en buen lugar. Shirley se alegró de la marcha del hombre, necesitaba ese tiempo a solas con Irène. Le contó a su compañera lo sucedido con el reloj en el «Aqueronte» y la reacción de Berthe. También sus temores sobre lo que creía que iba a hacer. Irène subió la maleta al camión y cerró la portezuela. Las explosiones habían cesado de momento y tan solo se escuchaban los motores en marcha y los gritos ahogados de quienes no se marcharían nunca de Baleycourt.

–Esta historia es una locura. Aunque fuera cierto que Sébastien está allí, ¿qué es lo que pretende hacer Berthe? ¿Presentarse en un pueblo tomado por los alemanes y rescatarlo? Se ha vuelto loca. Debemos llevárnosla de aquí y ponerla a salvo.

–¿A Berthe? ¿De verdad crees que algo de lo que le digas la va a detener si piensa que Sébastien está en peligro? Ni siquiera tú podrías convencerla, Irène. Tenemos que ayudarla.

–¿Ayudarla? ¿Cómo? Lo único que se me ocurre es avisar al capitán Billet de sus intenciones. –Irène fijó su mirada en la mueca de horror que se le escapó a Shirley al escucharla–. ¿Qué pretendes que hagamos? ¿Acompañarla? ¿Tú también has perdido el juicio? –Calló de repente, apretó los labios y bajó la mirada. Deslizó la yema de los dedos por el lateral del *petit curie* hasta llegar a la puerta del conductor–. Intenta convencerla por todos los medios, Shirley. Si es necesario, busca al capitán, ¡aunque no te guste! ¡No podemos hacer otra cosa! Yo necesito revisar el motor del *petit curie* antes de ponernos en marcha. Os espero en la puerta del *château* para salir de aquí.

–¿Y si no puedo, Irène?

–Si comete esa locura, buscaremos ayuda en Barleduc, ¡pero debemos mantenernos a salvo! ¿De qué vamos a servirle a Berthe muertas? Mi responsabilidad es llevar el *petit curie* de vuelta.

–¿Tu responsabilidad? ¡Irène! No me puedo creer que seas capaz de abandonar a Berthe. ¡El *petit curie* es un maldito trozo de metal!

–¡No la estoy abandonando! ¿No te das cuenta? Si es tan estúpida como para ir hacia territorio enemigo, lo mejor para ella es que se lo contemos a alguien con el poder suficiente como para organizar su rescate.

–¿Mercier? –La pelirroja no pudo evitar la ironía.

–Mercier dimitió, ¿recuerdas? Buscaremos al secretario Guilleaux, es un buen hombre. Le pediremos ayuda, si es preciso. Shirley, no tienes ni idea de lo importante que es el *petit curie*. ¡Lo que tienes que hacer es traer a Berthe contigo!

Shirley se dio la vuelta y corrió hacia el almacén, aunque las piernas le ardían. También sentía las mejillas enrojecidas de nuevo, aunque no era por el esfuerzo. Su idea de lealtad era otra. Giró la cabeza y le dirigió una última mirada a Irène en la distancia. Había tomado su propia decisión al respecto.

* * *

Berthe había dejado de escuchar su nombre, así que supuso que había perdido a Shirley entre el caos que movilizaba a todos los residentes del hospital de campaña. Cuando llegó al almacén, se apoyó en una de sus paredes y se dejó caer hasta que notó el suelo bajo ella. Necesitaba tomar un sorbo de aire con el que poder continuar. La vista se le nublaba y todo a su alrededor volvía a teñirse de rojo. Cada una de las visiones que había tenido desde que era una niña se sucedían en su cabeza para atormentarla. Volvía a ahogarse entre borbotones de sangre como su padre; sentía sus espasmos mientras expiraba sobre su cama de Dijon. Notó después cómo los huesos le crujían y se astillaban, clavándose en la carne y atravesándola, como cuando la carga de aquel tren sepultó a su hermano; la frente le llameó con la fiebre y el corazón se le agotó por las ganas de morir mientras se consumía entre las sábanas en la habitación azul contigua a la suya. Continuó ardiendo después, pero en esa ocasión lo hacía en un agujero oscuro y húmedo; al mismo tiempo temblaba de frío y el hielo se alzaba en llamas sobre su piel. Sabía que esa visión era por Sébastien. Era Sébastien quien ardía. En cada una de esas ocasiones, ella había llegado tarde para salvar a quien quería, a pesar de haberlo visto en su mente. Pero esa vez no, no lo permitiría.

Se incorporó al tiempo que una corriente de aire secaba sus lágrimas y templaba su ánimo. Debía mantener sus emociones a buen recaudo si quería sobrevivir. Echó un vistazo al interior del almacén. Estaba casi vacío; se había equivocado al ir a buscar allí lo necesario. Chasqueó la lengua y escupió una maldición, insultándose por su negligencia. Lo que necesitaba estaba en los quirófanos de los «Nueve Círculos». El estallido de un obús hizo temblar las paredes y Berthe tuvo que sentarse de nuevo para evitar un golpe. El techo comenzó a crujir y una nube de polvo cayó sobre ella. En cuanto pudo, salió

corriendo de allí para quedarse inmóvil al alcanzar el exterior, contemplando lo que quedaba del barracón donde se situaban los quirófanos. La galería se había derrumbado y parte de la pared exterior también. La caravana de evacuación comenzaba a ponerse en marcha y una hilera de vehículos rodaba por el camino hacia Barleduc entre los gritos y lamentos de los heridos a los que aún no habían podido atender. Berthe se dirigió hacia la zona de quirófanos. Observó que una de las ambulancias no tenía conductor; el convoy le cerraba la salida hacia el camino. Sería la última en irse, pero si alguien decidía viajar en dirección contraria tenía vía libre. Se acercó hacia la ambulancia y abrió el portón trasero. El maletín donde guardaban el instrumental estaba prácticamente vacío, así que lo cogió y cerró de nuevo. Esperaba que la evacuación continuara con la lentitud con la que había visto moverse a los camiones por el barro que cubría el camino. Así tendría tiempo suficiente. Con la caja de madera en sus manos, se adentró entre los escombros de los «Nueve Círculos».

Reconoció los cuerpos ensangrentados de varios sanitarios con los que había trabajado: camilleros, algún cirujano... Intentaba saltar sobre ellos sin rozarlos, como si tocarlos fuera una falta de respeto. Podía ver los fragmentos de metralla incrustados en la carne, que aún crepitaba por el calor. El ambiente era sofocante, aunque el frío y la nieve continuaban azotando el exterior y se colaban por los huecos abiertos por la explosión. Todavía humeaban volutas grisáceas que se retorcían ante ella. Cuando llegó a uno de los quirófanos, abrió la caja y comenzó a meter todo lo que pudo en ella: pinzas, bisturís, gasas salpicadas de sangre, tintura de yodo, una jeringa metálica y dos agujas con su correspondiente estuche. Junto a la mesa donde estaba el instrumental reconoció el sulfato de morfina diluido. No podía saber la concentración que habían utilizado, pero no podía permitirse el lujo de dejarlo allí. Cogió el frasco de vidrio con cuidado y lo encajó en un hueco en la base de la maleta, intentando que no se moviera cuando la izara.

—¿Qué cree que está haciendo, señorita Hinault?

A Berthe le recorrió un escalofrío que le revolvió las entrañas al escuchar tras ella la voz del capitán Billet. No era el tono profesional que utilizaba cuando trabajaban juntos, no. Era algo personal; esa cadencia de las sílabas, como si las retuviera un instante más de lo necesario en la lengua al hablar, al igual que la retuvo a ella después de vaciarse entre sus piernas la última vez. «Un favor por otro favor», le había dicho mientras cerraba la puerta de su habitación cuando le fue a ver para contarle la situación de Lorraine en Baleycourt.

—Recogiendo material que aún se puede utilizar. Estamos escasos de recursos

como para dejarlos atrás –contestó sin volver la cabeza. Escuchó los pasos de Billet acercándose a ella y se encogió de hombros en un gesto inconsciente cuando notó su mano asiéndole de la cintura. La obligó a girarse. Las paredes temblaron; su cuerpo también.

–Mírame a los ojos. ¿Crees que puedes mentirme? Te conozco más de lo que crees, Berthe Hinault. Y sé que tramas algo. –Le aferró la cabeza y forzó un beso.

Irène sintió cómo uno de sus dientes le rasgaba el labio y el sabor de la sangre en su paladar justo después. A pesar de la nube de humo y del olor a quemado, tan solo percibía el olor de la piel de Billet. Se obligó a mantenerse inmóvil, sin dejar caer el maletín con su preciada carga. Se tragó un gemido y las náuseas que le producía la saliva de aquel hombre en su boca.

–Curiosa forma de demostrarme el asco que te doy, ¿no? ¿No es eso lo que dijiste a tus amigas en el *château*? –Acercó la boca al oído de Berthe y le susurró–: Chica mala... Lo que no sabes es que disfruto con esto, doblegando tu voluntad, someténdola a mis deseos. Fui el primero, me perteneces. Eres mía y te vas a venir conmigo ahora mismo. ¡Ya no necesitarás esto! –Le arrancó el brazalete con el distintivo de la cruz roja del brazo.

Berthe lanzó una interjección de furia e intentó soltarse. Las explosiones resonaban en el exterior y una nube de polvo cayó sobre ellos.

–¡Yo no soy de nadie! ¡De nadie!

El capitán Billet aumentó la presión de sus brazos sobre el cuerpo de la enfermera e intentó cogerla en volandas.

–¿De verdad? ¿Ni siquiera de tu prometido? Eres una mentirosa, como todas. ¿Le juraste amor eterno? Claro que sí, y mira bajo quién abriste las piernas a la primera oportunidad. No eres más que una puta que se ha vendido para conseguir algo a cambio. ¡Ah, ah, ah! –La retuvo un poco más fuerte y le tapó la boca con la mano para silenciar otra protesta–. Me gustan las putas, ¿sabes? Eres la mía, y te vas a venir conmigo en el camión, enfermera Hinault. Ya pensaré qué hago contigo cuando lleguemos a Barleduc.

Berthe logró morderle el dorso de la mano y Billet gritó de dolor. Con la otra mano, abofeteó a la muchacha con tal fuerza que esta cayó contra la camilla situada en el centro del quirófano. Sonó un chasquido cuando el maletín golpeó contra el suelo.

–¡Maldita seas! –La voz masculina le retumbó a Berthe dentro de la cabeza como el ulular de la sirena del hospital. El ardor le recorrió desde la oreja a la comisura izquierda del labio. Billet la agarró por el pelo y tiró de ella para

incorporarla—. Tendré muy buenos momentos contigo, estoy seguro. Pero tengo que enseñarte un par de cosas.

—¡No, no, no! ¡Por favor! Tengo que ir a Douaumont, tengo que... —Se escabulló, retorciendo su cuerpo hacia un lado para alcanzar el maletín, pero Billet le lanzó una patada y le clavó la rodilla en el vientre. Berthe soltó todo el aire de golpe y se dobló sobre mí misma mientras un dolor lacerante la partía en dos. Escuchó a Billet murmurarle, como si la estuviera consolando, y sintió sus manos acariciándole el cabello. Quería gritar, pero no le salía la voz.

—Y ahora deja de hacer tonterías. Vas a hacer que nos maten por tu culpa.

Entonces se oyó un crujido y Berthe pensó que el techo se les había venido encima al sentir que Billet trastabillaba y caía al suelo. Pero cuando levantó el rostro, vio a Shirley blandiendo uno de los tarros de vidrio que utilizaban para almacenar los medicamentos. Billet se llevaba la mano a la nuca, confundido por el golpe.

—¡Vamos, Berthe! ¿Puedes moverte? —le preguntó la pelirroja, tendiéndole el brazo.

La enfermera no tenía fuerzas para contestar, pero el miedo fue capaz de levantarla. Se apoyó en Shirley y dejaron allí a Billet, que gritaba incoherencias mientras intentaba ponerse en pie. No tardaría en seguirlos y debían aprovechar la ventaja. Recorrieron los pasillos con menos delicadeza de lo que lo había hecho Berthe la primera vez, pisoteando los cuerpos destrozados de los muertos en su huida.

Cuando llegaron al exterior, el convoy de ambulancias había reducido su longitud a la mitad. El fuego se propagaba por las tiendas de tela a través de las ráfagas de viento y las lenguas de un vívido rojo se convertían en una humareda que descendía a ras de suelo en lugar de ascender. Shirley vio al *petit curie* a través de la cortina negruzca, maniobrando para intentar llegar a la entrada del *château* como habían quedado. Miró a Berthe. Se aferraba al maletín como si le fuera la vida en ello.

—No voy a poder convencerte de que no lo hagas, ¿verdad? Irène nos espera para marcharnos juntas.

—¡Vete, Shirley! ¡Yo tengo que ir a por él! —pidió mientras dirigía sus ojos enrojecidos hacia la ambulancia aún abandonada.

La pelirroja siguió su mirada y vio el camión. Comprendió que ya había elegido su vía de escape. Dos camilleros transportaban a uno de los heridos en esa dirección, aunque les quedaba un trecho para llegar. Giró después la cabeza hacia los «Nueve Círculos»; la silueta del capitán se recortó contra la luz

anaranjada; el incendio había alcanzado la parte del tejado que estaba indemne. Caminaba, inestable, con la mano sobre la zona de la cabeza donde Shirley le había golpeado.

–¡Vamos! –apremió a Berthe. Y la aferró por el antebrazo para que echara a correr junto a ella. Alcanzaron la ambulancia y abrió la portezuela trasera. Le quitó a la enfermera el maletín de las manos y lo colocó con cuidado sobre el suelo del vehículo–. ¡Gira la manivela! –le pidió mientras ella se acomodaba frente al volante. Escuchó los gritos de los camilleros, que habían dejado al soldado en el suelo y corrían hacia ellas. Berthe se quedó clavada en el sitio y abrió los labios para iniciar una protesta, pero Shirley la interrumpió–: ¿Cómo vas a marcharte sola si no sabes conducir?

–¡No puedo ponerte en peligro así!

–¡Cállate, Berthe! Por primera vez soy libre de hacer lo que me venga en gana, y yo no abandono a quien quiero. ¡Gira la maldita manivela!

El azul de los ojos de Berthe se agitó y sacudió la cabeza al borde de las lágrimas. Impulsó la manivela con el peso de su cuerpo y comenzó a darle vueltas todo lo rápido que pudo. El motor rugió sin titubeos y la enfermera saltó al interior del habitáculo. Shirley aferró con fuerza el volante mientras las ruedas luchaban contra el barro. No miraron hacia atrás. Las estelas de los obuses volvían a cruzar el cielo hacia Baley Court y los estallidos en tierra no se hicieron esperar. Las dos muchachas se encogieron inconscientemente con el estruendo. Cuando se adentraron en el camino, ahogado por una oscuridad apenas vencida por los faros, y las luces rojizas del fuego quedaron a su espalda, la joven inglesa sintió la mano de Berthe sobre la suya.

–Gracias, Shirley.

* * *

Irène dejó arrancado el *petit curie* y se bajó de él para buscar a sus compañeras con la mirada. El *château* era el único edificio que se mantenía indemne por el bombardeo alemán y se alzaba, entre majestuoso y solitario, sobre el caos que reinaba en la explanada principal. La angustia le atenazaba el pecho. Debía irse ya, aprovechar esa breve tregua del enemigo antes de que comenzaran las explosiones de nuevo. Porque estaba segura de que no era el final, como ocurrió en el primer bombardeo de Verdún.

–¿Dónde están? –El capitán Billet llegó corriendo hacia ella. Se frotaba la nuca con un gesto de dolor. Tenía las manos cubiertas de sangre fresca.

–¿Dónde están quiénes, capitán? ¿Se encuentra bien? –Irène avanzó hacia él. El hombre la agarró del brazo y se lo apretó con fuerza. Acercó el rostro desencajado al suyo. El corazón de la muchacha comenzó a palpar sin control y el aire apenas lograba entrar en su pecho.

–Hinault y St. John. ¿Dónde... están?

–¡Suélteme! –La cabeza le daba vueltas y solo podía ver la figura del soldado Argoud, su secuestrador, sobre ella. Comenzó a dar patadas y manotazos hasta que Billet la soltó. Un dolor agudo le ascendía por el brazo desde el punto donde el hombre le había clavado los dedos. Caminó hacia atrás hasta que su espalda tocó el *petit curie*. Se encontraba sin resuello.

–¡Me ha hecho daño, capitán! –Jadeó sin recuperarse del todo–. ¡No sé dónde están! Las estoy esperando. –Entonces se fijó en que Billet llevaba algo en el puño. Era el brazalete del que Berthe jamás se separaba–. ¡El distintivo de Berthe! ¿Qué le ha hecho, capitán? –Le miró a los ojos y sintió miedo. Eran de escarcha. Todo lo que hubiera debajo estaba cubierto por la ira, una capa de hielo despiadado sobre el que no podía crecer nada.

–Nada que no se mereciera y menos de lo que habría querido –musitó–. ¡Suba al coche, señorita Curie! A usted no puedo permitirme perderla, es demasiado valiosa.

–¿Y a Berthe y a Shirley sí? –protestó ella, aunque tragó saliva al observar la mueca que le dirigió Billet.

–¿De verdad quiere que le conteste? –Le lanzó el trozo de tela blanca adornada con la cruz roja–. ¡Aquí tiene un recuerdo! ¡Y ahora suba al *petit curie*!

Irène se sentó en la parte delantera mientras Billet aferraba el volante y dirigía el vehículo hacia la cola del convoy. Una nueva explosión hizo que el aire vibrara de nuevo y trajera fragmentos de tierra que impactaron contra la carrocería. La muchacha no cesaba de barrer con la mirada las zonas por las que circulaban, sin éxito. Abandonaban BaleyCourt, pero un pedazo de Irène se había ido con sus amigas y no sabía si lo recuperaría jamás. Apretó el brazalete contra el pecho. La culpa comenzó a roerle las entrañas, no había hecho nada por ayudar a Berthe y a Shirley.

Capítulo XXIII

Prisioneros

Barleduc, 1 de marzo de 1916

La doctora Nicole se sacudió la chaqueta del uniforme en un gesto automático mientras esperaba a que le abrieran la puerta del prostíbulo. Conocía su existencia y las visitas de los soldados a las casas señaladas con luces: rojas si eran soldados rasos y azules para los oficiales. Carraspeó. Debía confesar que se sentía bastante incómoda y miró hacia los lados para comprobar que no había nadie alrededor.

La hoja de madera crujió y por el resquicio pudo ver el rostro de una mujer mayor. Sobre el gris que la envolvía, los dos aros rojos que adornaban sus orejas captaban toda la atención.

–Vaya, vaya... Quizá pueda atenderla personalmente, señorita. –El tono de voz era meloso, con un toque lascivo que desagradó a Nicole.

–No necesito sus servicios, señora. Estoy buscando a una persona. Una tal... Claudine Meurent.

La madame se apoyó en el quicio de la puerta y cruzó los brazos sobre el pecho.

–Pues sí que está solicitada la pequeña Claudine. A mí también me gustaría que volviera, pero ahora está ocupada con alguien más importante, nada más y nada menos que con el director médico Guilleux. Pregúntele a él.

–¿Está segura? –Nicole frunció el ceño. Acababa de llegar al hospital de Barleduc y le habían presentado al director tras acomodar a sus pacientes. Le había parecido un hombre agradable que no le dispensó un trato especial por ser mujer, como ella había temido.

–¿Que si estoy segura? Dígale a Claudine que aún tiene una cuenta pendiente conmigo.

La puerta se cerró con un golpe seco y Nicole apretó los puños. Se sintió

insultada; no supo muy bien por qué. Dio media vuelta. El viento arreciaba y traía consigo el olor de la nieve mezclado con algo más, un aroma picante que la doctora identificó al instante: tierra quemada, combustible, pólvora. Observó los vetustos edificios con sus tejados a dos aguas, incólumes, y el empedrado de las calles insultantemente limpio bajo sus botas. Sintió una furia helada contra aquella gente que no había pisado el barro y la sangre, que no había buscado supervivientes bajo los cascotes tras el estallido de un obús. Apretó los puños y estuvo tentada de girarse para llamar de nuevo a esa puerta y decirle a la mujer que regentaba el prostíbulo lo que pensaba de ella, pero no lo hizo. Respiró hondo y comenzó a caminar de vuelta al hospital. No merecía la pena gastar su energía en acciones inútiles. Le quedaba poca. Estaba tan cansada que ni siquiera podía conciliar el sueño. Su insomnio había tenido parte de culpa en esa visita tan temprano a aquella zona de la ciudad.

Con la ayuda del leal Fouquet, había acomodado a sus pacientes en el edificio Jeand del complejo. Era la última edificación que el Estado Mayor había anexionado para el cuidado de los heridos y la más pequeña. El hospital, pese a ser enorme, estaba al límite de su capacidad y el director Guilleux le había comentado la conveniencia de reubicarlos en otros hospitales aún más alejados. Ella se encargaría de acompañarlos en caso necesario. La había felicitado por el trabajo realizado y le había ordenado que se retirara a descansar. Lo intentó. Echada en la cama que le habían asignado, el zumbido constante y lejano de la batalla era un recordatorio de lo que había vivido, de lo que estaban viviendo sus hombres ahí fuera. Incluso *Dun* estaba inquieto y gemía en sueños mientras sacudía con saña las patas traseras. Nicole, harta de dar vueltas sobre el colchón, recordó de pronto las cartas de aquel soldado moribundo que apareció en la evacuación de Glorieux; aún las guardaba en un bolsillo de su chaqueta. No sin cierto rubor, las sacó de sus sobres y comenzó a leerlas. No se tenía por una mujer romántica, sino más bien práctica. De hecho, cuando dedujo que su matrimonio jamás funcionaría, no tuvo reparo en solicitar el divorcio aunque supusiera que su familia se llevase las manos a la cabeza. Pero el destinatario de aquellas cartas las había conservado hasta el último momento en su pecho. Le pareció que era de justicia entregárselas a su dueña, así lo habría querido el soldado. En la última misiva, la mujer desvelaba sus planes de viajar a Barleduc para trabajar en el prostíbulo de madame Clarabella. Lo narró sin darle importancia a su condición, como si fuese una modista que se trasladara de sastrería. Había algo en las letras de esas cartas que le agradaba, un atisbo de la personalidad de la escritora, aunque Nicole percibió el engaño de los

sentimientos plasmados en el papel. El soldado también debió de darse cuenta, no le cabía ninguna duda, pero a la vista estaba que decidió ignorarlo. Así que Nicole decidió que encontraría a aquella prostituta para darle sus cartas. Solo tenía que preguntar a Fouquet por la dirección del afamado lupanar. Y eso hizo en cuanto amaneció.

Se podía haber ahorrado el paseo y la desagradable charla de saber que Claudine Meurent estaba más cerca de ella de lo que suponía, si es que la madame la había informado correctamente. Durante el resto del trayecto estuvo pensando cómo abordar al director Guilleux. Era algo que aludía a su vida privada y ella no era quién para preguntarle, pero desde que había tomado la decisión de devolver las cartas sentía la presión del deber. Y, aunque se había liberado de la carga que había supuesto aquel reloj grabado, algo en su interior la impulsaba a saldar deudas, como si la manecilla de otro reloj interno, el suyo propio, marcara una cuenta atrás.

Ráfagas de nieve sucia le azotaron el rostro en el camino de vuelta, y llegó un momento en el que no sentía ni la nariz ni las orejas. Pequeños cristales, afilados como agujas, convertían sus manos en muñones inservibles. La perspectiva de meterse bajo las mantas y arrebujarse allí sin hacer nada más casi le gana la partida a la necesidad de cerrar círculos imaginarios. Solo un día de descanso antes de continuar. Si pudiera dormir... Un presión molesta en el pecho le hizo detenerse, hasta que cedió y pudo seguir caminando.

La verja que rodeaba el complejo hospitalario apareció entre la bruma invernal. Saludó con un gesto marcial al soldado que se cuadró ante ella y subió las escaleras del edificio principal hacia las dependencias de los oficiales al mando. El borde de la falda chocaba, pesado, contra el canto de cada escalón. Los soldados la adelantaban con energía, avanzando con largas zancadas gracias a sus pantalones. Nicole dedicó un pensamiento funesto al uniforme femenino.

Pidió hablar con el director Guilleux, pero el cabo que la atendió le dijo que aún no había aparecido por el despacho. Agradeció la información y se dirigió sin pensárselo al ala donde se situaban las habitaciones, en la cuarta planta del edificio principal. Quería acabar de una vez y tumbarse un rato. Sus pacientes la necesitaban entera y descansada.

Iba a golpear la puerta donde le habían indicado que dormía el director cuando esta se abrió de repente. Guilleux se sobresaltó y la cerró a su espalda en un gesto instintivo. Nicole abrió la boca, pero se quedó congelada sin saber qué decir, fuera de lugar.

—¿Qué está haciendo aquí, señorita Girard-Maguin? —La doctora percibió un

matiz de irritación en su tono.

–Estoy buscando a una mujer llamada Claudine Maurent. Creo que está con usted. –No quería ser tan cortante, pero no le había gustado el recibimiento de aquel hombre.

El director ni siquiera lo negó; le había cogido desprevenido. Echó un vistazo hacia el pasillo, pero estaba vacío. A esas horas el personal ya estaba en sus puestos. Apoyó de forma imperceptible la mano contra la puerta, como si quisiera asegurarse de que estaba cerrada.

–¿Qué quiere de Claudine? Está bajo mi protección.

–Necesito entregarle unas cartas, pero no creo que sea de su incumbencia.

–¡Todo lo que concierne a Claudine es cosa mía! –Se cruzó de brazos y su mirada se oscureció mientras inspeccionaba a la doctora de arriba abajo, aunque Nicole no era una mujer a la que se pudiera amenazar así.

–Dígale a la señorita Meurent que estaré en Barleduc un par de días, usted sabe dónde encontrarme. –Se dio la vuelta y sintió cómo Guilleux le aferraba de la muñeca para retenerla.

–Como su superior, le ordeno que me entregue esas cartas.

–Como su subordinada, sé que sería una indiscreción por mi parte mencionar lo de su protegida en ciertos círculos. Así que no lo haré, igual que usted no puede imponerme su voluntad en mis asuntos personales, ¿no es cierto?

El director la soltó y la duda le hundió los hombros durante un instante.

–No se acerque a la señorita Meurent, doctora Girard, o tendré que tomar medidas y su carrera en la medicina puede sufrir un revés.

Nicole no pudo por menos que reírse. A esas alturas, con todo lo que había visto y vivido, con la sangre de los soldados empapando sus manos y los gritos que resonaban en sus oídos cada vez que cerraba los ojos, una amenaza de ese tipo no la inquietaba. Ni siquiera se dignó a contestarle. Le dedicó su mejor sonrisa y se marchó con la barbilla en alto.

Tiempo después, Jean-Luc se preguntaría qué le llevó a volver a entrar en la habitación. Si se hubiera calmado, tal vez el curso de los acontecimientos habría sido distinto, pero abrió la puerta con una mezcla de rabia, miedo y un oscuro sentimiento de posesión que jamás había tenido.

La cama aún estaba deshecha, conservaba el aroma del sexo que habían compartido, y Claudine se encontraba frente a él, desnuda, con los brazos cruzados sobre el pecho. Los rizos se le encrespaban alrededor de la cabeza en destellos dorados.

–Esa mujer venía buscándome.

Esa frase tan simple y el reproche implícito en ella lo oscurecieron aún más.

–Ahora estás conmigo, Claudine, ¿recuerdas? ¿De quién son esas cartas?

La mujer no elevó la voz, no varió su posición, ni siquiera parpadeó. Clavó sus ojos claros en los de él y dijo:

–¿Cómo quieres que lo sepa, si no me has dado la oportunidad de verlas?

–Vaya... Así que tienes curiosidad, ¿no? ¿Algún amante? ¿Buscas algo mejor? Estás a tiempo de correr hacia los brazos de tu piloto; es uno de los participantes en la reunión a la que tengo que acudir ahora mismo.

La muchacha apretó los labios y le dio la espalda. Se acercó a la ventana y apartó la cortina lo suficiente como para ver el movimiento de las ambulancias en la explanada. Jean-Luc no podía verle el rostro, pero sí observó cómo se le tensaban los músculos de la espalda y apretaba los puños. Que estuviera enfadada le indignaba aún más. Esperaba una confesión, un «lo siento» y un gesto de arrepentimiento. Que se acurrucara entre sus brazos y escondiese la cabeza en su cuello, pero no una discusión así. Ni ese silencio.

–¡Ahora no te quedes callada! ¡Te sobran recursos para darme una explicación!

Cuando Claudine habló lo hizo muy bajito, casi susurrando.

–Siempre será así, ¿verdad? Soy la chica fácil, la que utiliza su cuerpo para conseguir lo que quiere, alguien en quien no se puede confiar. Nadie puede amar a una puta, solo poseerla.

–Yo no he dicho eso, Claudine. ¡Estás hablando por mí!

Ella se giró y le sostuvo la mirada con los ojos entrecerrados, como si no fuese capaz de abrirlos del todo o no quisiera ver su imagen completa.

–Estoy muy cansada, Jean-Luc.

Él consultó su reloj. Como era habitual en esos días, estaba desatendiendo sus obligaciones. No podía perder más tiempo con ese asunto.

–Está bien. Aún estás muy débil. Descansa y hablaremos a mi vuelta. –Aferró el pomo de la puerta y le hizo una última advertencia–: Y por favor, no salgas de la habitación.

Más tarde, Jean-Luc analizaría cada detalle de la conversación y repararía en el destello fugaz con el que Claudine reaccionó a esas últimas palabras. Un relámpago visible en el cielo momentos antes del estallido. Pero el estruendo fue una puerta al cerrarse de golpe, aunque él no estaba para oírlo. Cuando regresó, tan solo se encontró una cama deshecha, que a duras penas retenía ya el aroma a sexo, y una habitación vacía.

Douaumont, madrugada del 1 de marzo de 1916

Todo Douaumont era un pozo negro. Se trataba de una oscuridad diferente a la del cielo nocturno cubierto por el humo de los bombardeos que solo era posible mediante la ausencia, la nada, el vacío de una desaparición. Donde debería ubicarse el pueblo se abría un cráter entre bosques arrasados, aún humeantes, y caminos convertidos en zanjas profundas por las rodadas de los vehículos y las pisadas de los soldados. Los graneros, las casas de piedra, el ayuntamiento... todo había desaparecido. Tan solo marcaban su ubicación esqueletos calcinados: los restos de las vigas maestras y de los armazones que los habían sostenido cuando aún había vida.

Durante los veinticinco kilómetros que les separaban de su destino, Berthe se había sumido en una especie de duermevela consciente en el que una única idea, una única voluntad la guiaba. Si consiguiera salvarle, si pudiera acallar los fantasmas de cada alma que había perdido durante el camino, todo tendría sentido, su don habría valido la pena y podría continuar con su vida en medio de aquel caos. Cerraba los ojos cuando se cruzaban con pequeños grupos de soldados que huían, heridos, y agitaban sus brazos para que la ambulancia parase. No quería ver los cuerpos que se estremecían en el suelo agonizando a su paso. Era vagamente consciente de que Shirley estaba a su lado y de que le dirigía alguna palabra de vez en cuando, pero necesitaba silencio y concentrarse en su misión. Aquel lugar parecía sacado del mismo averno del que había renegado años antes. Si no existía un Dios, no podía haber infierno. Sin embargo, su seguridad se tambaleaba aún más al contemplar el paisaje al que llegaban.

Shirley apagó los faros y detuvo la ambulancia antes de llegar al pueblo, al abrigo de unos matorrales altos que no habían sido consumidos por el fuego. Se oían disparos y su sonido se multiplicaba al repiquetear contra los muros derruidos. Lamentos de diferente intensidad se confundían con el ulular del viento y Berthe rogó para que sus fantasmas aún no vinieran a por ella y le concedieran algo más de tiempo. La noche llegaba a su fin y en el horizonte se dibujaba una línea púrpura. Se encontraban en ese punto en el que las sombras eran un poco menos oscuras, aunque engañosas. Entrecerró los ojos para estudiar lo que quedaba del pueblo y dio un toque en el hombro a Shirley. Le señaló el perfil de la torre de una ermita que se recortaba contra la incipiente claridad. Era el único edificio elevado que se mantenía en pie y seguramente el eje de los combates que se libraban en las calles, pero también era su punto de referencia para encontrar la bodega de la que había hablado Philippe. Tendrían que rodear el pueblo para entrar por detrás y que los soldados no las encontraran antes de

llegar. No parecía haber patrullas a la vista y la tregua nocturna era una baza que debían jugar.

Salieron de la ambulancia con sigilo. Berthe cogió el maletín de la parte trasera, deseando que el contenido del frasco no se hubiera derramado debido al forcejeo que había mantenido con Billet. Aún le dolía el vientre por la patada recibida y sus movimientos eran forzados. Sin embargo, una fuerza que no sabía que albergaba le hacía apretar los dientes y continuar. Avanzaron en silencio. Cada sombra, cada ruido les sobresaltaba y aguantaban la respiración para que ni siquiera el aire rozara sus labios. La enfermera miró durante un instante a Shirley. El blanco de su uniforme, aunque sucio por el polvo y la sangre, refulgía bajo el abrigo azulado. Maldijo por no haber tenido tiempo de haber buscado otras ropas más apagadas. Le dieron ganas de darle una bofetada y llevarla de nuevo a la ambulancia para mantenerla a salvo, pero era absurdo. Ya no había vuelta atrás y tendría que asumir su culpa si algo salía mal, aunque en el fondo se sentía inmensamente agradecida por no estar sola. Le abrochó el último botón del cuello para cubrir la camisa, como una madre preparando a su hija para acudir a la escuela. Shirley la miró sin comprender y Berthe suspiró, mientras hacía lo mismo con su abrigo.

Encontraron un muro de piedra que comenzaba junto a la ermita y rodeaba un antiguo huerto ahora calcinado. Apoyaron la espalda contra las piedras y siguieron su perímetro por fuera, buscando el pozo. No podía estar muy lejos. Sus propios latidos les resonaban como algo ajeno y peligroso, por el estruendo que producían dentro de sus cabezas. Como ratas, llegaron al lateral del muro y pudieron ver cómo la tierra se elevaba ligeramente formando una colina. Un obús había herido la tierra y la había fragmentado en pedazos que se amontonaban manteniendo la línea suave que ascendía hasta una pequeña chimenea, única señal que la descubría como una construcción de los hombres y no de la naturaleza. Vieron restos humanos que parecían haber sido sembrados en ese macabro campo de cultivo y nacían de entre las grietas, asomándose como si crecieran buscando el cielo. Berthe pensó en todos los hombres que nunca llegarían a los hospitales, ni a descansar en un cementerio para que los suyos pudieran llorarles.

Se agacharon. Había movimiento en los alrededores de la bodega, pero no podían ver bien lo que pasaba en la oscuridad. Oyeron el ruido de algo pesado arrastrándose por el barro y suaves gemidos, demasiado débiles como para pertenecer a un hombre. Berthe asomó la cabeza, una sombra avanzaba entre los cadáveres y parecía luchar contra algo. Se oyó un lamento y Berthe cerró los

ojos al reconocer esa voz. El aire vibró a su alrededor, sintió su energía tan cerca y a la vez tan débil que se asustó. Apretó el brazo de su amiga con fuerza. Todos sus músculos se pusieron en tensión.

–Es Sébastien –susurró, y el nombrarlo en voz alta lo hizo real. La angustia le robó la respiración y la cabeza le dio vueltas al incorporarse—. Tengo que ir con él.

–¡Berthe! –Escuchó a Shirley y sintió sus dedos intentando retenerla, pero se soltó y la dejó con la mano cerrada en el aire. La maldición que le dedicó también quedó suspendida a su espalda.

Una figura encorvada tiraba de las piernas de un soldado, pero se acurrucó contra una de las rocas cuando se dio cuenta de su presencia. No le dedicó ni una mirada. Su atención se concentraba en el hombre tendido en el suelo. Se arrodilló junto a él y los sollozos se le atascaron en la garganta.

Barleduc, 1 de marzo de 1916

Claudine echó un vistazo a la habitación donde había pasado los últimos días. Tenía la sensación de haber estado presa, y, en cierto modo, así había sido. La mujer que había permanecido allí no era la Claudine que se había reinventado tras tanto dolor, sino otra con demasiado miedo a caer de nuevo. Sin embargo, el agujero se lo había cavado ella misma y había saltado por voluntad propia. Cuando cerró la puerta a su espalda, contrariando la voluntad de Jean-Luc, supo que había hecho lo correcto. Era la dueña de su vida. No había nadie en el pasillo; todo el personal estaba trabajando. Cuanto antes abandonara aquellas dependencias privadas, mejor. Se había vestido de forma decente, Jean-Luc le había llevado el resto de sus cosas a la habitación desde el prostíbulo. Era algo que le tenía que agradecer, aunque en ese momento no era capaz de hacerlo.

Sabía que debía buscar a una doctora recién llegada al hospital de Barleduc. Tenía graduación militar, o eso había entendido por los fragmentos de conversación que escuchó tras la puerta, así que no sería difícil preguntar por ella. Bajó las escaleras con la cabeza gacha, sin cruzar la mirada con los hombres que avanzaban presurosos, ocupados en tareas más importantes; incluso hasta su cárcel de oro había llegado la noticia de que Verdún era una carnicería. Cuando llegó al vestíbulo principal, preguntó a uno de los soldados que guardaban las puertas. Una mujer perteneciente al ejército no pasaba desapercibida y le dijeron enseguida dónde podía encontrarla. Se guardó una carcajada para sí. Era irónico pensar que esa doctora llamara más la atención en un hospital militar que una

prostituta.

Salió al exterior y tomó una bocanada de aire como si paladeara un manjar delicioso. Allí no había peligro de encontrarse con Jean-Luc; sabía que tenía una reunión. Percibió un aleteo en la boca del estómago al pensar que Adrien estaría con él, pero no quiso analizarlo. Tenía cosas que hacer. Diminutos copos de nieve comenzaron a caer, zarandeados por el viento. Claudine elevó el rostro para que cayeran sobre su piel y así despertar del todo gracias a los aguijonazos del frío. El jardín se había convertido en un barrizal por el deshielo y el trasiego de las ambulancias en la tierra empapada. Claudine divisó a la mujer que buscaba al lado de una de esas ambulancias, pero cuando quiso acercarse un enorme pastor alemán se interpuso en su camino. Un gruñido muy bajo le advirtió a la doctora de su llegada y paralizó a Claudine.

–¡Quieto, *Dun!* –ordenó su dueña mientras hacía una seña con la mano. El perro sacó la lengua y trotó hacia ella sin rastro de animadversión–. ¿Desea algo? –le preguntó, ladeando la cabeza en un gesto inquisitivo. A pesar de su baja estatura, la mujer imponía respeto.

–Estoy buscando a la doctora Nicole Girard-Mangín. Creo que tiene algo para mí.

–¿Y usted es...?

–Claudine Meurent.

–En ese caso, creo que es mejor que hablemos en otro sitio. ¿Le apetece dar un paseo fuera del recinto del hospital? –A Claudine le pareció que la doctora barría la explanada con la vista, buscando a alguien. Por toda respuesta, la muchacha comenzó a caminar hacia la salida. Nicole prosiguió mientras la acompañaba–: Parece que ha dado esquinazo a su perro guardián.

–Supone bien –Claudine esbozó una sonrisa a su pesar; esa mujer decía lo que pensaba–, pero no tengo por qué darle explicaciones. No me conoce de nada.

–Tiene razón. No tengo la costumbre de meterme en vidas ajenas. Y sin embargo, creo que sí la conozco un poquito. –La doctora sacó un fajo de cartas del bolsillo de su abrigo y las miró con una sonrisa apenada–. Estas cartas las escribió usted para un soldado llamado Philippe Cavalier. Y tendrá que disculpar mi curiosidad, pero las he leído.

Claudine se estremeció. Hacía tiempo que no pensaba en Philippe, y eso que era uno de sus clientes más fieles. Alargó la mano y sostuvo los pliegos sobre ella. El tacto del papel le resultó curiosamente reconfortante y, a la vez, tan lejano como si las hubiera escrito en otra vida. Había compartido una correspondencia fluida con Philippe y en algún momento pensó que, acabada la

guerra, podría comenzar algo más serio con él. Le hacía reír. Se le erizó la piel, anticipando la respuesta que le daría la doctora.

—¿Dónde está Philippe?

Douaumont, 1 de marzo de 1916

Shirley continuó maldiciendo para sí mientras veía cómo la enfermera salía de la protección del muro y corría hacia la colina. Mientras conducía aquella ambulancia, se había preguntado varias veces si la decisión de seguir a Berthe había sido la correcta y siempre se había contestado a sí misma que no, pero su corazón habría hecho lo mismo si pudiera volver atrás, así que se incorporó y fue tras ella. Al salir a campo abierto, un peso se le instaló en la base de la nuca; la sensación de que entre aquellas ruinas alguien las observaba, el cosquilleo premonitorio de una catástrofe. A pesar de eso, prosiguió.

Cuando se acercó, pudo ver dos figuras que yacían en el suelo. Berthe estaba arrodillada junto a una de ellas y abría el maletín entre gemidos ahogados para rebuscar en su interior. La otra se mantuvo ovillada hasta que sus miradas se cruzaron. Entonces se irguió y le aferró el brazo. El rostro de una mujer joven la observaba con unos ojos oscuros, hundidos y muy abiertos, tras el chal que cubría su cabeza. Había visto antes esos rasgos que afilaban los rostros; era por la deshidratación. El cabello alborotado estaba cubierto de tierra y sangre, al igual que sus manos despellejadas. Un olor nauseabundo le hizo arrugar la nariz. Le resultaba conocido; era el mismo que desprendían los soldados a los que acompañaba en el «Aqueronte», pero en la muchacha era muy intenso, como si se hubiera bañado en él. La desconocida abrió los labios agrietados e intentó hablar, le costaba mucho esfuerzo. Ella debía de haber ayudado al soldado a arrastrarse. Se podía ver la huella de su cuerpo en el barro fresco y su intento de alejarse, desde un agujero abierto entre los escombros de la antigua entrada a la bodega.

—¡Te... tenemos que salir de aquí! —La urgencia de su voz fue tal que Shirley miró a su alrededor esperando un ataque inminente. Fue entonces cuando escuchó el llanto débil que provenía de entre las ropas de la muchacha. Era un bebé—. Se han ido, pero no están muy lejos. ¡No sé dónde! Tenía que salir... tenía que salir o los tres moriríamos en esa ratonera. Sus dedos se clavaron en el antebrazo de Shirley como si no le dolieran las heridas que le abrían las yemas.

—¿Alemanes?

La mujer asintió y acomodó el cuerpecillo que se removía contra su pecho. La

pelirroja tocó el hombro de Berthe, pero ella estaba centrada en el hombre herido. La zarandó para captar su atención.

–¡Berthe! ¡Hay que irse! ¡Ya!

–¡Se está muriendo!

Fue entonces cuando Shirley pudo ver por completo al soldado tendido en el suelo, justo después de que sus ojos contemplaran el rostro desencajado de su compañera, las lágrimas que marcaban surcos claros en las mejillas sucias y el oscuro pozo de sus pupilas dilatadas. A través de ellas se desvelaba parte de esa alma que había mantenido siempre oculta. Y la pelirroja buscó la causa del dolor de su amiga en aquel hombre herido. Debía ser Sébastien, pero en vez del espíritu benefactor de la tierra que ella se había imaginado, robusto y vivaz, se encontró con un hombre destrozado. Y entendió la desesperación de Berthe. En la mitad derecha de su cuerpo se abrían cráteres de diferentes tamaños, pliegues y grietas que lo retorcían y deformaban. La carne se había fundido con la tela del uniforme formando costras que se adherían al músculo, placas que supuraban un líquido amarillento en unas zonas, teñido de sangre en otras. Apenas respiraba, y con cada bocanada de aire se le desfiguraban las facciones por el dolor. Shirley tragó saliva.

–Moriremos todos si no salimos de aquí ahora, Berthe. Y no podrás ayudar a nadie jamás. ¡En la ambulancia podrás atenderle mientras conduzco!

La enfermera miró a su alrededor y pareció reaccionar. Por primera vez se percató de la presencia de la muchacha con el bebé y sus facciones dibujaron la mueca de determinación que siempre mostraba ante las situaciones complicadas. Asintió.

–Ayúdame a llevarlo hasta la ambulancia.

Berthe y Shirley lo arrastraron, cogiéndole cada una por una pierna. El cuerpo inerte pesaba más de lo que parecía y el camino se hacía mucho más arduo con cada paso. La pelirroja desvió la mirada hacia su compañera, intentando aislarse de los gemidos ahogados del hombre, pero no lo consiguió: a cada lamento de Sébastien, Berthe se mordía el labio y fruncía el ceño como si el dolor lo sintiera en sus propias entrañas. La otra mujer avanzaba tambaleándose con los brazos cruzados sobre el pecho para proteger al bebé. Se detuvo un momento junto a unos matorrales y cogió un puñado de nieve para metérselo en la boca.

–Tengo mucha sed –murmuraba–. La niña necesita comer. No lo conseguiremos. No... –Pero siguió moviendo los pies sin dejar de mirar hacia los lados.

La visión del vehículo entre las ramas les arrancó un suspiro. Shirley aún

percibía aquel cosquilleo en la base del cuello, pero se dijo que era puro miedo, nada más. Cuando Berthe comenzó a dar órdenes se sintió más segura. Mientras la campesina se sentaba dentro, ellas izaron con sus últimas fuerzas a Sébastien y lo tendieron en la camilla anclada en la caja del camión. La enfermera subió de un salto junto a él y, antes de cerrar la portezuela, le dirigió una mirada de urgencia.

–Llévanos lejos de aquí, Shirley. ¡Rápido!

La joven inglesa se acomodó al volante y arrancó el motor. El ronroneo hizo que su cuerpo vibrara y le relajó los músculos en tensión. Encendió los faros.

–Me llamo Emille –le dijo la muchacha.

–Lo sé –contestó sin desviar la mirada–. Tu amiga Lorraine nos trajo hasta aquí.

Las sombras aún se adherían a los rincones, aunque en el cielo predominaba el añil. Los disparos comenzaron a multiplicarse en las calles del pueblo con el amanecer. La tregua nocturna se había acabado. Shirley se concentró en lo que veía y reconoció el camino que debía seguir de vuelta. Respiró hondo. Lo iban a conseguir. En unos kilómetros estarían a salvo de la lucha y podrían atender a Sébastien en un hospital. Entonces la mano de la campesina aferró el volante y su grito hizo que Shirley pisara el freno.

–¡Cuidado! ¡Hay un hombre allí!

El estruendo en la parte trasera fue seguido por una maldición de Berthe. Algo se había puesto patas arriba y Shirley se alegró de no estar con la enfermera en ese momento. Enfrente de ella, la luz de los faros iluminaba la silueta de un hombre sentado en la tierra, con la espalda apoyada en el tronco de un árbol. Llevaba un uniforme alemán. Se tapó los ojos con la mano para protegerse del fulgor repentino. Respiraba de forma pesada con la boca abierta, como si le costara un mundo conseguir el aire con el que llenar sus pulmones. La pelirroja giró el volante para desviarse y continuar, pero Emille se lo impidió.

–¡Para! ¡Lo conozco! ¡Es un buen hombre! –Shirley la miró y leyó una súplica–. Nos salvó a mí y a mi pequeña en una ocasión.

–¿Qué demonios pasa? –La voz de Berthe tembló entre el miedo y el enfado.

–Creo que tenemos que atender a otro herido.

–¿Pero qué...? –La enfermera dio un golpe a la madera que separaba los habitáculos y se escuchó cómo se abría la portezuela. Shirley bajó a su vez del vehículo, preparada para una reprimenda, pero no hubo tiempo.

–*Schau mal, wen wir da haben.*

Shirley se estremeció al escuchar una voz que hablaba en alemán desde algún

punto de la espesura y que decía «Mirad a quién tenemos aquí». De las sombras surgieron tres soldados que las apuntaban con sus fusiles. Por alguna razón, cambiaron el gesto al verlas. Mostraron una sonrisa torcida y las señalaron con el dedo mientras se jaleaban entre ellos, más relajados, hasta que un hombre grueso de enorme bigote y la piel brillante por el sudor les hizo callar. Emille lanzó un gemido cuando lo vio. El aire vibró por el miedo. No deberían diferenciarse de los soldados heridos que habían atendido en el hospital de campaña; eran hombres, al fin y al cabo. Pero ahí, en mitad de la nada, con las sombras hundiendo sus rasgos en la penumbra, las armas despidiendo un frío que amenazaba de muerte, eran monstruos. Incluso sus uniformes parecían más oscuros y las líneas de sus perfiles se desfiguraban con cada movimiento, como si bajo los cascos metálicos habitaran demonios. Las miradas de Shirley y Berthe se cruzaron. Ambas albergaban el mismo pánico. Estaban bajo su merced.

–*Kannst du ihn heilen?* –preguntó uno de ellos mientras señalaba a su compañero, herido con el cañón del fusil.

Quería saber si podían curarlo. Shirley afirmó repetidamente con la cabeza. Claro que podían ayudar al herido. Harían todo lo que quisieran para que las dejaran marchar.

–Quieren que atendamos al soldado del árbol, Berthe.

–¡Tenemos a Sébastien dentro! –Como si hubiera sido convocado, se escuchó un gemido desde el camión. Los alemanes se pusieron en guardia y gritaron a la vez. Amenazaban con los cañones y los agitaban en el aire, hasta que las muchachas se arrodillaron con las manos sobre la nuca, temblando. Emille comenzó a sollozar mientras apretaba a su pequeña contra el pecho. Uno de ellos se asomó al interior del vehículo con el fusil preparado y les anunció su descubrimiento a los demás. Se oyó un golpe y las amenazas del soldado alemán mientras le preguntaba dónde estaban los demás miembros de su batallón. El lamento de Sébastien se tornó aún más agónico.

–¡Diles que curaremos a su compañero si no le hacen nada a Sébastien, Shirley! –ordenó Berthe con los labios pálidos y los ojos desencajados–. ¡Díselo!

–*Wir werden uns um ihren partner kümmern, aber berühren sie bitte nicht den verletzan Franzosen.* –Las palabras en un idioma que no practicaba desde niña le arañaron la garganta y tuvo que carraspear para repetirlas con claridad. El que parecía al mando se le acercó y se agachó hasta que su rostro congestionado estuvo a poca distancia. Aferró uno de sus mechones anaranjados y se lo llevó a la nariz mientras aspiraba con deleite. Por un instante, los ojos claros de Shirley se cruzaron con los del alemán y la bilis se le subió a la garganta. El hombre le

sonrió y musitó muy cerca de la boca de la joven:

–*Abgemacht, und... wir werden später sehen...*

«Trato hecho, ya veremos después», tradujo ella para sí las palabras del alemán. El gesto del hombre reveló satisfacción al ver cómo Shirley apretaba los labios y fruncía el ceño por el esfuerzo de mantener la compostura.

La pelirroja solo fue capaz de asentir con la cabeza, sin poder articular palabra alguna, y rehuyó el gesto inquisitivo de Berthe. Sabía que ella había reparado en su palidez repentina al escucharle, en el encogimiento de hombros para intentar hacerse más pequeña, en cómo retuvo la respiración para evitar compartir el mismo aire. Lo que no le quiso mostrar a su amiga fue que había visto, en la mirada del soldado alemán, cuán grande era el odio de quien podía decidir su destino.

Capítulo XXIV

La decisión

Barleduc 1 de marzo de 1916

Claudine sintió la presencia de Adrien antes de verle. Sabía que se encontraba entre los hombres que bajaban las escaleras desde la planta del hospital donde se encontraban los despachos del alto mando, así como sabía que Jean-Luc también estaría.

Esperó entre las sombras, en un rincón fuera de su vista. Se llevó al pecho el bolso diminuto que colgaba de su muñeca y lo estrujó contra él. En su interior guardaba aquello a lo que se aferraba en los momentos difíciles, un trozo de tejido deshilachado y amarillento por todas esas noches en las que se había dormido apretándolo en su puño; pequeño..., tan pequeño como el pie para el que lo había confeccionado. El corazón le latía cada vez más fuerte mientras veía cómo el grupo pasaba a pocos metros de su lado sin percatarse de su presencia. La comitiva se fue separando a medida que los integrantes iniciaban conversaciones privadas. Reconoció la figura de Jean-Luc alejándose de allí. Debatía con otros dos oficiales mientras caminaba con gesto abatido. En realidad, todos ellos parecían formar parte de un cortejo fúnebre debido a los últimos acontecimientos, pero eso a Claudine le daba igual, tan solo pensaba en cómo abordar a Adrien. Sentía el peso del destino en la nuca, en esa conversación se decidiría algo importante para ella, vital. La noticia de la muerte de Philippe había sacudido los cimientos sobre los que había intentado cambiar de vida y se había convencido de que debía ser sincera con ella misma. Para eso necesitaba contarle a Adrien la verdad de lo que había sucedido. Los latidos le retumbaron en las sienes al ver cómo el último grupo descendía por los escalones. Allí estaba.

Se acercó lentamente y pareció que él también la intuyó, porque se quedó rezagado del resto sin darse la vuelta aún.

–Adrien...

Se quedó absorta en aquellos ojos que se clavaron en ella cuando el hombre se giró. Allí podía encontrar lo mejor y lo peor, el cielo y el infierno. Y lo sabía porque ya había estado en cada uno de ellos gracias a una mirada suya. Se merecían la verdad. Ambos.

–¿Qué haces tú aquí, Claudine? Deberías haberte marchado a París con Alain. ¿Nadie te ha dicho que los alemanes han ganado posiciones?

–Si son capaces de tomar Verdún, nada les detendrá hasta París. ¿Qué más me dairme que quedarme aquí, cariño? –Enseguida se dio cuenta de que llamarle así había sido un error. Aquel apelativo le surgió de forma natural al estar aún anclada en su mirada, como si no hubiera pasado media vida entre los dos. Percibió el golpe de efecto que surtió en él. Suavizó sus rasgos durante un instante, pero al punto elevó una barrera contra ella y sus ojos se oscurecieron—. Sabía dónde encontrarte.

–¿Para qué has venido a verme? Tengo que volar en breve. El apoyo aéreo será vital para la defensa de Verdún. ¿Te han informado de eso tus contactos? – Adrien utilizó esa ironía que le sacaba de quicio, pero Claudine la ignoró.

–Necesito que hablemos, y la guerra va a seguir estando cuando acabemos. Tenemos algo pendiente, una batalla que está durando demasiado y que es la que me importa ahora. Necesito que termine ya, Adrien. Y para eso, tengo que contarte algo importante que no sabes. Quizá después podamos ofrecernos una tregua, estar en paz. Es lo único que quiero. –Claudine le tomó de la mano y sintió el hormigueo en la boca del estómago. Añoraba el contacto de su piel, aunque percibió la rigidez con la que recibió el suyo—. Ven, sentémonos.

Adrien se quedó parado, resistiendo el tirón de Claudine. Apretó la gorra de su uniforme de piloto en el puño izquierdo.

–Solo necesito un rato a solas contigo. Solo necesito...

–Claudine, me rindo. No te entiendo. ¿Qué buscas después de tantos años? No quiero recordar nuestra historia, no quiero... Eso se acabó.

–¡Ni siquiera lo has intentado! ¡Me lo debes! –El calor le azotó las mejillas y le soltó la mano de golpe.

–Yo no te debo nada, Claudine. Eso que te quede claro.

Claudine le golpeó el pecho con el puño y la furia restalló en su mirada, cubriéndola de un brillo acerado.

–Si cuando termine de contarte mi parte de la historia aún piensas que no me debes nada, desapareceré para siempre. ¡Pero tú no lo sabes todo! Así que cállate y escucha por una vez en tu maldita vida.

Adrien levantó las palmas de las manos durante un instante antes de sentarse. Suspiró y la miró desafiante, instándola con un gesto a que comenzara. Claudine se bloqueó de repente. ¿Cómo empezar? Se iba a abrir en canal para quedar expuesta. Algunas de sus vivencias aún le provocaban pesadillas y la mantenían despierta después, temblando, con los restos del sueño impregnados en su piel sudorosa. Abrió la boca varias veces sin que ningún sonido saliera de ella.

–No tengo mucho tiempo. Mi superior se ha reunido con el comandante Pétain para coordinar el ataque aéreo y la rueda de soldados de refuerzo para Verdún. Cada minuto cuenta para los nuestros.

Adrien golpeaba su pierna con los dedos y a la muchacha le entraron ganas de pegarle otra vez. Respiró hondo y se sentó a su lado. Si las palabras no querían salir, le mostraría su objeto máspreciado. Sacó la pequeña prenda del bolso y la colocó encima del regazo de su acompañante. Adrien se sobresaltó.

–¿Qué demonios es esto?

–Un patuco, Adrien. Lo tejí para nuestro hijo.

–¿Cómo? –Adrien alzó la voz mientras rozaba la prenda con los dedos como si quemara–. ¿Un hijo? ¿Mío?

–Nuestro. –Claudine apretó los dientes y forzó las palabras, que mordieron el aire–. Para tu información, solo me acostaba contigo en aquella época.

El piloto la observó entrecerrando los ojos. Su rostro mostraba un rictus inescrutable, rodeado de ese muro que interponía entre los dos para ocultar sus emociones.

–¿Ni siquiera con el barón?

–¡Maldita sea, Adrien! ¿Te cuento que tuvimos un hijo y solo se te ocurre preguntar con quién me acostaba? –Se levantó de un salto y le dio la espalda, gesticulando con violencia–. ¿No se te ocurre preguntar dónde está? ¿Qué ha sido de él? ¡Está muerta! ¡Muerta! Era una niña y está muerta... –Claudine se dejó caer y apoyó la cabeza entre las manos. La angustia que la inundaba se derramó a través de las lágrimas. No fluían tranquilas, sino rabiosas, a golpe de gemidos que no podía retener en el pecho. Cuando logró calmarse solo hubo silencio. Tardó un poco en levantar la cabeza y enfrentarse con Adrien. El hombre daba vueltas al patuco entre sus dedos, con la mirada perdida hacia la salida del edificio.

–Te dan ganas de salir corriendo, ¿verdad?

Él negó con la cabeza en silencio, el rostro envuelto en nuevas sombras. Parecía un árbol seco a punto de quebrarse y Claudine recordó al niño del que se enamoró por completo; aún lo veía tras las capas con las que se cubría. Siempre

lo vería, y siempre lo querría consigo.

–Lo siento, Claudine. Perdóname... Cuéntamelo todo.

En la mente de la muchacha apareció la imagen de su hija recién nacida, cubierta de sangre, mientras se la llevaban lejos de ella entre gritos de dolor. Cerró los ojos y comenzó a hablar desde sus recuerdos.

–Mi madre me dio una paliza cuando se enteró de que estaba embarazada. Creo que pensó que así lograría que perdiera al bebé, pero no pasó nada. Lo único que consiguió fue marcarme el cuerpo. Me encerró en casa hasta que me repuse. No podía exhibirme ante el barón en esas condiciones y, mientras tanto, buscó cómo solucionar nuestro «problema». Yo estaba ilusionada, en el fondo pensaba que todo saldría bien, y que tú y yo lo arreglaríamos de alguna forma. ¡Era nuestro hijo! En esos días comencé a tejer los patucos a escondidas. Quería enseñártelos cuando te diera la noticia. No sabes la de veces que quise escaparme de casa para buscarte. Fantaseaba con sentir tu mano en mi vientre y que me miraras a los ojos mientras me decías que todo iba a salir bien. Pero no pude. Al principio estaba demasiado débil como para conseguirlo y después... Adrien, ¡no viniste a buscarme! No preguntaste por mí, no llamaste a mi puerta, y cuando yo tuve fuerzas para hacerlo... Estaba enfadada y asustada.

–Claudine, ¿cómo iba a saber yo...?

La muchacha le posó los dedos en los labios impidiéndole que continuara. Si la interrumpía en ese momento, no sería capaz de contarle el resto.

–Ignoraba la solución que había encontrado mi madre hasta que me ataron a esa cama. Me llevó a ese antro diciéndome que la partera quería asegurarse de que mis caderas eran lo suficientemente anchas para el bebé. Tuve las marcas de las ligaduras durante mucho tiempo... Me resistí todo lo que pude, pero aquella mujer se metió entre mis piernas y al poco el dolor en mi vientre se hizo insorpotable. Y entonces... Se llamaba Sophie, ¿sabes? Fantaseaba con los nombres mientras tejía. Sophie o Pierre. Pero la vi un instante y era una niña, una niña diminuta y frágil. Me la arrancaron de las entrañas y la mataron. Y yo me quedé vacía. Vacía en cuerpo y alma, porque ya no tenía nada tuyo. Y tú tampoco estabas. –Claudine sintió las mejillas ardiendo y cómo cada palabra le quemaba en la garganta al pronunciarla–. Yo quise seguirla, ¿sabes? Y casi lo conseguí. Solo gritaba llamándola, llamándote. Y con cada grito me desangraba. El olor y las manos de aquella mujer maniobrando dentro de mí. Solo recuerdo eso. Y la imagen de mi pequeña cuando se la llevaron... Nuestra pequeña. –Se mordió los nudillos para no perderse y tuvo que hacer una pausa. Adrien se mantenía en silencio, pero sintió cómo su mano buscaba la suya para entrelazar

sus dedos con los de ella, y eso le calmó en parte el dolor.

–¿Qué pasó después? ¿Cómo...? ¿Por qué la prostitución? Tú tampoco me buscaste... Yo pensé que yo no era suficiente, que tus clientes podían darte algo que yo no tenía...

–¡Ay, Adrien...! –Negó con vehemencia, tambaleándose entre las ganas de reír por lo absurdo de su afirmación y el llanto por todo lo perdido—. Sobreviví, pero estuve muy débil. El barón tiró de sus contactos para averiguar por qué no podía verme y se enteró de todo. Yo ya estaba marcada; era un producto de segunda categoría. ¡Cómo iba a tener a una mantenida ya usada! Así que todos los castillos que mi madre había construido en el aire para nosotras, para ella, se... desplomaron. ¡Pum! Y nos hundimos en el fango, hasta el cuello. Teníamos muchas deudas. Por primera vez supe lo que era pasar hambre. Alain nos sacó de apuros más de una vez mediante sus trapicheos, pero no fue suficiente. Mi madre hizo todo lo posible para no perder nuestra casa, y lo más sencillo fue ofrecer lo único que tenía como aval. Yo aún era un producto en venta, aunque ya no podía optar a los grandes compradores, no.

Tragó saliva, recordando su primera vez con un cliente. Se había consolado con el pensamiento de que ella ya estaba muerta y no sentiría nada, pero no fue así. El olor ácido que desprendió al desnudarse, el peso de su cuerpo sobre ella, un peso que la ahogaba más allá del contacto físico... La certeza de haberse convertido en una carcasa vacía de todo lo bueno y que solo podía ser llenada con cosas desagradables y dolorosas.

–No tienes ni idea de todo por lo que pasé, Adrien. Ni idea. –Percibió el apretón de la mano del hombre en la suya—. El día que nos vimos en el bulevar pensé que por fin me habías encontrado y que me sacarías de allí. Mi madre había fallecido hacía unos días. Me pesaba la soledad. Solo Alain sabía dónde estaba yo, pero ya sabes que Alain... Bueno, bastante hizo por mí. No creo que haya tenido un gesto altruista con una mujer salvo conmigo. Por un momento me permití soñar en que tú y yo... –Claudine retiró la mano de la de Adrien, inundada súbitamente por la rabia y el odio que sintió aquel día. El frío se coló en su voz—. Cuando me pagaste por tenerme... ¿Cómo pudiste? ¿Cómo pensaste que yo...? ¡Rompiste la última esperanza que tenía! ¡Me trataste como a una puta! ¡Tú! –Adrien la abrazó por los hombros y Claudine intentó desasirse sin resultado. No pudo retener unos sollozos que llevaban con ella desde entonces, destrozándola por dentro. Se rindió y se refugió en su pecho, como cuando eran dos críos. Aspiró su olor entre hipido e hipido; podría reconocerlo en cualquier lugar. Era el aroma de su verdadero hogar.

–Yo no lo sabía... Yo... ¿Por qué no me dijiste nada, pequeña? ¿Por qué Alain ha callado todo este tiempo? –Adrien susurraba, le costaba pronunciar las palabras—. ¡Mírame!

Claudine aún no se atrevía a mirarle. Había sido incapaz de buscar sus ojos durante su discurso y no sabía el tono que tendrían en ese momento, si el dorado del cielo o la oscuridad del averno. Se conformaba con el calor de su regazo.

–Quería que vinieras a por mí sin saber en lo que me había convertido y que me aceptaras después. Quería que me necesitaras, no que me rescatases por lástima o porque creyeses estar en deuda conmigo. Le hice jurar a Alain que mantendría la boca cerrada.

–Era nuestra hija, Claudine. Era nuestra...

–Lo sé.

El cuerpo del piloto se tensó, pero la mantuvo entre sus brazos.

–Creí que solo había sido uno más, alguien con quien te habías divertido antes de empezar tu nueva vida. Me daba igual todo. Me abandonaste. Desapareciste. Y yo te seguía amando. No soportaba pensar que fueses de otros, que quisieras ser de otros y no mía. ¿Quieres saber por qué subí contigo a ese piso en París? Estaba enfadado contigo y pensé que te lo merecías. Te odié..., y al mismo tiempo te deseaba tanto que dolía. Pensé que si te pagaba yo dominaba la situación, pero me equivoqué.

Claudine levantó la cabeza y se enfrentó a él. Se perdió en su mirada.

–Nos hemos perdido toda una vida... –Adrien le acarició la mejilla con los dedos, secándole las lágrimas.

Claudine acercó el rostro al suyo y sintió el calor de su aliento justo antes de que le rozara con los labios. Adrien apenas abrió la boca, titubeante, pero la muchacha presionó y se coló en ella. Entrelazaron sus lenguas y entonces ese abrazo húmedo e íntimo se tornó feroz. Sus cuerpos se buscaron con hambre. Era una necesidad irrefrenable de devorarse el uno al otro y perderse para siempre. Claudine sintió cómo los dedos de Adrien se clavaban en su nuca y profundizó el beso. Quería sentirle suyo, como cuando se escapaban al granero siendo unos niños. Pero entonces las manos del piloto se desprendieron de su cabello y bajaron hasta sus hombros. La empujó suavemente para apartarla de él. La muchacha parpadeó, confundida. De repente tuvo frío.

–Podemos empezar de nuevo, Adrien. Podemos... –Se le quebró la voz—. ¿Aún me amas?

–Pequeña..., hay tanto de lo que deberíamos hablar y tenemos tan poco tiempo. No es tan sencillo. Han pasado demasiadas cosas entre nosotros. Te lo he dicho,

toda una vida. Además... –Los ojos de Adrien se desviaron desde los suyos hacia un punto situado a su espalda–. ¡Irène! –exclamó él soltándola y levantándose de un salto. Claudine sintió una corriente de aire al desprenderse de su contacto. De pronto estaban muy lejos el uno del otro–. ¿Cuándo has vuelto? ¿Estás bien? Nos acaban de informar de la evacuación de Baley Court y los demás puestos del cinturón de Verdún.

–Adrien... –musitó la recién llegada mientras se retorció las manos. Llevaba el cabello alborotado, las mejillas enrojecidas y una expresión de urgencia que la hacía parecer aún más joven. Claudine sintió cómo el odio hacia aquella mujer comenzaba en el punto donde más sentía la ausencia de Adrien y la dejaba paralizada en aquel banco–. No quiero molestarte. Yo... Necesito hablar contigo, pero si estás ocupado...

–¡No! No te vayas, por favor. ¡Cuéntame qué pasa! Claudine puede esperar, ¿verdad? Podemos seguir nuestra conversación en otro momento.

Claudine se levantó despacio colocándose la falda y cuadró los hombros. Una carcajada repleta de amargura pugnó por rozar los mismos labios que aún sentía hinchados por el beso, pero se la tragó y ese veneno le dio la fuerza para recomponerse.

–Me has dicho todo lo que necesitaba saber, Adrien. No hay más que verte. Doy por zanjada nuestra conversación. –Pasó al lado de Irène y la saludó con una inclinación de cabeza–. Que le aproveche, señorita Curie.

Caminó con la barbilla erguida hasta doblar la esquina del corredor por el que se accedía a los almacenes del edificio principal. La voz de Adrien, llamándola, le martilleaba en las sienes. No podía rebajarse y darse la vuelta. No mientras esa mujer estuviera presente. Ella necesitaba ser su prioridad, que la fuera a buscar y la retuviese entre sus brazos, que dejara plantada a Irène Curie y su carita de niña de buena familia... Pero eso no sucedió. Cuando estuvo fuera de su vista fue incapaz de continuar. Pegó la espalda a la pared mientras se abrazaba el vientre, demasiado dolida como para llorar. Volvía a ser una niña rechazada y herida, aunque en esa ocasión había mostrado todo lo que tenía en su alma, pensando que la verdad la acercaría más a él.

Pero Adrien había elegido.

Claudine asomó la cabeza con cautela y les vio conversar. En un momento dado, se abrazaron y él la besó. La sangre le hirvió con esa imagen y los últimos pilares del castillo que había construido respecto a Adrien se desplomaron. Cuando les vio despedirse y pudo salir de su escondite, corrió a refugiarse en la habitación de Jean-Luc. Era lo único que tenía en ese momento. No veía por

dónde iba. Si hubiera prestado más atención a su alrededor, se habría dado cuenta de que dos personas habían visto cómo subía las escaleras en su huida, que una de ellas pronunció su nombre mientras se le oscurecía el rostro y tomaba su mismo camino, y que la otra se retorció las manos, inmóvil, observando la escena. Pero para Claudine solo existía el instante en el que Adrien la separaba de él y miraba hacia Irène, y se repetía una y otra vez en su cabeza. El dolor era tan intenso que le parecía que iba a consumirse envuelta en llamas. Le costaba respirar. Cuando avanzaba por el pasillo de las habitaciones del personal, un empujón la empotró contra la pared.

–Acabo de perder a una puta y me encuentro con otra. ¡Qué agradable sorpresa encontrarte aquí, Claudine!

Douaumont, 1 de marzo de 1916

Berthe se encontraba en el interior de la ambulancia curando al alemán herido cuando escuchó el grito de dolor de Sébastien. Su cuerpo vibró en respuesta y un gemido le abrió las entrañas, pero apretó los labios y lo acalló sin fisuras; no podía permitirse que el enemigo supiera cuánto le importaba él. «Debería haberte dejado en aquel árbol hueco cuando éramos dos niños. Siempre te he traído problemas, cariño. Nunca te enseñé a volar como te prometí, nunca podré hacerlo», le contaba a Sébastien en su mente, sin atreverse a mirar hacia fuera, allí donde los soldados habían dejado su cuerpo sobre la tierra embarrada. «Si yo no hubiera sido tan cabezota, ahora tendrías tu viñedo y no estarías esperándome aún para compartir tu vida. Tendrías momentos y recuerdos. Tendrías algo... Te mereces a alguien que te ame como tú lo haces. Te mereces paz. ¿Qué te he dado yo todo este tiempo? ¿Qué puedo darte ahora?» Las lágrimas le quemaban al borde de los párpados y las dispersó cerrando los ojos.

El aire helado del amanecer se colaba por los huecos mal sellados del camión, aunque el ambiente era asfixiante allí dentro, mientras Berthe respiraba su propio miedo. Llenó los pulmones lentamente y a su nariz llegaron el polvo y los restos de la sangre y de las vidas que se habían extinguido sobre esa misma superficie de madera. Se concentró en examinar al soldado alemán. Tenía un buen golpe en la cabeza y una herida abierta por la que se veía el hueso blanquecino del cráneo. El hombre estaba aturdido y ella no podía saber si la lesión era grave. Quizá se recuperase sin problemas o muriera de forma repentina entre sus manos. Si sucedía esto último, las muchachas le seguirían, de eso estaba segura. «Si no hubiese venido hasta aquí, si Shirley no me hubiera seguido... ¡Nos he

condenado! ¡Eres una estúpida! ¿En qué pensabas al arrastrarla hasta aquí? ¡Era tu responsabilidad!», se repetía desde que aquellos hombres las habían apresado. Se volvió para abrir el maletín donde había guardado el material robado en Baleycourt, y el ojo del cañón del fusil con el que la vigilaban desde la portezuela se movió hacia la misma dirección. El alemán que lo empuñaba le lanzó una advertencia que no pudo entender. Extendió la mirada más allá de la figura de uniforme, pero la visibilidad era muy limitada: tan solo la claridad del nuevo día descubriendo los tonos verdes de los árboles que les habían engullido y las piernas de Sébastien, que se agitaban con el dolor. Escuchó voces fuera, desde el bosquecillo donde se habían llevado a Shirley. El tono le provocó un escalofrío y abrió un poco más la herida interna por la que se desangraba el alemán desde que había llegado a Baleycourt, porque todo había ido mal desde entonces. Le tembló la mano cuando desenrolló una de las vendas.

Cuando las apresaron y se hicieron con la ambulancia, los alemanes habían discutido entre ellos durante un rato. Shirley le traducía lo que hablaban en susurros, sin atreverse a hacer ningún movimiento que llamara su atención. Con la corteza de aquel árbol moribundo como respaldo, las tres mujeres se apretaron para conservar el calor que se les escapaba en aquel amanecer maldito esperando su sentencia. Eso es lo que le pareció a Berthe, que no solo debatían cómo utilizar la ambulancia francesa para salir del pueblo de Douaumont y llegar al fuerte sin ser interceptados por las patrullas enemigas, según le explicaba Shirley, sino qué hacer con ellas. Aquel alemán grueso de bigote grasiento y ojos enloquecidos gesticulaba con violencia hasta que dio por terminada su diatriba y los demás asintieron, enardecidos por sus palabras. La pelirroja no le había traducido todo, estaba segura de ello, pero por el tono que empleaba el hombre y las miradas que les lanzaban sus compañeros a medida que él hablaba podía esperar lo peor. Berthe notaba el temblor de las otras dos mujeres contra su piel y el olor del miedo que trasudaban sus cuerpos. Ya no sabía si ella también lo hacía.

Un poco más tarde, dos de los soldados subieron a la ambulancia para desocupar la camilla donde se encontraba Sébastien. El grito de dolor que profirió cuando lo movieron partió en dos a Berthe, que apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas. La enfermera había aguantado el tipo a duras penas mientras veía cómo le agarraban y lo tiraban de cualquier manera al suelo. Luego colocaron en su lugar al otro herido. A ella la habían empujado al interior del camión bajo la amenaza de las armas para que atendiera al alemán inconsciente y a Emille la habían mantenido contra el árbol para tenerla vigilada

al mismo tiempo. Uno de los alemanes había echado un vistazo despectivo al bebé prendido en su pecho mientras bebía un trago de agua de su cantimplora y se recreaba en los labios secos y heridos de la muchacha. Luego había escupido tan cerca que Berthe pudo ver los restos de saliva en su falda. Emille se arrebujó bajo el sayo; parecía dormir mientras mantenía a la pequeña pegada a su pecho. Ninguna de las dos se movía. Berthe intentó acercarse a Sébastien para acomodarlo como pudiera, para ver cómo estaba, pero el grito del alemán y la amenaza de su Mauser se lo impidieron.

«¿Podrás perdonarme alguna vez? ¿Lo hará Shirley?», pensó, dirigiendo la mirada de nuevo hacia el hueco de la portezuela. Escuchó ruidos de forcejeo fuera y un grito ahogado. El que parecía el jefe quería a Shirley. Las miradas que le dirigía gritaban alto y claro sus intenciones y todas ellas eran oscuras. Se la había llevado un poco antes hacia una zona donde la espesura se cerraba y Berthe tuvo la sospecha de que había elegido ese lugar para que los ruidos se amortiguaran todo lo posible. Sintió cómo se le revolvía el estómago y sus ojos se cubrieron con una película que le mostraba un mundo distorsionado. Se preguntó cómo sería desaparecer, entregarse al vacío y no volver a ser responsable de nada y de nadie. Todos ellos estarían mejor si jamás se hubiera cruzado en su camino.

Al tocar al alemán herido para librarle del correa con las cartucheras que aún mantenía ceñido al uniforme gris, este se sobresaltó y pronunció un nombre: «¡Hilda!», como si acabara de despertar de un mal sueño. Le desabotonó la chaqueta y la camisa de cuello vuelto para que pudiera respirar mejor. Luego le limpió el trozo de cuero cabelludo despegado del cráneo, arrastrando la sangre y la suciedad adherida con una gasa empapada en agua. Le había pedido la cantimplora al soldado que la vigilaba y este se la dio a regañadientes. El herido se quejó débilmente e intentó levantarse, pero Berthe le apoyó la mano en el hombro y murmuró palabras tranquilizadoras que había pronunciado demasiadas veces. Lo hizo de forma mecánica, con el alma en otro lugar. Luego le abrió los párpados y observó las pupilas, que se cerraron con la luz. Terminó colocándole un vendaje bien apretado alrededor de la cabeza. La muchacha abrió el maletín y cargó la jeringa metálica con la solución de morfina que había sobrevivido intacta al viaje. La llenó por completo, con la esperanza de poder administrarle la mitad a Sébastien para mitigar su sufrimiento, pero el soldado volvió a gritarle hasta que se separó de él y se colocó al borde de la portezuela. No se fiaba. De todos modos, al herido no le hizo falta, ya que le sonrió durante un instante y cerró los ojos. Berthe no supo si se había dormido o si había perdido el

conocimiento. «Descansa, tú que puedes. ¿Volveré a hacerlo yo algún día? Ya no puedo cargar con más fantasmas. No puedo», se llevó la mano vacía al pecho, intentando colocar de algún modo lo que se le había roto dentro, porque sabía que algo comenzaba a funcionar muy mal en su interior. «¿Dónde estás, Dios? ¿Este es el castigo por haberte repudiado? ¿Por qué no me castigas solo a mí?», le dieron ganas de clamar al cielo.

Volvió a escuchar un lamento de Sébastien y se giró, desencajada. Vio cómo el alemán que les vigilaba incrustaba la punta de su bota en una de las quemaduras que le abrían el torso y hurgaba en la herida con el cañón del Mauser. Berthe oyó su propio grito sin ser consciente de haberlo proferido. El soldado escupió y ladró un insulto en su idioma. Berthe no podía entenderle, pero la intención estaba clara. Bajó de la ambulancia de un salto para arrodillarse junto a Sébastien; aún aferraba la jeringa contra su palma. Le cogió la cabeza entre sus brazos como si así pudiera protegerle de todo. Él la miró y la enfermera pudo ver lo cansado que estaba, el sufrimiento que agotaba su vida de forma agónica. Sus labios se movieron y Berthe leyó su nombre en ellos. La había reconocido, y ella reconoció a su vez lo que le pedía con la mirada. Negó con la cabeza y luego la posó sobre el pecho del hombre, amasijo de carne abierta y tela quemada. Un murmullo nació del interior de Sébastien y vibró a través de la mejilla que Berthe mantenía apoyada en él. Las palabras de unos y de otros se mezclaron, se diluyeron, se deformaron en los pensamientos de la muchacha y tomaron una forma extraña, algo que jamás hubiera creído, un camino que ni en las horas más oscuras habría elegido recorrer.

–Ayúdame, mi amor –susurró Sébastien. Y Berthe tomó su decisión, aunque no pudo hacerla realidad. La escena duró tan solo el instante que le llevó al alemán reaccionar y golpearla con la culata del fusil. El mundo de Berthe se volvió negro y tan solo un fuego pulsátil en su sien izquierda atestiguaba que seguía viva.

Ancemont, 1 de marzo de 1916

Adrien contempló a su *bebé* desde la puerta del almacén que servía como hangar en Ancemont. Las líneas rectas de las alas dobles; la pintura metálica que cubría el aparato y lo convertía en un destello cuando volaba; la bandera pintada en franjas azules, blancas y rojas en la cola, y en círculos en el revés de las alas. Era hermoso.

Lo que le había pedido Irène era una locura, pero ella era la única opción

posible y había hecho lo correcto, ¿verdad? Siempre había deseado tener una mujer transparente, inteligente, íntegra... Alguien con quien formar una familia y sobrevivir al caos. Su mente le había asegurado que Irène era ahora su camino y había obrado en consecuencia, apartando a una Claudine que le recordaba la vida que tanto le había costado olvidar.

–¡Tienes que ayudarme a encontrar a Berthe y a Shirley! –le había suplicado Irène, mientras se frotaba las manos heladas. A él le había costado entender de qué le hablaba y tuvo que repetírselo varias veces.

–Cálmate, por favor. Cuéntame todo desde el principio. ¿Dónde están?

–No lo sé, Adrien. Solo sé que se fueron en busca del prometido de Berthe, hacia Douaumont, y nadie quiere escucharme. –La luz de sus ojos temblaba de tal forma que no sabía cómo era capaz de retenerla en sus pupilas.

–¿Quién era el encargado del hospital? ¿Cómo lo ha permitido?

–¿El capitán Billet? –Irène lanzó una carcajada histérica y sacudió la cabeza en una violenta negación–. Antes se moriría que ayudar a Berthe. A saber qué mentiras contará sobre mis compañeras. Es de lo peor, Adrien, de lo peor... ¡No tengo a nadie más!

Adrien la había obligado a sentarse junto a él, temeroso de que se desvaneciera debido a la tensión que mostraba, y la había visto morderse los labios de tal modo que temió que se los rasgara. Entonces recordó aquella reacción suya cuando la había agarrado en Baleycourt y el miedo al rechazo volvió a azotarlo. Sin embargo, había ido a buscarle a él. Le había pedido ayuda.

–Podemos recurrir al director Guilleaux, parece bastante competente. Si se han dirigido hacia el pueblo de Douaumont se puede enviar un mensaje a las tropas que aún resisten en esa zona. Él nos ayudará.

La mirada de Irène se oscureció y bajó la cabeza como si no se atreviera a mirarle.

–Adrien, no puedo recurrir a Guilleaux. ¡Ni siquiera puedo hablarle de Billet! No lo entiendes...

–¡Pues explícamelo! –El piloto escuchó cómo gemía para sumergirse después en un silencio que duró unos minutos. Irène parecía luchar consigo misma.

–Hasta que he vuelto a Barleduc no he conocido la muerte del comandante Mercier.

–¿Qué tiene que ver el comandante con...?

–¡Porque nosotras le matamos!

–No digas bobadas, Irène, todos saben que Mercier murió por su adicción al sulfato de morfina. La madame del prostíbulo donde le encontraron no ha sido

demasiado comedida, ¿sabes?

Irène escondió el rostro entre las manos y sollozó.

–Nosotras le dimos acceso a una cantidad de morfina que sabíamos peligrosa para un adicto, pero no creíamos que acabaría matándolo. Le hicimos firmar su dimisión como director del hospital chantajeándolo. Así conseguimos su beneplácito para viajar hacia el frente. ¡Guilleaux era su amigo! ¡Lo sabrá todo!

Adrien hizo el gesto de pasarle la mano por los hombros, pero se detuvo.

–No puedes estar segura de eso, Irène.

–¡Sí estoy segura! Además, ¿qué podría hacer Guilleaux? ¡Adrien! Yo vengo de allí y no queda nada. ¡Nos han evacuado! ¿Aún crees que hay algún medio de comunicación en esas trincheras después del ataque?

–Pero hay otras opciones, Irène. Tienes que confiar en los mandos que organizan la defensa.

Irène se levantó. De pronto parecía una niña pequeña, desvalida, a la que hubieran denegado sentarse al calor del fuego en un día helado.

–Confiar... ¿Confiar? El único en quien confío es en ti, Adrien. Tú no has estado allí... No lo entiendes. Si no me quieres ayudar... –Levantó la barbilla con los labios apretados.

Adrien la retuvo, aferrando su antebrazo, y se puso de pie frente a ella. Irène se revolvió e intentó alejarse, pero él no la dejó. Su cuerpo comenzó a temblar y Adrien temió que se rompiera por las sacudidas.

–¡No, no, no! ¡Déjame, por favor! ¡No puedo! ¡No puedes tocarme!

El hombre la apretó contra sí, sin dejarla escapar, y con cada estremecimiento de Irène la enterraba en su pecho aún más profundamente, hasta que ella dejó de moverse y pudo oír cómo sus sollozos iban calmándose poco a poco. El abrazo les mantuvo unidos el tiempo en el que la muchacha se vació de lágrimas. Hacía tan solo un momento que había retenido a Claudine en esa misma posición, y de repente le pareció que no había sido él, que no la había abrazado, ni besado, ni su cuerpo había vibrado como la primera vez. Todo aquello le había sucedido a otro hombre, otro que no se hubiera separado jamás de aquella mujer de bucles dorados y mirada de agua. El antiguo Adrien tan solo había resucitado durante un instante, para volver a la tumba de donde no debía haber salido. Él era un nuevo Adrien que se merecía una vida diferente.

Buscó la mirada de Irène, al igual que había buscado la de Claudine. Sus ojos vivaces eran limpios. Quiso bucear en ellos, perderse en sus corrientes y hundirse en torbellinos, pero no encontró nada de eso. La mirada de Irène le hablaba de rectas, números, planos y ejes. Ella era el orden contra el caos que

había amado en Claudine y aún lo volvía loco. Aun así, había cerrado los ojos y se había acercado a los labios de la muchacha. La sintió revolverse bajo sus brazos, luchando contra algo que la atemorizaba. Por una vez, era él quien exigía, quien arrollaba con su ímpetu, quien apretaba el otro cuerpo contra el suyo. La presionó hasta que los brazos de la muchacha cayeron a los lados, súbitamente flácidos. El beso le supo a sal y, cuando la miró, Irène lloraba en silencio.

–Irène... –había musitado sin saber muy bien qué había pasado entre ellos. Ella se estremeció y sacudió la cabeza, aún con los ojos cerrados, alejando algún pensamiento. Esbozó una sonrisa torcida que él no supo interpretar.

–¿Me ayudarás? –Cuando sus párpados se abrieron, Adrien no vio la intensidad que le había subyugado en Claudine, pero sí la entrega de alguien enamorado. No podía decirle que no. Le acarició el cabello desordenado y ella volvió a temblar.

–Lo intentaré, Irène, pero es buscar una aguja en un pajar. ¡No sabes cómo es la zona de guerra!

–Busca una ambulancia de la Cruz Roja en alguna zona cerca de Douaumont. Se supone que los efectivos sanitarios nos hemos retirado por el bombardeo a Baleycourt, así que debería haber muy pocas allí. Solo te lo pido porque estoy desesperada, Adrien. –Su mirada lucía ahora la determinación que tan bien conocía, oscurecida por una sombra que no solo era miedo. Había algo que no le había contado.

–Irène... –Quería preguntarle por ello, pero no encontraba las palabras precisas. Su pecho era un torbellino de recuerdos y sensaciones que no había tenido tiempo de digerir. Los ojos azules y acusadores de Claudine lo miraban desde algún lugar desconocido y le hacían daño. El aullido de la sirena que anunciaba un nuevo cargamento de heridos para el hospital de Barleduc le pareció de pronto el llanto de un bebé y la bilis le subió a la garganta, allí donde murieron las frases que tenía para Irène—. Haré lo que pueda.

Había dado su palabra unas horas antes y su mente no había hecho otra cosa que ir a la deriva entre el azul y el pardo de dos mujeres muy distintas. En ese momento, contemplando su aeroplano, se mordió los nudillos hasta que el dolor empañó un poco el que sentía en su interior. Luego se acercó cabizbajo al *bebé* y se metió las manos en los bolsillos. El corazón le dio un vuelco. Allí había guardado el patuco que le diera Claudine. El tejido amarillento y manoseado le contó lo que ella había omitido de su historia y el nudo que apretaba su garganta se tensó un poco más. Comprendió de repente que no había vuelta atrás, que

aquella conversación había sido la definitiva. Él se había llevado el único recuerdo de su hija y Claudine había salido para siempre de su vida. ¿Y qué había hecho él? Atarse a una promesa para intentar tener lo que siempre había deseado. Y para ello había sacrificado demasiado... Tenía que haberle dicho a Irène que era imposible encontrarlas y que seguramente estarían muertas. Los suyos resistían a duras penas en Douaumont. ¿Encontrar una ambulancia concreta en ese lugar? ¿Desde el aire?

Lo que le había pedido Irène era una locura. Quizá su decisión de apostar por ella había sido equivocada.

Pensó que el antiguo Adrien nunca había resucitado, simplemente su cuerpo había seguido moviéndose a la deriva. Él estaba muerto, lo había estado desde que Claudine desapareció de su vida. ¿Qué podía hacer un muerto? Y sin embargo, se colocó el gorro de piel ajustado a la cabeza y las gafas que le protegerían del endiablado viento, se subió a su *Nieuport 11* y lo arrancó. La hélice comenzó su giro y el alma de Adrien se avivó con su movimiento. Dirigió lentamente el monoplaza hacia el exterior para rodar por la pequeña pista y ganar velocidad. No tenía permiso, aunque eso le daba igual. Ya nada importaba. Cuando se elevó ya no era Adrien, se había fundido con el viento mistral. En tierra quedaron anclados el dolor, los llantos, la necesidad del amor de Claudine y las heridas reabiertas del pasado. Tras su estela se deshicieron la imagen inerte de su hija muerta, los sueños incumplidos y el nuevo camino que ya nunca recorrería.

Era poderoso, era el rey del cielo y nada se interpondría en su voluntad de convertirse en un viento invencible. Ni siquiera él mismo.

Capítulo XXV

Lágrimas que saben a sangre

Douaumont, 1 de marzo de 1916

Shirley sintió las manos de aquel soldado alemán reteniéndola por la cintura cuando iba a seguir a Berthe para atender al herido y se le abrió un abismo en las entrañas. Intentó revolverse, zafarse del anclaje de hierro que no la dejaba avanzar, pero, con el movimiento de quien está acostumbrado a la lucha cuerpo a cuerpo, el hombre que daba las órdenes la aferró de las muñecas y se las retorció a la espalda. El dolor le subió hasta el hombro y le hizo encogerse mientras pegaba la barbilla en el pecho. Le escuchó susurrarle al oído palabras que se le metieron bajo la ropa, viscosas, como si ya se la hubiera arrancado y recorriera su cuerpo a su antojo. Luego le mordió la oreja mientras le agarraba el cabello de la nuca y tiraba de él hacia atrás para dirigirla hacia un grupo de árboles que se apiñaban a la derecha de la ambulancia.

Buscó desesperadamente ayuda. Por el rabillo del ojo vio cómo los otros dos soldados sacaban a Sébastien de la ambulancia ante una Berthe paralizada que apretaba los puños con impotencia. Una vez terminado su cometido, uno de ellos cruzó una mirada y un gesto de cabeza con su captor y les siguió al bosquecillo, mientras apuntaba alrededor con el fusil, como si esperase la llegada de todo un batallón francés que acudiera al rescate. Su cuerpo comenzó a temblar sin que pudiera hacer nada por controlarlo. Con cada paso hacia la espesura, el aliento del alemán le iba impregnando la piel un poco más y la cubría de anticipación, de miedo. Un terror que trascendía al que había sentido mientras conducía hacia el campo de batalla, que dejaba pequeño aquel que la mantuvo noches sin dormir en Barleduc, cuando era incapaz de presenciar una amputación. Tampoco tenía que ver con la muerte, sino con el dolor, con ser una muñeca en sus manos, con el sometimiento a los deseos de un loco, de un demonio. Le hubiera gustado no entender su idioma para así cegarse a su destino un poco más.

–¡Dieck! Luego me dejarás a mí, ¿verdad? –Oyó cómo se reía el soldado del fusil–. Me voy a poner muy caliente vigilando y nunca he probado a una perra inglesa.

–¿Tú qué opinas, *milady*? ¿Aguantarás para darle el gusto a mi compañero? Porque tengo pensadas muchas cosas para hacerte. Vas a sentir todo el poder del imperio alemán dentro de ti. –Se carcajeó de su ocurrencia–. Quiero verte de rodillas suplicando.

Shirley quiso gritar y se ahogó con su propio gemido. El alemán le tapó la boca con la mano mientras con la otra le arrancaba el delantal blanco y desgarraba los botones de su blusa. La pelirroja lanzó una patada a su agresor que impactó contra su espinilla y recibió un golpe entre los omóplatos que le robó la respiración y la hizo caer de rodillas. El otro soldado le apoyó el cañón del fusil en la sien y la muchacha se quedó paralizada al contacto del metal contra su piel. Dieck se colocó de pie frente a ella y la abofeteó. Shirley aguantó como pudo sin caer mientras se llevaba una mano a la mejilla ardiente. Unas lágrimas involuntarias se le escurrieron entre los dedos. No era capaz de pensar, no era capaz de moverse, solo podía sollozar.

–¡Mírala, Jurgën! –rio Dieck mirando a su compañero–. Se va a resistir como buena inglesa. Te crees mejor que nosotros, ¿verdad? Si gritas, estás muerta. Tú y tus compañeras.

Desenganchó el cuchillo-bayoneta del correa de su espalda y se acercó a ella. Primero le puso la hoja recta a unos centímetros de los ojos, para que la viera en toda su longitud. Luego apoyó la punta en el pezón desnudo, que se había erizado por el miedo y el frío. Le cubrió el otro pecho con la mano y soltó un suspiro de satisfacción. Su aliento le llegó a Shirley y una náusea le inundó la boca. El filo le acarició la areola mientras ella respiraba de forma entrecortada y la saliva se le escapaba de entre los labios por intentar mantenerse quieta y no temblar. Entonces sintió el escozor del cuchillo hundiéndose en su carne mientras dibujaba un arco siguiendo la curva de su pecho, pero aguantó el chillido en su garganta. Dieck lamió la sangre que goteaba a través del corte y luego le succionó el pezón con fuerza, terminando con un mordisco. Shirley hubiera gritado, pero le volvió a tapar la boca. Manteniendo el cuchillo contra su costado, Dieck le subió la falda hasta la cintura. Ella comenzó a patear casi sin darse cuenta mientras el hombre tironeaba de sus pantalones hacia abajo hasta que sintió el filo contra su garganta y le hirió la piel.

–Como no te estés quieta te corto el cuello. ¡Ven aquí, inútil! –gritó a su compañero–. ¡Desnúdala!

El otro dejó un momento su arma en el suelo mientras Dieck dibujaba círculos con el filo en el cuello y el pecho de Shirley. Le quitó los pantalones interiores y luego la falda, pero ella no sintió el frío. Vio cómo el hombre recuperaba el fusil y le apuntaba a la cabeza. Dieck se desabrochó los correajes y el cinturón, se bajó los pantalones y se quedó de pie un momento para que ella lo contemplara.

–Tooodo esto es para mi pequeña zorra inglesa. –Se acarició el pene con lascivia y lo frotó con la mano para aumentar la erección.

Shirley comenzó a llorar. No pudo impedir que el hombre le abriera las piernas a la fuerza y dejara caer su cuerpo entre ellas con un embate brutal. El dolor la inundó con tal violencia que pensó que se rompería en dos, que le había desgarrado desde el punto de penetración y una grieta se había abierto en su vientre, subiendo hasta el centro mismo de su pecho. Dentro, fuera y en su espalda las piedras del suelo se le clavaban más profundo cada vez. Una parte de su mente se desconectó por necesidad y dejó de sentir aquella agonía lacerante, pero al mismo tiempo era consciente de su propio vaivén con cada empujón del alemán, de los rugidos de satisfacción en su oído y del hedor acre y denso de la piel masculina, una mezcla de sudor, grasa y suciedad que se le incrustó en la nariz como un estigma que la acompañaría ya para siempre.

Dieck lanzó un gruñido, sus caderas se sacudieron un poco más y luego se quedó súbitamente rígido. Shirley pensó que todo había acabado cuando se desplomó sobre ella con un suspiro. La ahogaba con su peso, con su mera respiración sobre su cuello. Estaba sucia, estaba marcada y solo quería cerrar los ojos y desaparecer.

Los oyó hablar, pero no prestó atención a lo que decían. Se encontraba aturdida y el cielo giraba sobre ella a una velocidad de vértigo.

–¿Me toca ya? –preguntaba el otro soldado con un hilillo de saliva escurriéndosele por la comisura del labio.

–¡Espera un poco! Alguien tiene que vigilar y quiero descansar. –Dieck se puso de rodillas. Con una mirada indescifrable, deslizó un dedo desde el ombligo de Shirley hasta introducirlo en su vagina. Luego, húmedo por sus propios fluidos, dibujó con él sendas líneas en las mejillas de la muchacha y murmuró–. ¿Lo ves? ¿Lo sientes? Ahora Alemania está en ti, como pronto lo estará en toda Inglaterra.

Shirley le escupió y él le dio un bofetón que la sumió en la semiinconsciencia.

La imagen de su padre, con su copa de licor entre los dedos, fue la que prendió en su mente antes de que las líneas del paisaje volvieran a definirse a su alrededor. Su rostro serio le mostraba una mueca de repugnancia. «Te lo dije»,

parecía amonestarla con la mirada. «¿Qué les pasa a las señoritas que juegan con fuego?»

Una náusea onduló su garganta y no pudo reprimirla. El vómito se derramó por su boca y se le escurrió por el cuello. Sentía el cuerpo acorchado por el frío. Un dolor lacerante se mantenía en su vientre como recordatorio de lo que había sucedido.

–¡Ya despertó nuestra invitada! –se mofó Dieck, que jugueteaba con el cuchillo-bayoneta a su lado–. No es divertido si no te enteras de lo que te hacemos. Jurgën lo ha intentado, pero no se le pone dura. –El aludido miró hacia otro lado, incómodo–. No seas tímido, seguro que lo que tengo pensado te anima. Quiero divertirme un poco más con nuestra perra inglesa.

Shirley comenzó a temblar. Se sentía incapaz de soportarlo todo de nuevo. Quería morirse. Aún sentía los ojos de su padre mirándola e hizo el gesto de taparse con las manos, pero sus músculos no le respondieron. Algo comenzó a arder en el centro de su ser; quería borrarle ese gesto de suficiencia a su padre. Ya no era una niña. No podía esconderse en su regazo. Nadie vendría a rescatarla.

El filo metálico le acarició el hombro desnudo y el fuego en su interior ardió con más virulencia. Intentó despejar su mente y, aunque las nubes negras se negaban a irse del todo, las llamas que había comenzado a sentir aportaban algo de claridad.

–Ven aquí, pequeña zorra. –Dieck se enrolló el cabello suelto de Shirley en la mano y tiró de él hasta que la muchacha se incorporó.

–Por favor, no me hagas daño –suplicó con voz melosa–. No me resistiré, haré todo lo que tú quieras. Por favor, por favor... Seré tu puta inglesa. Seré lo que quieras. Eres más fuerte, eres mejor. Soy tuya, tuya...

–¡Oh, sí que lo eres! ¿Has oído, Jurgën? Está preparada para recibirnos de buena gana. ¡Arrodíllate!

Ella obedeció. El temblor de sus piernas era incontrolable, apenas le respondían. De un manotazo en la nuca, Dieck la obligó a que apoyara las manos en suelo. Las raíces sobresalían de la tierra helada y se le clavaron en las palmas. Se quedó a cuatro patas, con la mano del hombre apoyada en su espalda. Shirley podía sentir su pene endureciéndose contra las nalgas y comenzó a respirar de forma entrecortada, sin que el aire le llegara a los pulmones. Se preparó para recibir otra embestida, esta vez por detrás. Un sudor frío le brotó en la frente y a lo largo de la columna vertebral. Debía aguantar. Solo era dolor. Tenía que sobrevivir. Por el rabillo del ojo, vio que el otro soldado se movía para acabar

colocándose frente a ella. Le apuntó con el cañón del fusil a la nariz y la muchacha pudo oler el metal. Jurgën tenía el cinto desabrochado y los pantalones a medio ajustar. Lo que le había dicho el alemán sobre su intento de violación mientras ella estaba sumida en la oscuridad no había sido un farol. Sintió un cambio de posición a su espalda y giró un poco la cabeza: Dieck había apoyado el cuchillo en el suelo para sujetarle con fuerza las caderas desnudas. Shirley dio un respingo cuando le hundió los dedos en la carne.

–Tranquila, pequeña. Aún no he empezado... ¿Quieres saber qué voy a hacer? Te voy a dar una pista.

La muchacha sintió cómo le introducía un dedo en el ano y no pudo reprimir un grito.

–¡No! ¡No! ¡Por favor! ¡Por favor!

Barleduc, 1 de marzo de 1916

Irène se quedó mirando el candil que aún mantenía aferrado en su mano. El vidrio roto, la estructura metálica que aún sostenía los fragmentos, el combustible derramado que lo bruñía y se mezclaba con la sangre que manchaba la base. Lo observaba como si fuera una ilustración de algún libro, algo en dos dimensiones. Su mente analítica registró que debería oler el queroseno y sentir el peso en su brazo, pero no lo hacía. Era ligeramente consciente de las paredes que la rodeaban, un lugar que no había tenido tiempo de inspeccionar y que se encontraba extrañamente tranquilo en esos momentos, a pesar de la voz de aquella mujer que murmuraba palabras ininteligibles. Levantó la vista y siguió el movimiento de sus labios.

–Está muerto... Muerto. ¡Debemos avisar a Guilleaux antes de que nadie más se entere!

Irène volvió a mirar el objeto en su mano y, de repente, despertó de ese estado de enajenación en el que se había sumido. Recordó la secuencia de acontecimientos con una frialdad absoluta: la expresión lobuna del capitán Billet cuando aquella mujer rubia con la que había estado hablando Adrien subía las escaleras; el impulso de seguirle cuando él tomó el mismo camino, dirigida por un pálpito, preocupada por todo lo que les había contado Berthe en BaleyCourt y lo vivido por ella misma; la urgencia que la impulsó a entrar en esa habitación. Allí había arrastrado el agresor a la muchacha, que boqueaba e intentaba zafarse de los dedos que le atenazaban el cuello. El rostro que se volvió hacia ella cuando interrumpió la escena era el de un monstruo. Lo vio avanzar con lentitud,

sin que sus músculos respondieran a la orden que su cerebro repetía una y otra vez: ¡corre! Un crujido horrible, el del hueso del cráneo masculino al resquebrajarse. Y ese estado de indiferencia en el que se había sumido... No podía asegurar cómo el candil llegó a sus manos.

Estaba muy cansada. Quería volver a casa, a sus estudios de física, a las tardes de charla con su madre y su hermana. ¿Dónde estaba la Irène Curie que había prometido mantener el ánimo en el frente? ¿Dónde se libraba verdaderamente la guerra? ¿En Verdún o entre las paredes de sus propios refugios?

El cuerpo del monstruo yacía en el suelo de la habitación desconocida y la sangre manaba sin prisa, casi melancólica, por el agujero abierto en su cabeza. Con un movimiento silencioso, Irène se sentó en el borde de la cama con los brazos cruzados en el regazo y vio cómo la mujer rubia salía por la puerta subiéndose la falda hasta las rodillas para poder correr. Hacía un siglo, esa mujer estaba muy cerca de Adrien y se había marchado enfadada cuando ella les interrumpió. No le había preguntado quién era, estaba demasiado preocupada, demasiado centrada en su objetivo para hacerlo. Adrien se lo había prometido, pronto iría a buscarlas para traerlas de vuelta.

Un hombre yacía muerto a sus pies. Debería sentir algo, pero no. Se imaginó por un instante a su madre recibiendo en París una muñeca de porcelana con su rostro; no habría mucha diferencia. Se tumbó en la cama y fijó la mirada en el techo. Debía salir de aquella habitación antes de que llegara el director Guilleux. ¿Y si ya le habían contado algo de lo que hicieron Berthe y ella con Mercier? Desde la conversación que tuvo en el viaje de vuelta con Billet, ese era su temor. Pero no podía moverse. Los sonidos de los bombardeos llegaban hasta Barleduc amortiguados por la distancia. ¿Dónde estaba el verdadero infierno? ¿A este lado o al otro?

Irène repasó los acontecimientos desde su llegada a la ciudad. Le parecía que aquella muchacha que se había apeado del tren había envejecido de repente en unos meses. Estaba tan hastiada de lo que mostraba la naturaleza humana cuando se traspasaban los límites de la cordura... Necesitaba sumergirse en las leyes de la física y en la ciencia para no volver a zozobrar en las miserias de los sentimientos. ¿Se merecía una segunda oportunidad con lo que había hecho? Pero sobre todo, ¿merecía el perdón de sus amigas por su cobardía? Ni siquiera había podido...

El trayecto con el capitán Billet en el *petit curie* durante la evacuación de Baleyecourt fue una tortura. Las palabras escupidas entre dientes mientras el cielo ardía aún le retumbaban en los oídos. «Esa putilla desagradecida pronto estará

muerta. ¿Qué se ha creído? Yo le he ofrecido una vida junto a mí, ¡ya puede irse al infierno! ¡No sabe a quién ha rechazado! Todo lo que le pase le estará bien empleado», murmuraba para sí. Y aferraba el volante con tanta furia que sus nudillos palidecían por el esfuerzo. «No se negó cuando se abrió de piernas para conseguir que esas tres muertas de hambre se quedaran en el hospital, no. ¿Qué se cree? Yo la desvirgué. ¡Me lo debe todo! ¡Que el mismo Satanás se la lleve, se lo tiene bien merecido!» Irène no había podido reprimir una interjección de repulsa, pero Billet frenó bruscamente al oírla y le dedicó una mirada que le provocó un escalofrío.

A su alrededor, el ataque se recrudecía y los obuses impactaban contra un suelo ya resquebrajado. Con cada vibración, esquirlas y trozos de madera volaban como balas perdidas en la oscuridad, buscando un objetivo, pero todo aquello no hacía mella en Billet y era lo que aterraba a Irène: la sombra de locura que bailaba en su expresión. Una locura perfectamente cuerda en un mundo creado a su medida; desvaríos que no tenían nada que ver con los del soldado Argoud y sus alucinaciones. Era otra cosa. Ese hombre estaba completamente desquiciado. Los dedos que antes sujetaban el volante ahora apretaban su garganta con la fuerza suficiente como para resultar amenazador sin hacerle daño. «Ahora mismo está usted en mis manos, señorita Curie», le había advertido. «Cuidado con lo que cuenta cuando lleguemos a Barleduc. Puedo investigar ese cambio de parecer en el comandante Mercier respecto a su viaje. ¿Puede ser algo relacionado con una partida de morfina? Su querida Berthe habla en sueños cuando está agotada. Y no le quepa duda de que yo sabía cansarla. ¿Cómo repercutiría eso en su reputación y en el trabajo de su madre?», siguió amenazándola. A Irène se le heló la sangre. «Era algo que me guardaba en la manga para cuando regresáramos, pero la estúpida de su amiga tenía otros planes. ¿Será usted buena conmigo, señorita Curie?»

No debería existir compasión para ese tipo de gente. ¿Y para ella? Torció la boca. Los remordimientos le habían llevado a manipular a Adrien para limpiar su conciencia y decirse a sí misma que había hecho todo lo posible por encontrar a sus amigas sin involucrar a Billet. Aquel abrazo interminable que la había asfixiado, las caricias del piloto, su olor, ese beso por el que se había tragado la bilis que le llegaba a la garganta, intentando detener los temblores que le gritaban: «¡Aléjate!». Había vencido a su propia locura, había soportado el contacto de Adrien para conseguir algo de él a cambio. No se sentía mejor que una prostituta. Por lo menos, ellas iban de frente. Pensó en lo que había sucedido momentos antes. Quizás había sido estúpido intentar proteger a una desconocida,

pero miraba al cuerpo del hombre tendido y una sonrisa acudía a sus labios. Jamás volvería a maltratar a otra mujer.

La puerta se abrió y un soplo de aire le hizo parpadear. El director Guilleaux balbució una palabra malsonante antes de arrodillarse para comprobarle el pulso.

–No se esfuerce, director, el capitán Billet está muerto. Lo sé.

La frialdad de su propia voz la sorprendió.

–¿Qué hace aquí, señorita Curie? –No esperó respuesta y se giró para aferrar por los hombros a la otra mujer–. Por Dios santo, ¿qué demonios ha pasado, Claudine?

Sacudió a la joven con cierta rudeza.

–¡Me haces daño, Jean-Luc! –Claudine se desembarazó de él–. ¡Me estaba asfixiando! ¡Billet me ahogaba para... para cuando yo perdiera el conocimiento...! Ya lo ha hecho más veces en casa de madame Clarabella. –Bajó la vista y se mordió el labio–. Ella entró de repente y me soltó. Le golpeé la cabeza con la lámpara. Esa es toda la historia.

Durante un instante, Guilleaux pareció dudar en hacer alguna maniobra para atender a Billet, pero él también sabía que era inútil. Se quitó las gafas y cerró los ojos. Se pasó la mano por la cabeza, frotándola con saña, como intentando retener unas ideas que se le escapaban.

–¿Qué crees que van a pensar que ha sucedido aquí cuando sepan que eres una prostituta, Claudine? ¿Cuando descubran que estás conmigo? Tienes que marcharte.

–¡Pero es defensa propia, él...! –intentó explicar Irène hasta que el director la interrumpió.

–No diga bobadas, señorita Curie. El capitán Billet tiene contactos demasiado importantes como para que ni siquiera usted salga bien parada de todo esto. Si descubren que cualquiera de las dos ha estado en mi habitación, los tres estaremos perdidos. No... –Miró hacia el suelo y suspiró–. Es necesario que nuestros caminos se separen ahora mismo, Claudine. Yo asumiré la responsabilidad.

La mente de Irène barajó febrilmente todas la opciones posibles y le tuvo que dar la razón. En el mundo en el que se movía Billet, el que aquella mujer le hubiera matado para defenderse era lo de menos. Si la muchacha rubia era una prostituta, nada de lo que dijera sería válido.

Claudine apoyó la frente en el pecho de Guilleaux y el hombre se derrumbó. Irène pudo ver cómo se deshacía al contacto con ella, cómo intentaba fundirse con su cuerpo.

–Lo siento, Jean-Luc. No soy buena para ti, no lo soy para nadie.

–Yo soy el que debe pedirte perdón. Nunca debí tratarte como lo hice. Si hubiera... Pero esto ya no tiene marcha atrás, ¿verdad?

Claudine negó con la cabeza.

–No la tiene, Jean-Luc. Tú y yo venimos de mundos distintos y quién he sido, quién soy, siempre estaría ahí. Nunca podrías olvidarlo. Yo tampoco.

Sus ojos brillaban con intensidad e Irène se ruborizó por ser testigo de una escena que debería haber sido privada. Le sorprendió sentir el calor en sus mejillas, como si fuera una niña, mientras el charco de sangre que manaba del cadáver de Billet aún continuaba extendiéndose. Barrió la escena con la mirada e intentó analizar cada detalle con frialdad. Era el tiempo de poner a trabajar a su mente científica.

–Muy bien, director Guilleux, estoy de acuerdo con usted respecto a su acompañante, pero yo puedo ser un testigo. Todos los trabajadores de BaleyCourt pueden contar que Billet estaba muy alterado los últimos días, sometido a mucha presión. Yo vine a su habitación para hablar sobre la necesidad de reparación del *petit curie* tras el ataque y el capitán discutía con usted, le atacó y yo vi cómo, ante un peligro real para su integridad física, tuvo que golpearle con la lámpara.

Ambos la miraron con gesto de sorpresa. En los ojos de la mujer brilló el alivio y esbozó una sonrisa sin necesidad de curvar los labios. Tras unos instantes, el director asintió y tragó saliva. Sin soltar a Claudine, bajó la voz.

–Necesito hacer esto por ti y por mí. Les será más sencillo creer la historia de la señorita Curie y las autoridades tendrán en cuenta mi posición. Serán clementes.

–Nunca olvidaré lo que estás haciendo, ¿sabes, querido?

–Eso necesito, Claudine, que no me olvides nunca, aunque no te vuelva a tener jamás.

La mujer rubia le besó con dulzura y acarició los rizos descuidados que le caían a Guilleaux sobre la frente. Fue un gesto lento que explicaba muchas más cosas de las que Irène había escuchado en esa conversación y se traducían en una despedida entre dos personas que habrían podido ser felices en un mundo diferente.

Luego se alejó de él e intentó tomar a Irène de la mano.

–¿Le amas?

La muchacha arqueó las cejas mientras daba un paso atrás, alejándose de su contacto.

–¿A quién?

–A Adrien.

Claudine clavó sus ojos azules en los de ella y un pedazo de hielo se le hundió dentro del pecho. Tuvo que desviar la mirada y ninguna palabra acudió a sus labios, a pesar de que se sentía obligada a contestar. La mujer de rizos dorados sonrió triunfante.

–Él tampoco a usted. ¿Me permite un consejo, querida? Quédese al lado de quien la acompañaría al mismísimo infierno sin vacilar, alguien que preguntaría dónde enterrar un cuerpo si usted confiesa ser una asesina. Mientras tanto, diviértase, la vida es corta. Tampoco olvidaré lo que ha hecho usted, señorita Curie, aunque espero que no volvamos a vernos.

La muchacha estaba demasiado sorprendida y cansada para replicar. La vio abandonar la habitación como si fuera una reina dejando atrás el salón del trono, con la barbilla alta y un movimiento felino en su caminar.

Esa misma noche, a solas, Irène se preguntaría quién era realmente aquella mujer llamada Claudine y qué cuentas pendientes tenía con ella. Pero fue solo durante un instante. Después se abrazó a la almohada, se imaginó que estaba refugiada en los brazos de su madre y así pudo liberar por fin las lágrimas que la habían estado asfixiando.

Capítulo XXVI

Fragmentos

Douaumont, 1 de marzo de 1916

Poco a poco, Berthe fue consciente del olor a carne quemada que dilataba sus fosas nasales. Tenía la cabeza apoyada sobre el pecho de Sébastien. Luego percibió las partículas metálicas y pegajosas que emanaban de su propia sangre. Se deslizaba por su cuello y mojaba las heridas abiertas de su prometido, que rezumaban un líquido amarillento. Desde la oscuridad le llegaron unas palabras en alemán, palabras que, sin comprender su significado, le anunciaban aún más dolor. De forma simultánea, oyó la voz de la mujer que habían encontrado junto a Sébastien, Emille. Se introdujo en su mente como si estuviera acostumbrada a atravesar las puertas del infierno en el que estaba sumergida, sin pedir permiso, autoritaria a pesar de su aparente fragilidad. Le transmitió una paz que hacía tiempo que no sentía y, a la vez, era una llamada a la lucha.

–Quiere que te traduzca. Se ha dado cuenta de que le entiendo. Dice que sabe que conoces al soldado francés, y eso lo hará mucho más divertido. –Emille aspiró con dificultad y fue patente el control que tuvo que ejercer para continuar. El alemán seguía escupiendo su discurso–. Quiere que sepas lo que te va a hacer y que tu soldado lo va a ver antes de matarlo. No te lo voy a traducir. Lo que quiero es que escuches lo que vamos a hacer para escapar de aquí. He visto la jeringuilla que tienes en la mano. Yo le atraeré hasta mí. ¿Con lo que lleva la jeringuilla se dormirá? –Berthe asintió de forma imperceptible. Emille prosiguió como si estuviera traduciendo las palabras en alemán–. Hay que reducirle y coger su arma. Luego iremos a por tu compañera y la rescataremos. Los cogeremos por sorpresa.

El soldado se acercó a Berthe mientras continuaba hablando y en su tono arrastraba las sílabas, como si salivara al mismo tiempo que las pronunciaba. Se deslizaban pegajosas a través de los oídos de la mujer, impregnándola de

suciedad y malos pensamientos. Con el cañón de su fusil empujó el borde de su falda para descubrirle las piernas y no se detuvo hasta que dejó a la vista la parte del muslo que no estaba al abrigo de las medias de lana. Pero a ella no le importó. Había dejado a un lado la imagen de Shirley y el rescate del que hablaba Emille. No podía pensar en ello aún. Su mente estaba con Sébastien y sus fuerzas se centraban en él. Se lo debía. Se lo había pedido con la mirada y no podía negárselo, aunque supusiera que ella se partiera en pedazos.

Justo cuando el alemán se agachaba para completar el trabajo de subirle la falda con sus propias manos, Emille se puso en pie.

* * *

Al abrigo del bosquecillo sucedía una escena diferente. Jurgën apoyó la boca del fusil en los labios de Shirley, aunque la muchacha continuó chillando. La joven había perdido el poco autocontrol que había conseguido momentos antes. Dieck le sujetó las caderas por detrás y su pene se fue abriendo paso a la fuerza, desgarrando la piel femenina. A Shirley se le nublaron los ojos y le pareció que caía en un pozo negro en el que su cuerpo era desmembrado en cada milímetro de avance. Luego comenzó a moverse dentro de ella y el dolor fue atroz. Dejó de escuchar sus propios gritos, dejó de sentir las rodillas despellejadas, dejó de respirar. Un líquido caliente se le escurría por los muslos.

El otro soldado la cogió por la barbilla y se la apretó. Shirley se obligó a abrir los ojos a pesar de todo.

–¡Chúpamela! ¡Hazlo! –Jurgën se había bajado los pantalones y le intentaba abrir la boca con los dedos, mientras se masturbaba con la otra mano. Había abandonado el fusil. Shirley se centró en las llamas que la habían iluminado antes, intentó olvidarse de todo lo demás y obedeció. Dieck había dejado de moverse contra ella y, aunque sentía que la había destrozado por dentro y por fuera, las nubes se disiparon de golpe en su cabeza. Acercó la mano al cuchillo, que intuía cerca de su pierna derecha, y rozó la empuñadura. Cuando tuvo claro dónde estaba, abrió la boca para recibir el pene del soldado, succionó un par de veces y le hizo gemir de placer. La tercera vez que entró en ella, Shirley le mordió con toda la fuerza de la que fue capaz. La sangre se derramó por sus labios al mismo tiempo que el aullido le perforaba los tímpanos. Siguió apretando hasta que sus dientes chocaron entre sí. Percibió el movimiento alarmado del otro a su espalda y cómo salía de su cuerpo, liberándole las caderas, pero aferró la bayoneta y se acuclilló antes de que el hombre pudiera

reaccionar. Lanzó un arco a ciegas con el arma mientras giraba sobre sus talones, que impactó en alguna parte del cuerpo de Dieck. Este soltó un alarido. Shirley escupió el trozo de carne y observó el alcance de su ataque. El rostro del soldado estaba marcado por una línea roja que comenzaba en el pómulo derecho, cortaba la nariz y dividía en dos el ojo. Intentaba parar la hemorragia con las manos mientras sus gritos retumbaban en el bosquecillo. Shirley se puso de pie. La tierra era un barrizal rojizo. Su sangre y la de sus dos agresores. Uno frente a ella con la cara cortada, el otro de rodillas en el suelo envuelto en chillidos histéricos.

El calor recorrió sus músculos por fin. La furia ardió con violencia.

–¡Cabrón hijo de puta! –Clavó el cuchillo en el cuerpo obeso y grasiento una y otra vez. Las gotas y los trozos de carne le salpicaron el rostro, pero no se detuvo. Dieck se desplomó, inerte–. ¡Maldito hijo de puta! –Shirley continuó apuñalándolo a dos manos y gritando insultos hasta que le faltó el aliento. Miró a su alrededor. Se puso de pie. Temblaba. Jurgén se retorció en el suelo, desangrándose. Se acercó a él y cogió el fusil del suelo.

–¡Muérete!

En el cielo de Douaumont, 1 de marzo de 1916

Adrien podía sentir las corrientes de aire que ayudaban a su *bebé* a ir más mucho más rápido. Era como si el viento lo llevara sobre su lomo. Escudriñaba el paisaje, atento a la figura de la cruz roja entre las cenizas y los árboles carbonizados, a través de los cráteres abiertos en la tierra mancillada. Intentaba no pensar en todas aquellas pilas de cuerpos que se intuían cuando el color cambiaba al azul grisáceo de los uniformes franceses. Planeó sobre los pueblos del otro lado del río Mossa. Algunos habían desaparecido por completo. Las ruinas, como esqueletos blanqueados de animales muertos hacía tiempo, se dibujaban en líneas quebradas por los obuses. Volutas de humo negro se elevaban en los lugares donde el suelo aún guardaba el calor de los impactos. Sacudió la cabeza. Las muchachas estaban muertas, como todo lo que veía.

Sobrevoló el pueblo de Douaumont. descendió un poco más y se abrió para rodear el perímetro de las edificaciones. Grupos de soldados continuaban batallando cuerpo a cuerpo sobre montículos de nieve sucia. Algunos miraban al cielo, pero no podía distinguir lo que mostraban sus rostros. La torre de una ermita marcaba el punto más elevado y la tomó de referencia para dibujar círculos cada vez más amplios a su alrededor. Le pareció entrever un vehículo entre la maleza, pero justo estaba virando y no pudo asegurarse de que fuera una

ambulancia. La visibilidad era cada vez más escasa y el horizonte se tornaba de un púrpura desvaído por el efecto de la nube de ceniza. Dos puntos negros se acercaron a su posición. *Fokkers*. Adrien maldijo entre dientes. Las siluetas de los aviones alemanes se recortaron con nitidez antes de lo que el francés esperaba. Giró para cambiar de dirección y volvió a echar un vistazo a tierra. Le pareció que el camión llevaba pintada una cruz roja.

Una ráfaga de ametralladora silbó en su flanco derecho. Adrien hizo que el monoplaza basculara de un lado a otro para evitar los impactos. Aferró con fuerza los mandos y elevó el morro del *bebé* para hacer una pirueta que despistara a los *fokkers*. Sabía que lo habían tomado por un novato con ganas de gloria, pero los dos pilotos alemanes eran perros viejos y siguieron su movimiento. Otra salva de detonaciones impactó contra su ala izquierda e hizo saltar la base de su ametralladora, que quedó desnivelada hacia el lado derecho. Aun así, Adrien soltó el mando del avión y apuntó con ella a uno de los *fokkers* que había adelantado su posición, intentando compensar el ángulo de tiro. Soltó una interjección de triunfo cuando saltaron esquirlas de su cola y el avión zozobró. Con un movimiento descendente, el *fokker* herido se alejó de él. Solo quedaba uno.

Douaumont, 1 de marzo de 1916

Emille sintió cómo la pequeña se removía en su pecho y eso le insufló una energía que los soldados alemanes nunca tendrían. Ella era una loba protegiendo a su cachorro. Tras el momento que se había concedido a sí misma de recogimiento y duelo cuando esas dos mujeres llegaron, ahora tocaba de nuevo luchar para sobrevivir. Mari volvía a ponerla a prueba. Buscó muy atrás en el tiempo, cuando ella aún no había nacido. Volvió a la cueva sagrada e invocó a las antiguas *sorginas*, a sus antepasados. Sintió vibrar en sus venas el canto ancestral de aquella tierra lejana que ella nunca había conocido. Sus montañas, su mar. Su madre comenzó a hablarle muy despacio con las palabras extrañas que dibujaban sus ritos, alentándola, ofreciéndole su sabiduría milenaria con cada latido de su corazón.

–*Agian leher inen duk, debruen urdea!* –pronunció con palabras cortantes, duras como rocas milenarias, tan oscuras como la cueva en la que habitaba Mari.

Se levantó lentamente aprovechando el poder que emanaba de esas frases. Deshizo el nudo de su sayo y comenzó a moverlo alrededor de su cuerpo en un baile hipnótico. Percibió la confusión del soldado, que dudaba entre pegarle un

tiro o seguir contemplando aquella maldición sin hacer nada. Sus dedos temblorosos se aferraron al martillo del Mauser. Emille pudo ver en sus ojos una sombra de duda, la inquietud de quien se está enfrentando a fuerzas más poderosas que cualquier alma humana. Eso es lo que estaba buscando, distraerlo para que aquella enfermera le inyectara la jeringa que tenía en las manos. Mientras continuaba pronunciando el maleficio en el idioma natal de su madre, localizó una roca cercana que podía coger para golpear al alemán y dejarlo fuera de combate antes de que la droga comenzara a hacerle efecto. Tan solo necesitaba un instante para llegar a ella. El forcejeo que tendrían la enfermera y el alemán por la jeringa sería suficiente. El cielo vibró con el sonido de los motores de unos aviones. Parecía que jugaran al escondite sin importarles lo que se decidía abajo, en la tierra. Miró a Berthe. ¿A qué esperaba? El efecto de sus palabras se estaba agotando y ella no se separaba del soldado francés herido. Con la angustia atenazándole la garganta, se dio cuenta de que la mujer tenía otros planes. El miedo le ganó la partida y la voz le tembló. Entonces el hechizo se rompió y sintió cómo sus antepasados desaparecían para dejarla sola ante el enemigo. Perdida su fuerza, el alemán avanzó hacia ella con el arma en alto. Emille se replegó sobre sí misma para proteger a su bebé.

* * *

Berthe musitó sus propias palabras mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Palabras temblorosas y entrecortadas que ya no tendrían sentido para ella nunca más: «Juro ante Dios y ante los testigos presentes llevar una vida digna y ejercer mi profesión honradamente». Se oyeron gritos en el bosquecillo. Reconoció el timbre de Shirley y se le contrajo el estómago en una náusea, pero debía continuar. Buscó en el antebrazo de Sébastien.

Una guerra de voluntades se escenificaba junto al árbol. Emille y el soldado se medían mutuamente. La campesina le lanzaba miradas ansiosas mientras actuaba ante el alemán, pero en aquel momento a Berthe no le importaba lo que les sucediera a ellas, ni las batallas que se libraban en el cielo con su ruido ensordecedor cuando los aviones les sobrevolaban. Le importaba Sébastien. Clavó la aguja en la piel de su prometido y la sangre refluyó dentro de la jeringa cuando encontró una de sus venas. Buscó los ojos de aquel hombre al que había querido tanto a su manera, aunque no como él necesitaba, y se perdió un instante en su mirada. Se aferró al instante de lucidez que vio en ella, al hombre que había sido su raíz para sobrevivir a las tormentas. «Me abstendré de todo cuanto

sea nocivo o dañino». Sus dedos empujaron el émbolo y el líquido blanquecino desapareció de la jeringa para entrar en su torrente circulatorio. «Y no tomaré ni suministraré cualquier substancia o producto que sea perjudicial para la salud», continuó musitando Berthe mientras todo lo que era se desmoronaba, al tiempo que las pupilas de Sébastien se dilataban. Un brillo de reconocimiento, el destello de aquel niño que la esperaba a la salida de la escuela, se liberó en sus iris castaños y Berthe le acarició la frente. «Solo lo hago porque te quiero, porque te quiero, Sébastien...». Sintió cómo sus músculos se relajaban y la muchacha posó sus labios sobre la boca ardiente y seca. Aspiró la última bocanada de aire que él exhaló y quiso retenerla dentro de sí el mayor tiempo posible. Le supo a tierra y a las uvas que él tanto había ansiado cultivar.

Cuando levantó el rostro, Sébastien ya había muerto. Había dejado de sufrir y ella se había roto por dentro para conseguir que se fuera en paz. Berthe se aferró al pecho inmóvil y quemado, con los dedos entrelazados en la tela deshecha del uniforme, como si su tiempo se hubiese detenido con el último aleteo del corazón que había bajo ella. Ausente del mundo y del peligro, ausente de su propio dolor, porque ya no era Berthe, ya no era nada. En el cielo, los aviones volvieron a rugir para luego perderse en la lejanía. Durante un segundo, la mujer cerró los ojos en un silencio que quiso que fuera para siempre, hasta que el sonido del Mauser al ser amartillado la volvió a traer de vuelta a su realidad. Levantó la cabeza para ver cómo el alemán ganaba la batalla ante Emille y la golpeaba con la culata del fusil. La muchacha gritó y se quedó inmóvil en el suelo, hecha un ovillo.

Berthe debía moverse, tenía que ayudar a sus compañeras. Shirley aún estaba a merced de aquellos soldados; la campesina tenía un bebé que proteger. Un último esfuerzo... Ya no era enfermera, puesto que había quebrado su juramento, pero no podía dejarlas morir. No mientras tuviera fuerzas para intentarlo. Sonó un disparo y las hojas de los árboles tras los que habían llevado a Shirley se agitaron. «Ya es tarde», ahogó en un lamento Berthe mientras rompía el contacto con el cuerpo de Sébastien y se levantaba de un salto. Una punzada de dolor la tiró al suelo. De pronto le costaba respirar. Se quedó con el rostro vuelto hacia un cielo cubierto de un humo pesado y gris sin saber qué había pasado. Luego apareció aquella palpitación en su clavícula derecha, un escozor que le robaba el aliento y que volvía pesados sus párpados. Entonces supo que el soldado que había golpeado a Emille le había disparado a ella y sonrió. Que ella muriese le pareció que era lo correcto: había cometido la peor traición y lo había perdido todo. Todo lo que amaba, la esencia misma de su ser. Si había algo después de

esa vida maldita, pagaría por lo que había hecho, era justo. Y si no lo había, estaría en paz por una vez. Pronto se convertiría en fantasma y ninguno podría atormentarla a ella nunca más.

En el cielo de Douaumont, 1 de marzo de 1916

Adrien no conseguía desembarazarse del *fokker*. Se mantenía pegado a su cola como si adivinara el próximo movimiento un instante antes de que el *bebé* lo realizara. Viró de forma brusca hacia la izquierda y bajó el morro para disminuir la altitud. Pasó por el bosquecillo en el que había creído ver el camión y allí estaba, como si hubieran querido esconderlo entre la espesura. Creyó distinguir uniformes alemanes, aunque había alguien más. El corazón le comenzó a latir tan fuerte que sintió su palpar subiéndole por la garganta. Si era la ambulancia de las chicas... Si las tenían los alemanes... El chasquido del ala derecha al romperse interrumpió su línea de pensamiento. El monoplaza alemán le estaba disparando al flanco y él no tenía ángulo para responder al fuego con la ametralladora. Sacó la pistola y vació el cargador, esperando que alguna bala alcanzara su objetivo. De soslayo, vio cómo algo se le caía del bolsillo de la cazadora con el movimiento. Su *Nieuport* se balanceó sin control. El daño en el fuselaje hizo que Adrien tuviera que sujetar los mandos con las dos manos para intentar nivelarlo de nuevo. Volvió a coger altura y el *fokker* le dio una tregua al perder algo de velocidad. Bajó la vista durante un instante. El patuco de su hija muerta yacía a sus pies y la conversación con Claudine le revolvió de nuevo. En ese momento no podía permitirse ninguna distracción y, sin embargo, el dolor en la boca del estómago no cesaba. Miró su reloj. Según los cálculos que había hecho antes de despegar, debería volver ya o no tendría combustible suficiente para hacerlo. Eso si no le habían agujereado el tanque. En cualquier caso, debía emprender el camino de regreso y alejarse todo lo posible de la zona de conflicto. Si debía aterrizar antes de llegar a la base, que fuera en territorio amigo. Volvió a mirar el patuco en el suelo. Sintió su peso como si fuera de hierro e impidiese que el *bebé* se elevara para virar y alejarse. Le había fallado a Claudine. Iba a fallar a Irène. Le vino a la mente la imagen de Alain pidiéndole que cuidara de Shirley cuando se despidió de él en Barleduc para volver a París, ya curado de sus heridas. Aquel amigo de la niñez era su única familia. Se estremeció. Las historias que se contaban sobre los soldados alemanes y las mujeres belgas eran terroríficas. No podía dejar a la muchacha inglesa en manos de aquellos bárbaros. Si pudiera hacer alguna señal a los destacamentos que aún

luchaban en la zona para que buscaran a las chicas... Pero enseguida se dio cuenta de que era imposible. ¿Cómo iba a hacerlo? Si volvía a la base, tal vez podía dar la voz de alarma para que organizaran un rescate. Apretó los labios y giró, alejándose de Douaumont. El *fokker* le siguió.

Si hubiera buscado a Claudine cuando la perdió, tendría una familia propia, una hija viva, una mujer a la que amar. Alguien esperándolo en tierra. Una vida sin esa necesidad de volar y de ser quien no era. Sus pensamientos se sucedían sin control y no podía concentrarse en la batalla. Otra ráfaga de ametralladora. ¡Bang, bang, bang! A Adrien se le escapó el aire de golpe y se palpó el costado con la mano. Rojo. De forma súbita, se esfumó la fuerza de sus manos y le pareció que no tenía más que unos muñones de trapo. Tosió y unas salpicaduras sanguinolentas impactaron contra el frontal. Un humo blanquecino rodeó la hélice. Su *bebé* también estaba herido, ambos se morían. La revelación de lo que debía hacer le llegó de golpe, como la certeza de que ya nada tenía sentido. No volvería a fallar a nadie más. Concentró toda la fuerza que le quedaba en sujetar los mandos y dejó que el *fokker* le sobrepasara. Sabía que volvería en dirección contraria para registrar el punto exacto donde caía y anotarse el tanto, como también sabía que las patrullas acudían raudas al rescate de los aviones accidentados o para certificar que el avión caído era de los suyos. Propaganda. Lo primero ya no le importaba; su guerra acababa en ese preciso momento. Su nombre no volvería a escribirse en las listas donde contabilizaban las victorias. Nunca llegaría a ser un as de la aviación. Se había alimentado de quimeras, de recuerdos, de ilusiones, tapando las grietas de su alma con los jirones de nube que le arrancaba al cielo, queriendo alcanzar la gloria. Y en ese preciso momento fue consciente de que cambiaría todo aquello que había anhelado conseguir por un último beso de Claudine. Hizo descender a su *bebé* en picado contra el suelo murmurando su nombre.

Douaumont, 1 de marzo de 1916

Emille sintió cómo la pequeña se movía débilmente contra su pecho y se le olvidó el dolor de cabeza producido por aquel culatazo. Incluso esbozó una sonrisa; si su *bebé* continuaba vivo, ella sacaría fuerzas de donde fuera. Oyó un disparo y levantó la vista. La enfermera cayó sobre el soldado muerto. Le había disparado, aunque eso no cambiaba nada. Estaba sola. Podrían haber ejecutado con éxito su plan, pero Berthe había cambiado sus prioridades y había utilizado la jeringuilla con el moribundo. Solo Mari sabría por qué lo había decidido así.

–Solo quedamos tú y yo, puta –escupió el alemán.

La frente del soldado relucía por la capa de sudor que la cubría. Emille podía oler la adrenalina que exhalaba tras haber disparado a la mujer. Parecía un animal enloquecido que no hubiera saciado su sed de caza. Y su pequeña y ella estaban a su merced. Intentó pensar en algo, pero notaba la cabeza embotada por el golpe. Se arrastró hacia atrás, hasta que su espalda chocó contra el tronco del árbol. No podía creer que Mari no la ayudara en esos momentos, después de todo lo que le había arrebatado. ¿Dejaría morir a su hija recién nacida, que solo había conocido su pecho casi seco en la huida y la oscuridad de aquella bodega polvorienta y húmeda? El rostro congestionado del soldado se deformaba por la locura. Emille cerró los párpados y apretó contra sí a su bebé. Ni siquiera tenía fuerzas para llorar. Un disparo. Se encogió, pero no sintió nada. Ni dolor, ni la vida escapándose por una herida abierta, ni la luz brillante que contaban que se veía cuando uno moría. Algo pesado cayó al suelo y la vibración la hizo estremecer. Cuando se atrevió a abrir los ojos, el cuerpo del alemán se encontraba desplomado a sus pies. Un agujero negro se abría entre sus omóplatos. No había sangre, solo los bordes quemados del uniforme en el lugar de impacto y un ligero humo que ascendía y moría poco después. Emille miró un poco más allá, hacia la ambulancia, y sonrió. La figura de un hombre se recortaba contra la portezuela. Mari sí que había velado por ella. Era el alemán que les había advertido de que el fuerte de Douaumont había caído, el mismo que habían encontrado herido en el camino y por el que se habían detenido cuando cayeron en la emboscada. El hombre empuñaba su Mauser a duras penas y parpadeaba como si fuera a perder el conocimiento de un momento a otro. Las había salvado matando a uno de sus propios compañeros, aún había esperanza.

Emille se levantó y fue hacia él. Por primera vez, sentía los miembros ligeros al caminar.

–Otto tener niña allá... ¿Recuerda? –El soldado señaló a un punto en la lejanía mientras parpadeaba para mantener su mirada fija en ella. Trastabilló y levantó el fusil para intentar equilibrarse y no caer.

Emille escuchó dos disparos, cuyo eco agitó el bosquecillo, y un grito desgarrador a su espalda. Cayó de rodillas de nuevo y se encogió sobre sí misma musitando lamentos que se tuvo que tragar. Otto mostraba un gesto de incomprensión mientras se llevaba los dedos a los agujeros de su guerrera. Un hilo de sangre asomaba de cada herida. Soltó el fusil y quiso taponarlas con las palmas, pero de pronto el líquido manaba incontrolable y cubría su pecho de un rojo oscuro, mate y denso. Puso los ojos en blanco y pronunció una única súplica

al quebrarse y caer:

–*Vergib mir, Hilda.*

Le pedía perdón a su mujer, Hilda. Emille dejó de respirar. Quiso correr hacia aquel hombre y que en sus últimos momentos no sintiera el frío de barro de una tierra extraña, sino la calidez de una mano sobre su frente. Quiso decirle que le estaría eternamente agradecida y que buscaría a la hija que había dejado en Alemania para decírselo, pero no pudo. Giró la cabeza con el pecho desbocado entre el miedo y la rabia. Al borde del bosquecillo, la mujer pelirroja aferraba un fusil. Con la ropa desgarrada, las piernas manchadas de sangre y el cabello de fuego en una aureola enloquecida alrededor de la cabeza, parecía una *lamiak* enfurecida a la que le hubieran robado lo más preciado. Gritaba, no cesaba de gritar mientras el fusil temblaba entre sus manos.

* * *

Shirley se agitaba entre convulsiones y su boca, con los labios agrietados por las heridas, escupía el dolor y el odio de la única forma de la que era capaz. Había matado a otro hijo de puta. Lo había visto caer musitando palabras en un idioma que odiaría hasta el fin de sus días, pero no era suficiente. Vio los cuerpos de Sébastien y Berthe, tendidos el uno sobre el otro en una escena macabra, la peor que se podía encontrar, y a su voz entrecortada se le sumó un tono aún más agudo, más desgarrador. La campesina la miró con algo parecido a la tristeza en sus ojos y se llevó la mano a la frente con pesar. Sin embargo, Emille no corrió hacia ella, sino hacia los cuerpos tendidos junto a la ambulancia. Volteó a Berte, que se quejó con el movimiento. Estaba viva. Luego, se acercó al alemán al que ella había disparado, le cerró los párpados y le cruzó las manos sobre el pecho. Quiso decirle que se alejara de esa escoria, pero las palabras no tomaban la forma precisa. Escuchaba su propia voz como una letanía ajena y entrecortada que no podía parar. Aún no se había vaciado de todo lo que aquellos soldados habían volcado en su interior. Necesitaba arrancarse la piel que habían tocado y desangrarse por los rincones que habían mancillado. Matar, morir, desaparecer. No podía seguir siendo la Shirley a la que habían arrastrado hasta el bosque.

El ruido del motor de un avión ocultó su voz. En el cielo se dibujó una estela de humo negro que descendió hasta rozar las copas de los árboles y la oscuridad cayó sobre ellas. El avión las cubrió de sombras como si de repente hubiera llegado la noche y elevaron los rostros a tiempo para ver los destellos de sangre

que pintaban sus alas cada vez más cercanas. Shirley continuó gimiendo, transmisora del dolor de todos ellos: de los que morirían, de los supervivientes, de los cadáveres que se pudrían en silencio bajo el barro de Verdún. Lo único que la hizo callar fue el estruendo del monoplaza estrellándose contra el suelo, al borde de la hondonada donde se encontraban. El fuego lamió primero los troncos de aquel bosquecillo maldito y luego crepitó, voraz, engullendo la vegetación. Entonces se sentó en silencio con las piernas cruzadas, admirando las llamas de ese pequeño infierno en el que arderían los dos soldados alemanes, sus pupilas llenas de aquel baile purificador.

Los soldados franceses que acudieron para rescatar al piloto la encontraron en silencio. Del avión y su ocupante solo quedaban las cenizas en un círculo negro, como si hubiera señalado el punto exacto donde se encontraban las chicas.

Mientras recorrían el trayecto hacia Barleduc, Shirley miraba al techo del camión y pensaba cuántas víctimas como ellas habrían transportado así: víctimas de una guerra que no solo se libraba en las trincheras o en la retaguardia, sino también en los pasillos de los hospitales, sobre sus camillas o detrás de las puertas de los dormitorios cuando se cerraban las puertas. Únicas supervivientes de unas batallas de las que no se hablaría jamás. Pero de sus labios no surgió ni una palabra.

EPÍLOGO

Vestigios de la tormenta

Noviembre, 1928

Carta de Shirley St. John para Irène Curie

*Mi querida Irène,
¿Puede la Muerte estar dormida, si la vida es solo un sueño,
y las escenas de dicha pasan como un fantasma?
Y los efímeros placeres a visiones se asemejan,
y aún creemos que el dolor más grande es morir.*

Siempre regreso a Keats, ya lo sabes. No hay mayor consuelo que refugiarse en la poesía cuando los recuerdos se empeñan en arañarnos las cicatrices. Quizá te sorprenda esta carta por varios motivos. Hace mucho que no sabes de mí más allá de las fotos de Allan y los artículos que te envió. Entiende que no podía continuar como si no hubiera pasado nada entre nosotras desde lo de la Maison Blanche. Por otro lado, volver a Barleduc me ha dejado con el alma expuesta y puede que te hable de cosas inesperadas, de esas que guardamos para nosotras y jamás afloran por encima de la piel porque están cubiertas de capas y capas para paliar el dolor. La madre de Berthe me contó que te había enviado una nota informándote de lo sucedido, como a mí. Ahora que Berthe ya no está, necesitaba escribirte.

Como ya te he dicho, estoy de nuevo por la región de Lorena. Alguien tenía que venir para acompañar a su madre al entierro, tan lejos de Dijon. Me consta que has borrado todo rastro de tu paso por aquí, que no queda constancia de que, una vez, la hija de Marie Curie visitó Barleduc y se aventuró hasta la ciudadela de Verdún. Los libros que hablen de tus logros, que los habrá, no mencionarán nunca lo ocurrido, ni quienes fueron tus compañeras en esos días. Quizás alguien se pregunte en un futuro por qué una mente tan brillante parece

tan fría al trato; por qué un hombre como Frédéric, tan sociable y fácil, se enamoró de ti. Tan solo yo tengo la respuesta, solo yo puedo contar las tormentas que se desatan tras esa mirada y comprender que alguien que se asome a ellas puede quererte. Quienes te conocimos allí vimos a otra Irène, vivimos otra Irène. ¿Qué te pasó después? ¿Tanto te pesó lo que nos sucedió en Douaumont como para tomar las decisiones que tomaste? Aún no logro entender por qué lo hiciste. Ha sido una auténtica tortura para Berthe y ahora tendrás que vivir con un peso más. Y aun así, creo que tienes mucho que ofrecer tras esa coraza que has tejido a tu alrededor, aunque no te desnudes del todo para nadie. Ni siquiera tu madre conoce toda la historia, así lo has querido y yo no soy quien para contarla. Pero, ¿sabes? Creo que le debías una despedida en condiciones a Berthe, venir a su entierro en Barleduc y superar tus miedos, aunque ya sea tarde para enfrentarte a ella.

Yo lo he hecho. Necesitaba cerrar puertas, colocar los recuerdos en su lugar, rescatar las sensaciones que me han convertido en la mujer que soy ahora. Necesitaba saber de nuestras compañeras. Así que, tras la ceremonia religiosa, decidí que me quedaría un tiempo por aquí. Allan está inmerso aún en sus exámenes en la École des Roches y yo puedo escribir mis artículos desde cualquier lugar. Tardaré algún tiempo en regresar a París.

Allan... Creo que es tiempo de contarte algo más sobre aquel bebé al que sostuviste en brazos una vez. Ahora es un adolescente de doce años, espigado y muy inteligente. Sé que lo conoces por las fotografías, pero tendrías que escucharle hablar y verle sonreír. No tengo palabras que expresen lo que significa para mí haber luchado por él. Lo hemos tenido muy difícil sin un padre que le diera su apellido y mucha gente nos ha juzgado. Desde sus abuelos, que prefirieron exiliarme en Francia con una suma de dinero compensatoria al saberme embarazada, hasta los compañeros de Allan cuando tuvo la edad suficiente para acudir al internado. He intentado inculcarle esa fuerza que me impulsó a dejar Bradford aún preñada y huir de su hipocresía. Al fin y al cabo, la nueva Shirley nació aquí y aquí necesito quedarme. ¡Hay tanto por lo que luchar, Irène! Creí que una vez acabada la guerra las mujeres habríamos ganado más derechos, pero bien sabes que no fue así. Queda mucho trabajo por delante. Hoy puedo decir que he encontrado mi sitio y que me siento orgullosa de mi hijo, de lo maduro que es para su edad, de todo lo que ha conseguido. Me gustaría que algún día... Pero antes tenemos mucho de lo que hablar.

He visitado el lugar donde terminó todo. Alquilé un coche y recorrí las colinas de Douaumont hasta llegar al pueblo. No queda rastro de él. Es una superficie

baldía y quemada, en la que la sangre aún se puede paladear en el aire. La mía sigue ahí, suspendida y mezclada con la de Sébastien y la de Berthe, y con la de los soldados a los que maté. Nunca te lo he contado, pero aún tengo pesadillas en las que mi fantasma alemán regresa del infierno y me arranca a mi niño del vientre. Me grita que él es su padre y que viene para llevárselo. Entonces me despierto gritando y me obligo a recordar los ojos de mi pequeño. Me miran con ese brillo verde que ha heredado de Alain y puedo sentir cómo se cuelan en el fondo de mi alma, allí donde él estuvo una vez. Siento en lo más profundo de mi ser esa conexión que tienen los dos, y que aún mantengo con Alain a pesar de los años transcurridos. Así puedo respirar tranquila. Mi fantasma nunca me arrebatará a Allan porque no tiene ningún derecho sobre él, ni siquiera Alain lo tiene. Lleva un tiempo queriendo formar parte de nuestras vidas, desde que me encontró gracias a los artículos que escribo para ciertas publicaciones, pero yo aún no puedo dejarlo entrar. Y no sé si estaré preparada alguna vez. Esta relación que vivimos en la que cada uno va y viene sin rendir cuentas me parece la más sencilla para los dos. Algún día le contaré a Allan lo que sucedió entre nosotros, pero aún no. Alain pertenece a una Shirley que ya no existe.

También he ido a visitar la granja de Emille y Lorraine. Llevaba tiempo queriendo ir, pero no encontraba la energía suficiente como para recorrer la zona de Verdún. Berthe me la ha proporcionado. Ellas tampoco lo han tenido fácil. A pesar de que la propiedad que Emille heredó de Adele estaba intacta, la de Lorraine y las gemelas se encontraba en ruinas y han tenido que empezar de cero. Trabajar la tierra sin la ayuda de los varones sigue estando mal visto. Aquellos que regresaron de las trincheras no quisieron ver que las mujeres que se quedaron en las granjas salvaron las cosechas: sembrando, abonando, preparándolo todo para que la tierra no se echara a perder. Y les exigieron regresar a su lugar, dentro de la casa. Sin embargo, Emille y Lorraine salieron adelante con sus niñas. No reconocerías a la pequeña Adele. Es casi una mujer y creo que su sordera le hace conectar de un modo diferente con el mundo de los espíritus del que habla su madre. Emille se enorgullece de que es la mayor sorgina de todos los tiempos. No es que yo crea en esas cosas, pero esa niña... Ya es increíble que sobreviviera a Verdún. Sé que tú eres una mujer de ciencia y te puedo imaginar sacudiendo la cabeza, con los brazos cruzados y una sonrisilla de suficiencia. Deberías conocerla. Me han preguntado por ti. Les he dicho que estás muy ocupada con tu trabajo en el laboratorio y les he prometido que te transmitiría su invitación para conocer la granja.

Barleduc no ha cambiado mucho. El Ornain sigue serpenteando de esa forma

perezosa que recordaba y los edificios continúan exhibiendo ese aire melancólico. El viento que soplabá al atardecer... Ya no se percibe el aroma picante que llegaba desde el frente, aunque no es limpio por completo. Sigue existiendo un no sé qué, un rastro metálico que recuerda a las heridas sin cerrar. Ay, te digo que la guerra aún no ha terminado. ¿Tú también lo sientes? Echo de menos nuestras charlas y confidencias, Irène. Hay cosas de las que no puedo hablar con nadie, ¿sabes? Ni siquiera con mis compañeras sufragistas en las reuniones clandestinas. Ellas no estuvieron allí, no me conocen como tú. Sé que te gustarían nuestros encuentros y el trabajo que realizamos. Quizás algún día... Nos hace falta toda la ayuda posible. Nuestra lucha ya quedó paralizada por una guerra. Debemos hacernos oír antes de que el mundo vuelva a enfrentarse, gritar todas con una sola voz, las damas y las prostitutas, las solteras y las casadas. No podemos volver a caer en otra locura como aquella.

Hoy he podido visitar la iglesia de Saint Étienne. Me habían hablado de la figura de René de Chalon, pero nada me había preparado para ver con mis propios ojos la obra maestra de Ligier Richie. Tratamos a tantos hombres en ese estado, Irène... Descarnados, con las tiras de piel colgando de las costillas y las cuencas vacías en una mirada hacia su propio corazón, que ya nunca volverá a latir. Fue como volver al «Aqueronte» de nuevo y encontrarme cara a cara con todos los soldados que abandoné a su suerte, sellando así su destino. Es algo que aún me revuelve por dentro, aunque no puedo hacer nada más que recordarlos. Mientras haya alguien que hable del horror y mantenga sus rostros en la memoria, ellos no morirán del todo. Este es mi destino.

Hablemos ahora de razones para vivir, Irène, y de todo lo que pasó tras nuestro rescate de Douaumont. Por una vez, voy a contarte mi versión, el porqué siempre he apoyado a Berthe en su decisión y en contra de aquella promesa que te hizo. Tú vas a leerlo, con la boca cerrada y sin poner las objeciones que ya conozco y que me has repetido a lo largo de estos años. Yo respeté su silencio, pero ahora ya no tiene sentido. Es mi turno. La vi morir en aquella hondonada, Irène. Contemplé cómo se aferró al cuerpo de Sébastien para irse con él. Lo que tuvo que hacer la rompió por completo y sus pedazos se quedaron allí, enterrados junto a su prometido. Por eso no me escandalicé cuando Berthe intentó acabar con su vida en el hospital de Barleduc, una vez sacaron aquella bala de su hombro. Pude ver tu rostro de espanto y de miedo cuando nos acercamos a su cama y la encontramos casi desangrada. ¿Aún no entiendes que el último hálito de voluntad quiso utilizarlo para irse con él? Sé que en tu memoria aún puedes verla con las muñecas abiertas y aquel charco de sangre en

el suelo, cada vez mayor, cubriendo casi por completo el escalpelo que había utilizado. Pero olvidas que ella ya estaba muerta. Lo olvidaste entonces, o quizás aún no podías darte cuenta de que las chicas que se fueron hacia Douaumont en aquella ambulancia nunca regresaron. Shirley también murió en las colinas y la mujer que te escribe estas letras es alguien diferente. Sin embargo, yo elegí recomponer mis pedazos. Fue mi decisión. Debería haberme opuesto a ese absurdo juramento que le arrancaste a Irène cuando aún estaba demasiado débil, cuando aún tenía alrededor de las muñecas los trozos de tela que rasgaste de tu falda, sin poder sostenerte esa mirada de pánico y culpa. La subestimé. Nunca pensé que Berthe mantendría esa última promesa, pero tendría que haber sabido que nunca jamás volvería a romper un juramento. Y menos uno que te hubiera hecho a ti. Pero yo aún estaba demasiado herida como para cuidar de nadie y después ya era demasiado tarde. Esa parte de culpa siempre viajará conmigo. Sin embargo, lo que aún me duele, lo que no ha cicatrizado, fue lo de la Maison Blanche. La encadenamos a una vida que ya no era la suya, mientras ella esperaba que los días se acortaran para reunirse con Sébastien. No dejo de imaginarme su muerte, sola... Y la rabia y la angustia me retuercen por dentro. Ahora es libre, pero nosotras no. Tú y yo tenemos una cuenta pendiente, ¿no crees? Y llevamos postergándola durante los últimos doce años.

Sabes dónde encontrarme, mi querida Irène.

Noviembre, 1928

Carta de Claudine Meurent a Irène Curie

Señora Joliot-Curie,

Esta será mi última misiva. Supongo que habrá recibido ya la noticia del fallecimiento de la señorita Hinault. Cumplo con mi promesa de mantenerla informada de todo lo que sucediera en la Maison Blanche, pero créame si le digo que no extrañaré esta correspondencia. La nuestra es una relación peculiar que no quiero mantener después de haber saldado mi deuda con usted. Cuando surgió aquel problema de mi amiga con el Estado Mayor al acabar la guerra, yo no tenía nadie a quien recurrir, nadie con la suficiente influencia como para ayudarnos y que no se sintiera comprometido al hacerlo, ni medios para comprar silencios o efectuar los consabidos sobornos. Los contactos que suelo hacer en mi ocupación no son demasiado fiables, y en un asunto tan turbio como

aquel, en el que estaban implicados altos mandos del Deuxième Bureau, no podía fiarme de nadie. Gracias a usted, ella está a salvo en la Maison Blanche y no fusilada como era el deseo de muchos. Hoy echo la vista atrás y aún no sé cómo me enredé en la batalla del espionaje. Supongo que la muerte de Adrien prendió en mí la chispa de un patriotismo que jamás había tenido. Así que me vi en la obligación de recurrir a la única persona con influencia en las altas esferas, al apellido Curie. Mi deuda aumentó. Perdóneme que le recuerde ahora el inicio de nuestro acuerdo, pero me sirve para ordenar mis ideas antes de poner punto y final a esto. Adrien... Adrien es uno de los motivos por los que siento esta liberación al zanjarse por fin el deber que nos ha unido durante estos casi diez años. Cada vez que escribo su nombre en el papel, señora Joliot-Curie, es un recordatorio de todo lo sucedido en los días de Barleduc y, aunque llevaré el recuerdo de Adrien conmigo hasta el último aliento y siento en las entrañas que realmente me amaba, algo se empaña entre los dos cuando aparece usted de por medio.

Antes de nada, le informo de que mi amiga Niní se encuentra bien, dentro de lo que cabe. Sé que se ha preocupado por ella y por su historia durante estos años, aunque no tendría por qué. Aún hoy tengo la duda de si su ofrecimiento para ayudarme con el ingreso de mi amiga en el psiquiátrico de la Maison Blanche se debía a que era algo conocido para usted porque ya había mediado con la aceptación de la señorita Hinault o es que necesitaba un contacto allí. El doctor Murette me contó que las visitas empeoraban mucho su estado y que habían tenido que prohibirlas. No indagué más en el asunto y tampoco me interesa saberlo ahora. Las condiciones de nuestra colaboración ya quedaron claras en su momento, aunque créame que me entristece. No poder comunicarse con una amiga es muy duro, doy fe de ello. ¿No es irónico que al final haya seguido ejerciendo de espía a mi pesar?

Pero creo que es momento de contarle el motivo de esta última carta. Yo estaba allí cuando sucedió, ¿sabe? Presencié el fallecimiento de la señorita Hinault. Ya le he comentado en alguna ocasión que me gusta pasar temporadas en Nelly-Sur-Marne cuando el cabaré me lo permite y así visitar más a menudo la institución. El doctor Murette me avisó del estado de Berthe en cuanto entré. Me considera una allegada a la familia y, en cierto modo, así es, ¿no? Me impresionó verla, jamás había escuchado una palabra de sus labios. Y sin embargo, no paraba de murmurar y señalar el escritorio. Se aferró a mí en cuanto tuvo ocasión y me apretó con la fuerza que le quedaba para asegurarse de que veía la nota que reposaba sobre la mesa. Un nombre estaba escrito en el

encabezamiento: Para Irène Curie. No se preocupe, no la he leído. Me quedé con ella, asegurándole que la carta llegaría a su destino, y no pasó mucho hasta que expiró. No fue agradable, no quiero engañarla, pero al menos no murió sola. El único momento en el que pareció en paz fue justo en el que su pecho dejó de moverse. La noté estremecerse bajo mi mano y luego sonrió. ¿Cómo puede alguien sonreír en la muerte? Me atrevería a asegurar que en ese instante era feliz, aunque no soy quién para valorarlo. Aún siento sus dedos apretándome la palma de la mano, así que creo que mi deuda con usted está más que saldada.

Aquí cesa nuestra correspondencia. Por fin puedo decir que he cumplido con mi palabra y estamos en paz. Quid pro quo, como le gustaba decir a Adrien. Le deseo lo mejor, señora Joliot-Curie, de verdad. Espero que las palabras que le dedicó su amiga le traigan cierto consuelo.

Claudine Meurent

Irène,

He pasado mucho tiempo enfadada contigo. Tanto que hice del duelo un hogar y de mi ira una barrera para impedirte que volvieras a verme. Yo ya había desaparecido para el resto del mundo, y tú solo querías retenerme aquí para purgar tus remordimientos. Soy consciente de ello. No pude negarte aquel día en el hospital de Barleduc lo que más ansiaba, quizá porque yo era presa de los míos, y he pasado doce años encadenada a una promesa. Qué ironía, ¿verdad? Pasar de una prisión a otra, depender siempre del bienestar de alguien, olvidándose de uno mismo, sacrificándolo todo por esa persona. He tenido mucho tiempo para reflexionar y ahora que se acerca el fin soy capaz de perdonarte y de comprenderte. Si yo fuera la Berthe de Barleduc habría hecho lo mismo, pero no después de Verdún, no... Dentro de poco todo acabará por fin. Esta neumonía tiene la fuerza que yo no tuve aquel día, que no he tenido en todos estos años. Solo ahora he logrado hacer las paces contigo, aunque no creo que tú las hagas conmigo. Sé que nunca entenderás que la libertad que ansío se encuentra en el no ser, en desaparecer. Pero es que la mujer que fue tu amiga ya no existe.

Dile a mi madre que lo único que me pesa es ella, su tristeza, mi incapacidad para ser el consuelo que necesitaba. Cuéntale que hizo bien en dar su consentimiento para que me internaran en la Maison Blanche. Para ella, yo era una carga demasiado pesada y aquí he podido recluirme en mi silencio sin arrastrar a nadie conmigo. No te guardo rencor por ello, Irène.

No me creerás si te cuento ahora que en un momento de mi vida quise gritar, que he querido hacerlo estos años. Y no he sido capaz. Algo en mí se rompió en Verdún y me acalló para siempre. Shirley así lo entendió, espero que tú lo llegues a hacer algún día. Sé que he sido el motivo de vuestras disputas y que ahora estáis muy lejos. Volved a encontraros, por favor. Os necesitáis mucho la una a la otra.

Sé que no tengo derecho a exigir nada cuando yo no voy a estar a vuestro lado, pero antes de dejarme ir debo pedir a las dos una última cosa. Gritad si sentís la necesidad de ello, aunque quieran acallar vuestra voz, aunque vuestro propio miedo os ahogue las palabras. No permitáis nunca que intenten silenciaros. Os quedan tantas batallas por librar... Tantas...

Nota histórica

En 1914 estalló una guerra que supuso un antes y un después no sólo en los conflictos armados, sino en la configuración de Europa y en la historia mundial. Cuatro años duraron las contiendas, que poco tuvieron que ver con la forma de luchar de la humanidad hasta entonces. Las trincheras, la guerra de desgaste y los ataques con armas químicas son solo tres ejemplos de la barbarie que comenzó un 28 de julio con el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria en Sarajevo, aunque las cuerdas de las diferentes potencias enfrentadas llevaban tensándose mucho tiempo antes. La Gran Guerra, pese a no ser tan mencionada habitualmente como su secuela, la Segunda Guerra Mundial, fue tanto o más importante, y por ello siempre ha ejercido una atracción especial en mí.

Hace ya unos años, cuando solo me atrevía a escribir relatos cortos, quise crear un homenaje a los inicios de mi profesión, la enfermería. El relato, de cinco o seis páginas de extensión, tenía una documentación mínima. Se lo dejé leer a una compañera y se entusiasmó por la idea, pero me dijo que era demasiado corto y que esa historia se merecía ser contada de otro modo. Tenía razón. Y entonces lo supe. Podía aunar mi pasión por la enfermería con la fascinación que siento por la Primera Guerra Mundial. Pero no era fácil. Iba a tener no solo que conocer los entresijos del estallido bélico desde el comienzo, sino que debía colocarme bajo la piel de sus protagonistas. Y estos eran los hombres y mujeres anónimos cuyos nombres nunca aparecen en los libros de historia. La documentación es esencial, pero también lo es la empatía para contar lo que otros vivieron. Me embarqué entonces en un viaje al pasado que me iba a suponer tres años de trabajo y dedicación documental, además de sentir y reproducir la rabia, el dolor, la decepción y el miedo que se sufrieron hace cien años.

* * *

Debía comenzar por algo..., así que, como introducción para entender los motivos económicos y políticos que condujeron a la guerra y acercarme de

forma amena a aquella época, nada mejor que *La Primera Guerra Mundial contada para escépticos*, de Juan Eslava Galán, un ensayo ligero que recoge diversas anécdotas de la población de uno y otro bando. Fue como comenzar a nadar en un lago de aguas tranquilas, sabiendo que lo cruzaría hasta adentrarme en unas corrientes más salvajes en cuanto tuviera ocasión, al igual que lo hicieron aquellas gentes durante los primeros meses de contienda.

Tras la invasión de la neutral Bélgica y de Luxemburgo, Alemania traspasó la frontera occidental de Francia en su camino hacia la conquista de París, pero las fuerzas aliadas frenaron ese avance a los pocos kilómetros. El frente se situó en esa zona, a lo largo de una línea de trincheras que fueron el epicentro de las más cruentas batallas. Los mapas detallados del *Atlas de la Primera Guerra Mundial*, de Martin Gilbert, me enseñaron dónde y cómo se luchó cada centímetro de tierra. Así que, tras mojarme en unas aguas que ya comenzaban a formar olas peligrosas, eché una ojeada a vista de pájaro para hacerme una idea de la cantidad de fuerzas implicadas. La guerra que se había vaticinado y publicitado como breve y justa se estancó. El espíritu romántico y orgulloso de los que luchaban desapareció al poco tiempo bajo el barro de las trincheras. La Gran Guerra, iniciada como si fuera un juego de ajedrez entre caballeros, se convirtió en una refriega sucia y despiadada. Cada avance mínimo en las posiciones suponía desangrar a las tropas y los muertos se iban acumulando en las orillas.

* * *

¿Qué momento histórico de esos cuatro años era el más propicio para contar mi historia? Buscaba uno que fuera representativo de las emociones que dicha guerra mundial me genera, de lo que necesitaba transmitir. Yo conocía lo que había pasado en los alrededores de la fortaleza de Verdún de un modo general, pero Paul Jankowski la detalla con minuciosidad en su ensayo *Verdún, 1916, Crónica de la batalla más célebre de la Primera Guerra Mundial*. Diez meses de bombardeos y combates, veintitrés millones de proyectiles, setecientas mil bajas entre un bando y otro, más de doscientos mil muertos amontonándose en las colinas o en el fondo de los cráteres producidos por los morteros. La importancia de mantener Verdún en manos francesas se convirtió en una cuestión de fe y moral, pero supuso enviar a los soldados a un verdadero infierno. Fue, sin duda, una de las batallas más angustiosas y despiadadas. Lo es, de hecho, hasta hoy en día. Y, sin embargo, los datos no nos dicen absolutamente nada sobre los hombres que lo sufrieron. ¿Qué podía pensar un soldado que vivía

entre las ratas y el fango dentro de una trinchera? ¿Cómo sobrevivir a las amputaciones de miembros, a los cuerpos de sus hermanos pudriéndose sobre la tierra helada un día, y otro... y otro más? ¿Cómo serían los lazos creados entre compañeros de trinchera? ¿Cuál podría ser el grado de desesperación, angustia, desconsuelo y miedo? Bucear en la mentalidad de las personas que vivieron el desencanto y la pérdida de la inocencia para luego sufrir la barbarie y el horror de una batalla así no es fácil, y tampoco cómodo. Solo se pueden suponer ciertas reacciones que, hace unos años (relativamente pocos), definieron el trastorno por estrés postraumático. El ensayo de Georges Blond *La batalla de Verdún* me acercaba más a esas sensaciones, pero aun así todavía me faltaba hundirme en el barro y cubrirme de sangre para poder contarlo. Decidí entonces narrar lo sucedido en Verdún de una forma diferente.

¿A quién daría voz entonces? ¿Quién viviría todo lo que tenía pensado que ocurriera en mi novela? La Gran Guerra tuvo muchos frentes y la lucha no fue exclusiva de los soldados. El papel de la mujer en el conflicto se ha dejado de lado en los libros de historia, relegado en muchas ocasiones a meras sombras secundarias, cuando en realidad fueron un engranaje esencial de la maquinaria política, económica y social. Quise sacar a la superficie, desde las profundidades más silenciosas del río que me encontraba vadeando, las voces de aquellas mujeres. ¿Cómo lo vivieron? ¿Dónde estuvieron? ¿Por qué lo hicieron? En el texto *Las mujeres y las guerras: el papel de las mujeres en las guerras de la Edad Antigua a la Contemporánea*, de Mary Nash y Susanna Tavera, miembros de la Asociación Española de Investigación Histórica de las Mujeres, narran esa parte del pasado al que habitualmente las crónicas no le han dado importancia. ¿Qué papel ejercieron? ¿Quiénes fueron esas integrantes de la maquinaria bélica olvidadas por todos? Desde mano de obra en las fábricas cuando los hombres eran enviados al frente, hasta moneda de cambio y medio para causar daño, como en el caso de las violaciones de guerra. La mujer ha sufrido, luchado, amado, trabajado y batallado en la guerra. Recogieron las cosechas para que sus familias no murieran de hambre, acudieron a las trincheras y cambiaron la falda por el uniforme, condujeron ambulancias y se dejaron la piel en los hospitales de campaña. Muy interesante es el trabajo sobre este tema de Montserrat Huguet para la Universidad Carlos III de Madrid: *Batallar fuera de casa. Mujeres de uniforme en la Primera Guerra Mundial*, donde se citan mujeres con nombre propio de uno y otro bando que participaron en la contienda.

No es fruto de la casualidad que mis personajes más relevantes sean mujeres. Quería contar otro punto de vista sobre la batalla de Verdún: el de ellas. Unas

campesinas, una enfermera, una voluntaria sin formación sanitaria, una prostituta y la hija de Marie Curie, Irène, quien marca el punto de partida para la historia. Confieso que me fascinó el relato de lo que Marie e Irène hicieron durante la guerra y quería incluirlo en mi novela. Por ese motivo, todo comienza con la llegada de Irène a la ciudad de Barleduc, poco antes del inicio de la batalla. Irène nunca estuvo en la zona de Verdún, o por lo menos no está documentado; pero sí que consta que recorrió Bélgica y el frente occidental instruyendo a los cirujanos en la utilización de los aparatos de radiología portátiles que ideó su madre, los *petit curie*. Para conocer mejor su historia y asegurarme de que en ese momento preciso no se la podía ubicar en otro lugar, indagué en la biografía escrita por Pascal Jacquemond. Este autor relata los acontecimientos de la juventud de Irène durante la guerra, así como la transcripción de algunas cartas entre su madre y ella cuando ambas estaban en diferentes puntos del frente.

* * *

Como en toda novela histórica, existe una parte documentada y otra en la que la ficción es el sustento. Personajes que existieron en realidad, como la doctora Nicole Girard-Mangin, cuya vida descubrí en *L'histoire de Nicole Girard-Mangin*, escrita por Francois Stupp; o Georges Duhamel, médico y escritor que me mostró sus vivencias en los hospitales de campaña mediante una novela autobiográfica: *Vida de los mártires. 1914-1916*, con la que me acerqué a los heridos de guerra y a quienes los cuidaban. Otros son fruto de mi imaginación, aunque basados en personas que narraron sus experiencias en la guerra: Shirley St. John bebe de los escritos de Vera Brittain, una voluntaria inglesa que retrató esa cara olvidada de los hospitales de campaña en su *Canción de juventud*; y mi querida enfermera Berthe Hinault es la representante de una profesión, la mía, que tuvo que afianzarse en las condiciones más duras posibles. Las enfermeras lucharon contra reloj para salvar vidas y cuidar del cuerpo y el alma de los soldados heridos, al tiempo que reclamaban sus derechos y el reconocimiento a su labor. Sobre las enfermeras es una fuente de conocimiento increíble el título *Veiled Warriors: Allied Nurses of the First World War*, de Christine Harrell. La medicina y los cuidados de enfermería avanzaron a paso de bayoneta y metralla. La cirugía y el control de las infecciones dieron un giro de 180° debido al tratamiento de las heridas, fracturas y amputaciones. El hacinamiento de los soldados tuvo como consecuencia un estudio más exhaustivo de las enfermedades contagiosas. La ingeniería creó nuevos artefactos que resultaron

necesarios, ofensivos y defensivos: máscaras antigás, vacunas, aviones más rápidos y seguros..., y un largo etcétera.

Con toda esta información, tuve que construir personajes que no solo vivieran los hechos, sino que pensarán y sintieran de forma coherente con su época, y cuya evolución fuera acorde con las experiencias que yo, como escritora, les estaba haciendo vivir. Mujeres supervivientes que siguieron luchando incluso después por su lugar en el mundo. Pues la Primera Guerra Mundial inició el cambio social que se llevaba reclamando mucho tiempo antes.

Había imaginado unos personajes muy potentes, algunos realmente intensos, y debía ser cuidadosa al recrear el entorno en el que iban a existir. La distribución de la asistencia sanitaria, de los hospitales y ambulancias en la zona de Verdún me creó verdaderos quebraderos de cabeza por la falta de información y, en ocasiones, por datos contradictorios. El documento que más me convenció fue *Le Service de Sante' durant la Bataille de Verdun*, de Jean-Jacques Ferrandis (en *Histoire des sciences médicales*, tomo XXXVI, n.º 2, 2002), y del que recreé el mapa que aparece en esta novela. Las técnicas médicas y quirúrgicas utilizadas, así como el material mencionado, están documentados mediante artículos sobre medicina de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, sobre todo de la *Revista de Medicina y Cirugía Prácticas*, desde el año 1882. No debía olvidar que los avances técnicos sanitarios no llegaron al mismo tiempo a todos los lugares y la falta de material quirúrgico en zonas de guerra era un hecho, así que recreé el tratamiento de las heridas y enfermedades sin estos recursos. Asumí que debían utilizarse remedios conocidos anteriormente además de introducir los métodos novedosos.

Sin embargo, toda la aventura de Irène y sus compañeras en Verdún es ficticia, así como la recreación de sus personalidades, pensamientos, las relaciones entre ellas y el resto de personajes, sus motivaciones y anhelos, sus decisiones y acciones. He intentado darles vida y he narrado su historia desde el interior del río: mojándome en el proceso, sintiendo el frío y la angustia, nadando a contracorriente, como hicieron las mujeres en aquella época. Todos mis personajes tienen un poco de mí, de lo bueno y de lo malo que puedo ofrecer. Al fin y al cabo, solo han pasado cien años desde entonces y la humanidad no ha evolucionado tanto como hubiera sido deseable.

Espero no haber metido la pata al recrear la Historia (con mayúscula), porque esta historia (con minúscula) forma parte de mí, y eso ya no lo puedo cambiar. Y si encuentran alguna errata, perdónenme. Al fin y al cabo, errar es de humanos. Y tropezar con la misma piedra dos... y tres veces, también.

Agradecimientos

Hay personas cuya necesidad vital es crear y expresar: escritores, pintores, bailarines, músicos... Y hay otras que beben de ese flujo creativo y crecen a través de él. Los artistas somos lobos blancos, recibimos las emociones y las lanzamos hacia el mundo de forma que el resto sea capaz de gestionar y comprender la realidad desde otra mirada. Y quienes se emocionan a través de nuestros ojos son los lobos negros. El lobo es un animal que me fascina por muchos motivos, pero esa historia la contaré en otro momento. Siempre ha estado conmigo, de un modo u otro.

No puedo agradecer a nadie lo que soy. Soy una loba blanca y necesito escribir. Lo haré hasta que abandone este mundo, porque crear es una forma de vida. Sin embargo, sí doy gracias por la existencia del lobo negro. Sin alguien que se emocione con lo que escribo, que beba mis palabras, que sueñe con mis historias, que lllore, ría y ame a través de ellas se quedarían flotando en la nada. Mi gratitud a ti, lobo negro, por leer lo que escribo y permanecer a mi lado.

* * *

¿Cuál es el bien máspreciado en este mundo de locos? El tiempo. Cada una de las personas a las que voy a mostrar mi gratitud me han ofrecido su tiempo para que yo pudiera utilizarlo a mi conveniencia. Eso es algo impagable, aunque espero que estas líneas sirvan como muestra de lo que significa para mí.

Mientras escribo, mi hija mayor se asoma por encima de mi hombro y me comenta que tendré que darle las gracias a ella, Paula, que es la mejor hija del mundo. Pues sí, tiene toda la razón. Tengo los mejores hijos del mundo: Paula y Daniel. Y además son capaces de ofrecermelo que más necesitaba para escribir esta novela entre deberes, meriendas y conversaciones infantiles, momentos de soledad en los que he estado lejos de sus vidas mientras caminaba sobre las colinas de Verdún o sufría en alguno de sus hospitales de campaña. Sé que estáis orgullosos de mí, pero yo lo estoy aún más de vosotros. Gracias también a mi compañero de vida, Javi, que ha tirado del carro cuando yo le daba a la tecla y

me ha ayudado a escenificar escenas de lucha en el salón. No, no es broma, debería haber grabado un vídeo. Gracias, cariño, por aguantar mis ausencias y comprender que la escritura forma parte de mí.

Siempre existe esa primera persona que cree en ti y te anima a seguir adelante. En mi caso, mi hermana Esther ha estado ahí desde que era una cría y garabateaba cuentecillos. Pero mi gratitud va más allá de los lazos de sangre. Ha sido mi lectora cero cuando aún la obra no estaba acabada, y después hizo una primera corrección a vuelapluma (menos mal que estoy acostumbrada a la letra de los galenos). Para ella escribí un final alternativo que sé que guarda con especial cariño.

Gracias también a mis padres, por crear un hogar en el que los libros eran tan apreciados, por ofrecerme una formación y por hacerme crecer en el cariño. Un beso especial para mi madre: mamá, yo seré la guardiana de tus recuerdos. Y un abrazo enorme para mi padre: papá, sabes que estaremos ahí pase lo que pase.

* * *

Durante la escritura de este proyecto, me he dado cuenta de que tengo muchos amigos que me han ofrecido su sapiencia de forma desinteresada. A Sole González Mendez le debo horas de búsqueda de información técnica sobre medicina y otros asuntos, y sus traducciones al castellano. A Julia C. Martínez, el que las conversaciones en alemán dijeran lo que tienen que decir y no otra cosa, algo que sería tremendamente inadecuado. A mis compañeras de trabajo durante estos tres últimos años, el ofrecerme el apoyo necesario para sacar el portátil en los ratos libres y escribir. A mis amigos virtuales del foro *Ábrete libro*, por hacerme creer que podía iniciar este proyecto y por sus críticas a mis escritos, que me han hecho esforzarme y crecer como narradora.

* * *

En esta novela he tenido la inmensa suerte de contar con dos guías excepcionales. En los inicios, cuando *Las batallas silenciadas* carecía de título y solo era un esbozo de lo que es ahora, Concha Perea me ofreció su apoyo incondicional y la energía necesaria para no tirar la toalla. Gracias por estar ahí siempre.

Hasta el final ha estado presente mi profesor de narrativa, Teo Palacios, quien ha visto crecer esta novela y me hizo ponerme las pilas para que diera lo mejor de mí. A él le debo alguna lágrima y el trabajo duro necesario para poder

acabarla. Y, aunque cuando quedaban pocos capítulos para el final, él me aseguraba que ya no lo necesitaba, fue mi soporte para escribir la historia que mis personajes se merecían.

Por último, quiero dar la gracias a Penélope Acero, mi editora, una de esas lobas negras que se emocionan con las creaciones y sacan lo mejor de ellas. Me ha hecho trabajar mucho, pero el resultado es excepcional.

* * *

Querido lector, espero que disfrutes con mi novela. Y cuidado con la luna llena...